

# ANDRÉ DUBUS III

*Casa de arena y niebla*

«Una historia inquietante sobre la honradez, el poder y el cariño. Dubus III tiene gran facilidad para conceder dignidad a las personas más perdidas. Me inquieté por todos ellos y por sus destinos».

Tobias Wolfe



Lectulandia

Dos personajes frágiles aunque con determinación se ven implicados en un conflicto en torno a una casa.

Una mujer desempleada, vive sola en una casa heredada de sus padres, en ella creció y vivió hasta quedar sola, después de su divorcio... su casa paterna es todo lo que tiene. Pero el municipio le había estado enviando cartas por demora en pago de unos impuestos territoriales por una suma de US\$ 500 que ella ignoró deliberadamente, lo que significó que su propiedad saliera a subasta.

Massoud, antiguo piloto del ejército iraní, se traslada junto con su familia a Estados Unidos. Allí invierte sus últimos ahorros en comprar una casa en subasta, que en su día perteneció a Kathy Niccolo, quien quiere recuperarla a toda costa.

Lo que empieza como un puro trámite legal se convierte en un asunto personal de terribles consecuencias.

**Lectulandia**

André Dubus III

# **Casa de arena y niebla**

ePub r1.0

Titivillus 27.03.17

Título original: *House of Sand and Fog*  
André Dubus III, 1999  
Traducción: Sofía Coca y Roger Vázquez de Parga

Editor digital: Titivillus  
ePub base r1.2

---

**más libros en [lectulandia.com](http://lectulandia.com)**

---

A mi hermano Jeb y a mis cuatro hermanas,  
Suzanne, Nicole, Cadence y Madeleine

Más allá de mí mismo en algún lugar  
espero mi llegada.

De *El balcón*, de Octavio Paz

# Primera parte

# 1

El gordo, el rábano Tórez, me llama Camello porque soy persa y soporto el sol de agosto mejor que los chinos, los panameños e incluso que Tran, el pequeño vietnamita. Este trabaja muy rápido y sin descanso, pero cuando Tórez estaciona el camión naranja del servicio de mantenimiento de carreteras delante de todos los trabajadores del equipo, Tran se apresura a buscar el vaso de agua igual que los demás. Este calor no es bueno para trabajar. Todas las mañanas hacemos el mismo recorrido desde Sausalito hasta el parque Golden Gate. Llevamos sacos de arpillerá y unos pinchos pequeños para coger la basura, y los chalecos que vestimos son del mismo color que el camión. Algunos panameños se quitan la camisa y se la cuelgan del bolsillo trasero como si fuese un trapo, pero Tórez les dice unas palabras en su lengua materna y les obliga a taparse la espalda con el chaleco. Nos encontramos ahora en un pequeño cerro. Por entre los árboles recorro con la vista Sausalito hasta la bahía, donde hay unas nubes tan densas que me impiden ver Berkeley, situado al otro lado, donde vivo con mi mujer y mi hijo. Pero no hay niebla, el sol se nota en la cabeza y en la espalda, y también huele a varias cosas: a tierra, a hierba seca, al humo de los cigarrillos de los chinos, al metal caliente del tubo de escape de los automóviles que pasan. Sudo bajo la camisa y el chaleco. Tengo cincuenta y seis años y soy calvo. Y tengo que comprarme un sombrero.

Cuando llego al lugar donde se encuentra el camión, la cuadrilla ya ha bebido agua y los dos chinos encienden sendos cigarrillos mientras se dirigen de nuevo hacia la hierba. Los panameños han arrojado los vasos de papel al suelo, a la hierba, y Tran hace un gesto de desaprobación con la cabeza y se lo recrimina en su idioma mientras se agacha para recogerlos. Méndez se echa a reír. Es casi tan grande como el rábano y tiene en un brazo la cicatriz alargada de una quemadura. Se da cuenta de que se la miro mientras me bebo el agua helada y deja de reírse, ni siquiera sonrío, y me dice a mí:

—¿Qué miras, *viejo*?

Doy un sorbo de agua y le dejo que me mire a los ojos. Sus hermanos han echado a andar para volver al trabajo, pero ahora se detienen y nos observan.

—Viejo *maricón* —me dice Méndez.

Coge de la puerta trasera el pincho para recoger basura, pero mis ojos se clavan de nuevo en la quemadura el tiempo suficiente como para que Méndez se fije. La cara se le pone más fea de lo habitual y me grita algo en su idioma. Tiene los dientes muy estropeados, como un perro viejo. No dejo de mirarle, así que ahora se me acerca gritando cada vez más fuerte y yo alcanzo a olerlo, huelo el vino que se ha bebido la noche anterior y el sudor de hoy, impregnado de vino. Tórez es quien grita ahora, y lo hace más fuerte que Méndez. De nuevo le habla en su lengua materna y todo acaba rápidamente porque Méndez, que necesita dinero para comprar sharob, para comprar vino, sabe que esta cuadrilla puede arreglárselas perfectamente sin él. Méndez es *goh*,

la mierda de la vida. Todos son *goh*.

—Camello.

Tórez pasa a mi lado y cierra la puerta trasera del camión. Tran ya se ha puesto a trabajar delante del vehículo mientras los chinos, que no paran de fumar, y los perezosos panameños echan a caminar por la sombra de los árboles fingiendo que por allí hay hojas caídas y papeles.

Me echo al hombro el saco para la basura y le comento al señor Tórez:

—En mi país yo habría podido ordenar que le dieran una paliza a ese hombre.

—¿Ah, sí, Camello? Pues en el país de Méndez te habría dado la paliza él mismo.

—Es que yo era coronel, señor Tórez. Era coronel de las Fuerzas Aéreas Imperiales. ¿Lo sabía usted, señor Tórez? Yo tenía el grado de coronel.

Me entrega el pincho para recoger desperdicios y me mira a los ojos. Los suyos son gavehee, marrones como el café, lo mismo que los de toda su gente y también los de la mía. Pero sé que ha tomado una determinación sobre mí.

Me dice a mí, al genob sarhang Massoud Amir Behrani:

—De acuerdo, coronel, pero hoy yo soy el señor general. ¿*Comprende?*

A la hora de comer Tórez acerca a los árboles el camión del servicio de carreteras y todos sacamos la bolsa de papel con la comida del lugar donde la habíamos puesto por la mañana, el cofre de las herramientas. Nos ponemos a comer a la sombra. Muchas veces Tran se sienta a mi lado, y a mí eso no me molesta porque el pequeño vietnamita no habla ni una palabra de inglés y puedo dedicarme a mis quehaceres en las páginas de anuncios por palabras del periódico. En mi país yo no era sólo un oficial de oficina, sino que compraba reactores F-16 a Israel y a Estados Unidos, y cuando era capitán y estaba destinado en Teherán trabajaba en los motores con mis propias manos. Desde luego, las mejores compañías aéreas tienen sede aquí, en California, pero en cuatro años me he gastado cientos de dólares haciendo copias de mis certificados profesionales; me he puesto trajes franceses y zapatos italianos para ir a entregar en mano las titulaciones que poseo; he esperado un tiempo prudencial y después he vuelto a llamar; pero nunca he conseguido nada. Sólo me han hecho una entrevista, y me la hizo una joven universitaria a la que imagino que la compañía intentaba proporcionarle un poco de experiencia en tratar con gente. Fue hace más de dos años.

Pero hoy, como me ha sucedido toda esta semana, ni siquiera intento buscar ningún trabajo. Mi hija Soraya se casó el sábado y siento un vacío en el pecho porque se ha ido. También ha quedado un vacío en nuestro hogar, pero ahora somos libres de marcharnos de esa casa por la que he pagado tres mil dólares al mes durante cuatro años. De manera que voy directo a la sección titulada: «avisos legales — subastas». Es ésta una parte del periódico que no había examinado nunca hasta ahora. Hablo y leo inglés desde hace más de veinticinco años, pero el lenguaje jurídico de nuestros dos países parece hecho para crear confusión. Por supuesto sé qué es una subasta, y esta mañana, cuando el aire todavía era fresco y nosotros, los soldados de la basura,



íbamos sentados en el suelo de metal del camión del servicio de carreteras mientras éste avanzaba por el puente y el olor del océano quedaba a nuestra espalda, sujeté con fuerza el periódico sobre el regazo para que el viento no se lo llevara y entonces fue cuando vi aquel breve anuncio de PROPIEDAD EMBARGADA EN VENTA. Se trata de una casa de tres dormitorios. Aunque ésa no es la idea que yo tenía. Mi plan es muy sencillo: dejar de gastar dinero de casa y emprender algún tipo de negocio. He estado estudiando distintas posibilidades; un restaurante pequeño, una lavandería o quizás una tienda de vídeo. Aunque ya conozco estos periódicos americanos y sé lo que dicen del tipo de economía que hay aquí, sigo viendo que muchas tiendas pequeñas a ambos lados de la bahía se ven obligadas a cerrar. Y, desde luego, no tenemos dinero para comprar además una casa. Pero en mi país normalmente hay muchas subastas. Allí eso se conoce como la manera legal de robar.

Tran come arroz y verduras, sostiene todo ello en el regazo, en un papel encerado, y utiliza una gran cuchara de plástico. Es un hombre muy pequeño y tiene la piel de un color a medio camino entre el amarillo y el marrón. Muestra arrugas profundas alrededor de la boca y en la frente, entre los ojos. Sonríe y asiente con la cabeza al mirar mi comida. Yo también como arroz. Soraya solía guardarme el tadiq, esa dura costra de arroz que se forma al fondo de la olla y que los americanos tiran, pero que para nosotros, para los persas, es una joya. Cocinamos el arroz con muchísima mantequilla, de modo que cuando la cazuela se pone boca abajo todo el arroz cae sobre el plato, incluso esa parte quemada y marrón que llamamos tadiq. Ahora cada noche mi esposa Nadereh guarda la mitad para que yo me la pueda comer al día siguiente. También me pone en la bolsa del almuerzo rábanos, pan, una manzana y un termo pequeño lleno de té caliente. Los panameños me miran llenos de extrañeza cuando vierto en la taza el té humeante y mueven la cabeza a ambos lados con conmiseración como si yo fuera un niño estúpido. No saben todo lo que yo del calor, que hay que hacer que el del interior sea igual al del exterior. En Mehrabad, la base militar en la que yo trabajaba cerca de Teherán, a veces el asfalto de la pista se ponía tan brillante entre la arena que incluso los oficiales, que llevábamos gafas de sol europeas, nos veíamos obligados a cerrar los ojos. Naturalmente, la mayor parte de los días los pasábamos metidos dentro de los despachos, dotados de aire acondicionado. Y muchas veces, mientras me hallaba entre citas o informes, le ordenaba a mi ayudante que llamase a Nadi a nuestra casa de la capital. Mi esposa y yo hablábamos de las pequeñas cosas del día y luego ella permitía que los niños se pusieran al teléfono. Una mañana, cuando mi hijo Esmail tenía un año y medio, me dijo su primera palabra por teléfono: bawbawjoon, queridísimo padre.

Arranco ahora con los dedos el pequeño anuncio de la casa que va a salir a subasta y me lo guardo en el bolsillo delantero de la camisa que llevo debajo del chaleco. Hoy es el único día que no hago el turno de noche en la tienda de artículos de primera necesidad, uno de esos establecimientos que tienen un horario muy amplio, situada en El Cerrito, un vecindario donde no es probable que me encuentre a

algún persa o a algún pooldar, los ricos que viven junto a nosotros en ese gran edificio de apartamentos carísimos situado en un cerro con vistas a la bahía, a San Francisco y al puente Golden Gate. En cuatro años, el alquiler de este apartamento de dos dormitorios me ha costado más de ciento cuarenta mil dólares. Pero no quiero pensar en eso ahora. No puedo.

Tran se termina el almuerzo. Alisa con los dedos el papel encerado y lo dobla cuidadosamente antes de volver a meterlo en la bolsa junto con la cuchara de plástico. Saca una chocolatina y me ofrece un pedazo, pero le hago un gesto negativo con la cabeza mientras doy unos sorbos de té. Sé que el vietnamita utilizará ese mismo papel gastado para el almuerzo de mañana, y que probablemente la cuchara le durará medio año. Y también sé que, como yo, es padre, quizás incluso abuelo. Y quizá yo también sea abuelo pronto.

Desde luego, muchas veces he discutido con Nadi porque creo que debemos vivir en un lugar de precio más razonable, pero ella se enfada conmigo; tenemos que guardar las apariencias. Debemos seguir llevando el tren de vida al que estamos acostumbrados. Y todo porque era la época de hastegar para nuestra Soraya, la época en que los jóvenes de buena familia le mandaban rosas a ella y a toda la familia, cuando los padres de esos jóvenes me llamaban para hablar y las madres llamaban a Nadi para presentarse. Si no existe acuerdo entre las familias, no hay matrimonio. Y naturalmente, como nuestra hija es muy hermosa, pues tiene el cabello largo, negro y liso, la cara pequeña y los ojos de una reina, recibió muchas ofertas, por lo que verdaderamente le costó decidirse. Mientras tanto Nadi tenía que asegurarse de que nuestra hija no atrajera a ningún persa del montón; encargó los mejores muebles, las mejores lámparas y alfombras. Ha colgado en las paredes cuadros de pintores franceses, y también el de la batalla del martirio en el Karbala, enmarcado en mosaico. Sobre la mesita baja de plata para tomar café hay cuencos de cristal llenos de pistachos, dátiles y bombones finos. Y cerca de las puertas correderas de vidrio que dan a la terraza crecen distintas plantas naturales, verdes y tan grandes como árboles pequeños.

Hay muchos persas más viviendo en el mismo edificio, todos ellos ricos, todos pooldar. Muchos son abogados o cirujanos. Uno era juez en Qom, nuestra ciudad sagrada antes de que se convirtiese en el cuartel general del imán loco; pero ahora el ulema ha muerto y nosotros seguimos en la lista de personas a quienes colgarán o fusilarán en cuanto regresemos a casa. Aquel hombre dejó tras de sí muchas listas como ésa.

Pienso en todo esto mientras miro a Méndez, que se ha dormido a la sombra con el estómago moreno asomándole bajo el peerhan. Cuando Nadi, Esmail y yo volamos desde Francia, yo traía cheques bancarios por valor de doscientos ochenta mil dólares. Un hombre como Méndez se bebería todo ese dinero, estoy seguro. Pero muchas noches no consigo dormirme al pensar en la manera tan imprudente en que he permitido que esa suma se consumiese, se evaporase, porque mi querida Nadereh

no podía y no puede consentir que otras familias sepan que no nos queda casi nada representativo del modo de vida que llevábamos antes. Si me hubiese mostrado más enérgico con ella, si no me hubiese sentido tan seguro de que enseguida encontraría trabajo en la Boeing o en la Lockheed con un salario aceptable, en ese caso, con toda seguridad, habría decidido invertir en propiedades. Le habría dicho a Soraya que su hastegar tendría que esperar un año o dos, habría alquilado para nosotros un modesto apartamento de menos de mil dólares al mes y habría adquirido acciones de algún edificio de oficinas o quizás incluso una propiedad en un nuevo barrio residencial. Y me habría dedicado a observar el mercado como un lobo. Después, a no tardar, habría vendido la propiedad con un honrado beneficio y luego habría vuelto a hacer lo mismo.

Nos quedan cuarenta y ocho mil dólares, eso es todo, una cantidad que mi hijo de catorce años necesitará sólo para los dos primeros años de universidad. He considerado la idea de empezar un negocio con este dinero, pero ahora me da miedo perderlo todo, quedarme en la ruina como les sucede a tantos americanos. Por supuesto, yo soy de los que siempre ven el samovar medio lleno, y es posible que Nadi tuviera razón; Soraya se ha casado con un joven y tranquilo ingeniero de Tabriz. El muchacho es doctor en Ingeniería, de manera que nos hemos quedado bastante tranquilos al ver que a nuestra hija no le va a faltar de nada, le doy gracias a Dios por ello. El padre del joven ha muerto, lo que es una pena, pues se supone que era un gran hombre de negocios, un posible socio para mí. Quizá lo más conveniente sería que yo empezase a mirar las propiedades embargadas, las de segunda mano, las que se hallan destrozadas o las robadas. Quizá sea por ahí por donde podamos empezar.

Como nuestro trabajo termina a las tres y media, el sol todavía brilla en lo alto mientras Tórez nos hace atravesar San Francisco por la calle Van Ness. Voy sentado junto a Tran y los chinos, enfrente de los panameños; miro por encima de la cabeza de cerdo de Méndez, quien me mira con esos ojos perezosos propios de los hombres que quieren dormir para luego seguir bebiendo más vino, y veo las mansiones de Pacific Heights, todas con vallas altas cubiertas de flores blancas y amarillas y cancelas de hierro que sólo permiten el paso de elegantes coches europeos: Porsche, Jaguar, incluso Lamborghini. Los coches del viejo Teherán. Bahman, mi chófer cuando vivíamos en la capital, conducía una gran limusina Mercedes-Benz. En el interior había televisor, teléfono y bar. Bajo el reinado del sah Pahlevi todos íbamos en coches de ese tipo. Todos los altos mandos de las Fuerzas Aéreas Imperiales los teníamos.

Me arde la piel de la cabeza. Cada mañana Nadi me da una loción para protegerme de los rayos solares y yo me la pongo, pero ahora, debido al viento cálido que entra en el camión descubierto, el cuero cabelludo me arde, por lo que vuelvo a prometerme a mí mismo que me compraré un sombrero. Continuamos atravesando la

ciudad en dirección sur y pasamos por el barrio japonés. Veo el Centro del Japón, que ocupa dos hectáreas; allí se venden elementos de electrónica, porcelana y perlas. Las esposas de muchos de los persas que viven en nuestro edificio van allí de compras, así que me veo obligado a hundirme en el fondo del camión y a quedarme así hasta que Tórez gira por la calle Market y baja luego por la calle Mission, donde se halla la central del Departamento de Carreteras. Pasamos por debajo de una autovía y por delante de un cine en el que sólo proyectan películas en español. En ninguna de las dos aceras hay gente pooldar, sólo trabajadores, *cargars*, hombres y mujeres de piel oscura que llevan bolsas de la compra. Y hay tiendas pequeñas de comestibles o de ropa, restaurantes, lavanderías cuyos propietarios son nicaragüenses, italianos, árabes y chinos. La primavera pasada, después del ayuno del Ramadán, que dura treinta días, le compré a un árabe una camisa en la tienda que hay cerca del paso elevado. Era iraquí, un enemigo de mi pueblo; los americanos habían matado hacía poco a miles de ellos en el desierto. Se trataba de un hombre bajo, pero con los brazos y las piernas muy largos. Naturalmente, enseguida empezó a hablarme en árabe, su lengua materna, y cuando me disculpé y le dije que no hablaba su idioma, se dio cuenta de que yo era persa y me ofreció té del samovar. Nos sentamos en dos taburetes bajos de madera cerca del escaparate y nos pusimos a hablar de los Estados Unidos y del tiempo que hacía que no íbamos a nuestro país. Me sirvió más té y jugamos al *backgammon* sin hablar.

Tórez nos mete en el edificio oscuro que huele a gasoil y a polvo. Es tan grande que me recuerda un hangar de aviones, cosa que agradezco. Detiene el camión junto a los surtidores de gasolina que hay frente a la oficina y nosotros, la cuadrilla de soldados de la basura, vamos a fichar. Pero Méndez y uno de sus amigos se quedan atrás. Cada día Tórez elige a alguien para limpiar las herramientas y el camión, y tengo la certeza de que el cerdo de Méndez me va a encargar hoy a mí. Atravieso el recinto donde se encuentran los camiones, que se halla rodeado por una valla alta de tela metálica; no llevo en la mano más que el periódico, la bolsa y el termo. Cada día a estas horas me sucede lo mismo, tengo la espalda y las piernas rígidas, la cara y la cabeza quemadas por el sol, y además he de recorrer a pie cuatro manzanas de la ciudad hasta la calle Market, hasta el hotel Concourse, en cuyo aparcamiento subterráneo de pago dejo el Buick Regal blanco. Es un gasto más, naturalmente, pero no hay ningún lugar que resulte seguro para mi automóvil tan cerca del Departamento de Carreteras. Además eso me proporciona la oportunidad de asearme y de cambiarme de ropa antes de volver a casa.

Al principio entraba en el hotel por el vestíbulo principal, todo enmoquetado. A esa hora del día sólo hay un empleado en la recepción, un hombre de cuarenta años de cabello negro, que lleva muy corto, y gran bigote. Viste un traje de muy buena calidad y lleva en la oreja un diminuto brillante. Todos los días se quedaba mirándome al ver que yo iba vestido con ropa de faena, sucia del polvo de la carretera y manchada de sudor, y cada vez me preguntaba:

—¿Qué desea el señor?

Pronto dejé de darle explicaciones y me limitaba a señalarle con el dedo el ascensor que conducía al garaje. Pero cierta tarde en que una señora y un caballero bien vestidos estaban pagando la cuenta delante del mostrador, el hombre del brillante, el *kunee* aquel al que seguro que le gusta poner el culo y a quien en mi país colgarían, alzó la mirada por encima de los hombros de aquellos clientes y me preguntó en voz muy alta:

—¿En qué puedo servirle, caballero?

La dama y su acompañante se dieron la vuelta y vi que eran turistas, posiblemente alemanes, pero no me miraron más tiempo del que un hombre al volante de un coche le dedicaría a un insecto aplastado en el parabrisas. Y por milésima vez en este horrible país deseé haber llevado puesto el uniforme, aquel uniforme de corte perfecto propio de un honorable coronel, un genob sarhang de las Fuerzas Aéreas del Rey, del Rey de Reyes el sah Reza Pahlevi, a quien le besé la mano en tres ocasiones durante mi carrera, dos de ellas en reuniones formales en el palacio Sadabaad y una vez en el grandioso hogar de mi querido amigo el general Pourat. Pero, por supuesto, el uniforme que yo llevaba ahora en el vestíbulo del hotel Concourse era ropa de trabajo llena de sudor, con briznas de hierba en la parte baja de los pantalones y polvo por todas partes. Así que me limité a alejarme rápidamente, y una vez más esa sangre caliente que propicia el asesinato me llenó el corazón.

Ahora sencillamente me limito a evitar el vestíbulo, y cada día bajo por la rampa de hormigón hasta las entrañas sombrías del edificio, donde abro el automóvil y me pongo la ropa que he traído por la mañana. Nunca se sabe si me encontraré a algún persa en el ascensor de nuestro edificio de apartamentos. En los meses más frescos llevo traje, pero ahora, en verano, me pongo una camisa de vestir de manga corta, corbata, pantalones de vestir, zapatos bien brillantes, calcetines y cinturón. Lo dejo todo en un saco para trajes y lo extiendo cuidadosamente en el maletero. El ascensor del hotel tiene moqueta y aire acondicionado. Me lleno los pulmones de aire fresco y pronto me encuentro en los lavabos del primer piso, frente a la máquina de hielo; saco del bolsillo delantero el anuncio de la subasta, me quito la camisa y me lavo las manos, los brazos y la cara. Me afeito por segunda vez en el día. Me seco con las toallas de papel del hotel y me echo colonia en las mejillas y desodorante en las axilas. Hoy he traído pantalones marrones, una camisa blanca bien planchada y una corbata de seda de color marrón. Doblo el anuncio, me lo guardo en la cartera, envuelvo la ropa y los zapatos de trabajo en papel y luego lo meto todo en la bolsa para trajes. Cuando salgo al pasillo y me dirijo al ascensor con la ropa de faena envuelta y colgada de un hombro, la corbata bien colocada y con el nudo bien hecho, y la cara recién afeitada, me cruzo con una camarera filipina que empuja un carrito y me doy cuenta de que me sonrío. E incluso me hace una inclinación de cabeza.

El caballero de la Oficina de Hacienda del Condado de San Mateo me dio un plano para que encontrara la casa que van a subastar. Me informó de que llegase antes de las nueve de la mañana y fuera preparado para hacer un depósito de diez mil dólares en el caso de que me interesase adquirir la propiedad. También me dijo que la casa se hallaba situada en Corona, en lo alto de un cerro, y que si hubiese en el tejado un paseo de viuda, una plataforma de observación, desde allí podría verse el océano Pacífico por encima de las casas de los vecinos. Yo no había oído nunca antes esa expresión, «paseo de viuda», así que después de ir al banco a buscar un cheque certificado de diez mil dólares, me dirigí en el coche a mi casa, en el edificio de apartamentos, y por fin anoche, tras una cena en compañía de Esmail y Nadereh durante la cual no les revelé nada, una cena compuesta de obgoosht, arroz y yogur con pepino seguido de té, eché a mi hijo del sofreh que tenemos puesto en el suelo, y ante el que comemos descalzos, y busqué «paseo de viuda» en el diccionario persa-inglés. Sólo encontré «viuda», palabra que en farsi conozco de sobra, y sentí que me invadía la tristeza porque no me parecía un buen augurio para adquirir una casa.

Pero esta mañana, ese sentimiento me había desaparecido por completo. Muchas noches de verano en vez de dormir sobre el sofá de mi despacho prefiero descansar en la alfombra, cerca de la puerta corredera de la terraza, con la cabeza apoyada en una almohada bajo las hojas de todas esas plantas que Nadi cuida tan bien como si fueran sus propios hijos. Anoche, el cielo se veía totalmente despejado, y el sueño vino a buscarme mientras contemplaba las estrellas a través de la mampara.

Me levanto con la primera luz procedente del este, y después de tomar una ducha y de desayunar tostadas y té, despierto a Esmail para que vaya a hacer el reparto de periódicos. Luego marco el número de la central del Departamento de Carreteras y les comunico que padezco una gripe de verano. Preparo té para Nadi y se lo llevo al dormitorio en una bandeja. Naturalmente, la habitación se encuentra a oscuras, con las persianas bajadas y las cortinas corridas, y sé que mi esposa está despierta porque se oye suavemente una casete junto a la cama del que sale una música sentimental de Daryoosh. Dejo la bandeja sobre el buró y abro las cortinas y las dos persianas.

—Eh, Behrani. Nakon. ¿Chee kar mekonee?

Mi esposa tiene todavía la voz ronca y me doy cuenta de que no ha dormido bien otra vez. Me dice: «No. ¿Qué haces?». Pero esta mañana, quizá por primera vez desde la época en que nos encontrábamos en Francia, sé lo que hago; el coronel Massoud Amir Behrani sabe lo que hace.

Se sienta en la cama y le coloco con cuidado la bandeja sobre las piernas. Me inclino para darle un beso en la mejilla, pero aparta la cara; me siento en la silla que hay cerca de la cama. Mi esposa tiene el cabello corto y espeso y una zona cerca de la cara llena de canas que se tiñe de negro. A veces se da demasiado tinte y entonces esa parte del cabello le queda de color ciruela. A Nadi siempre le ha preocupado todo lo

que esté como no debería estar, y la caída de nuestra sociedad la ha envejecido más que a mí. Pero todavía tiene una cara pequeña y bella, y muchas veces, cuando me permite quedarme de pie o sentarme en esta habitación en sombras donde pasa la mayor parte del tiempo, oigo al fondo el tambor domback acompañando las canciones de Daryoosh; entonces miro a mi esposa y veo que ya no tiene cincuenta años, sino veinticinco, y de nuevo deseo estar con ella como se supone que un hombre debe estar con su esposa.

—¿Qué crees que miras ahora, Behrani? —me pregunta en nuestra lengua materna mientras extiende la mano para coger otro terrón de azúcar.

No aparta los ojos de mí. Tiene el cabello revuelto por la parte de atrás de la cabeza. Pienso en nuestros hijos y le sonrío; la casete se termina y el aparato se apaga inmediatamente produciendo un chasquido.

—Nadi-joon, es posible que hoy hayamos encontrado una buena oportunidad.

Le hablo en inglés, naturalmente, pero no sirve de nada porque cuando se decide a contestarme, lo hace siempre en farsi.

No hace ningún comentario. Le da la vuelta a la casete de Daryoosh y no espera a que yo le siga explicando esa oportunidad. Alarga la mano para subir el volumen; me levanto, salgo de la habitación y me pongo un traje ligero de verano.

No es uno de mis mejores atuendos, porque no quiero que mi apariencia sea la de un pooldar, aunque tampoco deseo parecer un mendigo. Antes de salir beso a mi hijo en la parte superior de la cabeza mientras se come los cereales fríos sentado a la mesita que hay en la cocina. El cabello, al que le hace falta un buen lavado, le huele a sueño. Esmail se ha puesto una camiseta holgada y pantalón corto, y en el suelo, junto a él, se ven el monopatín y una bolsa llena de periódicos. Sólo tiene catorce años, pero ya es tan alto como yo, un metro setenta y cinco centímetros. Y de cara se parece mucho a su madre. Mis dos hijos han heredado la misma cara pequeña y hermosa de su madre.

La casa tiene una planta y su estado general es bastante bueno. Está pintada de blanco y brilla al sol matinal que ya siento caliente en la cabeza, pues continúo sin sombrero. Hay arbustos debajo de las ventanas y una pequeña extensión de césped que necesita un corte. La calle se llama Bisgrove y se encuentra en una colina en una de cuyas laderas han construido varias casas muy cerca unas de otras; en la otra ladera se extiende el bosque. Pero el caballero de Hacienda tenía razón; la calle no es tan empinada como para que se pueda ver el agua, sólo el pálido cielo matinal, alto y abierto sobre los tejados. Enfrente hay bosques y matorrales de hoja perenne, y más arriba otras viviendas, todas ellas pequeñas, muchas con setos y vallas para separar los jardines con césped. Miro una vez más hacia el bosque, el modo como el sol pasa por entre las ramas, y me acuerdo de la casa de verano que teníamos en las montañas, junto al mar Caspio, de cómo la luz era igual entre aquellos árboles que bordeaban la

tortuosa carretera de tierra que conducía a nuestra casita. Durante unos instantes experimento cierta sensación de *sarnehvesht*, de destino, y en cuanto me doy cuenta de ello me incorporo y me vuelvo para mirar la propiedad con toda la frialdad de que soy capaz, porque no deseo que me quede la menor duda al respecto en el momento de la venta.

Treinta minutos después ya estamos todos reunidos, el caballero de Hacienda, el subastador y sólo otros dos posibles compradores. Una pareja compuesta por un muchacho y su esposa, más joven que mi hija Soraya, que viste vaqueros y unas botas de baloncesto. Y un caballero más o menos de mi edad, aunque bastante gordo y tan grande como Tórez, que lleva los pantalones de un buen traje, pero sin la chaqueta; se ha aflojado el nudo de la corbata y la camisa blanca de vestir le queda muy justa y tirante en el vientre. El hombre tiene la frente y el labio superior llenos de gotas de sudor. Es a éste a quien considero mi principal competidor, y la manera en que suda hace que yo enderece los hombros y me sienta más tranquilo.

Primero el caballero de Hacienda nos lleva a dar una vuelta por la casita. No hay aire acondicionado, pero las habitaciones están frescas y me fijo en que todo el suelo, menos el de la cocina y el del cuarto de baño, tiene moqueta. El cuarto de estar es bastante grande, y la zona del comedor consiste en un mostrador con taburetes junto a la cocina. En la parte trasera hay tres habitaciones, y cuando salimos al jardín posterior me palpo el bolsillo del pecho para cerciorarme de que llevo el cheque certificado del banco de América.

A la mujer joven le gusta mucho el jardín con césped que hay en la parte trasera; es pequeño y se encuentra rodeado de setos verdes de una altura mayor que la de un hombre. Su sombra nos protege del sol matutino, y la joven empieza a explicarle a su marido cuánta intimidad podrían conseguir allí. Pero yo a quien observo es al hombre gordo, al rábano. No se aleja del funcionario de Hacienda del condado y del subastador, que es de mi edad y sostiene en la mano un bloc de notas y un bolígrafo; lleva corbata y camisa compradas en unos grandes almacenes. Tiene una expresión confusa en el rostro y se lleva aparte al caballero de Hacienda para decirle unas palabras en voz baja.

Luego seguimos por el jardín que bordea uno de los lados de la casa hasta la parte delantera, y la venta empieza cuando el subastador sugiere un precio de salida de treinta mil dólares. Me quedo tan asombrado ante aquella cifra tan baja que ni siquiera reacciono; la joven levanta la mano y el subastador acepta el gesto. Luego el rábano asiente con la cabeza y el precio sube a treinta y cinco mil. La esposa vuelve a levantar la mano, pero el marido la obliga a bajarla y empieza a hablarle en voz baja aunque audible; le recuerda que no tienen tanto dinero ahorrado y que se supone que hay que pagarlo todo de una vez. Levanto ligeramente la mano y ahora el precio es de cuarenta mil. El rábano me mira con aquella cara ancha y sudorosa y entorna los ojos, como si estuviese al mismo tiempo intentando averiguar mis intenciones y haciendo números mentalmente. Ahora tengo claro que se trata de un profesional, de un



especulador, y que lo más probable es que compre y venda numerosas casitas como aquélla. Vuelvo el rostro hacia él y le sonrío de manera relajada con intención de invitarlo a pujar durante toda la tarde, porque yo estoy dispuesto a hacer lo mismo, señor, aunque en el fondo no sea cierto, naturalmente; apenas me encuentro en condiciones de ofrecer un poco más, y no me siento nada seguro de que aquello sea prudente.

—Cuarenta y dos mil quinientos —dice el rábano clavando los ojos en mí.

—Cuarenta y cinco mil —responde mi voz.

—¿Habrá quien ofrezca cincuenta mil dólares por la propiedad? ¿Oigo cincuenta, damas y caballeros? ¿Cincuenta mil?

El subastador nos observa la cara, las manos y los dedos. El funcionario de Hacienda consulta el reloj y siento sobre mí los ojos del hombre gordo; yo a mi vez miro hacia la casa como si estuviera dispuesto a pujar hasta donde sea preciso. El sol cae con fuerza sobre mi cabeza.

—Cuarenta y cinco mil a la una, a las dos...

El rábano da media vuelta y se dirige al coche; el subastador grita: «Vendida», y el caballero de Hacienda se adelanta para estrecharme la mano y recibir el depósito, que le entrego tras sacar el cheque del bolsillo de la chaqueta. Le firmo los papeles y después oigo que el coche de la pareja joven se aleja por la carretera. Pero para entonces yo ya he empezado a calcular cuánto podría valer esta casa en el mercado, y estoy seguro de que conseguiré doblar el dinero. Sí, sí, la pondré a la venta en cuanto nos mudemos a ella.

Nadi se fija en la gorra nueva que llevo en la cabeza antes de hacer comentario alguno sobre las flores que le he comprado, azucenas atigradas, como las llamó el caballero de la floristería de Ghirardelli Square. Mi esposa todavía lleva puesto el camisón mientras pule la mesa de té de plata. A su alrededor, sobre la alfombra, ha dispuesto los cuencos de cristal llenos de cacahuetes, dátiles y bombones; los ha envuelto en plástico para protegerlos de los vahos del limpiametales para objetos de plata. Me dice en farsi:

—El colah que llevas en la cabeza tendría que ser marrón, Behrani, no azul.

Desde luego, sé que tiene razón. La gorra nueva que llevo es de tejido artificial, del mismo color que las piscinas, y tiene una visera corta como las de los taxistas. Pero me la compré porque en el espejo de la tienda me daba el aspecto de un hombre con sentido del humor sobre la vida, un hombre capaz de vivir la vida simplemente por vivirla. Y cuando compré las flores confiaba en que mi esposa Nadi viese durante unos instantes las cosas de ese modo. Pero mientras pongo las azucenas en un florero con agua y las dejo luego sobre el suelo, me encuentro dándole vueltas mentalmente a un problema de números. Este asunto hay que manejarlo con mucha delicadeza.

—¿Nadi-joon?

—¿Por qué no has ido a trabajar hoy, Behrani?

No aparta la vista de lo que hace. Quiero té, pero me parece que hay que aprovechar el momento. Me siento en el sofá, cerca de la mesa de plata y de mi esposa.

—Nadereh, ¿te acuerdas de nuestra casita, la que teníamos cerca de Damavand? ¿Recuerdas que mandé cortar los árboles de la parte norte para así ver el mar Caspio?

—Saket-bosh, Behrani. Por favor, calla.

A mi esposa el cansancio y el miedo se le notan en la voz, pero he de continuar.

—¿Recuerdas cuando Pourat llevó allí a su familia a pasar el Año Nuevo y celebramos la primavera en la terraza? ¡Y su khonoum, tu querida amiga, dijo que gozábamos de un don de Dios por tener el mar ante nosotros!

—¡Hafesho, Behrani! ¿Qué te pasa? Por favor.

Deja de pulir y cierra los ojos; cuando lo hace veo que las lágrimas se le agolpan bajo los párpados y pienso que ha llegado el momento.

—Nadi, hoy he comprado otra casita para nosotros.

Abre los ojos despacio, como si no hubiese oído bien lo que le he dicho.

—No bromees. ¿Por qué no has ido a trabajar?

Tiene los ojos húmedos y oscuros, y pienso que en nuestro país ella nunca permitiría que la viese de aquel modo: sin maquillaje en la cara, con el cabello sin arreglar, con la ropa con la que ha dormido puesta todavía bajo el albornoz y haciendo aquello que antes sólo los soldados o las mujeres de la capital hacían para nosotros. Pero hace muchos meses que no nos hemos mirado el uno al otro de forma tan directa, y siento ganas de cogerle la cara cansada y envejecida y besarle los ojos.

—No bromeo, Nadi.

Empiezo a hablarle de la subasta y del precio, que nadie creería, que he pagado por la vivienda, y de cómo en el mercado libre nos pagarán tres veces ese precio. De eso se trata, Nadereh; ésa es la única manera que tenemos ahora de hacer dinero, no con la Boeing ni con la Lockheed, sino con propiedades inmobiliarias; viviremos en la casa durante un breve periodo de tiempo y quizá construyamos un paseo de viuda para incrementar el valor de la propiedad; allí tomaremos el té y podremos contemplar el océano, y seguro que tú te sientes muy cómoda, Nadi; disfrutarás invitando a Soraya y a nuestro yerno hasta que decidamos vender la casa y encontremos un hogar aún mejor, y quizá...

¡Ahora es cuando se pone en pie, tira el trapo de limpiar la plata y me grita en farsi que no ha venido a Estados Unidos para vivir como una cochina árabe! ¡Tan kaseef! ¡Una familia vagando por las calles como gitanos! ¡Todas las posesiones estropeándose y echándose a perder por el camino! Luego calla, cierra los ojos y se lleva una mano a la cabeza. Le tiemblan los dedos y sabe que se ha provocado una de sus migrañas. Me quedo mirándola mientras vuelve a su habitación y cierra la puerta tras de sí. Poco rato después oigo la música de Daryoosh en el casete, y el tambor suena tan firme como el de una marcha para enterrar a los muertos.

Me tumbo de espaldas en el sofá; ya no quiero té, sólo descansar. Mi esposa siempre ha tenido miedo. Mi padre y el de ella eran abogados en Isfahan, colegas, buenos amigos, y habían decidido nuestro matrimonio desde que éramos niños. Pero creo que de todos modos al llegar a la mayoría de edad yo le habría enviado a Nadi las flores de hastegar. Siempre fue una muchacha muy callada, siempre de pie o sentada lejos del centro de las cosas; aquellos grandes ojos castaños a menudo me miraban y brillaban de amor.

Al ser la esposa de un oficial se sintió más segura de sí misma y empezó a contestarme, pero siempre fue muy justa y bondadosa con nuestros hijos y con los soldados que servían en nuestra casa. La noche en que huimos temblaba como un pájaro, y me permitió dirigirlo todo mientras ella abrazaba a los niños y les repetía todo lo que yo había dicho cuando, a las tres de la mañana, justo una semana después de que el sah volase a El Cairo y los imanes y los ayatolás congregasen multitudes en las calles, dos capitanes y yo robamos un gran avión de transporte y llevamos a nuestras familias a Bahrain, al otro lado del golfo Pérsico. Nadereh, nuestro chófer, llamado Bahman, y yo cargamos en el maletero de la limusina cinco maletas con todo lo que pudimos coger. Nadi tenía miedo de recorrer las calles en la limusina, pues temía que la chusma nos atacase por ser pooldar. A sólo seis manzanas al oeste vimos que uno de nuestros mejores hoteles ardía. Algunos estudiantes universitarios con barba abrían a la fuerza cajas de champán Dom Pérignon y vaciaban el contenido de las botellas en las alcantarillas. Le aseguré a mi esposa que un coche oscuro era lo más seguro por la noche, sobre todo si era un coche con cristales a prueba de balas.

Mientras volábamos por encima de las aguas negras, nuestras esposas e hijos iban sentados en el suelo de la amplia bodega de carga envueltos en mantas; las mujeres les cantaban canciones a los niños pequeños, que tenían mucho miedo porque habían oído lo que les había pasado a nuestros queridos amigos los Pourat. Se habían enterado de que a mi rafeegh, el general Pourat, y a toda su familia los habían detenido el día anterior en el aeropuerto acusados de coger lo que no era suyo; los niños oyeron decir que habían juzgado a la familia entera allí mismo, en una sala de equipajes vacía, y que los habían obligado a ponerse delante de una pared en la que había una gran pancarta que rezaba en nuestro idioma: **LOS MUSULMANES NO ROBAN A SUS HERMANOS. LOS MUSULMANES NO TORTURAN Y MATAN A SUS HERMANOS MUSULMANES.** Fue bajo aquella pancarta donde mataron a tiros a la esposa de mi amigo y a sus tres hijos pequeños, uno detrás de otro. Primero les obligaron a leer el Corán en voz alta. Luego los fusilaron. A mi amigo, un oficial muy admirado incluso por el último soldado debido a su gran fuerza y generosidad, lo dejaron para el final. Le dispararon varias veces en la cabeza y en el pecho. Luego vistieron el cadáver con el uniforme completo del ejército y lo colgaron por los pies de la torre de control.

Cierro los ojos. Me he acostumbrado a estas imágenes que tengo en la cabeza, y el sueño no tarda en apoderarse de mí. Una vez más sueño que veo una gran cueva

llena de niños desnudos. Están todos sucios, tienen los brazos y las piernas delgados y cubiertos de polvo. Hay cientos. Miles. Pero guardan silencio y alzan el rostro hacia la oscuridad como si esperasen pan y agua. Entonces, el sah Reza Pahlevi y la emperatriz Farah pasan entre la multitud en una limusina descapotable. Van vestidos con largas túnicas rojas cubiertas de diamantes, rubíes, esmeraldas y perlas. Muchos niños se apartan de la trayectoria del coche, pero algunos son demasiado pequeños o se sienten demasiado débiles para hacerlo y las ruedas los aplastan. El sah y su reina los saludan con la mano, con la muñeca rígida y la sonrisa petrificada. Yo estoy sentado en un sillón de piloto situado detrás de una gran roca. Tengo las manos sobre los mandos, pero no puedo hacer otra cosa que mirar. Los miro a todos.

Los miércoles por la noche no hay mucho trabajo en esta tienda de artículos básicos y estación de servicio situada cerca de la avenida San Pablo, en El Cerrito; es los jueves y viernes cuando me veo obligado a trabajar a toda prisa y sin parar detrás del mostrador, igual que el joven con quien trabajo esas noches, y naturalmente, después de la larga jornada que he pasado limpiando para el señor Tórez en la cuadrilla del servicio de carreteras, ya me pesan mucho las piernas. Pero no es el caso esta noche, y por ello me siento agradecido.

Después del sueñecito de esta tarde me hice un poco de té y no presté atención al sonido de la música persa y melancólica que sonaba en la habitación de Nadereh. Puse la guía telefónica y el teléfono en el suelo y llamé a seis agentes de la propiedad inmobiliaria de la zona de Corona-San Bruno-Daly. A todos ellos les describí la casa de la que yo era propietario y les pregunté cuál creían que sería un precio de venta justo. Todos me recordaron la recesión en que vivimos, señor Behrani; éste es un mercado de compradores y, sin embargo, y por desgracia, casi nadie compra. «Sí — les dije yo —, pero ¿hay muchas viviendas buenas de tres dormitorios que se vendan por menos de cien mil dólares?». Todos los agentes de la propiedad, cuatro mujeres y dos caballeros, me contestaron que no, que no era corriente, y me preguntaron si había alguien que representara mis intereses en este asunto. Justo al terminar la última conversación telefónica, mi hijo Esmail volvió a casa después de montar en monopatín con los amigos. Traía ambas rodillas despellejadas y a punto de que le brotase la sangre, y le indiqué que tenía que lavárselas antes de pensar siquiera en tomarse un tentempié.

—Mohanneest, bawbaw-jahn.

«No hay problema, papá», me dijo. Y fui tras él al cuarto de baño y me senté en el retrete mientras mi hijo se quitaba las botas de baloncesto Nike, se metía en la bañera y dejaba que el agua le corriese sobre las rodillas. Permanecí en silencio mientras se lavaba, y una vez más me fijé en los pelos negros que le crecen en las piernas, como a los hombres. Por delante de las orejas asoma la sombra del vello que en sólo un año más o menos se convertirá en reesh, en una barba. Y por primera vez me di cuenta de

la difícil posición en que me hallaba también con respecto a mi hijo.

—¿Esmail-joon?

—¿Sí?

Mi hijo cerró el grifo y me miró a la cara. Le tendí una toalla y empezó a secarse.

Le dije en inglés:

—Hoy no he ido a trabajar. ¿Y sabes por qué? —Mi hijo hizo un gesto negativo con la cabeza; luego salió de la bañera y empezó a doblar cuidadosamente la toalla—. He comprado una casa para nosotros, Esmail. Se encuentra situada en una hermosa colina, muy apropiada para montar en monopatín. Tus amigos pueden coger el tren si quieren ir a verte.

—¿Cojah?

—En Corona. ¿Recuerdas aquel pueblo de playa por el que pasábamos los domingos?

Entonces mi hijo de catorce años me miró con aquella hermosa cara, tan parecida a la de Nadi y que con tanta facilidad se transforma y se vuelve fea cuando se enfada. Pasó por delante de mí y me dijo en nuestro idioma:

—No quiero cambiarme de casa.

Tengo la costumbre, a mitad de la jornada laboral nocturna, de comprar una Coca-Cola y bebérmela mientras me como un paquete de galletas de mantequilla de cacahuete. A eso de las nueve y media o diez, la mayor parte de los clientes vienen sólo a comprar gasolina o cigarrillos, aunque muchas veces llega algún marido o alguna esposa jóvenes y compran leche, pan y quizás helado. Me siento en el taburete que hay detrás del mostrador, me tomo el tentempié y agradezco que el largo expositor de cigarrillos que hay por encima de mí impida que me dé en los ojos la brillante luz fluorescente. Hoy ha sido un día de muchas decisiones. Una vez que mi hijo se hubo marchado del cuarto de baño, me puse en pie rápidamente. Noté que la sangre me hervía y, descalzo, atravesé de un puntapié el cesto de ropa que tiene allí Nadi; luego entré bruscamente en la habitación de Esmail, que ya había encendido el televisor; se lo apagué y me quedé de pie junto a la cama en la que mi hijo se había tumbado. Lo apunté con un dedo gritando a pleno pulmón, y no recuerdo bien todo lo que le dije, pero sé que Esmail se sintió ofendido, quizás incluso asustado; se lo noté en los ojos..., aunque se quedó allí tumbado con aspecto relajado y las manos caídas a los costados, sin mostrarle a su padre lo que sentía. Le dije que él tenía que hacer sin protestar todo lo que yo le dijera, y entonces oí que la música cesaba en la habitación de Nadereh y que los muelles crujían como si mi esposa se incorporase para escuchar mejor. Empujé la puerta, la abrí y me dirigí directamente al casete; arranqué el enchufe de la pared y arrojé el aparato al otro lado de la habitación, donde fue a dar contra la lámpara del buró. La bombilla se hizo añicos y Nadi empezó a chillar, pero le di un grito y enseguida se calló, aunque no bajé la voz; le grité en nuestro idioma que sí, que quizás ella no había venido a Estados Unidos para vivir como una gitana, ¡pero que yo tampoco había venido para trabajar como un árabe!

¡Ni para que me tratasen como a un árabe! Y luego bajé la voz porque ni siquiera mi hijo sabe la clase de empleos en los que he tenido que trabajar desde que llegamos a este país. Me ha visto salir de casa vestido con traje y está al corriente de que tengo dos empleos, pero eso es todo lo que sabe. Y muchas noches en esta tienda de artículos de primera necesidad, aunque se halle situada dos pueblos al norte del lugar donde vivimos, me ha preocupado que alguno de sus compañeros de colegio, de esos mayores que ya tienen carné de conducir, me descubriesen. Así que bajé la voz hasta convertirla casi en un susurro y le dije a mi esposa que a partir de mañana empiece a hacer las maletas y que no hay más que hablar, señora Behrani. No abras la boca.

Una vez, antes de cenar en nuestra casa de la capital, mientras Nadereh y la esposa de Pourat se encontraban en otra habitación después de que yo le hubiese levantado la voz a nuestra hija de siete años por algún motivo que ahora no consigo recordar, Pourat me dijo con suavidad:

—Behrani, por la noche hay que dejar atrás el trabajo.

Pourat y yo teníamos entonces el mismo rango, ambos éramos capitanes, genob sarvans, y al principio no lo entendí hasta que me señaló con la cabeza a Soraya, me mostró que los ojos castaños de ésta se habían inundado en lágrimas porque yo le había gritado, porque le había dado órdenes. Se me enrojeció el rostro debido a la vergüenza, y desde aquel momento me he esforzado mucho para disciplinarme y no ver a mi esposa como un militar de rango inferior y a mis hijos como soldados rasos.

Pero ahora estoy dispuesto a dar todas las órdenes que sean necesarias hasta que hayamos salido de ese apartamento pooldar. Ya he pagado el alquiler del mes y aún quedan dos semanas más, pero la familia Behrani se marchará este fin de semana, lo prometo. Tengo que reclamar la fianza que hice de tres mil dólares. Y eso nos dejará un total de seis mil dólares una vez que pague los treinta y cinco mil que debo por la nueva propiedad que he adquirido. Mañana viernes recibiré las pagas de esta tienda y del Departamento de Carreteras, y dejaré los dos empleos sin previo aviso. Tórez, Méndez e incluso Tran me verán alejarme mientras el genob sarhang Behrani se prepara para una nueva vida, una vida basada en la compra y venta de propiedades inmobiliarias americanas.

Mi marido se ha perdido todo esto, eso era lo que yo no hacía más que pensar, que no había tenido que pasar por nada de aquello y que yo no podía moverme del motel El Rancho de San Bruno. Se trataba de un cochambroso edificio de una planta en forma de «L» empotrado entre un almacén de recambios eléctricos y un bar de camioneros cerca de la salida de la Autovía 101. El televisor de mi habitación tenía sonido, pero no se veía imagen alguna en la pantalla, y a pesar de que era miércoles por la noche había un grupo de música *country* tocando en directo en el bar. Como al parecer la dirección había decidido dejar abiertas todas las ventanas del local, subí el volumen del televisor y me puse a escuchar una película antigua de Humphrey Bogart; al final le disparan y la novia llora y dice que ahora él es libre, que es libre por fin.

Pero yo seguía de muy mal humor porque todo se había vuelto contra mí, y me sentía débil y un poco mareada. Me moría de ganas de fumarme un cigarrillo, cosa que hacía que me enfadase aún más porque, desde un mes después de que Nick se marchase, no había fumado ninguno y hacía cinco meses que no había tenido necesidad de hacerlo. Así que me puse a mascar chicle.

Acababa de salir de la ducha matutina cuando llamaron a la puerta de mi casa. Se trataba de un hombre con traje al que acompañaban dos policías y un cerrajero de barriga enorme que le caía por encima del cinturón del que colgaban las herramientas. Había salido a abrir en albornoz, con el pelo mojado y revuelto cayéndome por la cara. Delante de mi casa había aparcados una furgoneta grande y dos coches patrulla de la policía. El hombre del traje fue quien habló. Me entregó un documento y me dijo que pertenecía a la división civil de la Oficina del *Sheriff* del Condado de San Mateo. Llevaba el pelo cortado a cepillo y tenía papada, aunque era un hombre delgado. Los dos policías, ayudantes del *sheriff*, llevaban una placa en forma de estrella prendida de la camisa de color azul claro. Uno era alto y flaco, con pelo negro y un bigote que se había recortado demasiado por un lado, y no hacía más que mirarme. Leí la orden judicial y luego se la devolví con dedos temblorosos al hombre del traje; le dije la verdad, que mi marido y yo nunca habíamos llevado a cabo ningún maldito negocio fuera de casa y que era imposible que debiésemos impuestos por ese concepto. Yo misma había ido a la Oficina de Hacienda del Condado para comunicarlo, e incluso había firmado una declaración ante notario al respecto. Y había creído que allí se acababa todo. El hombre del traje me pidió que lo dejase entrar en la casa y cuando me aparté, los cuatro se metieron en mi pequeño cuarto de estar mientras yo seguía allí plantada desnuda y mojada bajo el albornoz. El cerrajero gordo se agachó ante la puerta de mi casa y empezó a desatornillar el pomo y la cerradura.

—¿Qué hace?

El hombre del traje se acercó y volvió a entregarme la orden judicial.

—El condado ha presentado una petición de desahucio ante el juzgado, señora

Lazaro. Esto no debería sorprenderla. Estoy seguro de que ha recibido numerosos avisos; su casa sale a subasta mañana por la mañana.

—¿A subasta?

Sonó el busca que el hombre llevaba en el cinturón. Me preguntó si le permitía utilizar el teléfono que había encima del mostrador de la cocina y se dirigió hacia allí sin esperar respuesta. Me quedé mirando la orden judicial, pero no era capaz de leer ninguna de las palabras allí escritas; me pasó por la cabeza todo el correo de la Oficina de Hacienda que yo había ido tirando a la basura sin abrirlo siquiera desde el invierno pasado, segura de que ya había cumplido y de que ahora se equivocaban de persona.

—¿Se encuentra en casa su marido? —me preguntó el ayudante del *sheriff*, el del bigote torcido.

—Eso a usted no le importa. —Dio la impresión de que el agente fuese a decir algo más, pero se limitó a mirarme—. ¿Qué pasa? ¿Por qué necesita saberlo?

—Tenemos que notificárselo a todas las personas que residen en la casa, señora Lazaro.

—Bueno, pues ya no vive aquí.

El ayudante del *sheriff* me hizo una inclinación de cabeza, cruzó las manos y me miró los pies descalzos. Me alejé de él, pero no sabía adónde ir.

El otro agente era bajo, mascaba chicle y observaba al cerrajero como si intentase recordar de qué manera se hacía aquello. El hombre del traje acabó de hablar por teléfono y le hizo señas al ayudante alto para que se le acercase; le comunicó algo en voz baja y luego volvió al cuarto de estar y dijo que tenía que marcharse, pero que Burdon, el ayudante del *sheriff*, me ayudaría a desocupar la propiedad. Ésa fue la palabra exacta que utilizó, desocupar, y lo dijo en un tono de voz muy bajo, como si fuera una habilidad que no mucha gente posee. Luego se marchó, y el ayudante alto del bigote torcido me preguntó dónde guardaba el café. Me sugirió que me vistiese y añadió que se encargaría de hacer café. Titubeé unos segundos, pero me dio la impresión de que aquellos tres hombres me veían a través del albornoz. Me puse unos vaqueros y una sudadera y cuando regresé al salón el ayudante bajo hablaba por teléfono, el cerrajero ya había empezado a trabajar en la cerradura de la puerta trasera y el ayudante Burdon ponía cuatro tazas en el mostrador. Me echó una ojeada y comentó que a lo mejor me gustaría ponerme algo más fresco, pues aquel día no estaba nublado e iba a hacer bastante calor.

—Pues muy bien, porque no pienso marcharme.

Al hablar sentí la garganta seca y rígida.

El cerrajero levantó la vista de lo que fuera que estuviese haciendo en la puerta trasera.

El ayudante Burdon puso una mano sobre la superficie del mostrador; tenía una expresión de comprensión en la cara, pero de todos modos me resultó odioso.

—Me temo que no le va a quedar otro remedio, señora Lazaro. Todas sus



pertenencias se subastarán con la propiedad. ¿Eso es lo que quiere?

—Mire usted, heredé esta casa de mi padre y está totalmente pagada. ¡No puede desahuciarme! —Se me nublaron los ojos y empecé a ver borrosos a aquellos hombres—. Nunca he debido ni un jodido dólar de impuestos. No tienen derecho a hacerme esto.

El ayudante alto me dio una servilleta que cogió del mostrador.

—¿Tiene abogado?

Hice un gesto negativo con la cabeza y me limpié la parte inferior de los ojos.

—No puedo pagar un abogado, trabajo haciendo la limpieza en algunas casas.

El ayudante sacó un pequeño bloc y un bolígrafo del bolsillo de la camisa y apuntó el nombre y el número de teléfono de un despacho de abogados de oficio de San Francisco; luego arrancó la hoja y me la entregó.

—Bueno, todo se arreglará. Usted tiene que marcharse hoy. Pero bueno, ¿quién sabe? Puede que vuelva a mudarse aquí la semana que viene. ¿Quiere llamar a algunos amigos para que la ayuden a recoger sus cosas?

—No.

Mantuve los ojos fijos en la taza de café.

—Pues me temo que hay que sacarlo todo de aquí hoy.

El cerrajero usaba un taladro a pilas en la puerta trasera. Sentí el olor del serrín que caía sobre el linóleo.

—No tengo a quién llamar.

Me miró y entornó los ojos como si le pareciera que me conocía desde hacía mucho tiempo. Noté que me sonrojaba. Me tendió la mano.

—Me llamo Lester.

Dudé antes de aceptar aquella mano. El ayudante del *sheriff* se puso en pie y luego utilizó el teléfono para llamar a mudanzas Golden State. Le firmó una hoja de papel al cerrajero, le cogió las llaves que se suponía que yo no podía tener y salió al exterior, a la cuesta que hay delante de la casa, en compañía del otro ayudante del *sheriff*. Se encontraban junto a la cristalera y oí al agente Lester Burdon decirle a su compañero que se marchase a patrullar, que él iba a tomarse un poco de tiempo para ayudar a aquella señora a recoger sus cosas.

Llevarlo todo a los cobertizos de almacenaje situados frente al motel El Rancho fue idea suya. Sólo tardamos cuatro horas en trasladar mi vida entera desde la única casa que he poseído hasta una de esas barracas de acero dotadas de un candado que ahora me veo obligada a pagar aunque no disponga de dinero para hacerlo. Los de las mudanzas no tenían cajas para venderme, así que el ayudante alto salió a buscar algunas mientras los hombres de las mudanzas, tres muchachos universitarios, empezaban a acarrear los muebles de estilo colonial del cuarto de estar, tapizados a cuadros escoceses y regalo de boda de los padres de Nick. Me sentía aturdida mientras metía las cosas en bolsas de basura, bolsas que luego ellos arrojaron al camión como si aquello fuera lo más natural, parte de un plan mayor que no habría

tenido que sorprenderme ni disgustarme tanto.

Al cabo de un rato, la orquesta dio por concluida la actuación de aquella noche; apagué la lámpara y me quedé allí sentada, recostada en el cabecero de la cama. Oí que un camión de gran tonelaje entraba en el aparcamiento, y también el ruido de los últimos clientes en el interior del bar. Me esforcé por reprimir las ganas de fumar. Me estiré en la cama del motel, apoyé las manos en los pechos y cerré los ojos, pero no conseguí dormirme. Me preguntaba de nuevo dónde estaría Nicky, quizás en Los Ángeles o en México, aunque nadie en el este sabía que me había abandonado. Así que permanecí tumbada a oscuras recordando lo que el irlandés Jimmy Doran me había dicho. Era un hombre pequeño y nervudo con dientes estropeados, natural de Dublín que servía en la barra del Tip Top, en la vieja Carretera I, donde en un tiempo yo trabajé de camarera. Lo vi en el aparcamiento de la tienda de comestibles justo después de que Nick recibiera una oferta de empleo en Frisco. Era un día gris de abril, pero Jimmy tenía los ojos semicerrados como si le molestase el sol, y cuando me vio se me acercó enseguida y me dio un fuerte abrazo; olía a Chesterfield y a *schnapps*. Le expliqué que nos íbamos a California, la tierra de la que mana leche y miel.

—Eso es lo que dicen en mi casa de este país, Kath: «América, tierra de leche y miel». Pero nunca te dicen que la leche se ha agriado y que la miel es robada.

Al primer indicio de luz que se extendió sobre los coches del aparcamiento de El Rancho, desistí de dormirme; cogí el Bonneville y bajé por la costa por la Autopista I. El sol todavía no había acabado de salir por el este. A mi derecha el océano se veía marrón y el cielo plateado. Había rastros de arena entre las espesas plantas de color púrpura que crecían al borde de la carretera. Los pocos coches con los que me crucé llevaban los faros encendidos, y yo no dejaba de oír en mi cabeza la voz del ayudante Burdon advirtiéndome que no me acercara a la calle Bisgrove hasta haber hablado con un abogado para aclarar las cosas, porque de lo contrario se me consideraría una intrusa y podrían detenerme. Aquello hacía que el corazón me latiera muy deprisa, y seguí conduciendo durante veinte minutos sin encender la radio. Pasé por varias playas y atravesé el pueblo de Montara, lleno de tiendas para los turistas, hasta Moss Beach, donde me detuve en una gasolinera con tienda de artículos playeros y me tomé un café sentada junto a la ventana. La mañana era todavía tranquila. La playa, al otro lado de la carretera, se veía desierta, y estuve observando una gaviota que se zambullía en el agua para atrapar un pez. En la parte delantera de la tienda había una anciana en la caja registradora. Me acerqué a la máquina de tabaco, metí las monedas y tiré con fuerza del pomo. ¿A quién creerían que iban a desahuciar? ¿Y por qué? ¿Por un impuesto que habían enviado a una dirección errónea? ¿A la casa de mi

padre?

Saqué el Bonneville marcha atrás y me dirigí al sur siguiendo la costa. Encendí otro cigarrillo. No hacía más que ver mentalmente la cara de Nick la mañana en que se había marchado, el aspecto que tenía sentado al borde de la cama, en la penumbra de la habitación, después de haberme despertado de un codazo suave. Al principio pensé que me habría quedado dormida y que Nick se iba a trabajar, pero luego me di cuenta de que era todavía muy temprano; noté que le olía el aliento a tabaco debido a lo mucho que había fumado aquella noche y comprendí que llevaba levantado bastante tiempo. Me incorporé para encender la lámpara de la mesilla, pero alargó una mano para impedir que lo hiciese. Luego me cogió la mía. Bajo aquella luz tenue yo no conseguía verle los ojos.

—¿Qué pasa, cariño? ¿Qué sucede? —le había preguntado yo.

Pensé que se trataría de algo relacionado con su padre o con su madre, que lo habrían llamado ya tarde por la noche y yo no me había enterado.

Pero en cuanto abrió la boca y dijo: «Kath», comprendí que se trataba de nuevo de nosotros. Hice ademán de incorporarme, pero Nick me puso la otra mano en el pecho. Me quedé quieta y esperé a que dijera lo que quisiese. Pero no pronunció palabra; permaneció allí sentado mirándome la cara, y cuando, con el corazón dándome saltos bajo aquella mano, le pregunté qué pasaba, Nick se limitó a mirarme fijamente y luego, tras medio minuto más sin decir nada, me apretó la mano y salió de la habitación. Salté apresuradamente de la cama con sólo una camiseta y lo seguí por la casa hasta la puerta principal diciéndole: «Espera, espera». Pero me detuve y me quedé mirándolo mientras subía al Honda viejo que teníamos como segundo coche. Se veía amanecer por encima de las plantas del jardín y de los bosques que hay cruzando la calle. Luego yo había visto las dos maletas y el contrabajo eléctrico en el asiento de atrás y había salido corriendo hasta el camino. El aire de enero me había golpeado como un bate de béisbol. Nick ya daba marcha atrás al coche; me había puesto a aporrear el cristal de la ventanilla del conductor sin dejar de llamar a Nick a gritos, y no había dejado de hacerlo hasta que él, tras cambiar de marcha en la calle, hubo bajado por la colina sin darse la vuelta para mirarme una sola vez, ni siquiera por el espejo retrovisor.

Me eché a llorar mientras conducía. El sol iluminaba el océano y la arena se volvía brillante.

Eran cerca de las diez cuando entré en el aparcamiento del motel. La mayoría de los tráileres ya se habían ido y el sol comenzaba a brillar con fuerza y se reflejaba en los coches del aparcamiento. En cuanto entré en mi habitación encendí otro cigarrillo y llamé al abogado cuyo número el ayudante Burdon me había apuntado al dorso de una tarjeta. Un hombre de voz tranquila contestó al teléfono, y empecé a contarle que el día anterior me habían desahuciado y me habían obligado a salir de mi casa. Tenía

ganas de echarme a llorar otra vez, y me odié a mí misma por ello. El hombre me dijo que lamentaba enterarse de mi problema, pero que me había puesto en contacto con la Sociedad de Asistencia Legal Walk-in y que lo único que tenía que hacer era ir y explicárselo todo a uno de los abogados. Me dio la dirección y me deseó suerte. Antes de colgar le pregunté cuánto me costaría y me contestó que todos los servicios se prestaban con honorarios reducidos.

Me desnudé, me puse el albornoz y me senté al borde de la cama. Disponía de ochocientos dólares en una cuenta corriente, otros cincuenta ahorrados y aquel mes tenía que pagar el seguro de la casa. Y ahora, además, el guardamuebles y el abogado; era imposible que yo consiguiese sacar fuerzas para ir a trabajar y hacer la limpieza de dos casas aquel día. Una se encontraba en San Andreas Reservoir y la otra era la consulta de un médico situada en el centro de la ciudad. Llamé para aplazar el trabajo en ambos sitios, lo cual hacía que al día siguiente tuviese que arreglar tres casas, y luego me di una ducha larga. Me sequé con la delgada toalla verde del motel mientras pensaba hasta qué punto aquel lugar me deprimía, aunque era consciente de que no tenía otro sitio donde ir.

Empecé a secarme el cabello, que me había crecido hasta más abajo de los hombros; no lo llevaba así de largo desde los diecinueve años, cuando me casé con Donmmie y tuve mi primera experiencia con la coca, lo que hizo que se me retrasase el periodo; los dos nos dijimos que no estábamos preparados para aquello y me llevó en coche a la clínica de Brookline, por lo que toda la familia se enteró. Hasta aquel momento, mi padre nunca me había mirado con buenos ojos, pero desde entonces dejó de mirarme definitivamente, se limitaba a volverme la cara sin pronunciar ni una palabra cuando me veía, normalmente desde el sillón reclinable situado delante del televisor. Y mi madre empezó a mirarme también de aquel modo, clavando en mí los ojos oscuros y abatidos, como si yo fuera el producto de alguna de sus pesadillas, producto que seguía apareciendo en la vida cotidiana, en su propia casa. Pero ¿quién me creía yo que era?

Busqué en la maleta la ropa menos arrugada, que era un par de tejanos nuevos y una blusa blanca con pliegues horizontales en la parte delantera. Justo antes de salir me puse un poco de colorete en las mejillas, pálidas de no dormir. Tenía los ojos hundidos y los resalté con lápiz de ojos negro.

La Oficina de Asistencia Legal estaba en San Francisco, en el barrio de Mission. Tuve que dar varias vueltas a la manzana antes de ver el letrero en la ventana de la primera planta de un edificio en la confluencia de las calles 16 y Valencia. Se hallaba encima de una de esas cafeterías modernas de las que últimamente la ciudad se ha llenado. Se llamaba café Amaro. Faltaba poco para la hora de comer y todas las mesitas estaban llenas de hombres y mujeres de la costa Oeste que comían cosas como ensaladas *tabouleh* y galletas de sésamo untadas con pasta de soja fermentada; los hombres eran delgados e iban bien afeitados, muchos con coleta, pero yo al pasar sólo me fijaba en las mujeres. Iban sin maquillar, con el largo y abundante cabello

sujeto en la parte de atrás, camisetas de colores vivos, pechos pequeños o bien abundantes y caídos debajo de la ropa de algodón que probablemente sólo compraban por catálogo. En las orejas, alrededor del cuello y en las muñecas llevaban bisutería o joyas hechas a mano. Vestían pantalones cortos, faldas hechas en casa o tejanos holgados, y ninguna llevaba las uñas pintadas ni carmín en los labios. Algunas de aquellas mujeres levantaron la vista hacia mí, pero la bajaron enseguida, pues al fin y al cabo yo no les interesaba; me vi de nuevo en el instituto caminando por un pasillo abarrotado de chicas que formaban clubes y organizaban actividades que a mí no me interesaban, pero que no por ello dejaban de hacer que me sintiese marginada. Y además llevaba en la cara como una verdadera máscara de maquillaje.

El recepcionista del bufete de abogados tenía la misma voz suave que el hombre con el que yo había hablado por teléfono. Llevaba tejanos y una camisa de seda de color aguamarina, muy luminosa. Era de mi edad, treinta y cinco o treinta y seis años, y cuando se levantó para saludarme sonrió y me dijo que se llamaba Gary; luego me entregó un impreso para que yo lo rellenase. No había nadie más en la sala de espera. De las paredes colgaban carteles anunciando marchas de movimientos feministas, recitales de poesía lesbiana y boicots a granjas productoras de fruta y verdura del estado.

Después de escribir en la hoja mis datos personales, incluida la cuantía de mis ingresos y cómo los conseguía, el recepcionista me acompañó a una sala de reuniones situada al lado; era pequeña, pero muy luminosa debido a la luz que entraba por las altas ventanas que daban a la calle. Me ofreció agua mineral, té de hierbas o café. Le contesté que me tomaría todo el café que tuviese y me eché a reír, aunque no estaba de buen humor; en realidad, me sentía como una revista vieja metida debajo del cojín de un sillón, y sabía que allí era donde quería estar, allí metida debajo de un enorme cojín, enroscada, bien fresquita y en la intimidad, para dormir durante mucho tiempo.

Después de visitar al abogado cometí el error de echarme una siesta en el motel. Cuando me desperté era de noche y se oían charlas y risas procedentes de algún lugar cercano. El aire olía a humo de cigarrillo y no sabía dónde me encontraba. Entonces en la calle se puso en marcha un camión cuyo conductor aceleró hasta que empezó a sonar un traqueteo metálico. Encendí la lámpara de la mesilla de noche y miré el reloj; eran casi las nueve. Volví a tumbarme y respiré profundamente, cosa que me hizo estremecer, pero me negué a llorar. Me concentré en una mancha marrón de humedad que había en el techo y me quedé escuchando a la gente que empezaba a beber temprano en el bar de camioneros que había al lado. Recordé la penúltima primavera, cuando nuestras dos familias nos dieron una fiesta de despedida en casa de mi hermano, en Boston. Frank se había tomado la tarde libre en el concesionario de coches de Revere y todavía iba vestido con traje gris cruzado y una corbata de seda bastante llamativa. Era alto y apuesto, y llevaba el cabello negro peinado hacia

atrás y sujeto con fijador. Había cuarenta o cincuenta personas, la familia y la familia política, y llenaban los tres pisos de la casa de mi hermano. Era una fiesta sin cócteles ni cerveza, ni siquiera vino tinto para acompañar la ternera, las salchichas y los espaguetis, pues mi suegra, mi madre y mis tías se habían encargado de que así fuera. La mayoría de las mujeres de más edad se quedaron en la cocina, donde calentaban la comida y se explicaban unas a otras cómo cocinar como es debido. Todos los niños estaban en la planta baja, donde se encontraban la mesa de pimpón y el tablero de dardos, y como era un sábado de marzo la mayor parte de los tíos y de los primos se hallaban en la sala de estar mirando un partido de baloncesto en la gran pantalla del televisor de Frank. Uno o dos se encontraban en la terraza del primer piso con Nick, pues querían que éste les hablase de su nuevo empleo. Yo estaba de pie a la puerta de la cocina en compañía de Jeannie tomándonos un café antes de cenar y con los ojos fijos en Nick, que se encontraba en la terraza. Detrás de él podía ver el puente del río Mystic, las nubes grises y los rascacielos de Boston. Faltaban pocos días para que empezara la primavera y la temperatura era lo bastante templada como para que yo no llevase abrigo. Mi flamante marido se encontraba allí de pie con un suéter de cachemir amarillo y vaqueros negros fumándose un cigarrillo y echando la ceniza en la lata de Coca-Cola. Asentía con la cabeza a algo que le decía uno de sus primos, y en aquel momento sentí tanto amor por él que se me empañaron los ojos. Jeannie me puso una mano en el brazo y me preguntó: «¿Qué te pasa, K? ¿Qué te pasa?».

Más tarde, Frank sacó a todo el mundo de la casa y nos condujo al camino de entrada donde se hallaba el reluciente Bonneville rojo. Había una cinta blanca y ancha que iba desde el parachoques delantero hasta el maletero pasando por encima del techo. Y alguien había pegado con cinta adhesiva a la ventanilla del conductor una tarjeta enorme que había firmado toda la familia, aunque yo sabía que el coche era un regalo de Frank, una bonificación de ventas en especie que le permitía conseguir coches con pocos kilómetros que solía quedarse para sí, pero que aquel año nos lo regalaba a nosotros. Uno de los tíos nos grabó en vídeo mientras subíamos al coche y salíamos a la calle, marcha atrás, para dar un paseo de prueba. No es que quisiéramos un coche grande americano, pues lo que teníamos pensado era comprarnos uno pequeño. Pero durante el viaje hacia el oeste pusimos todo el camino el control de velocidad constante y vimos que el automóvil se podía conducir con dos dedos. Cuando no hablábamos, nos estirábamos y poníamos casetes hasta que uno de los dos tenía necesidad de arrastrarse hasta el asiento de atrás, se tumbaba en la tapicería marrón con una almohada y una manta y se dormía.

Me levanté de la cama del motel y me lavé la cara con agua fría y jabón en el cuarto de baño. En los últimos ocho meses había llorado más que en toda mi vida y tenía que dejar de hacerlo de una vez porque parecía que cuanto más lloraba menos conseguía cambiar las cosas, ni siquiera evitar la mierda de problemas que se me venía encima. Mi nueva abogada no podía entender bien por qué yo había tirado toda la correspondencia de la Oficina de Hacienda sin siquiera abrirla. Me cayó bien

enseguida, creo que porque no llevaba puestos zapatos, sólo unas gafas redondas, blusa blanca y pantalones grises por encima de los pies descalzos. Se sirvió una taza de café y luego se sentó con el bloc y un lápiz en las manos dejando una silla vacía entre ella y yo. Me pidió que se lo contara todo y eso es lo que hice, incluido que ya había ido a la Oficina de Hacienda situada en Redwood City y había firmado una declaración afirmando que mi marido y yo nunca habíamos llevado un negocio desde nuestra casa, de manera que, ¿a qué venía ahora aquel impuesto de quinientos treinta dólares?

—¿De quinientos treinta dólares? ¿Y la han desahuciado de su casa por eso?

—En efecto.

Encendí un cigarrillo y disfruté de la impresión que aquello le causó a mi abogada. Después me preguntó dónde nos alojábamos mi marido y yo. Bajé la vista hacia la mesa, hacia la quemadura producida por un cigarrillo.

—Mi marido ya no cuenta en este asunto. —Alargué la mano para coger un cenicero que era una concha—. Y yo tengo habitación en un motel de San Bruno.

Permaneció callada durante unos segundos e hizo un mohín con los labios como si lamentase oír aquello. Luego me hizo un montón de preguntas sobre la propiedad que yo había heredado. ¿Había un legado de bienes inmuebles en el testamento de mi padre? ¿Estaba todo pagado? ¿De qué banco se trataba? ¿Tenía yo copia de la declaración firmada que había hecho en la Oficina de Hacienda del Condado? Esto último era lo que más le interesaba, y le aseguré que podría conseguirle una, aunque no tenía ni idea de dónde la habría guardado. Después de hacerme todas aquellas preguntas la abogada se puso en pie, se quitó las gafas y me sonrió.

—Lo primero que tenemos que hacer es impedir que vendan la casa. Más tarde ya la recuperaremos. Y además tendrán que pagarle la cuenta del motel.

Comprobó el impreso que yo había firmado para asegurarse de que tenía el número de mi habitación; luego me estrechó la mano y me indicó que no me preocupara, que la llamara al día siguiente a última hora de la tarde.

Encendí el televisor y me senté a los pies de la cama, pero seguía sin verse la imagen y lo que sonaba era el anuncio de una bebida dietética. Oí reírse a una mujer en el aparcamiento y me pregunté si aquella parada de camiones sería como algunas del este: cerveza fría y música en vivo en el bar, bistec caliente y huevos en el comedor, busconas en las habitaciones de arriba. Me quedé allí sentada y me puse a escuchar el comienzo de un programa sobre policías y fiscales en las calles de la ciudad de Nueva York. A través de la ventana se oía el ritmo vibrante de otra orquesta de música *country* que tocaba en el local vecino, y por cuadragésima vez desde el último mes de enero me quedé mirando el teléfono e intenté no llamar a alguien de mi tierra, de mi familia.

Mi madre solía telefonar los domingos por la tarde para ponernos al corriente de las noticias de por allí, pero en realidad lo hacía para ver cómo estábamos. Los primeros domingos después de que Nick se marchase, cuando yo contestaba al

teléfono y oía la voz de mi madre, con frecuencia tenía que taparme la boca con la mano para no llorar. Pero luego empecé a decirle mentiras y le contaba lo bien que le iba a Nick en su nuevo trabajo. Le expliqué que tenía el despacho en el piso decimoséptimo de un edificio a prueba de terremotos y con vistas a San Francisco, que ganaba mucho dinero y que lo más probable era que lo ascenderían a no tardar. Esto era verdad.

A veces, mi madre deseaba hablar con él y yo le explicaba que se había acostado para dormir la siesta y no quería despertarlo, que estaba trabajando (a mi madre no le gustaba oír aquello, pues era domingo) o que se había ido a jugar al baloncesto con algunos compañeros de oficina. Al parecer, eso era lo que más le gustaba a mi madre, que Nicky estuviera fuera de casa haciendo amigos y practicando alguna actividad sana.

—¿Y tú, K? ¿Has hecho amigas también?

—Sí —le contestaba yo—. Me reúno con las esposas de sus amigos y salimos de compras y cosas así, ya sabes. —Mi madre guardaba silencio—. Y hay una chica en especial, mamá. Es de mi edad y está un poco gorda. Vive aquí cerca y vamos juntas a hacer *footing* cuatro noches a la semana.

Eso me venía bien, contar la mentira de que tenía amigas y de que me cuidaba. En cuanto parecía satisfecha con las noticias que le contaba, mi madre se ponía a hablar de Frank y de mis sobrinos, de su casa, de que se estaba quedando sin pelo, de que sus dos hermanas planeaban un viaje a Atlantic City para ir a jugar en los casinos. Pero detrás de toda aquella charla flotaba la pregunta que nunca me hacía: ¿Asistes a esos grupos de rehabilitación que hay ahí, K? Y de todos modos ésa era una mentira que yo no podía decirle. Así que en vez de preguntármelo mi madre terminaba las llamadas haciéndole la única pregunta que tenía metida en la cabeza, algo que sólo pudiera aliviar oyéndome por fin decir la respuesta correcta:

—¿Cuándo crees que tendréis hijos, K?

Y por una vez durante esas llamadas yo me encontraba en situación de decirle la verdad:

—En cuanto pueda convencer a Nick, mamá.

Cosa que era cierta cuando Nick todavía vivía conmigo. Pero cuando lo decía mucho tiempo después de que me hubiera abandonado, la voz me sonaba hueca.

Sólo tres años antes estábamos los dos en la segunda semana del programa de rehabilitación; ambos teníamos las mismas dos adicciones, la cocaína y el alcohol, pero el día anterior, en el grupo, Nick había confesado una tercera adicción, la pornografía. Muchos de nosotros no aceptábamos que eso fuese una verdadera adicción, pero Larry nos dijo que cerráramos la boca y «escucháramos» a Nick. Aquello era algo que a mí no me resultaba difícil porque incluso entonces, cuando el cuerpo de Nick todavía se encontraba desenganchándose de un atracón de rayas de



cocaína y cerveza que había durado diez días y que había terminado en una sala de urgencias y luego en aquel programa, incluso entonces yo no podía dejar de mirarlo, de contemplar aquellos ojos azules tan duros, el espeso pelo negro y la cara pálida llena de cicatrices de acné. Nick tenía los brazos y las piernas muy delgados, y una barriga que se hacía más evidente cuando se sentaba, pero lo único que yo siempre quise hacer desde el principio fue sentir todo mi cuerpo consumido contra el de Nicky Lazaro.

Siempre que él hablaba me desconcertaba porque tenía una voz profunda que no iba de acuerdo con aquel aspecto aniñado, y además hablaba bien, como si fuera una persona culta o leyese muchos libros. Decía que era peor cuando intentaba mantenerse en el buen camino, porque entonces en vez de beber o esnifar rayas de coca se liaba con películas guarras. Y que a veces incluso había llamado al trabajo para decir que se encontraba enfermo, y luego alquilaba media docena de cintas de vídeo de porno duro y se pasaba horas y horas con ellas.

—¿Horas? —le pregunté con ironía.

Y me eché a reír, aunque me sentía muy asqueada.

Larry me cortó y dijo que comentarios como aquél eran «inapropiados» en el grupo. Miré a Nick, que observaba con aparente curiosidad el cigarrillo encendido que sostenía en la mano, como si él no formase parte de aquella conversación. Luego me echó una ojeada rápida con aquellos ojos oscuros y un poco brillantes, motivo por el que me sonrojé rápidamente y tuve que desviar la mirada.

El día de visita, mientras esperaba a mi hermano y a su mujer, yo no dejaba de mirar a Nick; éste se encontraba al otro lado de la habitación sentado frente a sus padres, que me recordaban a los míos, aunque mi padre había muerto y mi madre era incapaz de afrontar el hecho de volver a verme. A veces, Nick echaba un breve vistazo en mi dirección y yo miraba a otra parte. A nuestro alrededor todo eran familias que habían venido de visita y se hallaban sentadas en sillas de plástico en torno a las mesas plegables; algunos de los presentes apenas se atrevían a mirarse a los ojos, mientras que otros no dejaban de alborotar y contar anécdotas y chistes, como si les resultase un alivio comprobar que al final todo el problema había quedado reducido a aquello; parecía que un globo deseando la pronta recuperación del familiar flotase en aquel aire cargado de humo de cigarrillos.

Pero yo me sentía agradecida sólo por el hecho de estar allí. En las dos semanas que llevaba en el programa el tejido interior de mis conductos nasales había dejado de sangrar, lo más fuerte que había bebido era café y el único desconocido que veía al despertarme era yo misma. Pero había más, pues ya había dejado de querer lo que había anhelado repetidamente desde que tenía quince años, que la Muerte viniera a buscarme y me llevase igual que hace el viento con las hojas secas que arranca de las ramas.

### 3

El viernes, por la mañana temprano, mientras duermo tendido sobre la alfombra cerca de la puerta corredera de cristal, que está abierta, mi hijo me toca en el hombro para despertarme y me ofrece un vaso de té caliente y cuatro terrones de azúcar. Fuera, en los árboles, canta un pájaro, pero el cielo se ve gris y el aire que entra por la ventana es más bien fresco.

—Bawbaw-jahn. Man goh khordam. Lo siento.

Mi hijo ya se ha vestido, lleva pantalones cortos y una camiseta; tiene el pelo seco, aunque bien peinado. Me siento, cojo el té y me lo bebo sin azúcar. Me pongo a mirar por el cristal de la ventana a la pequeña terraza de cemento, y oigo que Esmail se sienta a mi lado en la alfombra.

—Sé que trabajas mucho, bawbaw. Todos los días y casi todas las noches de la semana.

Miro a mi hijo, a aquellos ojos castaños que en el rostro de una mujer serían bellos, le doy las gracias en farsi por disculparse y por haberme llevado el té y le digo que tiene que empezar a preparar su habitación para la mudanza.

Hoy los basureros de la cuadrilla hemos trabajado en los carriles que se dirigen hacia el sur en la Carretera 101, en el tramo que pasa junto a los árboles de hoja perenne de la zona recreativa Golden Gate. Llevo puesto todo el día el sombrero azul nuevo, pero la niebla matinal no acaba de levantarse y yo desearía haberme traído un suéter ligero. En el descanso como rápidamente junto a Tran y luego me levanto para hablar con Tórez, que se halla sentado tras el volante del camión y mantiene abierta de par en par la puerta mientras se concentra en uno de esos crucigramas del periódico. Me detengo un momento hasta que tengo claro que me presta atención. Me disciplino a mí mismo para relajar los hombros y comienzo a hablar:

—Cuando hoy acabe la jornada ya no trabajaré más aquí, señor Tórez.

Éste acaba de escribir una palabra con el lápiz; luego levanta la vista y me dice:

—¿Lo ha comunicado en la oficina, coronel?

—No.

—¿Pues entonces por qué me lo dice a mí, hombre? —Vuelve a centrar la atención en el periódico—. ¿Sabe usted otra palabra que signifique huracán?

Vuelvo al lugar donde se encuentra Tran y donde he dejado el té; siento deseos de decirle adiós al vietnamita, pero cuando me señalo el pecho con un dedo y luego la carretera, él sonrío y mueve la cabeza de arriba abajo como si le estuviera contando un chiste muy antiguo y muy gracioso.

Y ahora ya es por la noche, me hallo en la tienda de artículos de primera necesidad, me pesan las piernas y empiezan a llorarme los ojos debido a la fatiga, pero me siento lleno de alegría mientras hago el último turno de mi vida en aquel trabajo. Rico, el joven que trabaja conmigo, tiene la costumbre de mascar chicle, y otras noches ese desagradable sonido que hace con la boca me molestaba mucho,

pero hoy no es el caso; nada de lo que solía irritarme tiene ya el menor efecto sobre mí, ni el deslumbrante fluorescente que ilumina los estantes llenos de cajas y latas de comida de un precio exagerado, ni los estudiantes universitarios que, después de haber bebido demasiada cerveza, entran con aquella sonrisa estúpida para comprar chokolatinas y cigarrillos, ni siquiera que algunas personas me entreguen una tarjeta de crédito para pagar la gasolina y me vea obligado a utilizar la engorrosa máquina que hay debajo del expositor de revistas. Y tampoco me irritan esas revistas kaseef y cochinas que muestran mujeres desnudas en la portada y que tanto he odiado tocar y vender; ahora no me disgustan como han hecho tantas veces antes. Porque sé una cosa de las épocas difíciles de la vida: que siempre hay un momento para empezar y un momento para acabar, y que el hombre que sabe esto sabe también que debe dar gracias a Dios por todos los días que ha sufrido, porque eso siempre es un día más cerca del sol, del verdadero sol.

Pero muchas noches, después de largo tiempo en América, me he olvidado de Dios y he pensado sólo en mis problemas, en la clase de empleos en que me he visto obligado a trabajar aquí, tareas que en mi antigua vida ni siquiera le hubiera encomendado al último soldado que tuviese a mis órdenes. Aquí he trabajado en una fábrica de tomates en lata, en un tren de lavado de automóviles, en un almacén de muebles, en un aparcamiento, en dos gasolineras y, finalmente, en el Departamento de Carreteras y en esta tienda de artículos de primera necesidad. Sí, así he conseguido ganar un poco de dinero, el suficiente para gastar más despacio el que traíamos, pero con cada cheque que he cobrado he tenido la sensación de que perdía un hueso y un músculo de la espalda, de esos que los hombres necesitan para mantenerse erguidos.

Mi joven colega y yo cerramos la tienda a la una en punto de la madrugada. Encerramos con llave los recibos de compra de la noche en la pequeña caja fuerte que hay en la trastienda y llenamos la hoja de inventario para el caballero del turno de día antes de sacar los cheques de nuestro salario del cajón de las monedas de la caja registradora. Cerramos las puertas y echamos a andar hacia nuestros vehículos a la luz de las farolas que hay encima de los surtidores de gasolina. Al joven sólo le digo:

—Buenas noches, Rico.

Nada más. Y mientras circulo bajo las farolas en el Buick Regal por la avenida San Pablo a esa hora tan temprana de la mañana, siento el cuerpo cosido al asiento del coche debido al cansancio, pero hago cinco inclinaciones de cabeza mirando hacia el este, le doy gracias a Dios y la boca me tiembla a causa de la libertad que Él me ha concedido una vez más, por la vuelta de la dignidad que ya empezaba a creer que nunca recuperaría.

El viernes ha sido el mejor día hasta ahora y al mismo tiempo el peor. El mejor porque he trabajado todo el día limpiando la residencia que me toca los viernes y además la casa y la consulta del pediatra que no había podido arreglar el jueves. Flotaba un banco de niebla que avanzaba hacia el interior desde la playa, y en cualquier otra ocasión eso habría sido suficiente para deprimirme, pues en esos casos la ciudad se pone gris, pero el viernes lo que hice fue sencillamente no hacer caso y limpiar con más energía de lo que lo había hecho en mucho tiempo.

Mis clientes me dejan una llave en el buzón o debajo de una piedra del jardín, lo que significa que nunca hay nadie excepto algún perro o algún gato, por lo que puedo trabajar sola y deprisa mientras masco chicle y escucho el *walkman* que llevo prendido en los pantalones cortos; sobre todo escucho las viejas cintas de Nick, *rock* rápido y ruidoso que hace que me mueva a buen ritmo y me impida pensar demasiado. Cuando me desperté el viernes por la mañana temprano en El Rancho tomé la determinación de dejar de revolearme en mi problema y de concentrarme en solucionarlo. Tenía que poner todo aquel asunto en manos de Connie Walsh. Ella era mi abogada. Cuando acabé de vestirme ya me había convencido a mí misma de que antes de que acabase el día oiría algo positivo referente a la recuperación de la casa. Así que en lugar de reservar la habitación para el fin de semana, bajé a la oficina y pagué otros treinta y un dólares sólo por la noche del viernes.

Volví al motel justo antes de que el tráfico del fin de semana invadiese las autovías. Sentía que tenía los brazos, las piernas y la parte inferior de la espalda hechos polvo, y el sudor se me había secado tres veces sobre la piel. Pero antes de ducharme decidí llamar a Asistencia Legal, y Gary me hizo esperar casi cinco minutos al teléfono antes de que finalmente se pusiera Connie Walsh.

—Lo siento mucho, Kathy, pero resulta que el condado ya ha vendido su casa.

Me quedé parada y empecé a respirar de forma entrecortada.

—¿Qué? ¿Cómo?

—La fecha de la subasta se había fijado hacía ya varios meses, Kathy, se lo comunicaban en esas cartas que usted ha ido tirando sin abrir.

Me imaginé la cara redonda de mi madre, los ojos oscuros e inexpresivos. Oí a mi hermano Frank, que nos había dicho a Nick y a mí que por lo que a él concernía podíamos quedarnos con la casa; que quizá nos pidiera su mitad dentro de veinte años, pero que, oye, K, cada cosa a su tiempo, ¿vale? Luego sentí que me brotaban las lágrimas, que se me revolvía el estómago.

—¡Esos cabrones!

—¿Puede traerme eso el lunes por la mañana, Kathy?

—¿El qué?

—La copia de la declaración jurada. Para entonces espero que me hayan mandado el expediente y podremos partir de ahí. ¿De acuerdo?

Connie Walsh se quedó callada al otro extremo de la línea. Me limpié la nariz y le pregunté qué pensaba hacer.

—Exactamente lo que le he dicho, Kathy. Exigiremos que rescindan la venta o entablaremos un pleito contra el condado.

Me dijo que no me preocupara demasiado y luego me recordó que le llevase los papeles el lunes por la mañana sin falta.

Pasé la primera parte de la noche en el guardamuebles que había enfrente del motel buscando la declaración jurada firmada que me habían dado en la oficina del condado. Pero ya había oscurecido y no se veía demasiado, y además no tenía linterna, así que me fui en el coche a una tienda de artículos de primera necesidad que había en la autovía para comprar una. La niebla había inundado las calles y el aire era húmedo y demasiado frío para ir en pantalón corto. Cuando volví al guardamuebles encontré allí una sudadera vieja de Nick y me la puse. Era blanca y negra y tenía el logotipo de una orquesta en la que él tocaba el bajo hace años. Estaba limpia, así que no guardaba el olor de mi marido, pero todavía me lo podía imaginar con ella puesta, tumbado en el sofá mientras leía un libro con el televisor o la radio encendidos, a veces con las dos cosas conectadas a la vez. Así era como leía siempre.

Tras una hora revisando las cajas y las bolsas, durante la cual el cuello se me puso rígido de aguantar el mango de la linterna con la barbilla y el pecho para poder usar las dos manos, ya casi me había dado por vencida. Y entonces me acordé del baúl. Quité de encima del mismo dos bolsas de basura llenas de diversos objetos y luego levanté la pesada tapa de madera. Dentro había cosas que yo ni siquiera había mirado desde que me trasladé a vivir al oeste: ropa y zapatos viejos, toallas y mantas, una docena de discos de *rock* del instituto, principalmente de los Rolling Stones y de los Allman Brothers, pero ningún papel.

—¿Hola?

Di un grito y me volví tan rápidamente que se me cayó la linterna. Un hombre la cogió y se iluminó la cara con ella. El contraste de luz y sombra me asustó y retrocedí un paso, pero luego reconocí aquel bigote torcido. Era Burdon, el ayudante del *sheriff*, que sonrió y a continuación me entregó la linterna. Respiré profundamente y luego dejé escapar el aire.

—Mierda, no vuelva a hacer eso.

—Lo siento, no era mi intención asustarla.

—Pues lo ha hecho.

Volví a meterlo todo en el baúl; luego salí del guardamuebles y le puse el candado sujetando la linterna con el codo y las costillas. El corazón todavía me latía muy deprisa, y ya se había hecho completamente de noche. La niebla flotaba en el aparcamiento y en la calle. A la luz de las lámparas de seguridad que había sobre las barracas guardamuebles vi que Lester Burdon llevaba puestos vaqueros, zapatillas deportivas y una cazadora.

—¿Se ha puesto en contacto con Asistencia Legal?

—Sí, gracias. —Apagué la linterna y eché a andar por el aparcamiento. Tenía frío en las piernas desnudas y los pezones se me ponían duros al rozar con la camisa. No era capaz de averiguar qué sensación exactamente me producía el hecho de que aquel hombre se hubiese presentado allí—. ¿Es que trabaja usted de incógnito o algo parecido?

—¿Cómo dice? —Se miró las bambas—. Ah, no. Ahora no estoy de servicio. Sólo... bueno, es que pasaba por aquí con el coche y pensé en detenerme y ver qué tal le iba, qué tal resiste.

Parecía que lo decía en serio, y lo encontré aún más suave que el día anterior cuando aquel hombre iba al frente del grupo que me echó de mi casa. Cuando llegamos a su coche, un Toyota familiar que se encontraba al final del aparcamiento, cerca de la valla de tela metálica, albergué esperanzas de que Burdon, el ayudante del *sheriff*, siguiera hablando. Connie Walsh era la primera persona con la que yo había mantenido una conversación de verdad en más de ocho meses, aunque en realidad había sido más un interrogatorio que una charla. Me hacía falta hablar, aunque fuera con un ayudante del *sheriff* en medio de la niebla. Burdon miraba hacia los remolques aparcados detrás del bar de camioneros, más allá del motel. Se oía el bombo de la banda de música *country* y los coches que pasaban por la autovía. Se dio la vuelta y me miró con expresión sombría.

—¿Puedo invitarla a una taza de café?

—Me vendría muy bien.

Y le indiqué que primero tenía que ir a ponerme algo más abrigado. Me esperé dentro del coche, en el aparcamiento del motel, y me vestí con la misma ropa que había utilizado para ir a Asistencia Legal. Me puse desodorante debajo de los brazos y me pinté los ojos con rímel bajo las pestañas del párpado inferior.

Los dos estuvimos de acuerdo en que el bar de camioneros debía de ser demasiado ruidoso, así que acabamos en Carl's Jr, un par de kilómetros más allá por la autovía, en las afueras de San Bruno. El local estaba muy iluminado y olía a pollo frito y a patatas. Yo no había comido nada y sentía un vacío en el estómago, pero no quise pedir nada de comer para no cambiar el ofrecimiento que él me había hecho de ir a tomar un café juntos y acabar convirtiéndolo en otra cosa. Nos sentamos a una mesa situada junto a la ventana. El agente Burdon se había quitado la cazadora, bajo la cual llevaba una camisa a rayas. Tenía los brazos muy morenos, y el oro de la alianza de casado le resaltaba contra la piel del dedo. El bigote seguía igual de torcido que el día antes, y los ojos oscuros se le notaban un poco llorosos. Seguro que yo estaba mirando al hombre más serio que había conocido en mi vida.

Nos llevaron el café. Le añadí sacarina al mío, pero él se lo tomó solo, sin quitarme los ojos de encima. Mientras íbamos hacia allí en el coche me había preguntado si en Asistencia Legal me habían asignado ya un abogado; le contesté que sí, y luego le conté la noticia que me había dado Connie Walsh de que el condado ya había subastado la casa. Entonces, el agente Burdon bajó los ojos y movió la cabeza

de un lado al otro.

—Vaya, veo que no se andan con bobadas, ¿eh?

—Pero creo que no es difícil anular esas cosas, ¿no es así? Ese es el plan de mi abogada.

Me sentí insegura al ver la reacción, no demasiado alentadora, del ayudante del *sheriff*. Levanté la taza de café, pero luego volví a dejarla encima de la mesa, pues de repente sentía que el estómago se me había revuelto un poco. Encendí un cigarrillo y eché el humo por un lado de la boca.

—Bueno, en realidad yo no entiendo mucho de esas cosas, señora Lazaro.

—Kathy. Y mi apellido de soltera es Nicolo.

—Le sienta bien.

Me miró a los ojos durante unos instantes y después echó una rápida ojeada por la ventana. Yo quería preguntarle si tenía hijos; quería saberlo, pero me abstuve de hacerlo y continué dándole caladas al cigarrillo.

—De todos modos no tenían por qué cobrarnos ningún impuesto. Y además, para empezar, yo sólo soy dueña de la mitad de la casa. Mi abogada se muestra bastante confiada, así que trato de no ponerme pesimista.

—¿Su marido es el dueño de la otra mitad?

—No, mi hermano. Todavía no sabe nada de esto. No se lo he dicho a nadie.

Vino la camarera y nos sirvió más café. Lester Burdon le sonrió, pero me pareció que lo hacía con tristeza, como si supiera algo de ella que no era bueno. Cuando vio que yo lo observaba cambió la cara y dio un sorbo de café.

—¿Tiene usted hijos, señor Burdon?

—Dos.

Dejó la taza de café y cruzó los brazos sobre la mesa. Volvió a mirarme directamente a los ojos, pero esta vez no los apartó, y le sostuve la mirada. No estaba acostumbrada a que me observasen tan detenidamente.

—Mi marido me dejó hace ocho meses. En mi familia tampoco saben nada de eso.

—¿Siempre guarda tantos secretos?

—Sólo cuando creo que debo hacerlo.

El ayudante Burdon mantuvo los ojos castaños fijos en mí; aparté la mirada y apagué el cigarrillo.

—Comprendo.

—¿Sí?

—Creo que sí.

Asintió una vez, como hacen los policías.

El trayecto de regreso al motel se hizo corto y resultó un poco extraño. Ninguno de los dos pronunció palabra, y mientras tanto la niebla seguía avanzando despacio

por las calles. Las luces que había sobre los surtidores diesel de la gasolinera, junto al bar de camioneros, se veían borrosas por los bordes, igual que los letreros de neón, los anuncios de cerveza que había en la ventana del bar. Al otro lado del aparcamiento, las altas letras del motel El Rancho, situadas por encima de la oficina, se veían muy atenuadas y un poco difusas.

Metió el coche en el aparcamiento. Yo puse la mano en el picaporte de la puerta.

—Me gustaría volver a mi casa, pero tendría que romper una ventana para entrar.

Me tocó la rodilla con cuatro dedos y los apartó enseguida, pero me dejaron un calor en la pierna que produjo en mí una sensación que me llegó hasta el diafragma.

—¿Le importa que le dé un consejo profesional?

—Supongo que no.

—No pierda la cabeza y hágalo todo a través de la abogada, Kathy. Yo de usted ni siquiera me acercaría por allí hasta que tuviera las llaves en la mano.

Volvió a adoptar una expresión sombría. Yo no quería bajar del coche, pero tampoco quería quedarme.

—Gracias por detenerse para verme.

Me miró con aquel rostro tan atractivo y el bigote torcido. Bajé del coche, cerré la puerta y me quedé mirando cómo el vehículo subía por la calle cubierta de niebla hasta que las luces traseras desaparecieron.

El sábado y el domingo todas las ciudades costeras quedaron cubiertas por la niebla. Pasé todo el fin de semana encerrada en mi habitación fumando sin parar, leyendo algunas revistas y mirando la televisión en mi propio aparato en color que decidí subir del guardamuebles. Cuando tenía hambre salía a comprar comida hecha. El domingo por la noche, a última hora, cogí el coche y pasé por debajo del tramo elevado de la autovía para ir a comprar cigarrillos y una chocolatina Snickers, y juraría que al volver vi el coche de Lester Burdon que se apartaba del bordillo de la acera de enfrente mientras aquel pequeño motor extranjero se esforzaba al cambiar de marcha.



Miro a mi Nadi por encima de la *pizza* que nos estamos comiendo sentados en el suelo de nuestro nuevo hogar. Lleva puesto un chándal muy a la moda de color rosado. No lleva maquillaje en la cara y tiene ojeras. Esmail ha trabajado bastante durante todo el fin de semana, y ahora alarga la mano para coger la quinta porción de *pizza* antes de acabar de masticar la anterior. Pero Nadereh no me devuelve la mirada. Me ha hablado muy poco, tanto en farsi como en inglés, desde que le grité y le rompí el casete al tirarlo al suelo en la habitación del apartamento pooldar. Terminamos de comer y le doy permiso a mi hijo para que se retire a su habitación. Nadi se levanta para preparar el samovar.

Los empleados de las mudanzas terminaron su trabajo ayer a última hora de la tarde, y mi esposa se quedó trabajando hasta media noche para poner en orden su nueva habitación, la mayor de todas, con dos buenas ventanas que dan al jardín de la parte de atrás. Mi habitación y la de Esmail son más pequeñas y se hallan situadas en la parte delantera de la casa, desde donde se ve la calle y el terreno boscoso que hay más allá. Y todos compartiremos el cuarto de baño como una familia. Aunque se negase a hacerlo conmigo, disfruté mucho oyendo cómo Nadi hablaba en inglés con los corpulentos hombres de las mudanzas, pidiéndoles que, por favor, calcularan bien las distancias y que, por favor, trabajasen con cuidado y evitaran romper muebles, muchas gracias, señores.

Me recuesto hacia atrás en la alfombra y me apoyo en un codo, pero no alcanzo a ver a mi esposa, que se encuentra en la zona de la cocina, debido al mostrador y a los taburetes. Esto es algo muy propio del oeste, el diseño de una barra de bar dentro de las casas, y si yo no tuviese intención de vender la propiedad a algún americano, haría que la quitasen. Del nuevo dormitorio de Esmail llega sonido de risas que salen del televisor. Ayer se ilusionó mucho al descubrir que desde esta montañita se pueden ver tantos programas como en los apartamentos pooldar, y hoy, una vez que ha arreglado su habitación, mi hijo se ha ido a montar durante un par de horas en el monopatín y ha bajado por la larga ladera de la colina de la calle Bisgrove como un F-16 lejano entre las nubes.

Nadi deposita el té y el azúcar a mis pies, que están descalzos, y luego rápidamente se lleva el embalaje vacío de la *pizza* y vuelve a la cocina, que ha ido poniendo en orden durante toda la tarde. Sobre el sofá hay cajas sin abrir, lámparas, cortinas y mantas dobladas. Reserva esta estancia para el final, lo cual no es mala idea, porque sé que tiene trabajo suficiente para mantenerse ocupada por lo menos durante la primera semana. Fardoh, mañana, compraré para ella un casete nuevo e incluso un par de cintas, a lo mejor de Googoosh, esa mujer persa que canta y es menos sentimental que Daryoosh.

Me levanto, cojo el té, salgo por la puerta principal y camino descalzo sobre la hierba. El césped se nota bastante crecido, por lo menos tiene dos centímetros de

altura, y cuando rodeo la casa por uno de los laterales se me ocurre que he de comprar también una segadora de césped, algo de segunda mano, nada extraordinario. El cielo ha perdido la mayor parte de su luz y mis nuevos vecinos han encendido las lámparas. Me desilusionó que no saliera el sol en todo el fin de semana, que sólo se viese esa extraña niebla más bien fría, pero me siento agradecido por la altura del seto que rodea nuestra casita, y me gusta el intenso olor a pino que se nota en el aire. Por la ventana de la cocina apenas alcanzo a ver cómo trabaja mi Nadi porque no ha encendido ninguna luz. Mañana empieza mi nuevo trabajo, el de compraventa. Le dedicaré las mejores horas del día, como si tuviera un empleo en una oficina; eso es lo que debo hacer con mi habitación, equiparla con un buen escritorio, un sillón y un teléfono, y quizá también con una máquina de escribir. Pero primero tengo que convertirme en vendedor; he de doblar mi inversión consiguiendo pronto un comprador. Y desde luego esto hay que manejarlo con mucha más delicadeza que cualquier otra cosa. No puedo presionar a Nadi demasiado ni hacerlo enseguida pidiéndole que recoja todo y haga otra mudanza. Quizá fuese mejor esperar un mes o dos para que se instale aquí, lejos de todas las mentiras y fingimientos de la vida que llevábamos en aquel edificio grande con nuestros dirigentes pooladar. Pero ¿no será más difícil entonces, una vez instalada, pedirle que hagamos otra mudanza? Claro que, si vendo la casa en el mercado libre por un precio justo, podré enseñarle los ochenta o noventa mil dólares que tendremos en nuestro poder, una buena oportunidad para comprar otra propiedad en alguna subasta y venderla con ganancias, incluso para empezar algún negocio de otra clase.

Miro la pendiente del tejado que se eleva por encima de mí; el cielo se va poniendo cada vez más oscuro y decido también llamar por teléfono a un najar, un carpintero, para que me dé precio por construirme un mirador, un paseo de viuda. Y entonces quizá le ponga a esta propiedad el nombre de Waterview, miramar, y mientras no la venda, mi esposa y yo podremos sentarnos juntos al atardecer en el mirador, en lo alto de la casa y del cerro, para contemplar el mar y el cielo.

El najar es un joven amable que no debe llegar ni a los treinta años. Me ha dado un presupuesto de mil cien dólares por la construcción del paseo de viuda. No podremos entrar en él desde el interior de la casa, sino que para llegar al tejado tendremos que salir y subir por la escalera que construirá delante de la ventana de la cocina. No hay otra manera posible de hacerlo, me ha asegurado el najar, así que decido aceptar este compromiso, pero no le diré nada a Nadereh del mirador.

Hoy lunes, por la mañana, mientras mi hijo baja en monopatín por la pendiente de la calle Bisgrove para explorar el pueblo de Corona a la luz del sol, paso bastante tiempo aquí, en mi nueva habitación, organizándola como despacho, pues no tengo tiempo que perder. En cuanto despejo el escritorio de todos los papeles y cajas innecesarios, empiezo a redactar un anuncio para poner esta casa a la venta. Me fijo

en el lenguaje de otros anuncios de propiedades inmobiliarias que hay en el periódico local y procuro utilizar el mismo para el mío, aunque no me siento cualificado para poner un precio. Muchas casas que se anuncian no parecen mayores ni en mejor estado que esta casita, y también se encuentran en «zonas residenciales», aunque los precios de esas casas sobrepasan ampliamente los ciento setenta mil dólares. Empiezan a temblarme los dedos; una vez más me asombro del precio tan bajo que he pagado por la casa e imagino que si pudiera venderla aunque fuera por ciento cincuenta, triplicaría con creces mi inversión. Fuera de mi habitación, al otro extremo del pasillo, mi esposa Nadi trabaja en la zona de estar. De vez en cuando oigo su voz mientras habla consigo misma. Es una costumbre que siempre ha tenido y me complace oírla, porque es algo que sólo hace cuando se halla muy enfrascada en algún proyecto o tarea.

Esta mañana temprano se levantó de la cama al mismo tiempo que nosotros, su hijo y yo. Nos preparó tostadas y té, y cuando me lo sirvió le di las gracias y me dijo:

—Haheshmeekonam, Behrani.

Es la respuesta apropiada, aunque nunca me ha gustado que utilice mi apellido para dirigirse a mí. Cuando éramos más jóvenes me llamaba Massoud-joon o, más a menudo, Mass. Pero hace ya muchos años, creo que desde la revolución, que mi Nadi me llama Behrani. Una noche en el apartamento que teníamos en París, en la orilla derecha de ese río sucio aunque hermoso que es el Sena, Nadi mantuvo una larga conversación telefónica con una de sus hermanas, la que vive en Teherán. Después de colgar se echó a llorar inmediatamente. La dejé a solas un rato y luego fui a consolarla, pero mi esposa me empujó y me gritó muy fuerte en farsi que nunca debía haberse casado conmigo, ¡con un soldado kaseef! Ningún miembro de su familia se había visto obligado jamás a abandonar el país; sus nombres no aparecían en ninguna lista negra condenados a pena de muerte, sólo el de ella porque se había casado conmigo y con las asquerosas fuerzas aéreas kaseef. ¡Y todo es por tu culpa, Behrani! ¡Nuestro país está arruinado por tu culpa, por tu culpa y por la de tus amigos de la SAVAK!

Y fue entonces cuando le di un fuerte golpe a mi esposa en el rostro con la mano abierta. Cayó al suelo y se quedó allí tendida llorando:

—Man meekham bemiram. Quiero morirme —decía llorando—, quiero morirme.

Desde luego yo no le habría permitido quedarse tumbada en la alfombra de aquel modo si nuestro hijo hubiera estado en casa, pero Esmail se había ido a jugar en la calle con sus amiguitos franceses, así que dejé que Nadereh se quedase tendida boca abajo y llorase. Porque estaba muy equivocada en lo referente a mi relación con la SAVAK, la policía secreta. Tuve muy poco que ver con cualquiera de sus asuntos. Y, naturalmente, mi esposa nunca antes se había quejado de nuestros privilegios; nunca se quejó de las criadas y de los soldados que utilizaba como servicio en nuestro hogar; nunca se quejó de las excursiones a esquiar a las montañas del norte, ni de la casita que teníamos en Chahloose con vistas al mar Caspio; nunca se quejó de los

delicados trajes de noche que lucía en las fiestas que daban generales, jueces, abogados y famosos actores y cantantes; nunca se quejó cuando el domingo por la tarde yo le ordenaba a Bahman que nos llevara en coche a toda la familia al mejor cine de Teherán, y aunque, como era natural, había una larga cola de gente aguardando turno para adquirir la entrada, nosotros nunca habíamos de esperar porque yo iba vestido de uniforme, ni siquiera teníamos que pagar; nos acompañaban a la zona reservada para las Personas Muy Importantes lejos del gentío. Y sí, muchas veces vi asomar el miedo detrás de las sonrisas de aquellos directores de las salas de cine cuando inclinaban la cabeza y nos acompañaban personalmente hasta nuestros asientos; y sí, ninguna de las personas que se hallaban esperando en la acera, en el exterior del cine, se atrevió nunca a expresar queja alguna, al menos que yo alcanzase a oír; pero lo cierto era que mis manos no estaban manchadas de sangre. Yo compraba aviones de combate. Pero no trabajaba con la SAVAK.

Aunque hubo momentos de mi carrera en que pasé algún tiempo con aquellos hombres. En los últimos años cada jueves por la noche cinco o seis oficiales de alto rango nos reuníamos en casa del general Pourat para tomar vodka y mastvakhlar. Cuánto echo de menos ahora esa clase de compañía. En Berkeley, en el edificio donde vivían persas pool-dar, de vez en cuando intenté organizar algunas reuniones de hombres por la noche, pero aquellos jóvenes médicos e ingenieros han pasado tantos años de su vida educándose en occidente que ni siquiera saben beber como es debido todos juntos, como hombres; no saben que el de más edad y experiencia de los presentes es el saghi, y que él, y sólo él, es quien coge la botella de vodka y quien llena, o no, las copas de los que le rodean. Cuando los jueves por la noche íbamos a casa de Pourat, éste, naturalmente, era el saghi. Allí un soldado nos acompañaba hasta el despacho, donde nosotros, los caballeros, nos quitábamos los zapatos a la puerta y nos sentábamos formando un círculo en la alfombra de color rojo oscuro de Tabriz. En invierno, el fuego siempre ardía en la chimenea de piedra situada detrás de nosotros. Dos o tres músicos y un cantante se situaban en el rincón más alejado e interpretaban sin demasiado alboroto canciones de más de mil años de antigüedad, y eso es sólo un tercio de la antigüedad de nuestra patria. Colgado de la pared del lado este había un largo tapiz que representaba a Hazrat Abbas y a sus sagrados compañeros bajando a la carga por la duna de Karbala hacia los miles de soldados enemigos que los entregaron al martirio.

Y ante cada uno de nosotros había colocada una tacita de cerámica, reliquias de la familia de Pourat en Ispahan. Una caja de puros habanos permanecía allí cerrada, porque nunca fumábamos hasta que nuestro anfitrión se decidiera a hacerlo primero, ni mojábamos los dedos en el tazón de mastvakhlar, el maravilloso yogur agrio mezclado con trocitos de pepino, pues ese momento no llegaría hasta que hubiésemos tomado el primer trago del vodka ruso que Pourat servía frío en cuanto entraba vestido con una chaqueta de esmoquin, pantalones de seda y finos calcetines parisinos. Era un hombre apuesto, khosh teep, y calvo, con hombros anchos y vientre

plano. Nos poníamos en pie, naturalmente, pero Pourat nos indicaba con un gesto de la mano que volviéramos a sentarnos en el suelo y bromeaba sobre alguno de nosotros, sobre cualquier cosa que hubiese oído aquella semana en Mehrabad. Y siempre nos reíamos de los chistes de Pourat, no por respeto, sino porque era un hombre divertido de verdad. A veces hacía rabiar a alguno de los hombres más jóvenes o ambiciosos y pasaba su copa por alto cuando servía el primer trago, algo que un saghi rara vez hace, porque el principal propósito de un saghi es impedir que un hombre beba más de lo que es capaz de aguantar. El oficial con la copa vacía bajaba la cabeza avergonzado y con el rostro enrojecido, y se concentraba en tratar de recordar en qué podía haber ofendido al general. Pero luego Pourat se echaba a reír estrepitosamente, igual que todos nosotros, y le servía vodka a aquel hombre, que se sentía así aliviado y sonreía, y luego Pourat nos llenaba las copas a todos.

Cuando brindábamos a nuestra salud, cada hombre, incluido Pourat, trataba de chocar su copa por la parte más baja de la de los demás, cosa que es una verdadera muestra de respeto en Persia. *Man nokaretam*, decimos. Soy tu servidor. Y cada hombre quiere honrar a otro más que a sí mismo si se lo merece de verdad, así que no permite que su copa quede por encima cuando ambas chocan; al instante baja la copa hasta la parte baja de la del otro hombre como diciendo: «No, yo soy tu servidor». Pero el otro a veces insiste en volver a bajar la suya y más de una vez he visto bajar las copas de esta manera a hombres ya muy crecidos, haciéndolo alternativamente hasta tocar el suelo, y luego levantarse para resolver a puñetazos el asunto de cuál de ellos respeta más al otro. Pero en casa de Pourat eso nunca ocurría. Nos preciábamos de ser no sólo oficiales de alto rango, sino también caballeros persas.

Una noche de invierno, el general Pourat invitó a un séptimo hombre a su casa, a su sobrino. Tenía la tez oscura y era más joven que nosotros, no tendría más de treinta y tres o treinta y cuatro años. Era un hombre de buena apariencia, mandíbula ancha, nariz pequeña, esos ojos profundos que se ven a veces en los actores de cine y un físico que evidenciaba muy buena forma. Se le notaba que era un hombre muy fuerte a pesar del traje oscuro de buen corte y hecho a la medida. Cada vez que levantaba la copa de vodka para beber, el músculo de la parte superior del brazo se le abultaba como una piedra redonda, y cuando uno de los hombres comentó que el joven debía de tener mucha fuerza, Pourat le explicó:

—Sí, Bijan los puede a todos en el zur khaneh.

Uno de los caballeros de más edad, que se hallaba sentado a mi lado, empezó a hablar de su niñez en Rasht, de cómo solía ir con su padre al zur khaneh y allí observaba a todos aquellos hombres corpulentos, medio desnudos y sudorosos, que levantaban los milos por encima de la cabeza mientras el hombre encargado de entonar las salmodias cantaba y tocaba el tambor *domback* delante de la hoguera y un muchacho vertía agua sobre las piedras calientes para producir más vapor. Y a mí no me gustaba la actitud con la que el sobrino de Pourat escuchaba aquella historia; se bebía el vodka y mojaba tres dedos, no dos, en el *mastvakhlar*, y mientras se los lamía

ni siquiera miraba al hombre de edad que hablaba de su niñez en Rasht. El joven mantenía los ojos bajos, se miraba los pies, cubiertos sólo con los calcetines, como si lo que oía lo hubiese oído ya otras quinientas veces, como si fuese algo que ya conocía incluso antes de haberlo oído la primera vez. Cuando el caballero que se hallaba sentado a mi lado acabó de contar el relato sobre su padre y el zur khaneh, Pourat nos sirvió a cada uno de nosotros más vodka, y mientras levantábamos las copas para brindar por nuestro pasado y por nuestras tradiciones, me aseguré de que el joven aquel, Bijan, mantuviese la copa baja en señal de respeto, cosa que hizo, aunque con el rostro impasible, y entonces comprendí que lo que teníamos allí era un muchacho que no sólo estaba acostumbrado a que lo admirasen, lo mirasen y lo escuchasen, sino que además esperaba que así fuera.

—¿Cuál es la situación de su sobrino, genob general Pourat?

Aquello lo preguntó afablemente Mehran Hafsanjani, hombre menudo que ostentaba un alto cargo y era especialista en comunicaciones por radar. El joven miró directamente a Hafsanjani e insultó a Pourat, su tío y anfitrión, al adelantarse en la respuesta:

—Pertenezco a la SAVAK, señor.

Pourat se puso inmediatamente a bromear con todos nosotros diciendo que tendríamos que vigilar nuestros modales, pues nunca se sabe qué secretos guardan estos policías, pero a su sobrino aquello no le hizo demasiada gracia; permaneció sentado con la espalda erguida, los brazos apoyados a la altura de las muñecas sobre ambas rodillas mientras con aire ausente tamborileaba sin cesar con dos dedos sobre la alfombra.

—Mi Bijan se formó en América, en Nueva York.

El apuesto miembro de la SAVAK movió la cabeza en una fingida demostración de modestia. Me incliné hacia delante.

—¿Y qué le enseñaron allí, joven señor Pourat?

No traté de disimular el desprecio que denotaba mi voz, y cuando utilicé la palabra joven, javoon, sonó como un insulto, pero no me importó; el general Pourat era el más antiguo de mis amigos, el vodka me calentaba el estómago y yo era coronel. El apuesto sobrino me miró directamente a los ojos.

—Nos enseñaron técnicas, genob sarhang.

—¿Qué clase de técnicas?

El joven me sorprendió; le echó una fugaz mirada a su tío para ver si debía responder. Pourat asintió levemente con los ojos brillantes como el fuego.

—Técnicas de tortura, genob sarhang.

—¿Eso les enseñan en América? —quiso saber otro caballero, un burócrata como un rábano grande llamado Ali.

—Entre otras cosas.

Un atisbo de sonrisa le cruzó la cara al joven.

—He oído contar algunas historias —le comentó Ali—. Todos nosotros las hemos

oído. —Miró al general Pourat y se aclaró la garganta—. He oído decir que a un hombre del Partido Tudeh lo obligaron a mirar cómo violaban a su esposa en la prisión de la ciudad.

El joven Pourat agitó una mano en el aire como si tuviera una mosca en la nariz.

—Eso sólo resulta efectivo durante un tiempo. Si se quiere conseguir buena información, lo que hay que hacer es coger a los hijos. Obligue a un subversivo a mirar cómo a su hijo le cortan una mano o un brazo y verá lo rápido que lo cuenta todo. —Sonrió con los ojos fijos en la copa de vodka que tenía en el suelo—. Pero la parte difícil del trabajo es saber a quién hay que detener.

Dos hombres se echaron a reír.

Yo también había oído aquellas historias. Todos nosotros. Pero noté que el vodka se enfriaba en mi interior.

—¿Le divierte su trabajo, señor Pourat?

El miembro de la SAVAK entornó los ojos inmediatamente.

—La diversión no tiene nada que ver con ello. Yo sirvo al sah, señor. Y sólo me cabe suponer que usted también.

Los músicos terminaron una canción y la habitación quedó en silencio. Un leño seco crepitó en el fuego y luego se removió entre las brasas. Sentí que el calor que tenía en el corazón se me bajaba a las manos y durante unos instantes imaginé que hundía los pulgares en los ojos del joven policía. El general Pourat dio un par de palmadas.

—Bueno, bueno, ya está bien de ese tema. Los dos me sorprenden. Son colegas y deberían comportarse como tales. —Se volvió hacia los músicos—. ¡Tocad algo alegre!

El general nos sirvió vodka y el momento de tensión pasó. Pronto estuve mast, medio borracho, igual que los demás, y nos recostamos de espaldas sobre la alfombra, apoyados en los codos, para fumar los puros y escuchar música. De vez en cuando observaba al joven torturador y lo veía con los ojos fijos en el fuego y la mirada vacía; deseé que abandonara el grupo temprano y no volviese más por allí, porque no me gustaba que me trajesen a la memoria a la policía secreta y a todas las personas que hacía desaparecer de nuestra tierra, a todos los estudiantes y profesionales, esposas, madres, maridos, padres, hijos y cargars analfabetos que viven en casas pequeñas construidas con adobe y tablones viejos a menos de un kilómetro del grandioso palacio lleno de ornamentos importados de los lugares más recónditos del mundo. No me gustaba pensar que América, con quien yo hacía negocios en la compra de aviones de combate, tenía que ver con todo aquello; no me gustaba pensar que aquélla era la manera como nuestro rey conservaba el trono y nuestro estilo de vida; pero, sobre todo, me negaba a aceptar que el general Pourat tuviese razón al decir que aquel joven policía y yo éramos colegas. Así que, una vez más, bebí más vodka del que debía, y el resto de la noche no mojé los dedos en el mismo recipiente de mastvakhlar en que lo hacía el joven torturador Bijan.

—¿Behrani?

Mi esposa se halla de pie a la puerta. Desde que nos trasladamos aquí, cada mañana se pone pantalones de señora de algodón y una blusa ancha para trabajar con comodidad. Durante los últimos meses ha perdido bastante peso. Se pone un cinturón dorado de bisutería para sujetarse los pantalones y tiene las caderas tan delgadas como las de un muchacho. Pero hoy se ha puesto maquillaje en los labios y en los ojos y se ha sujetado el abundante cabello hacia atrás con un pañuelo.

—¿Sí, Nadi-jahn?

—¿Cuándo nos trasladaremos de nuevo?

Dejo escapar un profundo suspiro.

—No es necesario que sea pronto. Cuando tengamos un comprador le podemos decir que espere hasta el otoño. ¿Lo prefieres así?

Mira a la ventana, al sol que cae sobre la hierba crecida, a la calle, al bosque que se encuentra algo más allá, y se le empañan los ojos.

—Haré lo que tú desees, Massoud.

Me pongo en pie y abrazo a mi esposa. Durante unos instantes me lo permite. Siento la blandura de su pecho contra el mío. Huelo aquel pelo limpio, el familiar aroma de lavanda y té. Pero luego Nadi se aparta de mí y se aleja rápidamente por el pasillo para continuar con lo que hacía.

Nadi siempre ha tenido más orgullo que una reina, y estoy seguro de que la escena que acaba de tener lugar entre nosotros ha sido una disculpa. Pero mientras continúo sentado ante mi escritorio, siento en el vientre esa pesadez que suele acompañar a la falta de valor, porque soy yo quien tendría que haberse disculpado, pues soy quien más ha contribuido a que nos apartásemos tanto el uno del otro.



## 6

Me encontraba en Corona Beach, todavía vestida con los pantalones cortos con los que había ido a trabajar, y me había tumbado de espaldas en una toalla del motel El Rancho. El cielo estaba despejado y azul, no quedaba ni rastro de esa niebla que viene flotando y entra tierra adentro cada vez que le apetece. Había marea baja, y las olas verdes se enroscaban, largas y perezosas, tendiéndose sobre la arena mojada donde cuatro chiquillos en cuclillas construían una montaña para jugar con un camión de plástico rojo.

Mi trabajo de los lunes consistía en limpiar un dúplex junto al río Colma. El dueño era un funcionario, un economista que tenía la custodia de su hija de doce años los fines de semana. Llevaba barba y gafas de cristales gruesos, y una vez me dejó una nota mecanografiada pidiéndome que saliera con él. Le escribí a lápiz en la parte inferior de la misma diciéndole que no podía hacerlo, que estaba casada, cosa que era cierta aunque ya hacía meses que Nick se había marchado. El economista me escribió otra nota disculpándose, y entonces me sentí como una mentirosa cobarde. No volvió a escribirme nunca más, se limitaba a dejarme el cheque sujeto a la nevera con un imán que representaba un arco iris. Después de limpiar la casa, que era pequeña, me dirigí en el coche directamente al motel y llamé a Connie Walsh. Tardó casi diez minutos en ponerse al teléfono, y cuando lo hizo me dijo que tenía mucha prisa, pues iba a llegar tarde al juzgado, que todavía no había tenido noticias de la oficina del condado y que no se me olvidase pasar a dejar la copia autenticada de la declaración jurada. Le expliqué que no había conseguido encontrarla. Me comentó que aquello no era una buena noticia, pero que a pesar de todo mantuviera la cabeza bien alta; me dijo que lo más probable era que hubiese una copia entre los papeles que le iban a mandar.

—Y otra cosa, Kathy. Le recomiendo que intente alojarse en casa de algún amigo. Los burócratas del condado son tristemente famosos por conseguir que todo se eternice. Este asunto quizá tarde varias semanas en resolverse.

—¿Varias semanas?

—Sí, en efecto.

Estaba a punto de decirle a mi abogada que eso era demasiado tiempo y que no podía permitírmelo, pero colgó el teléfono. Poco después, la recepcionista llamó a mi habitación para preguntarme si me iba al día siguiente o pensaba quedarme otro día. Yo no sabía adónde ir, pero le dije que me marcharía. Hice la maleta, luego crucé la calle acarreando el televisor y volví a meterlo en el guardamuebles. Un camionero entraba en el recinto marcha atrás con el vehículo para dar la vuelta, y cuando volví a cruzar la calle tocó la bocina una vez, sacó la cabeza por la ventanilla, me sonrió y dijo algo que no alcancé a oír a causa del ruido del motor. Lo mejor habría sido hacerle un gesto con el dedo, pero en vez de eso volví a entrar en la habitación y metí en la maleta dos toallas del motel en venganza, supongo, por el televisor estropeado,

aunque la verdad es que nunca les comuniqué que se había averiado.

Detrás de mí un motor sin silenciador se puso en marcha, y al darme la vuelta vi un viejo Malibu que salía del aparcamiento de la playa con un letrero que decía: LO PRIMERO ES LO PRIMERO pegado encima del tubo de escape oxidado. Nick odiaba aquellas frases hechas, aquellos recordatorios semejantes a los que te enseñaban en los programas de desintoxicación, especialmente si los llevaban los coches que se encontraba cuando se dirigía al trabajo o sencillamente cuando hacía recados.

—Parece que el Gran Hermano te gobierne desde el puñetero tubo de escape de alguien —solía decir.

—Es que no son normas, son recordatorios.

—Son jodidos recordatorios de que hay que obedecer las normas, Kath.

Pero yo no opinaba igual. Cada vez que veía alguno, que normalmente estaba pegado en algún parachoques trasero, me sentía como cuando uno se encuentra en cualquier calle llena de gente y ve una cara conocida; aunque no se hable con esa persona de pronto se siente uno más atado a su pasado y a su presente. Cuando yo consumía drogas, no me gustaba ver letreros de ese tipo. Pero después del programa de rehabilitación, cada vez que veía alguno experimentaba una especie de atracción triste hacia lo que dijese, fuera lo que fuese: VIVE Y DEJA VIVIR, DÉJATE GUIAR POR DIOS, CADA COSA A SU TIEMPO, TÓMATELO CON CALMA, NO TE COMPLIQUES LA VIDA. Nick fue quien me convenció para que dejase de asistir a las reuniones. En el programa de rehabilitación permiten probar dos caminos distintos, cada cual con su estilo: AA, siglas de Alcohólicos Anónimos, quienes aseguran que somos impotentes respecto a nuestra adicción y que debemos dejar el asunto en manos mejor preparadas, y RR, Recuperación Racional, basada en *El librito*, que sólo lleva en funcionamiento unos años y afirma que no somos en absoluto impotentes, y que es precisamente el pensar eso lo que facilita el fracaso; lo único que tienes que hacer es reconocer la Bestia que se lleva dentro, el adicto, la Voz Enemiga que quiere consumir droga, acusarla de maldad contra ti, recordarte a ti mismo que eres una persona muy valiosa y que te importa muchísimo mantenerte sobrio, y entonces no resulta tan difícil utilizar todo esto en contra de la Bestia para no permitirle conseguir lo que desea. Y ellos lo escriben B.E.S.T.I.A.; con mayúsculas:

B: Oportunidad de Beber.

E: Reconocimiento de la voz Enemiga.

S: Recordatorios de control sobre Sí mismo.

T: Tener en gran estima el estado de sobriedad.

I: No pensar que uno es Impotente.

A: Acusar a la voz de maldad.

A mí todo aquello me dejaba fría, como si fuese un idioma extranjero que nunca sería capaz de aprender. Pero allí era donde le gustaba ir a Nick, así que yo le acompañaba. Aunque echaba de menos las pocas reuniones de AA a las que había asistido, con todos los presentes sentados en medio de una nube de humo de cigarrillos contando sus cosas y dándose apoyo unos a otros. Nadie se sentía más sabio ni más equilibrado que los demás.

A Nick le encantaba la parte del reconocimiento de la Voz Enemiga. En los cinco días que duró nuestro viaje al oeste con un pequeño remolque para el equipaje enganchado al coche, se bebió un termo tras otro de café y no hizo más que repetir que todos tenemos una parte dentro de nosotros que quiere matarnos, K, incluso cuando las cosas van bien, sobre todo cuando las cosas van bien. Y la única manera de vencerla es por medio de la razón y el raciocinio. Como hace un padre o una madre con los niños pequeños. Y sonreía y daba palmadas en el volante con las dos manos sin dejar de mirarme; tenía las mejillas y la barbilla azuladas, pues no se había afeitado en varios días. Se mostraba tan seguro de lo que decía que yo también deseaba creerlo. Pero yo siempre tenía dentro aquella fuerza que tiraba de mí. Me concentraba en mirar las líneas blancas de la carretera que pasaban raudas o inclinaba hacia atrás el asiento y cerraba los ojos; para mí no era problema oír una voz enemiga dentro de la cabeza y acusarla de maldad; lo era la parte siguiente, la que espolea ese amor por uno mismo que se supone que todos albergamos muy dentro y la que luego te dice que la vida es mejor si no te emborrachas. Ahí es donde yo nunca conseguí llegar. Y después del programa de rehabilitación, cuando, sentada al lado de Nick, asistía a las reuniones de terapia de grupo de Recuperación Racional en Cambridge, vi que allí nadie hablaba de sentirse impotente y vivir la vida de día en día, que era lo que yo sentía. En cambio nos creíamos poderosos y racionales, poderosos porque éramos racionales, y hablábamos de vivir la vida, no de vivir cada día. Muchas personas de las que adoptan el método RR han dejado incluso de fumar, así que casi no había ceniceros en la sala, aunque sí había café y todos nos servíamos mucho.

Siempre salía de aquellas reuniones sintiéndome como una hipócrita, aunque a Nick no le sucedía lo mismo. Caminábamos por la acera frente a los altos muros de ladrillo de Harvard, me cogía de la mano y luego me besaba el cuello, tirando de mí, y me decía que sonaba una vocecita dentro de los pantalones a la que sólo podía acusar de amor. A veces bajábamos andando hasta Harvard Square para cenar o ir al cine. Yo siempre quería hacer las dos cosas, comer algo consistente y delicioso, como lasaña o costillas, y luego ir al pequeño cine que hay un poco más allá del quiosco de prensa, donde se situaban todos aquellos adolescentes de pantalones enormes, para acurrucarme a oscuras en los asientos rojos con una enorme botella de cola y diez tarrinas de mantequilla de cacahuete con chocolate y dejar que la luz parpadeante de la pantalla acallara mi voz racional y razonable durante un par de horas. Pero al final siempre se encendían las luces, y yo parpadeaba deslumbrada y veía a Nick sentado a

mi lado y muerto de miedo. En las películas había muy pocos personajes que tuviesen control sobre sus impulsos y problemas, y Nick decía que le resultaba demasiado deprimente y agotador mirarlos. Así que dejamos de ir al cine los días que asistíamos a aquellas reuniones de RR. Y pronto nos marchamos de la costa Este.

Después de irse Nick, muchas noches me montaba en el Bonneville y me marchaba a conducir. Me iba arriba y abajo por la costa, y siempre buscaba el Honda gris. La mayor parte del tiempo era consciente de que Nick se encontraba lejos, pero a veces me lo imaginaba viviendo en algún vecindario a diez o quince kilómetros de la calle Bisgrove, tocando el bajo en algún grupo musical y viviendo solo o con alguna chica de veinte años sin la menor intención de cargarlo de hijos ni de nada. Todavía me ponía enferma al imaginármelo con otra, pero estaba convencida de que si se había liado con alguna, por fuerza tendría que ser una chica muy joven, así Nick podría moldearla a su antojo. Nick era un gallina. Y no me di cuenta de ello hasta un par de meses después de su marcha. Lo comprendí mientras veía una película de vídeo alquilada. Eso era lo que yo hacía casi cada noche hasta el momento en que el ayudante Lester Burdon apareció para desahuciarme. Solía alquilar dos o tres películas y las ponía una detrás de otra. A veces incluso empezaba a última hora de la tarde. Incluyendo los fines de semana, veía un promedio de veinte películas a la semana. Sabía que el grupo del programa de rehabilitación pensaría que aquello era una adicción, y también los de RR, pero no me metía nada en el cuerpo, por aquel entonces ni siquiera fumaba cigarrillos, así que me hice el razonamiento de que no había una auténtica Voz Enemiga a la que acusar de maldad, ¿no es cierto?

Era una película porno que había cogido de la sección de adultos y la había metido entre otras dos que eran para mayores de trece años. Una vez leí que más del noventa y cinco por ciento de los hombres se masturban, mientras que sólo el cuarenta y cinco por ciento de las mujeres hacen lo propio, y siempre había creído que me encontraba justo en el límite; me masturbaba una vez cada varios meses, lo suficiente como para no encontrarlo a faltar. Pero en cuanto puse en marcha el vídeo y oí el gemido eléctrico del aparato al tirar de la cinta ya me sentía mojada por todas partes. Todavía era de día, así que bajé las persianas, apagué la luz de la cocina y luego me senté en el suelo mientras iban saliendo en la pantalla los créditos en amarillo con nombres como Fiona Lace y John Rod, y antes de que acabasen de pasar los letreros una joven rubia se puso de rodillas para chupársela a un italiano bronceado que llevaba camisa, corbata y tirantes. Yo ya había visto antes películas porno, pero no muchas, y por lo general en fiestas en las que solía estar demasiado cargada para enterarme de nada, así que me sorprendió un poco cuando empezaron a follar y me di cuenta de que no tenía ganas de bajarme la cremallera de los vaqueros. En lugar de eso me quedé sentada, la espalda apoyada contra el sofá, con las piernas y los brazos cruzados, y había estado observando al hombre mientras le daba instrucciones a la rubia para que hiciera esto y aquello, o para que se inclinase sobre la mesa del despacho de manera que él pudiera separarle las nalgas y penetrarla por

detrás. Entonces me imaginé a mi marido meneándosela mientras veía aquellas cosas y el estómago y las entrañas se me revolvieron durante unos segundos. Así que apreté con fuerza el botón de «Eject» y tiré la cinta detrás de mí sin mirar.

Luego había salido al jardín trasero. Era marzo y hacía bastante frío. El suelo se había puesto duro y me quedé mirándolo fijamente. Nicky era un buen amante. No follaba como aquellos hombres. Y no me gritaba instrucciones como si fuera una muñeca de trapo. Siempre me había dado la impresión de que nos hacíamos el amor el uno al otro. Pero lo que había visto entonces muy claro por primera vez había sido esto: que cuando ya todo estaba dicho y hecho, Nick Lazaro había de tener el control total.

Ahora ya era casi mediodía y empezaba a notar que el sol me calentaba demasiado las piernas y la cara. Me puse en pie, me sacudí la arena y, después de comer rápidamente un bocadillo de pescado y un refresco de cola, regresé al guardamuebles con intención de seguir buscando la declaración jurada. Pero no había ninguna rejilla de ventilación en la barraca de metal, e incluso con las puertas abiertas de par en par hacía tanto calor allí dentro que la camiseta sin mangas y los pantalones cortos se me pegaron a la piel al cabo de pocos minutos. La garganta me pedía algo frío. Cerré la puerta con candado, encendí el aire acondicionado del coche y me puse a conducir. Me arrepentía muchísimo de no haberme dado una ducha antes de dejar la habitación del motel El Rancho. Me metí en una gasolinera, llené el depósito con la tarjeta de crédito para gasolina y me refresqué en el lavabo del servicio de señoras. Luego me puse un jersey limpio de algodón, compré más cigarrillos y recorrí dieciocho kilómetros hacia el sur por la 101 hasta llegar al Cineplex del centro comercial. Allí había diez salas de cine y pensaba pasarme la tarde entera por lo menos en tres de ellas.

No sé si fue debido a la copa de champán que mi Nadi se bebió, a que Esmail se quedase dormido temprano delante del televisor en su habitación o simplemente a la gozosa noticia que nos dio el tasador de la propiedad inmobiliaria que yo había contratado para que viniera ayer, noticia por la que doy gracias a Dios y que todavía no acabo de creerme, pues resulta que esta casita vale cuatro veces lo que pagué por ella y el tasador no ve dificultad alguna en encontrar un comprador, sobre todo si hacemos ese nuevo mirador con vistas al mar. O puede que fuera por el nuevo casete que le compré a mi esposa ayer a última hora de la tarde en el barrio japonés de San Francisco. No lo sé. Man nehmee doonam. Pero el caso es que ayer Dios nos bendijo y anoche mi esposa me invitó a su habitación por tercera vez en todos los años que llevamos viviendo en América.

Nos tendimos juntos a oscuras mientras escuchábamos la nueva casete de un cantante que recita los rubaiyats de Favez Dashtestani. Al fondo se oía a un hombre tocar suavemente la ney, una especie de flauta de pastor, y enseguida mi esposa me atrajo hacia sí y aquello fue demasiado; de nuevo me sentí joven por yacer con mi esposa. Nadi se me abrazó a la espalda con mucha fuerza y yo vi de nuevo a mi padre el día de mi boda transportando la gruesa oveja hasta la puerta de nuestro nuevo hogar. Era verano, hacía mucho calor y a causa del viento del oeste nuestra ropa buena se había llenado de polvo. Mi padre vestía un traje negro; llevaba la oveja debajo del brazo izquierdo y el largo cuchillo en la mano derecha, y le brillaban la frente y las mejillas a causa del sudor. Se había arrodillado y sujetó a la oveja, que empezó a balar ante la puerta abierta, debatiéndose y pateando bajo el peso de mi padre. Nadi me había apretado una mano entre las suyas mientras mi padre hundía la hoja en la garganta de la oveja; luego la sacó y dejó que la sangre cayera sobre el umbral de nuestro nuevo hogar. Y entonces el padre de Nadi se había agachado y había extendido con los dedos la sangre sobre la madera. Detrás de nosotros las mujeres y los hombres se habían puesto a aplaudir mientras un viento cálido soplaba por encima nuestro. Yo había sentido el aliento de Nadi en el cuello y entonces la multitud nos había empujado al oscuro interior de la casa, más allá de la oveja agonizante cuyas patas se movían espasmódicamente sobre el polvo.

La flauta de pastor seguía sonando. Mi esposa se movió ligeramente para colocar mi cara sobre uno de sus hombros y me pasó los dedos suavemente por la piel de la cabeza como si yo fuera un niño.

Pronto acabó la música y Nadi se durmió, aunque yo no conseguí hacerlo. Me dirigí a la habitación de Esmail, apagué el televisor y luego tapé a mi hijo con la sábana. Incluso allí enroscado, el cuerpo ocupaba casi toda la cama. Crece muy deprisa, más deprisa que su hermana Soraya. De pie ante él y vestido con el albornoz, me sentí orgulloso y asustado a la vez.

Y ahora me despierto en el sofá de la sala de estar justo antes de que salga el sol y

me arrepiento de no haberme quedado en la cama con Nadereh, porque no sé si lo de anoche volverá a repetirse pronto. Y recuerdo a Soraya de niña. Tenía las piernas largas, delgadas y oscuras, y su madre siempre le ponía vestidos bonitos. Recuerdo que una tarde, cuando volví a casa, mi hija, que no tendría más de siete u ocho años, salió a la terraza para saludarme. Al oírla reír miré hacia arriba desde el coche y la vi en posición de firmes con un vestido amarillo, las diminutas rodillas apenas rozándose, y con la gorra de visera de mi uniforme de sarvan. Como era natural, aquella gorra mía de capitán le iba tan grande que le caía hacia delante y le tapaba los ojos. Y recuerdo aquel encantador hueco entre los dos dientes delanteros que mi hija mostraba al reírse mientras me saludaba militarmente, aunque ni me veía a mí ni le era posible ver ninguna otra cosa.

Ahora ya se ha convertido en la esposa de un hombre. Cuando pienso eso me levanto del sofá, me visto y salgo al jardín trasero llevándome la taza de té. La hierba crecida se halla ligeramente mojada, lo que hace que me piquen los pies descalzos mientras camino alrededor de la casita con la taza humeante en la mano. Todavía es bastante temprano. Las estrellas aún se ven en el cielo. Hoy el joven najar empieza la construcción del paseo de viuda, del mirador, y no sé si no ha sido un error anunciar la venta de la casa antes de que la obra esté acabada. Dirijo los ojos hacia el bosque oscuro que hay al cruzar la calle y me quedo quieto, porque veo que allí, junto a los árboles, se encuentra aparcado el automóvil rojo del tasador. Siento un súbito vacío en el pecho y pesadez en las piernas, pues tengo la certeza de que ha ido a informarme de que todo ha sido un error y que esta casita no vale nada. Pero mientras cruzo sobre el frío y duro suelo de la calzada me avergüenzo de mis temores, de mis dudas; aquel coche parece nuevo y no es el del tasador, ni mucho menos, quien lo más seguro es que no salga a trabajar a aquella hora de la mañana, tan temprano. Pourat me repitió en numerosas ocasiones que yo no era un hombre de fe, y naturalmente tuve que mostrarme de acuerdo con él. Así que siempre espero que tras la sonrisa de Dios aparezca el desastre.

Se nota un ligero movimiento dentro del automóvil. Me aproximo, me asomo por la ventanilla y veo que una joven duerme en el asiento delantero. Va vestida con pantalones cortos y una camiseta sin mangas. Tiene un brazo cruzado sobre los ojos para evitar la luz. Miro por la ventanilla el asiento de atrás, pero la chica está sola. Una vez más hago un gesto con la cabeza, pues no deja de sorprenderme ver cómo viven estas mujeres americanas. Le miro una vez más las piernas desnudas y los pies descalzos y después regreso a mi jardín con el té.

El cielo se ha puesto oscuro y Nicky monta a caballo en un arroyo. Yo también me encuentro allí, metida en el agua hasta las rodillas. Nick está sentado en la silla de montar y me mira de la misma forma que la mañana en que se marchó, como si ya fuera demasiado tarde para hacer nada y hubiese tomado la decisión de irse inmediatamente antes de que le dé demasiada pena y sea incapaz de moverse. Pero el caballo no quiere moverse. El animal no deja de mirarme con aquellos grandes ojos. Cada vez que Nick tira de las riendas el caballo abre la boca y deja escapar un zumbido estridente. Y cuando Nick le da con los talones en las costillas suena como si una piedra chocase con un árbol hueco. Le pongo una mano al caballo en el cuello húmedo, miro a Nicky entonces cambia toda la escena, él y yo nos hallamos sentados en un sofá en alguna parte, los dos fumando, y le suplico que quiero tener un hijo y Nick, que está muy quieto y callado, mira hacia delante como si yo acabara de pedirle que bebiese un poco de cianuro. Oigo el caballo fuera, oigo los relinchos y los golpes. Pero ¿quién es el jinete?

¿Quién es el jinete?

Abrí los ojos y me incorporé en el asiento delantero del Bonneville. Tenía en la boca el sabor de los cigarrillos de la noche anterior; di media vuelta a la llave del coche para iluminar el reloj digital del tablero de instrumentos. Ni siquiera eran las ocho de la mañana, pero el sol, que penetraba por el parabrisas y me daba a mí y a la tapicería marrón, ya calentaba lo suyo. El bosque se veía umbroso y oscuro como siempre, y en lo más profundo del mismo se distinguían algunos puntos de luz solar. Luego sentí el mismo sonido que había oído en el sueño; me di la vuelta y miré hacia la casa, en la parte opuesta de la calzada. Había dos carpinteros en el tejado, justo encima de mi cocina.

Los dos iban sin camisa y uno de ellos arrancaba tejas de madera con la parte estrecha del martillo mientras el otro usaba la sierra eléctrica para cortar el tejado, el tejado de mi padre, el tejado de Frankie. Tenían la camioneta estacionada delante de la casa, cerca del camino del jardín donde la noche anterior, al subir yo por la cuesta, había visto un Buick blanco y nuevo a la luz de los faros de mi coche, aunque ahora ya no se encontraba allí. Tendría que haberle hecho caso a Lester Burdon y no haberme acercado por aquí. Pero era el único sitio adónde se me había ocurrido ir a tan avanzada hora de la noche después de dar vueltas por ahí con el coche durante más de una hora mientras me convencía a mí misma de que era mejor no irme a otro motel en cualquier parte. Ahora los dos carpinteros se habían juntado y utilizaban palancas para levantar aquella parte, un cuadrado enorme, de mi tejado. Lo dejaron caer al jardín y luego se pusieron de pie en el suelo del desván, asomando por entre las vigas del techo. El de la sierra se puso a cortar enseguida una de ellas y yo salí pitando del asiento que ocupaba detrás del volante, abrí la puerta de un empujón y crucé corriendo la calle, descalza. Empecé a gritarles, pero el ruido de la sierra les



impedía oírme, así que sorteé el trozo de tejado que habían arrancado y trepé por la escalera de mano. Los dos hombres tenían la piel morena, y uno de ellos lucía un tatuaje en el hombro. El otro dejó de cortar la viga y me miró primero a mí, después a su compañero el del tatuaje y luego a mí otra vez.

—¿Qué hacen?

El del tatuaje se colocó el martillo en el cinturón de las herramientas.

—¿Cómo dice?

—¿Quién les ha pedido a ustedes que hagan esto? ¡Ésta es mi casa, puñetas!

El hombre se asomó por encima del tejado y miró su camioneta y mi coche.

—¿Y usted quién es?

—Soy la dueña de esta casa. Así que bájense inmediatamente del tejado.

—¿Es usted la señora Behrani?

—No.

El otro carpintero metió la mano en el delantal de cuero, sacó un cigarrillo de la cajetilla y lo encendió. Noté que me miraba los brazos y las piernas desnudos, y también el pelo, que se me había puesto todo alborotado de dormir. La noche pasada había hecho bastante frío, y me notaba la cabeza un poco embotada. Me sentía fuera de lugar y me encontraba mal.

—Pues a mí me ha contratado el señor Behrani. Así que tendrá que hablar con él.

Miré primero al carpintero del tatuaje y luego al que se había puesto a fumar, que apartó la vista de mí y cobró un repentino interés por el paisaje. Me di la vuelta y vi los tejados de Corona, y más allá el océano verde grisáceo que se extendía desde la playa hasta el horizonte. No sé por qué aquello me enfureció más. Bajé de nuevo por la escalera y eché a andar por encima de las tablas del tejado, que se encontraban en el suelo. Uno de los carpinteros me advirtió a gritos que tuviera cuidado con los clavos justo cuando yo pisaba las planchas de conglomerado de las que sobresalían docenas de ellos. Noté que cuatro o cinco se me clavaban en el talón y en la parte delantera de la planta del pie. Grité y levanté bruscamente la rodilla mientras el pie comenzaba a sangrar.

—¡Mierda!

Anduve un trecho a la pata coja y luego me senté; doblé la pierna y levanté el pie hacia arriba, pero había tanta sangre que no conseguí ver dónde estaban los agujeros.

—Joder.

—A ver.

El carpintero del tatuaje se agachó delante de mí y me ató un pañuelo con fuerza alrededor del tobillo. Me ayudó a ponerme en pie y me condujo hasta los escalones de la puerta principal, mis escalones. Llamó con los nudillos a la puerta mosquitera de tela metálica. Yo le había puesto una mano en el hombro desnudo y el codo en la espalda para apoyarme mejor. El hombre tenía la piel cálida y húmeda, y noté los músculos que había debajo. Pensé que no me había lavado los dientes ni la cara, que esa noche había dormido en el coche y que ahora sangraba ante mi propia puerta

mientras esperaba a que algún desconocido la abriese.

Acudió a la puerta un muchacho de pelo negro. Tendría alrededor de quince años y llevaba puestos unos pantalones cortos de surfista de color naranja y una camiseta muy holgada. Echó una rápida ojeada al pie que yo no apoyaba en el suelo. Detrás de él apareció una mujer. Tenía el cabello corto y espeso, los ojos oscuros y apenas iba maquillada. Vestía un chándal de diseño y lucía un gran anillo en la mano izquierda. Quise decirle que aquélla era mi casa y que no tenía ningún derecho a hacer reformas en ella, pero el carpintero se me adelantó y habló primero. Le preguntó si podíamos usar el cuarto de baño para lavarme el pie y si tenía algo que pudiera servirnos para evitar que la sangre le manchara la alfombra. Y la alfombra sí era suya. La vi colocada sobre la moqueta, de pared a pared, detrás de la mujer; era una alfombra persa muy grande y gruesa. Aquella señora le dijo algo al chico en un idioma que sonaba a árabe o a israelí, y el joven entró en la cocina y regresó al instante con una bolsa de basura que le entregó al carpintero, el cual se inclinó y me la puso alrededor del pie. Yo sentía ganas de vomitar, tenía arcadas en el estómago. La mujer me examinó el pelo, la cara y la camiseta arrugada, y le vi tanta preocupación reflejada en la mirada que decidí respirar débilmente y no pronunciar palabra mientras ella se echaba atrás para dejarnos entrar al carpintero y a mí.

Yo tenía un brazo apoyado en el hombro del carpintero y con la otra mano sujetaba la bolsa de basura que me envolvía el pie. Pasamos junto a una mesita baja de plata sobre la que había unos cuencos llenos de nueces y bombones envueltos. Me fijé en el sofá mullido y en algunas lámparas que parecían caras. El carpintero se detuvo ante la puerta de la cocina y le preguntó a la mujer dónde estaba el cuarto de baño, pero antes de que ésta pudiera responder le indiqué al hombre que siguiera adelante por el pasillo. Apoyada en aquel hombro atravesé a la pata coja una casa que ya no parecía la mía; la puerta de mi habitación estaba abierta y al pasar vi una cama del tamaño de la de una reina con dosel de bronce. En el suelo, cerca de las ventanas, había varias macetas con enormes plantas verdes, y alrededor de la cama, sobre la alfombra, otras alfombras más pequeñas de colores granate, verde y negro.

Una vez en el cuarto de baño me senté al borde de la bañera y dejé correr el agua fría sobre la planta del pie mientras miraba cómo la sangre se iba por el desagüe formando remolinos. El carpintero se había quedado de pie a mi lado con las manos en las caderas. Todavía llevaba puesto el cinturón de las herramientas y el mango del martillo se balanceaba junto a la pierna.

—¿Cuándo ha sido la última vez que le han puesto la inyección del tétanos?

—¿Todavía sangra ella?

La mujer se puso a mi lado, rozándome la cara con el brazo al hacerlo, y noté el olor a lavanda y a algodón que desprendía. Se arrodilló en el suelo, reguló la temperatura del agua, cogió una pastilla de jabón y comenzó a lavarme el pie con agua caliente. Llamó al chico en aquel idioma suyo y luego se sentó ella también al borde de la bañera; me sujetó el pie con suavidad y se lo puso en el regazo, sobre una

toalla. Era una toalla blanca, gruesa y suave, como las que usan en los hoteles de cinco estrellas. Intenté apartar el pie que me sangraba.

—¿Está *a usted* doliendo mucho?

Me miró a los ojos; los suyos eran oscuros y tenía unas arrugas muy tenues en la cara, como si no hiciera mucho tiempo que le habían aparecido.

—No quiero estropearle la toalla.

La mujer sonrió, pero no creo que entendiera lo que le había dicho. Su hijo entró con algunas bolas de algodón y una venda. Le habló a ella en su lengua, supongo que era árabe, y luego me dijo a mí sin el menor rastro de acento:

—La uso cuando monto en monopatín. Pero no se preocupe, la he lavado.

—Lo siento, pero tengo que saber qué es lo que sucede aquí antes de continuar la obra.

El carpintero se hallaba de pie en el marco de la puerta observando cómo la mujer me limpiaba la planta del pie con un líquido transparente que olía a jengibre. Sentí que me acaloraba y levanté un dedo para indicarle a aquel hombre que esperase un segundo, aunque no estaba segura de lo que iba a decirle a continuación. La mujer presionó una bola de algodón en los pinchazos que me había hecho en el pie y luego comenzó a ponerme la venda apretándola bien. A cada vuelta de venda me miraba a la cara fugazmente para ver cómo me sentía. Su hijo se marchó del cuarto de baño y oí que se encendía un televisor en la habitación donde Nick solía practicar con el bajo. Levanté la mirada hacia el carpintero y le dije en voz baja:

—Hablaré con el marido.

—Estupendo. Siento lo del pie.

Me quedé mirándolo mientras se alejaba por el pasillo de mi casa con las herramientas colgadas del cinturón y sin camisa. Me sentí abandonada.

La mujer acabó de ponerme la venda alrededor del tobillo, la sostuvo con el pulgar y luego la sujetó con un imperdible. Me sonrió y las dos nos miramos durante un segundo, lo que me hizo quitar el pie de su regazo y levantarme. Pero no podía apoyarme en el pie sin que un dolor agudo me subiera por la espinilla. Me ayudó a salir del cuarto de baño y caminé apoyándome en ella hasta el cuarto de estar, donde me condujo al sofá situado detrás de la mesita de plata. Me sentí tentada de decirle que no, pero la mujer acercó una almohada, retiró el cuenco de caramelos hacia un lado de la mesa y colocó sobre ésta la toalla doblada para que yo pusiera el pie encima; así que lo que hice fue dejarme caer en aquel sofá tan blando.

—Yo traigo té y azúcar. Debe *tú* descansar.

Me quedé mirando a la mujer mientras ésta entraba en mi cocina y cogía una taza de cristal transparente del armario. De la pared que quedaba frente a mí colgaban cuadros que representaban unas montañas junto a la costa y varios hombres barbudos vestidos con túnicas y montados a caballo. A mi lado, en la mesita sobre la que descansaba la lámpara, había un retrato de familia en el que se veía a la mujer sonriendo junto a un hombre calvo vestido de uniforme militar. Sentado delante de

ellos se hallaba el mismo chico que nos había abierto la puerta, sólo que en la fotografía era más pequeño y tenía la cara más suave y redonda; a su lado se hallaba una joven muy guapa con el pelo negro y largo que le caía hasta más abajo de los hombros, sobre la blusa blanca. Tenía los mismos ojos que su madre y también la misma sonrisa dulce.

—Ésa es, desde luego, nuestra foto de familia.

La mujer me colocó sobre las piernas una bandeja de desayuno. El vapor del té me dio en la cara al beberlo, y ella entró en la cocina y volvió con un cuenco pequeño de uvas rojas.

—Gracias —le dije.

Sonrió desde el otro extremo del sofá, se metió en la boca un terrón de azúcar antes de tomar un sorbo de té y después se colocó el platito y la taza sobre el regazo. Me miraba las piernas desnudas y los pantalones de algodón, que eran muy cortos, con la misma cara que habría puesto mi madre si me hubiese visto. Me sonrojé. Oí el ruido sordo que hacían los carpinteros al cortar la madera, luego el sonido de martillazos y finalmente otra vez la sierra. La mujer chupaba suavemente el azúcar que tenía en la boca. Las uvas eran dulces y estaban frías. Pensé que ojalá no me hubiese decidido a ir allí con el coche la noche anterior, así que dejé la bandeja sobre la mesa, me incorporé y me levanté apoyándome en el pie sano.

—No, *debe por* descansar los pies. Su amigo debe *al hospital traerla*.

Di la vuelta alrededor de la mesa y me dirigí hacia la puerta caminando a la pata coja. Del borde de la mesita de plata colgaba, doblada, la toalla blanca sobre la cual se iban secando las manchas de sangre.

—Gracias por ayudarme, pero ese hombre no es amigo mío. Ni siquiera sé cómo se llama.

Connie Walsh se hallaba en una reunión cuando subí cojeando la escalera que conducía al despacho situado encima del café Amaro y le dije a Gary que quería verla y que no pensaba marcharme de allí hasta que lo hiciese. Me miró el pie vendado y me preguntó qué me había pasado, pero me quedé sentada sin contestarle porque en aquel momento tenía ganas de matar a alguien, a quien fuera, aunque no a Gary, sobre todo después de ver que había tenido el detalle de acercarme una silla para que yo pusiese el pie encima mientras esperaba.

Los clientes que Connie Walsh tenía aquella mañana eran dos mujeres un poco mayores que yo y mejor vestidas. Salieron de la sala de reuniones riéndose, pero cuando me vieron allí sentada con el pie sobre la silla, que casi les impedía el paso, las risas se convirtieron en sonrisas. Pasaron a mi lado con dificultad y desaparecieron escaleras abajo.

Mi abogada se asomó a la puerta.

—¿Qué le ha pasado?

—Que me están destrozando la casa.

—¿Qué?

Entré caminando a la pata coja en la sala de reuniones, que olía a cigarrillos aromatizados. Habían abierto todos los balcones y la luz del sol entraba a raudales en aquella estancia. Me apoyé con el cuerpo en la mesa y luego crucé los brazos para impedir que me temblaran las manos.

—Han empezado a reformar la casa. ¿Qué piensa usted hacer al respecto?

—Tome asiento, Kathy.

—No quiero sentarme. Lo que quiero es matar a alguien, joder. ¿Cómo es que ni siquiera saben que están ocupando una casa que no es suya? Ya me he hartado de toda esta mierda.

Encendí un cigarrillo. Connie se sentó, llamó a Gary y le pidió que hiciera el favor de traernos dos tazas de café. Me miró con cara de paciencia.

—Un mensajero ha traído los papeles de las oficinas del condado esta mañana. Había pensado repararlos y llamarla esta tarde.

—No quiero que me llame. Lo que quiero es que llame a esos árabes que han empezado a destrozarme la casa.

Se me quebró la voz, pero no quería que se me notase lo que sentía. Gary entró en la estancia y dejó el café. Me daba cuenta de que el pie se me iba hinchando, así que acerqué una silla, me senté en ella y puse una pierna encima de la otra.

—¿Qué ha pasado?

—Pues que el jardín de mi casa parece una obra.

—¿Ha estado allí, Kathy?

—En efecto.

Vacíé todo el paquete de sacarina en la taza y removí el café mientras Connie me soltaba una conferencia sobre por qué no era bueno acercarse a la propiedad; tenía que dejar que ella pudiese hacer su trabajo sin agobios.

—Es muy importante que nos entendamos las dos —me dijo—. ¿De acuerdo?

La miré; tenía canas prematuras y una expresión de seriedad. Me sentía todavía tan enfadada por el cariz que iban tomando los acontecimientos que se me hizo un nudo en la garganta. Pero le dije que sí y me bebí el café. Connie se excusó y salió del despacho para examinar los documentos. En la calle, sobre el tejado plano del teatro Roxie, que quedaba justo enfrente, dos palomas se habían posado en una chimenea y tomaban el sol. Estaban juntas y miraban hacia la calle; movían el pico adelante y atrás, a derecha y a izquierda mientras contemplaban el panorama.

Me dolía el pie. Me fumé otro cigarrillo y pensé que al menos aquél era mi día libre, y que si tenía suerte a lo mejor al día siguiente me encontraría en condiciones de ir a trabajar. Pero mientras conducía hacia allí, la planta de pie derecho me había dolido tanto que me había visto obligada a sentarme casi en diagonal y a utilizar el pie izquierdo tanto para el acelerador como para el freno; eso me hacía ir sentada tan hundida en el asiento que parecía una anciana. Traté de ponerme en pie para ir a

buscar a mi abogada, pero justo entonces ella volvió a entrar en la habitación sonriendo con un sobre de papel manila en la mano.

—Yo tenía razón. Me han enviado su declaración junto con todo lo demás. Aquí está.

La cogí. Era la declaración original que Nick y yo habíamos firmado ante el notario. Miré la firma de él, en la que cada letra del nombre estaba escrita con toda claridad, y luego la mía, que no era más que un garabato apresurado. Yo siempre había pensado que Nick lo hacía así para que la gente no tuviera que descifrar la firma, para no ponerle las cosas difíciles a nadie, para no dejar un lío tras de sí. Eso pensaba yo.

Connie Walsh comentó unas cuantas cosas y la miré como si la hubiera oído.

—Y resulta evidente que decidieron darlo por concluido con esta declaración, así que les mandaré una carta por fax hoy mismo y más tarde los llamaré por teléfono antes de que cierren las oficinas. Si no deciden rescindir la venta inmediatamente, demandaremos al condado por un buen fajo de billetes. ¿Sigue usted alojada en el motel?

Hice un gesto negativo con la cabeza.

—Quiero que llame usted también a esa gente que ha ocupado mi casa. Ya se han instalado del todo, más de lo que yo lo he estado nunca. Y no me parece bien.

Mi abogada se dio unos golpecitos con el lápiz en la palma de la mano.

—¿Sabe cómo se llaman?

—No lo sé. Bahroony, Behmini o algo así. Son de Oriente Medio. Por favor, llámelos y dígalos que vuelvan a poner el tejado y que se vayan.

La abogada salió de la habitación y oí que le decía a Gary que redactara una carta para el servicio de mensajeros. Las dos palomas levantaron el vuelo, y me dije a mí misma que tendría que sentirme bien porque el condado había enviado la declaración jurada que haría que me devolvieran aquella casa que era mía y de Frankie. Pero tenía en el pie cuatro agujeros que no dejaban de arderme, el cuello se me había puesto rígido de dormir en el coche y tenía la garganta dolorida. Durante unos instantes me vi a mí misma metiendo en el Bonneville la mayor parte de las cosas que tenía en el guardamuebles, volviendo al este, entrando en el jardín de la casa de mi madre y contándoselo todo: que no tenía amigas, que había vuelto a fumar, que apenas me las arreglaba para malvivir a base de limpiar casas ajenas, que lo único que hacía era mirar películas de las que luego no me acordaba, que mi marido me había dejado y que había perdido la casa, mamá. Ya no está.

—¿Dónde se aloja, Kathy?

Connie entró leyendo unos documentos. Se había puesto las gafas redondas.

—En ningún sitio.

—¿No está en casa de algunos amigos?

Me miraba con expresión sincera, pero también guardaba las distancias. Enseguida me di cuenta de que era de esas personas que no puede vivir si no hacen

siempre lo que es correcto, y también de las que son incapaces de decir que no, así que lo que quieren es que les mientan para no tener que hacer lo correcto, que en este caso sería invitarme a quedarme una semana en su casa.

—Sí, en casa de una amiga.

—¿De verdad?

Eso también es lo que hacen esas personas, le presionan a uno hasta que la mentira que se les dice se cae a pedazos.

—Mire, Connie, quiero volver a mi casa este fin de semana, ¿de acuerdo?

—No puedo prometerle nada, pero haremos lo que podamos.

Sonrió, se puso en pie y me acompañó hasta la puerta. Mientras yo bajaba las escaleras cojeando, me dijo que no me preocupase y que esperaba que el tobillo se me curara enseguida.

Es casi más fácil estar deprimida y sola que sentirse animada y no tener con quién compartirlo. Tampoco es que me sintiera de maravilla mientras conducía hacia el sur por el bulevar Skyline y atravesaba Daly City bajo el sol. Los adictos tienen fama de creer que después de un golpe de buena suerte les acecha la desgracia, pero en aquel momento yo tenía esperanzas de que Connie Walsh pudiese arreglar aquel lío antes del fin de semana. Me hacía falta un poco de distracción.

Apoyé el pie derecho en la parte sobresaliente del suelo del coche, bajo la consola. El dolor ya no era tan agudo, pero ahora se había hecho punzante y cálido y latía al mismo tiempo que mi corazón, que ahora iba más rápido de lo normal porque yo no paraba de fumar un cigarrillo tras otro. Recordé a Lester Burdon, con los ojos tristes y el bigote torcido, adentrándose en la niebla con aquel pequeño coche familiar. Me daba cuenta de que desde entonces me había acordado de él en varias ocasiones; veía mentalmente aquella expresión de desamparo que tenía mientras estaba sentado frente a mí en Carl's Jr. Por lo general, los hombres que adoptan esa expresión quieren morderte como si fueras una ciruela fresca, y una vez que te han mordido, te han chupado y te han masticado esperan que recuperes el jugo y sigas siendo dulce. Pero la expresión de desamparo de Lester parecía distinta. Emanaba también cierta dulzura y paciencia. Así que quizás aquélla no fuera expresión de desamparo, sino de deseo. Quizá sintiese deseo.

Al llegar a Daly City detuve el coche en una gasolinera y me dirigí cojeando al lavabo; llevaba en la mano el neceser de maquillaje, el cepillo de dientes, una camiseta limpia y una muda de ropa interior. Me aseo, y a pesar del pie vendado volví a montar en el Bonneville y busqué en la cartera la tarjeta que me había dado Lester Burdon. Se me había metido en la chequera, entre dos cheques sin usar. Lester se dedicaba a algo llamado «instructor de agentes en prácticas» y tenía la oficina en la Oficina del *Sheriff* del Condado de San Mateo, en Redwood City. Puse en marcha el coche, utilicé el pie izquierdo para pisar el acelerador y me metí en la autovía

Bayshore en dirección sur.



El sol me calienta los brazos mientras empujo la segadora de césped, de color rojo vivo. La puse en marcha tirando de la cuerda, y huele a gasolina y a ese aroma tan americano que produce la hierba verde recién cortada cuando hace calor. El motor es bastante ruidoso, pero aun así alcanzo a oír cómo los najars trabajan en el tejado de la casita. Todavía les queda la tarde entera de trabajo en esta su primera jornada, pero ya han acabado de construir el armazón del paseo de viuda en el interior del tejado. Mientras empujo la segadora de césped de un extremo a otro de la propiedad, les veo colocar tabloncillos nuevos sobre el armazón y poner clavos bajo el sol con aquellos martillos de acero.

La hierba alta cae bajo la máquina como soldados muertos, y me siento agradecido por el ridículo sombrero azul que llevo en la cabeza porque protege la piel del sol, incluso protege la frente y los ojos. Pero me siento agradecido también por otras muchas cosas; después de la comida compuesta por pollo, tadjik y rábanos, le di a Esmail permiso para bajar en el monopatín hasta la estación para ir a visitar a sus amigos. Los jóvenes najars se habían marchado en la camioneta a comprar algunos materiales de construcción que necesitaban, y yo me había sentado ante el mostrador de la cocina para repasar las páginas del periódico en que se publican los anuncios de propiedades inmobiliarias, cuando mi Nadi hizo una pausa en sus tareas de limpieza y me dio un beso en la mejilla. Se quedó de pie junto a mí, sujetando el sofreh doblado contra los pechos.

—¿Por qué no te quedaste conmigo anoche, Massoud?

Mi esposa tiene cincuenta años, pero me habló como lo haría una joven, una recién casada. Pensé que a lo mejor se sentía decepcionada conmigo, pero luego vi aquella sonrisa, la manera como mantenía baja la barbilla y me miraba con esos ojos de gavehee. Y cuando me cogió de la mano y volvió a conducirme por el pasillo hacia su habitación mi corazón latía como las piedras planas al rebotar sobre el agua. Contuve la respiración como los muchachos que cuentan los brincos de su buena suerte.

Después, cuando los najars reanudaron el trabajo encima de nosotros, Nadi me puso el colah azul sobre la cabeza y se echó a reír al verme salir al sol de mediodía. Yo también me reí, porque Nadi, aparte de cuando ve algún programa de televisión que apenas comprende, hace tiempo que no se ríe. No, en los apartamentos poolbar no se reía. Pero aquí es diferente; aquí da la impresión de vivir como si ya no esperase que llegase la vida. Aquí es libre de nuestra propia mascarada, de nuestras mentiras.

Continúo cortando con facilidad la hierba crecida; formo hileras rectas y ordenadas de césped segado y tomo la decisión, sí, de que debemos pasar aquí la estación veraniega. Nos irá bien, será una buena forma de descansar. Continuaré trabajando a diario para asegurarme de que tengo un comprador, pero incluiré en el

contrato que la propiedad no quedará disponible hasta el otoño. Y eso también me proporcionará el tiempo necesario para encontrar otras propiedades que adquirir, pues es evidente que debo comprar sólo casitas como ésta, hogares que subasten el condado o los bancos. Quizás encuentre una casa o un apartamento agradable para alquilar mientras sigo comprando y vendiendo en mi intento de obtener beneficios.

En eso han consistido mis pensamientos, y ha sido muy agradable porque de nuevo me siento como un hombre que lleva en sus manos las riendas de su propia bestia. El najar me dice que la plataforma desde la que se verá Corona y el mar estará lista dentro de dos días. Soraya y su nuevo esposo acaban el viernes el viaje de novios, así que tendremos que invitarlos a ellos y a la familia del marido a nuestra casa y celebrar una pequeña fiesta. Le daré instrucciones a Nadi para que prepare su mejor chelo kebab, bargy carne tierna de kubehdeh. Yo compraré champán y dispondré unas sillas en el paseo de viuda, en la plataforma, y todos brindaremos a la salud de los recién casados, a nuestra salud, salomahti.

Al llegar al borde de la calle apago el motor de la máquina de cortar césped y dejo en el suelo la hierba cortada para que Esmail la rastrille y la meta en un saco cuando regrese. Me limpio el sudor de la cara. No puedo cortar la hierba de los laterales de la casa debido a las escaleras de los carpinteros, a sus herramientas y a la madera que han apilado con mucho orden sobre el suelo con la pequeña sección del antiguo tejado que han tenido que cortar. Cuando paso junto todo aquello empujando la segadora, un najar me llama desde arriba.

Levanto la cara hacia los dos jóvenes, pero la luz del cielo me deslumbra e incluso con el nuevo colah en la cabeza me veo obligado a protegerme los ojos con la mano.

—Sí, señores, están haciendo un buen trabajo.

—Gracias —responde el que tiene tatuaje en el hombro—. ¿Ha aclarado las cosas con aquella mujer?

—Perdone. ¿A qué mujer se refiere?

—A la señora que se lastimó el pie. ¿Es que no ha hablado con usted?

—Si no le importa, haga el favor de bajar aquí para que no me disloque el cuello.

El najar desciende por la escalera de mano con el delantal de cuero para las herramientas colgando por encima de los pantalones cortos. No lleva camisa y veo que tiene la espalda casi del mismo color que un indio de Bombay. Cuando llega al suelo se vuelve hacia mí y se limpia el sudor de la frente.

—Sólo quería asegurarme de que ha hablado con usted. Me dijo que lo haría.

—Oh, sí, mi esposa me ha dicho que su novia se cortó el pie. Siento lo sucedido.

—¿Mi novia? Nunca había visto antes a esa mujer. Subió al tejado esta mañana muy enfadada porque estábamos haciendo esta obra. Dijo que era la propietaria de la casa.

Las manos se me vuelven pesadas y la voz me tiembla.

—¿Qué me dice, joven? Yo soy el propietario de esta casa. La he pagado al

contado. ¿Quién era esa mujer?

—A mí me pareció que estaba un poco chiflada —intervino el otro carpintero desde el tejado mientras fumaba un cigarrillo—. Creo que le falta un tornillo. Lo más probable es que ande por ahí diciéndole a alguien que es la propietaria de su casa.

El najar que estaba a mi lado se echa a reír; yo sonrío, pero como no creo mucho en la sonrisa dejo de hacerlo.

—En mi país a los locos los metemos en hospitales, pero aquí les dejan ustedes deambular libres como ovejas.

—Eso es cierto —conviene el joven najar.

Coge del suelo una bolsa de papel llena de clavos y vuelve a subir por la escalera para seguir con su trabajo. El otro apaga el cigarrillo con el pie sobre los tablones nuevos.

—Por favor, si esa mujer vuelve por aquí, díganmelo. Muchísimas gracias.

Continúo empujando la máquina de cortar césped hasta la parte trasera de la casa, que queda por completo a la sombra. Sólo se ve una delgada franja de sol en el suelo, junto a los altos árboles del seto, y me detengo allí para tirar de la cuerda de la máquina dos veces antes de conseguir que el motor arranque. Después abro el paso de la gasolina tanto como puedo y me siento agradecido por el ruido que emite.

Durante casi treinta minutos permanecí sentada en el coche, que había aparcado en la calle frente al Ayuntamiento de Redwood City. Era un edificio de ocho o nueve plantas, y la luz del sol se reflejaba en el cemento de las aceras de tal forma que me vi obligada a bajar el parasol del coche y a ponerme las Ray-Ban, las viejas gafas de Nick, que me quedaban bastante grandes. Frente al Ayuntamiento se alzaba el viejo edificio de los juzgados coronado por una cúpula enorme con vidrieras. En ninguna de las dos aceras de la calle principal había árboles, sólo parquímetros y coches que también resplandecían bajo aquella luz. De vez en cuando sentía el impulso de ir a buscar a Lester y, si era posible, quedar para ir a comer con él. Pero luego, al acordarme del anillo que aquel hombre llevaba en el dedo, de la tristeza que le veía en la mirada, me fumaba un cigarrillo, golpeaba el volante con mi propio anillo de casada y me preguntaba qué diantres hacía yo allí.

Miré a una pareja de ayudantes del *sheriff* que entró en el Ayuntamiento. Uno era grandote como mi hermano Frank. Volví a pensar en lo mucho que me gustaría verlo, él y yo a solas sentados a la mesa de algún restaurante en el North End de Boston, como solíamos hacer en otros tiempos. Frank iría vestido con alguno de aquellos polos que tenía de color turquesa, amarillo o naranja, y tanto daba que yo le hablase del dinero que debía o de algún hombre con quien salía, él siempre me aconsejaba lo mismo, cosa que a mí solía cabrearme, aunque a veces también hacía que me sintiera mejor.

—Es muy fácil, K. A un lado de la página tienes el deber y al otro lado el haber. Lo único que hay que hacer es poner las cosas a un lado o al otro, y luego sopesar el resultado y tomar una decisión, sencillamente. Eso es lo único que tienes que hacer. Yo siempre lo hago así.

A veces era un consuelo estar cerca de alguien que se tomaba la vida de aquella manera. Y hacía meses que le habría contado a mi hermano lo de mi marido si no existiese el peligro de que él se lo contase a su esposa, porque yo estaba segura de que ésta le iría con el cuento a mi madre.

—Pero ¿y si no se puede distinguir el deber y el haber? —le preguntaba yo siempre—. ¿Y si nunca se te ha dado muy bien distinguir el más del menos?

Ahora era la hora de la comida y pequeños grupos de hombres y mujeres salían del edificio para ir a comer. Yo fumaba sin parar y observaba a tres mujeres vestidas con falda y blusa, ropa apropiada para trabajar en una oficina, que se habían sentado en un banco de hormigón no muy lejos de mi coche. Comían yogur en recipientes pequeños de plástico. Una de ellas se echó a reír, se terminó el yogur y mordisqueó una galleta. Yo era consciente de que no deseaba llevar aquella vida, de que no quería trabajar en una oficina, pero a pesar de todo, al verlas comer y charlar al sol, sentí que durante toda mi vida me había mantenido apartada de la gente normal y de aquel tipo de conversaciones agradables. Otro día cualquiera me habría abatido por el hecho de

no tener hogar, marido ni amigos, pero en aquel momento me sentía mejor que ellas, más curtida, como si yo supiera más de la vida por haberla vivido de otra forma.

Apuré el cigarrillo hasta el filtro y lo apagué en el cenicero. Me disponía a marcharme y a obligarme a mí misma a buscar un sitio seguro donde aparcar el coche para dormir esa noche, cuando alguien dio unos golpecitos en el cristal de la ventanilla, junto a mi cabeza. Me di la vuelta sobresaltada. Era Lester Burdon, que estaba allí de pie, al sol y de uniforme; llevaba en la mano un fajo de papeles. Bajé del todo la ventanilla y el calor del exterior me dio en la cara. Me notaba la boca seca y pensé que ojalá tuviera algo para el aliento, que me olía a tabaco.

—Vaya sorpresa —me comentó Lester echando una rápida ojeada al asiento del copiloto, como si tratase de averiguar quién me había llevado hasta allí.

—¿Sorpresa? ¿Buena o mala?

Sonrió y el bigote torcido se le enderezó un poco.

—Buena. Es una buena sorpresa.

—Mi abogada cree que es probable que me devuelvan la casa. Pensé que le gustaría saberlo.

—Me alegra oírlo.

—¿Ha comido ya?

—Es que me esperan en el juzgado. —Hizo un gesto con el pulgar por encima del hombro señalando hacia el edificio de la cúpula que le quedaba a la espalda—. Normalmente a esta hora suelo andar patrullando por la calle. Me sorprende que haya podido encontrarme usted.

—Eh, que ha sido usted quien me ha encontrado a mí. —Sonreí y puse el coche en marcha, pero me sentía como si me hubieran pillado meando detrás de una mata con el culo al aire—. Bueno, ahora tengo que irme.

—Espere, espere un momento. Esta tarde pasaré cerca del motel donde se aloja usted. —Enrolló los papeles que llevaba en la mano y al hacerlo los estrujó un poco—. ¿Quiere que pare y vayamos a tomar un café?

—Depende de a qué hora.

Confíe en que no se me notase demasiado en la voz que me moría de ganas.

—¿Le parece bien a las cuatro? ¿Paso por el motel a recogerla a esa hora?

A Lester le había aparecido una línea de sudor justo por encima de las cejas.

Pensé en el domingo anterior por la noche, cuando vi su coche alejándose del motel El Rancho al volver yo de la tienda.

—Ya no me alojo allí. Ahora me quedo en el Bonneville.

—No conozco ese hotel.

—Lo tiene usted delante, Lester. —Puse el coche en marcha y subí el cristal de la ventanilla hasta la mitad—. Le veré en Carl's Jr. En San Bruno. Que se divierta en el juzgado.

Y me incorporé al tráfico sin mirar antes, aunque nadie me tocó la bocina y luego vi que había sitio de sobra tanto delante como detrás. Pensé que, al fin y al cabo, era

posible que mi suerte empezase a cambiar.

Me aseguré de no llegar al restaurante la primera, pero cuando entré en el aparcamiento de San Bruno a las cuatro y cinco con el sol dándome en los ojos no vi por allí ni el Toyota familiar de Lester ni ningún coche patrulla. Esperé en el coche hasta las cuatro y cuarto y luego entré cojeando en el restaurante con cuidado de no cargar el peso en el pie vendado. Pasé revista a la gente que había en la barra, en los reservados y sentada a las mesas, pero Lester no se encontraba allí y yo no quería estar cerca de la puerta cuando él llegase, así que volví a salir, me dirigí al coche y me quedé sentada detrás del volante otros veinte minutos vigilando todos los vehículos que entraban en el aparcamiento. Pero no había ni rastro de Lester. A las cinco menos cuarto me fui, aunque no tenía ni idea de adónde iba ni qué iba a hacer.

Me sentía más bien desilusionada. Me puse a dar vueltas por San Bruno; pasé junto a algunas casas bajas de estuco y jardines pequeños y descuidados con la vaga esperanza de ver el coche de Lester y seguirlo hasta el lugar de la cita para tomar café. Notaba la garganta seca y me escocían un poco los ojos. Hacía semanas que no me sentía tan sola, y comprendía que era porque había albergado falsas esperanzas y jamás me habría imaginado que Lester Burdon, el amable ayudante del *sheriff*, me diese plantón. Al detenerme en un semáforo, un hombre calvo que conducía un Jeep sin capota me hizo un guiño; se me empañaron los ojos y me alejé sin aguardar a que cambiase la luz del semáforo.

Me sentía muy harta del coche, harta incluso de la idea de ponerme a dar vueltas para buscar un lugar donde resguardarme y pasar la noche. Pero, por lo menos, el Bonneville me resultaba familiar, aunque el resto de mi vida se hallaba en el guardamuebles, frente al motel El Rancho. Después de casi una hora quemando gasolina volví allí, aparqué el coche junto al cobertizo del guardamuebles y me quedé en el asiento del conductor mirando pasar los coches. Consideré la idea de rendirme, de alquilar otra habitación en El Rancho, allí enfrente, una cuyo televisor funcionase. Me tumbaría en la cama delante del aparato y me quedaría mirando hora tras hora la basura que saliera en la pantalla. Cuando tuviese hambre, cogería el teléfono y pediría que me llevaran algo. Pagaría con cheques sin fondos que no podía firmar; no iría a trabajar; no saldría de la cama ni de la habitación hasta que Connie Walsh me llamara para decirme que podía volver a mi casa.

Así era como me sentía. Pero ¿volver para qué? ¿Para limpiar casas y oficinas ajenas? ¿Para ver películas de vídeo una detrás de otra? ¿Para esperar a que volviera mi marido? ¿Para mentirle a mi familia?

Encendí un cigarrillo y eché el humo por la ventanilla. En el programa de rehabilitación solían decir que en momentos así de la vida hay que hacer un alto. Si tienes hambre, estás enfadada, te sientes sola o cansada, cualquiera de estas cosas, hay que aflojar el paso y mirar dónde se pisa. Y como resultaba que a mí me pasaban

las cuatro cosas y era consciente de ello, lo que menos me apetecía era enfrentarme a la B.E.S.T.I.A. que había en el aire y reconocer la voz enemiga que tenía dentro de la cabeza para empezar a acusarla de puñetera maldad.

Me latía el pie debido al dolor. Me recosté en la puerta y lo puse en el asiento del copiloto. Había que reconocer que la mujer árabe había hecho un buen trabajo al vendármelo. Pero ¿cómo es que yo no le había explicado la situación al entrar en la casa? Justo me preguntaba eso cuando un coche de la Oficina del *Sheriff* del Condado de San Mateo abandonó la calzada y entró en el aparcamiento. La larga antena de la radio del vehículo se movía en el aire de un lado al otro, y Lester Burdon apartó una mano del volante para saludarme.

Dejó el motor en marcha y se acercó a mi coche. Bajé el cristal de la ventanilla, quité la pierna del asiento y me incorporé. Lester tenía manchas de sudor en las axilas, y la estrella le colgaba medio desprendida de la camisa.

—Siento mucho lo del café, Kathy, pero es que recibí un aviso de un caso de violencia doméstica. ¿Me estuvo usted esperando mucho tiempo?

—Sólo una hora o dos.

—Lo siento, yo...

—Era una broma. Olvídelo, me he dedicado a dar vueltas con el coche. —Confié en que no se me notara demasiado lo feliz que me sentía al verle—. ¿Todavía le apetece tomar un café?

—Sí, claro.

Tenía las dos manos sobre la puerta y otra vez me miraba directamente con aquella expresión sombría de deseo, definitivamente de deseo. Me miré las manos que tenía sobre el volante.

—¿Le importa ir en un coche patrulla? —me preguntó.

—Sólo si no voy detenida.

Sonrió. Aparqué el Bonneville en la zona de camiones, entre dos vehículos de dieciocho ruedas. Caminé cojeando hasta el coche patrulla de Lester, y cuando subí y cerré la puerta éste me preguntó por el pie con una cara al tiempo endurecida y suave. Le conté que me había despertado aquella mañana en la calle Bisgrove, le expliqué lo de los carpinteros y lo de una parte del tejado puesta en el suelo del jardín. Lester empezó a mover la cabeza a ambos lados y adoptó aquella expresión ansiosa de la que yo no sabía qué pensar, así que le dije otra vez que Connie Walsh me había prometido que podría volver a mi casa antes del fin de semana y que ahora tenía con quién celebrarlo. Me sentí un poco como si estuviese desnuda al expresarlo de aquel modo, y Lester no me contestó, sino que se limitó a poner en marcha el coche patrulla. A continuación salimos del aparcamiento en dirección oeste.

Miré la radio negra empotrada en la consola y las luces verdes y naranjas del escáner. Debajo del salpicadero había colgada una escopeta. Le eché una rápida ojeada a Lester, que iba sentado al volante. Movía la cabeza.

—Dígame, ¿está al corriente su abogada de que duerme usted en el coche?

—Cree que me alojo en casa de unos amigos. Por lo menos eso es lo que ella desea creer.

—¿Qué quiere decir?

—Quiero decir que desea ayudar, pero hasta un punto; ella también tiene sus límites.

Lester se metió por la autopista Cabrillo y se quedó en silencio durante unos instantes.

—¿No conoce usted a nadie en cuya casa pueda alojarse durante unos días, Kathy?

Me encogí de hombros y noté que me sofocaba.

—Supongo que lo que pasa es que limpiando casas no se conoce a mucha gente.

Sentí que clavaba los ojos en mí. Entorné los míos y miré hacia el océano, que estaba muy brillante. Me dolía el pie y echaba de menos las gafas de sol. Nos cruzamos con unos cuantos vehículos y observé que los conductores mantenían la mirada al frente, les echaban rápidas ojeadas a los velocímetros y no apartaban los ojos de la carretera. Solamente levantaban la vista una vez que habíamos pasado de largo.

—¿Se acostumbra uno a eso? —le pregunté a Lester.

—¿A qué?

Le indiqué con un gesto de la cabeza el tráfico de la carretera, que se hacía más lento a nuestro paso.

—A que personas a las que no conoce le tengan miedo.

—¿En serio cree que me tienen miedo?

—Lo bastante como para andarse con ojo.

Lester se salió de la autopista y entró en el aparcamiento de un puesto de perritos calientes y helados que se hallaba situado en la playa. A ambos lados y en la parte de atrás había mesas de madera, y cinco o seis adolescentes se habían sentado a una de ellas cerca de la ventanilla por donde se hacían los pedidos. Tenían los brazos, las piernas y la cara bronceados o quemados por el sol. Cuando vieron a Lester bajar del coche se pusieron a mirar hacia otra parte como si fuera el décimocuarto policía con el que se topaban en los últimos diez minutos, y a mí me gustó que me vieran con él. Olía a perritos calientes, al humo de los cigarrillos de los adolescentes y a crema bronceadora. La chica que trabajaba detrás de la ventanilla informó a Lester de que no tenían café, así que el ayudante le sugirió que dos refrescos de cola nos irían la mar de bien. Luego me miró para ver si yo estaba de acuerdo y le sonreí.

Les Burdon llevó las bebidas a la sombra que había detrás del puesto mientras yo sorteaba a la pata coja las colillas tiradas en la arena. Nos sentamos a una mesa de madera, muy estropeada debido a las inclemencias del tiempo; a bastante distancia de nosotros el océano Pacífico se retiraba con la marea baja, y las pequeñas olas se acercaban a la orilla antes de romper. A lo lejos, por encima del agua, se veía un banco de nubes de color gris azulado, de esas que suelen entrar tierra dentro y



llenarlo todo de niebla, y alrededor de las nubes el cielo estaba lleno de bruma. Lester se sentó a mi lado en el banco, de cara a la playa, y durante un buen rato nos limitamos a mirar los dos hacia el agua. Tomé unos sorbos del refresco y luego me volví ligeramente hacia Lester, lo suficiente como para apreciar el perfil, los ojos castaños hundidos, la nariz pequeña y aquel bigote mal recortado. De nuevo percibí en aquel hombre la suavidad, la calma.

—¿Cómo es que acabó llevando ese uniforme, agente Burdon?

—Llámeme Les. Creo que será mejor que nos tuteemos, ¿no?

Me echó una ojeada rápida y sonrió.

—De acuerdo, Les.

Yo también sonreía, y pensé que lo que hacíamos era coquetear, pues la verdad era que no me interesaba en absoluto la respuesta a aquella pregunta.

—El caso es que tenía pensado hacerme profesor.

—Y eso es lo que pareces. Bueno, por lo menos a mí me lo pareces. —Tenía ganas de encender un cigarrillo, pero no deseaba tener aquel sabor en la boca, en aquel momento no—. Entonces, ¿cómo es que has acabado de policía?

Lester se encogió de hombros y bajó los ojos hacia el sobre de la mesa vieja, hacia el tablón en el que alguien había tallado dos pechos con los pezones en forma de «x».

—Pues porque mi mujer se quedó embarazada. La academia de policía era más barata que la facultad y tenía trabajo seguro al acabar. Esas cosas.

—¿Te gusta?

—En parte.

—¿En parte?

Me sonrió, pero la mirada se le había hecho más dulce y de pronto me dio la impresión de que se estaba poniendo demasiado tierno, así que volví los ojos hacia delante, al banco de nubes que, en cuestión de minutos, se había acercado bastante más a la orilla, igual que la bruma.

—Se aproxima la niebla —comenté.

Noté que Lester seguía mirándome. Bebí un poco de Coca-Cola y el hielo me golpeó los dientes.

—Oye, Kathy.

—¿Sí?

—Me gustaría hacerte una pregunta personal, si no te importa.

—Bueno, hazla de una vez.

Yo bromeaba, pero no era capaz de mirar a Lester, así que mantuve la vista clavada en el agua verde y en la bruma que parecía salir de ella.

—¿Por qué se fue tu marido?

Me quedé mirando el recorrido de una ola hasta que llegó a la playa, y justo antes de que rompiera me di cuenta de que no deseaba que lo hiciera, de que no deseaba que rompiera.

—Yo quería tener hijos y él no. No sé, creo que si realmente me hubiera querido, también los habría querido, ¿no te parece?

Lester puso una mano encima de la mía, que se hallaba sobre la mesa. Era cálida y pesada.

—Pues es idiota.

Le miré la mano.

—¿Has estado vigilándome, agente Burdon?

—Sí.

—Eso está bien.

—¿Ah, sí?

—Está bien que no me hayas mentido.

Lester dejó escapar un suspiro.

—Es que no he dejado de pensar en ti desde que fuimos a desahuciarte, Kathy.

Entonces lo miré. Lester hablaba con voz tranquila, pero también se le notaba cierto atrevimiento, cierta osadía en la mirada. Me dolía mucho el pie derecho y las rodillas de Lester rozaban las mías. Bajó la vista, pero luego, como si se obligase a sí mismo a hacerlo, volvió a mirarme, y ahora ya no se veía el menor atrevimiento en aquellos ojos castaños. Me recordó a mí misma. Me apretó la mano y de pronto me sentí tan cerca de él que cuando finalmente lo besé, ni siquiera me pareció descarado. El bigote me pinchaba y a la vez me rozaba suavemente el labio superior; dejé la boca abierta y noté el sabor dulce de la Coca-Cola en la suya. Le abracé y él me abrazó a mí, y el beso duró mucho tiempo, o al menos eso pareció, hasta que por fin tuvimos que respirar y nos separamos. La niebla venía flotando hacia la playa y resultaba difícil ver el agua. Lo miré, vi aquella nariz pequeña y recta, el labio inferior debajo del bigote, el mentón afeitado. Cuando llegué a los ojos, que me observaban a fondo, noté una sensación extraña en la boca, así que concentré la atención en la placa dorada en forma de estrella y en la chapa situada un poco más abajo, en la que aparecía grabado el nombre de él. Me dieron ganas de pasar los dedos sobre las letras. La temperatura había descendido bastante y se me había puesto la piel de gallina en los brazos y en las piernas.

—Tenemos que buscar un sitio donde alojarte.

Les se levantó y recogió los vasos vacíos. Guardé silencio mientras me ayudaba a caminar por la arena hacia el coche. Una vez en marcha pasamos por Corona y entramos en San Bruno, donde Lester torció hacia el norte justo antes de llegar a la autopista El Camino Real. Bajo aquel cielo gris pasamos junto a un barrio de casas de una sola planta con jardines pequeños. Detrás de ellas se extendía la carretera, y vi los coches y los enormes camiones que iban hacia el sur, hacia ciudades como Hillsborough, San Carlos, Menlo Park, Los Altos o Sunnyvale, ciudades por las que yo pasaba sola en el coche desde hacía meses mientras me convencía a mí misma de que no lo hacía para buscar el Honda gris de Nicky. Les conducía en silencio, y aunque íbamos en un coche patrulla de la policía se me hacía tan familiar ir sentada al

lado de un hombre mientras éste conducía que me sentí animada y deprimida al mismo tiempo. Al cabo de un rato ya no teníamos ninguna casa cerca, estábamos en un barrio lleno de gasolineras, restaurantes de comida rápida y con un centro comercial justo al lado de la carretera.

—¿Adónde vamos, Les?

Me miró; luego me puso una mano en la rodilla, torció a la izquierda, pasó junto al centro comercial y se dirigió a una zona llena de bares y moteles para viajeros situada en un cerro cubierto de hierba junto a la autopista El Camino Real.

—¿Lo quieres con piscina?

Sin esperar a que yo respondiera se metió en el pequeño aparcamiento del Eureka Motor Lodge, un hotel de ladrillo blanco de dos plantas con un tejado que parecía de imitación. Junto a la puerta de la recepción había dos máquinas de refrescos y otra de hielo. Sobre la ventana colgaba un letrero de madera tallada que decía: ¡EUREKA, LO HE ENCONTRADO!

—Este vecindario es mejor que el otro, Kathy. No puedo consentir que duermas en el coche.

—Pero tendré que pagártelo.

—Chist.

Me puso un dedo en los labios. Hice como que se lo mordía y sonrió; luego entró en la oficina de uniforme, con la pistola y el anillo de casado. Durante unos instantes me pregunté qué diantres estaba haciendo yo, pero luego decidí concentrarme en lo bien que me sentaría darme un baño y meterme en una cama blanda y con sábanas limpias.

La habitación se encontraba en la parte trasera, lejos de la carretera, y daba a la piscina. Les me ayudó a entrar y luego se excusó y se dirigió al cuarto de baño. Me senté al borde de una cama enorme cubierta con una colcha de ganchillo. La moqueta del suelo se veía limpia. Junto a las cortinas de la ventana había dos sillones mullidos, y entre ambos una mesita con el sobre de vidrio. Delante de mí el televisor en color descansaba en una repisa, junto a la cómoda de castaño y el espejo. Desde donde me hallaba sentada no podía verme en el espejo, así que empecé a levantarme apoyándome en el pie sano; pero entonces sonó la cisterna del retrete, oí correr el agua y Les volvió a entrar en la habitación secándose las manos en una toalla que arrojó encima de la cómoda.

—Parece que ya hayas hecho esto antes —le comenté.

—¿Por qué lo dices?

Se quedó parado en el sitio con cierta expresión de haberse ofendido; tenía las manos apoyadas en el cinturón del que colgaba la pistola.

—Perdona, era una broma.

Les abrió la boca como si fuera a decir algo más, pero finalmente se agachó ante la pequeña nevera que había junto a la cómoda, sacó de ella dos latas de Michelob y me pasó una. Estaba fría, y me quedé mirándola mientras la sostenía apoyada en el

regazo, como si viese una vieja fotografía Polaroid de alguien a quien antes conocía y que ahora ya no reconociese. Les abrió la lata y se puso a beber allí mismo, de pie a mi lado. Pero yo ni siquiera me atrevía a mirarlo. Dejé caer la lata al suelo, me desplomé de espaldas en la cama y me tapé la cara. ¿Qué estaba haciendo? Me dolía el pie, que colgaba de la cama, e incluso llegué a preguntarme si se me verían gruesos los muslos desde el lugar donde Lester se encontraba. Oí que éste dejaba la lata sobre la cómoda y se agachaba para coger la otra del suelo, y al hacerlo el cuero del cinturón crujió. El colchón se hundió bajo el peso de aquel hombre. Retiré las manos y vi que me miraba la cara mientras se apoyaba en un brazo de tal manera que el hombro le rozaba la oreja. En aquella postura, el ayudante Lester tenía un aire casi femenino, y no sé por qué me entraron ganas de volver a besarlo. Lester me acariciaba la muñeca y el antebrazo con el dedo corazón, y en los ojos ya no se le notaba aquella osadía de antes, aunque tampoco se veían tristes.

—No tienes ni idea de quién soy, Lester.

—Creo que eres la mujer más guapa que he visto nunca.

Le puse la mano sobre el brazo cálido y velludo, y entonces Les se inclinó y me besó. Tenía la lengua fresca por la cerveza, y aquel sabor me produjo una sensación extraña. Me aparté rápidamente de él y me senté apoyándome en la cabecera de la cama.

—¿Qué te pasa, Kathy?

Me apetecía un cigarrillo, pero no podía recordar dónde los había dejado. Crucé los brazos sobre el pecho. Les se sentó a los pies de la cama y se quedó mirándome como si yo estuviese a punto de decir algo profundo.

—Hace casi tres años que dejé de beber, Lester.

—Lo siento, no lo sabía.

—Ya sé que no tenías ni idea, pero es que no sabes gran cosa de mí, ¿no es cierto?

Lester tenía la boca entreabierta bajo el bigote y apartó la mirada; se puso en pie, cogió la lata de cerveza y se la llevó al cuarto de baño. Oí que la vaciaba en el lavabo. Quise decirle que no era necesario hacerlo, pero temía que se me notase el mal humor en la voz. El aparato de aire acondicionado se puso en marcha, aunque la habitación ya estaba demasiado fresca. Notaba que la venda me apretaba el pie y que lo tenía caliente, así que me incliné hacia delante y abrí el imperdible que la mujer árabe me había puesto para sujetarme la venda. Sentí cierto alivio al quitármela, y mientras lo hacía Les salió del cuarto de baño. Temí que el pie me oliera un poco. Y en efecto, así era. Lester se agachó ante mí y me miró la planta del pie.

—Deberías meterlo en agua.

Ahora tenía otra expresión en el rostro; distraída, como si llegase tarde a alguna parte, pero no supiera bien adónde, como si ni siquiera supiese si ese lugar existía.

—No tenías que haber tirado la cerveza, Les. No es eso. Me miró a los ojos.

—¿Entonces qué es, Kathy? Me gustaría saberlo.

—¿Te gustaría saberlo?

—Sí.

Lo creí, pero no me resultaba nada agradable que aquel hombre continuase allí de pie, junto a mi pie maloliente. Puse una mano en la colcha.

—Ven aquí.

Titubeó durante un instante, como si no supiera qué era lo que me proponía; y, sinceramente, no creo que me propusiera nada en concreto. Sólo quería que Lester se apartara de mi pie. Pero cuando se sentó en la cama a mi lado, se inclinó para besarme la frente, la mejilla y los labios y comenzó a apretarme la caja torácica con una mano mientras con la otra me acariciaba el pelo, sentí que renacía; y no lo comprendí del todo hasta el momento en que me subió la blusa y creí que empezaba a llover de lo fuerte que fue la sensación. Entonces lo atraje hacia mí y abrí la boca y le cogí la cabeza con las manos y lo besé con tanta fuerza que los dientes de él chocaron con fuerza con los míos; le besé en las mejillas, en los ojos, en la nariz; le lamí el bigote y volví a besarlo en los labios con la boca abierta. Empecé a desabrocharle la camisa y Lester me quitó la camiseta sacándomela por la cabeza, y luego todo se ralentizó mientras él me acariciaba los pechos. Se produjo un cambio en Lester, y también en mí. Me miró a los ojos buscando algo por última vez, y luego se sentó y comenzó a quitarse los zapatos muy despacio. Los dejó a un lado, cogió la pistola de la funda y la colocó sobre la mesilla de noche. Cuando se sacó de los pantalones los faldones de la camisa, bajé las piernas por el otro lado de la cama, me desabroché los pantalones cortos y me los quité junto con las bragas. Me temblaban los dedos y tenía sed, pero ahora el calor palpitante que sentía en el pie me había subido hasta la entrepierna. Me tumbé de espaldas en la cama justo cuando Les se bajaba los calzoncillos, y alcancé a verle el trasero pequeño y oscuro. Se dio la vuelta hacia mí y me obligué a mí misma a mirarle el bigote torcido, el pelo despeinado, aquellos hombros estrechos. Me daba la impresión de que yo volvía a tener dieciséis años, de que mi madre se había ido a la compra, de que mi padre estaba trabajando, de que teníamos tiempo de sobra antes de que nos sorprendieran. Le sujeté los hombros con fuerza, le pasé los talones por la parte de atrás de las piernas, los moví hacia arriba y comencé a tirar de Lester hacia delante.

Más temprano había niebla, pero ahora el cielo ha adquirido el color de los melocotones y el sol se ve bajo sobre el océano, que todavía no alcanzo a ver desde nuestra casa. Hace ya dos horas que se fueron los najars. Antes de marcharse limpiaron bien todo y cubrieron la madera nueva con una gran lona verde que sujetaron con tablas viejas del tejado. Me siento en el escalón de la fachada y me quedo observando a mi hijo, que utiliza el rastrillo para amontonar la hierba cortada en el jardín. Lleva puesto eso que llaman camiseta sin mangas y unos pantalones cortos que le van bastante amplios, y veo que los músculos empiezan a notársele en los brazos y en las piernas, y también en los hombros. Se ha colocado en la cabeza los auriculares amarillos del *walkman* que Nadi adquirió para él en el barrio japonés. Seguro que ahora escucha esa música de *rock and roll* californiano que para mí es tan placentera como cinco F-16 pasando en vuelo rasante por encima de la cabeza. A la luz reinante de esta hora del día, la piel de mi hijo adquiere un bonito color marrón dorado, y durante unos instantes me encuentro pensando en nuestro fallecido sah Pahlevi.

No suelo beber alcohol, pero anoche Nadi y yo nos tomamos una copa de champán cada uno; la botella me había costado más de treinta y cinco dólares. Ahora se ha disipado un poco, pero no me importa, *frekresh neestam*, y bebo un poco en una de las copas que adquirimos en la rué de Touraine en París. Me digo a mí mismo que quizás haga un derroche al beberme este champán, pero sé que lo que hago es simplemente intentar prolongar el sentimiento festivo que experimenté al comprarlo; porque en el interior de la cabeza sigo oyendo lo que el najar me contó de la joven, la que le dijo que era la propietaria de esta casita, y trato de sustituir aquellas palabras por las que pronunció su colega, que insistió en que la mujer parecía loca, *deevoonay*, y que lo más probable es que vaya reclamando propiedades por toda la ciudad.

Después de cortar la hierba pensé en llamar al caballero de la Oficina de Hacienda que supervisó la subasta para intentar hacer algunas averiguaciones sobre esa mujer, pero no fui capaz de descolgar el teléfono; si no hay ninguna serpiente a tus pies, no levantes las piedras que yacen junto a la carretera.

A través de la mosquitera de tela metálica de la puerta que tengo a mi espalda me llega el olor a caldo de carne y a tomates de *obgoosht* guisándose, a arroz y a *tadiq* humeante. Mientras trabaja en la cocina, Nadereh canturrea en voz baja una de las canciones de amor de *Googoosh*. Naturalmente, no le he comentado nada de la información que me dieron los najars. En cambio le he pedido que prepare un menú y una lista de la compra para la cena que le vamos a ofrecer a nuestra hija, a nuestro nuevo yerno y a la familia de éste. A mi esposa se le iluminó tanto el rostro de felicidad al oír aquello, al ver que ahora parece que nuestra vida, aunque sea de una manera modesta, vuelve a ser como en los viejos tiempos, que me pellizcó la mejilla y me dijo: «Oh, *jujeh-man*», pollito mío, algo que hacía muchos años que no me

llamaba.

Mi hijo mete la hierba cortada en bolsas y mueve la cabeza al son de la música que sólo él oye; mi esposa tararea contenta en la cocina y me siento como un tonto por preocuparme más de lo que Dios quiere que nos preocupemos. Le digo en voz alta a Esmail que baila como un gallo, pero mi hijo no me oye. Me pongo a pensar en Soraya, en el fuerte abrazo que voy a darle cuando regrese. Y tan absorto me hallo en aquellos momentos pensando en el amor que le profeso a mi querida niña, que cuando el pequeño automóvil blanco sube la cuesta y se detiene delante del bosque, frente a la casa, me pongo en pie imaginándome que son ellos que vuelven antes de lo previsto a nuestro hogar para darnos una sorpresa. Pero entonces veo que en la puerta del conductor están escritas las palabras MENSAJEROS DE LA ZONA DE LA BAHÍA, y pronto tengo en la mano un sobre cerrado de Lambert & Walsh, Abogados y Asesores Legales. Mi nombre consta escrito de modo incorrecto en el sobre. Rasgo el papel para abrirlo, pero tengo que entrar a buscar las gafas. Cierro la puerta del despacho y me siento ante el escritorio.

Muy señor mío,

Le escribo para informarle de que esta firma ha llegado a la conclusión de que los funcionarios de Hacienda del Condado de San Mateo le han vendido a usted en subasta, por error y de modo inapropiado, la propiedad situada en el número 34 de la calle Bisgrove, en Corona, California. Con fecha de hoy hemos enviado notificación al condado a ese respecto, y solicitamos que la venta de dicha propiedad se rescinda a la mayor brevedad para que se restituya a su legítimo dueño.

Por favor, dese usted por enterado de que se espera que abandone la casa lo antes posible. Lamentamos los inconvenientes que ello pueda ocasionarle.

Atentamente,

C. S. WALSH, abogado.

Tres veces leo la carta, y cuando empiezo a leerla por cuarta vez rompo en pedazos el papel con las manos y la tiro a la papelería, pero los fragmentos se esparcen y caen al suelo. El corazón me late como si acabara de escalar una montaña. Cojo un bolígrafo, lo rompo y la tinta salta por el aire. Oh, qué país, qué lugar más terrible. ¿Qué clase de sociedad es ésta en que no se puede dar por cerrada una transacción comercial ni siquiera después de firmar los documentos y depositar el dinero? ¿Es que no piensan? No, es evidente que no piensan. Son idiotas y débiles y estúpidos. ¿Y qué pasa con el paseo de viuda? ¿Qué hay de eso? ¿Me devolverán los mil cien dólares? ¿Me devolverán los cuarenta y cinco mil dólares? ¡Pero no debo ni considerar siquiera esa idea, pues no pienso aceptar que haya de devolver nada!

Procederé según lo planeado; de modo que venderé esta casita y obtendré los beneficios a que tengo derecho, y que Dios condene a toda esa gente al infierno. Una venta es una venta. Y ahora ya no se puede anular. Es demasiado tarde. ¿Cómo es posible que esto sea una práctica legal? Tengo que llamarlos por teléfono inmediatamente.

Me pongo de rodillas y busco entre los pedazos de papel el membrete de ese abogado. Nadi entra en la habitación sacándole brillo a una fuente de plata que sostiene con las dos manos.

—¿Chee kar meekonee, Massoud?

—Heechee, nada, no hago nada.

Pero se ve que mi esposa me nota algo en la cara, porque se le aviva la mirada y deja de limpiar la fuente con el trapo. Empiezo a recoger del suelo los pedazos de papel.

Entonces Nadi me pregunta en farsi:

—¿Qué ocurre, Massoud? ¿Qué es todo este desorden?

—Es que los pedazos han caído fuera de la papelera, eso es todo. ¿Ya es hora de comer? Me siento un poco débil.

La respuesta parece convencerla, y me recuerda que ya me había advertido que no pasase tanto tiempo al sol.

—Y además está el champán, Massoud. Ven, tienes que comer algo. Ven.

Me pongo en pie; Nadi me coge de la mano y me lleva por el pasillo, pero me suelta y le digo que tengo que lavarme las manos y que enseguida iré.

—Pues date prisa. Esmail tiene hambre.

En el despacho doblo el sobre del abogado y me lo meto en el bolsillo del pantalón. Es demasiado tarde para llamar a esas sanguijuelas, a esos modargendehs, a esos hijos de puta, pero mañana iré personalmente a visitarlos. No quiero que me llamen por teléfono aquí; es mejor que Nadereh no se entere de nada de esto. De nada. En el cuarto de baño me lavo las manos y los brazos con agua caliente y con el jabón de lavanda de Nadi. El agua sale muy caliente, y espero a que se caliente aún más y me lleno las manos de líquido. Me siento tentado de abrirlas, pero bajo la cabeza y me chapuzo la cara. Me escaldo la nariz, las mejillas y los párpados, que mantenía cerrados. Luego cierro el grifo, salgo del cuarto de baño y me siento en el suelo ante el sofreh de la cena con mi esposa y mi hijo. En farsi, Nadi me dice:

—Eh, Massoud, tienes la cara mojada. ¿Por qué no te la has secado? —Se levanta y me trae una toalla—. ¿Qué te pasa, Behrani? A veces te comportas como un niño.



Hicimos el amor hasta que los dos tuvimos tanta hambre que no nos quedó más remedio que dejarlo. Les salió a comprar algo de comer. Mientras se hallaba fuera me quedé bajo las sábanas y la manta, tumbada boca abajo, con una pierna ligeramente subida; me sentía mojada y escocida entre las piernas. Cuando Les abrió la puerta para marcharse, vi que la niebla se había levantado y que el sol estaba a punto de ponerse; ahora la luz del crepúsculo que entraba por la ventana, cuyas cortinas se encontraban cerradas, hacía que la habitación quedara en penumbra.

Me quedé mirando un rato la pistola que Lester había dejado sobre la mesilla de noche. Tenía la culata negra con cuadros en relieve, y el cañón presentaba aristas por el exterior. Resultaba extraño que Les hubiese elegido aquella profesión; hacía el amor con mucha ternura, moviéndose como si lo importante de cada empujón y de cada tirón fuese que a mí me gustase. Y eso me hizo pensar en Nick, en la diferencia existente entre aquellos dos cuerpos; Nick tenía la espalda lisa y fresca, un poco llenita, mientras que la de Lester era dura y de piel caliente. Nick solía enterrar la cara en mi cuello y a veces me chupaba la piel, mientras que Lester no dejaba de besarme en la boca, en la cara y en los hombros como si hubiera hecho un viaje muy largo y por fin hubiese vuelto a casa. Se corrió dos veces, una de ellas dentro de mí, pero no quise decirle nada, me limité a abrazarlo. Durante unos instantes pensé en el virus, en que no estábamos utilizando protección alguna, pero luego me recordé a mí misma que Lester era un hombre casado, lo que hizo que me sintiera mejor en un aspecto, aunque peor en otro.

Nick no iba a volver. Mientras esperaba a Lester en el Eureka Motor Lodge, se me hizo evidente por primera vez que mi marido se había ido de verdad, que quizás algún día tuviese noticias de su abogado, quien me llamaría por teléfono, me enviaría una carta o ambas cosas, pero que Nick en persona ya no se pondría en contacto conmigo nunca más. Y por algún extraño motivo, quizá porque acababa de acostarme con otro hombre, comprendí que ese día estaba ahora mucho más cercano que antes, más cercano incluso que aquella misma mañana cuando me desperté en el coche frente a nuestra casa como una refugiada.

Me di una ducha larga, como si lo único que existiera aquella tarde fuesen el agua caliente cayéndome en la cara y en los pechos, en la parte superior de la espalda y en el trasero, el vapor despejándome la nariz y los pulmones y el jabón resbalando entre las manos. Y también aquella ligera sensación de escozor entre las piernas y el dolor en la espinilla y en el pie. Me sentía en contacto con la tierra, tanto como un periódico viejo al que el viento arrastra por la calle. Sentí que me asustaba un poco, y al cerrar la ducha oí que Lester ya había regresado a la habitación y que sacaba algo de unas bolsas de papel. El espejo se había empañado demasiado para poder verme la cara, pero tampoco tenía ganas de hacerlo. Me envolví en dos toallas, salí cojeando a la habitación y me senté a la mesa que tenía el sobre de vidrio, cerca de la ventana y

enfrente de Les. Este acababa de colocar en la mesa unos platos de papel, tenedores de plástico y cajas de comida china que olían mucho a soja y a carne guisada. Sonreía mientras me observaba. Se inclinó sobre mí, me sujetó la cara entre las manos y me besó en las mejillas y en los labios. Lo sujeté por las muñecas y comencé a devolverle los besos, y me sorprendió ver lo agradecida que me sentía de que Lester hubiese hecho aquello.

Comimos con palillos carne de buey *teriyaki*, arroz frito, rollos de primavera y cerdo *mushi* caliente que envolvimos en tortitas muy finas. A veces miraba a Lester, que me sonreía, y yo le devolvía la sonrisa. Aún no había acabado de comer cuando se levantó, sacó algo de la bolsa, se agachó delante de mí y empezó a untarme pomada en la planta del pie. Más que daño me hacía cosquillas, motivo por el que me eché a reír.

—Vale, ya basta.

—Es un antibiótico. También te he comprado gasa.

Yo había separado las piernas mientras Lester me frotaba el pie con las dos manos sin dejar de mirarme muy sonriente, de modo que el bigote formaba una línea recta. Yo nunca había visto tanto cariño en una mirada. De pronto me sentí húmeda de nuevo y me puse en pie, me retorcí para liberarme de aquellas manos, me tumbé de espaldas en la cama y abrí la toalla que llevaba puesta. Casi inmediatamente Lester volvió a penetrarme, con los pantalones bajados hasta los tobillos, mientras la estrella y la chapa con el nombre grabado me presionaban la piel.

Después se dio una ducha. Yo era consciente de que se quitaba el olor de nuestro contacto, y me pregunté qué explicación le daría a su esposa por llegar tan tarde a casa y con el pelo mojado. La palabra «esposa» me golpeó en el estómago, pero luego pensé que yo también lo era, y que lo más probable sería que mi marido estuviese con otra mujer en aquel preciso momento. Pero aquélla era una pobre excusa para lo que yo acababa de hacer. Oí cerrarse el agua en el cuarto de baño y el ruido de la cortina de la ducha.

La casa a la que iba a limpiar los miércoles era la del contable, junto al río Colma. Tenía una terracita que daba a los árboles que se extendían hasta el agua. Me había asomado allí y estaba apoyada en la barandilla a fin de darle un poco de descanso a mi pie derecho. Había ido cojeando por la casa toda la mañana mientras pasaba el aspirador, quitaba el polvo y ordenaba las cosas, y a cada rato sentía un calambre, el músculo de la pantorrilla empezaba a agarrotárseme y me veía obligada a parar y darme masaje hasta que se volvía a relajar.

La terraza era fresca y quedaba a la sombra, pero el sol daba de lleno en el río resaltando el color verde, y una capa de polen flotaba en la superficie. El agua olía a cloaca y a corteza de árbol, y se oía graznar a los cuervos entre las ramas de los árboles. Me sentía bien trabajando, aunque probablemente habría debido hacerle caso

a Les y haberme tomado otro día de descanso. La noche anterior me había llevado en el coche patrulla hasta el lugar donde yo había dejado el coche en San Bruno. Nos dimos un beso de despedida a la luz existente en el aparcamiento del guardamuebles y luego yo había regresado aquí, había metido la maleta en la habitación, había guardado en una bolsa la comida china sobrante y la había puesto en la nevera. Dentro de la misma había botellitas verdes de vino blanco Inglenook, botellas pequeñas de vodka Smirnoff y de Bailey's Irish Cream, dos latas de Heinekens y una de Michelob. Encendí el televisor, me tumbé en la cama y vi casi entera una película que trataba de un hombre que mata a su mujer y a sus tres hijos, y el crimen queda impune durante casi veinte años hasta que finalmente lo cogen cuando vive una nueva vida con otra familia en un estado cercano. No me había dado cuenta de que estaba medio dormida hasta que sonó el teléfono. Era Lester; me dijo que se encontraba en una cabina en la calle donde vivía, y que ya me echaba de menos. Luego hizo una pausa, creo que para darme ocasión de decirle que yo también lo echaba de menos. Pero no pude decírselo; me había acostumbrado a vivir sola y en aquel momento necesitaba algo a lo que estuviese acostumbrada. Me preguntó si podríamos ir juntos a desayunar. Le contesté que sí. Cuando colgué el teléfono noté como si flotase en el aire, algo semejante a cuando se bebe mucho pero no se nota hasta que uno se tumba, y en ese instante, justo antes de que la habitación empiece a dar vueltas, se siente que las cadenas se rompen. Me alegré de que me hubiera llamado, pero también me dio la sensación de ser una mantenida, y creo que se lo dije esta mañana mientras tomábamos café en Carl's Jr.

Sólo eran las seis y media, pero casi todos los taburetes de la barra los ocupaban hombres que llevaban gorras de camionero, aunque había algunos con traje y corbata, que tomaban café y leían el periódico entre bocado y bocado de huevos, tostadas y patatas fritas. La mitad de las mesas también se hallaban ocupadas. Lester iba de uniforme, hacía treinta minutos que había empezado el turno, que me explicó iba de seis de la mañana a seis de la tarde. Llevaba la camisa planchada con esmero, las rayas de las mangas bien marcadas, y me imaginé a su mujer planchándosela la noche anterior. Se me hacía difícil mirarlo a la cara. Me alegré cuando la camarera vino para tomarnos el pedido y nos dejó con dos tazas de café.

—Esto corre de mi cuenta, Lester.

—Te dije que te llevaría a desayunar.

—Y ya lo has hecho. Me has traído hasta aquí en el coche, así que yo pago.

—Guarda el dinero, Kathy, que te va a hacer falta.

Bebió un poco de café sin dejar de mirarme.

—Tú me pagas la habitación, así que, ¿para qué coño necesito dinero?

Me sorprendí a mí misma de lo enfadada que estaba.

Lester dejó la taza sobre la mesa. Hizo ademán de cogerme la mano, pero se contuvo. Se inclinó hacia delante y dijo despacio y en voz baja:

—Yo tampoco entiendo bien lo que pasa, Kathy, pero lo que sí sé es que no

intento convertirte en un juguete. Es que tenía necesidad de verte antes de que pasara otro día.

—¿Y qué más?

—Nada más.

—No, ¿qué más? —Le toqué la mano. Ya no me sentía enfadada—. ¿Antes de que pasara otro día y qué más?

—Y que se te olvidara.

Me miró a la cara, levantó los labios hacia arriba y hacia un lado, y las mejillas y la garganta se enrojecieron. Era el hombre más dulce que yo había visto en mi vida.

—Ja, tienes suerte de que todavía me acuerde de cómo fue. —Me incliné hacia delante—. Pero la próxima vez tendrás que ponerte otra ropa, vaquero.

—Me siento avergonzado.

—Sí, bueno... —Le di una palmada ligera en la mano—. No vuelvas a hacerlo.

En aquel preciso instante había aparecido la camarera con el desayuno y los dos nos habíamos puesto a reír.

Al dejarme en el motel, habíamos estado besándonos durante mucho rato en el asiento delantero del coche patrulla. Me había preguntado si podía pasar a verme cuando acabara el turno y le había contestado que sí, que podía hacerlo. Pero mientras se alejaba en el coche yo había vuelto a experimentar aquella sensación de no tener los pies en el suelo, de flotar, de que las cosas iban demasiado deprisa, y entonces había comprendido que tenía que volver a la rutina normal me doliera o no el pie.

Contemplé ahora una rama frondosa que flotaba en el río bajo el sol y acto seguido volví a entrar cojeando en el apartamento para acabar el trabajo. Pero primero tenía que averiguar si Connie Walsh hacía progresos o no, porque sabía que nada me haría sentirme más pegada a la realidad que volver a mi casa. Me senté en el brazo del sofá Naugahyde que por lo visto compran todos los hombres de mediana edad y marqué el número que ahora ya me sabía tan bien como el de mi propia madre.

Los hijos de puta tienen el despacho encima de un café, no lejos de la central del Departamento de Carreteras y del hotel Concourse. Empiezo a caminar en la fresca oscuridad del garaje subterráneo del hotel, que huele a humo de tubo de escape y a aceite seco sobre el hormigón; llevo la cartera de piel bajo el brazo, y para este encuentro me he puesto mi mejor traje, uno muy fresco, negro y cruzado, de cachemir y mohair que le compré tiempo ha a un paquistaní en el norte de Teherán. Llevo camisa blanca y una corbata azul como el acero. Cuando salía de casa Nadi me preguntó por qué me había vestido así, y le dije la verdad, que hoy tenía que ocuparme de algunos asuntos importantes, de ciertos negocios de inversiones. No me hizo más preguntas. Esta mañana Nadereh llevaba un traje pantalón de algodón del color de sharob rojo. Se había cepillado el pelo hasta tenerlo perfectamente peinado y con muy buena forma y se había aplicado maquillaje en los ojos, mejillas y labios. Sonrió y me entregó la lista de la compra para la fiesta que le vamos a dar a nuestra hija el próximo sábado. Nadi estaba tan zeebah entonces, tan guapa, debido a que ahora albergaba nuevas esperanzas en la vida, que mientras me alejaba de la casita en el coche y bajaba por la colina sentí un nudo en el estómago por la tarea que ahora me veía obligado a hacer.

Y naturalmente esa sensación aumenta cuando salgo del hotel Concourse, porque pienso en los largos días bajo el sol en compañía de Tran, Tórez y Méndez, aquel cerdo panameño. Recuerdo el polvo de la carretera en la ropa, pegada a la piel a causa del sudor, el calor en la cabeza descubierta, recuerdo al kuneer que trabaja detrás del mostrador en el vestíbulo del hotel, que veía todas esas cosas y no me tenía ningún respeto porque me consideraba sólo un cargar. Pero mientras camino bajo el sol me digo a mí mismo que es mejor disciplinarme y olvidarme de esas cosas que dejan la sensación de estar vencido antes siquiera de haber luchado. Soy un genob sarhang, un coronel retirado de las Fuerzas Aéreas Imperiales. He cumplido con todas las formalidades legales al comprar esa casita y por tanto tengo la absoluta certeza de que ahora ya no pueden hacer nada para cambiar ese hecho.

La sala de espera, situada al final de la escalera, es pequeña y bastante vieja, lo que hace que me aumenten las esperanzas. Le digo al sonriente kuneer que hay sentado ante el escritorio cuál es el asunto que me lleva allí, y me pide que me siente mientras espero, aunque prefiero permanecer de pie. En las paredes hay carteles que hacen ostentación de mujeres que aman a mujeres y kunees que aman a otros kunees. Este tipo de libertad nunca la entenderé. ¿Qué clase de sociedad es aquella en que cada cual puede hacer lo que le dé la gana? Me han dicho que en otras ciudades de América no son tan liberales como en ésta. Un joven médico pooladar que vivía en el edificio de apartamentos de Berkeley me explicó que en el corazón de este país, en un lugar llamado el Medio Oeste, la gente es más recatada que en las ciudades situadas en ambas costas. Ohio, me dijo. Iowa. Quizá, después de vender la casita, me lleve

allí a mi esposa y a mi hijo. Aunque a Nadereh no le gustaría vivir tan lejos de Soraya, y menos ahora que existe la posibilidad de tener nietos. Y yo echaría de menos el mar, porque aunque sea el Pacífico y no el Caspio, la inmensa presencia del mar me sirve de recordatorio.

—¿El señor Barmeeny?

La secretaria del abogado viste con un estilo muy agradable; lleva falda gris y una blusa, pero no se ha puesto zapatos en los pies.

—Behrani. Soy el coronel Massoud Amir Behrani. Deseo hablar con el señor Walsh, por favor.

La mujer sonríe.

—Yo soy Connie Walsh. Este es mi despacho, coronel. Acompañeme, por favor.

La abogada no me da tiempo para disculparme por mi error. La sigo al interior de una estancia en la que hay una mesa grande y muchas sillas, y ventanas altas abiertas para que entren el aire y la luz. Me ofrece té o café. A mí me apetece un poco de té, pero le digo que no, gracias, y cuando me siento no me pongo demasiado cómodo. Respiro profundamente antes de empezar a hablar, pero es como si aquella mujer supiera lo que he venido a decir y levanta la mano.

—Estoy segura de que nuestra carta le habrá producido una gran impresión, coronel. La situación es como sigue: el Condado de San Mateo ha cometido varios errores en este asunto. Primero, le exigieron el pago de un impuesto a mi cliente, la anterior dueña de la propiedad, que ella no tenía por qué pagar. Segundo, la desahuciaron por impago. Y tercero, subastaron la propiedad. Desgraciadamente, señor Behrani, aquí es donde usted entra en juego, y me temo que no nos queda otra alternativa que exigir que el condado dé marcha atrás en todo este proceso y rescinda la venta para que mi cliente pueda recuperar su hogar.

Siento pesadez en los dedos, un calor en el pecho y en la cara.

—Pero ahora soy yo el dueño de la casa.

—¿Es definitiva la venta?

—Desde luego. Pagué la casa al contado y tengo un recibo de la venta.

Abro el maletín y saco todos los documentos de la venta de la casa. La abogada los examina durante unos minutos. Después se inclina hacia atrás en el sillón y me mira a los ojos directamente, igual que haría un hombre, pero un hombre de influencia y posición elevada.

—¿Está usted dispuesto a volver a venderle la casa al condado? Yo podría encargarme de que hiciesen la transacción de la manera más adecuada posible.

—Por favor, ahora escúcheme usted a mí muy atentamente, señorita Walsh. La única transacción adecuada posible es que la Oficina de Hacienda del Condado me pague ciento setenta mil dólares por esa casa de mi propiedad. Si me pagan esa cantidad me iré, pero sólo cuando llegue la estación otoñal. Mi esposa está enferma y necesita descansar durante el verano. Y también requeriré cierto tiempo para encontrar un nuevo hogar.

—Señor Behrani, usted pagó la cuarta parte de esa cantidad.

Me pongo en pie y me aparto del sillón.

—Pero en el mercado puedo conseguir esa cifra. Creo que es algo que debería usted discutir con los caballeros de la Oficina de Hacienda. Buenos días, señorita Walsh.

Le ofrezco la mano a esta abogada. Me la estrecha brevemente y se pone en pie también.

—La dueña legítima de esa casa se ha visto obligada a alojarse en un motel, señor Behrani. Y todas sus pertenencias se encuentran en un guardamuebles. ¿Por qué va a tener que esperar más de lo necesario para volver al hogar que le arrebataron de forma injusta y por error?

De nuevo siento la sangre en el pecho, en la cara, detrás de los ojos. ¿Quiénes son estas personas? ¿Con quién se creen que están hablando?

—Bueno, veo que usted no entiende lo que acabo de decirle. Yo soy el legítimo dueño de esta propiedad. Y soy víctima de una injusticia. Ya ha oído mi oferta. Y en todo caso, tiene usted suerte de que yo haya decidido vender la casa.

Me marchó de allí rápidamente y sin decir nada más. La cafetería de abajo se encuentra llena de gente que, sentada ante mesas pequeñas, toma café y come pastas. Se oye la música de un compositor europeo, y la mayor parte de aquellos hombres y mujeres vestidos sólo con camisetas y pantalones vaqueros me miran al pasar junto a ellos. Me examinan la cara, el traje, el maletín que llevo bajo el brazo, y cuando les devuelvo la mirada apartan la vista como si yo hubiera venido a cobrarles algo que no pueden pagar.

Pasé el resto de la tarde en la piscina del motel, en una tumbona situada en el rincón más apartado del recinto. No había nadie más por allí y cerré los ojos tendida al sol; fumé, bebí Coca-Cola y no dejé ni un instante de dar golpecitos con el pie bueno en el hormigón caliente, pues no conseguía relajarme. No me había gustado la voz de Connie al hablar con ella por teléfono poco antes; me dijo que esta mañana se había entrevistado con el «nuevo dueño», quien parecía dispuesto a venderle la casa al condado, lo que era una buena noticia, pero que ahora faltaba que el condado admitiera su error y aceptara volver a comprarla para que las cosas volvieran a estar en su sitio. Me dio la impresión de que Connie se sentía cansada y agotada, como si tuviese otras muchas cosas en la cabeza. Me dijo que volviera a llamarla a última hora de la tarde y luego se esforzó por parecer alegre y me recomendó que mantuviese alto el ánimo, que esto era sólo el precalentamiento. No me gustó la forma de expresarlo; si se suponía que yo iba a trasladarme a mi casa otra vez durante el fin de semana, ¿no tendría que estar ya la cosa bien caliente? Sin embargo, me alegró saber que aquella familia árabe estaba dispuesta a vender de nuevo la casa y a marcharse, de manera que traté de concentrarme en aquella noticia.

Una sombra se situó a mi lado y cuando levanté la vista me encontré con la cara sonriente de Lester. No había oído acercarse su automóvil. Les llevaba desabrochados los dos botones superiores de la camisa del uniforme y se hallaba allí de pie con las manos apoyadas en las caderas.

—Hola —lo saludé.

—Hola. —Se agachó y al hacerlo la pistolera de cuero crujió ligeramente. Me cogió una mano y la besó—. Permíteme que esta noche te invite a salir como es debido, Kathy.

Lester tenía la mirada llena de esperanza, y no pude evitar preguntar:

—¿Es que vamos a pelearnos otra vez para ver quién paga la cuenta?

—No, porque esta vez vas a permitir que pague yo.

—Sólo si vamos a un sitio bonito.

Sonrió bajo el bigote.

—Justo lo que había pensado.

—Mi abogada me ha dicho que los árabes están dispuestos a vender de nuevo mi casa.

—¿De verdad?

Hice un movimiento afirmativo con la cabeza.

—Pero hay que hacer algunos trámites, un montón de chorradas, antes de que yo pueda volver a ocuparla.

—¿Con el condado?

—Sí.

—Bueno, pero ya es un progreso.



—Es lo que me repito a mí misma.

—Eso hay que celebrarlo.

Se inclinó hacia delante y me besó. El bigote me hacía cosquillas y Lester sabía a pastillas de eucalipto, aunque no creo que tuviera dolor de garganta ni que estuviese resfriado. Confié en no tener sabor a cenicero. Después, Les se puso en pie y me preguntó si me parecía bien citarnos a las siete y media. Le contesté que le esperaba a esa hora, pero... ¿tenía que ir bien arreglada?

Lester asintió y sonrió.

Me quedé mirándolo mientras iba a pie hasta el aparcamiento del motel, se subía al Toyota familiar y se marchaba. Me pregunté qué excusa le daría a su mujer para salir aquella noche, adónde le diría que iba y con quién. Pensé de nuevo que qué me creía yo que estaba haciendo, pues hasta entonces sólo había salido con un hombre casado en una ocasión, allá en Saugus, en Massachussets; fue una noche en la época que todavía consumía de todo. Se trataba de un cliente del bar, un vendedor que llevaba trajes hechos a medida, corbatas de seda e incluso gemelos de oro. Todos opinábamos que se pasaba un poco en la manera de vestir, pero una noche Jimmy Doran le permitió quedarse después de cerrar mientras limpiábamos el local, y al cabo de un rato cuatro o cinco de los allí presentes empezamos a esnifar rayas, a beber y a movernos al ritmo de la música. Poco después, el vendedor empezó a hacerme insinuaciones y la Voz Enemiga que yo tenía en la cabeza empezó a sonar como el arrullo de una paloma.

Nadereh ya se ha vestido y corta rodajas de berenjena en la cocina para uno de los muchos platos que prepara para la cena de mañana. Pero aún es viernes por la mañana y no son más que las ocho. Me he sentado junto al mostrador de la cocina con un poco de té caliente y unas tostadas.

—Nadi-joon, ¿crees que serás capaz de preparar la comida en un solo día?

—Khawk bah sar, Massoud.

Quítate esas cosas de la cabeza, me dice. Y sonrío y se da la vuelta para enjuagarse las manos con agua en el fregadero. Ante ella la ventana de la cocina se halla tapada sólo en parte por la escalera que conduce al nuevo paseo de viuda, algo que agradecí mucho al ver cómo quedaba, porque así Nadi no ha protestado. Los najars terminaron la obra ayer a primera hora de la tarde. Quedé tan satisfecho con el aspecto final, con las largas y rectas barandillas de la escalera, con los fuertes y largos tablones del mirador y con la barandilla del mismo, que cuando extendí el cheque añadí cincuenta dólares de gratificación por un trabajo tan profesional y tan bien hecho. Naturalmente, en aquel momento todavía experimentaba los beneficiosos efectos de la visita que le había hecho a un abogado del centro de Corona aquella mañana, un caballero muy bajo que llevaba pajarita de seda y que, por ciento cincuenta dólares, había escuchado pacientemente todos los detalles de mi situación, había examinado los documentos de la venta que me había extendido el condado y luego me había dado asesoramiento legal. Me explicó que nadie podía hacer nada en mi contra. Que ahora aquella propiedad me pertenecía sin ningún género de duda y que podía hacer con ella lo que me viniese en gana.

Anoche Nadi, Esmail y yo subimos a la nueva construcción y contemplamos de pie la puesta de sol. Éste era una bola de color azafrán que se hundía en el mar haciendo que el agua se pusiese púrpura y el cielo naranja y verde. Nadi le pasó un brazo por la cintura a nuestro hijo y empezó a hablarle de la belleza del mar Caspio, y le preguntó si se acordaba de algo. Pero por primera vez no se le reflejaba demasiado la pena en la voz al hablar de nuestra antigua vida. Le puse la mano en el hombro y escuché las explicaciones que Nadi le daba a nuestro hijo. Mientras los colores del cielo y el océano se iban oscureciendo lentamente sentí cierto pesar por tener que vender aquella propiedad que ha hecho que mi Nadi vuelva a ser la de siempre. Pero también me sentí más decidido a hacer que hubieran merecido la pena las molestias que me había tomado, a multiplicar al menos por tres la inversión que había hecho. Hace dos días que no tengo noticias de la abogada de San Francisco. Y tampoco las tengo de la Oficina de Hacienda del Condado. Y así es como debe ser; no pienso ponerme en contacto con ellos. Ya saben cuál es mi oferta. Y si la rechazan siempre estoy a tiempo de poner la casa a la venta en el mercado. Ayer recibí dos llamadas telefónicas para interesarse por la casa, y el lunes he quedado citado con una persona para enseñársela.

Cuando acabo de desayunar me levanto y me dirijo a la puerta para coger los zapatos. Veo que Nadi ha colgado un cuadro nuevo en la pared, justo encima del sofá. Rodeada de un marco dorado se halla la apreciada fotografía en la que aparecemos el general Pourat y yo hablando con el sah en una celebración del Año Nuevo persa en el Palacio Imperial. El rey va vestido con el mejor de los trajes europeos mientras que Pourat y yo vamos de uniforme, con la gorra en la mano, y sonreímos por algún cumplido que nos ha hecho sobre las fuerzas aéreas. En la fotografía también se ven otros tres hombres, un ministro extranjero, africano, y dos grandes savakis con las manos cruzadas delante y el rostro y la mirada exentos de cualquier asomo de humor. Sé que Nadi ha colgado esta fotografía no sólo porque viene Soraya, sino también por ella misma, pues, como es natural, los nuevos parientes de Soraya ya vieron la fotografía en aquel apartamento tan caro que teníamos en Berkeley. Han hecho algunas averiguaciones y se hallan al corriente de qué tipo de personas somos, pero supongo que Nadi quiere recordárselo, no vaya a ser que al ver esta casita tan pequeña se les olvide.

Mi mujer lava rábanos y pepinos en el fregadero para preparar una comida que no nos comeremos hasta mañana por la noche. Quiero decirle que se lo tome con calma y descanse; nuestra hija ya se ha casado y no tenemos que quebrarnos la espalda. Pero yo conozco a mi Nadi. Mi falta de preocupación la angustiará aún más, y entonces se empeñará en que pintemos las paredes y pongamos cortinas nuevas antes de mañana. No, de momento será mejor que la deje sola. Iré con el coche a Corona para comprar algunos muebles de terraza para nuestro paseo de viuda; quizás encuentre eso que llaman un confidente para los jóvenes recién casados, para mi preciosa hija a quien vi por última vez hace dos semanas mientras subía a una limusina. Iba vestida de satén color marfil, y llevaba el largo cabello negro recogido en lo alto de la cabeza bajo una especie de diadema de flores a modo de corona.

En sólo dos noches y dos mañanas Lester Burdon pasó de ser un pasatiempo para mí a convertirse en el protagonista de la película, y ni siquiera me di cuenta de cómo había ocurrido, aunque sé que empezó cuando pasó a recogerme exactamente a las siete y media el miércoles por la noche vestido con unas botas negras de *cowboy* muy brillantes, pantalones negros, chaqueta gris de *tweed* y una camisa blanca abrochada hasta el cuello. Llevaba el cabello peinado hacia atrás y el bigote parecía menos torcido que otras veces. Se le veía tan guapo que inmediatamente me sentí insegura de mi propio aspecto; sólo me había probado dos vestidos, y al final me había decidido por unos pantalones negros de rayón, blusa blanca de vestir y una chaqueta corta de color teja que siempre me había gustado porque cuando me la abrochaba hasta abajo me quedaba entallada en la cintura y me resaltaba el busto. Me había puesto los zapatos negros de vestir y la presión que notaba en el pie derecho hacía que me sintiera bien, como si fuera una venda nueva. También me había recogido el pelo. Ahora me preguntaba si estaría bastante femenina, pero Les me miró como si nunca hubiera visto nada tan perfecto. Mientras íbamos en el coche por la autopista hacia San Francisco bajo el sol poniente me pregunté que si él había salido de su casa vestido de aquella manera, qué le habría podido decir a su mujer.

La Orion Room se encontraba en lo alto de Hyatt Regency, cerca de los largos muelles de la calle Embarcadero. El restaurante ocupaba toda la última planta y alrededor tenía enormes ventanales de suelo al techo que se combaban ligeramente hacia el exterior. En mitad de la sala, toda ella cubierta de moqueta, había una barra cuadrada en la que trabajaban tres bármanes a los que una luz verde les iluminaba desde abajo la camisa, la corbata y la cara. El bar se hallaba lleno de hombres y mujeres bien vestidos que reían y hablaban más alto que la música del pianista que, sentado en una tarima elevada, quedaba iluminado desde arriba por una tenue luz mientras tocaba y cantaba una antigua composición cuyo nombre no conseguí recordar. El *mâitre* nos guió por entre las mesas iluminadas con velas, y me esforcé por no cojear tanto como me pedía el pie, cosa que me resultaba bastante difícil con aquellos tacones altos; estaba segura de que todo el mundo me miraba. Nuestra mesa era pequeña, tenía un mantel blanco y quedaba justo al borde, al lado de una de las paredes de vidrio. Desde allí se veían los tejados de los rascacielos, dorados y rosados a la luz del crepúsculo, y también toda la bahía, una gran extensión azul. Pero resultó que todo aquel panorama se movía, y me vi obligada a apoyarme en la silla que el *mâitre* apartó para que me sentase.

—Es que todo el restaurante gira —me explicó Lester—. ¿Prefieres ir a otro sitio?

Miré a Les y luego volví a mirar por la ventana. Tenía razón. Ahora se veían menos edificios de oficinas, pero era mayor la parte visible de la bahía de San Francisco, en la que flotaban media docena de diminutas velas blancas. Al otro lado se hallaban las colinas amarillas de Berkeley. Me eché a reír.

—Qué raro resulta.

—¿Te gusta?

Lester sonreía a pesar de mantener los ojos entornados, como si sólo hubiera una respuesta a aquella pregunta.

—Sí, claro que me gusta.

Y ciertamente me gustó mucho una vez que me acostumbré. El camarero apareció enseguida, un hombre de pelo rubio tan corto que parecía un soldado. Nos preguntó qué deseábamos para beber; le indiqué que yo quería agua mineral y Lester se apresuró a pedir lo mismo. Cuando se hubo marchado el camarero encendí un cigarrillo.

—No es necesario que te aguantes sin beber nada por mi culpa, Lester.

—Oh, no lo echo de menos. De todos modos, no acostumbro a beber mucho.

—Yo tampoco. Es decir, yo tampoco bebía mucho.

—¿Ah, no?

—Sólo cuando esnifaba. Eso fue lo que estuvo a punto de matarme. —Me pareció que Lester tenía los ojos castaños más hundidos que nunca—. Tú también has esnifado alguna vez, ¿no es verdad, agente Burdon?

Les hizo un gesto negativo con la cabeza.

—Me temo que no.

El joven camarero trajo el agua mineral. Nos entregó el menú y luego nos explicó cuáles eran los platos especiales de la noche. Me quedé mirándolo mientras se alejaba hacia el centro de la sala y luego eché un vistazo por encima de las mesas, todas ocupadas e iluminadas con velas, hacia el pianista, que ahora no cantaba, sólo tocaba una pieza lenta y triste. Me di la vuelta y miré por la ventana. Esta vez vi a la luz del crepúsculo el puente Bay que, con sus largos cables grises, llegaba hasta Oakland.

—¿Tú has hecho alguna vez algo que vaya en contra de la ley, Lester?

—Vaya pregunta más extraña.

Eché el humo del cigarrillo en dirección al ventanal.

—Sólo trataba de iniciar una conversación. Nos hemos acostado juntos y ni siquiera sé cómo te llamas de segundo nombre.

—Victor.

—¿Lester Victor?

—No suena bien, ¿verdad?

—Pues no. —Tomé un sorbo de agua mineral—. Bueno, ¿y qué me contestas a la pregunta que te he hecho?

—¿Te refieres a si he hecho algo que vaya en contra de la ley recientemente o hace tiempo?

—Ah, vaya. ¿Cuánto tiempo hace?

Les bajó la mirada hacia el mantel. Ahora el restaurante giraba hacia el este y por los ventanales junto a los que nos encontrábamos se distinguía la parte sur de San Francisco; el rostro de Lester quedaba en la sombra.

—Lo que hice es bastante grave.

—¿Hasta qué punto?

—Lo bastante como para que no desee que se entere nadie más. ¿Lo entiendes?

—¿Te refieres a si puedes confiar en mí?

—Ya confío en ti, Kathy. ¿Quieres que te lo cuente y cargar con ello en tu conciencia?

—¿Es que será una carga?

Lester sonrió.

—No, supongo que no. —Paseó la mirada por el restaurante y luego se inclinó hacia delante y me confió en voz baja—: Puse pruebas falsas para incriminar a alguien.

—¿Eso es lo que hiciste? —Lester asintió despacio, como si quisiese saber cuál era mi opinión al respecto—. Pues no me parece propio de un policía con aspecto de maestro como tú. —Lester volvió a sonreír, me pareció que ahora con cierta tristeza—. Bueno, cuéntame cómo fue.

—Había un tipo en la zona del embalse, un mequetrefe que le pegaba a su mujer por puro pasatiempo. Era ingeniero o algo así, y abstemio, pero cuando perdía los estribos cogía un cinturón o un pedazo de manguera del jardín y comenzaba a zurrarla. Nunca supimos con qué exactamente. Los vecinos nos llamaban y mi compañero y yo nos presentábamos allí, lográbamos que nos dejaran entrar y nos encontrábamos con aquellos verdugones ensangrentados en los brazos y las piernas de la mujer. Pero la pareja se mantenía unida, a veces se cogían del brazo como si lo que ocurría allí no fuera asunto de nadie más que de ellos. Yo me llevaba a la mujer aparte y le preguntaba si no se atrevía a hablar porque le tenía miedo al marido, pero ella se limitaba a mirarme con aquellos grandes ojos llorosos como si no supiera de qué le hablaba. Eso fue antes de la entrada en vigor de la ley de Violencia Doméstica, Kathy, cuando no se nos permitía detener a los autores de malos tratos a menos que la víctima presentara una queja.

—¿Crees que a ella le gustaba?

—Yo no, pero mi compañero opinaba que sí. Bueno, el caso es que por lo menos una vez a la semana nos llamaban para que fuéramos allí, y al cabo de un tiempo yo no podía soportar ni verlos, sobre todo al hombre. El muy cabrón tenía el cuello más largo y más delgado que hayas visto nunca. —Solté una carcajada y Lester también—. Pero había una cosa en su contra: tenía antecedentes por posesión de cocaína, tu antiguo hábito, y ya te he dicho que yo no era de la misma opinión que mi compañero, sino que creía que en realidad la mujer estaba muerta de miedo. Así que una de aquellas fastidiosas noches me excusé diciendo que tenía que ir al retrete y le coloqué un par de gramos allí, en el armario, detrás de una pila de toallas.

—No me digas.

Sentí un cosquilleo que me subía por la garganta. Lester se llevó un dedo a los labios.

—Ni siquiera mi compañero se enteró.

—¿De dónde sacaste la mercancía?

—De un Lincoln que habíamos confiscado el día anterior.

—¿Y qué pasó?

—Pues que como no teníamos orden de registro, cuando llegué a casa aquella noche, antes de irme a la cama, hice una llamada anónima al Departamento de Policía para dar el soplo; luego me metí en la cama y dormí como un tronco. Los detuvieron a los dos, pero al hombre le cayó una buena temporada de cárcel porque tenía antecedentes. Unos meses después me pasé por la casa para ver cómo le iba a la mujer, pero los vecinos me dijeron que se había marchado a vivir a otra parte. — MoviÓ la cabeza de un lado a otro—. Le tenía un miedo de muerte a su marido.

—Mierda, Lester, veo que siempre te las arreglas para salirte con la tuya, ¿no es cierto?

Me quité los zapatos debajo de la mesa. Me latía el pie derecho, pero no me dolía demasiado.

Les me sonrió prudentemente y luego tomó un sorbo de agua mineral.

—Pero ¿y si resulta que estabas equivocado? —le sugerí—. ¿Y si verdaderamente a la mujer le gustaba aquello?

Lester se recostó un poco hacia atrás y se quedó mirándome con la cabeza inclinada hacia un lado.

—¿De verdad lo crees posible?

—Hombre, puede ser.

—¿A ti te gustaría?

Lo preguntó con voz sincera, sin doblez, y resultaba difícil resistir la tentación de jugar un poco con él.

—No, pero he conocido a auténticos psicópatas a los que sí les gustaba.

—Pero por mucho que les guste, ¿crees que van a mejorar por el hecho de permitirles seguir así?

Lester volvía a tener aquella expresión tensa que yo no sabía si era de dureza o de ternura. El pianista cantaba una melodía de Sinatra y un camarero nos trajo panecillos calientes en un cesto cubierto con una servilleta. Partí uno.

—¿Y cómo es que te arriesgas a ir por ahí haciéndote el héroe, Les?

—Ésa es una buena pregunta.

Cortó un panecillo con el cuchillo y lo untó de mantequilla. El camarero apareció en aquel preciso momento y nos preguntó si habíamos elegido algún entrante. Me pareció que aquel hombre hacía un buen trabajo intentando que la cuenta subiera lo más posible, pero nosotros decidimos saltarnos el entrante y en su lugar pedimos dos de los platos especiales de la noche, el pollo *provençale* para mí y pez espada con salsa de alcaparras y limón para Lester. Este iba a devolverle al camarero la carta de vinos, pero antes de que el joven se marchase le pedí que nos llevase una botella de algún chardonnay decente, un Napa Valley.

—¿Qué te propones? —me preguntó Lester.

No pude evitar sonreír.

—Lo he pedido para ti. Sé que te apetece. Bueno, ¿y hay alguna otra cosa ilegal que hayas hecho?

Lester me miró durante un instante.

—Todavía estoy considerando responder a la pregunta que me has hecho sobre hacer el héroe.

—Vale, contéstame a ésa.

Lester me sonrió y toda la tensión le desapareció del rostro, en el que ahora sólo quedaba dulzura. El pianista cantaba una melodía antigua de *jazz*. Les empezó a jugar con el tenedor y se puso a hablar de su infancia en un pueblo llamado Chula Vista, en la frontera mexicana. Yo tendría que haber estado pendiente de sus palabras, pero no me quitaba de la cabeza el chardonnay que había pedido; pensaba que en realidad era cierto que yo nunca había tenido problemas con el alcohol hasta que empecé a esnifar rayas de coca, a meterme aquellas largas serpientes blancas en el interior de la cabeza. Y luego llegó el camarero a nuestra mesa con un cubo de hielo. Lester hizo una pausa para probar el vino que el camarero le había puesto en la copa. Dio su aprobación, pero cuando el joven empezó a servirlo Lester le tocó el brazo y le dijo que gracias, pero que preferiríamos servirnos nosotros mismos. El camarero se marchó y Lester se llenó la copa y me echó una ojeada rápida antes de volver a poner la botella en el cubo de hielo.

—Bueno, ¿por dónde iba?

—Por Chula Vista.

—Mi hermano Martin y yo éramos los únicos anglosajones de toda la escuela, y casi cada día nos incitaban a pelearnos con alguien por una cosa u otra.

—¿Por eso es por lo que pones pruebas falsas?

—Puse. Sólo lo he hecho una vez. —Lester trató de sonreír, pero no lo consiguió—. ¿Qué pasa? ¿Es que crees que lo que hice fue algo horrible?

—No, en realidad me parece que hiciste bien. Perdona, Les. A decir verdad, el vino me distrae un poco.

—Lo devolveré.

—No. —Puse una mano encima de la suya—. Verás, cuando considero la idea de mantenerme sobria no pienso nunca en el vino, sino en la cocaína. De lo que me enorgullezco verdaderamente es de haber dejado la coca. Mi marido, o mi ex marido, como quieras llamarlo, él sí que tenía mal beber. Y nunca he dicho esto antes, pero creo que me dejé llevar por él a aquel programa de recuperación, ¿sabes? Cuando asistí a las sesiones de Recuperación Racional no lo hice porque sintiera necesidad de tomarme una copa de vino, sino porque ansiaba esnifar un kilómetro de coca.

Lester volvió a mirarme de aquel modo extraño y me apretó la mano mientras yo hablaba.

—¿No querrás decir Alcohólicos Anónimos?



—No, Recuperación Racional, RR. Tu mayor poder es tu capacidad para razonar. En realidad no son más que paparruchas, pero bueno... no sé.

Le solté la mano y eché un vistazo por la ventana. Ahora nos hallábamos mirando al oeste y se veía la parte norte de la ciudad, por encima de los edificios y los muelles, la zona naranja del puente Golden Gate y el océano que se extendía más allá; el cielo era una franja roja y púrpura. El restaurante se había llenado del todo y detrás de mí oía el tumulto de la gente conversando y riéndose mientras comía, el tintineo de los cubiertos de plata sobre la porcelana y al pianista que acababa la melodía de *jazz* y empezaba otra pieza. Pero yo mantuve los ojos fijos en el océano mientras el restaurante continuaba girando lentamente hasta acabar alejándose del mismo. Luego oí que Lester me servía algo en la copa y cuando me volví vi que tenía la botella de chardonnay en la mano.

—Eres una mujer adulta, Kathy. Pero es posible que hayas confundido lo importante y lo banal.

—Pero ¿y si resulta que lo banal también es malo?

—Pues en ese caso aléjate de ello para siempre y no mires hacia atrás.

—¿Tú miras hacia atrás alguna vez, Les?

—Continuamente. —Sonrió—. Ese es mi problema, Kathy, que siempre me pongo sentimental por mis meteduras de pata.

—Yo también.

Sonreí y cogí la copa; al hacerlo sentí aquel peso fresco en la mano. Lester y yo brindamos y le miré a los ojos mientras me llevaba el vino a los labios y probaba lo que ni siquiera me había permitido oler en tres años. Durante un segundo me pasó por la cabeza la idea de que todavía estaba a tiempo de escupirlo, pero si yo tenía una Voz dentro de la cabeza lo que me decía era que me mantuviese alejada de aquello, que no lo tragase, que no permitiese que se extendiera el calor en mi pecho; era un sabor tan familiar que de pronto sentí que era yo misma más de lo que lo había sentido desde hacía mucho tiempo.

—¿Todo va bien? —me preguntó Les.

—Sí. —Tomé otro sorbo de vino y volví a dejar la copa sobre la mesa, sujetando ligeramente el cuello de la misma con los dedos—. Sigue hablándome de ti, Les.

Entonces nos trajeron la comida. Lester llenó las copas y yo me di cuenta de que, según los racionalmente recuperados, había que considerar que toda aquella cena era la B.E.S.T.I.A., una oportunidad de emborracharse con una Voz Enemiga en la cabeza a la que se tenía que acusar de malicia mientras la capacidad de raciocinio empezaba a traer recuerdos de la propia valía, lo que llevaba a tener en gran estima la sobriedad y a abstenerse de beber. Pero me di cuenta de que yo no tenía ninguna Voz Enemiga dentro de la cabeza. Si la hubiese tenido, ya estaría pidiéndome otra botella, y no era así. De manera que no había nada a lo que acusar de malicia. Y de todos modos no tenía ganas de acusar a nadie ni a nada, aquella noche no. Incluso me caía simpática la familia árabe que vivía en mi casa, aquella mujer de cara bondadosa que me había

vendado el pie, las personas que se habían mostrado dispuestas a volver a venderle la casa al condado. Entre bocados de comida y sorbos de vino, Lester me contó que sus padres se habían divorciado cuando él tenía doce años y su hermano nueve, que su padre, funcionario de aduanas, solía visitarlos una vez por semana hasta que había encontrado otro empleo en Texas, momento a partir del cual los dos hermanos sólo lo veían dos veces al año porque tenían que hacer un viaje de quince horas en autocar. Me contó que su madre era guapísima, que tenía el pelo largo de color castaño, los pómulos altos y un aire tranquilo que atraía muchísimo a los hombres. Era mecanógrafa en una empresa maderera y una vez que se corrió la voz de que se había divorciado, Lester y su hermano habían sido testigos de cómo los hombres venían a buscarla a casa casi cada noche. Tomé un sorbo de vino. Notaba calor en la cara. Me encantaba mirar a Lester mientras hablaba, me encantaba la manera cómo la luz de las velas le resaltaba los hoyos de las mejillas y hacía que el bigote torcido pareciera mucho más grueso y que los ojos se viesan profundos y oscuros.

—Pues a eso se debe —apunté.

—¿Qué?

—A que tuviste que proteger a tu madre, por eso ahora proteges la paz.

—¿Crees que es así de simple?

—No. —Sonreí—. Pero ojalá lo fuese. Ojalá todo fuera así de sencillo.

Miré por la ventana para ver hacia dónde estábamos orientados, y mi propia imagen, iluminada por la luz de las velas y reflejada en el cristal, me devolvió la mirada. Fuera era de noche y todas las luces de San Francisco se extendían allá abajo. Me bebí el vino que me quedaba en la copa y no conseguí recordar cuándo había sido la última vez que me había sentido tan libre de toda aquella mierda que tiraba de mí como la fuerza de gravedad. El vino me empezaba a hacer efecto, aunque no mucho. Me había comido la mitad de la patata asada y el pollo. Volví los ojos hacia Lester y me di cuenta de que me había estado mirando fijamente.

—Vamos a bailar, Lester.

—¿Y tu pie?

—Mierda, se me había olvidado.

Me eché a reír.

Íbamos en el coche juntos y en silencio. La autovía Bayshore se hallaba iluminada con farolas anaranjadas, y Lester conducía con una mano cálida puesta sobre la mía; yo pensaba en Nick, en él y en mí viajando hacia el oeste en el Bonneville nuevo, conduciendo día y noche. Me fijé en el perfil de Lester, que quedaba tenuemente iluminado.

—A veces pienso que los maridos y las esposas sólo sirven para apoyarse unos en otros mientras van avanzando por la carretera, ¿sabes? Casi como si no importara en realidad si continúan o no juntos para el acto final. ¿Crees que es un modo triste de

considerar las cosas?

—Supongo que depende de la situación de cada cual.

—¿Y cuál es tu situación, Les? No has dicho ni una palabra al respecto.

Lester dio el intermitente, echó un breve vistazo por el espejo retrovisor y se metió en el carril de salida. Noté que me quedaba inmóvil mientras esperaba a que me hablase. Cogió la rampa de salida, quitó la mano de la mía para cambiar de marcha y la dejó sobre la palanca.

—Mi situación es que mi mujer cree que hago el turno de noche y que no acabo hasta mañana por la mañana. Supongo que ha sido un poco presuntuoso por mi parte pensar que me iba a quedar toda la noche, ¿no es así?

—¿Es ésa tu situación de verdad?

Les no contestó. Pasamos junto al centro comercial, cuyos escaparates se hallaban parcialmente iluminados; el aparcamiento se encontraba vacío. Al llegar al Eureka Motor Lodge, Les detuvo el coche a la puerta de mi habitación y apagó los faros, pero dejó el motor en marcha.

—Me casé con mi mejor amiga, Kathy; ésa es la situación en que me encuentro. Tenemos un hijo y una hija, pero durante los últimos siete años no he sentido hacia ella otro deseo que no sea darle un abrazo o un besito en la mejilla.

La luz del camino para peatones le daba a Lester en un lado de la cara, iluminándole sólo la mitad y resaltándole el pómulo y el bigote. Me pareció adivinar el aspecto que tendría de viejo: guapo, triste y callado.

—¿Todavía la quieres?

—Como a una hermana. No tengo ninguna, pero ésa es la sensación que experimento.

—¿Y ella?

—Para ella no es lo mismo. —Les miraba a través del parabrisas hacia la puerta de mi habitación—. Si no quieres que me quede a pasar la noche, lo comprendo. Y no te digo esto para que te compadezcas, pues de todos modos no voy a ir a casa. Necesito pensar un poco.

Me acordé de Nick, de la expresión que tenía la mañana en que se marchó, como si estuviera seguro de que al marcharse me mataría. Ahora Lester tenía aquella misma expresión y yo estaba a punto de enfadarme por ello. Pero entonces se volvió hacia mí y me aseguró que si sólo se tratase de Carol y de él, ya haría mucho tiempo que se habrían separado. Pero no era así; estaban sus hijos, su hija Bethany y su hijo Nate.

—Perdona, Kathy, no quiero aburrirte con todo esto.

Lester salió del coche, me abrió la puerta y me ayudó a bajar. El motor continuaba en marcha. Le eché los brazos al cuello y empecé a besarlo.

—Apaga esta maldita cosa y entra.

Aquella noche nos quedamos abrazados bajo las sábanas. Lester me hizo un montón de preguntas sobre mí, sobre cómo era que había acabado en aquella casa en Corona, sobre cómo había sido mi vida hasta entonces. Y yo le conté que había

crecido en Saugus en medio de una serie de anuncios de neón de concesionarios de coches, restaurantes italianos y chinos, salones de bronceado, galerías comerciales y el pequeño negocio de mantenimiento de ropa blanca de mi padre; le hablé de cómo, cuando era pequeña, iba con él los sábados a llevar delantales y manteles a los restaurantes. Yo bebía demasiados Shirley Temples por el camino hasta que me quedaba un poco empachada, y mi padre fumaba García y Vega y escuchaba partidos en la radio mientras conducía. A veces me sentía mareada y no quería decírselo porque mi padre apenas me hablaba y yo no quería estropear la posibilidad de poder ir otro día con él.

Me acurruqué junto a Lester y puse una pierna encima de la suya. Le olía bien la piel, un poco como a tierra. No le hablé de mi primer marido y tampoco de Nick, no volví a nombrar la rehabilitación, ni que había sido mi hermano, Frank, quien me había encontrado en el apartamento con la serpiente blanca enroscada tan dentro de mí que cuando me ingresaron en el hospital me habían clasificado de suicida. No le conté nada de eso, y de momento Les pareció contentarse con oír cosas de cuando era niña, aunque después se quedó callado y no supe bien si fue por la niña de la que le había hablado o porque pensaba en su propia hija. Me quedé dormida con la mejilla apoyada en el pecho de Lester y en algún momento durante la noche nos despertamos haciendo el amor.

Al día siguiente, jueves, se fue a casa con su familia y yo pasé el día haciendo la colada en la lavandería automática del centro comercial. Todavía andaba a saltos sobre el pie bueno, pero notaba que el otro mejoraba, y después de comer un poco de comida china fría en mi habitación me remojé los dos pies en la bañera. Hacia media tarde hice acopio de valor y llamé al despacho de Connie Walsh. Gary me dijo otra vez que la abogada había salido, pero que iban haciendo progresos en el asunto de la casa. Aquella voz me sonó diferente, no tan distante y formal.

—¿Qué clase de progresos, Gary?

—Mi jefa me matará por decírselo, pero, qué coño, ¡el condado ha admitido su error, señora Lazaro! Evidentemente tendrían que haber pasado la factura al número 34 de la calle Biscove, no de la calle Bisgrove. Y parece ser que se encuentran dispuestos a rescindir la venta.

—¿Antes del sábado?

Me levanté y me puse a bailar sobre la moqueta olvidándome por completo del pie. Gary me dijo que ya me había contado más de lo que le parecería bien a Connie y que realmente yo debería hablar con ella de todo eso; todavía había que resolver las cosas con el nuevo propietario. Luego me dijo que llamara al día siguiente; él sabía con seguridad que la abogada estaría en el despacho.

—Le daría un beso, Gary.

—Cielos, no.

Se echó a reír y colgó.

A última hora de la tarde fui a limpiar la casa de los jueves, y luego me dirigí en el coche a la consulta del pediatra, que se encuentra cerca de San Bruno, y me puse a trabajar allí. Sudaba abundantemente, y a pesar de cojear pasaba el aspirador a buen ritmo. Lester y yo habíamos quedado en reunimos en el motel a las siete y media, y cuando llegó yo salía de la ducha. Le conté la buena noticia mientras me secaba y me vestía en el cuarto de baño con la puerta entreabierta. Entró, me abrazó y me dijo que teníamos que salir a celebrarlo, pero yo me sentía cansada de tanto evitar apoyarme en el pie malo durante todo el día, y cuando se lo dije pareció desilusionado, aunque sólo durante un segundo. Luego se marchó y regresó media hora después con una *pizza* de aguacate y aceitunas negras, medio litro de helado de chocolate y dos botellas de champán Great Western.

Nos sentamos con las piernas cruzadas encima de la cama y nos comimos la mitad de la *pizza* mientras nos bebíamos la primera botella en vasos de plástico del Eureka Motor Lodge. Empezamos a besarnos y Lester abrió un paquete de condones, pero como la cama se había convertido en un verdadero desbarajuste nos pusimos a hacer el amor en el suelo, cerca del cuarto de baño. Yo estaba medio trompa, o puede que ya lo estuviera del todo; notaba pinchazos detrás de los ojos y recuerdo que oí pasar por la carretera algún vehículo grande mientras Lester se erguía inhiesto y empujaba dentro de mí una y otra vez; soltó un gemido y me dijo al oído:

—Te quiero, Kathy.

Yo no estaba preparada para decirle lo mismo a él; me eché a reír y le empujé los hombros hacia abajo hasta que no tuvo más remedio que tratar de hacerme terminar con la lengua. Lo hizo así y no me demoré nada.

Nos bebimos la segunda botella en la bañera. Les se había sentado apoyándose en el grifo, y tenía tan mojado el pelo negro que le sobresalían las orejas y el bigote le chorreaba agua por todas partes. Me eché a reír al verlo y no pude dejar de hacerlo hasta que me interrumpió bruscamente al ponerse a cantar una canción mexicana que había aprendido de niño. La cantó en español mirándome directamente a los ojos, como si intentase acariciarme con cada una de aquellas hermosas palabras extranjeras. Hizo una pausa para echar un trago de la botella de Great Western y me recitó la última estrofa en inglés, con aquellos pequeños ojos castaños suyos un poco inyectados en sangre.

Tu amor era un relámpago en la montaña...

Tu amor era un río entre los árboles...

Tu amor era sol sobre el desierto...

Sí, pero ¿dónde está tu humo,

tu arroyo, tu sal?

¿Por qué guardan silencio los coyotes?

¿Cuándo dirán tu nombre?

El viernes por la mañana nos despertamos con resaca. Las cortinas estaban echadas y la habitación a oscuras. Les se sentó desnudo al borde de la cama, llamó a recepción para pedir café y luego cogió el reloj de la mesilla y lo acercó a la tenue luz para ver qué hora era. Yo tenía la boca muy seca y me dolía la cabeza por encima de las orejas.

—Hace dos horas que tendría que estar en mi casa. —Se dejó caer de espaldas en el colchón; me acerqué enseguida y le apoyé la cabeza entre mis costillas y la cadera. Me miró—. Estoy seguro de que habrá llamado al departamento y que ellos le habrán preguntado si me encontraba ya mejor.

Se echó a reír, pero aquella risa sonó falsa.

—¿De veras tienes ganas de reír?

Le acaricié el pelo con los dedos.

—No, pero por fin las cosas se han puesto en marcha. En cierto modo siento alivio.

Llamaron a la puerta. Lester acudió a abrir con una toalla puesta alrededor de la cintura, y le cogió el café a una adolescente rubia que llevaba pantalones anchos. Le dio un billete de cinco dólares y le indicó que se lo quedase. Me puse el albornoz y fui al cuarto de baño antes de abrir las cortinas para dejar paso a un día demasiado luminoso en el que el sol se reflejaba con fuerza en los coches del aparcamiento y en el cemento que había junto a la piscina. Me senté a la mesa con el helado de chocolate que había cogido del pequeño frigorífico y que se había derretido durante la noche. Lester y yo nos lo comimos a medias con las diminutas cucharas de plástico que nos habían llevado para el café. Pero él no parecía estar allí conmigo en la misma habitación; tenía la vista clavada en un punto concreto de la mesa, tomaba un bocado y luego movía la cabeza de un lado al otro; a continuación daba un sorbo de café y volvía a menear la cabeza. A mí me dolían los ojos y tuve que entornarlos para protegerlos de la fuerte luz que entraba por la ventana. Me levanté, me acerqué cojeando a la cómoda y me puse las Ray-Ban de Nick. Ahora Lester miraba hacia el exterior, y el pelo de la parte de atrás de la cabeza le sobresalía hacia fuera como las orejas de un perro. Yo volvía a tener aquella sensación de elevarme del suelo, me sentía un poco temblorosa porque se aproximaba una crisis en la relación entre Les y su mujer. Y no era ésa mi intención; yo no lo había planeado. De pronto sentí necesidad de quedarme sola, sola en la casa de mi padre en el cerro de la calle Bisgrove. Pero en aquel momento, Lester se dio la vuelta y me dijo que yo parecía una estrella de cine allí de pie con aquel albornoz, las gafas de sol y el pelo suelto sobre los hombros. Se acercó y me besó. Tenía el sabor fresco y dulce del chocolate, y le abracé la espalda desnuda deseando decirle algo pero sin saber qué. Luego Lester habló:

—Si quieres que te diga la verdad, me siento más asustado que aliviado.

—Yo también.

—¿Tú? —Dio un paso atrás para mirarme y me puso las manos en los hombros

—. ¿Por qué?

Me encogí de hombros y respiré hondo.

—No lo sé, pero me siento perdida; sencillamente... me siento perdida.

Me eché a llorar. Lester me atrajo hacia sí y comenzó a mecarme lentamente de un lado al otro mientras me besaba la parte superior de la cabeza.

—Te sentirás mejor cuando vuelvas a casa. ¿Por qué no llamas a tu abogada y le preguntas cuándo puedes alquilar el remolque para hacer la mudanza?

Me metí en el cuarto de baño y me soné la nariz. Tenía la boca seca, así que abrí el grifo del lavabo y comencé a beber con la mano una y otra vez. Cuando salí Lester ya se había vestido. Estaba sentado a los pies de la cama poniéndose las botas. La luz del sol que entraba por la ventana a su espalda hacía que no pareciera más que una sombra. Luego la sombra se irguió y me miró.

—Voy a acabar de una vez con esto, Kathy.

—¿Con qué?

—Voy a decirle la verdad a mi mujer. Voy a poner fin a este baile de máscaras en el que me encuentro metido desde hace años. —Se puso en pie—. Es raro, ¿verdad? Tú te sientes perdida, pero yo me he encontrado a mí mismo. De verdad. Estoy asustado, pero me he encontrado a mí mismo. —Mientras se dirigía a la puerta se dio la vuelta hacia mí—. Y tú también te sentirás pronto así, Kathy, te lo prometo. Yo mismo te ayudaré a mudarte cuando puedas volver a vivir a tu casa.

A veces existe una insensibilidad, un embotamiento que hace que te sientas negativo en lugar de positivo, vacío en lugar de sólido, frío en vez de caliente. Los hombres siempre interpretan mal lo que oyen. Le dije a Lester que me sentía perdida y él al instante pensó que es porque ahora vivo a salto de mata. No lo comprendí hasta que me dijo aquello, pero supongo que esperaba más de él, de aquellos ojos tristes y del bigote torcido, de sus hombros estrechos y piel oscura, de las canciones mexicanas de su juventud. Quizás esperase cierta sabiduría de Lester. Pero lo que obtuve fue un policía distraído que se dirigía a su casa quizá para abandonar a su esposa, cosa que hizo que me sintiera como una bruja que espera que su bebedizo haga efecto a kilómetros de distancia. Tuve deseos de levantarme e irme corriendo tan lejos como me fuera posible, pero tenía el interior de la cabeza demasiado pesado para pensar y me dolía cada vez que la movía. Me tumbé en la cama y me puse una almohada encima de los ojos, pero entonces el café y el helado empezaron a revolverme el estómago; sentí náuseas y me senté. ¿Por qué nos habríamos bebido las dos botellas? Pero aquella pregunta me llevó a un callejón sin salida. Cogí el teléfono y llamé a Connie Walsh. Iba a preguntarle cuándo podría trasladar mis cajas y maletas, y creo que una parte de mi ser no se sorprendió cuando ella se puso al teléfono y me dio la noticia con aquella voz franca de abogada. Supongo que yo ya me esperaba algo así; el nuevo dueño pedía un precio imposible de pagar, y yo no

sólo no iba a poder volver a mudarme a mi casa aquel fin de semana, sino que ella ni siquiera podía asegurarme que aquello fuese a ocurrir pronto.

—¿Entonces cuándo cree que será, Connie?

Me quedé mirando las dos botellas de champán vacías, una de ellas boca abajo en la papelería, la otra de lado en el suelo con la etiqueta hacia arriba. Connie me decía algo.

—Perdone, ¿qué decía?

—He dicho que sería mejor que viniese a mi despacho, Kathy. Venga a verme hoy mismo.



El sábado por la tarde llevo a mi Nadi en el coche a San Francisco para que le arregle el pelo un kuneo italiano que cobra más de lo que tendríamos que pagarle. Tiene el negocio en Ghirardelli Square, en medio de todas esas tiendas de especialidades, restaurantes, cafés y galerías cuyas puertas se hallan abiertas a los turistas que acuden de todas partes del mundo. Por la mañana he podado los arbustos del seto de atrás y todavía voy vestido con ropa de cargar, de obrero, con esa ropa que antes sólo me ponía para ir a trabajar al Departamento de Carreteras, así que decido no entrar en la peluquería del italiano, sabiendo, como sé, que hay muchísimas esposas persas que piden hora allí.

Me siento en un banco y me pongo a observar a la gente que pasa. El sol brillaba por encima de nuestra casita en Corona, pero aquí, en la ciudad, en esta zona de embarcaderos y largos muelles que llaman North Beach, flota en el aire la niebla de verano, una neblina fina, y los turistas parecen fuera de lugar ataviados con pantalones cortos, sandalias y camisas sin mangas que dejan al descubierto la carne fofa de sus cuerpos. Muchos de ellos se toman un descanso en las compras, se ayudan unos a otros a hacerse fotografías y se sitúan debajo del letrero de alguna tienda mientras docenas de desconocidos pasan junto a ellos. Oigo hablar en algunos idiomas orientales, y en griego, en alemán y en francés. Pero la mayor parte de los turistas son americanos, grandes, bien alimentados y de cara sonrosada, que llevan en la mano bolsas con las compras que han hecho. Comen helados o beben refrescos dulces en vasos de plástico mientras caminan detrás de sus hijos, que no dejan de alborotar.

Estoy sentado y contemplo a estas vacas, a estos rábanos, y vuelvo a pensar: «Esta gente no se merece lo que tiene». Cuando llegué a Estados Unidos por primera vez esperaba encontrar más hombres del tipo que veía cuando hacía negocios en Teherán, aquellos disciplinados caballeros del ejército americano, aquellos ejecutivos de la industria de armamento que solían mantenerse en buena forma física e iban correctamente vestidos; y sus esposas, perfectas anfitrionas en nuestras más suntuosas casas. Y desde luego las películas y los programas de televisión importados que veíamos allí sólo nos mostraban a personas triunfadoras: todos resultaban atractivos, vestían a la última moda, conducían automóviles nuevos y se comportaban siempre como damas y caballeros, incluso cuando pecaban contra su Dios.

Pero yo estaba muy equivocado y me quedó muy claro después de tan sólo una semana de llevar en el coche a mi familia arriba y abajo por la costa Oeste. Sí, aquí hay más riqueza que en cualquier otro lugar del mundo. Los mercados se hallan siempre bien abastecidos de toda clase de artículos. Y además está Beverly Hills y otros lugares del estilo. Pero hay mucha gente que vive en casas que no son mejores que las viviendas de una base aérea. Además aquellas noches en que regresaba tarde en coche al apartamento poolbar de Berkeley después del trabajo, veía en las

ventanas el pálido resplandor azulado de por lo menos un televisor en cada hogar. Y me han dicho que muchas familias incluso comen delante de esa pantalla. Quizás esto explique el rostro de los americanos, esos ojos que nunca parecen satisfechos ni contentos con el día que Dios les ha dado ni con su trabajo; esta gente tiene los mismos ojos que los niños pequeños que buscan continuamente el siguiente entretenimiento, la distracción o algún sabor dulce en la boca. Y ya no me sorprende que sean los inmigrantes recientes quienes más destacan en este país, los orientales, los griegos y, sí, también los persas. Nosotros conocemos una buena oportunidad cuando la vemos.

Nadi está preciosa cuando sale del salón del kunee con el cabello negro bien peinado alrededor del rostro. Se detiene para meter la chequera en el bolso verde de piel de cocodrilo que adquirió en Bahrain no mucho después de marcharnos de nuestro país. Lleva puesto un elegante traje verde, con la chaqueta abotonada en la cintura, que últimamente se le ha puesto muy estrecha, lo mismo que las caderas y las piernas..., demasiado delgadas. Incluso desde el lugar donde me encuentro sentado le veo las arrugas alrededor de la boca y entre los ojos, justo por encima de la nariz. Mi Nadereh se pone nerviosa con facilidad. Incluso la cena íntima que le vamos a ofrecer a nuestra hija ha sido una prueba para ella. Y me preocupaba que le produjese uno de esos dolores de cabeza que hace que tenga que quedarse en la cama durante horas, a veces incluso durante días. Pero es una mujer hermosa. Me levanto para ir a su encuentro en medio de la concurrida calle.

En el trayecto en coche hacia Corona nos detenemos en una floristería en Daly City para adquirir unas flores que escoge la propia Nadi, tantas que llenamos el maletero del Buick Regal. Desde luego me preocupa el dinero que vamos gastando por este asunto. Nadereh se ha empeñado en comprar el mejor champán, tres botellas de Dom Pérignon que valen más de cien dólares cada una. Incluso hizo algunas llamadas telefónicas en ese dudoso inglés suyo para buscar músicos persas que tocasen para nosotros el kamancheh y el dombak, y me sentí aliviado al ver que con tan poca antelación no conseguía encontrar ninguno. Pero a mi Nadi se la ve ahora bastante contenta. Va sentada a mi lado mientras conduzco por la autopista de la costa hacia Corona, y tararea una vieja canción pop americana que reconozco y que trata de atar una cinta amarilla alrededor de un roble. El sol todavía luce en Corona, y ahora, dos horas antes de la llegada de Soraya, brilla sobre el verde océano poniéndolo excesivamente luminoso, tanto que no es posible mirarlo más de un par de segundos seguidos.

—Tendremos una hermosa puesta de sol que ofrecerles a nuestros invitados, Nadi-jahn.

Nadereh asiente brevemente con la cabeza antes de recitarme de nuevo la lista de tareas que hay que hacer tan sólo en la hora siguiente: colocar las flores por la casa y también arriba, en el porche de la azotea, que es como ella lo llama, entre los nuevos muebles de exterior; quitarles el polvo a las copas de champán Waterford y ponerlas a

enfriar en el congelador; instalar el nuevo aparato reproductor de cintas para tener música en el cuarto de estar, y comprobar que Esmail haya ordenado debidamente su habitación, que se haya bañado y que se haya puesto aquel traje hecho en Francia. Hago un movimiento afirmativo con la cabeza y le respondo:

—Baleh, baleh.

Sí, sí. Pero no tengo necesidad de escuchar nada más porque conozco muy bien la lista. Cuando aprieto el acelerador del Regal para subir la cuesta de la colina Bisgrove voy pensando en mi hija Soraya, en esa hermosa carita que pronto cogeré entre las manos, y entonces es cuando veo a Esmail en nuestro jardín, bajo el sol, hablando con una joven de cabello liso y oscuro. La mujer viste pantalones vaqueros y una blusa blanca, y allí se halla también el Bonneville rojo que yo ya había visto antes aparcado junto al bosque. Meto el coche en el camino del jardín y entonces la joven me mira de frente, es la misma mujer que la semana pasada estaba dormida, metida en su automóvil, por la mañana muy temprano frente a la casa. Nadi me toca el hombro y me dice en farsi:

—Ésa es la mujer que se lastimó el pie, Massoud.

Apago el motor y le digo a mi esposa que sí, que ya sabía que iba a visitarnos, que ha venido a buscar unas herramientas que su amigo el najar se dejó olvidadas aquí, que yo la estaba esperando. Salgo del coche y me acerco a la extensión de césped recién cortado sonriendo al tiempo que extendiendo la mano hacia la mujer, que duda un momento antes de aceptarla.

—Me alegro de que haya venido. —La cojo del brazo suavemente—. Por favor, venga por aquí, yo la guiaré. —Me vuelvo hacia mi hijo y le digo en voz muy baja y en farsi—: Vete a ayudar a tu madre y no le digas nada. Ya te lo explicaré más tarde.

Al doblar la esquina de la casita y llegar a la escalera que conduce al paseo de viuda, la mujer me dice:

—Lo siento, pero creo que me ha confundido usted con otra persona.

—No, sé muy bien quién es usted.

—Soy Kathy Nicolo. —Me ofrece su mano, que acepto y suelto rápidamente. El sol se alza sobre nosotros, y bajo aquella luz los cosméticos que lleva la mujer resaltan mucho. Baja la mirada hacia el suelo—. Sé que mi abogado ha hablado con usted, pero he pensado que podríamos conocernos, señor Bahrooni.

—Me llamo Behrani. Coronel Behrani.

La mujer aspira una gran bocanada de aire y observa el nuevo paseo de viuda.

—Mi padre nos dejó esta casa. Nos la dejó a medias a mi hermano y a mí.

Esmail aparece con una gran maceta de crisantemos entre los brazos; tiene que subirla a la azotea. Le digo que haga el favor de dejar las flores en el suelo y marcharse de allí. Se va y entonces le comento a esta mujer:

—Lo siento, señorita. Pero tendría usted que contarles todas estas cosas a los burócratas de la Oficina de Hacienda. Han sido ellos los que han cometido el error, no yo.

—Sí, pero ya han admitido el error. Y dicen que están dispuestos a devolverle a usted el dinero. Mire, ya sé que ha puesto una terraza nueva, pero estoy segura de que se la pagarán.

La mujer saca del bolsillo delantero un paquete de cigarrillos y enciende uno de ellos con un mechero barato de plástico. Inhala el humo profundamente y yo siento que una impaciencia ardiente empieza a apoderarse de mí. Oigo correr el agua en el fregadero de la cocina. Miro hacia la ventana que hay bajo la escalera del mirador, pero queda a la sombra y no alcanzo a distinguir a mi esposa, que se encuentra allí dentro. Doy un paso adelante con la esperanza de que la mujer me siga, pero no se mueve.

—Lo siento, señorita, pero por lo que a mí respecta no tengo nada más que decir. ¿Por qué habría de pagar yo por la incompetencia de otros? Explíquemelo. Lo que tendría usted que hacer es demandarlos y pedirles el dinero suficiente como para comprar diez casas. Yo estoy dispuesto a venderle esta casa, pero por un precio justo. Es lo único que pido.

La puerta trasera de la casa se abre y luego se cierra; tomo a la mujer por un brazo y empiezo a caminar empujándola ligeramente por el césped.

—Lo siento, pero no sé dónde están los martillos. —La mujer intenta soltarse, pero le aprieto el brazo con más fuerza y me detengo en medio de la hierba bajo el sol—. Mi familia no sabe nada de esto, señorita. No hay nada más de que hablar.

—Suélteme. —Consigue liberar el brazo y el cigarrillo cae sobre la hierba. La joven comienza a caminar hacia atrás con una expresión de incredulidad reflejada en el rostro—. Usted no puede venirse a vivir aquí y tratar de conseguir dinero con todo esto. ¡No hay derecho!

Miro una vez más hacia la casita, luego cruzo los brazos sobre el pecho y noto en ellos los latidos de mi corazón. La mujer me grita que soy injusto y empieza a utilizar palabras malsonantes, pero me limito a mover de un lado al otro la cabeza ante ella con paciencia; si Nadereh nos mira desde la ventana creará enseguida lo que yo le diga, que la amiga del najar está loca, deevonay, y que piensa que soy alguien que no soy.

La mujer se detiene bruscamente, como si de repente hubiera comprendido la inutilidad de lo que dice. Se retira los cabellos de la cara y se queda mirándome un buen rato; luego da media vuelta y cruza la calle cojeando en dirección a aquel sedán tan caro. La observo mientras da la vuelta en la calle con aquel enorme coche y empieza a bajar por la colina. Piso el cigarrillo humeante, aplastándolo debajo del zapato.

Me dirigía hacia el sur por la autopista Cabrillo y pasaba por las playas fumando un cigarrillo tras otro. Me había olvidado en el motel las gafas de sol y el reflejo del mismo en el agua me obligaba a entornar los ojos, pero no hacía más que ver a mi hermano Frank dándole patadas en el suelo a aquel gilipollas de Oriente Medio. Quería conducir deprisa, pero la carretera estaba muy concurrida debido al tráfico de última hora de la tarde, así que al llegar a Montara decidí salir y meterme en el aparcamiento de una tienda de bicicletas y artículos de surf. Me bajé del coche y me quedé apoyada en él durante un buen rato con los brazos cruzados aprovechando los últimos rayos de sol.

A pocos metros había una cabina telefónica vacía. Tenía tantas ganas de llamar a Frank que incluso me dolía el estómago, pero no me moví. Me habían llegado rumores de que Nick había regresado a la costa Este y había empezado a hacer apariciones por todos los lugares que solía frecuentar antes, de modo que la noticia de la separación ya habría llegado a oídos de mi familia; así que podrían ver con sus propios ojos quién había abandonado a quién. Pero aquello otro no quería divulgarlo; no quería que se enterasen de que nos habían quitado la casa de papá mientras yo vivía en ella. El día anterior, Connie Walsh me había explicado que los del condado habían cumplido su parte y que ahora dependía del nuevo propietario el seguir o no adelante con el trato. Pero como éste no quería, Connie me explicó que lo único que podíamos hacer ahora era ponerle un pleito al condado de San Mateo reclamándole el valor de la casa. La resaca que me había producido el champán había ido empeorando a lo largo del día. Sentía la cabeza pesada y la boca seca, y el pánico que sentía al pensar en todo lo sucedido empezaba a sobrepasarme.

—¿Quiere decir ponerles un pleito por daños y perjuicios y sencillamente comprar otra casa? —Sí.

—¿Es decir, que legalmente no puedo recuperar mi casa?

—No, a menos que el dueño la devuelva al condado y ellos se la devuelvan a usted. Y siento decírselo, Kathy, pero eso ya no parece probable.

Después de aquella visita cancelé el trabajo que tenía que hacer por la tarde, cerré las cortinas de la habitación del motel y me pasé mucho tiempo tumbada en la cama. Sonó el teléfono; era Lester. No parecía él, pues tenía la voz alterada y triste a la vez, como si no pudiera creer sus propias palabras. Me dijo que su mujer y él habían mantenido una larga charla y que habían decidido que lo mejor era que él se marchase de casa.

—¿Le has hablado de mí?

—Sí, Kathy. Pero le he explicado que tú no eras el motivo. Y no lo eres.

Luego me comunicó que me llamaría hoy. ¿Quién sabe? Quizá podamos alquilar el mismo remolque para la mudanza. Quise contárselo entonces, contarle lo de mi casa, pero le noté cierto deje en la voz, un deje que me impedía decírselo.

Pasé la noche ante el televisor fumando sin parar, y esta mañana me quedé sentada en la habitación esperando a que sonase el teléfono, a que Les me llamase y me dijese que venía a buscarme para llevarme a desayunar, a que Connie Walsh me comunicara que se había equivocado, que todo se había arreglado y que fuese a buscar mis cosas al guardamuebles. Me quedé allí sentada envenenándome los pulmones y pensando en la mujer árabe que me había vendado el pie, en cómo me había sonreído como si fuese digna de lástima. Me acordé de las alfombras orientales y de la cama de latón que había visto en la que había sido mi habitación, en los nómadas y en los caballos que se veían en los cuadros de la pared del cuarto de estar, en los escombros que había en el jardín debidos a la obra. Luego me vestí y me puse un poco de colorete en la cara. Iría allí y les explicaría las cosas yo misma.

Y ahora notaba el brazo dolorido allí donde me lo había apretado aquel árabe hijo de puta. Un viento templado soplaba desde la playa; olía a algas y a asfalto caliente. El sol se iba acercando al horizonte y tuve que protegerme los ojos con la mano. El tráfico se había vuelto más lento aún, y me quedé mirando un Jeep que pasaba lleno de adolescentes. Estaban todos muy bronceados. Los chicos tenían la cabeza prácticamente afeitada y sus amigas llevaban el pelo suelto y enredado alrededor de los hombros a pesar de que ahora el coche se movía despacio. Tenían toda la vida por delante, cientos de opciones para ir con libertad a cualquier lugar.

Cuando llegué al motel, Les ya había regresado. Había aparcado el pequeño coche familiar junto a un Winnebago con matrícula de Pensilvania. En la parte de atrás del vehículo había algunas camisetas en perchas extendidas sobre una maleta. El uniforme colgaba de un gancho de la puerta metido en una bolsa de la tintorería. Mis esperanzas aumentaron, pero me sentí como si al mismo tiempo hubiese algo que me aterraba. Bajé del Bonneville y cuando pasaba por debajo del toldo y estaba a punto de entrar en la habitación, Lester me llamó. Se hallaba de pie junto a la piscina apoyado en una silla; iba vestido con vaqueros, bambas y con la misma camiseta a rayas que se había puesto la primera vez que fuimos al Carl's Jr. En el suelo, a sus pies, había una lata de Budweiser. Cuando me acerqué sonrió.

—Veo que ya cojeas menos.

Me metí en la parte de hormigón blanco que rodeaba la piscina. Había pensado que me acercaría a Les y lo abrazaría, pero ahora había algo que me obligaba a echarme atrás. Nos quedamos allí de pie mirándonos. Lo encontré más alto y más delgado. Incluso sin las botas de *cowboy*, parecía más alto.

—¿Sigues pensando que te has encontrado a ti mismo? Les se quedó mirando el agua de la piscina con las manos puestas en las caderas.

—Pienso tantas cosas que apenas siento nada.

Me miró con los ojos medio entornados.

—¿Qué les has dicho a tus hijos?

—Una mentira. Les he dicho una mentira, Kathy.

Apretó con fuerza los labios; me acerqué a él y lo abracé. Olía a algodón y a

sudor. Lester me abrazó a su vez y sentí como una sacudida dentro de él, pero cuando empezó a hablar el tono de voz era normal.

—No quiero espantarte, Kathy. De verdad que no. —Yo tenía la mejilla apoyada en el pecho de Lester y veía los coches que pasaban por el Camino Real. Se apartó y me miró—. No te estoy espantando, ¿verdad?

El aliento le olía a cerveza, y a mí me entraron ganas de tomarme una.

—Oh, calla, me alegro de que hayas venido.

Era cierto, me alegraba. Le cogí de la mano, lo guié a través del aparcamiento y entramos en mi habitación. Me agaché ante el frigorífico y cogí dos latas de Michelob, las abrí y le ofrecí una a Lester. Levanté la mía en un rápido brindis y después di un buen trago. Estaba fría, deliciosa, lo que hizo que me sintiese un poco temeraria, pero no me importó. Le conté la noticia que me había comunicado Connie Walsh, el viaje que yo había realizado a la calle Bisgrove, cómo había intentado mantener unos instantes de conversación humana con aquel jodido árabe que ni siquiera le había contado la situación a su familia y que me había sujetado por un brazo para que guardara silencio.

—¿Te ha puesto la mano encima?

—Supongo que podría decirse que sí. —Bebí un poco de cerveza y miré a Lester. Me fijé en el modo como quedaba a la sombra con la luz a la espalda; sólo el bigote y los ojos quedaban más oscuros que el resto de su cuerpo—. Me recuerdas a un *cowboy*.

—¿Y en qué ha quedado la cosa?

La voz de Lester sonaba aguda y tensa.

Me encogí de hombros y di otro trago. No solía beber cerveza a menudo, sólo en días como aquél, en días calurosos en los que uno se siente cansado, tiene un poco de hambre y todo le pone nervioso. Les se inclinó hacia delante en la butaca.

—¿Quieres decir que si ese hombre no quiere volver a vender la casa no tiene ninguna obligación de hacerlo?

Asentí y solté una carcajada breve.

—Fíjate cómo estamos, Les. Los dos sin hogar.

Luego me reí más, como si no me importase nada de nada. No podía dejar de reírme.

—Eso no es justo.

—¿Y qué es justo? Ahora yo sonreía.

—Eres una mujer complicada, ¿no?

—No, más bien creo que soy una mujer simple. Lo que pasa es que se me da muy bien complicar las cosas.

Me acabé la cerveza, pero me puse la lata en el regazo como si todavía no la hubiese vaciado del todo.

—¿Complico yo las cosas? —me preguntó Lester.

Lo miré.

—No. Es decir, sí, las complicas un poco, pero me alegro de que estés aquí. De verdad, Les.

Se puso en pie y me obligó a mí a hacer lo mismo. Me rodeó con los brazos y cruzó los dedos por detrás, por la parte inferior de mi espalda.

—Pasa la noche conmigo.

—No quiero que sigas pagando esta habitación, Les. Ahora tienes que pensar en ti, ya sabes.

Me pareció que me besaba para que me callase.

—He conseguido una cabaña de pesca no muy lejos, al sur. Un compañero que también es ayudante del *sheriff* me la presta hasta que yo decida qué hacer, ya sabes, adónde voy a ir. —Volvió a besarme—. Ven conmigo y ayúdame a limpiarla. Luego nos sentaremos a descansar y pensaremos en cómo recuperar tu casa. Conozco a muchos abogados.

Yo volvía a tener aquella sensación de elevarme del suelo, de que no importaba lo que hiciese porque, para empezar, nada real tenía la menor relación conmigo. Pero quería regresar a la calle Bisgrove con aquel hombre, entrar en mi casa con Lester Burdon a mi lado, de uniforme y con la pistola al cinto, llevando alguna clase de documento en la mano y enviando de una patada a la familia árabe a las arenas del desierto o a donde demonios estuviese el lugar del que habían salido.

—¿Y son buenos abogados?

—Seguro que mejores que la que tienes ahora.

No sé por qué me dio la impresión de que aquellos abogados quizás estuviesen más enterados que la mía, pero así era. Le besé y Lester me devolvió el beso al tiempo que me empujaba sobre la cama, pero le dije que no, que esperásemos, que esperásemos un poco y lo convirtiéramos en algo especial.

Volvía a tener esperanzas, y cuando salimos de la ciudad, yo sentada en el asiento del copiloto del coche de Lester con cinco Budweisers frías en el regazo, le pedí a éste que subiera por la calle Bisgrove. Cuando nos acercábamos a lo alto de la colina aminoró la velocidad. En la entrada para coches de mi casa, detrás del Buick blanco, había un Mercedes-Benz de color verde, y justo delante del césped se veía un reluciente Saab u otro coche parecido. Teníamos las ventanillas bajadas y se oían risas y una especie de música metálica que daba la impresión de ser griega o libanesa. Lester detuvo el coche junto al bosque.

—Jesús —exclamó—. Míralos.

Bajo los últimos rayos de sol se encontraban siete u ocho desconocidos en la nueva terraza, los hombres con traje, las mujeres vestidas de rojo, melocotón y rosa. Una de ellas era muy corpulenta y tenía el pelo corto y un collar de oro tan grande que podía verse con toda claridad desde donde me encontraba. Todos se habían sentado en tumbonas y sostenían en la mano copas de champán, y había una mesa bajo una enorme sombrilla blanca. Bahrooni era el único que se encontraba de pie; llevaba un traje negro y tenía una mano metida en el bolsillo. Levantó la copa en



dirección a una pareja que se hallaba sentada, y a la que yo no alcanzaba a ver bien a causa de las macetas de flores que habían colocado sobre la barandilla. Daba la impresión de que aquel hombre situado de espaldas a la calle les estaba diciendo algo.

—Es una especie de coronel, ¿sabes? Quería que lo llamase coronel.

—A la mierda con toda esa gente.

Les le dio la vuelta al coche y cambió de marcha antes de acelerar. Bahrooni y los demás volvieron los ojos hacia la calle; cuando vio que yo le miraba se le desvaneció la sonrisa al instante. Lester aceleró, luego pasamos por delante de las tiendas de una sola planta de Corona y salimos a la autopista Cabrillo bajo un cielo de colores verde y ciruela. Ya no se veía el sol, que seguía su camino para ir a brillar sobre Asia y Oriente Medio.

Nadereh ha encendido las diez velas que hay repartidas por la habitación y toda la familia y los invitados hemos pasado muchas horas sentados en el suelo ante el sofreh, comiendo y bebiendo, charlando y riendo. Ahora estamos apoyados en los grandes cojines de color carmesí de Tabriz, tomando a sorbos té caliente y picoteando pistachos y pastillas de menta mientras suena música de Googoosh en el casete. Soraya cuenta algunas anécdotas de nuestra vida en Teherán cuando ella era niña, de nuestro chófer Bahman y de cómo les permitía a ella y a sus amiguitas sentarse en la parte de atrás de la limusina; luego las llevaba a dar un paseo por el barrio y ellas fingían tomar té y hablar de asuntos palaciegos. Nadi ha traído nuestros álbumes de fotografías con tapas de piel, y yo observo a la nueva familia de mi hija Soraya mientras ésta les va mostrando una foto tras otra. Mi yerno es un joven callado y respetuoso. Va vestido con un traje a rayas de diplomático, y se ha pasado toda la velada al lado de Soraya, pero no la ha tocado ni una sola vez, como debe ser. Debido a las gafas y al pelo tan corto, aparenta más de los treinta años que tiene. Tanto su madre como su hermana son mujeres muy corpulentas, aunque se han vestido con mucho gusto con los colores de moda y se muestran afectuosas, se ríen con facilidad a la menor oportunidad. El marido de la chica se me hace más difícil de aguantar; es joven, apenas contará veinticinco o veintiséis años, y posee una joyería en San Francisco. Lleva un traje elegante y en ambas manos luce unos anillos de oro, brillantes y rubíes. Y durante toda la cena a base de kebab chelo, khoresh badamjan y obgoosht, cada vez que alargaba la mano para coger el vaso de Coca-Cola se le subía el puño de la camisa y quedaban a la vista dos pulseras de oro, una en cada muñeca. Y cuando se dirigía a mí me llamaba siempre genob sarhang, honorable coronel, pero en un tono de respeto tan exagerado que no acabé de creer que fuese del todo sincero. Así que ha sido un alivio que se haya ido con Esmail al dormitorio de éste a jugar un poco con el ordenador.

A pesar de todo no consigo relajarme por completo. Observo la cara de Soraya a la luz de las velas. Se ha convertido en una joven encantadora, en una mujer casada. Lleva puesta una blusa blanca de corte clásico y un traje de chaqueta a juego, y mantiene las piernas dobladas bajo el cuerpo como corresponde a una dama. Tiene el pelo negro recogido sobre la cabeza. Alrededor del cuello lleva el collar de perlas que su madre y yo le obsequiamos como regalo de boda. Los ojos son vivos y los dientes blancos, pero su conversación y su risa hacen que me resulte imposible relajarme; en cuanto bajó del automóvil de su marido y le echó una ojeada a la casita, se le entristecieron un poco los ojos antes de venir corriendo a saludarnos en el jardín. El Dom Pérignon en el paseo de viuda, las flores frescas, los muebles nuevos y la vista del mar parece que han contribuido a aliviarle a mi hija aquella sensación de haber bajado un escalón en la vida. Pero se ha pasado toda la velada hablando de la casa de verano que teníamos en Chalus, de nuestro hogar en el barrio más elegante de la

capital, de las fiestas en las casas de los más altos oficiales de sah Pahlevi. Nuestros invitados lo han escuchado todo con educación, y Nadi, que ha representado a la perfección el papel de anfitriona durante toda la velada, ha interrumpido a Soraya para hacerle algunas preguntas a su nueva suegra e interesarse por la familia y la salud de todos. Y ahora, naturalmente, las fotografías han hecho que Soraya recuerde de nuevo los viejos tiempos. Hace un rato, cuando Nadi servía el tadiq y el mastvakhlar, mi yerno me preguntó si yo disfrutaba de la jubilación. ¿Tenía alguna afición? Antes de que llegasen nuestros invitados yo ya me había imaginado que me harían aquella pregunta y me había preparado para hablarles de mi actividad en el mercado inmobiliario. Pero en el momento en que me hizo la pregunta Soraya les estaba contando a su suegra y a su cuñada la noche en que en nuestro hogar se recibió la llamada telefónica del sah en persona, y me sentí tan apurado que fui incapaz de ponerme a hablar de la compraventa de casas sin tener la impresión de que me disculpaba por el modo en que ahora nos veíamos obligados a vivir. Le dije a mi hija en tono afectuoso que hiciera el favor de cambiar de tema, beekhoreem, comamos.

Y ahora, mientras tomo té a sorbos entre el terrón de azúcar que sujeto con los dientes, ansío decirles a todos que se marchen, Soraya incluida, aunque no sin antes llevármela aparte y reprenderla por haber presumido tanto, estrecharla contra mí y decirle que no se preocupe, que esta casita sólo es temporal, que su madre y yo confiamos en obtener grandes beneficios y que haga el favor de no angustiarse por nosotros.

Y también me preocupa mi hijo. La lista de tareas que Nadi nos encomendó era larga y el tiempo escaso, así que no pude hablarle de esa americana, Kathy Nicolo, antes de que empezase la velada. Esmail es un chico sincero y a veces habla sin pensar. Me lo imagino sentado ante cualquier videojuego, pues es capaz de ganar con los ojos cerrados, hablando por puro aburrimiento con el joven joyero, hablándole de la loca que nos ha visitado hoy. Nadi y la suegra de mi hija hablan ahora de nuestra patria, de cómo echan de menos las flores de Ispahan y las mezquitas de Qom, de cómo aquí el azafrán tiene un precio increíble. Soraya se inclina hacia su marido, sonríe y le muestra una fotografía de cuando era niña; la luz de las velas se refleja en las gafas del joven. Me excuso y me dirijo a la habitación de Esmail. La única luz que hay allí proviene de la pantalla del ordenador; ambos jóvenes se encuentran sentados ante el monitor con el rostro y la mirada endurecidos a causa de la concentración. Observo que mi hijo es más alto que el joyero. Me quedo de pie a la puerta y escucho los pitidos del juego electrónico. Oigo las voces de las mujeres en la otra habitación, y a Googoosh interpretando una de nuestras canciones de amor de tres mil años de antigüedad en el aparato japonés. Y de repente me doy cuenta de que soy un mardeh peer, un hombre muy viejo. Pronto será la esposa de Esmail a quien tengamos que invitar a cenar. Pero ¿dónde viviremos Nadi y yo entonces? ¿Estaremos todavía en este país? Esta noche anhelo volver a Chalus, con el mar Caspio extendiéndose ante nosotros mientras Pourat y su familia, vivos de nuevo, nos visitan en nuestra casa.

Más temprano esta misma tarde, mientras el sol se ponía sobre el Pacífico y bebíamos champán francés entre flores y parientes sin dejar de brindar a nuestra salud, empecé a sentir en la sangre las viejas tradiciones. Pero entonces se oyó el potente ruido del motor de un coche, y al darme la vuelta vi a esa mujer que se llama Kathy Nicolo mirándome fijamente desde el asiento del copiloto; había un hombre al volante, aunque no lo vi con claridad antes de que se alejaran. Me quedé allí con la sensación de que se me acusaba de un crimen que no había cometido.

Me siento muy cansado y confío en que nuestros invitados se vayan pronto. Durante días he esperado con ilusión esta cena para volver a ver a mi única hija, pero como ocurre con tantas cosas en esta vida, al final nunca son como uno las imagina. Y tengo claro que mi hija no me respeta como antes. A lo largo de toda la velada, en mitad de la conversación, la sorprendía a veces mirándome con una tristeza distante, la misma con que la gente mira a los ciegos o a las personas que se encuentran muy enfermas. Y quizá sea esto más que ninguna otra cosa lo que me proporciona esa sensación de pesadez en los brazos y en las piernas y me produce fatiga. Porque Soraya tiene razón: hay que ver qué bajo hemos caído, pues todo lo que poseemos se encuentra invertido en esta casita en un cerro de California.

Nadereh se echa a reír ruidosamente ante el sofreh, pero no es una risa sincera. Y ahora quiero dormir, quiero dormir y soñar con reyes.

Anoche Lester y yo nos detuvimos en una tienda de comestibles en la bahía de Half Moon; recorrimos los pasillos entre estantes llenos de alimentos bajo aquella luz fluorescente y nos paramos a coger Wheat Thins, filetes y café. Íbamos tan callados y relajados como si hubiéramos vivido juntos durante muchos años. Pero, en realidad, yo no me sentía cómoda, y habría jurado que él tampoco. La visita que habíamos hecho a mi casa lo había cabreado, y estuvimos hablando de ello al salir de Corona, mientras nos dirigíamos al sur por la Autopista I y pasábamos por todos los pueblos de playa, en los que el cielo semejava una maraña ensangrentada por encima del agua. Lester no hacía más que preguntarse quién coño se pensaba aquella gente que era. ¿Qué celebrarían con tanto coche lujoso y tanta ropa cara? ¿Que le habían robado la casa a una mujer? Yo no dije nada, y nos bebimos una cerveza a medias mientras Lester conducía. Empecé a tomarle el pelo diciéndole que vaya un policía que estaba hecho, bebiendo mientras conducía, y Lester pareció tranquilizarse un poco y se puso a contarme que hasta hacía pocos años era legal en Texas beber mientras se conducía con tal de que uno no se emborrachase. En la tienda se mostró animado otra vez, y no paraba de preguntarme si me gustaba esto o prefería aquello antes de ponerlo en el carrito. Pero yo seguía notándole cierto matiz en la voz, como si soportase una carga muy pesada. Yo tenía hambre y la cerveza se me había subido a la cabeza, lo que no me gustaba. Y empezaba a cansarme de aquella sensación de no tener los pies apoyados en el suelo, como si mi auténtico yo estuviera esperándome en alguna parte fuera del cuerpo, y me prometí que no bebería más el resto de la noche.

A unos ocho kilómetros al sur de la bahía Half Moon, Lester abandonó la carretera de la costa y empezamos a viajar siguiendo el curso de lo que Lester me explicó era el río Purísima, un lecho seco de piedras con una estrecha línea de agua, un arroyo que avanzaba por el medio y levantaba olas de espuma al pasar por encima de los peñascos mientras fluía hacia el oeste, hacia el Pacífico. En el cielo se veía una pálida luz verde, y distinguí por la ventanilla algunos campos bajos sembrados de alcachofas, luego unas zonas de bosque y de vez en cuando alguna casa o algún remolque. En el interior de los mismos había luces encendidas, así que pensé que en el lugar al que nos dirigíamos tendríamos electricidad. Mientras viajábamos por la autopista yo había puesto la radio, pero ahora, debido quizás a los árboles y a la montaña que teníamos delante, no se captaba casi ninguna emisora, así que Les la apagó. Iba muy callado y yo quería que hablase.

Dejamos la carretera principal y nos metimos en otra mucho más estrecha cuyo firme estaba tan gastado que en algunos lugares sólo quedaba tierra. Luego Les metió el coche por una pista de rocas planas llena de agujas de pino y con bosques muy densos a ambos lados. Conducía despacio, pero todo el coche se movía al entrar y salir de las roderas poco profundas que había en el suelo. En un par de ocasiones los bajos del coche rozaron las rocas, y Les soltó un taco en voz baja. Cuando el sendero

se hizo aún más estrecho y las ramas bajas de los pinos empezaron a arañar el techo del coche, Lester se detuvo, cerramos el vehículo con llave y luego echamos a andar por un sendero. Lester llevaba dos bolsas de comestibles y yo una. Estaba demasiado oscuro para ver sin la ayuda de una linterna; el aire se había vuelto más fresco y olía a pino y a eucalipto seco. Yo oía el río Purísima correr en medio del bosque, a mi izquierda. Luego Lester subió tres escalones de madera y nos encontramos en un porche; yo seguía muy pegada a él. Los mosquitos empezaron a rozarme la cara y las manos y uno me clavó el aguijón en la espalda a través de la blusa. Les dejó en el suelo las bolsas, abrió la puerta, buscó a tientas junto a la pared y luego encendió una cerilla con la que prendió uno de esos faroles de *camping* que sisean y desprenden una luz parecida a la de las bombillas sin pantalla. Cogió la lámpara y la colgó por el asa de un gancho que había en el techo en medio de la habitación, cuyas paredes estaban construidas con tablones de pino y se veían muy deterioradas y manchadas de marrón oscuro debido a las inclemencias del tiempo. Sentí un olor peculiar, como si algo se hubiese podrido.

Lester me cogió la bolsa y la puso sobre un tajo de un metro de altura situado justo bajo la lámpara que había colgado. Cuando se dirigía a buscar los comestibles que había dejado en el porche, se detuvo y me besó, estrechándome entre sus brazos.

—¿Tienes hambre?

—Me vendría muy bien comer —le contesté con la boca pegada a su pecho.

Olí la loción de afeitar de Les y lo abracé con fuerza antes de que saliera.

Debajo de una escalera de madera situada junto a la pared había una cocina de leña de hierro negro. En un momento Les encendió fuego en ella, y aunque calentó un poco excesivamente la habitación, resultaba agradable ver las llamas y notar el olor a humo. Junto a un catre del ejército había una nevera portátil de plástico, y Les la abrió y se encontró dentro el esqueleto de un pollo flotando en el agua.

—¡Mierda!

—No, creo que es un pollo, Lester.

Soltó una carcajada y se llevó la nevera al río junto con el farol. A la luz del fuego saqué los alimentos de las bolsas y los puse sobre el tajo, y luego busqué algo con que cocinar. En una caja de cartón que había debajo de la escalera encontré una pila de cacerolas y sartenes; le quité el polvo a una sartén de hierro negro, la puse sobre las llamas del fogón, desenvolví los filetes y los puse en la sartén.

Cuando volvió Les abrió una botella de vino tinto que había comprado y derramó un poco en la sartén, sobre la carne. Me ofreció un poco de vino en un vaso de papel y se quedó de pie a mi lado delante del fogón, bebiendo. Yo también bebí, saltándome la promesa de no hacerlo y alimentando la Voz Enemiga que tenía dentro de la cabeza. Pensé que Lester me pasaría un brazo por encima del hombro o algo así, pero no lo hizo. Se quedó allí a mi lado mirando al fuego de leña del fogón y a la carne que se cocinaba. Así que lo rodeé yo a él con el brazo.

Después de cenar, cosa que hicimos con platos de papel sobre las piernas delante

de las llamas, subimos en silencio a la buhardilla, nos desnudamos a la luz del farol de gas y nos metimos en la cama, que consistía en un colchón de matrimonio puesto en el suelo. Las sábanas se notaban frías y raspaban un poco la piel, lo que me hizo preguntarme cuándo las habrían lavado por última vez y quién habría dormido en ellas antes. Tenía necesidad de lavarme la cara y los dientes, pero allí no había cuarto de baño, ni siquiera un lavabo. Me acurruqué contra Les y puse una mano y una mejilla sobre el pecho desnudo de éste. Oía el siseo del farol de gas, que proporcionaba una luz un poco extraña, llena de sombras; observé lo bajo que era el techo, las vigas desnudas que formaban ángulo con las paredes, todas ellas muy bajas, en las que sólo había dos medias ventanas a cada lado. Los mosquitos y las moscas volaban sin parar al otro lado de las mosquiteras de tela metálica mientras el corazón de Lester latía bajo mi mano. Sin levantar la cabeza de su pecho le pregunté si se encontraba bien.

—Sí, muy bien.

Tenía la voz cansada y parecía débil.

—Bien pero triste, ¿no?

Respiró profundamente y expulsó el aire por la nariz. Noté que su respiración me alborotaba el pelo.

—No puedo dejar de pensar en el día en que mi padre se marchó de casa con la camioneta llena de cosas. Me juré que yo nunca me haría eso a mí mismo, Kathy.

Noté un cosquilleo en mi interior.

—¿Quieres irte a casa?

—Esa no es mi casa.

Creí adivinar lo que quería decir, pero preferí no presionarle demasiado. Bajé la mano justo hasta que mis dedos se posaron en el vello púbico, que se notaba áspero, y Les tuvo una erección de inmediato. A pesar de que ninguno de los dos volvió a hablar, la conversación parecía continuar.

El día siguiente, domingo, el sol brilló con fuerza. Nada más despertarme sentí necesidad de orinar, así que Lester me dio un rollo de papel higiénico, me besó y me aconsejó que buscara un buen sitio en el bosque. Después me dijo que cogiera el cepillo de dientes y me condujo por una vereda que partía de la parte trasera de la cabaña y discurría entre los pinos hasta un claro junto al río. En la orilla se veía boca abajo un bote de remos de aluminio apoyado en el tocón de un árbol. El río estaba muy tranquilo, en aquel lugar tenía cierta anchura y daba la impresión de morir en los árboles. Parecía más bien un estanque rodeado de árboles por tres lados, cosa que era rara porque yo seguía oyendo el agua correr por el lecho de piedras.

—¿No se seca nunca?

Lester me rodeó los hombros con el brazo.

—Lo alimenta un río subterráneo. ¿Cuántas veces se ve una cosa así en la vida?

La fuente de algo.

Tres libélulas rozaron el agua y luego se fueron volando hasta las altas hierbas de la orilla. Les se agachó y comenzó a lavarse los dientes. Yo hice lo mismo, escupiendo en el suelo detrás de mí y enjuagándome la boca con agua fresca que cogía con la mano. Lester llenó de agua un bote de hojalata, y cuando regresamos a la cabaña bebimos un poco de café hirviendo en el pequeño porche y nos comimos unas rebanadas de pan que tostamos en el fogón de leña. Lester tenía el pelo de punta en algunos sitios y no se había afeitado. Estaba recostado en la silla y mientras se bebía el café apoyó los pies, en los que llevaba bambas, en la barandilla. Tenía un aspecto realmente bueno, como si toda la pena que había sentido la noche anterior hubiera sido solamente producto de sus sueños. Encendí un cigarrillo.

—¿Vamos a limpiar esto o qué?

—¿Qué tal tienes el pie?

—Ya puedo apoyar todo el peso en él.

—Pues por eso también deberíamos pedir daños y perjuicios a esos hijos de puta.

—¿A quién vas a llamar para eso?

—A un montón de personas. Mañana toca abogados.

Me miró y sonrió; luego se puso en pie y arrojó lo que le quedaba de café por encima de la barandilla.

—Manos a la obra.

Pasamos la mañana y la primera parte de la tarde limpiando la cabaña. Estaba asquerosa. Alrededor del tajo, bajo el polvo del suelo, había escamas de pescado pegadas a los tablones. Me puse de rodillas y las raspé con una cuchara. En los rincones flotaban telarañas de un metro o metro y medio de largo, y toda la zona alrededor de la mesa de jugar a las cartas, que se hallaba junto a la ventana, estaba llena de colillas de cigarrillos y de puros. Mientras yo lo barría todo, Les calentó dos ollas pequeñas de agua del río en el fogón de leña, y luego comenzó a fregar el suelo que yo acababa de barrer. No teníamos detergente, así que vertí en el agua un poco de limpiacristales que había encontrado en la caja de las cacerolas. También había allí una camiseta rota que utilicé para limpiar los cristales y las mosquiteras. Al principio eché de menos mi *walkman*, algo de música rápida que me golpeará en la cabeza y me ayudase a trabajar. Pero al cabo de un rato ya no necesitaba música. Era agradable oír el chirrido que producía el trapo con limpiacristales sobre el vidrio y el sonido del río Purísima entre los árboles, y también tener a Lester trabajando conmigo.

En el rincón del porche, junto a una rejilla de barbacoa oxidada, había una manta sucia y debajo de ésta un hacha larga, una motosierra de color amarillo y una jarra de plástico de medio litro de capacidad medio llena de lo que parecía ser aceite y gasolina. Les encontró unos alicates y un destornillador y ajustó la hoja de la sierra; luego puso en marcha la motosierra. La máquina comenzó a echar humo, hacía tanto ruido como las motocicletas de *motocross*. Lester se dirigió con ella a los árboles y lo oí serrar durante un buen rato. Me alegré cuando por fin terminó. Salí, todavía



cojeando un poco, y le ayudé a acarrear los troncos hasta la cabaña. Había cortado un árbol de corteza lisa, un arce, según creía él, una madera dura que ardería muy bien en el fogón. Hicimos tres viajes cada uno. Lester me ponía leña en los brazos, luego cogía dos brazadas y me seguía hasta la casa. Cuando volvíamos a por más troncos íbamos cogidos de la mano y Lester me enseñaba las diferentes clases de flores silvestres que crecían entre los árboles; o simplemente caminábamos juntos por el bosque sudando y respirando con cierta dificultad a causa del trabajo, en ocasiones a pleno sol, sin otro sonido que el del río y el canto de algunos pájaros.

Una vez que tuvimos amontonados todos los troncos delante del porche, Lester se quitó la camisa y empezó a partirlos con el hacha. Bajé hasta el río Purísima con un vaso de plástico, lo llené, bebí tres veces y después le llevé un poco de agua a Lester. El sudor le chorreaba por la nariz y el bigote; me sonrió, me dio las gracias, se bebió el agua y luego se inclinó y me besó apresuradamente. Me fumé un cigarrillo en el porche y observé a Lester mientras cortaba leña. Le brillaban los hombros y la espalda a causa del sudor y las venas empezaban a abultársele en los brazos. A veces emitía un pequeño gruñido mientras blandía el hacha y la hundía en el extremo de un tronco; luego apartaba los trozos de un puntapié, se agachaba para colocar otro tronco entero y empezaba de nuevo a dar golpes con el hacha. Una mosca se le posó en la cara y anduvo por la mejilla hasta la oreja, pero Lester ni siquiera se percató. Primero pensé que era porque se encontraba muy concentrado en lo que hacía, pero luego empecé a preguntarme si no sería por otro motivo, si Lester no estaría pensando en su familia, en su mujer y en sus hijos. Y confié en que no fuera así.

Me retiré del porche y entré en la casa para preparar unos sándwiches de atún. Después de unos cuantos troncos más, Lester dejó de cortar leña y volvió a internarse en el bosque en dirección al coche. Luego vi que volvía a la cabaña con la maleta, el uniforme recién salido de la tintorería y las perchas de ropa. Seguía con el torso desnudo y le dio el sol al entrar en el claro silbando entre dientes una canción. Me alivió oírlo, pues realmente me gustaba estar con Lester Burdon. Pensé que aquella mañana me sentía más yo misma de lo que me había sentido en mucho tiempo, quizá desde los primeros días que pasé en compañía de Nick. Y deseaba que para Lester también fuera bueno aquello, así que cuando lo oí silbar me precipité hacia la puerta para cogerle la ropa que traía en las perchas; Lester me besó prolongadamente y me atrajo hacia su pecho, que se había vuelto resbaladizo.

Arriba, en la calurosa buhardilla, nos quitamos la ropa y nos tumbamos juntos en el colchón. La habitación olía como un desván, a madera seca y a muebles viejos y rancios. Pero por las ventanas abiertas también entraba el olor del bosque, a pino y a eucalipto, y el de la leña que Lester acababa de cortar. Y también percibí el olor húmedo de mi propio ser mientras, tumbada de espaldas, dejaba que Les me lamiese. Le sujeté la cabeza con las dos manos y clavé la mirada en las vigas del techo. Pensé en la mañana en que Nicky se marchó, en la manera como se había sentado al borde de la cama y me había mirado. Nada más. Sólo me miró. Luego pensé en la casa, que

era mía y de Frank, y en aquella familia árabe que vivía en ella, que daba fiestas allí. Lo que Les me hacía ahora me gustaba, resultaba cálido y ligeramente electrizante, pero la cabeza me daba demasiadas vueltas como para dejarme ir hasta alcanzar el orgasmo que él intentaba provocarme. Lo aparté de mí y me metí en la boca el pene hasta que Lester eyaculó en la parte posterior de mi garganta y me tragué el semen. Me moví hasta alcanzar la parte de arriba del colchón y besé a Les mientras éste intentaba penetrarme, pero se le había pasado la erección, así que nos quedamos allí tumbados un rato, abrazados, con la piel pegajosa.

Me apetecía un cigarrillo, pero no quería moverme.

—Mi mujer nunca me hizo eso.

—¿Te ha gustado?

—¿Y a ti? —me preguntó a su vez.

—Sí.

—Muy bien —aceptó.

—Pero ¿y si no me hubiera gustado?

—¿No te ha gustado?

—Sí que me ha gustado. Pero ¿y si no?

Me besó en la parte superior de la mejilla.

—Entonces a mí tampoco me habría gustado —me aseguró.

—Mentira.

—De verdad, Kathy. —Se incorporó apoyándose en un codo y me miró detenidamente; el bigote y los ojos le resaltaban enormemente—. Es cierto.

Lo besé con la boca abierta y se puso encima de mí.

—Mira, Les, tengo un problema contigo. Me creo todo lo que me dices.

Empezó a moverse. Yo tenía un sabor agrio en la boca y me apetecía una de aquellas Budweiser grandes que había abajo, en la nevera. Levanté las piernas, le sujeté la espalda a Lester y deseé que se corriera dentro de mí, bien dentro, donde todo lo que digo significa otra cosa, como el hecho de pedirle que se ponga un preservativo cuando sé que en el fondo no quiero que lo haga. En absoluto.

El domingo por la mañana temprano llevo a la habitación de mi hijo una bandeja con azúcar y té caliente y le cuento todo a lo que nos enfrentamos la familia. Esmail se sienta en la cama sin camisa, con los párpados aún pesados a causa del sueño y el cabello negro despeinado. Se bebe el té y me escucha con gran atención mientras le explico lo de la joven con la que hablé en el jardín el sábado por la tarde. Aparta la vista de mis ojos.

—Dijo que ésta es su casa, bawbaw-jahn. Y que se la quitaron sin motivo.

—No, como acabo de explicarte, sí que hubo un motivo. No pagó los impuestos que debía, Esmail. Eso es lo que pasa cuando no eres responsable. ¿Fardmee-konee? ¿Comprendes?

—Sí, bawbaw.

No me gusta mentirle a mi hijo, pero es que estoy seguro de que si se entera de que el hecho de que a la mujer le quitaran la casa se debió a un error burocrático, no sería capaz de ocultarle todo este asunto a Nadereh.

—Ahora la casa es nuestra, Esmail. La hemos adquirido legalmente, y esa mujer no tiene derecho a acosarnos. Por eso no quiero que le cuentes a tu madre nada de esto. Ya sabes con qué facilidad las preocupaciones consiguen que se ponga enferma.

—Moham-neest, bawbaw-jahn. No hay problema.

Asiento con la cabeza y bebo un poco de té, sopesando si es conveniente o no contarle más cosas, como que había planeado que nos quedásemos aquí hasta que empezase el tiempo más fresco, pero que ahora me veo empujado a vender y a marcharnos mientras aún esté claro que nadie puede llevar a cabo ningún recurso legal contra nosotros. Me gusta estar aquí sentado con Esmail hablando de cosas serias. Ha formado parte de la naturaleza del trabajo que he realizado durante toda la vida guardar secretos, así como cargar con grandes responsabilidades. Pero con frecuencia me siento muy cansado y solo. Y desde luego, es importante para Esmail que yo le haga confidencias por primera vez. Mi hijo continúa sentado en la cama con los hombros oscuros echados hacia atrás mientras sostiene en las manos el platito y la taza de té, y va moviendo la cabeza para asentir al mismo tiempo que yo.

—Ya sabes que tengo que reunir dinero para cuando vayas a la universidad.

—Yo podría conseguir otra ruta de reparto de periódicos.

—Man meedoonam, ya lo sé. Pero es hora de que empieces a ahorrar dinero.

—Sí, bawbaw.

—Mañana vienen a ver la casa unas personas a las que les interesa comprarla. Si tenemos suerte, podremos conseguir una buena suma de dinero. Deséame que tenga buen ojo, hijo.

—¿Tendremos que marcharnos de aquí?

—Sí, pero conseguiremos suficiente pool para vivir bien, quizás incluso para comprar más propiedades o poner un negocio.

Mi hijo dirige la mirada hacia la pantalla del ordenador, que está apagado, pero yo sé que no la ve. Empiezo a lamentar haberle hablado de mis cosas.

—¿Babaw-jan?

—Sí.

—Éramos ricos en Irán, ¿verdad? ¿No éramos pooldar? Me mira como si hiciera mucho tiempo que no me ve, con la boca un poco abierta. Me levanto para marcharme.

—Sí y no, hijo. Sí y no.

Tengo la creencia de que la gente siente más ganas de gastar dinero cuando hace buen tiempo, así que hoy lunes me siento decepcionado, pues el cielo se ha puesto gris y hay un banco de niebla a lo largo de toda la playa. Desde el paseo de viuda no alcanzo a ver el océano, sólo una neblina blanca bajo los tejados de Corona. Además los que tenían la primera cita me llamaron para cancelarla, pues me dijeron que durante el fin de semana habían visto otra propiedad que no podían rechazar. Intenté convencer al caballero para que por lo menos viniera a ver mi casita, pero no hubo manera.

A mediodía llega Soraya para llevarse a Nadi a comer. Mi hija va vestida con mucho gusto; lleva una falda, una blusa y joyas, y el pelo negro recogido hacia atrás con un prendedor de plata. Me encuentro en la azotea cuando baja del coche; me saluda con la mano y me envía un beso. Esta mañana le dijo a Nadi por teléfono que disfrutaba mucho decorando el nuevo apartamento de Mountain View, que se encuentra al sur, a una hora de viaje en coche. Y se nota que es una buena hija porque ha conducido hasta aquí sólo para llevar a su madre a comer a un buen restaurante de San Francisco. No le he comentado a Nadi las citas que tengo concertadas para hoy, y me alegro de que pase un rato fuera de casa.

Una vez que las dos se han marchado, bajo por la escalera para pedirle a Esmail que se vaya también, pero ya ha desaparecido, y observo que en la habitación tampoco está el monopatín. Sospecho que empieza a hacer amigos en la playa entre los jóvenes del lugar. Ahora la casita se encuentra vacía y silenciosa, y durante unos instantes me siento perdido en estas habitaciones sin mi familia. Inspecciono la casa una vez más para comprobar que se encuentra limpia y en orden, pero no tengo por qué preocuparme. Nadi se encarga de que todas las habitaciones estén como si cada día esperásemos invitados.

El lunes por la mañana, Les me despertó antes de amanecer y me llevó una taza de ese café propio de *cowboys* demasiado caliente que había hecho en el fogón de leña. La luz se notaba más tenue, el farol de gas ya ni siquiera siseaba, y entre las sombras vi que Lester se había puesto el uniforme, la insignia y la pistola, y que llevaba el pelo bien peinado y todavía húmedo de agua del río. Apoyándose sobre una rodilla, se agachó en una esquina del colchón y me dijo que había calentado un barreño de agua para que pudiese asearme, y que hiciera lo que más me apeteciese, ya fuera quedarme allí o irme con él, en cuyo caso me dejaría en el Eureka para que recogiese mis cosas.

—¿Recoger mis cosas? Lester se miró las manos.

—Sí, si quieres.

—Sí, claro que quiero, Les. —Le propiné un ligero empujón en la espalda con el pie—. Pero has tenido una forma un poco extraña de pedírmelo.

—Es que soy tímido, Kathy. —Sonrió y luego se puso serio—. ¿Sabrás volver aquí tú sola?

—Sí.

Me vestí delante de Lester, luego me fui a orinar al bosque, que estaba oscuro, y me lavé los dientes en el porche utilizando una taza de agua templada para enjuagarme la boca.

En el trayecto hacia San Bruno, Les me habló de los dos abogados que conocía en la ciudad, y me comentó que quizá pudiesen hacer que yo regresara a mi casa dentro de poco tiempo. El cielo empezaba a clarear, aunque el día era gris y las playas parecían un banco de niebla alargado. Y yo iba allí, sentada en el asiento del copiloto con los pies puestos en el salpicadero mientras pensaba que quizá las cosas acabaran por arreglarse. Una vez en el motel, Les se encargó de pagar la cuenta y me llevó la maleta hasta el coche. Nos despedimos con un beso y me prometió que nos veríamos de nuevo en la cabaña aquella misma tarde alrededor de las siete. Me recomendó que condujera con cuidado aquel lujoso coche mío por el sendero entre los pinos y luego se marchó.

Me quedé sentada en el coche durante unos minutos filmándome un cigarrillo y arrojando la ceniza por la ventanilla. Me sentía nerviosa a pesar de que sólo me había tomado la mitad de la taza de café que Lester me había llevado al despertarme, y me temblaron los dedos un poco al encender el segundo cigarrillo, aunque había hecho el propósito de fumarme sólo uno. En el Grupo solíamos llevar a la sala todas nuestras arañas y monstruos, y fumábamos sin parar hasta que nos escocían los pulmones y se nos inyectaban los ojos en sangre mientras intentábamos librarnos de todo lo demás. Y yo sabía que a cualquiera de mis consejeros del este mi vida no les parecería muy razonable: volvía a beber y a fumar, me acostaba con un hombre que acababa de abandonar a su familia, y todo ello mientras se suponía que intentaba recuperar la

casa que me habían quitado. Sabía que me dirían que beber era un error, fumar un apoyo y hacer el amor «usar el sexo como medicación», y que el fiasco sucedido con la casa era un desastre que había provocado el hecho de fallar en mi rehabilitación. En RR habría llegado el momento de recurrir a los recordatorios de autocontrol y de la propia valía, de usar mis poderes de razonamiento para decirme a mí misma lo adorable que era y que no necesitaba hacer nada peligroso porque sólo serviría para poner en peligro a una buena persona, yo. Sabía lo que dirían todos aquellos gilipollas racionalmente rehabilitados, pero lo que me interesaba no era quererme a mí misma, sino que me quisiera Lester, que él y yo viviéramos en la calle Bisgrove, que ambos trabajáramos de día sólo para pasar la noche juntos, acurrucados ante el televisor o tendidos en la cama temprano para hacer el amor. Pues eso era lo que me parecía que empezaba a sentir, amor.

Más tarde, mientras limpiaba la casa de los lunes y pasaba el aspirador por las alfombras y fregaba el suelo, cualquiera habría dicho que yo no dejaba de pensar en el asunto de mi casa; pero no, pensaba en Lester, tan delgado y alto, tan suave, en su olor a tierra mojada, en las atenciones que me prodigaba. Y de nuevo me pasó por la cabeza la idea de tener hijos. Deseaba ver fotografías de los hijos de Les. Quería saber qué edad tenían y qué golosinas les gustaban. Conocía a muchos hombres que habían fundado una segunda familia, que habían vuelto a ser padres cuando los hijos del primer matrimonio ya casi se habían independizado. Pero me adelantaba mucho a los acontecimientos.

A eso del mediodía recogí la correspondencia en la oficina de correos y luego me dirigí a una sandwichería situada en el centro comercial para abrir las cartas mientras comía. Se trataba sólo de las acumuladas en los últimos diez días, pero ocupaban toda la mesa; las coloqué en dos montones, uno para tirar a la basura al marcharme y otro para guardar. El montón destinado a la basura consistía principalmente en propaganda, y el otro en facturas: el seguro del coche, el recibo del gas, el último aviso para pagar el teléfono y la electricidad. La factura de la electricidad era la más reciente; la abrí y miré en qué fecha me la iban a cortar: justo dos días antes. Le di un bocado al sándwich de pavo y bebí un poco de Coca-Cola. Dolida, moví la cabeza a ambos lados mientras pensaba que lo que me hacían con aquella carta era una putada. Y lo mismo sucedía con la factura del gas.

Lo primero que me vino a la cabeza fue llamar a Connie Walsh otra vez, pero luego pensé que lo más seguro era que me dijera que llamase a las compañías y les explicase lo sucedido. Y yo no quería oír aquella recomendación. Aparté el sándwich y encendí un cigarrillo. Miré por la ventana hacia el aparcamiento del centro comercial, hacia los coches estacionados bajo el cielo brumoso. Justo había empezado a alargar la mano para acercar el cenicero cuando vi una postal en medio del montón de las facturas, una fotografía satinada del restaurante Hilltop Steak House que hay en Saugus, en la Carretera I. En la foto se veía, delante del restaurante, un enorme cactus de fibra de vidrio que mediría quizá quince metros de

altura, y a su alrededor, sobre una extensión de césped cercada con una valla, una docena de novillos de tamaño natural. Sabía que la postal era de mi madre; le di otra calada al cigarrillo y bebí un poco de cola antes de empezar a leerla:

Querida K.:

Se te ha estropeado el teléfono. ¿O es que tenéis un número que no figura en la guía? Tus tías han ganado un viaje de ida y vuelta a San Francisco. Quizá vaya con ellas el Día del Trabajo. Mándame el número nuevo.

Tu madre

Salí de la sandwichería y entré en una tienda de artículos variados para comprar una libreta. Cuando volví al coche escribí en una hoja:

Hola, mamá:

Siento no haberte llamado. La semana pasada hubo aquí un fuerte terremoto, y un árbol al caer derribó las líneas telefónicas de nuestra calle. En cuanto las arreglen te lo haré saber. Es una buena noticia que vengas por aquí, pero Nick y yo nos vamos de la ciudad ese fin de semana. Me lleva con él en un viaje de negocios. Siento que no podamos verte.

K.

Me pregunté si no tendría que poner más cosas sobre el terremoto, quizá lo que uno siente al vivirlo, pero luego pensé que no, que mi madre jamás esperaría eso de mí.

Después escribí sendas cartas a la compañía del gas y a la de electricidad en las que les indicaba que le pasaran las facturas a un tal señor Barmeeny en vez de a mí. Regresé en el coche a la oficina de correos para enviarlas, pero cuando eché en el buzón la carta para mi madre tuve la sensación de que acababa de quitar el último saco de arena para evitar que pasase el agua, que iba subiendo de nivel, y de que no me quedaba mucho tiempo.

Era apenas la una y tenía que matar el tiempo durante seis horas antes de que Les se reuniera conmigo en la cabaña. Primero pensé en ir allí temprano, preparar una buena cena para los dos y darle una sorpresa a Lester, pero me imaginé a mí misma intentando encender el fuego en la cocina de leña o cocinar sin horno. Y mi especialidad son los platos al horno: lasaña, ternera y berenjena a la parmesana. Así que en vez de eso decidí irme al cine y ver un par de películas en el Cineplex que hay en el centro comercial de Millbrae, justo al salir del Camino Real. Mientras

intentábamos dormir la noche anterior, mientras yo tenía la mejilla apoyada en el hombro de Lester, había vuelto a preguntarle cómo se llaman sus hijos. «Bethany y Nate», había respondido con la voz llena de gratitud. Luego yo le había preguntado dónde se encontraba exactamente su casa, y cuando me dijo que en Millbrae, en una urbanización por la que hay que pasar para ir al centro comercial, le había comentado que lo más seguro era que yo hubiese pasado por su casa una docena de veces, y que incluso cabía dentro de lo posible que hubiese visto a su mujer.

—Se llama Carol —me había indicado.

—Sí. Carol.

Pero ahora, en vez de pasar por San Bruno para coger la autopista en dirección a Millbrae, me metí en el centro de Corona, que estaba lleno de niebla, y subí por la larga colina de la calle Bisgrove. Quería detener el coche junto al bosque, frente a mi casa, y quedarme allí mirándola durante unos minutos, quizá para recordarme a mí misma que había sido mía antes de irme a matar la tarde amodorrándome a oscuras en un cine. Y supongo que lo que pasó es que no esperaba ver a nadie allí. Pero había un vehículo familiar estacionado junto al bosque, así que sólo se podía aparcar cerca de la casa. Yo no quería hacerlo porque había gente en mi jardín mirando mi casa: un hombre, una mujer y un niño de ocho años más o menos. El niño tenía las manos metidas en los bolsillos de los pantalones cortos y daba puntapiés a la hierba. Su padre le tenía una mano puesta en el hombro y todos miraban lo que el coronel Barmeeny les señalaba, el nuevo mirador del tejado. El árabe calvo llevaba corbata y una camisa de vestir de manga corta que se veía muy blanca a la luz de aquel día tan gris. Me miró de reojo cuando vio el coche, pero luego desvió los ojos como si no hubiera visto nada. Hablaba muy deprisa, con formalidad, aunque no alcancé a oír las palabras exactas a pesar de tener abierta la ventanilla del coche. Se dio la vuelta y me miró otra vez antes de acompañar a la familia hacia la escalera y subir a la azotea para contemplar el panorama, aunque aquel día sólo se debía de ver niebla. Yo no podía creer lo que sucedía, y una risa enfermiza me subió desde el estómago. ¡Aquel jodido cabrón intentaba vender mi casa! Entonces no me pude aguantar y comencé a tocar la bocina, apoyándome en ella con las dos manos. Miré hacia delante y noté que el volante vibraba. Dos casas más arriba una mujer asomó la cabeza por la puerta principal y se quedó mirando en mi dirección. Pero yo continué apoyada en el volante, dejando que el sonido de la bocina desgarrase el aire hasta que empezaron a dolerme las muñecas; entonces lo solté y me puse a gritar por la ventanilla:

—¡Ese hombre no puede venderles esa casa! ¡No le pertenece! ¡El muy puñetero intenta robármela! ¡Pretende venderles a ustedes una casa robada!

El hombre sonrió ligeramente, pues no sabía si se trataba de una broma. Me miró a mí, luego a Barmeeny y luego otra vez a mí. La mujer se acercó a su hijo. El coronel se había quedado de piedra y mantenía el rostro inmóvil. Pisé el acelerador, subí a toda velocidad por la cuesta y di la vuelta al final de aquella calle sin salida. Volví a pasar tocando la bocina. El coronel se hallaba cerca de la barandilla mientras



continuaba hablando con el hombre y la mujer, y ahora observé que hacía un movimiento de cabeza y señalaba en mi dirección, como si el ruido que yo hacía demostrase algo que él les explicaba. Pero no me importaba en absoluto lo que dijera; continué adelante apretando la bocina con la mano todo el tiempo mientras bajaba por la colina.

Tras pasar la tarde con Soraya, Nadereh volvió a casa de muy buen humor. Después de comer habían ido de compras, y a Nadi se la veía muy ilusionada mientras me enseñaba una camisa y una corbata nuevas que me había comprado, así como unos pantalones y una sudadera que había adquirido para Esmail. También sacó de las bolsas más casetes de música persa y puso una en el aparato mientras preparaba la cena. La música era más moderna, y no me gustó. Todavía se oían los instrumentos antiguos, tar, kamancheh y domback, pero también había una guitarra eléctrica, y el cantante sonaba a mis oídos como un niño lloriqueando; me sorprendió que Nadi hubiera elegido aquella casete precisamente. Miré a mi esposa mientras ésta llenaba la olla con agua del grifo para hacer el arroz; movía un poco la cabeza al compás de la música. Apreté el botón para apagarlo. Inmediatamente, Nadereh volvió la cabeza hacia mí.

—Nakon, Massoud. ¿Qué te ocurre?

—No debes gastar tanto dinero, Nadereh.

—No he gastado tanto —repuso en farsi al tiempo que sonreía—. Hay rebajas porque empieza el curso escolar. Incluso la ropa que te he comprado está rebajada, Behrani.

Se acercó a mí mientras se limpiaba las manos en el delantal. Me dio un beso en la mejilla y a continuación volvió a poner la música y siguió cocinando. Me daba cuenta de que no podía contarle mis preocupaciones. Que prefería tenerla de aquel modo, alegre e inocente como una niña.

Pero yo tenía fuego en el estómago, y ahora, después de cenar, me he sentado en el paseo de viuda ante la mesa nueva, bajo la sombrilla, y miro hacia los tejados y las calles de Corona, hacia la niebla gris que amortaja la playa y el mar. Faltan poco más de dos horas para que caiga la noche. Bebo un poco de té caliente, bastante fuerte porque ha reposado en el samovar desde esta mañana, y oigo a mi esposa abajo, en la cocina, fregando los platos. El cielo y el océano se han puesto tan grises y blancos que no se distinguen el uno del otro. Me he sentado y pienso. He de sopesar las opciones que tengo con esta Kathy Nicolo, pero me tiembla la mano. La cabeza se me va a otra parte, a mi prima Jasmeen, que cuando contaba diecinueve años era una joven muy bella. La voz le sonaba un poco grave para ser mujer, pero el cuerpo era largo, esbelto, y el cabello espeso y negro, y cuando algo le hacía gracia se echaba a reír sin la menor reserva, por lo que dejaba a la vista los bonitos dientes y aquellos ojos tan luminosos. Pero tuvo amores con un ejecutivo americano de una empresa de petróleo, hombre rico y muy apuesto. Y lo hizo en una casa de la ciudad que una de sus propias vecinas se encargaba de limpiar tres veces por semana. Pronto todas las mujeres del pueblo estaban al corriente de que había dejado de ser doncella antes de

casarse, que había entregado la flor sin la bendición de Dios en la sagrada mezquita, y además a un extranjero, a un occidental casado. La noticia tardó un mes entero en llegar hasta su padre, mi tío, y sus dos hermanos. Mi tío era comerciante de alfombras, aunque no le iba demasiado bien, mientras que mi padre, su único hermano, era un respetable abogado que llegaría a convertirse en juez. Cuando por fin mi tío se enteró de las habladurías de las viejas khaanooms no se lo creyó, pero como Jasmineen no sabía mentir, acabó por comprender que era verdad y pegó a su hija. Durante dos semanas la tuvo encerrada en casa. Mi tío empezó a beber vodka cada noche, y aunque al principio lo hacía en compañía de algunos hombres del vecindario, al poco tiempo, incapaz de soportar el silencio de éstos, decidió que era mejor beber solo. Y bebía en su tienda, normalmente en la trastienda, en cuyos cuatro rincones las alfombras colgaban de las paredes o se amontonaban en largos rollos. Mi tío liaba sus propios cigarrillos y yo me lo imaginaba fumando tabaco negro turco y bebiendo en la quietud y el silencio de la tienda mientras las paredes amenazaban con caérsele encima. Regresaba a casa muy tarde, a menudo al amanecer, y entonces sacaba a Jasmineen de la cama y le pegaba con los puños mientras la llamaba a gritos ¡Gendeh!, ¡Putá! Mi tía a veces intentaba detenerlo, pero él también le pegaba y la llamaba ¡Modar gendeh!, ¡Madre puta!

Al cabo de tres semanas, un día Mahmood, su hijo mayor, volvió a casa del bazar después de haber oído a cinco mujeres del mercado hablar de la familia Behrani, de la vergüenza que aquella hija kaseef había hecho caer sobre sus cabezas. Era una mañana fría de invierno y mi tío aún no había salido de casa para dirigirse a la tienda. Se sentó junto al fogón de leña con el té y el pan, aunque no los probó; una vez más no había dormido en toda la noche y todavía estaba bastante mast, bastante borracho. Mi tía se había ido temprano de casa con Mahmood y se encontraba ya en el bazar, mientras mi primo Kamfar, el más pequeño de los hijos, hacía las tareas escolares sentado a la mesa de madera. Y fue su hermano quien, al llegar, entró precipitadamente en la habitación de Jasmineen y la sacó de allí. La joven llevaba puesto un camisón blanco y largo, y el pelo le caía suelto y despeinado sobre los hombros; tenía la cara magullada e hinchada a causa de las palizas. Condujo a la chica ante su padre y le indicó a éste a gritos que debía hacer algo. «¡La familia ha quedado deshonrada, bawbaw! ¡Todos estamos deshonrados por culpa de esta GENDEH apestosa!». Jasmineen se debatía intentando soltarse de su hermano, lo maldecía, pero éste la mantenía sujeta. Mi tío apartó la vista de sus hijos y se quedó mirando al fuego como si no oyera ni viera ni oliera nada de lo que había alrededor. Finalmente se puso en pie. Salió de la habitación y regresó al cabo con su pistola, una Luger alemana. Jasmineen seguía intentando soltarse de las manos de Mahmood, pero cuando vio a su padre con la pistola se puso a gritar hasta el punto de que dio la impresión de que no podía respirar. Empezó a llamar a gritos a Kamfar, pero cuando el chico se puso en pie su padre lo apuntó con la pistola y le ordenó que se quedase sentado. Luego cogió a Jasmineen por el pelo y, con la ayuda de su hijo mayor, la

arrastró hasta la calle.

Fuera el suelo estaba helado, pero no había nieve. La casa quedaba a poca distancia de la plaza del pueblo, y desde ella se veían las largas mesas de pan y baratijas del bazar, una jaula de pollos, la carne del carnicero colgada de un madero. Los transeúntes se detenían para ver el espectáculo del comerciante de alfombras apuntando con una pistola a su sucia hija kaseef, a quien le sujetaba las manos a la espalda su barbudo hermano mayor, que se hallaba de pie a un lado con los ojos fijos en los de su padre. La chica llevaba un camisón blanco, los pies descalzos empezaban ya a ponérsele azules, el pelo largo y negro le caía por la cara mientras gritaba sin parar y tan fuerte que no podía hablar. Los hombres y mujeres del bazar empezaron también a mirar hacia allí, y quizá vieran salir corriendo de la casa al hijo más pequeño justo cuando su padre apretaba el gatillo, lo que produjo un sonido semejante al hielo al crujir. Un penacho de humo ascendió por el aire y la joven y hermosa Jasmineen, la gendeh, la puta, cayó al suelo gimiendo y encogiéndose como si tuviera frío. Se quedó quieta y luego intentó incorporarse con gran esfuerzo mientras se apretaba con las manos el agujero que tenía en el pecho. En unos segundos la parte delantera del camisón se le empapó por completo de sangre, y acto seguido la muchacha se quedó quieta, tendida en el suelo con los ojos abiertos; de la herida salían nubes de vapor que se elevaban en el aire de la mañana de Tabriz.

Odié a mi tío por ello, convencido de que había actuado así en un arrebato y movido por la pasión. Somos una familia educada; no necesitamos vivir como la clase campesina ni resolver nuestros problemas a base de sangre. Mi tía se fue a vivir al sur con su familia y se llevó a Kamfar. Pero ninguno de sus hermanos ni tíos vengó el asesinato de Jasmineen. Los hombres tienen derecho, incluso la obligación, de proteger el nombre de su familia. Muchos años después, cuando ya me había casado aunque Esmail no había nacido todavía, Kamfar me contó los detalles de la historia un día que estábamos un poco mast a base de vodka ruso, y los dos acabamos llorando por Jasmineen. Soraya era entonces una niña de ocho o nueve años, y en el estado de embriaguez en que me encontraba ni siquiera fui capaz de imaginarme a mí mismo levantando una pistola descargada hacia ella. Y durante años he visto en sueños caer al suelo a Jasmineen vestida de blanco, y a Mahmood de pie a su lado mientras la joven intentaba en vano que la vida no se le escapara y se apretaba con las manos la herida abierta entre los pechos.

Nunca he aprobado que se haga daño a las mujeres, aunque en alguna ocasión he golpeado a mi esposa, sí, pero siempre he lamentado profundamente todos y cada uno de esos incidentes. En cierta ocasión, en nuestra casa de Teherán, le di una bofetada a Nadi en la cara por levantarme la voz en presencia de un oficial de rango inferior. A ella se le llenaron los ojos de tristeza y humillación, se echó a llorar y se marchó corriendo de la habitación. Aquella misma noche, como mi esposa continuaba sin hablarme, me subí la manga de la camisa, encendí un cigarro puro turco y apreté la brasa resplandeciente contra la carne. Sentí deseos de gritar, pero no lo hice. Encendí

de nuevo el puro y volví a quemarme. Lo hice cinco veces y le pedí perdón a Dios con cada quemadura. La cicatriz blanca permanece todavía en mi brazo y me sirve para recordar que hay que controlar los arrebatos. Pero hoy, cuando esa mujer, Kathy Nicolo, nos molestó a los compradores y a mí desde el automóvil, al darme cuenta de que la venta de la casita se me escapaba como el viento tuve ganas de dispararle a la cabeza; porque con cada una de esas falsas acusaciones tuyas, aquella mujer intentaba quitarme no sólo mi futuro, sino el alimento y el agua de mi familia, nuestra vivienda, nuestra ropa. Les expliqué al caballero y a la dama que aquella mujer estaba loca, que no sabía bien lo que decía. Que con mucho gusto les enseñaría la escritura de la casa, pues yo era su legítimo propietario. El hombre y la mujer se miraron y luego todos nos pusimos a hablar de otras cosas, de lo cerca que se hallaba la casa de las playas de San Francisco y de lo tranquila que es esta calle. El marido me aseguró que me llamaría cuando tomara una decisión, pero mientras los acompañaba a ellos y al niño hasta su automóvil familiar yo ya sabía que había perdido la venta.

Quizá fuera conveniente reconsiderar mi decisión de llevar a cabo la transacción sin un agente de la propiedad inmobiliaria. He oído decir que mucha gente ha dado la entrada de una casa después de ver solamente fotografías en color de la propiedad en la oficina del agente inmobiliario. Eso haría que no tuviese que preocuparme de que esa mujer kaseef me estropee las cosas.

Pero no, no puedo permitir que un vendedor se lleve un buen porcentaje de lo que legítimamente me pertenece. Esperaré a que llame más gente interesándose por la propiedad, y si esa mujer vuelve a molestarme haré que se arrepienta. Eso es todo. No hay nada más que considerar.

Mi visita a la calle Bisgrove hizo que me sintiese todavía peor, como si acabara de avivar el fuego que pretendía apagar. Así que abandoné la idea de ir al cine y en vez de eso me encaminé a la tienda a fin de comprar comida; luego conduje el coche hacia el sur, en dirección a la cabaña, con intención de sorprender a Les con una buena cena cuando éste apareciera a las siete con noticias, seguro que buenas, de los abogados. Sólo eran las dos y media cuando me metí con el Bonneville por el sendero que discurría entre los pinos, pero no pude avanzar mucho porque el Toyota familiar de Lester ya se encontraba aparcado allí. Delante del mismo había una camioneta roja en una de cuyas ventanillas traseras se veía una pegatina borrosa que decía: «déjate llevar por Dios» debajo de una pequeña calcomanía sobre la pesca de la trucha.

Bajé del coche con las dos bolsas de comestibles y pasé con dificultad entre el coche familiar y la camioneta mientras las ramas de los pinos se me enredaban en el pelo. Cuando llegué al claro vi que Lester y otro hombre se encontraban en el porche delantero, aunque todavía no me habían visto; Lester estaba sentado en un sillón de bambú que había puesto contra la pared; todavía iba de uniforme, tenía la cabeza baja y sostenía una lata de cerveza en la mano. El hombre se apoyaba en la barandilla de espaldas a mí y al bosque. Llevaba pantalones vaqueros y una camisa azul oscuro de manga corta, y tenía brazos muy fuertes. Pisé una ramita y Les levantó la cabeza, pero durante medio segundo la expresión del rostro no le cambió; me miró como si fuera alguien a quien no conocía y hubiera llegado allí para interrumpir algo íntimo. Después se le suavizaron los rasgos de la cara, y entonces se puso en pie y se acercó a los escalones para recibirme. Me cogió una de las bolsas y me besó en la mejilla.

—Has llegado temprano —observé.

—Tú también.

Les me señaló a su amigo y nos presentó. Se llamaba Doug y era el propietario de la cabaña. Sonrió, me hizo una inclinación de cabeza y dio un trago de una lata de ginger ale, lo que hizo que me fijase en que llevaba anillo de casado. El rostro cuadrado y carnoso habría resultado atractivo si no hubiera sido porque llevaba la cabeza prácticamente afeitada. Observé que tenía el pecho y los bíceps muy desarrollados. Me recordó a muchos hombres del este, cosa que no me gustó nada. Entré en la cabaña en compañía de Les para dejar los comestibles. Me pareció más flaco que de costumbre. Me acerqué a él y lo abracé.

—Te veo deprimido. ¿Qué pasa?

Lester me abrazó a su vez en silencio durante unos instantes y luego me soltó.

—Carol se ha trastornado mucho.

Oí que Doug se iba del porche y se alejaba de la cabaña. No acababa de entender qué era lo que Lester trataba de decirme. Comencé a sacar la comida de las bolsas mientras empezaba a notar pinchazos en el pecho.

Les miró hacia el exterior a través de la mosquitera de la puerta, hacia los árboles,

aunque parecía no verlos.

—Cuando esta mañana llegué a trabajar Carol me esperaba en el coche con los niños, y se puso a gritar y a llorar. Y también me pegó. Los niños todavía iban en pijama y lloraban a su vez. Ha sido horrible.

Volví a experimentar aquella sensación de flotar, como si el corazón latiese en alguna parte en el aire delante de mí. Me puse a doblar una bolsa de papel vacía. Les permanecía callado y doblaba otra bolsa que ya estaba doblada.

—¿Vas a volver con ella, Lester?

—Eso no es posible, Kathy.

¿Por qué? Yo quería saberlo. ¿Porque de todos modos su mujer ya no iba a aceptarlo? ¿O porque Lester se sentía comprometido en el nuevo camino que había emprendido? En el camino que había emprendido conmigo. Pero le noté tensa la voz, como si estuviera a punto de gritar, de llorar o de ambas cosas si yo lo animaba un poco, y me imaginé a sus hijos, al niño y a la niña, los dos en pijama llorando en el coche. Sentí deseos de abrazar a Lester, pero en vez de hacerlo encendí un cigarrillo y expulsé el humo por la comisura de la boca.

—Siento que los niños hayan tenido que presenciar esa escena. Por fuerza ha de ser difícil.

—En efecto. —Les abrió la mosquitera con la punta del pie sin dejar de darme la espalda—. Tengo que ir a ayudar a Doug con la barca. Va a cambiarla por una más grande.

Inhalé profundamente el humo del cigarrillo y a continuación me apoyé en el borde del tajo; me quedé allí en equilibrio, con los dedos temblorosos mientras echaba fuera todo el calor de los pulmones.

—¿Les?

—¿Sí?

—Todo esto habría pasado igualmente, ¿no es así? Aunque no me hubieras conocido.

Se volvió hacia mí como si le sorprendiera que yo hubiese dicho aquello; tenía la boca entreabierta bajo el bigote. Dejó que se cerrara la mosquitera, se acercó a mí, me abrazó y me dijo que desde luego que sí, que todo aquello habría sucedido antes o después. Dio un paso hacia atrás y me miró con una mano puesta en cada uno de mis hombros.

—Te aseguro que no ha sido culpa tuya, Kathy. No se trata de ti en absoluto.

Me sentí mejor, aunque en cierto modo también un poco excluida, como una hermanita pequeña. Me aparté de Lester para acabarme el cigarrillo.

—Ya sé que no es un buen momento, pero ¿has tenido oportunidad de llamar a los abogados por el asunto de la casa?

Me dijo que no, que no había podido, pero que pensaba hacerlo aquella misma tarde. Se acercó y me besó. Sabía a cerveza agria, como cuando se pone rancia en la boca. Luego me comentó que iría ahora mismo a la bahía Half Moon a hacer las

llamadas y que volvería enseguida. Le indiqué que mi coche les cerraba el paso a los suyos y le entregué las llaves del mío mientras Lester salía a la luz gris y agachaba la cabeza al bajar del porche. Me acerqué a la puerta y vi que se encaminaba hacia el sendero que conducía al río y que iba con los hombros ligeramente encorvados y la cabeza gacha, como si todavía tuviera que esquivar algún obstáculo.

Me fumé un cigarrillo a la puerta de la cabaña mientras ellos dos transportaban por el claro el esqui de aluminio hasta poco más allá del montón de leña, donde hicieron un alto; luego continuaron por el sendero hasta que los perdí de vista. Oía la voz tranquila de Doug y me pregunté si estarían hablando de mí. Me intrigaba saber qué le habría contado Les de lo nuestro, y me imaginé a Doug y a su mujer cenando con Lester y Carol Burdon. Sentí deseos de marcharme de allí, de subirme al coche y de conducir durante varios días. Pero Lester iba a llevarse mi coche, lo hacía para llamar a unos abogados por un asunto mío. Me senté a la mesa y me quedé mirando el interior de la cabaña, las paredes de pino desnudo, la cocina de hierro negro, los comestibles sobre el tajo de madera, la empinada escalera que conducía al desván. Oía el río Purísima entre los árboles. Toda aquella quietud me ponía cada vez más nerviosa, y pensé que ojalá me hubiese traído los *walkman*, que se hallaban en el coche. Salí, me agaché ante el montón de madera y cargué con un montón de leños y astillas para el fogón.

Les estuvo ausente casi dos horas, tiempo más que suficiente para conducir ocho kilómetros y hacer un par de llamadas. Yo había comprado dos botes de salsa marinara y había pensado calentarla en el fogón mientras ponía a hervir un poco de pasta y cocinaba salchichas italianas en otra cacerola. Pero no quería hacer todo aquello hasta que Les regresara, porque con el fogón caliente todo se hacía muy rápido. Así que cuando por fin logré encender el fuego, eché una ensalada de tres verduras en dos platos de papel, pelé ocho dientes de ajo, los piqué con un cuchillo medio oxidado, hice unos cortes en el pan francés, lo rellené con margarina y el ajo picado y después envolví la barra en papel de aluminio. Me senté en el porche y me puse a fumar un cigarrillo. Esperaba que en cualquier momento Les apareciera entre los árboles y saliera al claro, pero permanecí allí sentada cerca de una hora escuchando el sonido del río, de algún que otro pájaro y del crepitar del fuego en la cocina, a mi espalda. Cada veinte minutos o así entraba en la cabaña para añadir algunos leños al fuego y mantener la temperatura del fogón alta. Sólo había dos ollas y una cacerola en la caja de cartón, y las ollas eran pequeñas. Las llené las dos con agua clara del río y las puse a hervir a fuego lento. No me iba a quedar más remedio que utilizar las dos para hervir los *vermicelli*; luego pensaba tirar el agua para calentar en la misma olla la salsa con la esperanza de que ésta y las salchichas calientes de la cacerola fueran suficientes para recalentar la pasta, que ya se habría enfriado. Aunque no me preocupaba demasiado que nada se enfriase en aquella



cabaña, pues era calurosa como una sauna. La camisa se me pegaba a la piel y el sudor empezaba a metérseme en los ojos. Aticé el fuego con un palo, cerré la puerta del horno y después bajé el corto trecho de camino hasta el río Purísima; me quité la camisa y el sujetador, los pantalones cortos y las bragas, metí los pies en el agua y me zambullí.

La impresión fue fuerte, pero al instante me sentí limpia hasta la médula, y cuando salí a la superficie me puse de espaldas y comencé a patalear hasta que me alejé de las copas de los árboles. Encima de mí no se veía nada más que el cielo gris. Cerré los ojos y me dejé llevar por la corriente durante un ratito, pero el agua estaba fría y no sabía cuánta profundidad había allí. No sé por qué me imaginé la cabaña de pesca ardiendo, las largas llamas asomando por las ventanas y un humo negro serpenteando entre las tejas de madera del tejado. Volví nadando hasta la orilla, que estaba cubierta de musgo, y me sequé lo mejor que pude con la ropa interior. Me puse el resto de la ropa y regresé a la cabaña, que no ardía envuelta en llamas. Allí estaba Lester cargado con mi maleta; se alejaba de los coches y entraba en el claro. En la otra mano llevaba un vaso de plástico con tapadera lleno de café; intentaba beber a medida que caminaba, y tenía aquellos ojos oscuros fijos en el suelo delante de él. Cuando me vio tragó el café y bajó la taza.

—¿Has ido a nadar?

—¿Es que te has perdido o qué?

Hice ademán de coger la maleta, pero Lester la apartó para impedírmelo.

—Acuérdate del pie.

—Ya está muy bien.

Intenté de nuevo coger la maleta, pero Les se empeñó en no soltarla y echó a andar delante de mí mientras yo miraba cómo él subía al porche con paso tambaleante. Dejó caer la maleta junto a la pared y después se sentó. Me quedé parada en el mismo sitio en donde me encontraba.

—¿Has estado bebiendo?

Lester me miró con los ojos un poco entornados, como si no supiera cómo tomarse lo que acababa de decirle. Pero parecía verdaderamente molesto, quizá le hubiese interrumpido el hilo de sus pensamientos. Le quitó la tapa de plástico al vaso y bebió un trago. Crucé los brazos y me quedé mirándolo con las bragas enrolladas en la mano. Me parecía mal que no me hubiese traído un café. Después del baño me sentía fresca y con gusto me habría tomado un poco justo entonces, antes de ponerme a cocinar. Aunque era consciente de que podía entrar en la cabaña y prepararme uno. Y no soportaba la idea de seguir allí mirándolo de aquella manera, con los brazos cruzados y la cabeza ladeada. Sólo me faltaba empezar a dar golpecitos con el pie en el suelo. Me senté en el escalón más alto del porche y apoyé la espalda contra el poste. Lester tenía los codos en las rodillas y sostenía entre las manos la taza de café; me dirigió una débil sonrisa, tras lo cual se puso a mirar hacia el bosque por encima de la barandilla. Llevaba bastante arrugada la camisa del uniforme, la espalda se veía

manchada de sudor y los pantalones se le habían subido hasta las pantorrillas. Los calcetines negros estaban caídos sobre los zapatos negros y tenía las espinillas velludas y flacas. Un escalofrío me recorrió el cuerpo.

—No me traes buenas noticias, ¿verdad?

Me sentí un poco egoísta por preguntarle aquello. Lester me miró durante unos instantes y luego hizo un movimiento negativo con la cabeza.

—No traigo buenas noticias para nadie, Kathy.

—¿Qué quieres decir?

—Quiero decir que no soy más que un Portador de Malas Noticias, Kathy.

Levantó las cejas como dándome pie para que me riera.

—¿Te has emborrachado antes de hacer las llamadas telefónicas o después?

Les se quedó mirando el pequeño montón de leña que había cortado él mismo.

—Después. Pero no me he emborrachado. Empecé a hacerlo, pero Doug me lo impidió. —Me miró—. Estás muy guapa con el pelo mojado.

Yo pensaba en Doug y en la pega tina que llevaba en la camioneta, la que hablaba de dejarse llevar por Dios.

—No pueden hacer nada con Bahroony, ¿verdad?

Les hizo un movimiento negativo con la cabeza y tuve la sensación de que se me hundía el pecho.

—He llamado a tres abogados. Dos de ellos me han explicado que si la ha comprado legalmente puede hacer con ella lo que le venga en gana. Dicen que con quien tú tienes problemas ahora es con el condado, Kathy.

—Pero los del condado me dijeron que ese hombre se la volvería a vender a ellos. Y no quiero que me compren otra casa. ¿Es que no hay forma de obligarle a que la devuelva? —Me levanté de un salto y me adentré un poco en el claro—. ¡Ese jodido gilipollas intenta vender mi casa, Les! Esta tarde lo he visto enseñándosela a unas personas.

—¿Hoy?

—Sí, a una familia. Ese cabrón sólo quiere la pasta. ¡Seguro que se dedica a eso, a ganar dinero con los problemas de los demás! ¿Y qué te dijo el tercer abogado?

—Ése era el mío.

—Bueno, ¿te dijo algo diferente?

—Es que no le llamé por eso, Kathy.

—Ah.

Se me encendieron las mejillas y me sentí como si me hubiese metido en el cuarto de estar de un desconocido, me hubiera dejado caer en el sofá y me hubiese puesto a mirar el televisor. Había pensado que el motivo de que Les hubiese vuelto tan deprimido después de hacer aquellas llamadas era por las malas noticias que me traía; ahora me avergonzaba de mí misma y no sabía qué decir. Necesitaba un cigarrillo. Entré en la calurosa cabaña y encendí uno con una brasa del fogón. Arrojé dentro unas cuantas astillas, volví a salir al porche y me senté a fumar. Les se levantó y tiró

por encima de la barandilla el café que le quedaba. Se apoyó en ella con las manos y ambos nos quedamos en silencio. Se oía ladrar a un perro en el bosque, a lo lejos.

—Creo que mi mujer no se esperaba esto. Y me siento muy mal por ello.

—¿Crees que estás cometiendo un error?

Resultaba un poco raro, pero me sentía tranquila. Les seguía allí de pie, inmóvil y todo brazos. Podía contestarme como le diera la gana.

—¿A ti qué te parece?

—¿Que si me parece que estás cometiendo un error? —Les asintió—. No puedo contestar a eso. Pero bueno, si me lo preguntas quizá la respuesta sea que sí.

—Entonces no te lo pregunto.

—¿Y qué es lo que me preguntas?

No contestó enseguida, se limitó a mirarme. Al cabo de unos instantes me dijo:

—¿Podrás aguantarme mientras paso por todo esto?

—¿Eso es lo que querías preguntarme?

—Sí, supongo que sí.

—Bueno, pues creo que sí, que podré hacerlo. Aunque depende de qué sea exactamente «esto».

Lester hizo saltar un trozo de pintura de la barandilla que se hallaba medio despegado.

—Carol atraviesa una especie de crisis, un ataque. Llamó al abogado antes que yo y ya ha solicitado la disolución. —Hice una mueca de extrañeza—. De divorcio —me aclaró—. Es que en California no utilizamos esa palabra. Aquí «disolvemos» los matrimonios; se supone que es mucho mejor para todos, como meterse en una bañera caliente y olvidarse de todo.

—¿Y no es eso lo que tú deseas?

—Yo deseo lo que sea mejor para todos. —Arrancó otro trozo de pintura y echó una fugaz mirada—. Y sé que eso es lo que pasará, pero Carol también le ha hecho al abogado algunas preguntas desagradables sobre la custodia de los niños y sobre la propiedad. No puede hacer nada contra mí, pero sólo el hecho de enterarme de eso me ha puesto nervioso.

Me acerqué a Lester y lo abracé. Me dio la sensación de que era un viejo amigo, aunque yo no tenía ninguno. Pero debe de ser una cosa así; sientes su calor contra ti y lo quieres, lo respetas y te pones de su parte pase lo que pase. Le pregunté si le apetecía una buena cena italiana y respondió que sí. Nos besamos, entramos y empezamos a desnudarnos, pues teníamos necesidad de hacer el amor. Pero hacía tanto calor allí dentro que acabamos por precipitarnos a toda prisa por el sendero en dirección al río Purísima mientras nos abrazábamos el uno al otro. Nos quitamos la ropa en la orilla llena de musgo y nos pusimos a hacer el amor allí mismo; Lester entraba y salía de mí tan deprisa que hasta me dolía un poco; tenía la cara contraída a causa del esfuerzo. Y de pronto me dio la impresión de estar muy lejos de allí; cerré los ojos justo cuando Les dejaba escapar un breve gemido, salía de mí y se corría

sobre mi estómago dejando en él una línea húmeda y templada.

Puede que fuera el calor que hacía en la cabaña lo que nos afectó, lo que afectó a Les. Puede que fuera el silencio y la quietud. Creo que fueron las tres cosas. La cena salió mejor de lo que me imaginaba y como hacía tanto calor dentro decidimos irnos a comer al porche con el plato encima de las piernas. A mitad de la cena los mosquitos empezaron a picarnos, así que nos rociamos el uno al otro con repelente de insectos, cosa que habría sido preferible hacer un poco más tarde, porque el resto de la comida ya no nos supo demasiado bien.

Estuvimos un rato sentados en el porche, los dos mirando el montoncito de leña y los árboles como dos viejos que esperasen una visita. El cielo seguía gris, aunque más oscuro, y yo sabía que la noche estaba al caer. Les se había sentado muy erguido en la silla. Se había puesto vaqueros, una camisa a rayas bastante vulgar y bambas sin calcetines. Pero no se le veía relajado; tenía los brazos cruzados sobre el pecho, los pies en el suelo, y a veces se espantaba un mosquito de la cara con la mano y luego volvía a cruzar los brazos. Me acordé de mi madre y sus dos hermanas, y de que pensaban venir en avión al oeste, y me arrepentí de no haberle dado una excusa mejor para que no lo hiciesen. Estaba segura de que no dejarían de venir aunque creyesen que Nicky yo estaríamos ausentes ese fin de semana; y lo que era peor, lo más probable era que posiblemente quisiesen alojarse en la casa vacía.

—Mierda.

—¿Qué?

Le conté a Lester lo de la postal de mi madre y le hablé del resto de la correspondencia que había recibido, de las facturas que tenía que pagar yo para que aquellos árabes se hallasen cómodos en la casa que me habían robado.

—Tienes razón, ¿sabes? —Se recostó en la silla y me miró—. Ese tipo ha recibido una propiedad robada y ahora pretende sacar provecho de ello.

—Pero no la ha robado, ¿verdad?

—Técnicamente no. —La respiración de Lester comenzaba a hacerse más agitada—. Esa es una de las cosas que odio de hacer cumplir la ley, Kathy.

—¿Qué?

—¿Sabes cuántas veces tengo que ver cómo la gente viola el espíritu de la ley sin quebrantarla en realidad? Como la ley de Violencia Doméstica. No importa cuál de los dos cónyuges cometa el acto de violencia, tenemos que detenerlo. Eso significa que si un hombre de Pescadero que se dedique a cultivar alcachofas y pese noventa kilos le da un mamporro a su mujer y ésta se lo devuelve, a ella también se la acusa.

—¿Por defenderse?

—Eso es. Cogimos a un tipo que le dio una paliza a su mujer, realmente la molió a palos. Pero ella no quiso acusarlo formalmente, y cuando el marido salió bajo fianza volvió a la casa y comenzó a provocarla y a insultarla hasta que la mujer le

arañó la cara. Entonces él se quedó quieto y le permitió que continuara haciéndolo porque conocía la ley y sabía que le había llegado a ella el turno de dormir en una celda. Yo no soy capaz de detener a la mujer. Y ese árabe hijo de puta sí que sabe que lo que hace está mal, pero la ley lo protege. El día que pasamos por allí con el coche, ¿viste la clase de automóviles que había aparcados delante de tu casa? ¿Viste la ropa que llevaba esa gente? Y tú te encuentras en la calle a merced de las inclemencias del tiempo.

—Estoy en la calle más bien muerta de calor. —Sonreí. Me sentía muy bien oyendo a Lester decir que se preocupaba por mí y por mi problema. Encendí un cigarrillo—. Pero no acabo de creer que no exista ninguna posibilidad de echarlo de allí. Eso es lo que me resulta tan jodido.

Les me miró durante un buen rato y entornó los ojos como si estuviera pensando algo.

—¿No me contaste que ese tipo era coronel?

—Eso me dijo.

—¿De qué país?

—No lo sé, pero su mujer apenas habla inglés.

—Puede que no lleven mucho tiempo aquí, Kathy. Y quizá no sepan desenvolverse bien en esta tierra.

Lester entró en la cabaña. Le oí desnudarse.

—Kathy, he pensado que mañana llamaré al Servicio de Inmigración y Nacionalización para ver si ellos tienen algo que podamos utilizar con ese hombre.

—¿Utilizar? —No me contestó. Le oí quitar la bolsa de plástico al uniforme que había traído de la tintorería. Verdaderamente yo disfrutaba con aquello—. ¿Utilizar para qué?

—Para lo que más convenga.

Acabó de vestirse y luego volvió a salir mientras se subía la cremallera de los pantalones del uniforme y se metía por dentro la camisa. Introdujo la mano en el bolsillo y sacó los emblemas del uniforme y la insignia en forma de estrella dorada y se los prendió todos.

—¿Qué coño haces, Lester?

—Los oficiales hacen más caso de las personas de uniforme, Kathy. Vale la pena intentarlo.

Les empezó a abrocharse la camisa, pero me apresuré a acercarme a él y me encargué de hacerlo yo, como solía hacer tiempo atrás con Nicky.

—¿Y si se niega a escuchar, Les?

—Entonces subiremos el volumen.

Me pareció que se echaba a reír de su propio chiste, de la rudeza que había en el mismo. Le pedí que se estuviera quieto, le enderecé las puntas del cuello de la camisa y le besé en la garganta. Tenía intención de darle las gracias, pero Lester ya había bajado del porche. Me puse las zapatillas deportivas Reebok, salí y puse en marcha el

Bonneville mientras Les abría su propio automóvil. Lo miré cuando se incorporó para abrocharse la hebilla de la pistolera. Estaba impecable cuando subió al asiento del copiloto de mi coche; tenía las rayas del uniforme rectas y limpias y la insignia colocada justo debajo del corazón. Me fijé en que no se había prendido la chapa con el nombre. Cuando se acomodó y cerró la puerta, me incliné para besarlo y le dije:

—Te quiero por hacer esto, Lester. De verdad.

Siento un peso en el corazón mientras estoy aquí, en nuestro nuevo paseo de viuda, en el mirador. La causa de mi desazón es el recuerdo de Jasmeen, pero una vez más me siento preocupado por las dificultades a las que ya me enfrento referentes a la venta de la casa. Aunque pudiera vender esta casita y obtener los beneficios que tengo pensados, necesito además trasladar a mi familia a otro lugar, y esta vez por fuerza tendrá que ser a un modesto apartamento en alguno de esos pueblos situados en la costa. Naturalmente, ése será el modo de evitar gastar mi pool mientras busco nuevas oportunidades para invertir de forma apropiada. Pero me viene a la memoria el rostro de mi hija, la manera como me miraba durante la cena que hicimos para celebrar el estreno de la casa, aquella forma agresiva y grosera en que repetidamente, y a lo largo de toda la velada, habló de nuestro antiguo estilo de vida y se disculpó por la situación en la que la familia vivía en la actualidad. ¿Cómo nos miraría a su madre, a su hermano y a mí si nos fuésemos a vivir a una casa de campo en algún lugar como San Bruno? ¿O en Daly City, que está llena de filipinos? ¿Le daría vergüenza ir a visitarnos? ¿O traer a su marido y a la familia de éste? Todos estos pensamientos comienzan a enojarme, porque, ¿quién se cree que es esa joven para juzgar a su propio padre? ¿O quizás incluso para compadecerme? Y sí, fue compasión lo que le vi reflejado en su rostro la otra noche mientras me observaba a la luz de las velas ante el sofreh; eso, y también un poco de vergüenza. Pero también me pareció que se encontraba un poco confusa debido al cambio por el que atravesamos, y de eso sí que me culpo a mí mismo, porque nunca he permitido que Soraya se entere del estado de nuestras finanzas. Incluso durante el tiempo en que me he visto obligado a trabajar en dos empleos para mantener aquella farsa, mi hija nunca supo qué clase de trabajo hacía yo ni dónde, pues naturalmente siempre me marchaba de casa correctamente vestido y volvía del mismo modo. Quizás haya representado esa mascarada ante mis hijos por orgullo y vanidad. Quizá me haya comportado como un soosool.

Pero basta ya de autocrítica. Es ésta una costumbre que no adquirí hasta después de la caída de nuestra sociedad, cuando me encontré con más tiempo libre entre las manos del que jamás había deseado. Nunca había imaginado que alguna vez dispondría de tanto tiempo. Y ahora he de disciplinarme y centrar la atención en mis actuales tareas y desafíos. Y también debo ir en el coche a Corona para adquirir un par de carteles con los que anunciar la venta de la casa.

Compro dos carteles en los que, con letras de color rojo vivo sobre fondo negro, se anuncian: CASA EN VENTA, PARTICULAR. Justo al oscurecer sujeto con una cuerda el primero a un poste de servicio público situado al principio de la calle Bisgrove. En la parte del cartel reservado para el número de teléfono dibujo una

flecha con tinta azul que apunta hacia la colina. No se me ocurrió comprar una estaca para el segundo cartel, así que lo pego con cinta adhesiva en la puerta de la casa, a la izquierda, encima del timbre iluminado. Nadi me ha servido un poco de té del samovar en una taza y lo ha colocado sobre el mostrador. El sofreh ha desaparecido del suelo y veo que mi esposa se ha cambiado de ropa y se ha puesto ese chándal francés tan caro que le queda muy amplio por todo el cuerpo; encima se ha puesto un delantal de algodón.

No le gusta que me lave las manos en el fregadero cerca de los platos limpios que ha puesto a escurrir.

—Nakon —me dice.

Y me da un azote en el hombro de broma. Intento besarla en la nariz y me da un empujón, pero en los ojos se le nota que sonrío; me siento encima del mostrador y me como una uva. Por el pasillo llegan los extraños sonidos del juego de ordenador de Esmail. Hoy ha decidido, por su cuenta, que va a hacer otra ruta de reparto de periódicos. En mi oficina, poco antes de que Nadi nos llame al sofreh para cenar, mi hijo me ha asegurado que me dará hasta el último penique que gane para que lo destine a sus estudios y a su futuro.

—Y también puedes comprar comida con él, bawbaw-jan. Lo que tú desees.

Se encontraba de pie delante de mí, con las rodillas otra vez despellejadas por culpa del monopatín y el pelo espeso pidiendo a gritos un buen cepillado; sentí deseos de abrazarlo con todas mis fuerzas, como hacía cuando mi hijo era todavía niño. Pero ahora Esmail se dirigía a mí actuando como un joven responsable, y no quise deslucir aquel momento ni tampoco privarle de él. Me puse en pie y le estreché la mano, que noté suave y cálida y no era menor que la mía.

Me bebo el té caliente. Observo cómo Nadi seca la olla del arroz con un paño, y me siento mucho mejor que hace tan sólo unas horas; esta familia ha superado retos mucho más difíciles que la venta de una pequeña casa, y con los nuevos carteles que he colocado y el anuncio que aún sigue publicándose en los periódicos confío en encontrar comprador muy pronto. Nadi se vuelve hacia mí con la olla ya seca en las manos y empieza a hablar para recordarme que al día siguiente es el cumpleaños de su hermana. Me explica que le ha enviado un regalo, pero que además le gustaría llamarla por teléfono al día siguiente por la mañana temprano, antes de que se haga demasiado tarde en Irán. Baja los ojos como una muchachita y me dice en farsi:

—Te prometo que no hablaremos mucho rato.

Me invade aquel viejo amor por mi esposa, un amor de casi treinta años, y no puedo permitir que un «no» me salga de la boca. Suena el timbre de la casa. Nadi se sobresalta y me dirijo directamente a la puerta para abrirla; me imagino que debe de ser algún comprador, una dama o un caballero que ha visto aquellos carteles y ha decidido preguntar. Pero me encuentro con que de pie en el umbral, bajo la luz de los faroles exteriores, hay un policía alto de grueso bigote. Pienso inmediatamente en Soraya. ¿Le habrá pasado algo?



El policía señala hacia la derecha de la puerta.

—¿Ha colocado usted este cartel, señor?

—Sí. —Me siento aliviado al instante—. ¿Hay algún problema, agente?

—¿Y el otro que hay al principio de la cuesta también lo ha puesto usted?

—Sí.

El policía mira por encima de mi hombro hacia el interior de la casa; tiene las manos apoyadas en el cinturón en una actitud muy relajada.

—Por favor, pase, agente.

Me aparto para permitirle el paso. Miro hacia atrás y veo que Nadi se ha marchado de la cocina; seguro que se ha metido en su habitación. Le digo al policía que soy nuevo en la zona y que si se necesita permiso para poner carteles.

—En la casa no, pero el poste de servicio público es propiedad del Ayuntamiento.

—Comprendo. Muy bien, pondré el letrero en otra parte.

El policía se queda mirando el cuadro de la batalla del martirio que cuelga de la pared y después se acerca para ver la fotografía enmarcada en la que estamos el general Pourat y yo con el sah Pahlevi. Me acerco a la puerta.

—Quitaré el letrero inmediatamente, agente. Gracias por informarme.

Pero el policía no se da por aludido por aquella indirecta mía. Se vuelve hacia mí y me da la impresión de que sonrío bajo el bigote, que ahora veo lleva recortado de manera un poco desordenada. Me comenta:

—Se encuentra usted muy lejos de su país, ¿no?

—Es que éste es mi país, señor. Soy ciudadano de Estados Unidos.

Sonríe, pero yo ya comienzo a sentir en el pecho cierta rigidez. El policía camina por la alfombra y se pone a inspeccionar el retrato de toda la familia que se encuentra en la mesa, al lado del sofá.

—¿Era usted general, señor?

—No, era coronel. —Me aparto de la puerta y me acerco a aquel hombre, aunque me quedo de pie junto al mostrador de la cocina para que no le resulte fácil mirar por el pasillo en dirección a nuestros dormitorios. Ahora siento que un fuerte calor me invade el estómago. Y no oigo el videojuego de mi hijo. Toda la casita se ha quedado en silencio.

—Bien, agente, dígame. ¿Puedo hacer algo más por usted esta noche?

El policía saca del cinturón un pequeño bloc de notas con tapas de cuero.

—¿Puede darme su nombre completo?

—¿Es que va a sancionarme?

—No, señor, sólo necesito saber cómo se llama para hacer el informe.

Le deletreo el nombre; a continuación me pregunta el nombre de las demás personas que viven en la casa.

—No comprendo. ¿Por qué es necesario que le dé los nombres de todos los miembros de mi familia? —Le miro la insignia de policía, una estrella dorada, y debajo otra más pequeña en la que se ven dos cañones de pistola cruzados; también

una placa dorada con las letras IAP, instructor de agentes en prácticas—. ¿Y usted cómo se llama, agente?

El hombre me mira y los músculos de la mandíbula se le tensan durante unos breves instantes.

—Joe González, ayudante del *sheriff*. Déjeme hacerle una pregunta, coronel. ¿Vende usted esta casa por su cuenta?

—¿Cómo dice?

—¿Lo hace usted sin la mediación de ningún agente de la propiedad ni de ninguna agencia? De particular a particular, ¿no es eso?

—Eso es.

—¿Posee usted algún título o compañía para llevar a cabo la venta?

—No, no tengo nada de eso. —La casa está demasiado silenciosa. Seguro que Nadi se ha puesto a escuchar detrás de la puerta. Me siento un poco confuso. ¿Por qué el ayudante del *sheriff* me hace todas aquellas preguntas? Me aparto del mostrador y vuelvo a entrar en la zona de estar con la esperanza de que el policía me siga—. No deseo ofenderle, agente, pero le ruego que me excuse; tengo trabajo esta noche.

—Código Civil, 1101, para empezar.

—Sí, ya me ha informado usted de esto. Si lo desea venga conmigo a presenciar cómo quito el cartel.

Abro la puerta y la sostengo abierta para que salga.

—Le estoy hablando de la ley de Revelación, coronel. ¿No la conoce?

El agente se acerca a la pared de enfrente y examina una vez más la fotografía enmarcada en la que se nos ve a Pourat y a mí con el sah Muhammad Reza Pahlevi. El policía me da la espalda, lo que en mi país es un gran insulto. Todavía sostengo abierta la mosquitera, pero ya empieza a cansármeme el brazo; aprovecho para tomarme un breve respiro.

—No, agente, pero quizá pueda usted explicarme de qué se trata.

—Significa que tiene usted que *revelar*, coronel. Usted, el propietario, tiene la obligación de decirle a cualquier posible comprador todo lo referente a la propiedad que éste tenga derecho a saber.

—No le comprendo.

—¿Está seguro?

El policía se da la vuelta y me mira al tiempo que esboza una sonrisa.

Suelto la puerta y ésta se cierra en silencio con ayuda del muelle.

—¿Es que pretende interrogarme, señor González?

—No lo sé, coronel. Dígamelo usted. Tengo entendido que a su amigo el sah le gustaba bastante hacerlo.

—No sé con quién se cree que está usted hablando, señor, pero ya le he aguantado bastante. Ha hecho usted su trabajo, así que ahora puede marcharse.

Abro la puerta una vez más y me quedo de pie junto a ella sujetándola.

El policía se acerca a mí. Es más alto que yo. Huele a ajo y a madera chamuscada.

—Está usted acostumbrado a dar órdenes, ¿no es cierto, coronel? Permítame que vaya directo al grano. El Condado de San Mateo le ha ofrecido devolverle el dinero de la compra a fin de que esta casa se pueda restituir a su legítimo propietario. El condado no desea entablar un pleito. En realidad, coronel, nadie por aquí quiere problemas. Sólo usted. Parece que se resiste a hacer lo correcto, que es vender esta casa otra vez al mismo precio que pagó por ella para que puedan devolvérsela a la auténtica dueña. La auténtica dueña, señor Behrani. Por lo que a mí concierne, usted se ha instalado en una propiedad robada, y según veo yo las cosas, eso no va a colar, sencillamente. —El policía traspasa el umbral, y yo no puedo hacer otra cosa más que seguir mirándolo—. Tiene usted familia. Yo que usted pensaría más en ellos. Dispongo de buenos contactos en Inmigración. Y raro es el día en que no deportan a alguien. Hay muchas cosas que puedo hacer, coronel. Le sugiero que llame a la empresa de mudanzas para que no tenga que hacerlo yo. Gracias por su tiempo. Sé que no será necesario que volvamos a vernos.

Me quedo mirando al policía mientras camina por mi jardín delantero, muy bien iluminado, y se sumerge en la oscuridad de la calle. No hay a la vista coche de policía alguno. No hay automóviles de ninguna clase. Unos instantes después ya ni siquiera veo al ayudante del *sheriff*, pero sí que oigo sus pasos mientras baja por la cuesta.

Suelto la puerta y al darme la vuelta me encuentro a mi esposa y a mi hijo que me miran como si acabáramos de oír algún estruendo por allí cerca.

—¿Cheeh shodeh, Massoud? —me pregunta mi esposa Nadereh—. ¿Qué ocurre? —Mi hijo se queda mirándome durante unos instantes; luego abre el frigorífico y se sirve un vaso de Coca-Cola—. Dame una respuesta, Behrani. ¿Qué es lo que ha dicho ese hombre sobre deportar?

—Nada, no ha dicho nada, Nadi.

De pronto me siento tan cansado que me veo incapaz de pronunciar las palabras con claridad. Cierro la puerta de la calle con llave.

—No me mientas, Behrani. Lo he oído todo. ¿Quién era ese hombre?

—No me llames Behrani. No me gusta.

Me siento en el sofá, pero lo único que consigo hacer es quedarme mirando a la mesa de plata que tengo delante. No entiendo qué es exactamente lo que acaba de ocurrir. ¿Cómo es posible que la Oficina de Hacienda del Condado envíe un policía para que me amenace? ¿Cómo es posible que suceda eso en América? No he hecho nada a espaldas de la ley.

—¡Beh man beh goo, Behrani! Dime, ¿qué has hecho?

Mi mujer se encuentra de pie ante mí con el miedo reflejado en los ojos. Me levanto inmediatamente.

—¡No es asunto tuyo lo que yo haya hecho o dejado de hacer, Nadereh! ¿Es que

no confías en mí? ¿No me tienes ningún respeto? Te he explicado que ese hombre no me ha dicho nada, sólo que debo quitar el letrero del poste ese que es propiedad del Ayuntamiento, eso es todo.

Mi esposa me dice que miento. Empieza a temblar, alza la voz y me exige saber a qué nos tenemos que enfrentar; sus temores empiezan a devorarla una vez más. Tengo que salir de la casa, quitar el cartel y meditar después sobre lo que quieren obligarme a hacer, pero Nadereh me grita delante de mi hijo que soy un mentiroso kaseef y un cobarde. Me da la impresión de que lo miro todo desde un punto de vista lejano cuando la abofeteo, la sujeto por los hombros y empiezo a zarandearla. La cabeza de mi esposa se mueve bruscamente adelante y atrás mientras a mí me rechinan los dientes. Entonces noto los brazos de Esmail alrededor del pecho tirando de mí hacia atrás hasta que me hace caer sobre la mesa de té. Pasan unos instantes antes de que las patas de la mesa se rompan, y luego me encuentro sentado encima de mi hijo, en el suelo, apoyado contra el sofá, mientras mi mujer grita y llora sobre la alfombra ante nosotros. Intento ayudar a Esmail a ponerse en pie, pero el chico se levanta rápidamente sin necesidad de ayuda. Mira a su padre sólo unos breves instantes antes de desaparecer por el pasillo y meterse en su habitación. Nadereh permanece en el suelo de rodillas, chillando, gimiendo porque se ha roto la mesa de su difunta madre, asegurándome que le he estropeado todo en la vida, todo. El maquillaje negro se le ha corrido por debajo de los ojos, y cuando salgo de la casa me da golpes en las piernas, pero yo la ignoro. Siento curiosidad, sigue pareciéndome que observo esta escena desde fuera en lugar de formar parte de ella, como si no se tratase de mi familia, sino de otra. Fuera, en la oscuridad, se puede oler el océano. Hay muchas estrellas en el cielo. En la calle, tres o cuatro casas más allá, todavía oigo gritar a mi esposa. Me maldice en nuestra lengua materna, y yo agradezco que sea una lengua que nadie de este pueblo entiende.

Al llegar al final de la cuesta veo, a la tenue luz amarilla de las farolas, que ya han arrancado el cartel y que una cuarta parte del mismo todavía cuelga de la cinta adhesiva. Mientras subo por la larga pendiente de regreso a casa respiro con cierta dificultad, aunque no tengo fatigados los miembros; vuelvo a tener la cabeza clara y ya no me siento como un testigo impotente de los desgraciados acontecimientos que han tenido lugar aquella noche. ¿Por qué el agente de policía no disponía de un coche patrulla? ¿Por qué arrancaría él mismo el cartel de un modo tan impulsivo? ¿Por qué no llevaba en la camisa la chapa con el nombre, como he observado que llevan todos los demás agentes de la ley americanos que van de uniforme? ¿Y por qué titubeé al darme el nombre, González?

Cuando llego a la casita siento en el pecho fuertes dudas de que aquel hombre sea un verdadero policía. Sé que América tiene agentes que a veces se saltan la ley, pero aunque algunos hombres corruptos de la Oficina de Hacienda temieran una demanda

judicial, nunca se atreverían a enviar a un agente de uniforme como aquél, sino que enviarían hombres a los que no pudiera seguirseles la pista, ni a ellos ni a su departamento. A hombres con traje oscuro. A savakis.

Atravieso el jardín por el césped recién cortado y entro en mi hogar con determinación; mañana le haré una visita al mismo abogado que me asesoró el otro día. También visitaré la Oficina de Hacienda, así como la Oficina del *Sheriff* del Condado de San Mateo, para informarles de las amenazas que he recibido del «agente González». O quizás éste no me amenazase en nombre de ningún burócrata, sino de aquella mujer kaseef llamada Kathy Nicolo; es posible que se trate de su hermano, de su amigo o de algo más que un amigo.

Me sorprende ver que Nadereh ha dejado la mesa de plata rota en el suelo y un cuenco de pistachos y bombones esparcidos por el suelo. De su habitación sale la música melancólica de Daryoosh, ese cantante kune que tiene una voz tan linda que he llegado a despreciar. Pero frekresh neestam, da igual; ya no puedo proteger a mi esposa de las malas noticias como haría con una niña. Si tiene miedo, está triste y se siente incapaz de adaptarse a nuestra nueva vida como he hecho yo, si no puede respetarme o permanecer a mi lado ni un día más, pues que así sea. Een zendeh-geeheh, así es la vida. Nuestra vida.

Recojo los frutos secos y los bombones y luego examino las patas rotas de la mesa. Son de madera de ciprés de Turquía, y dos de ellas se han roto. Mañana las pegaré. Coloco el sobre de la mesa con cuidado encima del sofá, con las patas que le quedan sobresaliendo como si hiciesen un último saludo militar. La puerta de la habitación de mi hijo se encuentra abierta y éste se ha tumbado en la cama todavía vestido con los pantalones cortos y la camiseta sin mangas; tiene las piernas cruzadas y las manos apoyadas en el estómago. Me mira cuando entro, y luego vuelve a fijar los ojos en la pared. Cojo la silla del escritorio y me siento a su lado. En farsi le digo que lamento la pelea que ha tenido lugar entre su madre y yo.

—He hecho mal en pegarle, Esmail-joon. Cuando algún día te cases, por favor, no se te ocurra jamás hacer lo que yo esta noche.

Mi hijo no dice nada. Ni siquiera vuelve la cabeza hacia mí. Alargo la mano y le aprieto la parte superior del brazo. Esmail se pone un poco rígido, pero eludo el hecho y le comento que se va haciendo muy fuerte. Pronto será más fuerte que yo en todos los aspectos. Mi hijo deja escapar un poco de aire por la boca y cruza los brazos sobre el pecho. Ahora gira la cabeza hacia el otro lado.

—No me faltes al respeto, hijo. Mírame cuando te hablo. Esmail se sienta erguido de inmediato.

—¿Por qué me has mentado, bawbaw? —me pregunta—. Me dijiste que esa mujer no había pagado sus impuestos y que por eso le habían quitado la casa.

—Sí, por eso se la quitaron.

—Pero he oído por la ventana todo lo que te ha dicho ese policía. ¿Por qué te ha asegurado que ella era la auténtica propietaria?

—Porque están todos locos, por eso. Los funcionarios de Hacienda cometieron una equivocación y le quitaron por error la casa a una persona, a esa mujer. Y ahora esa mujer quiere que el condado nos la compre de nuevo para poder volver a instalarse aquí.

—Entonces tenemos que devolvérsela, ¿no es así? ¿Por qué no se la devuelves? Podemos vivir en otra parte.

No deseo comentar más detalles con mi hijo, pero me mira con tanta atención, con los ojos oscuros fijos en los míos, que siento que ha llegado el momento de hacerle partícipe de un poco más de la carga que soporto.

—Pesaram, hijo mío, siento haberte ocultado la verdad, pero a esa mujer le quitaron la casa porque pensaban que no había pagado los impuestos que le correspondía pagar.

—Pero ¿tú sabías que habían cometido un error?

—No cuando adquirí la casa. Pero ahora estoy dispuesto a vendérsela de nuevo para que ellos se la puedan devolver a esa mujer.

—Entonces, ¿por qué ese policía te ha dicho que nos iban a mandar de vuelta a Irán? ¿Es verdad que pueden hacernos una cosa así, bawbaw?

—No. Ahora somos ciudadanos americanos, no pueden hacernos nada.

—Pero... no lo entiendo.

—Los burócratas de Hacienda sólo quieren pagarme la misma cantidad que yo les pagué a ellos. Ya ves, no nos permiten ganar los beneficios que merecemos, Esmail. Por eso me he visto en la necesidad de vendérsela a otras personas. No nos quedaba otra elección.

Esmail se queda callado durante un momento. Mira hacia la pared, más allá de mí.

—Pero ¿y esa señora?

—Yo mismo le he recomendado que lo que tendría que hacer es demandar a los funcionarios del condado y que la indemnicen con dinero suficiente como para comprar diez casas. Si tuviese un buen abogado, Esmail, con todo este asunto esa mujer podría hacerse muy pooldar.

—Pero aquel día en el jardín me dijo que la casa se la había dejado su padre antes de morir.

Me pongo de pie.

—Su lucha es con los hombres que le quitaron esta casa, no con nosotros, Esmail-jahn. Nosotros no hemos hecho nada malo. Recuerda lo que te he contado de los americanos: no son disciplinados y no tienen el valor necesario para aceptar la responsabilidad de sus propios actos. Si esta gente nos pagase el precio justo que pedimos, nos marcharíamos y esa señora volvería aquí. Es así de simple. Pero son como niños, hijo. Quieren que las cosas se hagan siempre a su manera. ¿Comprendes?

Esmail baja los ojos y asiente con la cabeza.

—Siento mucho lo que le sucede a esa señora, bawbaw.

—Tienes buen corazón, Esmail, pero no olvides que esa mujer se niega a aprovechar la nueva oportunidad que tiene ante ella. —Vuelvo a poner la silla ante el escritorio—. Me complace mucho que hayas cogido ese nuevo trabajo de repartidor de periódicos. —Me inclino, le cojo la cara a mi hijo con ambas manos y le beso la frente y la nariz. Tiene restos de Coca-Cola seca en los labios, y se nota el olor—. Pronto todo esto habrá pasado. Lávate la cara antes de dormir. Shahbakreh.

Después de varias horas el sueño aún no me ha llegado. Estoy tendido de espaldas en el suelo de mi oficina, a oscuras, pero soy incapaz de descansar. Antes he llamado a la puerta de Nadereh, pero no me ha contestado, aunque seguro que me ha oído por encima de la música. Pero eso no es lo que me mantiene inquieto. Son las últimas palabras que me dijo ese hombre, la amenaza de ponerse en contacto con Inmigración. Desde luego a los Behrani no puede hacernos nada, ya somos todos ciudadanos americanos, pero hay que tener en cuenta a la nueva familia de Soraya; el marido de ésta ha solicitado el permiso de residencia y de trabajo, mientras que su madre y su hermana todavía esperan a que se les conceda asilo. Pero como a ese hombre no le hablé para nada de la existencia de mi hija, es posible que eso se le pase por alto.

Todos estos pensamientos me aceleran los latidos del corazón. Los músculos de la espalda y el cuello se me han puesto tensos. Pienso en ese González diciéndome que hay muchas cosas que puede hacer. A estas altas horas de la noche oigo que pasa un automóvil junto a la casa; me levanto y me dirijo a la oscura zona de estar en ropa interior. Me doy un golpe en la pierna con la pata de la mesa y suelto una maldición mientras me aproximo a la puerta. La cerradura es segura. Enciendo las luces exteriores, pero no veo nada más que unos cuantos insectos volando y el césped del jardín. Dejo la luz encendida y me hago la cama en el sofá.

Yo fumaba un cigarrillo sentada tras el volante del Bonneville cuando vi bajar a Lester con paso enérgico por la calle Bisgrove a la luz de las farolas; arrancó del poste el cartel que decía: CASA EN VENTA y subió al coche. Arranqué y reprimí las ganas de preguntarle qué había ocurrido hasta que hubimos circulado un trecho. Cuando le manifesté mi curiosidad, Les me dirigió una fugaz mirada con las manos apoyadas en las piernas, casi como si hubiese sabido que iba a hacerle aquella pregunta y a pesar de ello albergase ciertas esperanzas de que no lo hiciera.

—Es evidente que ese tipo sabe lo que hace.

—¿Qué quieres decir?

Arrojé el cigarrillo por la ventana y el corazón me empezó a latir tan rápido que casi se me sube a la garganta. Salíamos del pueblo e íbamos a coger el atajo hacia San Bruno por la autovía Junípero Serra. Habíamos decidido que iríamos al guardamuebles para recoger algunas cosas que nos hicieran más fácil la vida en la cabaña de pesca: una caja de velas que yo no había abierto desde Navidad, vasos, platos, cubiertos y la pequeña barbacoa que Nick solía utilizar para hacer hamburguesas con champiñones en la parte de atrás del jardín. La niebla empezaba a avanzar hacia el interior desde la playa y los faros del coche la iluminaban y la hendían con haces de luz.

—Bueno, cuéntame qué ha pasado, Les.

—Pues que se le ha ocurrido preguntarme cómo me llamaba, Kathy. Y he tenido que mentirle.

No acerté a interpretar el tono de voz de Lester. ¿Es que me echaba a mí la culpa? ¿De quién había sido aquella jodida idea? Entré en la autopista, cuya iluminación convertía la niebla en bruma, y apreté el acelerador.

—¿Y qué le has dicho a ese capullo árabe?

—No es árabe, es iraní. Y además me parece que el dinero le sale por las orejas. O por lo menos antes era así. En la pared hay una foto de él con el sah. El sah de Persia. Ese tipo tiene fortuna propia.

—¿Qué le has dicho, Lester? —Yo apretaba el volante con las manos. Tenía ganas de gritar. Les me miró y luego volvió los ojos hacia la ventanilla—. Te lo juro por Dios, Lester, si no te das prisa en contarme qué ha pasado allí, acabaré por salirme de la carretera.

—Le he dado un ultimátum.

—¿Qué?

—Le he dicho que llamaría a Inmigración para hablar de su familia, y le he insinuado que podría ponerme más desagradable si no se larga de ahí.

—¿Eso le has dicho? —Solté una risa nerviosa al tiempo que aceleraba para adelantar a un camión manchado de barro—. ¿Y qué ha hecho él?

—Me ha pedido que me marchara, pero estoy seguro de que lo he puesto



nervioso.

—¿Le has hablado de mí?

—No he mencionado tu nombre.

—Mierda, Les.

Volví a reírme.

—Y además se le nota que está acostumbrado a dar órdenes a todo el mundo. Creo que tenías razón, es probable que se dedique a comprar y vender propiedades sólo para sacar tajada. He hecho bien. Ese tipo es escoria.

—¿Crees que llamará a la Oficina del *Sheriff*?

—No. Es su palabra contra la mía. Además sólo sabe que soy un mexicano llamado González.

Los dos nos reímos mucho, aunque lo que Lester había dicho no tenía tanta gracia. Yo volvía a tener la impresión de que cualquier cosa era posible de nuevo, y creo que a Lester le sucedía lo mismo. Y eso era lo único que nos unía, ¿no? Aquella sensación de que podíamos empezar de nuevo, partiendo de cero, con todas las deudas saldadas.

Una vez en el guardamuebles de San Bruno, Les sostuvo la linterna en alto mientras yo rebuscaba entre mis cosas para coger lo que necesitábamos. En el bar de camioneros situado al lado del motel El Rancho se oía una orquesta tocando en directo. Una mujer cantaba ante el micro. Puse las almohadas y las sábanas dobladas en el asiento de atrás y todo lo demás en el maletero. Me había manchado los dedos con la barbacoa, así que volví a entrar en el guardamuebles y me los limpié como pude con papel de periódico. Llamé a Lester y le dije que yo no quería volver a la cabaña todavía. Me contestó que él tampoco, pero que no podía ir a ningún sitio vestido de uniforme. Le cogí la linterna, me puse a buscar y encontré una camisa azul de Nick. Estaba arrugada y a Lester le iba demasiado grande, pero se la puso de todos modos; le quedaba muy ancha en la cintura y las mangas eran demasiado cortas. Se quitó el cinturón con la pistola y lo guardó en el maletero; luego se quedó allí de pie, con los pantalones de policía, los zapatos negros y aquella camisa tan arrugada. Me eché a reír al verlo.

—Pareces un guarda jurado al que acabasen de despedir.

Lester también se rió; me hizo una llave en el cuello para sujetarme y me besó en la frente.

No fuimos muy lejos con el coche, sólo cruzamos la carretera y nos metimos en el bar de camioneros que, a pesar de ser lunes por la noche, se encontraba muy lleno; el público lo formaban principalmente hombres vestidos con tejanos de faena y camisa, que les quedaba muy tirante a causa de la barriga. Algunos se habían sentado a una mesa en compañía de la esposa o la novia, mujeres que iban vestidas exactamente igual que ellos, muchas con camisetas procedentes de rodeos o de ferias ambulantes. El suelo, las paredes y el techo estaban pintados de negro y la luz principal procedía de varios focos colgados por encima de la banda de música, del corto escenario de

conglomerado de madera y de la pequeña pista de baile con suelo de parqué. Ese extremo de la sala era todo rojo, naranja y verde, y el resto de la gente quedábamos en la penumbra.

Les y yo nos sentamos a una mesa junto a la pared, no lejos de la orquesta, que tocaba una canción *country* con ritmo rápido. Les se dirigió a la barra a fin de buscar algo de beber para los dos, y yo aproveché para encender un cigarrillo, un poco preocupada por lo que me trajese para beber; estuve observando a una pareja que bailaba en la pista, un hombre y una mujer fornidos, los dos con botas de *cowboy*, tejanos y camisetas oscuras, que se movían rápidamente al compás de la música.

Les regresó a la mesa con una jarra grande de cerveza y dos vasos. Me sirvió hasta que la espuma empezó a rebosar y tuve que recostarme en el asiento y beberme la tercera parte. Estaba helada y me quitó el sabor a tabaco de la boca y de la garganta. Les acabó de servirse, me sonrió e hizo chocar su vaso con el mío en un brindis, pero la banda de música tocaba demasiado fuerte para poder hablar, así que se volvió de lado en la silla y los dos nos pusimos a mirar a la pareja que bailaba. La vocalista de la orquesta era muy guapa y contaría veinticinco o veintiséis años. Tenía el pelo rojo y rizado, al menos parecía de ese color bajo los focos del escenario; llevaba tejanos ajustados y hacía gala de una voz realmente fuerte. El bajista era un hombre calvo, más próximo a los cuarenta que a los treinta; traté de imaginarme a Nick tocando en una banda como aquélla, en un local así, pero no lo conseguí. Cierta noche en que le había insinuado que intentara conseguir un empleo en un grupo local, o quizá tocar en algún club, se había limitado a mover la cabeza de un lado al otro y a preguntarme luego si se me había olvidado lo que significaba la B de B.E.S.T.I.A. Le dije que no, que no se me había olvidado pero, sin embargo, sentí vergüenza de mí misma. Los clubes eran una oportunidad de beber, de emborracharse. Pero ahora, al ver que ya me había terminado el primer vaso de cerveza, Les me lo llenó otra vez, y noté como si la cabeza se me aflojase sobre el cuello; tuve la certeza de que en realidad el miedo a beber no tenía nada que ver con el motivo por el que Nick nunca había querido ir a una audición de bajo; como la mayoría de los adictos, él tenía el peor miedo de todos, que sus sueños se hicieran realidad.

Y yo no había estado en una cantina, caldeada y oscura, ruidosa y llena de humo como aquélla, desde que consumía coca y trabajaba en el Tip Top con Jimmy Doran. Pero ahora me sentía bien porque no había a la vista ninguna araña ni serpiente blanca, y de todos modos aquella época se me antojaba muy lejana, casi como si fuera otra persona y no yo quien la hubiese vivido. Ahora yo tenía un hombre maduro en mi vida, no un adicto que intentaba colgarme a mí su propia rehabilitación. Observé el perfil oscuro de Lester a contraluz de los focos anaranjados que teníamos delante, le miré los ojos profundos, la nariz pequeña, el bigote debajo de la misma. Me bebí la mayor parte de la segunda cerveza y volví a llenarme el vaso. La jarra se iba vaciando y quería que Les fuera a buscar otra. Era un hombre muy serio, y yo estaba segura de que de alguna manera él conseguiría que yo volviese a mi casa y

quería que le mereciera la pena hacer aquello. Yo sabía que Lester sufría por sus hijos. Me pregunté cómo sería tener hijos y verse obligado a vivir lejos de ellos porque uno ya no quiere a su pareja, y me pasó por la cabeza la bonita imagen de los hijos de Les viniendo a visitarnos a mi casa, durmiendo en la habitación de invitados o quizás incluso con nosotros. Me acabé la cerveza y me serví un poco más, y a Lester también. Este me sonrió y yo levanté en alto la jarra grande vacía, pero Les me hizo un gesto con la cabeza en dirección a la pista, donde ya había dos parejas más; después se levantó y me cogió de la mano. Yo ya notaba el efecto del alcohol y seguí a Lester Burdon al centro de la pista.

Me desperté porque la luz del sol me daba en la cara. Entraba por la ventana de la buhardilla a través de las ramas de los árboles que había delante; me di la vuelta y aparté la sábana con los pies. Estaba desnuda, sudaba y tenía la boca tan seca que cuando intenté tragar, la lengua se me pegó durante un instante en el paladar y luego se soltó produciendo un chasquido. Noté olor a café, que me revolvió el estómago, y oí el crepitar de la leña, pues había fuego encendido en la planta baja. No oí a Les moverse por ninguna parte. Tenía ganas de orinar, pero necesitaba beber algo muy frío y dulce, algo como zumo de sandía o de mango. Recordaba confusamente a Lester al volante del Bonneville cuando nos fuimos del bar mucho después de medianoche. Yo iba sentada muy hundida en el asiento del copiloto, mirándole, a la luz del velocímetro, la cara a Les mientras éste conducía y no hacía más que decir que estaba borracho pero que me deseaba, me deseaba terriblemente. Poco después, tras abandonar la autopista Cabrillo, nos detuvimos; nos encontrábamos en la parte de atrás de una tienda de la playa y nos pusimos a hacer el amor en el asiento delantero. Yo debía de estar muy seca, porque ahora sentía escozor allá abajo. Y además no recordaba el trayecto desde allí hasta la cabaña. Cuando me senté noté que me dolían los ojos y que tenía la cabeza pesada.

Me puse la ropa interior, los pantalones cortos, la camisa de Nick que Lester había llevado la noche anterior y bajé descalza. El puchero de café se hallaba en el fogón, que ya no estaba encendido aunque todavía humeaba. Cogí una servilleta de papel y salí al porche. A Lester no se le veía por ninguna parte, y el sol brillaba sobre los árboles y la maleza. Sólo anduve un corto trecho hasta el montón de leña antes de agacharme a orinar con los ojos cerrados, pues me molestaba terriblemente la luz del día; olía a leña cortada. Lo único que me apetecía era tomarme cuatro aspirinas y un refresco e irme a ver una película en cualquier cine con aire acondicionado. Era martes, el día en que no tenía que limpiar ninguna casa. Quizá Lester quisiera ir conmigo, quizás incluso viéramos dos películas seguidas.

Me cepillaba los dientes en el porche, utilizando un vaso de agua helada de la fresquera para enjuagarme, cuando advertí que Lester subía por el sendero que llevaba al río. Venía con el pecho desnudo, el pelo negro mojado y chorreando, y traía

un vaso de café vacío en una mano y la camiseta en la otra. Sonrió al verme y me preguntó si había dormido bien. Yo tenía la boca llena de agua y pasta de dientes, y me volví de espaldas para escupirlo todo por encima de la barandilla del porche. Lo que más deseaba era meterme en un cuarto de baño. Necesitaba una ducha caliente, un espejo limpio y una puerta que se pudiese cerrar con llave. No sé qué aspecto presentaba yo cuando me volví hacia Lester, pero confié en que fuera un poco mejor de lo que a mí me parecía. Me pregunté si Lester también tendría resaca igual que yo, pero no quise hacer averiguaciones al respecto; no deseaba que se fijase en el hecho de que yo había bebido.

—He dormido como un tronco. ¿Y tú?

—No sé, estaba demasiado borracho para notarlo.

Se puso la camisa y luego subió al porche para abrazarme y besarme. Los labios de Lester sabían a café, pero él olía a río, a barro y a musgo.

—Anoche me lo pasé estupendamente —me aseguró. Pero parecía deprimido al decirlo, como si aquello hubiera pasado hacía mucho tiempo.

—¿Has ido a nadar?

—No, sólo me he mojado la cabeza.

Lo seguí hasta el interior de la casa y me sirvió un poco de café; luego volvió a llenarse la taza y nos sentamos uno frente al otro ante la mesita situada debajo de la ventana, cuyo sobre quedaba iluminado por un rayo de sol. Les se puso a mirar hacia el exterior; la cara le quedaba sumida en la sombra. Hice ademán de cogerle una mano por encima de la mesa, pero noté algo que me hizo detenerme.

—¿Te encuentras bien?

Lester me miró directamente.

—A veces me siento culpable porque me pagan por vagar por ahí y pensar en distintas cosas. ¿Sabes hasta qué punto la mente puede divagar? Y siempre me encuentro con que pienso en Carol y en cuánto me gustaría verla casada con alguien que la quisiera tanto como ella a él. —Miró por la ventana. Yo tenía ganas de fumar un cigarrillo, pero temía que si me levantaba para ir a buscarlo Lester dejase de hablar—. Una vez detuve el coche en un 7-Eleven justo un poco antes de que cerrasen. Un chico acababa de cometer un atraco armado con una pistola, pero yo todavía no me había dado cuenta; bajaba del coche patrulla justo cuando el muchacho salía por la puerta principal. Era un chico filipino verdaderamente delgado, de dieciséis o diecisiete años como mucho, que llevaba en una mano un montón de billetes y en la otra un revólver plateado que apuntaba directamente al cielo porque había utilizado aquella misma mano para empujar la puerta y abrirla. Y ninguno de los dos nos movimos, sólo nos quedamos allí parados mirándonos.

»Yo no estaba tranquilo, pero tampoco asustado. Sólo era consciente de que respiraba y de que el corazón me latía, y él también. Yo podía sentir todo, sentía lo de los dos. Como si fuéramos un mismo cuerpo. Entonces le pregunté si quería que hablásemos un poco, y me contestó que sí con la cabeza mientras todavía sostenía

aquella pipa en la mano. Yo tenía las dos mías encima de la puerta del coche para que el chico pudiera verlas, pero al parecer éste se había quedado clavado en el sitio y no era capaz de actuar, ni de retroceder o avanzar. Oí que el cajero se movía por el interior de la tienda, así que le indiqué al muchacho que podía entregarme la pistola si lo deseaba, pero que no era necesario que me la diese si no quería, que no tenía que hacer nada que no quisiese hacer.

»Y entonces se echó a llorar, Kathy. No recuerdo cuándo me aparté del coche patrulla, lo único que sé es que me encontré delante de él, y que era más joven de lo que me había parecido en un principio, no más de doce o trece años; me puse a descargar su pistola y mientras tanto el chico lloraba tanto que acabé rodeándolo con el brazo. Tenía la espalda muy delgada, y yo lo abrazaba mientras le decía que había hecho lo correcto. Que todo saldría bien. El dependiente de la tienda salió gritando algo, pero no escuché lo que decía. Sentí las manos aceitosas. La voz me sonaba rara. No dejaba de decir cosas para consolar al niño, pero las decía tanto para mí como para él.

—Jesús, Les.

Me incliné y puse una mano sobre la suya, pero Lester se levantó, se acercó con la taza al fogón y se sirvió el café que quedaba.

—Y yo no hacía más que pensar en mi propio hijo, en Nate, y me prometí por centésima vez que lo cuidaría tan bien que él nunca tendría que pasar por una situación tan desesperada como aquélla. Y resulta que lo he hecho al revés.

Lester miró hacia el exterior a través de la mosquitera; se quedó allí parado, descalzo, tan alto, con la camisa colgando por fuera de los pantalones vaqueros y los hombros ligeramente encorvados. Había algo en él que yo no había advertido hasta ahora, algo que sólo había presentido, cierta bondad oculta tras toda aquella tristeza que se le manifestaba en la mirada, puede que incluso resignación por todo lo que nunca podríamos ser, ni él ni yo.

—Hoy necesito ir un rato a mi casa. —Asentí con la cabeza, pero alguna idea oscura se abrió paso en mi interior—. Necesito explicarle las cosas más detenidamente a Carol. Y también a Nate y a Bethany. Lo mejor será que me encuentren en casa cuando vuelvan del colegio.

Se miró las manos; pensé que había utilizado la palabra «casa» dos veces en pocos segundos.

—Está bien, Lester. Me iré al cine o haré cualquier cosa y te veré cuando vuelvas.

—No te merezco.

—Sí me mereces.

Esbocé una sonrisa, me acerqué y le di un beso abriendo la boca contra la suya, pero Les abrevió y subió rápidamente al desván para coger los zapatos. Lo único que yo quería saber era si Lester empezaba a decirse a sí mismo que no me merecía para poder dejarme. ¿Es que iba a dejarme? Pero la pregunta se me hacía tan desagradable que me dio miedo expresarla en voz alta, pues hacerlo era como si un monstruo con

garras y colmillos cobrase vida para interponerse entre nosotros.

Nos mantuvimos en silencio mientras caminábamos entre los árboles hacia los coches. Yo sudaba y habría jurado que olía mal. Cuando Lester llegó al coche familiar se dio la vuelta hacia mí, me sujetó la cara con las dos manos y me dio un beso fuerte y seco. Me dijo que me vería más tarde y se metió en el coche. Di marcha atrás al mío para que él pudiera salir.

Me quedé sentada en el porche, a la sombra, y me fumé el último cigarrillo. Tenía la boca y la garganta secas y los dedos me temblaban un poco, aunque no sabía si era debido a lo que había bebido la noche anterior, al café y la nicotina de aquel día o a la idea de que la pena que Lester sentía por sus hijos era tanta que ya no volvería conmigo jamás.

Me alejé con el Bonneville y conduje hasta una gasolinera de la autopista Cabrillo en la que había una pequeña tienda de comestibles. Compré dos botellas de Coca-Cola y tres paquetes de cigarrillos. Aunque era todavía temprano por la mañana el sol brillaba con fuerza y se reflejaba en la fachada blanca del pequeño edificio, tanto que me dolía el cerebro sólo de mirar hacia allí. Observé los coches, las furgonetas y los Jeeps que pasaban por la carretera iluminados por el sol; la gente que los ocupaba era joven y alegre, y me imaginé empotrándome directamente con mi automóvil contra ellos. Pero ningún coche iba lo suficientemente rápido como para poder llevar a cabo la faena de forma correcta, lo único que conseguiría sería echar a perder el coche que Frank nos había regalado a Nick y a mí, que además ahora era lo único que yo poseía; nadie iba a velocidad suficiente como para borrarne del mapa. Y eso era lo que yo deseaba, mi propia destrucción. Que acabasen conmigo. Que sólo quedase una mancha de todo ese ir y venir sin esperanza que parece que es la vida, mi vida.

La resaca me había deprimido profundamente. Empecé a sentir miedo de todo lo que se movía: el tráfico que tenía delante, el empleado de la gasolinera que le ponía combustible a un Jeep, la cometa solitaria que revoleaba sobre el océano, mi propia mano poniéndome en los labios otro cigarrillo.

Moví la palanca del cambio y me dirigí hacia el norte por la autopista de la playa. Encendí la radio, pero al oír que un *diskjockey* pregonaba un viaje gratis a Cancán con voz muy animada, la apagué, y también apagué el aire acondicionado. Bajé el cristal de la ventanilla y dejé que me diera en la cara el aire de la playa. Pasé por la bahía Half Moon en dirección a El Granada y pensé en la historia sobre aquel chico filipino que me había contado Lester. Luego me lo imaginé abrazando a sus dos hijos, a su hijo y a su hija, y el remordimiento se apoderó de mí de tal modo que me entraron sudores y sentí náuseas. Nunca al pensar en todo aquello me había puesto en el lugar de los niños. Sólo me los había imaginado en mi casa riendo y jugando, comiendo cosas que yo cocinaba para ellos, durmiendo en la habitación donde Nick solía ensayar. Ahora me los imaginé llorando por la noche hasta quedarse dormidos. Apagué el cigarrillo y encendí otro. Bebí un poco de Coca-Cola pero aquello no era más que unas cuantas sustancias químicas pasando por mi garganta. Noté que me

ponía a temblar al darme cuenta de que había sido demasiado débil para hacerme cargo de mi propia situación, y ahora me permitía tener buena parte de culpa en la destrucción de la familia de otra persona. Mientras atravesaba Montara y me dirigía hacia el norte, hacia Point San Pedro y Corona, intenté hacer lo que solían recomendar en el Grupo para animar a los demás: hazte a ti misma las preguntas que más miedo te dan en la vida. Pero yo ya sabía la respuesta; sabía por qué me había emborrachado la noche anterior, por qué volvía a fumar tanto y por qué me acostaba con Lester Burdon. Perder la casa de mi padre había sido el empujón decisivo para iniciar un largo recorrido hasta el límite. Pensé en volver a llamar a Connie Walsh y decirle que le pusiese una demanda al condado y le pidiese todo el dinero que pudiera conseguir. Pero eso llevaría meses, quizás años, y aun así la única herencia que nos había dejado mi padre a Frank y a mí habría desaparecido para siempre; aunque no fuera más que una casita en un pueblo de playa de renta baja, me negaba a ser yo la única de la familia que había dejado escapar la herencia.

Empecé a conducir más rápido. Veía continuamente la cara de mi madre, en esta ocasión con una expresión diferente, la misma expresión con la que me miraba después de que Nick y yo nos hubiésemos casado y estuviésemos racionalmente rehabilitados, cuando ambos teníamos trabajo, cuando en las reuniones familiares, en los bautizos, en los cumpleaños o alguna cena de domingo la sorprendía con los ojos clavados en mí; la miraba de reojo y veía que me observaba con los labios entreabiertos pero ligeramente fruncidos, como si no supiera bien qué pensar. ¿Se habría equivocado conmigo? ¿Sería verdad que ahora yo ya iba a cambiar para bien? Y en cierto modo el hecho de que mi madre me observase, de que me mirase conteniendo la respiración al hacerlo, era como si fuese yo misma quien me estuviera observando. Yo era ella y ella era yo, y no podía soportar ni tolerar mi propia compañía, ni tolerar el centro de mi ser.

El aire del mar que entraba por la ventanilla del lado del conductor era cálido y olía a humo de tubo de escape y a algas. Yo sudaba bajo la ropa, sudaba la cerveza y la nicotina de la noche anterior. Me pregunté si Lester, en su borrachera, se habría corrido dentro de mí. De pronto sentí que me encontraba a punto de echarme a llorar, y no sabía si eso significaba que quería a aquel hombre o que no. No estaba segura. Y necesitaba desesperadamente tomar una ducha prolongada.

Cuando entré con el coche en el centro de Corona y pasé lentamente junto a las tiendas de uno o dos pisos, el resplandor del sol al reflejarse en los escaparates me hizo daño en los ojos a pesar de llevar puestas las gafas de sol; pensé en alquilar una habitación de motel por un día para recuperarme. Pero ¿recuperarme para qué? ¿Para esperar más? ¿Para seguir resbalando hacia aquel límite oscuro? Así que en vez de eso me dirigí a la casa que me encargo de limpiar junto al río Colma, la casa del contable divorciado, y entré en ella. Me duché en el cuarto de baño de la planta baja y deseé haber tenido todavía la maleta en el coche. Quizás habría podido llevarme todas mis cosas de la cabaña de pesca, volver a meterlas en el guardamuebles y

liberar a Les del anzuelo por completo.

Me sequé el pelo con una toalla y caminé desnuda por el pasillo hasta la habitación de la hija. La luz del sol entraba por la puerta de vidrio corrediza por la que se salía a la terracita que daba al río, y la cama estaba hecha. Había una muñeca Cabbage Patch, un gato Garfield de peluche y dos ositos apoyados en las almohadas. Anduve descalza sobre la moqueta, abrí el cajón superior del buró y saqué unas braguitas amarillas de algodón. Me iban un poco pequeñas y me apretaban en las caderas, pero estaban limpias. Me abroché el sujetador, me puse los pantalones cortos de color caqui que uso para trabajar, y que seguían oliendo a repelente de mosquitos y a humo de leña, y después utilicé el secador que había sobre la cómoda para secarme y ahuecarme el pelo. Luego abrí los demás cajones, saqué una camiseta turquesa de Fisherman's Wharf cuya talla era demasiado grande para la hija y me la puse mientras me decía a mí misma que se la devolvería limpia y planchada. En el espejo vi que tenía la cara pálida y los ojos fatigados. Había un neceser de cosméticos de color púrpura encima de la cómoda y me puse a rebuscar en su interior hasta que encontré un lápiz de ojos y colorete. Resultó que éste era demasiado rosa para mí, así que me quité con los dedos todo lo que pude, aunque seguía notándose bastante. Era ese color que se ponen las animadoras en los partidos, tan luminoso y alegre que hace que las mejillas a veces parezcan fluorescentes. Estaba bien que me dieran un aspecto alegre, pero no quería parecer vulgar, no a los ojos de la mujer del coronel. Porque en el trayecto desde la cabaña hasta allí había decidido que era con ella con quien tenía que hablar. Si era verdad que aquella mujer no se hallaba al corriente de la situación, yo se la explicaría. Iría allí, esperaría a que el marido se marchase y entonces hablaría con ella. Sin amenazas. Sin ningún hombre que presionase para salirse con la suya. Sólo dos mujeres hablando de nuestros problemas.

Volví al cuarto de baño, doblé la toalla húmeda y la coloqué pulcramente en el estante que había junto al lavabo; luego abrí el botiquín y saqué del frasco cuatro tabletas de Anacin, eché la cabeza hacia atrás y me las tragué de una en una sin agua. Un coche se detuvo en la calle allí cerca y luego oí que se apagaba el motor; contuve la respiración y me quedé inmóvil. La puerta del automóvil se cerró de golpe y luego oí que la puerta principal de la casa de al lado se abría y se cerraba a continuación. Respiré con alivio. Eché un último vistazo al cuarto de baño, me puse las gafas de sol y me marché pensando que lo que acababa de hacer estaba mal; que estaba muy mal invadir el hogar de otros.



Hace un día de sol, luminoso y demasiado caluroso para el traje completo y la corbata de seda que me he puesto; paso conduciendo por delante de los grandes centros comerciales y de concesionarios de automóviles, de los restaurantes y de las *boutiques* de ropa de Redwood City. Desde que salí de la oficina del abogado, en Corona, me he permitido el respiro que proporciona el aire acondicionado, pero es el único alivio que experimento. Mientras tomábamos otra taza de ese café americano tan flojo y a cambio de otros ciento cincuenta dólares, el abogado de la pajarita me ha confirmado mis sospechas sobre la visita que nos hizo ese tal Joe González. Me ha dicho que es altamente improbable que ninguna persona de la Oficina de Hacienda del Condado haya enviado a un agente de policía para amenazarme. Y cuando le informé de que aquel hombre llevaba una estrella dorada de la Oficina del *Sheriff* del Condado de San Mateo, pero que no lucía ninguna placa en la que constase el nombre, cosa que yo sé es obligatoria en este país, una expresión de preocupación le pasó por la cara al abogado y me dijo que Corona quedaba en la jurisdicción de esa oficina. Los telefoneó él directamente, pero no me sorprendió nada descubrir que allí no había ningún agente con ese nombre. El abogado me pasó el teléfono y un hombre que se identificó como teniente me preguntó si me importaría hacer el viaje hasta Redwood City para hablar de ello.

El edificio del Ayuntamiento tiene ocho o nueve pisos de altura y está situado frente al juzgado cuyo tejado es una cúpula muy grande de cristal. Al momento me recuerda a una mezquita de Qom, y su sola visión me produce un consuelo y una sensación de confianza que hasta ahora no había sentido. Y también es agradable entrar en el edificio; los techos son altos y el suelo de mármol pulido. Un oficial me indica que me dirija al quinto piso, donde veo que hay hombres con el mismo uniforme que el presunto señor González sentados ante distintos escritorios atendiendo llamadas telefónicas o escribiendo en ordenadores. La escena me trae de nuevo recuerdos de mi antigua vida, de mis oficinas en Mehrabad, y me pongo en posición de firmes cuando el teniente con el que hablé desde el despacho del abogado viene a saludarme. Tiene la piel oscura y es un hombre muy aseado y con ese pelo tan corto propio de los marines americanos o de los oficiales del ejército. Me informa de que trabaja en Asuntos Internos y me conduce hasta su despacho, donde me sugiere que le haga una descripción física del agente que me hizo la visita. Naturalmente, hago hincapié en la gran estatura y en el bigote de aquel hombre. El teniente me pregunta si el policía llevaba alguna insignia o placa en particular prendida de la camisa, y le indico que me fijé en la estrella dorada y en la insignia con dos cañones de pistola cruzados, y cuando le hablo de las letras doradas IAP se queda mirando hacia mí con gran atención y luego se excusa y sale de la habitación para regresar al cabo de pocos minutos con una hoja en la que se ven fotografías en blanco y negro del rostro de algunos agentes.

—Sólo hay ocho instructores de agentes en prácticas en todo el cuerpo —me comenta el teniente, aunque no le veo sonreír por nuestra buena fortuna.

Inmediatamente señalo el rostro del señor González, que se encuentra en la segunda hilera de fotos, y tomo nota de su nombre: Burdon, Lester V.

—¿Tiene usted la absoluta certeza de que éste es el agente, señor?

—Sí. Es él, seguro. Es el hombre que me amenazó.

El teniente escribe algo en un bloc de hojas de papel. Luego me hace algunas preguntas más para intentar averiguar por qué aquel hombre, desconocido para mí, podría tener interés en que yo abandonase la propiedad. Así que le expliqué nuestra situación y le indiqué también que creía saber el motivo por el que aquel hombre se había implicado. ¿Cabía dentro de lo posible que fuese amigo de la anterior dueña? El teniente me entrega un formulario para presentar una denuncia formal y tardo casi tres cuartos de hora en rellenarlo y en explicar con mi caligrafía más clara y en mi mejor inglés lo que me había sucedido la noche anterior. El teniente me da las gracias y me acompaña hasta el ascensor. Me asegura que se ocupará del asunto en breve y que, por favor, no dude en llamarlos si alguien vuelve a molestarme.

Conduzco hacia el norte por la autovía Bayshore. Me aflojo el cuello de la camisa y la corbata mientras pienso y son muchas las cosas que experimento. En aquel edificio tan disciplinado, entre los agentes de la ley, me sentí como cuando uno se encuentra con un primo lejano y ve reflejado en el rostro de éste al propio hermano o a la propia hermana; aunque nunca hasta entonces haya visto a ese pariente antes, se apodera de uno el impulso de abrazarlo simplemente porque se comparte con él la misma sangre. Y así es como yo me sentí en cuanto me hallé entre aquellos hombres uniformados. Y empiezo a poner en tela de juicio mi deseo de encontrar empleo sólo en compañías aeroespaciales. A lo mejor sería posible, después de vender la casita y mientras busco oportunidades para realizar alguna inversión prudente, encontrar un puesto en cualquier departamento de policía local. ¿Chera na? ¿Por qué no? Ahora soy un ciudadano nacionalizado. Y me contentaría con un empleo de despacho, con contestar al teléfono o quizá vigilar presos, tomarles las huellas o cualquier otro trabajo del estilo. Podría trabajar entre hombres con sentido del deber y de la disciplina.

Pero mientras tanto, naturalmente, tengo otras varias preocupaciones apremiantes. En todos mis años de militar tuve repetidas ocasiones de presenciar lo que puede llegar a ocurrirle a los soldados que informan a un oficial de alguna infracción cometida por otro soldado. Que a partir de entonces ya no se confía en él; le hacen el vacío e incluso llegan a pegarle. A un hombre, un joven soldado de las fuerzas aéreas llamado Mehran, lo ahogaron en el retrete en Mehrabad, y nunca averiguaron quién lo había asesinado. Así que no me hago ilusiones sobre cómo se tomará ese tal Burdon el hecho de que yo haya informado sobre él. Mientras paso conduciendo el Buick Regal por el aeropuerto de San Carlos el sol brilla sobre las pistas situadas más allá de la valla de la autovía. Y considero la posibilidad de vender la casa al condado

simplemente por la cantidad que pagué por ella y de aceptar incluso la pérdida de lo que me costó el paseo de viuda. Tendríamos casi lo mismo que al empezar y me quitaría de encima todos estos problemas. Pero ¿qué haría entonces? ¿Trabajar en el Departamento de Carreteras o en otra tienda de artículos básicos, quizás en algún departamento de policía, mientras veo cómo desaparece el resto de nuestros ahorros? No, eso ya no puede ser. Es evidente que me he topado con una oportunidad inmobiliaria que sólo se produce de vez en cuando como resultado de algún error burocrático. Es casi imposible, tal como está el mercado, que consiga triplicar mi dinero con la misma seguridad con que puedo hacerlo con esta casita de la calle Bisgrove. No, lo que tenemos que hacer es quedarnos ahí y vender. A veces en esta vida sólo se nos presenta una verdadera oportunidad y hay que aprovecharla, no importa el riesgo que implique.

Pero ahora he de pensar cómo puedo protegerme a mí mismo y a mi familia, y aprieto con fuerza el volante de la rabia que siento al verme obligado a considerar estas cosas. No tengo armas. Sólo la daga de cosaco que le compré en un bazar a un azerbaiyaní junto al mar Caspio y que utilizo de pisapapeles. Quizá no haya sido demasiado prudente por mi parte denunciar a ese tal Burdon. ¿Habría sido mejor dejar las cosas como estaban? ¿Tratar simplemente de olvidar las amenazas de aquel hombre y proceder a vender la propiedad? En Teherán mi chófer Bahman llevaba pistola y, desde luego, yo tenía un arma propia, aunque en ningún momento hasta la caída de nuestra sociedad tuve necesidad de utilizarla. Era un regalo que me había hecho en Tel-Aviv cierto ejecutivo norteamericano para celebrar la venta de varios aviones F-16 a las Fuerzas Aéreas Imperiales, una pistola del calibre 45 chapada en plata; en la culata llevaba en relieve un *cowboy* americano y un caballo encabritado. La noche en que salimos huyendo de Teherán yo llevaba aquella arma cargada y metida en el cinturón, pero una vez que llegamos a Bahrain no quise tener complicaciones legales en nuestro vuelo a Europa, así que no me quedó más remedio que deshacerme de la pistola. Pero ahora deseaba sentir el peso del arma en la mano, el relieve del *cowboy* y del caballo contra la piel. Pero ¿y luego qué, *genob sarhang*? ¿Le disparo a ese Lester V. Burdon si vuelvo a verlo? ¿O simplemente le apunto con el arma para que él se vea obligado a sacar la suya y después nos disparamos el uno al otro? No, *man beehoosham*, soy estúpido; este tipo de pensamientos no pueden conducir a nada bueno, sólo traerán destrucción. Y yo no soy mi tío de Tabriz.

Cerca de San Bruno dejo la carretera y me dirijo al centro comercial a fin de adquirir cola de pegar madera para la mesa de Nadi. Es casi mediodía, tengo sed y hambre y el sol me calienta la cabeza calva mientras atravieso el enorme aparcamiento. Me viene a la memoria la primavera pasada, nuestro ayuno de treinta días del Ramadán, cuando sólo hacía una comida pequeña antes de amanecer y luego otra después de caer la noche. En aquellos días yo trabajaba de basurero, y cuando el rábano gordo de Tórez paraba el camión para comer, yo sólo me enjuagaba la boca con agua y luego la escupía. Nada más. Tran, el viejo vietnamita, me ofrecía un poco

de arroz, pero yo declinaba el ofrecimiento en silencio. Después de haber sido oficial del ejército durante tantos años no estaba acostumbrado a sufrir los efectos del trabajo físico combinado con el hambre del Ramadán, y durante los primeros días, sobre todo aquellos en que hacía calor, me sentía débil, notaba los miembros pesados y lentos, y si me movía con demasiada rapidez la hierba y la carretera empezaban a dar vueltas por unos instantes ante mis ojos. Una tarde, después de fijarse en que durante diez días me había pasado sin comer al mediodía, Tórez me invitó a su camión y me ofreció un gran bocadillo de carne y queso. Le di las gracias y le expliqué que se trataba de una exigencia de nuestra religión, que el Ramadán es algo que llega cada año, cada nueve meses según nuestro calendario musulmán. Asintió con la cabeza en silencio como si respetara aquella respuesta, pero luego me comentó:

—Como quieras, Camello. Pero ve y dile a Alá que tengo que dirigir una cuadrilla, tío.

Los panameños y el cerdo Méndez casi no me hablaron en aquellos días porque creo que se dieron cuenta de que yo tenía algo que ellos no tenían, que creía en algo más que en el trabajo del día y el vino de la noche. Y eso a pesar de que en mi país no se me consideraría un hombre religioso, sino simplemente una de tantas personas a quienes les consuelan las prácticas ancestrales. Después de los primeros diez días desaparecieron el hambre y la debilidad que sentía al mediodía, y las substituyó cierta liviandad del cuerpo, cierta claridad de la cabeza, un vacío amplio y abierto en el pecho. Mientras trabajaba ensartando pedazos de basura con mi bastón y los metía en el saco de plástico amarillo, tenía visiones de lo que este país podía ofrecerle a mi familia: Soraya estaba aún en la época de hastegar y yo la imaginaba satisfactoriamente casada y con muchos hijos. En mi imaginación, Esmail era un joven apuesto vestido con un traje de buen corte. Quizás un negociante próspero, ingeniero o médico. Sí, alguna clase de cirujano, de salvador de enfermos. Nos veía a Nadi y a mí viviendo en una de esas mansiones de estuco blancas que hay en Pacific Heights, en San Francisco. Como en nuestra vida anterior, tendríamos chófer. Nuestro hogar estaría rodeado de tapias altas cubiertas de enredaderas y flores. Durante el ayuno me daba la impresión de que todas esas cosas eran posibles, sobre todo en América donde, como en ningún otro país, el trabajo duro, el sacrificio y la disciplina se ven recompensadas cien veces. Pero luego mi imaginación se volvía calenturienta en su alegría. Y para colmar nuestra felicidad, Pourat, su esposa e hijos volvían a estar vivos y venían a nuestra casa, donde cenábamos todos juntos; Soraya con su marido e hijos, Esmail y su familia, Nadi y yo, todos sentados ante un sofreh grandioso sobre un suelo cubierto con las más finas alfombras de Ispahan; beberíamos champán francés y comeríamos el mejor kebab; nos reiríamos de los chistes y de los acertijos de Pourat y de las bromas que les gastaría a los niños. Nadi y la esposa de Pourat se abrazarían llenas de gozo mientras éste y yo nos retiraríamos a la terraza con vistas sobre la ciudad a fumar puros cubanos y a hablar de la antigua vida que ya no necesitábamos.

Una vez en el centro comercial, que está dotado de aire acondicionado, me siento a una mesa blanca de plástico en una de las muchas terrazas y como un poco de comida japonesa consistente en carne de vacuno frita y fideos; y en el fondo de mi corazón sé que ésta no es la sagrada visión que tenía de Pourat y de mí en una terraza de América; es una mentira, una dooroogh fruto del calor, del hambre, de la sed y de la necesidad que siento de mi antigua vida, que a veces es tan fuerte que pienso que sería capaz de hacer casi cualquier cosa con tal de recuperarla. Pero no puedo, como tampoco puede Pourat levantarse de entre los muertos para extraer las balas que los revolucionarios les metieron en el cuerpo a su esposa, a sus hijos y luego a él. Y una vez más me asalta la imagen del cuerpo de mi querido amigo colgado de los pies sobre la pista del aeropuerto mientras los faldones de la chaqueta del traje le tapan la cabeza y la sangre le chorrea por las mangas. Me levanto de la mesa sin terminar la comida y echo a andar por los pasillos del centro comercial en busca de una ferretería.

Me sentí aliviada cuando llegué y no vi el coche blanco del coronel en la entrada. Llamé al timbre con la esperanza de que la mujer no se hubiera marchado con él adondequiera que fuese, y al mismo tiempo me enfurecí otra vez por verme obligada a llamar al timbre de mi propia puerta.

En el interior de la casa se oía música de Oriente Medio procedente de una habitación cuya puerta se hallaba cerrada; un hombre cantaba con voz aguda sobre un fondo de guitarras árabes. Cítaras, supongo. Llamé al timbre tres veces más y luego empecé a llamar con los nudillos en la puerta mosquitera. Acerqué la cara, me protegí los ojos con las manos y me asomé al interior. La mesa de plata estaba de lado en el sofá y dos de sus patas, rotas, se encontraban caídas sobre la alfombra. Pensé en Les y en la visita que les había hecho la noche anterior. Pero el resto de la sala de estar y la cocina se veían limpios y ordenados, y los taburetes estaban pulcramente colocados junto al mostrador. Sobre el mismo había tres macetas llenas de flores y la parte del suelo de la cocina que quedaba a la vista tenía brillo.

—¿Hola? Perdona, ¿hay alguien en casa?

La música cesó y oí que se abría la puerta de uno de los dormitorios del pasillo. Luego oí la voz de la mujer del coronel, que hablaba con aquel fuerte acento suyo:

—Por favor, un momento, espere. Perdona *para mí*, por favor.

La oí entrar apresuradamente en el cuarto de baño y cerrar la puerta. Me apetecía un cigarrillo, pero no quería que la mujer me viera fumar con aquel aspecto y además con una resaca tremenda. La aspirina me había calmado un poco el dolor de cabeza, pero me había producido ardor de estómago. Y tenía ganas de hacer pis. Empecé a pensar en lo que iba a decirle. Intenté recordar la manera correcta de pronunciar su nombre, como lo había hecho Les, pero sólo conseguía acordarme de cómo se lo había oído al carpintero en el tejado la primera vez que fui a la casa: Barmeeny. ¿Y eran árabes o iraníes? ¿Y qué diferencia había? Decidí que no la llamaría de ninguna manera, sino que iría directamente al asunto. Cuando por fin, casi diez minutos después, se acercó a la puerta, yo tenía la vejiga tan llena que me era necesario mantener las rodillas juntas y apretadas para aguantar la necesidad.

Abrió la mosquitera sonriendo. En esta ocasión llevaba otro chándal de firma diferente al de la otra vez, marrón con letras plateadas en italiano cosidas en la manga. Tenía el pelo negro y espeso aplastado por un lado, como si hubiera dormido sobre él, y noté que se había puesto a toda prisa un poco de lápiz de ojos y rímel en las pestañas. Tenía el cutis arrugado y un poco pálido, pero la sonrisa que esbozaba la mujer era afectuosa, y enseguida se disculpó con aquel acento suyo por «tenerme en esperando». Me preguntó, por el pie.

—¿Su amigo *de dejar* más herramientas?

Al principio pensé que se refería a Les, pero luego lo comprendí; en realidad, aquella señora no estaba al corriente de lo que sucedía. Pero la presión que yo tenía

en la vejiga era tan grande que no me creí capaz de empezar a explicarle nada sin antes ir al retrete. Le indiqué que el pie estaba muy bien y después, con una patética sonrisa, le pregunté si podía volver a usar el cuarto de baño. Me contestó que sí, que sí, desde luego, y abrió la puerta y la mantuvo abierta para que yo entrara.

Cuando volví a salir, la mujer había colocado un plato de uvas negras y queso en el mostrador.

—Me *estoy* disculpo por este desorden. No puedo ofrecerle sofá para sentar.

—No importa.

Me quedé de pie ante el mostrador, luego cogí una uva y me la metí en la boca.

—¿Le apetece té?

—No, muchas gracias, señora Barmeeny... Verá, necesito explicarle una cosa; no soy amiga del carpintero ese que ustedes contrataron. Nunca lo había visto antes. Me llamo Kathy Nicolo. —Le tendí la mano y la esposa del coronel me la estrechó. La suya era más pequeña que la mía y tan suave que al tocarle la palma de la mano noté mis propios callos hechos a fuerza de limpiar casas ajenas—. Mi padre se llamaba Salvatore Nicolo. Esta era su casa, y cuando murió nos la dejó a mi hermano y a mí.

La mujer se quedó muy quieta, con una mano apoyada en el mostrador, e hizo un gesto con la cabeza.

—No comprendo.

Tenía los ojos llorosos y profundas arrugas alrededor de la boca.

Me comí otras dos uvas, más por el jugo que por otra cosa, y miré a aquella mujer a la cara, demacrada y quieta.

—Verá, el condado me desahució de esta casa por error. Y entonces su marido la compró, pero ahora el condado ha admitido que metió la pata y me asegura que me la devolverán, pero su marido tiene que vendérsela primero a ellos, y se niega a hacerlo. Quieren devolverle el dinero que pagó por la casa, pero su marido pretende obtener cuatro veces más, y yo ahora no tengo ningún sitio donde vivir. Y tampoco puedo pagar una habitación en un motel. No me lo puedo permitir. No tengo donde vivir. ¿Comprende?

Apartó lentamente los ojos de mí, retiró uno de los taburetes y se sentó con la espalda erguida y las piernas cruzadas como una señora, como si llevara puesto un vestido. Colocó las manos sobre el regazo y me miró:

—¿Nos obligarán a regresar para nuestro país?

La voz le sonaba con más acento que antes y era más aguda, como si tuviera flemas en la garganta.

—¿Quién? ¿Los del condado?

—Un policía vino aquí anoche. Dijo a mi esposo que él nos deportará. —Empezaron a empañarse los ojos, pero permaneció allí sentada erguida y sin moverse—. Por favor, usted no *por* comprende, ellos nos matarán. Por favor, fusilarán a mis hijos.

Empezó a parpadear con rapidez. Luego se tapó la cara con ambas manos y apoyó

la barbilla en el pecho. Al principio no emitía sonido alguno; sólo se notaba que los hombros se le movían arriba y abajo a sacudidas, pero cuando consiguió respirar soltó un gemido prolongado. Alargué la mano y se la puse en la rodilla, pequeña como los huesos de un pajarito. Había una caja de Kleenex en la mesita de la lámpara, junto al retrato de la familia, y cogí unos cuantos. Comencé a darle palmaditas a la mujer en aquella espalda tan delgada y le aseguré que no tenía por qué preocuparse, que nadie iba a deportarla. Pero ella parecía no oírme o no entenderme. Se llevó las manos a la cara y se puso a llorar de nuevo. Yo seguía dándole palmaditas mientras examinaba mi antiguo cuarto de estar, el retrato de familia, la mesita de café de plata puesta de lado en el sofá, el cuadro de los espadachines a caballo, la fotografía en blanco y negro del coronel con el sah de Persia.

La mujer se irguió y me dio las gracias; luego cogió un pañuelo de papel y se limpió los párpados bajo los ojos. Me senté frente a ella y empecé a albergar ciertas esperanzas de que, a fin de cuentas, quizás aquello pudiese solucionarse.

—Nadie quiere deportar a nadie, señora Barmeeny. Yo sólo había pensado que si conseguía hablar con usted, quizás usted pudiera convencer a su marido para que vuelva a venderme la casa... quiero decir al condado.

—Por favor, usted es chica muy buena. Por favor... —Metió la mano detrás de todas las flores que había en el mostrador y sacó un bloc de papel blanco y un lápiz—. Escriba *para mí* todo. Quiero *para* entender para comentar con mi marido.

Le di las gracias y le apreté la mano, en la que sostenía el pañuelo de papel húmedo, y empecé a escribir todo lo que acababa de decirle. En la parte superior de la página había algo escrito a mano en la caligrafía de Oriente Medio. Las letras eran hermosas, líneas curvas alargadas, volutas y óvalos, algunas con dos o tres puntitos marcados en el interior o alrededor, otras subrayadas con una larga curva serpenteante. A mí aquello me pareció muy exótico, y en cierto modo verlo hizo que me aumentasen las esperanzas mientras iba escribiendo en un inglés muy sencillo, con claras letras mayúsculas de imprenta, en qué situación me encontraba. Y mientras lo hacía la mujer me fue contando lo duro que había sido todo para su marido desde que la familia había salido de Persia, y que allí era un hombre muy importante. Toda su vida había trabajado para alcanzar aquella posición, y entonces vino la revolución del pueblo y todo se echó a perder.

—Pero es hombre muy bueno. Quiere *para* familia suya sólo *mejor*, nada más. Pero estas cosas yo no sabía que usted ha contado a mí. Usted es chica buena. Nosotros nunca queremos causar problema para gente.

Era difícil escribir y escuchar al mismo tiempo, pero no quería ofender en modo alguno a aquella señora, así que cada uno o dos renglones levantaba la cabeza y asentía. Me explicó que aquel día había llamado a su país porque era el cumpleaños de su hermana pequeña, a la que no veía desde hacía más de catorce años, cuando la hermana sólo contaba diecinueve, aunque ahora ya estaba casada y era madre de tres



hijos, sobrinas y sobrinos que ella no ha podido conocer, sólo ha recibido fotos por correo. Luego se quedó callada. Levanté los ojos y vi que miraba fijamente hacia la mesa rota que se encontraba en el sofá; el rímel se le había corrido un poco por las mejillas.

Cuando acabé de escribirlo todo le devolví el bloc de papel y el lápiz.

—Muchas gracias, señora Barweeny. ¿Pronuncio su nombre correctamente?

—Es Behrani. —Sonrió con aquellos ojos oscuros tan profundos, como si hubiera visto todo lo que hay en el mundo por lo menos una vez—. ¿Usted no tiene marido? ¿Hijos?

Me di cuenta de que era sincera; mantenía impassible el rostro, como si yo fuera un animalito al que no quería asustar con ningún movimiento repentino.

—He estado casada, pero no tuvimos hijos. —Le eché una breve ojeada al retrato de familia donde aparecían la mujer, el coronel y, delante de ellos, los dos hijos, el hijo menor, muy guapo, y la hija, de pelo negro y brillante, vestida de blanco; tenía los ojos iguales a los de su madre y los dientes blancos y rectos; todos sonreían y miraban hacia la cámara—. Los suyos son realmente guapos, señora Behrani.

—Usted *poder* ser hermana gemela de Soraya nuestra. Se parece con ella, ¿sabe?

No podía creer que aquella mujer hubiera dicho eso. Yo era como quince años mayor que su hija, pero ni siquiera a los veinte tuve la clase de luz que desprendía la chica. Y no eran sólo los rasgos físicos; incluso en fotografía tenía aspecto de ser algo especial y de saberlo, de ser una de los elegidos. A esa edad yo estaba casada con un soldador de Charlestown y los dos esnifábamos coca, serpientes blancas, hasta que nos sentíamos elegidos, supongo. Pero por la mañana el encanto había desaparecido por completo y nos dejaba con la lengua espesa y sintiéndonos estúpidos, sin siquiera desear tocarnos. Pero ahora la señora Behrani me sonreía, y me di cuenta de que lo que decía era en serio. Me preguntó si mi familia era griega o armenia.

—Italiana.

Me levanté para dirigirme a la puerta. El día se había puesto gris, pues el sol había desaparecido, pero la señora Behrani entornó los ojos y se llevó los dedos a la frente al salir a la luz. Me explicó con aquel fuerte acento de Oriente Medio lo mucho que le gustaban los italianos, Marcello Mastroianni, Sofía Loren. Pero yo seguía dándole vueltas al asunto: nunca tendría lo que tenía su hija, su limpio y respetable pasado, su cómodo presente, su prometedor futuro. Quería montarme en el coche y conducir hasta bien lejos, pero la señora Behrani me contaba que una vez hacía mucho tiempo, cuando se encontraban de vacaciones en Italia, había conocido a Sofía Loren en una fiesta. Así que me esperé, sin dejar de sonreír y asintiendo con la cabeza.

En San Bruno lucía el sol, pero las calles de Corona están llenas de la niebla que viene de la playa, una bruma fresca cuya presencia me ha convencido de que voy a dormir la siesta en cuanto llegue a la casita. Anoche no conseguí descansar bien en el sofá, y naturalmente me levanté al mismo tiempo que los pájaros para despertar a Esmail, que tiene que hacer una nueva ruta de reparto de periódicos. De manera que he advertido que el sueño venía a mi encuentro mientras pagaba los artículos necesarios en la ferretería: cola para arreglar la mesa de Nadi, tres nuevos carteles de CASA EN VENTA con estacas de madera para hincarlos en el suelo y una larga barra para sacar clavos hecha de hierro. Es ésta una herramienta que resulta muy útil, y supongo que es debido a eso que mientras la adquiría no pensaba en ella como un arma.

Al llegar a la calle Bisgrove detengo el automóvil delante del poste de servicios públicos en el que la tarde anterior había puesto el anuncio; utilizo la barra sacaclavos para hundir en la tierra uno de los carteles nuevos. Me digo a mí mismo que he de regresar para dibujar una flecha sobre él, una que apunte calle arriba, hacia la casita, pero que ya lo haré después de descansar. El pequeño esfuerzo de levantar el hierro por encima de la cabeza me ha fatigado todavía más, y mientras conduzco colina arriba albergo la esperanza de que mi esposa siga en su habitación oyendo música melancólica y compadeciéndose a sí misma. Y también confío en que Esmail haya cogido el tren para ir a Berkeley a visitar a sus compañeros de monopatín. Así podré tumbarme en la alfombra de mi despacho y dormir hasta que haya descansado. Pero Nadereh no se encuentra en su habitación. Está fuera, de pie en el umbral de la puerta, hablando con una mujer que se encuentra de espaldas a la calle. La extraña viste pantalón corto y una camiseta de color azul vivo como las que usan los turistas, pero reconozco el automóvil rojo que hay aparcado junto al bosque, así que acelero y, haciendo mucho ruido, me meto con el Buick en la entrada para coches. Ambas mujeres vuelven la mirada hacia mí; la sorpresa se les refleja en el rostro, como si las hubiera sorprendido hablando de unpreciado secreto. Detengo el coche con tanta brusquedad que da un tirón hacia delante y otro hacia atrás, pero yo ya he puesto los pies en el suelo y me aproximo a mi esposa y a esa gendeh, a esa puta. En aquel momento, Nadi me dice con voz muy fuerte:

—Nakon, Behrani, no.

Pero ya le he puesto las dos manos encima a Kathy Nicolo; la sujeto por los brazos y la empujo por el jardín. La mujer tiene la cara llena de maquillaje y los labios abiertos como si fuese a hablar. Intenta zafarse, y entonces a mí la voz me sale entre los dientes:

—¿Cree usted que puede intimidarme? ¿Cree que va a atemorizarme con ese estúpido ayudante del *sheriff*? ¿Que voy a asustarme porque le haya pedido que venga aquí a decir mentiras?

La zarandeo y el pelo le cae sobre la cara. Ya casi nos encontramos en la calle, y Nadi viene gritando detrás de mí que deje en paz a la chica. ¡Velashkon! Pero yo vuelvo a zarandear a la mujer, la sujeto por los brazos con todas mis fuerzas y la empujo hacia fuera.

—¿Quién se cree que soy? Dígamelo. ¿Soy estúpido? ¿Cree que soy estúpido?

La mujer llora en silencio como si no pudiera coger suficiente aire para respirar; el pelo castaño le cae sobre la cara. Quiero destrozarla, quiero empujarla contra su automóvil. Los gritos de Nadi se hacen más fuertes y oigo que sale a la calle corriendo detrás de mí, pero no por eso me detengo. Abro la puerta del coche y empujo a aquella gendeh llorosa hasta el asiento del conductor. Se golpea la parte posterior de la cabeza con el techo, y en cuanto acaba de meter dentro la pierna desnuda cierro de golpe la puerta y me agacho junto a la ventanilla, con el rostro a sólo un par de centímetros del suyo. Respiro entrecortadamente.

—En mi país usted no sería digna de levantar la vista hacia mí. No es usted nada. Nada.

Nadi se pone a gritar a mi espalda, me dice en farsi que soy un bestia, que la deje en paz. ¡Velashkon! Pero los gritos de mi mujer no son más fuertes que la sangre que me bulle dentro de la cabeza. Ordeno a la puta aquella que ponga en marcha el motor y que no vuelva nunca más por allí.

—Y le comunica a su amigo que sus superiores ya se hallan al corriente de todo. Dígaselo.

Cojo a la puta por la barbilla y la obligo a mirarme a la cara. Se le ve el miedo reflejado en los ojos llorosos. Nadi empieza a golpearme la espalda con sus pequeños puños, pero no es más que el aleteo de un pájaro.

—Dígaselo. Ésta es nuestra casa. Nuestra casa.

La gendeh aparta la cabeza, mueve la palanca del cambio de marchas y se aleja a toda velocidad hasta alcanzar la parte de arriba de la calle. Allí maniobra para dar la vuelta, y yo aparto a Nadi un poco cuando el coche de la mujer pasa cerca de nosotros. Mira directamente al frente con ambas manos colocadas sobre el volante y un mechón de cabello pegado a la cara. Por fin mi esposa se ha callado. Lo único que oigo es su respiración y la mía.

Tenía la parte superior de los brazos magullada, me escocía la cabeza por detrás y me sentía tan furiosa que me eché a llorar. Continué conduciendo entre arrebatos de ira durante todo el camino mientras atravesaba San Francisco y pasaba por encima del puente Golden Gate. Atravesé Sausalito y Marín City, pasé por las salidas cuyos indicadores señalaban hacia Mill Valley, Corte Madera y Larkspur. En la Carretera 580, en las montañas, vi los muros de piedra arenisca de la prisión de San Quintín y un pedazo de una torre de vigilancia. Atajé hacia el este por el puente Richmond-San Rafael. La bahía San Pablo se extendía a mis pies bajo el sol. Se veían docenas de velas blancas en el mar y el resplandor de tanta luz me hacía daño en los ojos. Me limpié las manchas del rímel robado, que se me había corrido por las mejillas, y evité mirarme en el espejo. Me pareció que el puente se alargaba muchos kilómetros.

En El Cerrito me detuve en un 7-Eleven para comprar una caja de pañuelos de papel. También quería agua embotellada, pero no la vi entre los refrescos y no quise preguntar, así que me compré un helado. Era consciente de que tenía muy mala cara, pero la mujer asiática que se hallaba detrás del mostrador se mostró muy amable y no me miró a la cara. Cuando volvía al Bonnevillle pasé junto a un teléfono público situado a un costado del edificio, y casi sin pensarlo me encontré llamando a mi hermano Frank a cobro revertido, a la oficina del concesionario de coches de Revere. Aquí era casi la una, allí las cuatro en punto. Contestó Rudy Capolupo, el socio de Frank, que siempre hablaba en voz baja y sin resuello, como si se viera obligado a hablar mientras alguien le pisaba la garganta. Le pidió a la telefonista que le repitiera mi nombre dos veces, luego hizo una pausa y aceptó la llamada.

—Perdona que llame a cobro revertido, Rudy.

—No te preocupes por eso, ya se lo cogeré a Frank de la cartera a la hora de comer. Oye, ¿cómo te va por la soleada California? Es posible que me vaya allí cuando me jubile, ya sabes. A Marina del Rey. ¿Has estado alguna vez allí? —Sin esperar respuesta, continuó hablando—: Espera, cariño, es tu hermano, seguro que querrá hablar contigo.

Frank tardó un rato en ponerse al teléfono. Me temblaban las manos mientras rompía el envoltorio del helado y tomaba el primer bocado. Pero no me supo a nada, y cuando me llegó al estómago, que estaba vacío, noté que el helado se hallaba excesivamente frío, tanto que casi me dolió. Un Chevy Malibu de color púrpura con muchos extras y adornos se detuvo en el 7-Eleven. Lo ocupaban tres muchachos chicanos. El conductor entró en la tienda, pero los otros dos, ambos con camisetas de franela abrochadas hasta el cuello y uno de ellos con una redecilla muy ajustada para sujetarse el pelo, me miraron de pies a cabeza. Me dieron ganas de preguntarles que qué miraban. ¿Querían que les rompiera los dientes de un puntapié? Pero entonces oí la voz de Frank por el teléfono; me volví de espaldas a los chicos y me encorvé sobre el auricular.

—¿K? ¿Eres tú? —Mi hermano sonaba como siempre, con aquella voz profunda y vivaz y un acento de Saugus más fuerte que nunca, así que me eché a llorar antes de poder hablar—. ¿Kath?

—Espera. —Saqué un pañuelo de papel y me soné, luego cogí otro, me limpié los ojos y respiré profunda y temblorosamente—. Soy yo, Franky. Perdona.

Me dijo que tranquila, que no había problema, pero ya no mantenía el tono de voz alegre del principio.

—¿Qué te pasa, K? ¿Va todo bien? ¿Está bien Nick? —Pasé un dedo por un número raspado del teléfono. Empecé a dar vueltas sobre mí misma mirando a todas partes—. ¿Kath?

—Nick se ha ido, Frank.

—¿Cómo que se ha ido?

—Que me ha dejado.

Mi hermano se quedó sin saber qué decir durante unos instantes. Me lo imaginé de pie en el despacho con una camisa de vestir en la que seguro que había un monograma bordado, pantalones de Hugo Boss, zapatos Johnston & Murphy, una corbata alegre de color pastel y la mano en la cadera.

—¿Cuándo, K?

Ahora la voz le sonaba cargada de irritación, y lo oí todo en ella: mi vida entera, la opinión que mi hermano tenía de la misma, lo que opinaba de mi matrimonio, que siempre, desde el principio, consideró condenado al fracaso. Y además ahora me enteré de que Nick tampoco había vuelto a casa, pues de haber sido así Frank ya se habría enterado.

—Hace tiempo.

—¿Se ha llevado el Pontiac?

—No, no se ha llevado el Pontiac. Jesús, Frank, ¿es que es eso lo único que te preocupa? ¿Si se ha llevado o no ese coche de mierda que nos regalaste?

—Oye, cálmate, sólo era una pregunta.

Oí a mi hermano resoplar por el teléfono. Me lo imaginé moviendo la cabeza con pena y me arrepentí de haberlo llamado.

Se quedó callado unos segundos y luego añadió:

—¿Ha sido por eso por lo que no has llamado a mamá últimamente, K?

Ahora hablaba en un tono más suave, pero... ¿por qué tenía que preguntarme aquello?

—Sí, por eso. Escucha, Frank. Yo... —Las lágrimas llegaron sin avisar. Volví a ver el rostro enfurecido del coronel mientras me empujaba por el jardín, su mal aliento a carne expuesta al sol, aquellos ojos marrones muy abiertos y la parte blanca de los mismos amarillenta al escupirme las palabras y empujarme para que me apartase cada vez más de mi casa, de aquella casa que era de Frank y mía—. ¿Frank?

—¿Sí, K?

—Dime.

—¿Sigues sin probar drogas?

—Por favor, Frank, no me hables así.

—¿Cómo?

—Como si yo fuera un fracaso.

—No he querido decir eso. Mira, vente a casa. Al demonio con Lazaro. Vuelve al este, K.

—No puedo.

—¿Por qué?

—Porque tengo un negocio.

—¿Limpiando casas?

—Sí.

Me soné la nariz. Frank volvió a guardar silencio durante unos instantes, lo justo para que me lo imaginara poniendo los ojos en blanco.

—Eso puedes hacerlo en cualquier parte, K. Escucha, mamá y las tías van a ir en avión un fin de semana, el de la Fiesta del Trabajo. Quieren alojarse en la casa, así que, ¿por qué no dejas que te ayuden a hacer el equipaje? Si quieres yo puedo incluso ir en avión con ellas y venirme en coche contigo. A Jeannie no le importará que lo haga. ¿Qué te parece? Tú y yo viajando juntos de costa a costa. Cuando lleguemos a Massachussets estarás lista para empezar de nuevo. —Iba a decirme algo más, pero entonces oí que Rudy le gruñía a mi hermano que iba a perder una venta si no salía pronto a atender a los clientes—. Kath, ahora tengo que dejarte. Piénsalo. Te llamaré más tarde.

Yo ya no estaba enfadada; en realidad no sentía nada, sólo me notaba seca y vacía, como si me hubiera quedado sin algo importante en la vida.

—¿Frank?

—¿Sí?

Lo que yo quería era hablarle de la casa y pedirle ayuda, pero sólo conseguí decirle esto:

—No me llames, porque me voy de viaje. Hace tiempo que lo tenía pensado y unos amigos me van a cuidar la casa mientras esté fuera. ¿Quieres decírselo a mamá? ¿Y disculparte en mi nombre? Dile que si lo hubiera sabido antes, yo...

—Vale, Kath, lo que sea con tal de ayudarte. Mira, tengo que dejarte. Animo, cariño. Llámame.

Mantuve el auricular en la mano hasta que se oyó el tono; me quedé escuchándolo un rato antes de colgar. Cierta conocida sensación empezó a abrirse paso dentro de mí, como si me encontrase encerrada en el sótano de una casa y no pudiera escapar. Sabía que mi hermano le contaría a Jeannie lo de Nick, que ésta se lo contaría a mi madre y que al poco tiempo todo el mundo sabría la verdad, que Kathy Nicolo no había cambiado nada; un paso adelante y dos atrás. Y en cuanto oí la voz de mi hermano comprendí que nunca podría contarle lo de la casa de nuestro padre. No a Frank, que siempre miraba ante todo por sí mismo, que siempre llevaba la ropa

limpia y la raya del pelo bien recta y que se encuentra en su mejor momento cuando tus problemas no tienen nada que ver con él, cuando puede recostarse en el sillón con aquella ropa tan cara mientras te invita a comer, te da consejos prácticos y estupendos y te demuestra lo mucho que cree en ti regalándote un flamante Bonneville para viajar al oeste.

Mientras me dirigía a la puerta del coche, el Malibu púrpura se apartaba del bordillo marcha atrás. Uno de los chicanos sacó la cara por la ventanilla, me miró la entrepierna y se lamió despacio el labio superior. Hice como que no lo veía, pero cuando subí al Bonneville cerré la puerta con el seguro, puse el motor en marcha y esperé a que se alejaran en dirección a San Pablo. Luego encendí un cigarrillo y me marché hacia el sur. El día se había quedado muy claro, aunque estaba más fresco y olía a buque de carga oxidado. En la autovía Eastshore pasé junto al enorme aparcamiento del circuito de carreras Golden Gate Fields, y unos cuantos kilómetros más adelante se alzaba el puente de la bahía Oakland, en medio de cuyo tendido se veía el verde brumoso de la isla Yerba Buena, un lugar en el que Nick y yo nos habíamos fijado cuando llegamos aquí por primera vez. Pensé en dirigirme al sur hacia Millbrae y ponerme a dar vueltas por la urbanización situada cerca del centro comercial hasta encontrar el coche de Lester aparcado delante de la casa familiar. Pero ¿y luego qué haría? ¿Quedarme allí sentada esperando a que los niños volvieran del colegio? ¿Mirar cómo Les y su mujer salían a recibirlos? Recordé lo que el coronel me había dicho de Les, que sus superiores se encontraban al corriente de todo. Me pregunté si sería mejor intentar ponerme en contacto con él, avisarle, pero no sabía cómo hacerlo sin empeorar las cosas, pues cabía la posibilidad de que su mujer contestase al teléfono o abriese la puerta, si es que yo llegaba a encontrar la casa, para empezar.

Tenía esa sensación de que la sangre circula lentamente que suele indicar que la resaca va a durar todo el día; y también sentía hambre y cierta tensión en el estómago a causa de todo lo sucedido. Me dirigí al barrio de Mission, aparqué en una calle custodiada por palmeras y anduve dos manzanas bajo el sol. Pasé junto a algunos edificios de apartamentos de ladrillo y llegué al café Amaro, sobre el cual se encontraba la oficina de Connie Walsh. Gary se hallaba de pie detrás del escritorio hablando por teléfono. Llevaba una camiseta blanca y negra de *Les Misérables* metida por dentro de los pantalones, y el vientre le colgaba un poco por encima del cinturón trenzado. La puerta de la sala de reuniones estaba abierta y no había nadie en la sala de espera. Me dio la impresión de que Connie Walsh tampoco se encontraba allí. El recepcionista colgó el teléfono y apoyó las manos en las caderas.

—Hombre, mira quién ha venido.

Yo no sabía muy bien si tenía ganas de ponerme a agujerear la pared a patadas o de desplomarme en un sillón. Le pregunté si estaba Connie y me respondió que no, que no se encontraba allí, que había ido al juzgado.

—Pero ha intentado comunicarse con usted y la ha llamado repetidamente al

motel. Necesita saber si tiene que presentar en su nombre el recurso de indemnización contra el condado. Dios mío, ¿qué le ha pasado en los brazos?

Levanté el codo y me miré la parte superior del brazo derecho y luego la del izquierdo. Empezaban a aparecer manchas de un ligero tono morado. Volví a mirar a Gary, a aquellos ojos verdes tan afectuosos, a la preocupación que mostraba en el rostro.

—Mire, ya no estoy en el motel, no puedo pagar un motel y no quiero demandar al condado, ¿de acuerdo? Lo único que deseo es recuperar mi casa de una puñetera vez. —Me acerqué al escritorio, cogí un lápiz de una jarra de café llena de ellos y escribí el número de mi apartado de correos en uno de los blocs de notas de color rosa que había junto al teléfono—. Si Connie consigue averiguar algo más, que me escriba a este apartado de correos. Y si no, no hay nada más que hablar.

Y volví a bajar por la oscura escalera hasta el café. Tendría que haberme sentido culpable por hablarle así al secretario de mi abogada, pero realmente me quedé muy a gusto después de desahogarme con alguien, fuera quien fuese. Permanecí de pie en el café sin decidir si me apetecía comer algo o no, pero en el sistema de sonido ambiental sonaba esa música New Age que incita a la meditación, ese firme subir y bajar de notas producidas por ordenador que tienen el mismo ritmo que el respirador que mi padre tenía junto a la cama en el hospital justo antes de morir.

En Millbrae cogí la salida del Camino Real y pasé por el aparcamiento del centro comercial, lleno de coches cociéndose al sol. Di vueltas por urbanizaciones con nombres tales como Hubter's Arch, Palomino Meadows y Eureka Fields; circulaba tan despacio como los policías o los pederastas al tiempo que sentía odio por las casas de California, todas ellas bajas, de una planta de estuco y madera, y casi todas pintadas de rosa o de color melocotón. La mayoría disponía de una entrada para coches que conducía hasta el garaje abierto, y tenían un aro de baloncesto clavado justo debajo del tejado verde de fibra de vidrio. Dentro, en el hormigón de aspecto liso, se veían balones de playa, bates de plástico y platos voladores Frisbees mordisqueados por algún perro. Mientras continuaba conduciendo despacio traté de recordar la edad de los hijos de Lester, pero no conseguí acordarme. Los eucaliptos, cuya delgada corteza gris se pelaba como los insectos cuando mudan la piel, hacían que algunas casas quedasen a la sombra. Otras, por el contrario, estaban completamente al descubierto y con pequeños macizos de flores a ambos lados de la puerta principal. Pasé por una casa de estuco del mismo color que los plátanos y vi a una rubia muy bronceada en pantalón corto y camiseta sin mangas tomando el sol en una tumbona de jardín. Le brillaban las piernas, untadas de aceite para bebés, y tenía las uñas pintadas de un color rosa vivo. En la entrada había un Toyota, y al verlo sentí que se me encogía el estómago. Pero me di cuenta de que no era el coche de Lester y seguí conduciendo mientras me preguntaba más que nunca qué aspecto tendría la mujer de Les y de qué hablarían en aquel preciso momento. ¿Estarían haciendo el amor por última vez, como suelen hacer las personas para despedirse? ¿Y se trataba



seguro de una despedida? Yo no lo sabía a ciencia cierta, y me sorprendió darme cuenta de lo resentida que estaba. Volví a preguntarme si no tendría que advertir a Les de que podía tener problemas en el trabajo. Pero eso sería una excusa para llamarle, y yo lo sabía.

Encendí un cigarrillo y seguí conduciendo despacio por una calle tras otra, todas ellas tortuosas y silenciosas; yo observaba toda aquella vida familiar oculta tras las gafas de sol de aviador de Nicky Lazaro; tenía el estómago tan tenso y caliente como la goma estirada a punto de romperse.

Supongo que había pensado pasar el resto de la tarde metida en el Cineplex para ver una sesión doble, pero una vez que entré en el centro comercial, hecho de azulejos, y vi a la gente haciendo cola ante la taquilla se me quitaron las ganas. Eran todas personas que podían permitirse el lujo de pasar la tarde de un día laborable en el cine, niños que no tenían colegio porque era verano y señoras mayores jubiladas que debían esforzarse mucho para leer los letreros de la marquesina. Me fui de allí moviendo la cabeza de un lado al otro como una loca, como hacen esas mujeres que a veces se ven en la ciudad hablando solas y dando de comer a invisibles pajaritos.

Me dolía el estómago. Delante del cine había una fuente de los deseos hecha de granito y un estanque lleno de calderilla. Enfrente se hallaba un restaurante mexicano de una cadena que sólo se ve en la costa Oeste. Entré, me senté ante una mesa de azulejos azules junto a la ventana y me oí a mí misma pedir una ensalada con guacamole y una bebida, un margarita de fresa. Habría podido pedir algo sin alcohol, pero no lo hice.

Me trajeron el pedido enseguida, pero sólo el hecho de ver la crema de aguacate sobre la lechuga me produjo náuseas, así que la aparté y bebí un poco del margarita, que estaba dulce y frío. Por los altavoces del restaurante salía un ritmo rápido de salsa a base de seis o siete guitarras. Yo ya notaba el tequila en la sangre de la cara. Pedí otro margarita, y la lentitud de la cerveza de la noche anterior se vio sustituida por una especie de ligereza líquida; me fumé un cigarrillo y bebí a sorbos aquella ardiente bebida de fresa fresca. Miraba a la gente que pasaba por el pasillo principal del centro comercial, pero en realidad no los veía, sólo veía el movimiento, el lento e interminable ir y venir de las personas para comprar cosas. Me llamó la atención un hombre delgado y rubio que llevaba de la mano a su hijita mientras que un bebé dormía en una mochila que le colgaba del pecho. Pasaron por delante de la ventana y la niña pasó los dedos por el vidrio mientras su padre sonreía por algo que ella le iba diciendo. Pero no miraron hacia dentro. Aspiré profundamente el humo del cigarrillo, pero decidí apagarlo antes de que el humo me aclarase aquello que ya sabía, que Lester no iba a abandonar a su familia, que se quedaría con su mujer, que se quedaría ahogándose en su propia desesperación para ahorrarles el disgusto a los niños. De pronto lo vi todo con tanta claridad que me pregunté si en realidad no lo habría

sabido desde el principio; Les no era de esos hombres que vuelven la espalda a sus obligaciones sólo porque se sientan desgraciados. Quizá cada dos o tres años tuviese una aventura de una semana con alguien como yo, con una mujer cualquiera que conociese por su trabajo, pero eso era lo más cerca que estaría nunca de echarlo todo por la borda. Y yo ya lo sabía. Quizá Lester todavía no se hubiese dado cuenta, pero yo sí. A lo mejor volvería conmigo aquella noche, pero si lo hacía se sentiría apenado por su familia y lleno de buenos propósitos. Me llevaría a cenar, quizás incluso cocinase algo para mí, y luego haría el amor conmigo como quien toma oxígeno antes de hacer una prolongada inmersión bajo el agua. Por la mañana metería las cosas en el coche y se marcharía, y al llegar al trabajo descubriría que el tiempo que había pasado conmigo le iba a costar más caro de lo que se había pensado.

Vino la camarera encargada de mi mesa y me preguntó si me gustaba la ensalada. Le contesté que no, que no me gustaba.

—Es demasiado verde.

La camarera era joven, baja, gruesa y con el pelo rubio largo hasta los hombros. Y me dio la impresión de que estaba a punto de explicarme que el guacamole lleva aguacates y que éstos son verdes, pero la corté en seco y le pedí otra copa; mientras se marchaba pensé que la que estaba verde era ella, que era nueva en un mundo que se la iba a comer. El mundo se nos come a todos. Sentí que me entraban ganas de llorar. Me negué a hacerlo. Con el tercer margarita la camarera me trajo la cuenta, y comprendí que era una manera de decirme que no me molestase en pedir otro. No me gustó recibir un mensaje como aquél. Me tomé a sorbos la bebida, tan fría y llena de fruta como las otras dos, lamí el borde del vaso dándole vueltas hasta que no quedó sal, me lo tragué y me juré que cuando Lester regresara a la cabaña de pesca no me encontraría allí. La música cesó. Se oía el ruido que hacían los cubiertos de la gente al comer y la puerta de la cocina al abrirse. Notaba que la cara se me había puesto tan blanda como la de una muñeca de barro. Necesitaba otra copa, pero sabía que sería inútil intentar conseguirla allí, pues los restaurantes de los centros comerciales ponen un tope de tres copas a los clientes porque piensan que los borrachos son más dados a hurtar cosas en las tiendas, no compran lo suficiente y espantan a los verdaderos clientes. El hecho de estar al corriente de aquello no impidió que sintiera lo que sentí mientras le dejaba a la camarera-niña una buena propina y salía al centro comercial en busca de otro restaurante sin dejar de pensar que me vigilaban, que me monitorizaban.

El lugar estaba lleno, y el ruido de voces, el tintineo de las cajas registradoras, los diferentes tipos de música que salían de cada tienda, las quinceañeras hablando y riendo de dos en dos o de tres en tres, con el pelo recogido en lo alto y uñas relucientes, todo parecía hecho para poner a prueba la capacidad de aguante de cualquiera. Pasé junto a algunas chicas que se hallaban delante de una tienda de discos y una de ellas me miró fugazmente y luego se volvió hacia el refugio que eran sus amigas.

Me detuve y me quedé quieta sintiendo que me sofocaba. Otros compradores pasaban a mi alrededor mientras yo seguía observando a aquellas chicas y esperaba que alguna de ellas me mirase otra vez, intentase decirme alguna gracia o hacerme una mueca. Eran como copias unas de otras: llevaban vaqueros que les iban tres tallas grandes, camisetas de colores pastel, ya fuese sueltas o ajustadas por dentro de los pantalones, según quisieran enseñar los pechos o disimularlos, bolsos de piel chabacanos colgados de un hombro y pulseras amplias en las muñecas. Todas iban maquilladas de forma exagerada. Mascaban chicle y hablaban todas a la vez sin percatarse de que una mujer de treinta y seis años las miraba deseando volver, aunque fuera durante un día, no, durante un minuto nada más, deseando volver a ser como ellas, aunque para empezar yo nunca había sido así. No. No había sido una chica con amigas. Ahora, veinte años después, ya podría ser su madre. Pero no era madre de nadie ni esposa de nadie. Ni tampoco era la auténtica novia o amiga de nadie; a duras penas era hermana de alguien, y siempre que pensaba en mí misma como hija de alguien sentía que mi cuerpo era demasiado pequeño y asqueroso para vivir en él.

Me metí en una pizzería cara que había al final del centro comercial, me senté al fondo y pedí un vaso de vino blanco porque sólo servían vino y cerveza. Había pasado ya la aglomeración de la hora de comer y sólo quedaban unas cuantas mesas ocupadas. El techo era bajo y las paredes estaban cubiertas de antigüedades falsas: espejos enmarcados en yugos de cuero para bueyes, lámparas de queroseno con vidrios verdes, fotografías de hombres forzudos de papel de periódico amarillento y estatuillas de indios talladas en madera. Había silencio, luz tenue y un ambiente fresco, sin música, sólo el ruido que producía el ayudante de camarero que todavía limpiaba las mesas. Me fumé un cigarrillo, me bebí el vino y fingí que leía atentamente el menú. Cuando el camarero vino a tomarme el pedido le sonreí, teniendo buen cuidado de no pasarme en la sonrisa, e intenté decirle con mucha claridad, concentrándome para no farfullar las palabras:

—No veo nada que me apetezca. Así que me tomaré otro chardonnay, por favor.

Me tomó el pedido y se llevó el menú sin decir palabra. Debí de permanecer sentada allí bastante rato, porque cuando volvió con la segunda copa de vino y un cesto de rebanadas de pan italiano quise apagar el cigarrillo y vi que había quedado reducido entre mis dedos a un largo cilindro de ceniza pegada al filtro. Con modales propios de una señora, tomé un pequeño sorbo del vino que acababa de traerme. Empecé a untar el pan con mantequilla aunque sabía que no iba a comérmelo. Me daba la sensación de tener la cabeza y la cara fundidas en una sola pieza, en una sola cosa, y que la cara se me deshiciese dentro del cráneo y del pelo. Me pareció que aquel día bien podía ser ayer, cuando yo era una niña de nueve o diez años y mi padre me llevaba cada sábado con él para hacer el reparto de ropa blanca por los restaurantes, las carnicerías y las clínicas por la Carretera I; yo iba en el asiento del copiloto de la furgoneta marrón mientras mi padre se fumaba un puro García y Vega y sintonizaba en la radio una emisora que retransmitiese un partido de béisbol o

música de cuando él era joven. Pero yo siempre había visto a mi padre como un viejo, un hombre menudo y callado con gafas gruesas, labios delgados y las manos siempre ocupadas, como yo. Los dos planchábamos la ropa blanca y limpia en el rodillo eléctrico que teníamos en el sótano, yo sentada en un taburete en la parte de los rodillos por donde se metía la ropa y papá sentado en el extremo por donde salía, pues él sabía doblarla más deprisa y mejor que yo. Me había enseñado a usar la pierna para abrir los rodillos calientes a fin de poder meter el primer mantel, mandil o servilleta, pero no quería que yo utilizase la palanca, no quería que aminorase el ritmo para meter las prendas de ropa. En vez de eso me enseñó a coger los extremos de una prenda y a sujetarla con el dedo pulgar y el índice al extremo de la última que hubiese pasado por el rodillo, de manera que una entrara justo después de la otra. Trabajábamos en serie «como Henry Ford», y yo continuamente me quemaba la punta de los dedos al meter las prendas, pero mi padre parecía tan satisfecho sentado al otro extremo del rodillo, callado, aunque quizás orgulloso de tener una hija que le servía de ayuda, que nunca me atreví a decirle lo de los dedos porque me parecía que era algo que quedaba fuera de lugar, y siempre me daba la impresión de que se me aliviaban cuando mi padre me compraba un refresco frío en uno de los restaurantes y yo metía los dedos en el hielo.

Casi me había terminado el vino. La cabeza y el cuerpo me latían, y encendí un cigarrillo, sostuve la cerilla encendida junto a la cara y me quedé mirando la llama, los colores azules y verdes del azufre que se iban extendiendo por el cuerpo de la cerilla. Estuve mirando cómo me llegaba a los dedos y me quemaba la carne, pero no sentí nada y la dejé caer humeante sobre la mesa. Y entonces me vi a mí misma tirando una cerilla en medio de los arbustos secos que había alrededor de la casa de mi padre, y enseguida vi las llamas a la altura de las ventanas. Las cenizas a las cenizas. El polvo al polvo. Vi mi casa arder hasta quedar arrasada, las llamas devorando todo lo que había dentro, las alfombras persas y los muebles lujosos, los cuadros de aquellos hombres barbudos que había en la pared, el coronel y el sah, incluso el retrato de familia. Y el fuego era tan ardiente que el vidrio se ennegrecía y se hacía añicos, y la hermosa hija ardía y se curvaba hasta quedar reducida a meras cenizas. Pero pensé en la señora Bahroony, aquella llorosa mujercita árabe, y en su amor por los italianos, en su habilidad para estar en la misma fiesta que Sofía Loren; a ella no deseaba hacerle daño, sólo a todo aquello que poseía. Tendría que hallar la manera de sacarla de la casa antes de incendiarla, y también al hijo. Quizá distrayéndolos con algo. Con un incendio en el jardín delantero. Sentí como un cosquilleo en el estómago al pensar en todo aquello, y estuve a punto de echarme a reír.

Pronto me encontré caminando en medio de todo aquel ruido; entré en Sears, recorrí los pasillos, amplios y limpios, y pasé junto a las herramientas eléctricas, los equipos de pesca, las cortadoras de césped, las sillas de jardín, los filtros de aire y finalmente los bidones de gasolina. Me quedé mirándolos de lejos, como si acabara

de llegar de alguna parte para hacer un recado que me hubiera encargado otra persona y se me hubiera olvidado qué era. Había un montón de bidones de metal de veinte litros de capacidad pintados de color rojo vivo y con rayas amarillas. En cierto modo eran hermosos, y pensé lo bonito que sería para los maridos de otras comprarlos y llenarlos de gasolina para la segadora de césped que utilizaban el domingo por la mañana. Pensé en la casa de Lester en Eureka Fields, en la casa que no llegué a encontrar. ¿También cortarían él el césped? ¿Formaría eso parte de su vida familiar? Junto a los bidones para gasolina había unos estantes con carburante para encender el fuego y también sacos de carbón. ¿Sería conveniente comprar un poco para la barbacoa que tenía en el maletero del coche? Pero yo sabía que después de aquella noche la cabaña de pesca no sería más que un recuerdo. Y luego ¿qué haría yo? ¿Pasarme meses aparcando el coche en áreas de descanso, haciéndome la cena en la barbacoa, buscando un lugar seguro donde dormir hasta que Connie hubiera puesto en marcha el pleito con el condado? ¿Durante meses? Cogí un bidón de gasolina. Pesaba poco, sólo un recuerdo de lo pesado que podría llegar a ser cuando estuviera lleno.

El muchacho que había detrás del mostrador me preguntó si necesitaba un embudo.

—No —le contesté sin importarme ya que se me notase que estaba borracha—. Sólo una caja de cerillas.

Y aquel joven de diecinueve años de cuello flaco sonrió como si supiera de antemano las soluciones que requieren los problemas; y cuando salí al aparcamiento llevando en la mano el bidón de gasolina vi que el tiempo había cambiado y que una niebla de esas típicas de la costa Oeste avanzaba hacia el interior desde el mar. El cielo se había puesto gris, el aire era más fresco y olía a metal húmedo, aunque los coches estaban secos y la tapa del maletero de mi Bonneville todavía se notaba caliente a causa de los rayos de sol. Lo noté en la palma de la mano cuando me apoyé para abrirlo con el bidón de gasolina a mis pies como un perro fiel. Me notaba la cara extraña, con una sonrisa permanente que me salía de muy adentro. Me costó mucho meter la llave en la cerradura. Los coches iban y venían por el aparcamiento. Se oía el chirrido de los carritos de la compra rodando sobre el asfalto y un niño que lloraba a lo lejos. La cerradura del maletero produjo un chasquido, me incliné a coger el bidón y vi que allí, en el maletero, junto a la barbacoa de Nick, estaba enrollado el cinturón de cuero negro de Lester, la fina cuadrícula de la empuñadura de la pistola, la funda gastada. Y fue como volver a tener once años, entrar en la habitación de mi hermano para buscar un lápiz o un bolígrafo, abrir los cajones y encontrarme una revista en colores en la que las mujeres se la chupaban a los hombres; en esas ocasiones todas las diminutas corrientes se abren dentro de ti y tienes la sensación de que eso está mal, pero a la vez te das cuenta de que es una oportunidad, la tentación y la salvación, la causa y la cura, tócala, cógela, llévatela.

Y eso hice.

En un solo movimiento metí el bidón de gasolina y saqué aquella serpiente de cuero enroscada; sujeté la pistola debajo del brazo mientras abría la puerta del lado del conductor y la puse en el asiento, a mi lado. Lester la había dejado allí antes de entrar en el bar de camioneros la última vez que habíamos ido a bailar; era su categoría de ayudante del *sheriff*, su espada, un regalo que me había dejado en herencia, un pedazo de él, para que lo llevase conmigo y lo recordase. Pensé en nosotros dos haciendo el amor a orillas del río Purísima, Lester saliendo de mí y corriéndose sobre mi vientre, guardándose las espaldas para no correr riesgos. Pensé en que el semen seco de un hombre huele a gamba muerta, y también en que yo nunca había disparado un arma, que sólo había sostenido en la mano una pequeña que mi primer marido tuvo durante un mes aproximadamente cuando la coca se movía por nuestro interior; a la luz fluorescente del cuarto de baño me había obligado a sostenerla en la mano, cargada, y apuntar a mi propia imagen reflejada en el espejo.

Conduje hacia el norte por el Camino Real, la carretera del rey. Alargué la mano, la puse encima de la pistola y sentí su indiferencia de acero. Mantuve los dedos sobre ella mientras conducía los tres kilómetros que quedaban hasta llegar a San Bruno; pasé junto a feas urbanizaciones que se extendían a ambos lados de la autopista y cuyas calles quedaban interrumpidas de vez en cuando por un grupo de eucaliptos que se veían aceitunados a la luz gris de la niebla de la playa. Puse la casete de Tom Petty y subí el volumen casi hasta el máximo, metí el coche en un pequeño centro comercial, coloqué la pistola y la funda en el suelo, cerré el Bonneville y entré en una tienda de bebidas alcohólicas que había junto a la peluquería. Compré tres botellitas de Bacardí, dos de Coca-Cola y un paquete de chicles de menta. Cuando regresé al coche ya no recordaba quién me había vendido aquellas cosas... ¿Un hombre? ¿Una mujer? Estacioné el coche al final del aparcamiento, cerca de una hilera de arbustos de manzanita, tiré la mitad de uno de los refrescos por la ventanilla y le eché dentro el contenido de dos botellitas. Luego di un sorbo de puro calor caribeño y me quedé allí fumando y escuchando la casete de Tom Petty, aunque con el volumen muy bajo, pues no quería llamar la atención. Me sentía como un policía en un coche patrulla observando por la ventanilla los automóviles y la gente que entraba y salía de las tiendas. Estaba esperando que sucediese algo.

A mi derecha, más allá de los arbustos, había una gasolinera de autoservicio. Puse el motor en marcha y tomé un trago enorme del ron con cola, pero tenía demasiadas burbujas. Tosí, empecé a sentir náuseas y tuve que asomar la cabeza por la ventanilla, aunque no eché nada. Me fumé dos cigarrillos antes de darme cuenta de que la música se había acabado. Le di la vuelta a la cinta, subí el volumen y acerqué el automóvil a uno de los surtidores de la gasolinera. Saqué el bidón del maletero y apreté el botón del surtidor prometiéndome que lo pagaría en el interior; y empecé a llenarlo mientras la música del casete salía a todo volumen por las ventanillas abiertas del coche, a mucho más volumen del que yo me había pensado. La pistola de Lester seguía en el suelo donde cualquiera podría verla, pero no había nadie cerca, sólo una

mujer en la caja que leía algo con las gafas puestas en la punta de la nariz y la barbilla contra el pecho. Tom Petty cantaba *Break down, it's all right* con una voz tan aguda y frenética como mis sentimientos, lo que los racionales llamarían una Voz Enemiga, ya lo sabía. Pero a mí aquel sonido me parecía una buena compañía, una cálida mano borracha en la espalda que me daba ánimos para lo que tenía que hacer, que era inevitable. La mujer no dejaba de levantar la vista de lo que fuera que leyese y de vigilarme con la cabeza un poco inclinada hacia atrás para poder verme mejor a través de las gafas, para poder mirarme con los labios fruncidos igual que mi madre, sacando conclusiones sobre quién era yo y qué me proponía hacer antes de que me diese tiempo a hacerlo. El surtidor produjo un chasquido al cerrarse, la gasolina se salió del bidón y formó un charco a mis pies; el olor era tan intenso que todo me olía y me sabía a gasolina. Me incliné hacia el interior del coche, donde la voz de Petty era como una mancha de sonido, y saqué del bolso unos cuantos billetes. No sabía si sería suficiente, pero no me detuve a contarlos; la música sonaba tan fuerte que las colillas vibraban en el cenicero y a lo único que me olía era a gasolina. No quería dejar la pistola de Lester a la vista dentro del coche, así que abrí la funda y saqué la pistola, negra con el cañón de aristas y más liviana de lo que me pensaba.

La metí en el bolso, que casi nunca llevaba conmigo, me lo colgué del hombro y me dirigí al lugar donde se encontraba la señora aquella de la caja. Me vi reflejada en el vidrio, con los labios separados como si estuviera durmiendo y la cara tan seria como la de una monja antes de rezar. La señora tenía las gafas en mitad de la nariz, le pellizcaban la carne; había puesto los dedos en el micrófono que había delante de ella y decía algo, pero yo sólo oía electricidad estática, pues resultaba imposible entender nada con la música tan fuerte que salía del Bonneville mientras Petty suplicaba *break down, it's all right, it's all right*. El cajón donde se depositaba el dinero salió hacia fuera y dejé caer el dinero en él sin sacar del bolso la mano izquierda, que seguía colocada en la culata de la pistola de Lester. La mujer desdobló y contó los billetes, tres dólares. Negó con la cabeza, volvió a empujar el cajón vacío hacia fuera y se quedó allí sentada mirándome, esperando, con la cara un poco arrugada y los ojos entornados como si no pudiera soportarme ni a mí ni al ruido que salía del coche ni un segundo más. Volvió a hacer un rápido movimiento negativo con la cabeza. Puso los labios junto al micrófono y entonces yo retrocedí, sentí que sacaba la pistola del bolso y me vi a mí misma apuntando a aquella mujer a través del cristal. Ésta levantó las manos mientras se mordía los labios como si contuviese la respiración; los orificios nasales pugnaban por abrirse al tiempo que los ojos se le llenaban de lágrimas detrás de las gafas. Miré, sorprendida, cómo habían cambiado las cosas entre ambas tan de repente. Quería decirle que no pasaba nada; no pasa nada. Le temblaban los labios y juntaba los dedos como si rezase. Bajé el brazo, pero la mujer no me miraba, sólo miraba la pistola, así que me la guardé en el bolso y regresé al lugar donde se encontraba el coche; una camioneta entró por el otro extremo de la gasolinera mientras yo me sentaba al volante, bajaba el volumen de la música y

volvía a salir despacio hasta la calle; sentía el cuerpo tan fino y tan ligero como la niebla que nos envolvía; llevaba la tapa del maletero abierta y el bidón lleno de gasolina se había quedado en el suelo al lado de los surtidores.



Estoy arrodillado sobre unos periódicos y aplico cola a las patas rotas de la mesa que en un tiempo fue de la madre de Nadereh. La de hoy ha sido una tarde muy fatigosa; todavía no he dormido ni he tomado té, y tengo un persistente dolor de cabeza, justo entre los ojos y las orejas, y una contractura en el cuello. Después de que esa gendeh Kathy Nicolo se fuese llorando en el coche y de que mi esposa y yo entrásemos en la casita, Nadi me puso en la mano una nota que había escrito esa mujer que se muestra tan satisfecha de tratar de robarnos nuestro futuro. Nadereh se quedó de pie en la alfombra con los ojos brillantes a causa de la ira y llenos de desconfianza hacia mí. Comprendí que ya no había manera de ocultarle la verdad por más tiempo.

—Sí —le dije en farsi al tiempo que dejaba encima del mostrador la nota que había escrito la mujer—. Éstas son las circunstancias. ¿Y qué?

Nadereh se quedó callada durante unos instantes y me miró con el rostro impasible y la cabeza baja e inclinada hacia un lado, como si tratase de oír otra vez lo que le había dicho. Después me maldijo en farsi y me llamó ladrón, perro e hijo de padre desconocido. Se puso muy fea, zesht, los ojos se le empequeñecieron y le aparecieron profundas arrugas en el entrecejo. Pero la furia que yo experimentaba me había desaparecido a causa del esfuerzo que había hecho al empujar a esa mujer, Nicolo, fuera de nuestra casa, y ahora me sentía muy fatigado e indiferente a cualquier clase de emoción. Ya estaba bien de tantas emociones.

Aparté a un lado la mesa rota y me senté en el sofá; apoyé las manos, que me pesaban, en las piernas y me sentí muy lejos de allí mientras esperaba a que Nadereh acabara de insultarme por mi falta de criterio y de sinceridad para con ella. Todas esas cosas las dejé pasar como si fueran aviones de entrenamiento sin munición, pues me daba cuenta de que mi esposa se encontraba a punto de echarse a llorar debido al miedo que la domina desde la caída de nuestra sociedad. Y sí, poco después ya estaba llorando y me exponía su ignorante temor de que ahora nos deporten de este país por robarle la casa a esa joven.

—¿Eso te ha dicho ella, Nadi?

Se lo pregunté a mi esposa con tanta calma como le hablaría a un niño que acabara de caerse y se hubiese golpeado la barbilla con una piedra. Pero no me contestó. Continuó maldiciéndome por ser un genob sarhang, un oficial de alto rango en un puesto prominente culpable de que nuestros nombres se encuentren en una lista de condenados a muerte, de manera que nunca podremos regresar a casa. Ya le había oído a Nadi decir todas esas cosas con anterioridad, desde que escapamos a Bahrain, a Europa y finalmente a California, y resulta evidente que yo habría tenido que imaginarme, en este día en que mi esposa ha telefoneado a su hermana a Teherán, que lo más probable era que empezase a mostrarse irrespetuosa conmigo de nuevo. Pero quizá por primera vez, mientras me hallaba sentado en aquel sofá sintiéndome tan pesado como la arena y Nadereh continuaba tan histérica como un gitano borracho,

deseé no tener nada más que ver con aquella mujer que era mi esposa. No podía soportarla ni un momento más. Y me permití contemplar la posibilidad de pasar el resto de mis días y de mis noches sin ella. Alquilaría una habitación pequeña en cualquier calle tranquila, en una ciudad también tranquila, y viviría como los hombres santos, con un colchón, un samovar sencillo y unas cuantas prendas de vestir como únicas pertenencias. Me levantaría antes de salir el sol y me pondría a rezar mirando hacia el este. Ayunaría no sólo durante el mes del Ramadán, sino que también lo haría cada semana. Me liberaría de todas las represiones. Me volvería tan liviano como las motas de polvo.

Pero ya no podía seguir escuchando a Nadereh mucho más; empezó a llamarme tagohtee, egoísta, y eso yo no estaba dispuesto a consentirlo. Me levanté y le pregunté para quién creía que yo trabajaba tanto.

—¿Para mí? Yo no hago para mí heechee, nada.

Estuvimos discutiendo durante mucho rato, como taxistas, sin que ninguno de los dos diese el brazo a torcer. Mi mujer insistía en que aquella joven era una buena persona.

—¿Buena persona? Pues ha enviado a un hombre armado para amenazarnos, Nadereh. Sang nan doz, no digas tonterías. Una y otra vez traté de explicarle que yo no sabía nada de aquello en el momento de comprar la casa, y que ahora el problema era de otros, no nuestro.

—Dios nos ha concedido esta casita, Nadi. No creo que tengamos otra oportunidad de hacer tanto dinero.

Intenté explicarle que la joven Kathy Nicolo disponía de una oportunidad aún mayor de enriquecerse, porque quien había actuado contra ella era nada menos que el condado. Pero Nadi se negó a escucharme. Siempre ha sido una mujer supersticiosa, especialmente cuando trata con personas menos afortunadas que nosotros; en Teherán, cuando iba a los bazares y a las tiendas, siempre llevaba dinero suelto, puñados de tomans, para dárselo a cualquier mendigo que encontrase, a los lisiados y a los ciegos, a los que tenían la cara quemada, a los que les faltaban manos o piernas, a las víctimas de la SAVAK. Y si no había ningún mendigo a mano entre la gente, se negaba a dar por terminadas las compras hasta haber encontrado alguno a quien poderle dar nuestro dinero. Y para mí es evidente que esta Kathy Nicolo se ha convertido en una especie de mendigo para Nadi, en un mendigo al que de algún modo debemos aplacar, de lo contrario nos maldecirá.

Y entonces mi mujer me maldijo a mí y se atrincheró una vez más en su habitación.

Conduje en dirección oeste, hacia Corona. Al llegar a una salida que llevaba a una urbanización, me detuve en el arcén, cerré de un golpe el maletero del coche y volví a ponerme en marcha pensando en cuánto tiempo me quedaría antes de que la policía saliera en busca del Bonneville y de la mujer armada que lo conducía. Sentía temblorosos los pies y las piernas y una opresión en el pecho; tomé varios sorbos de ron con Coca-Cola. Fumaba mientras conducía y obedecí todas las señales de tráfico al pasar por el bulevar Hillside con la ventanilla bajada. Se olía el aroma del Pacífico, el aire fresco y húmedo; el cielo se había puesto gris; Tom Petty sonaba a un volumen tan bajo que más bien parecía que una vocecita me sonase dentro de la cabeza, la cual, por cierto, creía tener abierta por detrás y que de ella entraban y salían pájaros.

En el centro de Corona, la niebla era tan espesa que no se alcanzaba a ver el agua ni la arena de la playa. Las tiendas de una sola planta destacaban entre la niebla gris, y cuando pasé junto al *drugstore* vi un coche patrulla de la policía de Corona aparcado en la esquina. En su interior había un policía joven sentado ante el volante leyendo algo, y me sentí tan sutil y ligera que pensé que los pájaros que notaba en la cabeza me llevarían consigo; la pistola de Lester descansaba en el asiento, a mi lado; miré al frente y pasé junto al policía sin mover la cabeza; miré por el espejo retrovisor y me cercioré de que nadie me seguía, así que subí por la calle Bisgrove. No estaba segura de lo que hacía ni de lo que podría hacer a continuación, ni siquiera de cómo habían transcurrido los últimos minutos. Pero cuando llegué a lo alto del cerro divisé el Buick blanco del coronel aparcado en la entrada para coches de mi jardín, cuyo césped se veía cortado con esmero; después miré el paseo de viuda, que llamaba la atención con aquellos muebles de terraza nuevos y la gran sombrilla blanca abierta en el cielo gris. ¿A qué otro sitio podía yo ir sino a casa?

Dejé el coche en la entrada detrás del vehículo del coronel, apagué el motor y la radio y me quedé sentada al volante. La cabeza se me caía hacia delante continuamente, tenía el pelo delante de la cara y por las venas me corrían vapores alcohólicos dispuestos a arder en cualquier momento. Sólo me había alimentado de tequila, vino y ron, y todo ello circulaba en mi interior como un río de lava, me surcaba las venas como la madre del vino derretida; las cenizas a las cenizas, el polvo al polvo. Y la casita blanca que tenía ante mí ya ni siquiera me parecía mi casa; se la veía muy blanca, cuadrada y pulcra, y los arbustos que crecían bajo las ventanas estaban tupidos, verdes y bien podados. Volví a pensar en Lester, en aquel bigote torcido suyo y en los ojos castaños y tristes. Sentí ganas de besarlo y abrazarlo de nuevo, pero también tenía necesidad de ver de nuevo a mi padre, que había muerto. Y aquella pequeña casa que él había disfrutado en la jubilación ya no era nuestra. De mi boca salió un quejido que venía de muy adentro y lamenté haber asustado tanto a aquella mujer. Palpé la pistola negra que tenía en el asiento, a mi lado, aquella serpiente dormida que podría despertar y que ahora no era más que un bromista

silencioso que me azuzaba; la cogí, la levanté en el aire y olí el agujero negro, pero sólo noté el olor de la gasolina que tenía en los dedos. Luego me puse el arma sobre las piernas. La veía a través de la cortina de pelo que me caía sobre la cara.

Aguardé un rato, pero no salió nadie de la casa. Esperé un poco más y supongo que cerré los ojos en alguna ocasión, lo que fue un error, pues creí ser un barco en la noche bamboleándose a merced de las olas. Cuando volví a abrirlos se oía la algarabía que producían los pájaros en el bosque, al otro lado de la calle, y también una suave conversación.

Luego, como si sólo fuera algo que deseaba probar para ver qué tal era, me coloqué el extremo del cañón en el esternón, cerré los ojos y noté que el barco empezaba a naufragar; tenía el dedo sobre el gatillo y todo se redujo a un fino punto oscuro en el interior de mi cabeza.

He envuelto con cinta una de las patas de la mesa y empiezo a envolver la otra; la cola gotea sobre el papel de periódico. Tengo los dedos pegajosos y el dolor del cuello se me propaga ahora hacia arriba por la parte de atrás de la cabeza. Sé que debería tumbarme y descansar un poco, pero antes tengo que acabar de sujetar la pata de la mesa, de lo contrario se pegará mal encajada. De la habitación cerrada de Nadi vuelve a llegar hasta mí la música de Googoosh, esa música demasiado dulzona propia de románticos ignorantes de cualquier historia que no sea la suya propia. Pero en este momento me consuela más que el silencio, mejor que el desfile interminable de mis pensamientos, esas directrices que me impongo a mí mismo para continuar con la estrategia que estoy convencido es lo mejor para mi familia.

Pienso en mi Soraya, tan zeebah, tan bella; ahora ya no se apellida Behrani, sino Farahsat. El corazón me da un brinco al recordar cómo se avergüenza de nosotros, de mí, de la cena que celebramos para agasajarla a ella, a su silencioso marido y a la familia de éste. Me duele la cabeza. Noto como si me la apretasen entre dos piedras. Tengo las rodillas y la espalda rígidas y cansadas. Me siento muy pobre y viejo. Pero no voy a permitir que los de mi propia sangre me interpreten mal; he de telefonar a Soraya y concertar una cita para vernos, para comer o cenar juntos, padre e hija solos. Quizá paseemos por el Fisherman's Wharf con los turistas de la ciudad, cogidos del brazo mientras le cuento..., mientras le cuento ¿qué? ¿Qué le puedo decir a mi hija? «Oye, por favor, no me mires con ese aire de superioridad porque ya no ocupe una posición importante en nuestra sociedad. ¿Acaso tengo yo la culpa de que nuestra sociedad ya no exista? ¿Es culpa mía que en la actualidad residamos en América, donde sólo se respeta el dinero? Por favor, hija, haz un esfuerzo por olvidar cómo vivíamos en otra época, deja todo aquello atrás y no nos avergüences hablando como si ahora ya no fuéramos nada y sólo nos quedase recordar lo que en otro tiempo fuimos. Somos tu madre y tu padre. No lo olvides».

Me lavo las manos en el fregadero de la cocina de Nadi, me echo un poco de agua fría en la cara y me doy cuenta de que soy un mentiroso, porque las palabras que me pasan por la cabeza son tan vanas y débiles como la pierna de madera de un lisiado: no me las creo ni yo mismo. Esta pequeña casa no tiene ni siquiera el tamaño del edificio anexo en el que Bahman aparcaba nuestro automóvil en la capital. Quizá Soraya tenga razón al menospreciar la casita contando de forma tan nerviosa lo que realmente fuimos, quién era su padre. Pero ahora lo que tengo que hacer es descansar; todavía no me han derrotado. Quizá convenga rebajar el precio para asegurarme así un comprador cuanto antes. Sólo doblar la inversión con la venta supondrá disponer de cien mil dólares en nuestros bolsillos. Y estoy seguro de que en este país con esa clase de semilla se puede hacer crecer un árbol.

Fuera el día está gris y la niebla vela los árboles oscuros del bosque de enfrente. La puerta principal de la casa sigue cerrada e ignoro si Esmail habrá cogido la llave,

pues generalmente no lleva nada en los bolsillos. Pero no puedo dejarle la puerta abierta para que entre, así que tendrá que despertarme cuando llegue. Dejo la barra de hierro en un rincón al lado de la puerta y me doy la vuelta para dirigirme a mi despacho cuando veo algo que mis ojos no acaban de creer: detrás del Buick Regal se encuentra el automóvil rojo de la mendiga Kathy Nicolo. No la he oído llegar. Seguro que lo ha hecho mientras me lavaba en el fregadero de la cocina. La mujer se halla sentada en el interior del coche con los ojos cerrados y la cabeza apoyada en el reposacabezas del asiento; tiene la barbilla levantada y la garganta se le ve blanca y larga. Parte del cabello negro y enmarañado le cae sobre la mejilla, y me siento bastante extraño porque no la he oído llegar y porque en este momento se parece tantísimo a mi prima Jasmeen, que murió hace tanto tiempo, que durante unos instantes no sé muy bien dónde me encuentro, qué día es hoy ni cómo es que me hallo aquí. ¿Estará dormida? ¿Tendrá tan poca lógica esa joven?

Pero me siento insignificante cuando salgo al aire fresco y gris, y en mi corazón sólo noto fatiga, confusión y una profunda sensación de que quizá lo que veo ante mí no sea más que un sueño. Esa mujer llamada Kathy Nicolo no se ha movido, sigue con la cabeza apoyada en el asiento y los ojos cerrados. Pero cuando me acerco se echa a llorar en silencio, mueve la cabeza de un lado a otro y abre la boca para pronunciar algunas palabras que no le salen. Luego hace una mueca, aprieta los ojos y curva los hombros hacia delante. El cuerpo se le afloja, los hombros le caen hacia atrás y continúa llorando, moviendo la cabeza y la boca como si intentase convencer a alguien invisible de que es necesario hacer algo con urgencia. Cuando llora, la mujer parece más joven, no mucho mayor que mi Soraya, y al acercarme siento cierta ternura, un momentáneo arrepentimiento por haberla tratado antes con tanta rudeza, por haberla empujado hasta meterla en el coche como si hubiera sido un hombre. A pesar de todo, creo que he de decirle con firmeza que tiene que marcharse. Una vez más la mujer hace una mueca, y la sensación de que aquello es un sueño aumenta porque veo que tiene ambas manos sobre una pistola automática cuyo cañón mantiene apoyado en el pecho mientras aprieta el gatillo, que evidentemente tiene puesto el mecanismo de seguridad. Luego contemplo extrañado cómo mi propia mano se mete en el coche por la ventanilla abierta y obliga a la mujer a soltar el arma. La mendiga abre los ojos. Los tiene enrojecidos y parpadea como si saliera de un sueño profundo, pero luego me mira a mí, mira a la pistola y se echa a llorar mientras el pelo le cae sobre los ojos y la boca. Aprieto el botón, saco el cargador lleno de balas de su emplazamiento y miro a ver si queda alguna en la recámara. No hay ninguna. Me tiembla la mano cuando guardo el cargador en el bolsillo de los pantalones, me meto la pistola en el cinturón y abro la puerta para ayudar a Kathy Nicolo a bajar del automóvil. El interior del vehículo huele a gasolina, y la mujer desprende un fuerte olor a licor y a humo de cigarrillo. Me golpea las manos para que las aparte y llora aún más fuerte, pero en realidad Kathy Nicolo se encuentra muy débil. La saco del coche, la llevo hasta la puerta de la casita, porque está borracha,

mast, y casi no puede caminar. Una vez dentro, cuando ya se encuentra de pie, aunque tambaleante, en el cuarto de estar mientras la sujeto por el codo, empieza a hablar entre sollozos con el pelo colgándole por delante de la cara. Me dice que ya no le importa esta casa, que ya no le importa nada, sencillamente. Habla en voz muy alta, de ese modo peculiar en que lo hacen los borrachos, y deseo que Nadereh deje la música que se oye tras su puerta cerrada y venga a presenciar aquello, que vea a esta buena chica en estado de embriaguez que intentaba quitarse la vida delante de nuestra casa. Siento las piernas flojas y necesito que Nadi me ayude, pero temo dejar sola a esta joven, a Kathy Nicolo, aunque sólo sea durante un pequeño instante. Ahora ya no hace tanto ruido al llorar y se le doblan los pies como a una marioneta. La llevo despacio hasta la habitación de mi hijo, la siento en la cama y después la acuesto, inclinándome para levantarle las piernas desnudas y ponerlas también sobre el colchón. Vuelve hacia mí el rostro, mojada de lágrimas, y me dice:

—Yo..., ¿no podemos...?

Y llora. Pero pronto baja la barbilla y parece relajarse sobre la almohada de mi hijo.

—¿Nicky?

—Nahreh —le contesto en farsi. Luego le hablo en inglés—: Ahora le conviene dormir. Tiene que descansar. Coloco la silla de Esmail junto a la cama y tomo asiento. La pistola me aprieta de tal modo que me resulta una incomodidad, así que la saco y la sostengo en las manos. Huelo el lubricante que tiene en la superficie y me acuerdo de Teherán. ¿Dónde puede adquirir una chica joven un arma como aquélla? La mujer parece dormida, y durante un momento considero la posibilidad de quitarle las zapatillas Reebok, pero no lo hago. La miro mientras duerme y observo que tiene la boca ligeramente entreabierta. Debajo de aquella camiseta de Fisherman's Wharf de color tan vistoso los pechos apenas se le mueven, casi no suben ni bajan. Miro la pistola que tengo en las manos y creo ver cómo Jasmine cae al suelo con el pelo largo revuelto al aire, apretándose la mano entre los pechos mientras el camisón blanco se pone tan rojo como el azafrán.

La mujer, Kathy Nicolo, permaneció dormida toda la tarde y las primeras horas de la noche. Al principio consideré la idea de ir a decírselo a Nadi directamente, pero la puerta de mi esposa seguía cerrada para mí; se ve que el canto de Googoosh le ha aliviado el dolor de cabeza y la ha dejado sumida en un sueño melancólico. Y además tampoco se derivará ningún bien inmediato del hecho de que se entere de cuál es nuestra actual situación. El pánico de los débiles nunca ayuda a los fuertes. Voy de nuevo a la cocina, me sirvo té del samovar y me siento ante el mostrador con la pistola descargada en la mano. Una vez más me pongo a sopesar las distintas alternativas que tengo.

Podría, naturalmente, llamar a la policía y presentar una denuncia contra Kathy

Nicolo, acusarla de allanamiento y de presentarse en mi casa con un arma peligrosa. Pero al abrir la guía telefónica por la página donde se encuentra el número de la policía de Corona, me siento incapaz de realizar la llamada porque veo con toda claridad que aquella mujer sólo tenía intención de hacerse daño a sí misma, y la cara llorosa de Kathy Nicolo mientras intentaba, con gran desconocimiento de las armas de fuego pequeñas, dispararse una bala en el pecho se me quedó grabada en la mente. Me meto otro terrón de azúcar en la boca, doy un trago de té persa caliente y me quedo escuchando durante un rato la música amortiguada que llega desde la habitación de Nadi. Sí, es ligeramente romántica, pero me trae recuerdos del hogar donde pasé mi infancia en Rasht, de las peleas con mi primo Kamfar, un niño muy gordo, bajo el sol, en medio de la calle polvorienta, de su hermana Jasmeen mirándonos oculta detrás de la pared de piedra que había ante la casa de mi padre y asomando sólo la mitad superior de su carita, aquellos grandes ojos sonrientes. Me acordé de Bijan, el sobrino de Pourat, que hablaba con toda tranquilidad de cercenarles los miembros a los niños mientras yo bebía vodka a su lado y me convencía a mí mismo de que el hecho de negarme a mojar los dedos en el mismo mastvakhlar que él era una postura moral suficiente para un hombre de mi posición. Pero en aquellas veladas yo bebía como tres hombres, y después durante varios días llevaba a cabo mis obligaciones sin alegría, tratando con rigor a mis oficiales subordinados y dando órdenes cuya única finalidad era demostrar a mis inferiores quién mandaba.

Tres veces recorrí en silencio el pasillo para ir a echarle un vistazo a Kathy Nicolo, y todas ellas comprobé que no había cambiado de postura, que continuaba durmiendo tan inmóvil como una niña pequeña con el rostro vuelto en dirección a la puerta, los ojos cerrados y un mechón de cabello sobre los labios entreabiertos. Ahora la habitación de mi hijo olía igual que la mujer, se notaba mucho el mal aliento que da el licor, y durante unos instantes noté que el asco me invadía. Pero poco después, igual que las burbujas de aire procedentes de aguas profundas se disipan al llegar a la superficie, veo que ya no siento asco, sino sólo compasión por esta Kathy Nicolo, compasión y una cierta necesidad de tratarla bien. En mi país existe una creencia muy antigua según la cual si un pájaro entra volando en casa de alguien es que se trata de un ángel que ha venido a hacer de guía y hay que considerar su presencia como una bendición de Dios. Una vez, cuando Soraya todavía era niña y pasábamos el verano en nuestra casita del mar Caspio, mi hija se encontró bajo un ciprés un pajarito joven con un ala rota y nos lo llevó. Nadereh le entablilló el ala con una pequeña pieza de madera y juntas alimentaron al pájaro con agua azucarada y migas de pan durante muchos días. Y al final del verano lo sacaron de la jaula y lo soltaron en el porche aquel desde el que se veía al mar. Soraya abrió los dedos de la mano y el pájaro echó a volar y se alejó rápidamente adentrándose en el bosque. Durante dos días nuestra hija lloró por el pajarito, aunque al final nos dijo que se sentía muy contenta porque un ángel había venido a bendecir nuestra casa.



Vuelvo a la cocina y bebo un poco más de té. La casa se ha quedado en silencio. Ya no se oye a Googoosh, sólo el vacío de dos mujeres dormidas. Como la niebla gris todavía no se ha levantado, enciendo la luz del techo de la cocina. Al brillar se refleja en el samovar de plata que se halla en el mostrador y en los platos limpios y secos colocados en el escurridor de Nadi. Cosa extraña, me siento contento, y recuerdo la tarde que pasé un rato en la tienda del iraquí cerca de la central del Departamento de Carreteras jugando al *backgammon* junto al escaparate; el silencio que allí reinó entre nosotros fue la aceptación por ambas partes de que la sangre tenía que dejar de correr entre nuestros dos países. Durante varios días después de aquello, mientras trabajaba recogiendo basura en la carretera con Tran, el viejo vietnamita, y con los panameños, sentí dentro de mí la alegría y la bondad, y ni siquiera Méndez, a pesar de aquella larga cicatriz en el brazo y el fuerte olor a vino que emanaba su sudor, ni siquiera él conseguía inspirarme odio cuando me llamaba viejo en su lengua materna mientras dejaba caer al suelo el vaso de agua vacío para que Tran lo recogiera.

Y ésta es la sensación que experimento ahora una vez más. ¿Quién puede decir cuántos momentos más de desesperación y borrachera habrían tenido que transcurrir antes de que esta Kathy Nicolo hubiera dado con el mecanismo de seguridad y hubiese logrado dispararse en el corazón? Sí, el orgullo es vanidad débil, pero realmente experimento cierta sensación de gozo por haberle salvado la vida a esta mujer. Y sí, está borracha, pero aun así me animan esas palabras que ha dicho anunciando que ya no le importa esta casa. Quizá cuando despierte de su sueño, y después de que Nadi le prepare una buena comida, Kathy Nicolo se muestre dispuesta a poner todo eso por escrito, quizá tenga la suficiente capacidad para reconocer quién es ahora su auténtico enemigo y empiece a actuar en consecuencia.

Pero ahora he de despertar a Nadereh para que prepare la cena. Tengo que entrar en su habitación, que está a oscuras y llena de un aroma a crema facial y a sábanas de algodón, y sentarme allí con ella y hablarle del triste pájaro dormido que he encontrado ante nuestra puerta, del ángel mendigo que duerme tranquilo en la habitación de nuestro hijo.

## Segunda parte

# 1

Ya había oscurecido y Lester llevaba más de dos horas sentado en el porche de la cabaña de pesca. La niebla espesa se extendía entre los árboles, y ello hacía que el negro bosque que rodeaba la cabaña pareciera hallarse sumergido en agua lechosa. Todavía se notaba el olor del árbol, un arce, que había cortado; luego lo había hecho leños y los había amontonado. En dos ocasiones había advertido que un coche circulaba por el asfalto de la carretera cercana al río Purísima. Se había quedado esperando a ver si oía al motor cambiar de marcha y veía luego aparecer entre los árboles la luz de los faros oscilando arriba y abajo, pero no había sido así, de modo que seguía esperando.

Tenía hambre y también sed, pero no se movió del sillón de bambú situado junto a la puerta mosquitera de tela metálica. Veía sin cesar la cara de Bethany, el aspecto que tenía aquella tarde mientras estaba de pie al lado de la mesa de la cocina con el uniforme del colegio. Acababa de llegar a casa y esperaba oír de labios de su padre qué les iba a suceder a todos ellos, a los miembros de la familia; y se quedó allí como una valiente esperando a que a Lester le salieran las palabras de la boca. Pero entonces había sonado el teléfono y Carol contestó con voz nasal. En tono cansado le dijo a Lester que era para él y dejó el auricular en el mostrador de la cocina. Se acercó a Bethany, le dio la vuelta y la empujó con suavidad fuera de la habitación. Lester se quedó mirándolas mientras atravesaban el vestíbulo y subían por la escalera, y después se puso al teléfono. Era el teniente Álvarez, de Asuntos Internos. Lester lo conocía, aunque no demasiado bien, en parte porque era de Asuntos Internos y en parte porque se trataba de un ex marine bajo y malhumorado que solía correr diez kilómetros cada mañana antes de ir a trabajar; tenía un aspecto muy serio, intachable, igual que la hoja de servicios, tan inmaculada como la corbata que se ponía incluso en los meses de verano, cuando el *sheriff* no obligaba a llevarla. Otros compañeros del departamento se sentían automáticamente incómodos cada vez que se hallaban cerca de aquel hombre, pero no fue eso exactamente lo que Lester sintió cuando cogió el teléfono mientras su hija se encontraba arriba a punto de desmoronarse; aquella interrupción le molestó en gran manera, y contestó como si no supiera quién se hallaba al otro extremo de la línea.

—¿Qué hay?

El teniente se identificó hablando en un tono calculado e inexpresivo, e hizo una pausa para darle a Lester oportunidad de contestar de acuerdo con el protocolo, pero el agente permaneció callado. A Álvarez se le notó en la voz cierto acaloramiento cuando le pidió a Lester que se trasladase cuanto antes a Redwood City para mantener una conversación con él. Lester dejó escapar un largo resoplido y notó que el corazón empezaba a latirle más deprisa.

—¿No puede usted esperar hasta que entre de nuevo de servicio, señor?

—No, agente. Esto no puede esperar.

El teniente le informó de que lo encontraría en su despacho y colgó el teléfono. Pero Lester no tenía intención alguna de ir directamente al Ayuntamiento para que aquel capullo empezase a hacerle preguntas sobre cualquier asunto, aunque era consciente de que por fuerza el motivo de la llamada tenía que ser la visita que él le había hecho al coronel iraní. Y al tiempo que colgaba el teléfono consideró la idea de negarlo todo, de mentir, sencillamente. En aquel momento no estaba dispuesto a afrontar más verdades, y menos después de una jornada que había empezado por la mañana temprano cuando llegó a casa con resaca, con el pelo todavía mojado de agua del lecho del río Purísima y el olor de Kathy en la piel. Había encontrado a Carol en la cocina llenando la cafetera ante el mostrador, y su esposa había seguido de espaldas a él y le había dicho con voz cautelosa que no lo esperaba. Lester se disculpó por no haber llamado para avisarla y se sentó a la mesa en la silla que ocupaba siempre; luego miró a su mujer mientras ésta fregaba los platos del desayuno de los niños. Llevaba el pelo mate recogido en un moño y sujeto con horquillas a la nuca, e iba vestida con un pantalón corto de color caqui y una camiseta blanca sin mangas. Tenía la parte superior de los brazos carnosa, siempre la había tenido así, aunque a Lester eso nunca le había molestado, y cada vez que Carol se quejaba de eso, él le decía que la encontraba estupenda tal como estaba. Y lo decía en serio. Era cierto.

Cuando el café estuvo hecho, Carol se puso un poco, se sentó y dejó que Lester se levantara y se sirviera él mismo. Éste se echó un poco de leche en la taza, la removió y le preguntó a su esposa si Nate se encontraba arriba; Carol le dijo que no, que acababa de dejarlo en casa de su hermana, en Hillsborough.

—Es que hoy tengo que ir a la ciudad.

Lester sabía lo que aquello significaba. Se recostó en el respaldo y en las horas siguientes vio a su mujer convertirse en cuatro personas completamente diferentes. Durante la primera hora o así, Carol se mantuvo distante y habló con tanta tranquilidad y raciocinio como lo haría el abogado al que pensaba ir a ver a Frisco. Se mantuvo muy erguida sentada en la silla y habló de los nueve años de matrimonio como si se tratase de un contrato que los ataba a los dos porque ahora tenían hijos, y por ello había que cumplir ese contrato.

—¿Qué es una promesa al fin y al cabo, Lester? ¿Qué es una promesa?

Éste le dijo que no sabía qué contestar a eso, porque ya no estaba seguro de qué era una promesa. Pero a medida que avanzaba la mañana toda aquella rígida compostura se fue viniendo abajo y Carol comenzó a decirle a gritos que era un débil y un hijo de puta que sólo se preocupaba de sí mismo. ¡Y lo mismo aquella puta con la que se acostaba! Y le tiró la taza de café. Falló y la taza dio en la pared, aunque no se rompió. Lester la recogió del suelo, pero no sabía bien por dónde empezar, así que dijo poca cosa mientras Carol se paseaba arriba y abajo sin dejar de gritarle, hasta que finalmente la mujer se derrumbó y se echó a llorar tapándose la cara con las manos. Ante eso Lester no pudo mantenerse indiferente, así que se acercó a su esposa, la

abrazó e incluso lloró con ella. Pero en el fondo se sentía más aliviado que otra cosa, pues por fin había salido la verdad. Ahora sólo era cuestión de esperar. De salir de la tormenta. Inexplicablemente, cuando se dio cuenta casi había transcurrido la mitad del día. ¿Cómo habría pasado tan deprisa? A primera hora de la tarde Bethany solía volver del colegio, y cuando entró en casa caminando tímidamente, casi de puntillas, Lester vio que Carol se transformaba en la madre que era; se limpió las lágrimas, esbozó una sonrisa y se agachó con los brazos abiertos para abrazar a su hija. Y entonces Lester sintió una admiración grande aunque distante hacia aquella mujer, la misma admiración que había sentido la primera vez que la había visto en un curso de ética en la facultad, cuando Carol se había puesto en pie y había llamado loco al profesor por insinuar que una sociedad laica era más tolerante y por ende más democrática que una sociedad religiosa. Los ojos le habían brillado llenos de convicción mientras mantenía la espalda erguida y los diez dedos apoyados en el pupitre para que no se notase que le temblaban las manos.

Y después de hablar por teléfono con Álvarez, Lester comprendió que tenía que fingir aquella misma valentía, poner cara de padre competente y subir con convicción a la habitación de su hija para hablar con ella buscando como fuese las palabras adecuadas; aunque no le dijera toda la verdad, al menos no en aquel preciso momento, no aquel día.

Su mujer y Bethany se encontraban arriba, en la habitación de la niña, que estaba acostada de espaldas en la cama mirando al techo y tenía ahora la cara aún más pálida. Estrechaba con las dos manos el peluche Peter Rabbit contra el pecho. Carol se hallaba sentada en la cama a su lado, le acariciaba el pelo y se lo apartaba de la cara. Lester entró en la habitación, pero cuando las tablas del suelo crujieron bajo la alfombra sólo Carol levantó la vista hacia él. Tenía los ojos entornados y los labios tan apretados que formaban una línea fina. En medio de aquel silencio, la niña volvió la cara hacia Lester con los ojos muy abiertos y sin parpadear, igual que cuando era un bebé y lo miraba desde la cuna completamente indefensa, pero confiando siempre en él. Y ahora también confiaba en él, se le notaba en la cara, aunque permanecía tan quieta y callada que daba la impresión de pensar que si no decía una palabra ni se movía, todo volvería a ser igual que antes, todo volvería a ir bien. Y Lester también se quedó quieto, consciente sólo de los latidos de su propio corazón, del aire que entraba y salía de sus pulmones; la mirada de su hija lo mantenía allí clavado, aunque ya no sabía bien en qué lugar se encontraba exactamente.

La voz de Carol sonó tranquila:

—Di algo, Lester.

Entonces le salió la voz, pero no era la suya en realidad, sino más bien algo que se aproximaba al sonido de su voz; aunque lo que tenía metido en la cabeza era de dónde había venido, dónde se encontraba ahora y dónde deseaba desesperadamente estar a continuación. No en el Departamento de Policía, que era donde iba a decirles a su mujer y a su hija que tenía que asistir a una reunión; donde quería estar era en la

cabaña de pesca con Kathy Nicolo, con aquella mujer extraña, dura, de ojos profundos y sabor dulce que le había calado tan hondo que ahora casi se le hacía físicamente doloroso tener que continuar aguantando junto a Carol todo aquello que ya no compartía con ella: dormir en la misma cama, comer a la misma mesa, sentarse en el mismo sofá y en el mismo retrete.

—Bethany, me han llamado y tengo que ir a trabajar, cariño. Ahora no puedo hablar contigo, pero todo va bien, mi niña. Ya lo verás. Todo irá bien.

Bethany lo miró y luego volvió los ojos hacia su madre, como si buscara alguna verificación de lo que Lester le acababa de decir. Carol le sonrió a la niña, con valentía en opinión de su padre, y luego le lanzó a éste una mirada fría como el hielo y salió de la habitación. Lester besó a su hija en la frente y percibió el olor a limpio que emanaba del cuero cabelludo. Le dio la impresión de que la niña quería decirle algo, quizá preguntarle algo, pero en aquel momento no habría encontrado las palabras oportunas para hablar con ella, todavía no.

—Ahora tengo que irme a trabajar. No te preocupes por nada, bonita, todo va bien.

Y lo dijo con una voz tan segura y consistente que casi se lo creyó él mismo.

Abajo, Carol se había acomodado ante la mesa de la cocina con los brazos apoyados en la misma. Tenía la mirada fija en los armarios. Lester también quería decirle algo que le sirviese de consuelo, algo que le diera fuerzas a su esposa para lo que se avecinaba. Pero cuando entró Carol ni siquiera lo miró. Sólo le dijo:

—Vete, Les. Por favor. Vete.

Lester era consciente de que tenía que haber cogido el Toyota y haber conducido los veinte kilómetros de rigor en dirección sur hasta Redwood City para acudir a la cita que tenía con el teniente Álvarez, pero en vez de eso se dirigió al oeste por la 92, a lo largo del río Pilarcitos. Pasó por delante de campos de alcachofas cubiertos de niebla y salpicados de zonas de manzanita que apenas veía porque tenía otras cosas en la cabeza, cosas que ahora percibía con una enorme claridad, con esa claridad prístina que únicamente se consigue cuando uno se halla en medio de algo grande y arriesgado que sólo nos deja un camino posible. Le latía el corazón con fuerza y notaba los latidos en la cabeza y en las venas. Lester no cesaba de representarse mentalmente a Kathy Nicolo, aquel cuerpo enjuto y firme, el modo como ladeaba ligeramente la cabeza siempre que lo miraba, como si quisiera creer lo que él le decía aunque en realidad no lo creyese, al menos no del todo; y los ojos que siempre la traicionaban, unos ojos castaños y pequeños que centelleaban llenos de una luz oscura y esperanzada. Lester nunca había visto antes unos ojos así en una persona adulta. Le suavizaban las facciones a Kathy, facciones que, por lo demás, resultaban bastante duras, pues tenía hoyuelos en las mejillas y unas arrugas alrededor de la boca que parecían haberse incrustado allí como consecuencia de alguna mueca, que no

eran debidas a la risa. Y deseó poder estar dentro de aquella mujer, dejarse ir en el centro más oscuro de ella.

En la bahía Half Moon tuvo que encender los faros a causa de la niebla y atajó hacia el sur por la carretera de la costa en dirección al río Purísima. No veía el momento de llegar. Rebasaba con mucho el límite de velocidad, aunque sólo alcanzaba a ver hasta una distancia de tres o cuatro coches por delante de él, y en dos ocasiones se acercó a toda velocidad a los faros traseros de otro vehículo y se vio obligado a virar y a frenar bruscamente. Pero aun así sólo aminoró la velocidad al llegar al camino de tierra que conducía a la cabaña de pesca. Confiaba en ver el Bonneville rojo de Kathy aparcado bajo las ramas de los pinos. Pero no fue así, de modo que echó a andar apresuradamente por el sendero y entró en la cabaña. La maleta de Kathy continuaba en la buhardilla, abierta y apoyada contra las ventanas. Lester volvió a bajar por la escalera de travesaños de madera respirando entrecortadamente y maldiciéndose por sentirse tan necesitado y por tener tan poca fe.

Durante la primera hora que pasó sentado en el porche intentó imaginarse dónde podría estar Kathy y qué haría. Quizás hubiese ido al guardamuebles de San Bruno para coger algunas pertenencias, o quizás estuviera en alguna tienda de comestibles comprando hielo para la nevera o carbón vegetal para la barbacoa que llevaba en el maletero del coche. Allí había dejado él la pistola y el cinturón de la misma, la canana, y Lester movió la cabeza con pesar al darse cuenta de que su falta de sentido común iba en aumento. Kathy andaba por ahí quebrantando la ley al llevar aquellas cosas en el coche, y Lester pensó que en cuanto la mujer apareciera las sacaría del maletero del coche.

Con las últimas luces del día seguía allí sentado esperando mientras miraba cómo la niebla se hacía cada vez más densa entre los árboles que bordeaban el camino. A pesar de que trataba de impedirlo, no se le quitaba de la cabeza la cara de Bethany, la manera como su hija lo había mirado desde la cama, como si no pudiera ni quisiese moverse hasta oír de labios de su padre qué era lo que ocurría, cuándo y, sobre todo, por qué. Y Lester comprendió que la niña no quisiera moverse porque a él le ocurría lo mismo. Todo su entorno, todos los parámetros cotidianos y definidos de su vida, Carol, la Oficina del *Sheriff* e incluso Bethany y Nate, parecían haber quedado en suspenso fuera de su campo de visión, de su alcance auditivo, incluso de sus sentimientos más sinceros. Pensó en que Carol no había acudido a la cita que tenía en Frisco aquel día y se la imaginó yendo a recoger a su hijo a casa de su hermana en Hillsborough. La vio mentalmente abrochando el cinturón de seguridad del asiento alrededor del niño de cuatro años mientras éste le preguntaba si papá estaba en casa. Lester se obligó a sí mismo a imaginar aquello, pero no le puso más sentimentalismo del necesario. Sabía que Carol le diría al crío algo que sirviese para consolarlo, como que papá estaba trabajando, que ya lo vería mañana. Y tenía la certeza de que lo que le había dicho a Bethany haría que ésta aguantara también hasta entonces, que todo

iría bien. Ya lo vería. Más tarde le diría que a los niños de padres divorciados generalmente les va bien. La mitad de tus amiguitos van de visita a casa de su mamá o de su papá y conocen a la nueva pareja de éstos y todos se llevan bien. Incluso se divierten. Puede que al día siguiente intentara decirle eso a Bethany y también a Nate, pero de un modo diferente, de una manera menos complicada. Pero se adelantaba a los acontecimientos, se estaba pasando. Y Kathy también. Ojalá pronto la viera aparecer caminando por el claro, que ahora se veía oscuro y cubierto de niebla.

Después de esperar durante una hora, Lester empezó a preocuparse y se preguntó si Kathy habría sufrido un accidente de tráfico, si se hallaría en alguna tienda donde un muchacho deseando usar una flamante pistola de cincuenta dólares intentase hacer un atraco, o incluso si se habría metido en un cine que hubiese empezado a echar humo y a arder. Pero todos estos pensamientos no eran más que obsesiones, demonios propios de su oficio de ayudante del *sheriff*, y Lester lo sabía. Eso era las Putas Veinticuatro, es decir, cuando nunca se desconecta del trabajo y se observa el mundo las veinticuatro horas del día como si siempre se estuviese de servicio con la insignia dorada prendida en la camisa. Siempre se mira dos veces a todo el mundo aunque no tenga demasiado interés en sí, a los bocazas que se encuentran en los restaurantes, a los conductores que aceleran bruscamente cuando cambia el semáforo, a las esquinas llena de chavales que matan el tiempo allí porque no tienen nada que hacer; todas esas cosas llaman la atención. Y nunca se les dice nada porque uno no está de servicio y además habitualmente aquella gente no quebranta ninguna norma legal, pero siempre estás a la que salta esperando a los delincuentes: cuando vas en el coche a hacer un recado con tu hijo al lado en el asiento, cuando sueñas despierto y también cuando sueñas dormido por la noche. Y en los sueños Lester siempre se hallaba solo, atascado en el coche patrulla en un solar vacío a plena luz del día, y todos los delincuentes a los que había detenido en su vida se encontraban de pie alrededor del coche esperando a que él saliera: los pederastas, los que pegan a su mujer, los violadores, los atracadores, los conductores borrachos, los que allanan moradas, las prostitutas adolescentes, los ladrones de coches, los pirómanos. Y también el único asesino que había detenido, un hombre de voz suave y buena apariencia vestido con camisa blanca almidonada y corbata negra que le había hecho señas para que se detuviese en la calle principal de Palo Alto un caluroso y soleado sábado por la tarde. Tenía las manos y los antebrazos cubiertos de sangre, de la sangre de su esposa, de su madre y de su cuñada. Le había pedido tranquilamente a Lester que lo detuviera. Y en el sueño de Lester este hombre también formaba parte de aquella multitud, y lo miraba fijamente mientras él se quedaba en el interior del coche patrulla, esperándole. Las puertas del automóvil estaban cerradas y con el seguro puesto, pero no había manera de que el motor arrancase, y cuando Lester cogía la radio no oía nada más que silencio. Intentaba levantar la escopeta del soporte situado debajo del salpicadero, pero se había quedado atascada como si la hubieran soldado allí. Desenfundaba la pistola que llevaba colgada del cinturón, le quitaba el



seguro y amartillaba el arma para meter una bala en la recámara, pero entonces aparecían unos niños entre la multitud, los hijos de los delincuentes, incluso aquellos pobres niños de los que habían abusado. Se ponían al lado de sus padres con cara descolorida y de aspecto dulce, inexpresiva, y Lester dejaba la pistola sobre el asiento y se quedaba esperando a que le enviaran ayuda. Pero la ayuda nunca llegaba. Algunas noches la multitud rodeaba el coche y apretaba la cara contra el vidrio de la ventanilla, incluidos los niños; Lester trataba de apuntar con la pistola sólo a los adultos, pero las caras de éstos se convertían en caras de niños, quienes se convertían a su vez en sus desgraciados progenitores, y entonces Lester empezaba a disparar. El vidrio producía un chasquido y estallaba a su alrededor. Los rostros se partían y se rasgaban como si fueran de cartulina y se quedaban allí movidos por el aire a la luz del día. Lester seguía apretando el gatillo, notaba el retroceso en la mano, incluso notaba el olor a pólvora quemada que flotaba en el aire. Pero luego la pistola se le encasquillaba y todos, incluidos aquellos a los que había disparado, lo miraban decepcionados no por lo que había hecho, sino por lo que no había terminado, como si fuera una auténtica vergüenza que no pudiera pelear más.

En cierta ocasión, Lester estaba de servicio en Daly City en el turno de noche, de seis a seis. Los bares llevaban cerrados media hora cuando recibió una llamada informando de un alboroto que se había producido en una gasolinera de las que permanecen abiertas toda la noche. Lester se encontraba a una manzana del lugar de los hechos, en el aparcamiento de un café, y volvía a pie al coche patrulla; dejó caer el vaso de plástico en un contenedor de basura, subió al coche y aceleró sin hacer sonar la sirena, sólo con las luces destellantes encendidas. Había dos hombres en las sombras, justo fuera del alcance de las luces de los surtidores. Uno de ellos era bajo y estaba tendido en el suelo, encogido sobre sí mismo; se protegía las orejas y la cara con los brazos mientras el otro soltaba palabrotas en español y le propinaba sin parar patadas en la cabeza, en el cuello y en la espalda. Le dio la vuelta al hombre con la bota y comenzó a darle patadas en el pecho y en el estómago. El más corpulento de los dos hombres levantó fugazmente la vista hacia la luz azul del coche patrulla de Lester, pero no dejó de pegar al otro. Lester pensó que en cualquier momento aquel hombre saldría huyendo, pero incluso cuando Lester bajó del coche y se identificó como ayudante del *sheriff*, el corpulento latino continuó pateando al otro. Lester sintió que el miedo se apoderaba de él. Llamó inmediatamente para que le enviaran refuerzos y durante unos instantes consideró la idea de esperar a que llegase otro coche patrulla, pero el hombre que se hallaba en el suelo había dejado caer, inertes, las manos, la cabeza le daba sacudidas, tenía la boca abierta y la mandíbula floja y se balanceaba a cada puntapié que recibía.

—¡Apártate! ¡Ahora mismo!

Lester se desabrochó la pistolera, pero el latino ni siquiera levantó la vista, sino que continuó dando patadas. Lester repitió la orden, esta vez en español, y entonces el hombre se detuvo. Respiraba entrecortadamente y a la luz de los surtidores Lester vio

que le brillaban las mejillas y la barbilla debido al sudor. Tenía los hombros anchos y en los brazos gruesos, redondeados debajo de la camiseta negra, llevaba algunos de esos tatuajes complicados que se suelen hacer los que han estado en la cárcel. El latino sonrió y le dio una patada en la cabeza al hombre que yacía inconsciente. Lester sacó la pistola y le quitó el seguro, pero la mantuvo apuntando hacia arriba y le ordenó al hombre en español que se tumbase boca abajo en el suelo. Pero el latino volvió a sonreír, echó la cabeza hacia atrás ligeramente, como si le siguiera el juego a Lester, y después echó a andar hacia él. Lester levantó la pistola y apuntó al hombre en el pecho.

—¡Ponte de rodillas! ¡Ahora mismo!

Lester sentía que le temblaban las piernas, y sabía que le traicionaba cierta vacilación que se le notaba en la voz. El latino se detuvo y Lester se dio cuenta de que el dedo le resbalaba sobre la capa de aceite del gatillo y que el pulso le latía en los dedos. El coche patrulla de refuerzo entró en el aparcamiento por detrás de Lester con las luces azules centelleando y reflejándose en la cara del latino como un estroboscopio. Pero aquel hombre no dio señales de sentirse alarmado. Le sonrió a Lester con expresión de dureza y movió la cabeza hacia él y su pistola como si aquello fuera un pequeño problema del que ya se ocuparía a su debido tiempo.

El agente que se había situado detrás le ordenó al hombre que se echase al suelo, y Lester se sobresaltó; el dedo agarrotado se le soltó del gatillo al tiempo que el latino saltaba hacia atrás y se convertía en una sombra al adentrarse en la oscuridad después de doblar la esquina de una tienda de recambios de automóvil. Lester salió en su persecución; la acera se veía desierta y las farolas de la misma se hallaban todas rotas menos una situada treinta metros más adelante que arrojaba una luz tenue sobre el hormigón del suelo. Más allá no se veía más que negrura. La calle, en silencio, quedaba a la izquierda de Lester, y a la derecha había tiendas cerradas y puertas grandes para carga y descarga. Comprendió que, probablemente, el hombre se había ocultado en una de aquellas entradas. Se lo imaginó agazapado, listo para saltar sobre él. Lester se detuvo y no quiso avanzar más. Le echó otra fugaz mirada al tramo de acera que quedaba iluminado, a la oscuridad que empezaba más allá, y luego se dio la vuelta y regresó junto al joven policía de Daly City que en aquel momento pedía una ambulancia para el hombre que continuaba inconsciente en el suelo. Lester le comunicó al colega joven que había perdido al delincuente, y el policía, que mascaba chicle, se quedó mirando a Lester durante unos instantes y luego movió la cabeza de un lado al otro con decepción.

—Mierda.

Durante el resto del servicio Lester trató de convencerse de que si había dejado escapar a un hombre peligroso no había sido porque tuviese miedo de ir en su busca. Buscó consuelo en una de las principales directrices del *Manual de entrenamiento*: No te metas si ves que el asunto te sobrepasa, que no tienes demasiadas posibilidades de éxito, y no te importe esperar a que lleguen refuerzos. Pero la verdad era que

Lester a menudo sentía que las cosas le sobrepasaban; sabía que algún día alguien se daría cuenta de lo inepto y débil que era en realidad, y entonces todo habría terminado para él, pues el verdadero Lester quedaría en evidencia. Y sabía que en aquella ocasión en Daly City, si los refuerzos hubieran llegado medio minuto más tarde y el latino corpulento hubiese seguido avanzando hacia él, Lester le habría disparado, y no en el hombro ni en la rodilla, sino allí donde apuntaba la pistola, en el corazón de aquel matón. Porque Lester no sólo le tenía miedo a aquel hombre que lucía un bigote oscuro como el suyo, sino que también había sentido desprecio por él, lo despreciaba porque le tenía miedo y porque representaba a todos los chicanos a los que había tenido que enfrentarse en Chula Vista cuando su padre se había ido a Texas, su madre trabajaba y su hermanito se quedaba en casa durante horas y horas buscando refugio en la televisión. Aquel chicano representaba para él a Pablo Muñoz, el hermano de la novia de Lester, que medía más de un metro ochenta, le gustaba levantar pesas, tenía la nariz aplastada, las mejillas de un indio mexicano y los ojos como rayas oscuras en un rostro casi atractivo lleno de cicatrices de acné. Muñoz había dejado el instituto y se había puesto a trabajar manejando el elevador de carga del almacén de maderas que había enfrente de la casa de Lester. Este había visto por primera vez a la hermana de Pablo en el instituto, a finales de la primavera, junto con otras cuatro o cinco chicanas que llevaban tejanos de cintura baja y camisetas cortas que les dejaban el estómago al aire. Todas iban fumando y mascando chicle menos Charita, que era baja y delgada como una gimnasta y tenía el pelo negro largo hasta la cintura, donde Lester distinguió dos hoyuelos en la piel oscura por encima de las nalgas. Antes de que terminase el día ya se había dado a conocer, y aquel fin de semana se había internado con la muchacha entre las altas malas hierbas que se extendían por la parte exterior de la valla del almacén y allí se habían besado y tocado. Charita tenía un sabor salado y dulce al mismo tiempo, como una especia cuyo nombre Lester no recordaba. La muchacha lo llamaba Lezter. Un sábado por la tarde, Charita estaba sentada con Lester en los escalones del porche de la casa de éste en la calle Natoma; el sol brillaba alto en el cielo y casi no se podía mirar las casas toscas de ladrillo situadas a ambos lados de la calle porque deslumbraban. La chica le había cogido una mano y la tenía apoyada en el regazo, y Lester sentía el calor de la piel de la chica a través de la tela vaquera. Deseaba llevarse a Charita arriba, a su cuarto, pero su madre se encontraba en casa, así que tendría que ser en el solar que había junto al almacén de maderas, donde podrían tumbarse en la hierba y sólo los verían los pájaros. Lester ya se había puesto en pie dispuesto a marcharse hacia aquel lugar cuando a la muchacha le cambió la cara; abrió de pronto la boca hasta formar un óvalo y clavó los ojos en un punto situado en la calle, enfrente de ellos. Era Pablo, que se descolgaba por la valla de tela metálica; había dejado la máquina elevadora con el motor en marcha mientras avanzaba por entre la basura que había en el suelo y se quitaba los guantes de trabajo sin apartar los ojos de Charita. Cruzó la calle sin mirar. Llevaba una camiseta descolorida sin mangas, tenía la piel morena quemada

por el sol y los músculos de los hombros redondeados y definidos. Con una mano apartó a Lester de un empujón, con la otra sujetó a Charita por el pelo y tiró de ella para colocarla en medio de la acera. La muchacha empezó a gritar y el pelo le cayó sobre la cara mientras se agarraba al brazo de su hermano. Y Lester subió de un salto los escalones que luego volvió a bajar, aunque no recordaba haberlo hecho. Pero se encontraba en la acera lo bastante cerca de Pablo como para hacer lo que éste esperaba que hiciese, darle un puñetazo, sujetarlo por el brazo o propinarle una patada en las rodillas, cualquier cosa. Pero Pablo alargó un brazo musculoso, le puso en la cara a Lester la mano que tenía libre y le dio un empujón; Lester retrocedió dando traspies dos o tres metros y cayó de lado. Charita ya no gritaba, sino que lloraba y le decía algo a Pablo. Lester se levantó del suelo, pero no le fue posible moverse hacia delante, pues era como intentar avanzar con el agua a la altura de la cintura. Pablo Muñoz y aquellos gruesos brazos y hombros suyos, con la cara plana y sudorosa manchada de mugre, sujetaba a su pequeña y llorosa hermana por el pelo y apuntaba a Les con un dedo.

—Si vuelvo a cogerte con ella, te arrancaré esa cara blanca y luego la asaré.

Sujetó con más fuerza a Charita por el pelo, y ésta soltó otro grito. El estómago, los brazos y las piernas de Lester se convirtieron en un verdadero manojo de nervios; quería abalanzarse sobre Pablo, pero éste no le quitaba de encima aquellos ojos negros, así que Lester no se atrevió a moverse y se quedó donde estaba; todo se le vino encima y de repente le dio la impresión de que el cuerpo se le hubiese convertido en hormigón.

Pablo tiró de Charita y la hizo bajar de la acera. La muchacha se tropezó con el bordillo y se le cayó una de las sandalias. Su hermano le soltó el cabello y la cogió por un brazo, y cuando hubieron recorrido la mitad de la calle Natoma y doblaron la esquina para dirigirse a la entrada principal del almacén de maderas, Charita volvió aquella cara pequeña y morena y se quedó mirando a Lester con una expresión sofocada, como si no estuviera segura de qué cara tendría él.

Y una vez más, Lester había sentido náuseas de vergüenza. Volvió a entrar en casa, se tumbó en la cama y durante horas se estuvo imaginando una escena completamente distinta: cogía por la mano a Pablo, se la estrujaba y luego le daba un puñetazo en la cara con tanta fuerza que permanecía inconsciente durante varios días, y cuando finalmente despertaba le tenía un miedo mortal a Lester Burdon. O imaginaba que se ponía al lado de Pablo, le cogía el brazo y se lo retorció por detrás de la espalda hasta rompérselo. Y aquellas imágenes que le pasaban por la cabeza no eran nuevas. Las veía con cada uno de los muchachos con los que había tenido que pelear en el instituto de Chula Vista. Puede que por el hecho de ser alto, callado y delgado llamase más la atención que los otros anglosajones que había en el instituto. Pero siempre era lo mismo: *¡Bordón, maricón! ¡Bordón, maricón!*

Y Lester trataba de evitar la pelea siempre que era posible. Primero se negaba a sí mismo que aquel apelativo fuera dirigido a él; intentaba sonreír e ignorar cualquier

insulto, y sólo cuando le empujaban en el pecho devolvía el empujón con la esperanza de que bastase con eso, pero nunca bastaba. Y entonces levantaba los puños, en los que no confiaba en absoluto, y el único resultado era que lo tiraran al suelo a golpes y se quedara allí encogido esperando a que algún profesor detuviese la pelea o a que el matón perdiese interés y se marchase. Cosa que rara vez ocurría. Incluso ahora, cuando los detenía, se le aparecían en sueños decididos a desenmascararlo y a mostrar a los demás que era el cobarde que en realidad era.

A veces despertaba a Carol y le contaba las pesadillas, lo que siempre era un error, porque lo único que lograba con eso era proporcionarle a su esposa más argumentos en los sucesivos y cíclicos intentos de convencerle para que dejara la Oficina del *Sheriff*, un empleo que a Carol nunca había acabado de gustarle, como tampoco había comprendido en su momento que Lester se preparase para ser policía. «No es sólo que sea un oficio demasiado peligroso —le decía—. Oh, Dios mío, es que tú estas muy por encima de esos *cowboys* simplones con los que trabajas. ¡Cualquier lerdo con el certificado de estudios primarios puede ir a la academia y hacer lo que tú haces!». Solía decirle que no aprovechaba todo el potencial que poseía, que lo que tenía que hacer era ponerse a estudiar de nuevo y conseguir la licenciatura en Pedagogía, y que si en California no había empleos en la enseñanza, estaba dispuesta a trasladarse adondequiera que fuese que él consiguiera empleo.

Pero a veces le recordaba a Carol que estaba equivocada, pues ya era profesor, era instructor de agentes en prácticas en la Oficina del *Sheriff* del Condado de San Mateo, uno de los ocho instructores que había en todo el condado, y además era el más joven de los ocho y tan sólo llevaba seis años y medio de servicio cuando le dieron el cargo. Y a todos ellos se les asignaban reclutas nuevos de la academia de Gavilan College, y durante cuatro semanas seguidas, a veces en el turno diurno de seis a seis y otras veces en el turno de noche, iba sentado en el asiento del copiloto del coche patrulla mientras su joven discípulo conducía. Y de forma deliberada y metódica les iba transmitiendo todos los conocimientos que tenía sobre el oficio de ayudante del *sheriff*. ¿Y qué sabía? Sabía que resulta peligroso tomarse las cosas a título personal. Sabía que en una ocasión había encerrado ilegalmente a un hombre por maltratar a su mujer, y que cada vez tenía más mano dura, aunque con ciertos detenidos más que con otros. Nunca con los criminales de poca monta, con los ladrones de coches, con los que roban bolsos de un tirón, con los que hurtan cosas en las tiendas o incluso con los conductores bebidos, pero sí con los matones, con los que pegan a las mujeres y a los niños, con los acusados de violación, con cualquiera que utilizase su fuerza para aplastar a otros. Conservaba una hoja de servicios intachable, pero hallaba placer en llevar a cabo las detenciones, en ponerle a la espalda el brazo a cualquiera que le hubiera dado una paliza a su mujer y tirar bien hacia arriba mientras mantenía al sujeto tumbado boca abajo en el suelo o en la acera. Le ponía las esposas demasiado apretadas y luego le obligaba a levantarse tirando de las muñecas. Si gritaba, Lester se le acercaba y le decía al oído que cerrase la boca. Cuando lo metía en el coche

patrulla no se molestaba en protegerle la cabeza con la mano y así se golpeaba al entrar. A veces se trataba de hombres fornidos, normalmente borrachos, y como Lester les tenía miedo les apretaba las esposas hasta hacerles gritar. Pero en otras ocasiones, cuando veía a una mujer o una criatura sangrando, llenas de moretones, quemadas o inconscientes, Lester notaba en el estómago un calor galvanizado, casi nauseabundo, y le temblaban las manos y los brazos cuando tiraba del hombre para que se pusiera de pie; a veces lo empujaba para que se golpease la cara con el marco de una puerta y otras se arrodillaba encima del tipo dejándose caer en la espalda con todo su peso mientras le apretaba aún más las esposas.

Pero después de estas detenciones a Lester se le desvanecían la rabia y la adrenalina, y se sentía agotado y físicamente débil. Luego aparecía el remordimiento y pensaba que con cada una de aquellas detenciones tan vehementes le hacía un flaco favor a su profesión; entonces se prometía a sí mismo no dejarse llevar nunca más, sino cumplir con sus obligaciones tal y como le habían enseñado. Pero aquellas promesas se disipaban como humo en el aire la siguiente vez que tenía evidencias de que algún hombre había utilizado la fuerza contra alguien más pequeño y débil, y Lester volvía a dejarse guiar por el corazón más que por la razón. Y más tarde, después de la detención, cuando volvía a patrullar por las calles y se bebía un refresco sentado tras el volante para calmar la sequedad de boca, el miedo le encogía el estómago como un chorro de agua fría; tenía miedo de perder el control, y pensaba que sólo era cuestión de tiempo que uno de aquellos criminales viera lo que había en realidad detrás del uniforme, la insignia y la pistola, y se diera cuenta de que el agente Burdon era un impostor, uno de esos hombres que nunca ha ganado una pelea, de que toda aquella arrogancia suya no era nada que en realidad no pudiera aplastarse con la misma facilidad con que se pisotea a un insecto.

Durante unos cuantos meses Lester fue capaz de controlar la ira. Evitaba mirar u oír a los heridos. Hacía la detención, ponía las esposas de modo rutinario y acompañaba al hombre, y a veces a alguna mujer, al coche patrulla. Respiraba hondo por la nariz, ignoraba a los mirones y abría la puerta de atrás. Pero a veces el detenido oponía cierta resistencia al subir, le gritaba algo a cualquier amigo o familiar que se encontrase cerca o insultaba a Lester, y entonces éste cerraba la puerta con violencia fingiendo que no había advertido que el detenido todavía tenía el hombro o la pierna fuera del coche. De nuevo permitía que las emociones dominasen la situación. Incluso con aquel muchacho filipino de la costa, tan joven y asustado, a Lester le habría sido imposible no sentirse paternal con él y no hacer lo que era correcto obrando con paciencia. Pero ¿y si el muchacho hubiera sido un hombre adulto? ¿Se habría vuelto Lester contra él? ¿Le habría disparado?

Y de noche, acostado junto a Carol, soñaba otra vez con aquel aparcamiento y con todos los que lo esperaban. Una noche en el sueño estaban su propia esposa y sus propios hijos, e incluso algunas personas de su infancia, como Pablo Muñoz agitando en el aire la mano cercenada de Charita como si fuera algo que Lester se hubiese

olvidado.

Tras tres o cuatro semanas de entrenamiento Lester ya conocía bastante bien al joven discípulo que iba al volante del coche patrulla. Habían pasado juntos en el coche de nueve a diez horas al día, cinco días a la semana. La mayoría de los muchachos tenían poco más de veinte años, el cuerpo endurecido en el gimnasio y algún ligero corte en la garganta o en la parte superior de las mejillas consecuencia del afeitado. Y mientras Lester y el estudiante de turno, completamente armado, recorrían el territorio asignado, ya fueran los terrenos amplios y verdes de Portola Valley o la zona de edificios de viviendas y canchas de cemento medio levantado de East Palo Alto, las bodegas, las cantinas con las ventanas pintadas o los *drugstores* tapiados con tablones, Lester le transmitía algunos conocimientos y prácticas básicas: de qué forma se escriben los informes de accidentes de tráfico y los delitos, qué hacer cuando se descubre un vehículo robado, cómo llamar por radio a la central para pedir información de algún coche o tener acceso al ordenador.

Pero el entrenamiento de los ayudantes del *sheriff* no acababa en el manual del instructor de agentes en prácticas. Lester consideraba también importante hacerles algunas preguntas referentes a su vida familiar, a su infancia, por qué querían hacerse agentes de la ley, para empezar. Un chico de cara rellenita y lisa le había explicado en cierta ocasión que no lo habían admitido en el campamento de marines de San Diego y por eso había decidido probar en este otro campo. A Lester se le hizo raro oír una confesión tan franca y directa como aquélla de labios de un aspirante. Lo habitual era que hablasen con frases hechas, con la clase de lenguaje que se ve en los carteles de reclutamiento del ejército o en los tablones de anuncios de las universidades. Quiero ser diferente. Necesito contribuir al bien de la comunidad. No sé, siento necesidad de servir. Y todo eso estaba muy bien, pero Lester sabía que al final, a medida que transcurrían las horas, los días y las semanas, algunos aspirantes se abrían un poco y comenzaban a contarle cosas de la familia; y entonces al muchacho los músculos de la cara se le ponían rígidos al hablar de su padre o de su madre, del progenitor que se había ido cuando él era todavía muy pequeño o del que se había quedado en la casa más tiempo de lo que habría sido de desear. Hablaban de todo aquello en términos generales, un poco encorvados sobre el volante y mirando por el parabrisas hacia el exterior a la gente que pasaba por la calle a pie o en coche. Y una vez más, Lester se veía a sí mismo como alguien que no sólo deseaba controlar los actos de los demás, sino también hacer del mundo un lugar seguro, enmendar las cosas de una vez por todas.

Lester entró en la cabaña, encendió el farol de gas Coleman y después lo llevó hasta el claro, donde lo dejó en el suelo mientras reunía una brazada de troncos para el fogón de leña. Ya estaba demasiado oscuro como para ver los árboles y el claro en medio de la niebla, que seguía flotando en el aire y olía a océano y a leña partida. En

realidad no hacía frío como para encender fuego, pero de todos modos le apetecía hacerlo.

El farol de gas siseaba y proporcionaba una luz blanca que a Lester no le producía ningún consuelo. Mientras transportaba la leña al interior de la cabaña sintió odio hacia sí mismo; su hija estaba en casa prácticamente sin querer moverse, preocupada, y lo que a él le apetecía era que Kathy Nicolo entrase en aquella cabaña de una sola habitación iluminada por las llamas del fogón y que hubiese un saco de dormir extendido en el suelo; los dos se desnudarían sin decir palabra, harían el amor sin decir palabra y luego se quedarían allí tumbados con la luz del fuego reflejada en el sudor de los cuerpos sintiendo sencillamente lo que ambos eran ahora: Kathy y Lester.

Metió un papel arrugado debajo de las astillas, lo encendió y se agachó para soplar las llamas; el periódico se agujereó con el calor y surgió un resplandor anaranjado. Y Lester deseó que la bola de fuego estuviera en su interior incinerando aquellos tentáculos. Pero no era miedo, ¿verdad? Era duda. Y lo que quería de Kathy no era consuelo, sino que le diera confianza, seguridad de esa que se nota en el silencio que reina después de hacer el amor, de esa que va más allá de las palabras. No quería oírle decir a Kathy que él actuaba de forma correcta porque, honradamente, si era así o no ella no lo sabía. El único que podía estar seguro de ello era él, Lester. Y también sabía que esa seguridad no sería completa hasta el momento en que volviera a abrazar a Kathy. Por ese motivo no había ido directamente al despacho de Álvarez, y por eso no había llevado a su hija a dar un paseo para contarle la verdad de lo que ocurría. Todo y todos habían quedado atrapados en el tiempo. Parecía que había transcurrido un mes desde aquella misma mañana temprano, cuando Lester le había dado de pasada un beso a Kathy antes de que ésta sacase el coche marcha atrás para facilitarle a él el paso. ¿Dónde estaría Kathy?

Se agachó ante el fogón y metió dos troncos partidos, y al hacerlo levantó un poco de ceniza que se le pegó en el antebrazo. Se apartó y se quedó mirando cómo empezaba a arder la leña. Al principio el fuego pareció disminuir, pero después creció; las llamas azules y amarillas pasaban como lenguas de serpiente por entre los dos troncos, elevándose alrededor de la corteza e iluminando lo que pronto devorarían. De repente la habitación se le quedó demasiado pequeña; Lester volvió a salir y se quedó de pie en el porche con las manos metidas en los bolsillos de atrás del pantalón. Pensó que seguramente Álvarez estaría escribiendo un informe para explicar que él había desobedecido una orden directa. Y eso no era bueno. Ya habían despedido a varios hombres por ese motivo. Pero, en general, tenían un expediente mediocre, una violación del código por aquí o una amonestación por allá. Y a pesar de las detenciones excesivamente rigurosas de Lester, el expediente de éste era impecable, sin la más ligera mancha. Y cada vez que se anunciaba algún examen para la Administración Pública, Lester recibía una nota del capitán Baldini en la que se le sugería que se presentase y que realizara la entrevista con la junta de Administración



Pública para el ascenso a sargento. Para mejorar en la carrera, llamaba al capitán a eso.

Pero ahora tendría que defenderse por el incidente con el coronel. Sólo un par de horas antes, Lester habría podido ir a Redwood City y negarlo todo. Era su palabra contra la de un rico hijo de puta iraní que probablemente ni siquiera fuese ciudadano de Estados Unidos. Y ahora, y debido a que no había comparecido a la cita, la integridad y el buen criterio de Lester se pondrían en tela de juicio, lo mismo que su inocencia. Eso suponiendo que el motivo por el que Álvarez quería verle fuese aquél. Pero Lester tenía la certeza de que no podía tratarse de otra cosa. Al coronel le habría resultado relativamente fácil ir a Redwood City, poner una denuncia contra un ayudante del *sheriff* llamado González y descubrir así que no existía ningún agente con ese nombre. Y eso, desde luego, habría servido para que a un capullo como Álvarez le picase la curiosidad. Probablemente habría invitado a café al coronel y le habría mostrado el catálogo de fotografías del personal de la Oficina del *Sheriff*. Y Lester volvió a pensar que debería haber tenido todo eso en cuenta antes de ponerse el uniforme para dirigirse a la casa de Kathy. Una vez más las emociones habían podido más que el buen criterio.

Pero no quería verse atrapado en una vorágine de lamentaciones, de lo que debería o no debería haber hecho. La mala conciencia era la hermana mayor del miedo, y Lester era de la opinión de que no había que permitirle la entrada jamás. Prefería mirar la mala conciencia desde la seguridad que daba algo parecido a una ventana interior, y verla allí en los escalones de la entrada con el pelo largo prematuramente gris, tieso a causa del frío, esperando con paciencia bajo la luz, siempre cargada de paciencia, a que le permitieran la entrada. A veces, la mala conciencia se volvía hacia Lester, le sonreía a través de la ventana y lo llamaba por señas; tenía los dientes rectos y limpios, transparentes como el hielo. Hacía ya años que aguardaba a la puerta de Lester, y a veces llevaba puesto un vestido de novia como constante recordatorio de que, tras sólo dos o tres años de matrimonio con Carol, se había dado cuenta de que en realidad le había propuesto matrimonio a las convicciones de aquella muchacha, al modo que ésta tenía de ver el mundo con una mirada airada y compasiva.

Debido a la defensa que Carol hacía de la religión institucionalizada en las clases de ética, Lester había dado por sentado que era una especie de evangelista conversa. Pero luego, entre clase y clase, la vio trabajando bajo el sol en una mesa de propaganda política en el patio de la biblioteca. Tenía el cabello largo y rubio y le caía suelto por los hombros y la espalda. Llevaba pantalón corto, por lo que se le veían las piernas, más bien gruesas, bronceadas y musculosas. Una tarde se ofrecía voluntaria para la mesa de Autogobierno de los Palestinos, otro día era en la mesa de Alianza Sudafricana para Acabar con el *Apartheid* y al siguiente en la Coalición contra el Intervencionismo y la Opresión. En esta última se encontraba ella sola sentada a la sombra de un pino comiéndose un pan relleno; Lester se acercó y se

presentó. Carol hizo un gesto de asentimiento y le dijo que lo conocía de verlo en clase, cosa que envalentonó a Lester, pues era una clase de ciento cincuenta estudiantes. Le preguntó a Carol a qué tipo de intervencionismo y opresión exactamente iba dirigida aquella coalición.

—Al intervencionismo de las multinacionales —le respondió Carol mientras masticaba despacio.

—¿Como por ejemplo?

Carol lo miró de arriba abajo, desde la camiseta de propaganda de los viajes por carretera Waylon Jennings hasta las botas de *cowboy*. Luego bebió un poco de agua mineral y le acercó un panfleto. Lester le comentó que estudiaba sociología y que ya tenía demasiadas cosas que leer. ¿No podría ella resumírselo en un par de frases? Meses después Carol le confió que estaba acostumbrada a que la provocasen jóvenes republicanos y chicos de las hermandades estudiantiles que siempre acababan llamándola antiamericana y guarra, pero que había algo en la manera como Lester se lo había preguntado que la había impulsado a hablar; había sido la sinceridad que se le reflejaba en la voz, la actitud desgarrada y los hombros caídos con que Lester se plantaba de pie delante de ella y aquellos ojos castaños profundos que se veían desprovistos de todo prejuicio. De manera que Carol se puso a hablar y a hablar y le soltó una descarga de noticias dignas de tres asignaturas de historia: que Estados Unidos había enviado marines a Nicaragua en los años treinta para matar campesinos hambrientos por encargo de la United Fruit; que en 1953, la CIA había asesinado al líder electo de Irán para beneficio de los campos petrolíferos de los Rockefeller; que el gobierno de Estados Unidos había dado su apoyo a las catorce familias asesinas que poseían todas las tierras de El Salvador. Carol estuvo hablando sin parar hasta que las mejillas se le enrojecieron y la voz se le puso ronca. Lester había acabado sentado en el suelo al lado de la mesa, escuchando y sintiendo que se hallaba en presencia de alguien a quien no había visto en muchísimo tiempo, alguien a quien ofendían las injusticias con tanta facilidad como a él. Las farolas del campus empezaron a encenderse, Carol fue perdiendo gas y Lester le pidió que lo acompañara al otro lado de la ciudad a tomar una hamburguesa y una cerveza en un puesto al aire libre que daba a un campo de golf en miniatura. Se bebieron dos jarras grandes de cerveza, comieron muy poco y hablaron de los planes que tenían para cuando acabaran los estudios; Carol pensaba viajar a todas las zonas del mundo en que hubiese guerra con una cámara y un cuaderno para captar la verdad del imperialismo americano. Lester le comentó que no tenía ni idea de lo que quería hacer, pero que deseaba que fuera algo bueno, pues deseaba hacer el bien. Y aquello despertó algo dentro de Carol, la conmovió. Dejó de hablar y se quedó mirándolo con ojos vidriosos y la boca abierta como si no pudiera asimilar lo que acababa de oír. Y vio cómo se sentía él, dulce, casi tristemente borracho. Y subieron a la habitación que Carol tenía en una residencia universitaria, atrancaron la puerta con una silla por si venía la compañera de habitación y se pusieron a hacer el amor en el suelo sin

siquiera acabar de desnudarse.

La primavera siguiente se casaron, justo a un mes de la ceremonia de graduación y tres meses antes de que naciera Bethany. Lester consiguió un empleo que consistía en limpiar restaurantes desde medianoche hasta el amanecer. Se pasaba las mañanas durmiendo y las tardes cuidando de Bethany mientras Carol hacía un curso de fotografía en la facultad. Algunos días ponía a la niña en el cochecito y acompañaban a Carol; se quedaba en el despacho de orientación profesional hojeando manuales de la escuela universitaria mientras Bethany dormía o lloraba, en cuyo caso Lester la cogía y la paseaba por la pequeña oficina tarareando una canción mientras ojeaba los carteles y los anuncios de las paredes. Una tarde le llamó la atención un cartel nuevo, la enorme fotografía en color de un policía joven, de apenas treinta años, un guapo latino que se hallaba de pie entre un hombre y una mujer; con una mano empujaba suavemente el pecho del hombre y con la otra apenas rozaba la muñeca de la mujer, que tenía el pelo muy revuelto y los ojos enrojecidos por el llanto. El hombre mantenía los brazos caídos a los costados con los puños cerrados y miraba al suelo mientras escuchaba o aguantaba lo que el policía le decía. Debajo de la foto se veían las palabras LA PAZ DEL MUNDO EMPIEZA EN EL HOGAR, el teléfono del Departamento de Policía local y una línea telefónica de emergencia para las víctimas de malos tratos domésticos. Y había algo en la cara de aquel joven policía, quizá la firme prominencia de la mandíbula, que parecía mantener al hombre a raya. Era un gesto que Lester había visto en otros hombres, y mientras se encontraba allí de pie sosteniendo a su hija contra el pecho, sintió que por fin había llegado la hora de intentar adoptar aquella expresión él mismo. Pronto Lester ingresó en la academia, después salió a patrullar como agente aspirante en prácticas y cuando finalmente se hizo ayudante del *sheriff* compraron la casita de Millbrae, en la urbanización de Eureka Fields. Carol consiguió trabajo de colaboradora en dos periódicos locales y se ocupaba de cubrir las sesiones del Ayuntamiento, las exposiciones caninas y los juicios por cuestiones inmobiliarias. Le pagaban veinticinco dólares por artículo, y aunque no era precisamente la clase de investigación escandalosa que le interesaba, le comentó a Lester que se sentía contenta de trabajar en algo que le resultaba fascinante y al mismo tiempo le dejaba el tiempo y la flexibilidad de horario necesarios para ser esposa y madre.

Y ése fue el problema; una vez que la vida universitaria hubo quedado atrás, una vez que las llamas intelectuales de Carol y su justa indignación se hubieron apagado, Lester empezó a tener la sensación de que faltaba algo entre los dos, algo tan esencial como que, a pesar de su amorosa compañía, de su ingenio agudo y de su conversación erudita, a pesar de su buena maña para cocinar al estilo de la frontera del sur, a pesar incluso del cálido timbre de su voz, Carol ya no despertaba en Lester el deseo de tocarla, de abrazarla, de besarla, de saborearla ni de olería. Y cuando lo hacía no se sentía bien. Era como si se pusiera a hacer el amor con una pariente cercana, con alguien de la familia. Le entristecía y casi le daba asco que aquello fuera

lo único que lo separaba de Carol. Le hacía sentirse superficial e inmaduro. Durante aquellos años, cuando iba a dar una vuelta por la calle o salía a patrullar, Lester veía a muchas mujeres y se imaginaba a sí mismo amándolas; y a veces se llevaba a casa aquellas imágenes, el movimiento de los cabellos de una mujer, el balanceo de las caderas bajo la falda de otra o los ojos oscuros de una tercera que tenían implícita la promesa de algo más bien sensual que intelectual. Y a veces, mientras su mujer y sus dos hijos pequeños se hallaban en la planta baja o en la calle, se encerraba en el cuarto de baño, abría los grifos y se masturbaba en el lavabo como un adolescente. Y la mala conciencia no hacía más que ponerse insistente. Ya no lo esperaba en los escalones de la entrada, sino que ahora incluso llamaba a la puerta golpeándola con aquellos nudillos de hielo.

Lester empezó a sentirse tan poco auténtico como cabe esperar de alguien que vive un matrimonio que ya no siente y trabaja como agente de la ley cuando en realidad no es capaz de enfrentarse a un hombre por sí solo, ni proteger ni servir a nadie sin el respaldo de la Oficina del *Sheriff* del Condado de San Mateo. Empezó a considerar la idea de abandonar a Carol, de recoger sus pertenencias y alquilar un apartamento al otro lado de la ciudad. Pero luego, inmediatamente después, se imaginaba a Bethany y a Nate, aquellas dos caras redonditas, mirándole mudos sin poder creérselo justo antes de echarse a llorar. Y además tendría que mantener dos casas. Y habría de pagar la manutención de los niños, quizás incluso una pensión de divorcio, además de hacer frente a los pagos de la hipoteca. Y con su sueldo no podría pagar todo aquello.

Pero aquél no era el verdadero motivo de que no se hubiese marchado, y Lester lo sabía. A veces, mientras patrullaba por la noche y conducía por las calles oscuras y desiertas o por carreteras secundarias a las tres o las cuatro de la mañana con la radio de la policía a bajo volumen mientras se tomaba a sorbos un café, se decía a sí mismo cuál era en realidad el motivo. Y se permitía recordar aquel soleado sábado de junio por la mañana, cuando era adolescente; el coche familiar blanco de segunda mano que su padre había comprado para trasladarse a Brownsville, en Texas, se encontraba aparcado delante de la casa de la calle Natoma. El baúl y las dos maletas estaban colocados en el techo. El sol de la mañana brillaba con tanta fuerza que casi todo lo que había alrededor resultaba deslumbrante: el coche familiar, los neumáticos blancos, la camisa blanca de su padre, el vientre prominente que le empujaba hacia fuera la hebilla del cinturón, que también resplandecía. Lester recordaba la camiseta que llevaba su hermano de doce años mientras ayudaba a su padre a atar la lona a la baca de cromados relucientes. De la casa llegaba el olor a café y a galletas, porque su madre había preparado el desayuno para todos como si fuera un sábado como cualquier otro. Les había servido huevos, zumo y leche a los niños y al padre café, y todo el tiempo le hacía preguntas que parecían sinceras a su marido sobre el nuevo empleo en la patrulla de fronteras de Brownsville, como si no tuviera ya un empleo en Chula Vista, como si se fuera a Texas por el bien de todos. Pero sobre todo

recordaba cómo su madre se había quedado en el interior de la casa cuando llegó la hora de que su padre se marchase, y cómo éste le había dado a ella unas palmaditas en el hombro mientras se dirigía a la puerta, como si la mujer acabase de recibir malas noticias que no tuvieran nada que ver con él. Lester se había quedado sentado en los escalones del porche en medio del silencio que reinaba en toda la casa. Y su padre se encontraba allí de pie, en medio de la acera soleada, con las manos en las caderas y un paquete de Tareyton's en el bolsillo de la camisa. Y miró a Lester, que entonces tenía dieciséis años, como si esperase que el primogénito tuviese el educado detalle de ponerse en pie para despedirse de su padre. Este miró hacia la casa, detrás de Lester, y luego volvió a mirarlo a él y asintió con la cabeza una vez como diciendo: «Vale, si quieres jugar así, de acuerdo». Y a continuación le estrechó la mano a su hijo pequeño. El hermano de Lester se echó a llorar y el padre se dio la vuelta con tanta rapidez que parecía que aquello fuese una escena íntima que no tenía nada que ver con él. Lester recordó el ruido del motor al ponerse en marcha y cómo el coche se apartó del bordillo y pasó por delante de las casas de ladrillo a plena luz del día en dirección a la señal de «*Stop*» que había en la esquina de Las Lomas. Recordaba el perfil de su hermano, que lloraba y no apartaba la vista del coche que cada vez se iba haciendo más pequeño. Los hombros delgados le subían y bajaban a causa de los sollozos mientras mantenía las manos a los costados. Y después Lester miró hacia la esquina, pero ya no vio coche alguno. Aquel día hizo mucho calor y se notaba el olor a la pintura vieja de la madera, a excrementos del perro del jardín de al lado, al hormigón seco de la acera y a la madera del almacén de materiales de construcción que había enfrente de la casa.

Durante casi una década de convivencia con Carol, bastó con el recuerdo del calor sofocante de aquel día para reprimir las ganas de abandonar el hogar marital. Pero todo cambió cuando entró en aquella casita situada en un cerro de Corona con una orden de desahucio. Kathy Nicolo apareció envuelta en el albornoz de felpa, con las uñas de los pies pintadas de rosa, el pelo salvaje, la cara pequeña y morena llena de incredulidad, pero al mismo tiempo con una actitud valiente ante la mala noticia que le llevaban. Lester había sentido surgir de inmediato un deseo tan fuerte en su interior que le hizo enrojecer, pero no podía apartar los ojos de aquella señora Lazaro mientras la veía encajar la mala noticia. Lester se había quedado allí de pie, con el uniforme y la pistolera, presa de mi deseo tan fiero que casi habría podido oírse. Y eso también cambió la sensación de no tener adónde ir si se marchaba de casa. Con el deseo que sintió por Kathy le llegó el nuevo convencimiento de que quizá no fuese demasiado tarde oírse. Y esa sensación aumentó cuando la mujer lo aceptó en una cama dura y amplia en el Eureka Motor Lodge, aceptó el deseo de Lester junto con el suyo propio, que era fuerte, resbaladizo y más ardiente que cualquier día caluroso en Chula Vista. La mala conciencia se apartó de los escalones de la puerta, y al ausentarse a Lester se le metió en la cabeza la idea de tener un lugar propio, una casa donde sus hijos dispusiesen de una habitación para ellos. Quizás una casa en una

colina de Corona. Kathy se lo había insinuado al decirle que la casa tenía tres dormitorios. Y de ese modo Lester sólo tendría que hacer frente a la manutención de los niños y quizás al pago de la mitad de la hipoteca de la casa de Millbrae, que ya no sería suya. Y eso sí que podría afrontarlo. Quizás hubiese llegado el momento de hacerle caso al capitán Baldini y presentarse para conseguir los galones de sargento y la consiguiente subida de sueldo. Y al tiempo que sentía un súbito acaloramiento, Lester volvió a pensar que había desobedecido a Álvarez; y aquello no había sido nada inteligente por su parte. Quizá fuera conveniente ir ahora a la oficina de Álvarez y echarle una nota por debajo de la puerta pidiéndole disculpas y explicándole que circunstancias ajenas a su voluntad le habían impedido presentarse ante él. Y era cierto, ¿no? Pero tardaría mucho en ir y volver, y mientras tanto Kathy podía aparecer.

Lester volvió a entrar en la cabaña y a la luz del fuego le escribió una nota a Kathy en la parte de atrás de una bolsa de comestibles:

Son casi las ocho. No te vayas a ninguna parte, Kathy Nicolo. Me voy a hacer una llamada a la oficina.

Te quiero,

Les

Dejó la bolsa encima de la mesa. Después, para llamar la atención de Kathy hacia la nota, puso encima la botella de vino vacía. Cerró la tobera de la cocina de leña y salió al claro iluminado por la luz fría del farol Coleman; lo cogió y echó a andar por el sendero hacia el coche. Todavía albergaba esperanzas de que en cualquier momento apareciese por la curva el Bonneville de Kathy. Pero el camino se encontraba oscuro y silencioso, y el asfalto agrietado estaba cubierto de un lecho de niebla que, al pasar por ella, se elevaba formando remolinos sobre el capó y el parabrisas como si fueran espíritus. Durante un instante le pareció que se hallaba en un lugar exótico y peligroso, y pensó en el coronel iraní, en aquella fotografía en que se le veía en una fiesta con uno de los hijos de puta más ricos del mundo, un hombre que poseía su propio cuerpo de policía secreta. La noche que Lester le hizo la visita el coronel llevaba ropa de andar por casa, pero Lester se había fijado en lo bien cortados que estaban los pantalones y la camisa. Y cuando Behrani se puso a hablar las palabras le salieron claras y nada apresuradas, como hacen los hombres acostumbrados a que se les escuche. Al teniente Álvarez le resultaría difícil resistirse a un hombre refinado como aquél, pensó Les. Y mientras conducía entre la niebla por la carretera de la costa, atento por si se cruzaba con el Bonneville de Kathy, se preguntó hasta dónde podría llegar aquel asunto. ¿Se contentarían con acusarlo de conducta impropia? ¿Le mandarían una nota de amonestación? ¿Le suspenderían de empleo y sueldo por un día? ¿O algo peor? ¿Interpretarían la amenaza que le había

hecho a Behrani como extorsión? Porque decirle que abandonase la propiedad o se atuviera a las consecuencias era una extorsión. Pero hacían falta pruebas o testigos que corroborasen una acusación de tal envergadura, así que lo más probable era que saliese libre de sospechas porque no se podía demostrar. Sin embargo, esa mancha quedaría para siempre en su expediente, lo cual bien podría mermar las oportunidades de pasar el examen ante la junta de Administración Pública.

Cuando llegó a Montara, en la carretera de la costa, Lester metió el coche en el aparcamiento de la tienda de artículos básicos de una gasolinera y llamó desde un teléfono público al Departamento de Policía de Redwood City. Dejó un mensaje en el contestador de Álvarez disculpándose por no haber acudido a la cita y asegurándole que iría a verlo a la oficina a primera hora de la mañana. Colgó y a continuación llamó al número que hasta aquel momento había asociado con su hogar. Quería hablar con sus dos hijos, aunque para ello tuviera que sacarlos de la cama. No pensaba decirles nada demasiado largo ni serio, sólo que estaba trabajando, que los quería y que los vería al día siguiente. Pero al cuarto tono le salió el contestador. Lester no se lo esperaba. Se imaginó que Carol le estaría leyendo un cuento a alguno de los niños, quizás a los dos, y aquella imagen de su esposa sobreponiéndose por los niños le hizo sentirse apenado. Luego oyó la voz alegre de Carol diciendo que la familia Burdon no podía ponerse al teléfono en aquel momento, pero que por favor dejase el mensaje o volviese a llamar. Lester aguardó a oír la señal, pero el silencio que siguió a la misma le produjo un vacío enorme y no se imaginó a sí mismo hablando con sus hijos. Colgó, e inmediatamente se sintió como un tonto, porque lo más probable era que Carol se imaginase que había sido él quien había llamado. Pasó un coche por la carretera de la playa y Lester se volvió rápidamente al oírlo, pero se trataba de un El Camino de color negro con los guardabarros salpicados de barro; se quedó mirando cómo la niebla engullía los faros traseros del vehículo. Oía el sonido de las olas en la playa. Miró hacia la carretera, pero no vio más faros perforando la niebla.

Algo iba mal.

Desde luego, todo iba mal; para empezar, no tendría que estar allí esperando junto a un teléfono público a ver si pasaba el coche de Kathy. Y tampoco era correcto que se viesan en un lugar como la cabaña de pesca de Doug, agazapados allí, en una chabola, como si fueran dos fugitivos. Por lo menos no aquella noche. Lester se quedó bajo la luz eléctrica del teléfono público y observó cómo avanzaba la niebla sobre la superficie arenosa del aparcamiento. Se le había pasado el hambre y ahora se sentía disperso y tembloroso, como si los pies no lo sostuviesen. No había nada definitivo. Todo estaba en el aire hasta que la presencia de Kathy, y la forma en que ellos dos actuasen después, hiciera que las cosas se pusieran de nuevo en movimiento. Podía entrar en la tienda a comprar una enchilada o una taza de café, pero Lester conocía al dueño del local de cuando solía patrullar por la noche; era un hombre grande de barba gris al que le gustaba hablar y que nunca le cobraba, aunque

a cambio esperaba un poco de conversación. Y generalmente, a Lester no le importaba dársela. El propietario era bastante inteligente y muy afable, y hablar con él casi nunca era una pérdida de tiempo. Pero en esta ocasión, Lester no tenía ganas de hablar. Para eso hay que mirar a las personas a la cara y permitir que te miren a ti, y no se veía capaz de hacer ninguna de las dos cosas.

Empezaba a tener la sensación de que algo andaba verdaderamente mal. Ya no eran las Putas Veinticuatro. Y tampoco se trataba simplemente de la imagen de su hija mirándolo muy quieta desde la cama. La inmovilidad que Lester sentía era la misma de los ciervos cuando oyen una rama rota por la bota del cazador: levantan la cabeza y olfatean el aire, y los menos afortunados vuelven los ojos oscuros hacia el problema que olfatean, hacia el chaleco de color naranja vivo, hacia el engrasado cañón de gran calibre que significa el abandono de esta vida.

Lester subió al Toyota y después se adentró en la niebla por la carretera de la costa para dirigirse al norte, hacia Point San Pedro y Corona. La niebla era tan densa que los faros delanteros se reflejaban en ella, por lo que se vio obligado a conducir despacio y con cuidado.



Me encuentro desnuda y tengo los pechos aplastados contra un lecho de suaves piedras negras situado en aguas poco profundas. La marea está baja y las olas pequeñas me empujan hacia delante al romper, aunque luego tiran de mí hacia atrás; siento las piedras debajo de mí, pero ahora, en lugar de estar frías y mojadas, las noto secas y calientes. Quiero ponerme en pie y marcharme, pero me pesa demasiado el cuerpo. La playa que tengo delante es gris como la ceniza, y sobresaliendo de ella, en docenas de lugares, se ve la pistola negra de Lester, ya sea por la parte del cañón o por la culata. Las hay a cientos. Y también juguetes medio enterrados en la arena *gris*: *frisbees* viejos, bates de plástico, pelotas de goma y un triciclo rojo cuyas ruedas se hallan casi cubiertas por completo. Siento la garganta como si tuviese un tubo ardiente que me llega hasta el estómago. Las olas me mecen y ahora se notan calientes. Empiezo a llorar. El agua tira de mí hacia atrás y me arroja sobre la arena gris llena de pistolas y juguetes. Y las olas tardan tanto en volver que me imagino que se alzan para formar una enorme pared de agua. A mi espalda noto la suave brisa. Hundo las manos en la arena y dejo caer la cara sobre la misma mientras espero la última embestida violenta con todo el cuerpo rígido, pero no llega nada. No ocurre nada. Oigo pájaros. Gaviotas. Levanto la cabeza y veo a mi marido y a Lester caminando juntos por la arena gris. Llevan la camisa desabrochada y ambos están morenos, incluso Nick, que ha adelgazado un poco. Intento llamarlo, pero tengo la garganta tan seca que no me sale sonido alguno. Entonces me ven y empiezan a follarme por turnos. Lester se sale de mí y se corre sobre una de mis caderas y en un costado. Y sigue corriéndose. Y el semen empieza a cubrirme sin parar hasta aplastarme, y poco a poco se va endureciendo hasta que me convierto en piedra, una piedra blanca y suave entre todas aquellas piedras negras. Y el aire huele a té con especias.

Alguien me tocó la muñeca y vi a la esposa del coronel inclinada sobre mí, mirándome. La mujer tenía los ojos castaños un poco enrojecidos; me examinó la parte superior de los brazos y me tocó los moretones. Movié la cabeza a ambos lados con conmisericordia y murmuró unas palabras en aquel idioma suyo; luego me retiró el pelo de la cara y sonrió:

—Por favor, deber usted beber esto.

En la silla, situada junto a la cama, había una bandeja con un vaso de té caliente, un platito lleno de terrones de azúcar y un plato con rodajas de kiwi, verdes y con pequeñas semillas negras. La mujer se había sentado al borde de la cama y cogió el té, pero el estómago se me revolvió, se me llenó la boca de saliva y me vi obligada a bajar a toda velocidad de la cama y a salir corriendo al cuarto de baño, donde vomité. Nada más que líquido. Luego sufrí un par de arcadas. Me dolían la garganta y las

costillas, y me sujeté la cabeza con los brazos. Todavía me sentía un poco borracha. Cerré los ojos, pero eso hacía que la cabeza me diese vueltas. Los abrí y entonces recordé que había hablado por teléfono con Franky y que no había conseguido nada de él. Y que luego me había dirigido al centro comercial y me había puesto a beber. Y que había una mujer llorando delante de mí. Y una caja registradora. Y un chico de cuello delgado. Me sequé la boca con un poco de papel higiénico que luego utilicé para limpiar las salpicaduras del borde de la taza del váter. Me senté en la tapa, que estaba cubierta con una gruesa funda de lana que imitaba piel de cordero, de esas que ponen los ricos en los asientos delanteros de los coches, e intenté bajar la palanca de la cisterna, pero me sentía demasiado débil para darme la vuelta y hacerlo. El lavabo y el espejo que tenía delante se veían tan limpios que casi deslumbraban. Bajé la cabeza y miré la gruesa alfombra gris que había en el suelo. Traté de recordar en qué estado se encontraba aquel suelo cuando era mío. Tenía la garganta tan seca que me raspaba, pero me sentía demasiado temblorosa para beber. Recordé que había subido con el coche por la cuesta, que había visto la casa y luego todo se había convertido en un torbellino blanco.

La mujer del coronel llamó suavemente a la puerta y debí de contestarle, porque entró con una toalla limpia y un albornoz rosa. Los dejó sobre el lavabo, apartó la cortina de ducha hacia un lado y abrió el grifo de la bañera. Luego se dio la vuelta y me miró como miran las madres a los niños pequeños cuando se encuentran enfermos; me acarició el pelo y me lo apartó de la cara. Me sentí tan bien y al mismo tiempo tan mal que se me inundaron los ojos de lágrimas y tuve que bajar la vista.

—Por favor, *bañe* para *por* relajar. Estoy para nosotros cocinando. Quizás usted deseará comer.

Cerró la puerta al marcharse. Me levanté para echar el pestillo, pero me moví demasiado deprisa y tuve la sensación de que la habitación empezaba a dar vueltas. A través de la puerta oí correr el agua en el fregadero de la cocina, y por encima de ese sonido distinguí la voz de la esposa del coronel hablando en su idioma. Luego me llegó la voz del coronel, más grave, y recordé borrosamente a aquel hombre descargando la pistola de Lester y metiéndosela en los pantalones. ¿Habría soñado yo aquello? No lo sabía. De repente lo vi todo negro. Sentí miedo de un modo tan repentino, me sentí tan alejada de la sólida sensación de realidad, que no pude moverme. Tenía una opresión en el pecho y me puse una mano en el esternón. Noté la sensación del cañón de la pistola de Lester y me eché a llorar al recordar a aquella mujer gorda gritando mientras yo la apuntaba con el arma a través del cristal. Y al otro lado de la puerta del cuarto de baño oí que alguien sacaba cubiertos de un cajón. Me olía a guiso de carne, a tomates y a cebollas, y me dio la impresión de que iba a vomitar otra vez, pero me sentía demasiado débil para arrodillarme, así que apoyé las manos en el lavabo. Pero no salió nada. Miré mi imagen en el espejo y vi los regueros que las lágrimas habían dejado sobre aquel colorete rosa tan fuerte que todavía llevaba en las mejillas; tenía los ojos inyectados en sangre e hinchados y el pelo de

punta; me encontraba muy sucia, pensé que me merecía todo lo malo que me había ocurrido en la vida o que pudiera ocurrirme. Abrí la puerta con espejo del armario. En los estantes de vidrio, muy limpios, había cajas blancas de tiritas, crema para el cutis, tubos de pomada antibiótica, un tarro de aspirina francesa y dos cajitas marrones con algo escrito en árabe o en persa, un alfabeto formado a base de serpientes. Y en el estante inferior se veía un frasco de Halcion recetado a nombre de la señora N. Behrani. Estaba lleno en sus tres cuartas partes. Sentía los latidos del corazón en la punta de los dedos, en las palmas de las manos, y se me aflojaron los intestinos. Le di la vuelta al tapón y lo quité con manos temblorosas. Un escalofrío me recorrió los brazos y la espalda, y los pezones se me pusieron erectos bajo la camiseta que le había robado a una niña, a la hija de otra mujer, algo que yo nunca tendría, ni tampoco un hijo. Yo era un desecho familiar. El camino que había recorrido formaba un círculo de mierda que se elevaba hacia el oeste sólo para volver a bajar hacia el este y llegar a esto, a quitarme la ropa en casa de un desconocido, en la casa de mi padre, que siempre fue un desconocido para mí. Ya desnuda, pisé la alfombra y abrí el grifo del lavabo. Se acabó andar siempre huyendo; me tragué las tabletas como si fueran embriones de posibles soluciones. No tenía Voces Enemigas en la cabeza, sólo me rendí y curvé las manos bajo el grifo. Bebí agua y al hacerlo me vi los callos de las palmas de las manos y me pregunté quién se haría cargo ahora de la limpieza de las casas de mis clientes. Eso era lo que pensaba mientras me metía en el agua, que estaba tan caliente que se me enrojeció la piel. Pensaba en quién mantendría las casas y los despachos limpios de suciedad, en quién iría a recoger la mugre, el polvo y las malas noticias de los demás. Me tendí despacio en la bañera y el dolor de espalda se me alivió con el calor; al sujetarme en la porcelana con las manos advertí que las tenía pegajosas. Cerré el grifo del agua con el pie. A través de la puerta del cuarto de baño oía a los señores Behrani hablando en aquel idioma que parecía más antiguo que la tierra misma. Las voces ya no parecían maliciosas. No se podía acusar a nadie de malicia. El grifo de la bañera goteaba y durante un rato me quedé escuchando cómo sonaban las gotas al caer, el ruido que producían. *Plimp, plimp, plimp*. Me puse a contarlas. Al llegar a treinta y seis volví a empezar, cada gota era un año que caía, era un año de mi vida. Cerré los ojos, y en esta ocasión la oscuridad no hizo que se me fuera la cabeza; seguí contando, pero esta vez empecé en 1957, 58, 59. Confié en que la mujer del coronel no se sintiera demasiado culpable, en que me pusiera en aquella cama de bronce en la que había sido la habitación de Nick y mía, en aquellas hermosas alfombras, 70, 71, que me envolviera en lana de cordero e intentara maquillarme para que estuviese tan guapa como su hija. Y se situarían a mi alrededor a la luz de las velas y se pondrían a hablar en aquel idioma antiguo. Madres e hijas. Sangre y pechos, 90, 91, 92 y la leche es para todos. Bebe, por favor.

Por favor.

¿Por favor?

### 3

Una vez más se me hace evidente que mi Nadereh es más feliz cuando se siente llamada a servir y cuidar de los débiles. Mientras Kathy Nicolo sigue en el cuarto de baño yo me encuentro aquí, sentado en un taburete ante el mostrador, y observo cómo mi esposa lleva los platos humeantes llenos de arroz y obgoosht al sofreh que se halla extendido sobre la alfombra en la zona de estar. Ha colocado alrededor nuestros cojines más gruesos de Tabriz, y me reprende en farsi y me pide que haga el favor de quitar de allí los periódicos, la cola y la mesa que trato de arreglar. Todavía se le nota en la voz esa decisión que hizo que se levantase y saliese de la oscuridad de su dormitorio cuando le hablé de la chica desesperada que se encontraba bajo nuestro techo. Y cuando le mostré la pistola, Nadi me dio una fuerte palmada en el hombro y se apresuró a ponerse encima el albornoz mientras me decía en farsi:

—Esto es culpa tuya, Behrani. Tú eres el causante.

Pero desde entonces ya no me ha hecho más reproches. Se encuentra muy ocupada con sus tareas, colocando el mastvakhlar y el pan sobre el sofreh y poniendo un paño húmedo encima de la olla de arroz para que no se escape el vapor; y mientras tanto tararea una canción de amor de Googoosh, como si encima del mostrador no hubiera una pistola y un cargador completamente lleno, como si la mujer que se halla dentro de nuestro cuarto de baño no se hubiera apuntado a sí misma con el arma hace un rato allí mismo, en nuestra entrada para coches. No obstante, el buen estado de ánimo de Nadi ayuda a que el mío también mejore, porque se pone muy hermosa cuando tiene la sensación de que se la necesita. Y, desde luego, albergo la esperanza de que la belleza de Nadi suavice a esta mujer llamada Kathy Nicolo; eso, una buena comida persa tradicional y que la perdonemos por lo que ha venido a hacer aquí; bueno, quizá después de todo esto esa joven y su amigo Lester V. Burdon se muestren más dispuestos a dejarnos en paz y dirijan su enojo contra los hombres de la Oficina de Hacienda que le quitaron esta casa.

En mi despacho coloco con mucho cuidado la mesa de la madre de Nadi con el sobre hacia el suelo. Kathy Nicolo no hace ruido alguno en el cuarto de baño, y me siento un poco indecente por haberme fijado en eso. Regreso a la cocina y a la zona de estar y me acomodo ante el mostrador. Entre los platos humeantes que hay en el suelo Nadi ha puesto en un candelabro pequeño tres velas encendidas sobre el sofreh, y ha apagado la lámpara que se encuentra al lado del sofá. La casita huele maravillosamente a carne, a arroz condimentado con azafrán y a tomates guisados. Tengo un hambre atroz y espero que Kathy Nicolo salga pronto del cuarto de baño. Cojo el arma una vez más. Se encuentra bien conservada y huele mucho a aceite. La amartillo, dejo que el mecanismo encaje en su sitio y el ruido que produce sobresalta a Nadi hasta tal punto que casi deja caer los platos templados que lleva en las manos.

—Nakon, Massoud.

Me dice que ponga el arma en algún lugar donde no la vea la pobre chica, y le

pido disculpas a mi esposa por haberla asustado. Pero no guardo la pistola todavía porque me acuerdo de Mehrabad, de aquellos viernes por la tarde durante los meses anteriores al Ramadán cuando Pourat y yo íbamos al campo de tiro construido por los americanos. Nos poníamos auriculares para amortiguar el ruido, fumábamos cigarrillos franceses y disparábamos con una mano o con las dos intentando hacer agujeros en las negras siluetas humanas que se hallaban al fondo de la galería. Pourat no se sentía cómodo con su arma, una pistola de 9 mm como la de Kathy Nicolo, y cuando apretaba el gatillo fallaba todos los disparos y las balas desaparecían en los sacos de arena situados ante el muro de hormigón, detrás del blanco. Pero al general Pourat no le importaba. Se reía de sí mismo, incluso delante de los soldados que estaban de guardia a la puerta, y me entregaba el arma a mí. Yo le permitía utilizar la mía, del calibre 45, que tenía un *cowboy* y un caballo encabritado grabados en la culata, y con ella Pourat tenía aún peor puntería. Pero yo era más joven, veía bien, y a veces contenía la respiración, apretaba el gatillo y hacía un sustancioso número de agujeros en el pecho y en el estómago de aquellos hombres de papel. Después Pourat se jactaba de mi puntería ante otros oficiales. Un año, durante toda la primavera, me estuvo llamando duque Behrani por el actor americano John Wayne, pero naturalmente Pourat era quien reía siempre el último, porque en inglés *duke* suena de manera muy parecida a la palabra «mentiroso» en nuestro idioma.

Dejo el arma y el cargador lleno sobre una servilleta de papel doblada y lo coloco todo junto a las macetas de flores que hay en el mostrador. En la calle, entre la niebla del crepúsculo, se oye el familiar sonido metálico del monopatín de mi hijo al rodar sobre la superficie de hormigón de la acera. Me preparo para hablar con él y cuando entra en la casa llevando puestos tan sólo un pantalón corto, botas de baloncesto y una camiseta ancha negra, lo reprendo por dos cosas: por llevar tan poca ropa y porque la que lleva sea tan oscura. De pie en el quicio de la puerta se le ve tan alto como un hombre. Tiene el pelo negro húmedo y aplastado sobre la frente a causa de la niebla y del sudor, y pasa revista con los ojos al sofreh, donde hay cuatro platos en lugar de tres. Nadi se encuentra cerca del fregadero preparando el samovar para después, y llama en farsi a Esmail y le dice que se quite los zapatos y luego vaya a la cocina a lavarse. Con las manos sobre la tapa del samovar, me mira y me indica con la cabeza que comience a explicarlo todo. Esmail se quita los zapatos y me pregunta si el automóvil que hay en la entrada no pertenece a aquella mujer, *bawbaw-jahn*. De nuevo me enfrento al dilema de no saber hasta qué punto es conveniente poner a mi hijo al corriente de la situación. Pero luego me digo a mí mismo que aquello también le concierne a él; esa mujer, Kathy Nicolo, ha dormido en su cama. Le pido a mi hijo de catorce años, tan alto y guapo, que se acerque al mostrador, le enseñe el arma descargada y se lo cuento todo.

A Esmail se le pone la misma cara que cuando era pequeño, antes de tener su propia televisión, su ordenador y videojuegos; en aquella época todavía le interesaban las historias de la gente, que yo le contase cosas de los soldados, de sus triunfos y

fracasos, y oír a su madre y a su hermana mayor compadecerse de los mendigos lisiados que había en los alrededores del mercado. Abría los ojos de par en par, se le ponían redondos y se le nublaban un poco llenos de una curiosidad tan grande que casi llegaba a convertirse en miedo. Ahora ha puesto esa misma cara y clava la mirada en el arma mientras yo hablo. En dos ocasiones se da la vuelta y mira hacia el pasillo, hacia la puerta cerrada del cuarto de baño.

Nadereh se aproxima a él al tiempo que limpia la tapa del samovar con un paño seco. En farsi le explica que la mujer no se encuentra bien.

—Debes portarte como un caballero, joon-am. Con amabilidad. Con educación. Y callarte.

Nadi le pide que vaya a buscar a su habitación unos pantalones largos, una camisa y unos calcetines, y le indica que se cambie de ropa en el dormitorio de ella y que se lave en la cocina. Los ojos de nuestro hijo han cambiado. Le brillan debido a la emoción que le produce aquella aventura, y pronto regresa al cuarto de estar vestido y limpio y se sienta en el suelo ante el sofreh mientras la luz de las velas se le refleja en los ojos. Yo también me acomodo allí y le doy permiso para que coma un poco de pan y quizás un toropcheh, un rábano. Los platos tapados empiezan a enfriarse, las velas se van consumiendo y pronto el aroma del té del samovar llenará la habitación, así que le pido por favor a mi esposa que informe a Kathy Nicolo de que la comida espera.

Nadi se aleja por el pasillo y llama a la puerta del cuarto de baño.

—¿Sí, por favor, hola? Su comida *es* para *estar comiendo* pronto. ¿Hola?

Mi hijo y yo nos miramos sonriendo por el inglés de Nadi. Comemos un poco de pan y observamos que vuelve a llamar a la puerta. Pero no se oye nada. Sólo hay silencio. Demasiado silencio. Y en medio de aquel silencio el corazón se me acelera y me pongo en pie rápidamente. Oigo a Nadi mover el pomo para abrir la puerta. Voy por el pasillo oscuro en calcetines, como un merodeador, y sé de antemano lo que se avecina. Tenía que haber tomado más precauciones con esta mujer. Me maldigo, y no me sorprende cuando mi esposa lanza un grito. Entro en el cuarto de baño y veo en el lavabo el frasco vacío y a Kathy Nicolo con la cara blanca, desnuda dentro del agua transparente y tan quieta como si se hallase en el más profundo de los sueños. Nadi grita en farsi que hay que darse prisa. ¡Tenemos que hacerle vaciar el estómago! Evito mirarle los pechos a aquella mujer y al desviar los ojos me tropiezo con la oscuridad que tiene entre las piernas. Se me pone la cara roja de vergüenza y los miembros se me agarrotan. Nadi le tira de los brazos mojados y Kathy Nicolo abre aquellos ojos oscuros, pero los mantiene medio cerrados, como si estuviera ciega o nos viera en sueños. A Nadereh se la nota bastante asustada, pero se sobrepone y sin volverse siquiera me ordena en farsi que salga de la habitación inmediatamente.

Obedezco enseguida. Esmail también se encuentra allí, en el baño, y sé que ha visto a la mujer desnuda, pero no hago ningún comentario al respecto.

—¿Qué ha pasado, bawbaw?

Le digo que vuelva al sofreh y cene. Mi hijo abre la boca con intención de añadir algo más, pero hago un gesto negativo con la cabeza y señalo con el brazo hacia la zona de estar. Hace lo que le digo, pero no se pone a comer en el sofreh. Llena el cuenco de arroz y obgoosht y se sienta ante el mostrador, desde donde puede controlar el pasillo y verme a mí y la puerta del cuarto de baño. Me quedo escuchando, pero lo único que oigo es el sonido de mi propio corazón. Giro el pomo, abro ligeramente la puerta y miro por el resquicio. Mi esposa habla con suavidad, mitad en inglés y mitad en farsi, y la mujer Kathy Nicolo también habla, pero no consigo entender sus palabras porque tienen el mismo tono agudo y asustado que las de una niña.

—Sí, bien —le dice Nadi—. Een bosheh. Beeah. Muy bien. Se oye el chapoteo del agua, el roce de una toalla sobre el cuerpo y la voz de Kathy Nicolo diciéndole a mi esposa que es muy guapa. Pero las palabras le salen confusas y aquella afirmación me suena más como una pregunta. Nadereh le da las gracias y le indica a Kathy Nicolo que ella también es muy guapa. Khelee Zeebah. Y luego Nadi añade:

—Bee-ah injah. Venga aquí, por favor. —Y no oigo nada, sólo hay silencio. Luego Nadi vuelve a hablar—: Sí, la boca abrir. Khelee khobe, muy bien.

La voz suena cerca de la puerta, por lo que me imagino que las dos mujeres se encuentran de rodillas junto al retrete. Kathy Nicolo hace otra pregunta, pero de nuevo no entiendo las palabras. Se mezclan unas con otras. La joven empieza a toser y sufre algunas arcadas. Se hace un silencio tenso y luego se oye el sonido del vómito al caer con violencia en el agua del retrete.

Vuelvo a la zona de estar, pero el olor a obgoosht y a arroz con azafrán ya no me atrae. Me acomodo al lado de mi hijo ante el mostrador y me hago consciente de que sólo oigo los latidos de mi corazón. Le indico que acabe de comer. Esmail llena la cuchara de arroz.

—¿Bawbaw-jahn?

—¿Sí?

—Se ha tomado las píldoras de mamá, ¿verdad?

—Sí.

Esmail come arroz y bebe un poco de Coca-Cola. Todo aquello lo llena de excitación y me doy cuenta de que intenta que no se le note en la cara. Quizá fuese conveniente llamar a una ambulancia, pero... ¿qué pueden hacer ellos que no esté haciendo ya mi Nadi? Y con la ambulancia quizá venga también la policía, aunque nosotros no hemos hecho nada malo. Acercó el arma hacia mí y froto con los dedos la culata de plástico negro.

—¿*Po cupa e la aza?*

—Mastica la comida y trágatela antes de hablar, hijo. No te entiendo.

Esmail traga y se limpia la cara con una servilleta.

—Digo que si es por culpa de la casa, bawbaw. ¿Por eso quiere suicidarse?

Mi hijo tiene un grano de arroz en la barbilla. Me mira directamente a los ojos. Le

quito el arroz de la cara y le digo la verdad:

—Man nehmeedoonam. No lo sé.

Esmail mira por el pasillo hacia la puerta del cuarto de baño, que permanece cerrada. Luego baja los ojos y examina la comida que tiene en el plato, los tomates guisados y la carne cuya salsa mancha el arroz blanco.

—Me da mucha pena. Tendríamos que habernos marchado de aquí, bawbaw-jahn.

Respiro hondo, pero no porque mi paciencia se haya puesto a prueba. Lo que sucede es que me encuentro muy cansado, cansado de todas aquellas complicaciones que han surgido en nuestra vida. Necesito un poco de paz. Necesito paz, silencio y pocas emociones fuertes más. Esmail no come. Es como si estuviera esperando mi respuesta.

—Beekhore —le digo—. Come.

Me aparto del mostrador y camino hasta la puerta del cuarto de baño para ver si Nadi ha terminado de salvarle la vida a esa mujer, si ha acabado de tenderle la mano.



En Corona la niebla era tan espesa que las farolas situadas en la acera sólo servían de tenues indicaciones luminosas. Y mientras Lester circulaba por delante de las tiendas y de las *boutiques* de la playa situadas a ambos lados de la calle, sólo vislumbraba algún retazo del resplandor de los escaparates. En los quince kilómetros de trayecto que había hecho desde Montara a través de aquella capa de niebla sólo se había cruzado con dos vehículos; uno producía el estruendo propio de los camiones de media tonelada, el otro gemía a tantas revoluciones por minuto que sólo podía tratarse de un coche extranjero pequeño. Pero seguro que ninguno de ellos era un Bonneville. Seguía imaginándose a Kathy en el guardamuebles de San Bruno, donde tenía todas sus pertenencias. Puede que hubiera decidido cargar más cosas en el coche y luego le hubiese entrado miedo de conducir con aquella niebla. En la cabaña no había teléfono, de modo que no habría podido llamarle. Quizás estuviera en Carl's Jr, situado un par de kilómetros más allá en la misma carretera, esperando a que la niebla se levantase. O quizá se hubiera metido en el bar de camioneros. A Lester se le hizo un nudo en el estómago al imaginarse a Kathy sentada sola en aquel lugar oscuro lleno de hombres que llegaban allí tras varios días de andar solos por la carretera, hombres que llevaban la soledad en las mangas de la camisa como si se tratase de una insignia que necesitase un poco de brillo. Y muy a su pesar, Lester empezó a imaginar a algún camionero, quizás a un joven larguirucho de San Diego o de Phoenix, invitándola a una copa, o lo que es más, sacándola a bailar. Y casi sintió náuseas al pensar en aquello, como un estudiante de instituto desesperado por su primer amor. Le daba vergüenza sentirse así, y se dio cuenta entonces de que no tenía plena confianza en Kathy, ¿no era cierto? Si se diesen las circunstancias apropiadas, ¿se entregaría Kathy a otro hombre tanto y tan rápidamente como se había entregado a él? Pero de nuevo se avergonzó de sí mismo. En aquel momento en que todo estaba en el aire pensar aquello le pareció algo fuera de lugar. Nada parecía seguro ni real. Todo resultaba un poco desproporcionado.

Se dirigiría hasta San Bruno en el coche y allí buscaría a Kathy. Era el único marco geográfico de referencia que tenían. Si no estaba en el guardamuebles, ni en el bar de la parada de camioneros ni en el motel El Rancho, iría a probar a Carl's Jr, que quedaba al otro lado de la autovía. Y si eso tampoco daba resultado se dirigiría hacia el sur, al Cineplex de Millbrae, pues cabía dentro de lo posible que Kathy se hubiese metido en un cine. Delante de él, entre la niebla, acababa la calle principal de Corona al pie de las colinas, en la intersección donde se cogía la carretera que llevaba al bulevar Hillside y a San Bruno. La luz amarilla intermitente del semáforo quedaba tan amortiguada por la niebla que a Lester le pareció más bien una pulsación silenciosa. No creía probable que Kathy se encontrase en la casa que le habían robado, en las colinas, pero el coronel sí que se hallaría allí, y pasar lentamente por delante de la misma no era ningún delito; al fin y al cabo estaba libre de servicio y no

iba de uniforme.

Lester redujo la marcha y pasó por el cruce recto hacia la calle Bisgrove. La niebla se hizo ligeramente menos densa mientras aceleraba colina arriba y pasaba entre algunas casas parcialmente iluminadas que quedaban a la izquierda y los bosques oscuros que había a la derecha. Parecía que la sangre le corriese más aprisa, que los sentidos se le agudizaran. Bajó la ventanilla del coche y percibió el olor del océano junto al tenue aroma de algo más que había en el agua. Algo como el olor que le quedó en los dedos después de estar con Charita, cuando ambos tenían catorce años, apoyados en la valla detrás del almacén de maderas. La muchacha le había dejado que le metiera la mano por los vaqueros y por debajo de las bragas. Lester había oído decir que allí había un agujero, pero nunca lo había visto, ni siquiera en fotografía, así que se puso a frotarle el vello púbico esperando que éste se abriera y diera paso a lo que se suponía que había allí. Se besaban, y a Lester el pene erecto se le doblaba dentro de los pantalones mientras Charita no hacía más que arquear la espalda hasta que por fin él bajó un poco más los dedos, que entraron en la húmeda y cálida respuesta a su ignorancia. Y ahora, cuando ya casi se hallaba en la cima de la colina, vio a la luz del farol situado encima de la puerta principal que el Bonneville de Kathy se encontraba estacionado detrás del Buick Regal blanco del coronel como si hubiera estado allí siempre. La luz de la casa del coronel iluminaba el pequeño jardín delantero, lo que hacía que la bruma baja que cubría el suelo pareciera casi nieve.

Lester detuvo el coche en la cuneta, junto a los árboles. Durante unos instantes no se movió, sino que se quedó sentado en el coche con la mirada fija en la casa. Se encontraba tan confuso que no se sintió aliviado, sino dolido por el hecho de que Kathy lo hubiese mantenido al margen de aquello, se tratase de lo que se tratase, como si fuera una fiesta de amigos íntimos a la que no lo hubieran invitado. Por la ventana delantera se veía la luz de la cocina, y Lester distinguió a alguien que le pareció un adolescente comiendo sentado ante el mostrador. En el suelo del salón había varias velas encendidas de las cuales Lester sólo podía ver la parte superior, pero no había ni señal de Kathy, del coronel ni de su mujer.

Bajó del coche y cruzó la calle antes de darse cuenta de lo que hacía. Corrió agachado hacia la relativa oscuridad de la entrada para coches y se acercó al Bonneville de Kathy. Se puso las manos en las sienes para ver mejor y miró hacia el interior a través del cristal de la ventanilla del copiloto, aunque no tenía ni idea de qué era lo que buscaba, quizá más pruebas de que se trataba del coche de Kathy. Y desde luego que lo era. A la escasa luz que daba en el asiento delantero distinguió el bolso de lona de la muchacha. Estaba abierto al igual que la cartera, de la que asomaba medio billete de cinco dólares, como si se hubiera sacado dinero apresuradamente. Y en el suelo, bajo el asiento del copiloto, había algo, una cosa oscura. Se trataba del cinturón de la pistola, de la canana; la pistolera quedaba hacia arriba y estaba vacía. Lester se sintió invadido por un ligero temblor; echó un rápido

vistazo a la casa y luego abrió la puerta del coche. Oía a gasolina. Se encendió la luz del habitáculo, así que cerró la puerta procurando no hacer ruido hasta que sonó un chasquido; después se agachó cuanto pudo junto al coche mientras sentía los latidos del corazón en el cuello y que las piernas se le doblaban. ¿Sería posible que Kathy hubiera entrado allí con la pistola? Oyó voces en uno de los lados de la casa, y al principio creyó que procedían del exterior y se preparó para lanzarse sobre quienquiera que fuese o para salir huyendo. Pero las voces se oían un poco amortiguadas, parecía más bien que salieran por una ventana abierta, y Lester comenzó a avanzar sobre la hierba más allá de la entrada para coches buscando el lugar de donde salían las voces. Llegó hasta la luz procedente de la ventana del cuarto de baño, situada a una altura de casi tres metros. Lester se puso de espaldas a la pared. Oyó la voz del coronel y la de su mujer; ambos hablando en persa con cierto acaloramiento, aunque Lester no acababa de convencerse de que aquello fuera precisamente acaloramiento, porque a él todos los idiomas de Oriente Medio le sonaban así, como si siempre hubiera en juego algo muy importante. Pero ¿por qué no se oía la voz de Kathy? ¿Dónde estaría?

Luego las voces cesaron y Lester oyó un suave gemido. La mujer del coronel se puso a hablar otra vez en tono chillón, pero Lester ya se dirigía a la carrera hacia la puerta trasera de la casa. Había setos altos alrededor del jardín trasero; avanzó procurando ocultarse entre los arbustos, por lo que se arañó la nariz y la mejilla con las ramas; luego llegó a la superficie de hormigón y se asomó a la cocina. Oía los latidos de su propio corazón. El muchacho joven se encontraba de pie al final del mostrador mirando lo que quiera que ocurriese en el pasillo, y Lester vio también una parte del sofá en aquel salón iluminado por velas; pero lo que atrajo su mirada fueron las flores que había detrás del chico, sobre el mostrador, tres macetas de caléndulas, helechos, rosas blancas y rojas y otras flores cuyo nombre no conocía. Y allí mismo se encontraba también su pistola reglamentaria, sobre una servilleta, al lado de una de las macetas cubiertas con papel de aluminio verde. Encima de una servilleta. Como si acabaran de limpiarla. Lester se sintió muy confuso. Apenas podía respirar y tenía que actuar con prontitud. Agarró el pomo de la puerta e intentó hacerlo girar despacio, pero estaba cerrado con llave. Podía romper el vidrio con el puño, pero para cuando lograrse coger el pomo por la parte de dentro el coronel, el chico o cualquier otro podría estar apuntándole con su propia pistola. Advirtió que había más movimiento dentro de la casa y oyó discutir al coronel con su esposa. El muchacho seguía mirando hacia el pasillo; mantenía los largos brazos caídos a los lados y la boca entreabierta. Entonces, Lester oyó un golpe sordo procedente del pasillo; retrocedió y de una patada rompió tres vidrios, cuyos fragmentos, junto con algunos pedazos de madera, cayeron sobre el suelo de linóleo de la cocina de Kathy; el muchacho dio un salto hacia atrás tan grande que perdió el equilibrio y derribó la lámpara que había junto al sofá. Lester metió la mano, cogió el pomo por la parte de dentro y manipuló torpemente el mecanismo de la cerradura sin apartar los ojos del

muchacho, que de momento parecía haberse quedado clavado a la mesita donde se hallaba la lámpara. Cuando el pomo empezó a girar, el muchacho se incorporó y desapareció por el pasillo; Lester entró en la cocina. Avanzó rápidamente notando el olor a carne guisada, a té y a flores pasadas. Resbaló al pisar un fragmento de vidrio y cayó sobre la superficie de fórmica del mostrador; cogió la pistola y el cargador lleno, metió éste en la culata, tiró hacia atrás del mecanismo para meter una bala en la recámara y luego quitó el seguro.

La mujer del coronel gritaba algo en persa, y el muchacho también. Lester los vio en el pasillo de pie junto a Kathy, que estaba tendida de espaldas con un albornoz rosa que por arriba se la abría hasta la cintura y le dejaba un pecho al descubierto. Tenía los ojos entreabiertos y miraba al techo tan pronto con gran interés como sin el menor asomo del mismo. Luego el coronel salió de una habitación empuñando una barra de hierro, pero sólo con una mano, como si la llevase a algún sitio. La mujer se puso a chillar aún más fuerte, ahora también lloraba, y el muchacho se quedó completamente quieto, lo mismo que el coronel, a quien Lester tenía en el centro del punto de mira. Le gritó al iraní que dejase caer la barra, aunque lo que quería decir en realidad era que la pusiera en el suelo, porque si aquel hombre la dejaba caer podía darle un golpe a Kathy. Pero no fue capaz de gritar otra cosa. Sentía los latidos del corazón en las manos que sostenían la pistola, en todos los dedos menos en uno, y tuvo que hacer un gran esfuerzo para impedir que ese dedo apretase el gatillo y así cesaran todos aquellos gritos y no quedase nadie de pie junto a Kathy, medio desnuda y tendida en el pasillo, ni siquiera la mujer y aquel muchacho tan joven y guapo.

Apoyo la barra de hierro contra la pared y anhelo poner el cuerpo entre mi esposa y mi hijo y el arma que sostiene Lester V. Burdon. Pero no puedo hacerlo sin pasar por encima del cuerpo casi inconsciente de Kathy Nicolo, y estoy completamente seguro de que el alto y vociferante ayudante del *sheriff* no me permitirá hacerlo. Siento que en mi interior la sangre se enfría y se hace más espesa, y me da la impresión de que los brazos se me han convertido en simples hilos. Lester V. Burdon me apunta directamente al corazón con el arma y grita muchas cosas a la vez. Preguntas y órdenes. ¿Qué le han hecho? ¡Atrás! ¡Levántenla del suelo! ¡Cierre la boca! Esto último se lo dice a Nadi, que grita de forma descontrolada. Lester la apunta con la pistola y mi mujer se calla inmediatamente y aprieta contra sí a nuestro hijo, que también se ha quedado muy quieto y callado y que mira al hombre y a la pistola como si los viera desde una gran distancia.

Intento explicarle las cosas, pero sólo consigo abrir las manos y decir:

—Escuche, escuche.

Y el policía vuelve a apuntarme con la pistola mientras las flores que hay a su espalda parecen alas. Pero entonces Kathy Nicolo emite un sonido y Lester V. Burdon deja de dar voces y examina a la chica, que mueve la cabeza de un lado a otro con los ojos hinchados y mira hacia delante.

—¿Les? No, no.

—¡Muévanse!

El señor Burdon agita en el aire la pistola para indicarnos que nos apartemos, y mi esposa, mi hijo y yo nos movemos hasta el fondo del pasillo mientras el policía se arrodilla al lado de la mujer, de espaldas a la pared, y deja el arma a mano sobre la alfombra. Le cierra el albornoz sobre el pecho y luego le pone una mano en la frente, la llama y le pregunta si se encuentra bien. A la luz que sale del cuarto de baño, la cara de la mujer Kathy Nicolo no tiene buen color, semeja el de las aceitunas verdes cuando han estado mucho tiempo en agua. La mujer gira la cabeza hacia Lester V. Burdon aunque parece no verlo con aquellos ojos pequeños y extraños. Sonríe débilmente.

—Estás aquí.

—Sí. Estoy aquí. Estoy aquí.

El ayudante del *sheriff* le aparta el pelo de la cara. Siento que ha llegado el momento de hablar, pero tengo que escoger las palabras con cuidado. Es evidente que aquel hombre ama a esta Kathy Nicolo; no debe notárseme la menor señal de falta de respeto en la voz. La mujer ha cerrado los ojos y trata de esbozar una sonrisa. Lester V. Burdon nos mira inmediatamente.

—¿Qué le han hecho?

Cojo un poco de aire con intención de hablar, pero Esmail se me adelanta.

—Se ha tomado un frasco entero de píldoras para dormir. Eran de mi madre.

¿Quiere verlo?

Y sin esperar respuesta del señor Burdon, Esmail coge el frasco vacío que se encuentra en el lavabo del cuarto de baño y luego regresa al lado de su madre y le enseña el frasco al ayudante del *sheriff* para que lo examine.

—Tráemelo.

Burdon levanta la pistola, pero no nos apunta con ella. Se le nota cierta emoción en la voz: miedo. Y yo también me siento lleno de temor cuando mi hijo se detiene junto a los pies desnudos de Kathy Nicolo y le entrega el frasco a Burdon. Este tiene que forzar la vista para leer la etiqueta con aquella luz tan tenue que viene de la cocina y de las velas de la zona de estar, y en inglés le pido a mi hijo que vuelva a nuestro lado, pero se queda a los pies de Kathy Nicolo como si fuera importante esperar allí.

Burdon baja el recipiente.

—¿Cuántas? ¿Cuándo?

Mi esposa me dice en farsi que el frasco estaba casi lleno, que quizás hubiese treinta o cuarenta tabletas.

—¡En inglés!

—Mi esposa dice que en el frasco había treinta tabletas, pero Kathy Nicolo ha estado en el cuarto de baño muy poco rato, quizá sólo media hora, y mi esposa ya la ha obligado a vaciar el estómago. Ha vomitado las píldoras.

Burdon mira una vez más a la joven. Le quita de la boca y la barbilla un mechón de cabello y a continuación le pone la palma de la mano en la frente. Siento que ha llegado el momento de continuar hablando.

—También intentó dispararse con esa pistola.

El policía me mira inmediatamente y levanta la frente, en la que se le han formado profundas arrugas. Tengo buen cuidado de no pronunciar el nombre de aquel hombre.

—La encontré con la pistola dentro del automóvil. Estaba muy alterada. Había bebido muchísimo.

Lester V. Burdon me mira primero a mí, luego a Nadi, a Esmail y otra vez a mí con los labios abiertos bajo el bigote, como si aquella información tuviera que entrarle por la boca tanto como por los oídos. Pero después empieza a mover la cabeza de un lado a otro y se pone en pie.

—Mentira. Mentira.

Y nos ordena que llevemos a Kathy Nicolo hasta una cama y la tendamos en ella.

Hay lágrimas en los ojos de Nadi, pero parece que se siente aliviada al ver que de nuevo se le permite moverse. Rápidamente atiende a Kathy Nicolo; le cierra el albornoz para tapanle las piernas y le aprieta más el nudo del cinturón. En su pobre inglés me pide que le coja los brazos a la mujer mientras ella y Esmail se ocupan de las piernas. Tengo la espalda rígida, pero me agacho lo más que puedo junto a la cabeza de la joven y coloco las manos por debajo de los brazos. Kathy Nicolo abre

los ojos y compruebo que los tiene muy pequeños y oscuros. La levantamos y empezamos a transportarla hasta la habitación de Nadereh; Lester V. Burdon nos sigue tan de cerca que incluso lo oigo respirar. Nos dice que tengamos cuidado, mucho cuidado, y todavía se le nota en la voz cierta amenaza producida por la ira y la incredulidad, aunque también hay temor por el estado de la joven. Pero lo que a mí me preocupa más, más que todo esto, es que probablemente este hombre tenga conocimiento de la visita que le hice a su superior. Si es capaz de irrumpir a la fuerza en nuestra casa y de apuntarnos con un arma cargada, ¿qué otras cosas no podremos esperarnos de él?

Tengo la boca seca, y cuando dejamos a Kathy Nicolo sobre la cama de Nadereh miro a mi esposa y a mi hijo, intento mirarles a la cara, pero tienen los ojos puestos en la tarea que llevan a cabo: Nadereh levanta con suavidad los pies de Kathy Nicolo para que Esmail pueda quitar la manta que hay debajo de los mismos. La tapan hasta los hombros y Lester Burdon nos ordena que nos apartemos de la cama. Obedecemos. El policía se sienta sobre el colchón, a su lado, y le toca la cara; pronuncia su nombre y le pregunta si está despierta. La joven abre los ojos y le sonrío una vez más, pero empieza a llorar y no dice nada, sólo llora.

Sólo unos momentos antes, cuando Nadereh y yo intentábamos que la mujer caminase por el pasillo, discutimos en farsi si convenía o no llamar al hospital. Yo ya había decidido que hacerlo era lo más conveniente, pero naturalmente mi mujer cayó presa del pánico y se puso a gritar que nos detendrían por robarle la casa a aquella mujer, Behrani, por hacerle daño, por la pistola, por... Sin querer se le soltaron los brazos de Kathy Nicolo y poco después Lester V. Burdon cayó sobre nosotros. Ahora lo miramos mientras acaricia el pelo de su amante, que cierra los ojos y parece quedarse dormida de nuevo. Las mejillas se le han puesto de un tono azulado y los labios del mismo color que el azafrán desvaído. Me dispongo a dar un paso adelante e intento hablar para recomendarle al señor Burdon que convendría telefonar al hospital, pero éste ya se ha puesto en pie y ha levantado el auricular del teléfono. Mira en la dirección en que nos hallamos nosotros, luego coloca el arma sobre la cama y marca el número, de manera que el único sonido que se oye en la habitación son los pitidos electrónicos del teléfono. Pregunta por la enfermera de guardia del servicio de urgencias al tiempo que se saca del bolsillo del pantalón el frasco vacío del medicamento. Cuando se pone la enfermera el policía no se identifica, sino que simplemente le cuenta lo sucedido. Le indica de qué fármaco se trata. Le da el peso y la estatura aproximados de Kathy Nicolo. Le dice cuánto tiempo cree que había transcurrido antes de que vomitase. Y le comunica, al tiempo que hace un gesto de asentimiento con la cabeza, que la joven parece haber empezado a reaccionar, pero que se encuentra adormilada. Escucha lo que le explica la enfermera mientras nos va mirando a todos, primero a Kathy Nicolo y luego a nosotros; también examina el frasco vacío que tiene en la mano. Finalmente le da las gracias a la enfermera y termina la conversación telefónica sin haberse identificado en ningún momento. Ya

no tengo la menor esperanza de ir al hospital, de meterme en medio de las luces luminosas y de las numerosas personas que hay en los lugares públicos.

Una vez más Burdon recoge el arma, pero mientras contempla a Kathy Nicolo la deja a un lado,, como si se le hubiese olvidado allí. Nadereh me propina un codazo en las costillas aunque no me dice nada, y yo no me doy la vuelta hacia ella porque tengo la certeza de que mi esposa considera que ha llegado el momento de la pacificación y la reconciliación y le parece que yo tendría que decir algo. Pero mi sentido común me indica que es mejor no hacerlo; a la luz de la lámpara que hay junto a la cama Burdon tiene aspecto de sentirse desorientado, gom shode. Tiene sombras en las mejillas y los ojos entornados por lo que yo creo no es sólo preocupación por Kathy Nicolo, sino también sorpresa y confusión. No, en este momento aquél es un hombre débil. Y los débiles son siempre peligrosos.

Esmail traslada el peso de su cuerpo de un pie al otro; le toco el brazo y le doy un ligero apretón en el mismo. Un automóvil pasa por delante de la casita y baja por la cuesta de la colina. De pronto Burdon se yergue y nos indica con la mano que salgamos de la habitación.

—Váyanse, por favor. Ella necesita descanso. Váyanse.



Lester miró al muchacho cuando éste abandonó la habitación el último. Era casi tan alto como él y tenía el cabello espeso y negro. Lester quería mirar una vez más a Kathy antes de abandonar la habitación, pero acababa de cometer el error de dejar que el coronel saliera al pasillo donde había dejado la palanca de hierro, así que se apresuró a salir él también y vio que el coronel, su mujer y su hijo se dirigían en silencio y en fila india hacia el mostrador que separaba el salón de la cocina. Las velas seguían ardiendo en el suelo del salón y por primera vez Lester vio la comida, la olla de arroz blanco, la fuente de lo que parecía estofado de vaca, el pan, el yogurt y los rábanos. Y tres platos limpios sin utilizar. Sentía el estómago tan seco y vacío como un odre colgado de una cuerda al sol. De pronto la pistola le pesaba, casi le resultaba obscena en la mano, como si se estuviera exhibiendo desnudo.

La reducida familia se detuvo al llegar al mostrador que separaba las dos estancias y todos se dieron la vuelta para mirar a Lester, como si esperasen la siguiente orden. El muchacho sólo llevaba calcetines en los pies y se había detenido no lejos de un fragmento de vidrio que se hallaba sobre el suelo de linóleo de la cocina. Lester necesitaba sentarse y pensar durante unos minutos. Se dio cuenta de que apenas podía mirar a la cara a aquellas personas. Agitó la pistola en dirección a la comida que había en el suelo y les indicó que podían comer.

—Siéntense y coman.

Dio la impresión de que el coronel fuese a decir algo, pero se quedó callado; luego se dio la vuelta y guió a su familia hacia la cena. El hijo cogió el plato del mostrador y se quedó mirando durante un buen rato la pistola de Lester antes de sentarse. Este le puso el seguro al arma y se quedó allí de pie un minuto, quizá más, a medio camino entre el pasillo oscuro y la luz de la cocina, casi con tanta ofuscación como si estuviese borracho. Se le notaba una expresión de vacío en la cara y le pasaban muchas cosas por la cabeza. Pero no tenía nada claro. Nada. Kathy se pondría bien. Eso Lester ya lo sabía antes incluso de llamar a urgencias; si todavía era capaz de hablar y de reconocerle después de haberse tomado todas aquellas píldoras, eso quería decir que había absorbido poca cantidad antes de vomitar. Y no le cabía la menor duda de que Kathy había vomitado porque el pasillo todavía olía a vómito, a un vómito agrio. Y cuando la había besado en el dormitorio le había olido también a alcohol, a ese olor a corrompido que produce el alcohol cuando se encuentra medio digerido en el estómago. La mejilla de Kathy estaba muy suave, y Lester había sentido la tentación de tumbarse a su lado y abrazarla, como si por abrazarla se pusieran de relieve todos los detalles, cómo habían pasado de estar por la mañana en la cabaña de pesca a acabar por la noche en la casa robada, en Corona; qué había impulsado a Kathy a hacer lo que los iraníes decían que había hecho; cómo él había llegado hasta allí y se hallaba ahora de pie en el pasillo mientras aquella familia de exiliados comía en silencio sentada en el suelo delante de él, que llevaba en la mano

la pistola reglamentaria cargada a modo de recordatorio de que aquello era la realidad; allí era donde se encontraba Kathy, así que allí era donde él se iba a quedar. Y no había motivo alguno para no creer a aquellas personas. Lester lo había comprendido cuando Kathy había vuelto la cara pequeña y ligeramente hinchada hacia él, le había sonreído bajo los efectos de la droga y le había dicho: «Estás aquí». Luego, en el dormitorio, Kathy se había puesto a llorar mientras lo miraba directamente con aquella cara dulce y cansada llena de vergüenza. Y a Lester no le cupo la menor duda de que lo que le habían contado los iraníes era la verdad. Y saber aquello fue como una inyección de vitalidad en el vacío que era su estómago. Miró a los Behrani, que comían despacio y en silencio utilizando el tenedor para ayudarse a poner el arroz en la cuchara, mojando rábanos en el yogurt y turnándose para mirar en la dirección en que él se encontraba, aunque no de una manera directa. Lester estaba cansado y los ojos le escocían un poco. La cocina olía a té con especias. El suelo de linóleo se hallaba cubierto de astillas y vidrios rotos de cuando había hecho añicos la puerta de atrás, que ahora estaba abierta de par en par. Al lado de ésta y apoyada en la pared había una escoba. Lester levantó la pistola reglamentaria hacia la luz, soltó el martillo de la misma, llevó la mano hacia atrás y se metió el arma en la parte trasera del cinturón de los pantalones vaqueros. Le echó un vistazo a la familia Behrani, cuyos tres componentes lo miraban a la luz de las velas mientras comían en el suelo. Luego Lester cruzó la estancia, cogió la escoba y se puso a barrer sintiendo en la espalda la culata de acero de la 9 mm.

En el momento en que Lester V. Burdon se pone a barrer el suelo de la cocina para quitar los cristales de la puerta, Nadi se me acerca más, con los ojos muy abiertos debido a la impaciencia, y me comenta en voz baja y en farsi:

—Boro, invítalo a comer.

Cosa que yo ya tenía intención de hacer desde que vi a aquel hombre poner el seguro a la pistola.

Me incorporo para poder verle; se halla al otro lado del mostrador, de pie en la cocina, y tira los trozos de madera y vidrio en el recipiente de plástico que tenemos para la basura. En la mano luce un anillo de boda en el que no me había fijado antes.

—Señor Burdon —le llamo.

Y noto que me acaloro porque no tenía intención de llamarle por el nombre, pero ya es demasiado tarde; me sale con tanta naturalidad como el aire que respiro. Me mira directamente a la cara y sacude despacio el recogedor golpeándolo sobre el borde del cubo de basura. Parece a punto de tomar algún tipo de decisión. Le invito a comer con nosotros, pero me indica que me siente y no se une a mi familia, sino que se acerca al mostrador y nos mira desde allí arriba; se le ve por la espalda la culata de la pistola. Mira por encima de mí hacia la fotografía enmarcada que hay en la pared, en la que se nos ve al general Pourat, al sah Pahlevi y a mí. La observa detenidamente, con los ojos entornados y los labios muy apretados bajo el bigote. No me preocupa demasiado aquella expresión. Me está juzgando. Y ¿quién es él para juzgarme? Pero no dejo que mis sentimientos afloren. El olor del té del samovar ha llenado toda la casita, y normalmente a esta hora de la noche Esmail ya se retira a su habitación con los videojuegos y Nadi se levanta para quitar los platos sucios y llenar las tazas de té. Pero hoy no se mueve del sitio. Ni Esmail tampoco. Noto que mi hijo me observa. Respiro y me siento tan erguido como puedo.

—Señor, mi esposa querría servirnos el té.

Pero eso es todo lo que digo. No tengo intención de pedirle permiso para que Nadi se levante y lamento haberle llamado señor, pero no puedo volver a utilizar su nombre otra vez y arriesgarme a que se dé cuenta de que me he tomado la molestia de averiguarlo. Aparta los ojos de la pared y me mira primero a mí y luego a Nadereh. Asiente con la cabeza, de modo que Nadi recoge los platos y se levanta. Lester V. Burdon le echa una rápida ojeada a mi hijo y luego vuelve a poner los ojos en mí. Son oscuros y los tiene hundidos en la cara. El pelo y el bigote son oscuros también, y se me ocurre que se parece mucho a Alí, el hermano pequeño de Nadi.

—¿Qué ha pasado? —me pregunta. Titubeo, porque no sé si se refiere a la denuncia que puse contra él o si se refiere a Kathy Nicolo—. ¿Cuándo vino ella aquí?

—A última hora de la tarde. Mi hijo se encontraba con sus amigos. Mi mujer estaba descansando. No sé cuánto tiempo llevaba su automóvil en la entrada cuando lo vi.

Me pregunta que qué hacía Kathy, y me lo pregunta muy deprisa, como si quisiera poner a prueba mi historia para averiguar si yo mentía.

—Estaba llorando. —Bajo los ojos hacia la pistola cargada que aquel hombre lleva metida en el cinturón—. Y se apuntaba con eso al corazón. Intentaba apretar el gatillo, pero el mecanismo de seguridad estaba puesto, ya ve. Le quité el arma y después ayudé a la mujer a entrar en la casa.

A Burdon se le suavizan los ojos y me mira directamente a los míos, pero yo no creo que me vea a mí, sino otra cosa, un recuerdo quizás, un recuerdo de Kathy Nicolo y de él o quizá simplemente una visión de lo que acabo de informarle.

—Eso es lo que pasó —le asegura Esmail—. Mi padre no mentiría. Nunca miente.

Burdon mira a Esmail. Parece querer decirle algo a mi hijo, pero no habla. Nadereh pone una taza de té caliente delante del señor Burdon y luego nos sirve también a nosotros. Me meto un terrón de azúcar en la boca y bebo un poco de té. Luego me saco el azúcar para que el señor Burdon no considere que soy un grosero cuando vuelva a hablar. Comprendo cuál es la pregunta que seguramente le da vergüenza hacerme.

Le respondo sin que me la haga.

—Estaba bastante bebida.

—¿Hasta qué punto?

Me doy cuenta de que no le gusta cómo empleo las palabras. Los ojos se le endurecen de nuevo y me digo a mí mismo que tengo que ser cauto y mostrarme respetuoso. Pienso que nunca he visto a una mujer tan mast como Kathy Nicolo, quitando a algunas prostitutas, algunas gendehs del sur de Teherán.

—No era capaz de caminar sin ayuda, y tampoco podía hablar muy bien, señor.

Bajo la mirada hacia el sofreh, pero sólo durante un instante; no deseo que Lester V. Burdon confunda mi gesto de respeto con uno de vergüenza por la joven. Nadereh se encuentra sentada a mi lado. Bebe té muy despacio. Pero cuando el señor Burdon vuelve a hablar lo hace en un tono menos inquisitorial. Quiere saber cuándo Kathy Nicolo ingirió las píldoras de Halcion, y le digo que después de haber dormido en la habitación de mi hijo.

—Fue mi esposa quien la descubrió en la bañera y la obligó a vaciar el estómago inmediatamente.

El señor Burdon mira a Nadi, que está sentada a mi lado. No puedo interpretar la expresión que tiene en el rostro porque se halla llena de luz y sombra a causa de las llamas de las velas. Nadi baja la cabeza. Miro a mi hijo. Tiene los codos apoyados en las piernas y la barbilla sobre los puños. Parece que estuviera mirando una partida de ajedrez o de *backgammon* entre dos jugadores profesionales. Siento cierta irritación por eso, pero ebnadereh, qué más da.

Bebo un poco más té y espero a que el señor Burdon diga algo, quizás incluso a que haga algo, porque con toda seguridad ahora le toca mover a él.

La habitación se le hacía demasiado pequeña y Lester necesitaba moverse, aunque no tenía ni idea de dónde ponerse. ¿En el sofá? ¿En uno de los taburetes? Lo que en realidad tendría que hacer era transportar a Kathy hasta el coche y llevársela a casa para que descansase y despertase a su lado. Pero ¿a qué casa? ¿A la cabaña de pesca? ¿A una habitación del motel de San Bruno? Y de todos modos a Kathy era mejor no molestarla de momento. Molestar. La palabra se le quedó en la cabeza como un jirón de seda enganchado en alambre de espinos.

Y Kathy no tenía casa por culpa de aquel coronel que no dejaba de echarle miradas fugaces a su hijo y a su mujer, que se encontraba al lado, y luego a Lester, aunque muy rápidamente. Bebía té y miraba las velas encendidas. A veces, los ojos del coronel se fijaban en la pistola que le sobresalía del cinturón a Lester, y a éste no le gustaba que la mirase; era como si aquel hombre no quisiera perder de vista a lo único que había de temer. Lester sintió deseos de coger de nuevo la pistola con la mano, de hacerle ver al coronel que una cosa iba con la otra, que la pistola y él formaban una misma cosa. Pero ¿era cierto eso? Lester no estaba tan seguro. Una parte de él quería pedir disculpas por haberse abierto camino en la casa a patadas, por haber irrumpido allí, y lo que le apetecía era coger la pistola reglamentaria, salir por la puerta principal y regresar a la mañana siguiente a buscar a Kathy. Entonces ésta ya se encontraría lo suficientemente despejada como para poder conducir el coche y seguir al suyo adondequiera que fueran. Pero era ésta una voz pequeña en pugna con otra mayor, pues no se imaginaba a sí mismo dejando a Kathy allí para pasar la noche sola, sobre todo ahora que sentía que la propia Kathy lo excluía de su vida, ya que al parecer no lo había tenido en cuenta para nada en las decisiones que había tomado aquel día. Ni para coger la pistola ni para tomarse las píldoras en el cuarto de baño. ¿Qué habría podido ocurrir desde aquella misma mañana para que Kathy se hubiese pasado de la raya de ese modo? Y en lo único que Lester podía pensar era en Kathy y en beber, en el alcohol. Lester todavía notaba las consecuencias, atenuadas ya, de la resaca de la noche anterior, y no se imaginaba a sí mismo bebiendo nada más ese día. Pero Kathy se había emborrachado y él empezaba a pensar que aquello podría ser la pieza que faltaba en aquel rompecabezas. Lo había visto repetidamente en su trabajo, personas que bajo la influencia del alcohol hacían cosas que ni siquiera se les habrían pasado por la cabeza estando sobrias, los infortunios de los accidentes de tráfico, los pequeños hurtos y los incendios intencionados. Y Kathy no le había facilitado las cosas. ¿Acaso había pensado en él al coger la pistola del maletero? ¿Le importaba lo mucho que se había enredado en aquel asunto con ella? Y una vez que ambos se hubieran marchado de allí, ¿qué impediría que aquel asqueroso coronel llamara a la Oficina del *Sheriff*, o incluso a la policía de Corona? Ahora el iraní tenía nuevas acusaciones que hacerle: allanamiento de morada y amenaza a mano armada. Y también había que considerar las violaciones del reglamento de la policía. Todo esto

podría alegar el coronel en su contra.

Lester tenía sed y quería beber un poco del té que la mujer del coronel le había servido, pero en aquel momento hacer una cosa así se habría interpretado como un gesto conciliador, como si él fuera un perro ofreciéndole la garganta a otro más fuerte. Volvió a mirar fugazmente la fotografía enmarcada que colgaba de la pared, fotografía en la que Behrani aparecía dirigiéndose al sah de Persia, un hombre del cual Carol le había contado muchas cosas años atrás, un hombre capaz de hacer fusilar a cientos, puede que a miles de personas en una tarde sólo por atreverse a llevar a cabo una protesta pacífica contra él y su séquito. Y Behrani sonreía junto a aquel hombre en una fiesta. Ahora los ojos del coronel se habían posado otra vez en la pistola que le asomaba un poco por detrás a Lester, pues la llevaba metida en el cinto.

Lester se quedó mirándolo fijamente. Behrani volvió a bajar la vista hacia el té y despacio, casi con desenfado, se puso a removerlo usando sólo el pulgar y el índice para coger la cuchara. Era un gesto que ponía de manifiesto mucha seguridad en sí mismo, el gesto propio de un hombre que se adapta con facilidad a las nuevas circunstancias. Y eso le produjo a Lester la sensación de que lo vencían en una especie de partida que ni siquiera se había enterado de que estuviese jugando. Empezó a sentir miedo y le entraron ganas de propinarle una patada en los dientes al coronel, a aquel hombre amigo de dictadores, a aquel hombre que se había negado a volver a venderle a Kathy su propia casa.

Lester se sacó la pistola del cinturón y la puso sobre el mostrador produciendo bastante ruido al hacerlo.

—Vayan a hacer algo. Todos ustedes.

El muchacho fue el primero en ponerse en pie, y luego lo hicieron el coronel y su mujer. Ésta evitó mirar a Lester mientras se agachaba y apagaba de un soplo las velas. Luego levantó del sofá la lámpara que había derribado el chico y volvió a ponerla sobre la mesita; la encendió y se puso a recoger los platos y los vasos que quedaban sobre la alfombra. El coronel se puso en pie mientras su mujer trabajaba cerca de él. El muchacho miró a su padre, luego a la pistola de Lester y después a la cara de éste.

—Vete a tu habitación, joon-am —le dijo el coronel. Y el muchacho echó a andar por el pasillo.

—Espera.

Lester se dio la vuelta hacia el muchacho y le preguntó cómo se llamaba.

—Esmail.

—¿Tienes teléfono ahí dentro, Esmail?

—No.

Lester le echó un breve vistazo al coronel, que ahora se hallaba de pie, erguido, con la barbilla alta y los ojos puestos en su hijo. En la cocina, la señora Behrani había cogido un plato sucio y lo sostenía en la mano.

Lester tomó aire mientras el próximo movimiento lógico e inevitable se la

agolpaba en el pecho, y les ordenó que entraran los tres en la habitación del chico.

No había teléfono, sólo una lámpara en la mesilla junto a una fotografía enmarcada. Clavado con chinchetas en la pared se veía un cartel de un *skater* saltando en el aire con un patín sin que el suelo se viera por ninguna parte; tenía los brazos extendidos y ambas rodillas dobladas. En un escritorio situado a los pies de la cama se hallaban la unidad del ordenador, el teclado y un módem cuyo cable de Internet y correo electrónico quedaba metido en el enchufe del teléfono, bajo el escritorio. Lester le hizo un gesto con la cabeza al muchacho para indicarle que sacara el cable de ambos extremos y se lo entregase. Esmail sólo tardó unos segundos en hacerlo, y cuando el chico se lo dio a Lester miró a la pistola con la que éste tuvo buen cuidado de no apuntarlo.

—Esmail, quiero que te quedes en esta habitación hasta que yo te diga, ¿de acuerdo? Si necesitas ir al cuarto de baño, primero me lo pides.

El muchacho miró a su padre y a su madre; la señora Behrani se apretó primero los dedos de una mano y luego los de la otra, y Lester se oyó a sí mismo ordenarles que volvieran a la parte delantera de la casa. Dejó el módem y los cables sobre la mesa de la lámpara que había junto al sofá. La señora Behrani pareció distraerse trabajando, quitando las cosas de la alfombra de comer y enrollando ésta, mientras su marido se hacía a un lado para dejarle sitio. Lester oía por el pasillo los sonidos de un videojuego, una serie de notas musicales desafinadas seguidas por la estática de una explosión simulada. El coronel se dio la vuelta hacia Lester con los brazos cruzados sobre el pecho. A la luz que llegaba de la cocina se le veía viejo y delgado, un patriarca exiliado.

—Nosotros no le hemos hecho nada a usted. ¿Qué pretende hacer aquí?

Lester no tenía ni idea. Ni la más mínima idea. Se sentó en el sofá. Era blando, profundo, y estaba tapizado con una tela cara. Todo parecía caro en aquella casa: la cama nueva de bronce en la que dormía Kathy, las alfombras persas color rojo vino, la fotografía enmarcada de los jinetes persas que había en la pared, el samovar de plata maciza que se hallaba sobre el mostrador de la cocina, la lámpara dorada y la pantalla de la misma que el chico había estado a punto de romper cuando Lester derribó la puerta de una patada, incluso el Buick último modelo que había en la entrada para coches. De nuevo Lester sintió que se enfrentaba a algo que le sobrepasaba. Tenía la boca seca; dejó el arma encima del brazo del sofá y pasó el dedo índice por las ranuras diminutas del seguro mientras mantenía los ojos fijos en la alfombra.

—¿Con quién habló en Redwood City, coronel?

—Con un teniente.

—¿Cómo se llamaba?

—Álvarez. Se llamaba teniente Álvarez.

Lester se sonrojó un poco al oír lo que ya había supuesto y se esforzó por tragar saliva, pero no consiguió hacerlo. El sofá se le antojó demasiado blando, como si se

estuviera hundiendo cada vez más en él.

—Seguro que usted habría hecho lo mismo, señor Burdon.

La mujer del coronel tenía el grifo de la cocina abierto, así que Lester no supo si lo que había oído en la voz de aquel hombre era cierto tono de desafío o sólo le había dado esa impresión debido a que el coronel acababa de llamarlo por su nombre. Pero algo cambió en su interior: no se trataba de Kathy; ella no tenía la culpa de nada. Kathy no había hecho nada que condujese hasta aquel capullo, hasta aquel hombre que se miraba la mano que tenía apoyada en la pierna y el anillo de oro con una piedra roja en el centro. ¿Un rubí? Lester notó que se le tensaban los músculos de alrededor de los ojos y de la boca. Se incorporó.

—¿Cuándo tiene pensado devolver esta casa, coronel?

La señora Behrani seguía ante el fregadero secando los platos con un paño blanco; tenía el rostro ligeramente vuelto hacia el mostrador donde su marido se había sentado, aunque éste permanecía en silencio y con la espalda erguida, como si no tuviera obligación alguna de contestar a la pregunta de Lester.

Este tomó aire.

—¿Realmente necesita usted esta casa tan pequeña?

—Eso es algo que a usted no le incumbe, señor.

Lester se levantó del sofá como impulsado por un muelle, y estaba al lado del mostrador incluso antes de haber podido sujetar bien la pistola. Se dijo a sí mismo que era mejor mantener el arma a un lado, que no había necesidad de hacer más profundo el agujero; pero la cara del coronel permanecía tan quieta, tan impasible, con el blanco de los ojos amarillento por la edad y un cansancio tan grande reflejado en ella, que daba la impresión de que para él Lester no suponía amenaza alguna, que no era más que un simple estorbo, lo mismo que Kathy, lo mismo que la disputa por aquella casa. Lester no vio otra opción que ponerle el cañón de la pistola bajo la barbilla al iraní. El corazón le latía contra las costillas y tenía la sensación de que los órganos le flotasen dentro del cuerpo. Amartilló el arma, pero mantuvo puesto el seguro. Al coronel el aliento le olía a rábano. Los labios del iraní empezaron a fruncirse como si se dispusiera a hablar, pero Lester le hundió más la pistola debajo de la barbilla.

—Pues esa mujer que duerme ahora mismo ahí atrás sí que me incumbe. Todo lo que le pase a ella me incumbe. ¿Me comprende usted bien? Y ahora quiero que empiece a pensar cómo vamos a solucionar todo esto.

La mujer del coronel lloraba quedamente, y Lester la vio de reojo de pie en la cocina con el trapo blanco sujeto entre las manos, como si rezase con él.

—Por favor, por favor, no tenemos nada. Nada. Mi esposo sólo es bueno. Nuestro hijo *ir debe* a la universidad. Eso es todo. Por favor, somos gente buena.

Siguió llorando en silencio, y de vez en cuando tomaba aire y se estremecía. El coronel tenía los ojos acuosos, aunque Lester no sabía si era debido al miedo o a que no parpadeaba. Lester empujó el martillo hacia delante con el pulgar, apartó la pistola



de debajo de la mandíbula del coronel y se sentó en el taburete que había a su lado, con lo que quedaron frente a frente. Dejó la pistola sobre el mostrador; esperaba que la mujer del coronel siguiera hablando, pero ésta se limitó a sorber por la nariz y a apretársela discretamente con el dedo. Las notas del videojuego del chico se aceleraron hasta alcanzar una melodía estridente de victoria que pronto se fue apagando en el espacio electrónico, y Lester sintió que la cabeza y la espalda le quedaban expuestas a cualquier contingencia, de modo que se levantó y se acercó al extremo del mostrador, pero el pasillo se encontraba vacío y la barra de hierro seguía apoyada en el marco de la puerta allí donde la había dejado el coronel. A Lester le pesaban los brazos y las piernas y notaba un ligero temblor en el antebrazo de la mano con la que manejaba la pistola. Deseaba ver a Kathy, ir a ver cómo estaba, pero en aquel momento no podía dejar solas a aquellas personas para hacerlo.

—Díselo a él, Massoud —le pidió la mujer—. A él explica.

Pero el coronel no la escuchaba. Miraba directamente a Lester con las mejillas desprovistas de color, los ojos ligeramente entornados y los labios apretados hasta formar una línea recta. Y Lester comprendió que había cruzado una frontera no sólo en su interior, sino también en el del coronel. Lester les hizo una seña con la pistola, se colocó a la entrada del pasillo y les indicó que pasaran delante de él.

—Vamos a ver cómo le va a la dueña de esta casa.

Pero las palabras le sonaron huecas, como si lo que acababa de decir fuera mentira; y cuando el coronel y su esposa, todavía llorosa, pasaron junto a él y comenzaron a caminar por el pasillo, Lester los siguió con la pistola colgando de un costado mientras notaba el súbito deseo de que el iraní hiciera algo, que agarrara la barra de hierro e intentara golpearle con ella, que echara a correr, algo, cualquier cosa que le hiciera sentir alivio en la carga en que se le había convertido la pistola.

Han pasado ya unos minutos desde que Lester V. Burdon apretó contra mi carne la pistola cargada, pero aún la siento sobre la piel y no me cuesta nada imaginarme una bala de gran calibre desgarrándome la cabeza como si fuera un misil. De modo que lo único que deseo ahora es matar a este hombre que ha irrumpido en nuestra casa para hacer esto después de que le hayamos salvado la vida a esa lastimosa gendeh suya.

Pero, naturalmente, no puedo cumplir este deseo. El cuerpo se me ha quedado completamente rígido; tengo los músculos del cuello, de la espalda y de las piernas tan tensos como si me los hubieran atado con una cadena. El hombre nos ordena dirigirnos al dormitorio de Nadereh. Me muevo despacio. Nadi se encuentra a mi espalda. Burdon detrás de ella. Entro el primero en la habitación. La gendeh duerme plácidamente con el abundante cabello extendido alrededor de la cabeza. Burdon nos ordena que permanezcamos alejados de la cama y le pone a la mujer los dedos de la mano que tiene libre sobre la arteria que hay debajo de la mandíbula. Al cabo de un instante le coloca la palma de la mano sobre la frente. Ya no parece tan desorientado. Le toca la mejilla a la mujer y luego nos ordena que vayamos a ver a nuestro hijo. Nos sigue. De nuevo entro el primero. Esmail se encuentra sentado en la cama sobre la que ha dormido Kathy Nicolo. Tiene el mando a distancia del videojuego sobre las piernas, puesto del revés, y la ventana, situada a su espalda, se halla abierta de par en par, lo mismo que la mosquitera; la luz de la calle brilla sobre la bruma que cubre la hierba. Esmail abre mucho los ojos y siento en las manos los latidos del corazón; en farsi le digo en voz baja que la cierre inmediatamente.

—*Holah, holah.*

Se levanta de un salto para hacerlo y el mando a distancia cae al suelo. Toso muy fuerte, pero es demasiado tarde. Lester V. Burdon nos empuja a un lado a Nadi y a mí para abrirse camino y, poniéndole una mano en el hombro a mi hijo, lo aparta de la ventana. Esmail casi se cae de espaldas sobre la cama, pero Burdon lo sujeta con un lado de su cuerpo mientras aguanta el arma en la mano. Tengo la pistola a un paso de distancia. Puedo alargar la mano y cogerla, quitársela a la fuerza, pero no me atrevo a hacer nada porque imagino que la pistola se dispararía y mi mujer y mi hijo podrían resultar heridos o algo peor.

Burdon tira de Esmail y lo hace bajar de la cama, obligándole a ponerse de pie a nuestro lado. Instantáneamente le paso el brazo a mi hijo por los hombros. Y cojo del brazo, pequeño y caliente, a Nadi. Mi esposa tiembla, o quizá sea yo quien tiembla. Me sorprende a mí mismo puesto completamente en posición de firmes.

—Pero bueno, ¿qué voy a hacer con ustedes? —Nos lo pregunta a todos, pero su mirada se dirige sólo a nuestro hijo—. ¿Qué pensabas hacer, Ishmael?

—Esmail —le corrige mi hijo.

Le aprieto el hombro a mi hijo y confío en que no lo interprete como un estímulo para que continúe adelante con cualquier beligerancia.

Lester V. Burdon aspira profundamente y después deja escapar el aire sin volver la cabeza.

—¿Has salido de esta casa, Esmail?

Siento en el brazo que le tengo apoyado en la espalda los latidos del corazón de mi hijo. Este hace un movimiento negativo con la cabeza para decir que no, que no ha salido. El videojuego emite la música electrónica de una nave espacial que combate en el espacio, y la cantinela se repite cada pocos segundos. Burdon inspecciona toda la habitación y luego vuelve a mirar a mi hijo.

—¿Es que acaso pensabas utilizar el teléfono de algún vecino, Esmail?

De nuevo le aprieto el hombro a mi hijo.

—Respóndele, joon-am.

—Sí, iba a marcharme.

La cantinela del videojuego continúa repitiéndose cada cinco segundos; es la música del microchip, tan automática y poco sincera como las mentiras.

—¿Has salido de aquí?

—No.

Esmail ha contestado demasiado deprisa. Lester V. Burdon entorna los ojos y se muerde el labio inferior. Me mira primero a mí y luego a Nadi mientras el sonido del juego del ordenador se repite una y otra vez.

—Esto no está saliendo como debería —comenta Lester V. Burdon—. No.

Nos ordena que entremos en el cuarto de baño, en el que todavía se nota el olor del vómito de Kathy Nicolo. La alfombra se ha mojado del agua de la bañera, que se encuentra llena. Mientras toda la familia nos situamos entre el lavabo, el retrete y la bañera, Lester da la vuelta para mirar por encima de nosotros hacia la pequeña ventana que se encuentra situada en lo alto de la pared de azulejos. Los ojos del policía pasan rápidamente por encima de Esmail y de Nadi, y luego miran a la panjare otra vez antes de asentir con la cabeza y tocar la manilla de la puerta.

—No quiero que esto se mueva. ¿Comprenden?

—Sí —contesto—. Lo comprendemos.

Entonces Burdon se yergue como si acabara de quitarse una pesada mochila de la espalda. Nos mira una vez más y luego sale y cierra la puerta tras de sí.

Lester miró un momento más hacia la puerta y luego se arriesgó a ir a toda prisa hasta la entrada de la casa. Volvió a meterse la pistola en la parte de atrás de los pantalones sujeta con el cinturón, apagó la luz exterior y salió a los escalones delanteros. La casa más cercana se hallaba un poco más allá de los coches aparcados en la entrada para vehículos. La luz del porche, protegido con mosquiteras, se encontraba encendida, al igual que la del cuarto de estar. Desde el lugar donde se hallaba Lester alcanzaba a ver un ángulo del televisor y el parpadeo del color de la pantalla; luego distinguió la muñeca de un hombre que bajaba un cigarrillo o un puro hacia algún cenicero situado en una mesa debajo de la ventana. No había nadie en el porche ni asomado a ninguna de las ventanas visibles desde donde estaba Lester. Echó una rápida ojeada hacia la izquierda, pero la pequeña casa estucada que había a aquel lado tenía el mismo aspecto tranquilo y pacífico; sólo había luces encendidas en la planta baja y nadie miraba por ninguna ventana, ni a oscuras ni con luz, mientras esperaba a ver si llegaba ayuda en respuesta a alguna llamada de emergencia.

Volvió a entrar en la habitación de Kathy. No tenía mejor color que antes; las mejillas conservaban el mismo tono amarillento, pero el pulso era regular y fuerte. Le puso la mano en la frente y la notó fresca y seca. Kathy levantó un poco la barbilla y continuó durmiendo. Lester se levantó y abrió la puerta del armario; buscaba alguna corbata del coronel, pero en aquel armario sólo había ropa de mujer, vestidos de lana de aspecto elegante cubiertos con esas bolsas de plástico largas que dan en las tintorerías, blusas de seda y chaquetas de lana. En el estante superior se veían sombrereras con palabras en francés grabadas en relieve a los lados; y en el suelo veinte o treinta pares de zapatos de señora, la mayoría de ellos rellenos de papel de seda. A Lester todavía le resonaban en los oídos las palabras de la mujer del coronel diciendo que ellos no tenían nada, nada, y eso lo enfureció aún más porque se daba cuenta de que por lo menos habían tenido lo suficiente para comprar aquella casa al contado en una subasta del condado. De unos ganchos que había en el estante pendían varios cinturones dorados, plateados, de charol negro y uno marrón de piel de cocodrilo. Lester cogió este último, se lo enroscó alrededor de ambos puños y estiró, pero era demasiado flexible y volvió a dejarlo en su lugar. Miró de nuevo a Kathy, que tenía el pelo esparcido como un abanico sobre la almohada y los labios entreabiertos, y salió al pasillo, donde cogió la larga barra de hierro.

Oyó a la familia Behrani hablar en voz baja en farsi dentro del cuarto de baño, y luego entró en lo que parecía el despacho del coronel. Había un escritorio, una silla y una máquina de escribir. Sobre irnos periódicos extendidos en el suelo se hallaba una mesa de café plateada puesta de lado y con dos patas envueltas con cinta adhesiva. Y colgados en el armario había veinte o treinta trajes, algunos guardados en finas fundas de piel. En el suelo se encontraba un mueble zapatero de bronce de casi dos metros de largo y tres estantes lleno de zapatos de vestir, mocasines, zapatillas

blancas de tenis y de atletismo, tres pares de zapatillas de cachemir e incluso un par de botas viejas de trabajo. Las corbatas del coronel colgaban de la barra del armario entre un traje cruzado oscuro y el uniforme militar de color azul cobalto con llamativas hombreras doradas cuyos bolsillos superiores se encontraban cubiertos de pequeñas cintas e insignias de vivos colores.

Lester cogió dos corbatas de seda y regresó al pasillo, donde se detuvo ante la puerta cerrada del cuarto de baño y se puso a atar las dos corbatas alrededor del pomo. Al otro lado de la puerta cesaron los cuchicheos en aquel idioma extranjero. Lester sujetó la barra de hierro horizontalmente apoyándola contra los dos lados del marco de la puerta y enrolló ambas corbatas alrededor asegurándolas con nudos corredizos. Tiró hasta que la barra quedó bien firme contra el marco de la puerta; dio un paso atrás para examinar el resultado. Respiró profundamente y luego soltó el aire. A continuación volvió a la habitación del muchacho, desconectó el ordenador y apagó la lámpara de la mesilla del chico. Al lado de la cama había una fotografía en color del coronel vestido de uniforme de gala; estaba sentado en un mullido sillón de cuero y sostenía en el regazo a un niño pequeño, y en la pared situada detrás de ellos se veía la bandera iraní verde, blanca y roja enmarcada y con un cristal delante. El hombre y el niño miraban a la cámara y esbozaban una amplia sonrisa. Lester apartó la mirada rápidamente de la foto y apagó la luz.

A continuación se dirigió al cuarto de estar; cerró la puerta de la calle con llave y bajó las persianas. Luego buscó café, aunque fuera instantáneo, en los armarios de la cocina, pero no había, así que cogió una taza limpia del escurridor y la puso bajo la espita del samovar de plata. Era un té negro muy cargado y humeante; se lo llevó al dormitorio donde se hallaba Kathy, la habitación que supuso debía de ser la de ésta cuando vivía en la casa.

Dejó el té en la mesilla de noche junto a un reproductor de casetes que parecía nuevo.

—¿Kathy? —Le tocó suavemente el hombro y luego se lo apretó con cuidado—. ¿Kath?

Nunca antes la había llamado así, abreviando el nombre, y al instante tuvo la impresión de que ambos habían compartido un pasado más extenso de lo que en realidad era. Kathy había abierto un poco la boca, tenía la cara vuelta hacia un lado y un hilillo de saliva había caído sobre la almohada, donde había dejado una mancha húmeda. Lester le puso una mano en la frente y le alisó el cabello hacia atrás. Lo tenía abundante y seco, y cuando rozó la funda de la almohada con los dedos Kathy giró la cabeza y emitió un sonido muy ligero, casi un gemido. Lester la llamó de nuevo, pero a Kathy se le había aflojado la boca y continuaba con los ojos cerrados. Sin embargo, tenía bien el pulso. Lester se sentó al borde de la cama y se quitó los zapatos; la pistola que llevaba metida detrás, en el cinturón, le oprimía en la parte inferior de la espalda. Oía las voces apagadas de los iraníes procedentes del cuarto de baño, que estaba situado al final del pasillo. Parecía que el coronel era quien más

hablaba, y el farsi que utilizaba sonaba en un tono bajo y lleno de autoridad. A Lester comenzó a brotarle un sudor frío en la frente y en la nuca.

Salió a oscuras y descalzo al pasillo. Por debajo de la puerta del cuarto de baño se veía una delgada línea de luz, pero la barra de hierro seguía atravesada en el marco de la puerta como si aquella habitación estuviese condenada. Lester se quedó allí de pie escuchando durante unos minutos. Al principio le pareció que la señora Behrani lloraba otra vez, pues tenía en la voz una especie de temblor; pero luego a la mujer le empezaron a salir las palabras como si las escupiera, una andanada de vocales y consonantes guturales por encima de las cuales se oía al coronel hablar en tono calmado con una voz que le salía de lo más profundo de su ser, como si se encontrase en su elemento conduciendo a su mujer y a su hijo en una expedición por un terreno que le resultaba muy familiar.

Lester retrocedió y le dio una patada fuerte a la puerta con la planta del pie. El silencio fue instantáneo. Algo cayó dentro del lavabo, quizás algún vial del botiquín, no sabía, aunque lo que sí sabía era que aquel capullo rico no se lo tomaba en serio y que eso tendría que cambiar desde aquel mismo momento. Sacó la pistola reglamentaria, la amartilló y expulsó una bala, que cayó en la moqueta, antes de meter otra en la cámara. Dio unos ligeros golpes con el cañón en la puerta y luego hizo una pausa. El silencio que reinaba al otro lado se podía palpar. A Lester el corazón le latía deprisa y apretó la nariz contra la puerta, que le olió a madera y a pintura.

—Procure descansar un poco ahí dentro, coronel, porque mañana va usted a venderle otra vez esta casa a la Oficina de Hacienda del Condado. ¿Me comprende?

Al otro lado de la puerta, el coronel empezó a aclararse la garganta, pero se contuvo y no dijo nada.

—Le he hecho una pregunta, Behrani. —Lester se imaginó a aquella reducida familia agazapada toda ella en un rincón de la pequeña estancia, y sintió como si algo le encogiese el corazón; habría sido mejor que la mujer y el adolescente no tuviesen que formar parte de aquello, pero ahora ya era demasiado tarde para volverse atrás, para bajar la guardia, para dejar la garganta al descubierto y quedar indefenso ante cualquiera de aquellas personas, incluidos el muchacho y la mujer—. Dígame, coronel, ¿qué va a hacer usted mañana a primera hora?

De nuevo no obtuvo respuesta, ni siquiera los susurros llenos de pánico de la señora Behrani. Ahora Lester se imaginó que hablaba con una habitación vacía, como si de alguna manera hubiesen desmontado la ventanita, mayor de lo que él había pensado que era, y también se imaginó a la familia iraní al completo corriendo descalza entre la niebla para pedir ayuda. Y durante un momento sintió náuseas ante la idea de que todo aquello fuera a escapársele, que todo acabara por echársele encima.

Entonces se oyó hablar al coronel con voz seca a causa de la fatiga.

—No lo sé. Quizá quiera usted decirme lo que tengo que hacer mañana.

—No me hable en ese tono condescendiente. —Lester apoyó una mejilla contra la puerta y casi rozó con los labios la barra de hierro—. Mañana va usted a llamar a la Oficina de Hacienda y aceptará la oferta que le han hecho de devolverle el dinero que pagó usted por esta casa. Y luego, mientras le preparan un bonito y abundante cheque, usted y su familia se van a dedicar a recoger todas sus cosas y a marcharse de aquí. Las cosas son así de simples. ¿Comprende?

Pero ¿realmente era todo así de simple? ¿Qué pasaría después? ¿Acaso esperaba que se metieran en el coche y se largasen sin hacer nada para intentar evitarlo? Durante un instante, Lester intentó calcular cómo escapar de todo aquello, cómo dejar salir a la familia del cuarto de baño, llevarse a Kathy en brazos a su coche o al de ella y marcharse. Pero tendrían que dejar allí uno de los dos coches, y seguro que Behrani llamaría a la Oficina del *Sheriff*. Y habría otros cargos contra Lester, ahora mucho más graves: amenazas con arma de fuego, allanamiento de morada y, si se tenía en cuenta que ahora los mantenía a todos encerrados en el cuarto de baño, secuestro. Cargos que podrían corroborar la mujer y el hijo y que no sólo le costarían el empleo a Lester, sino que además servirían para que lo detuviesen y lo metiesen en la cárcel. Un policía entre delincuentes. Lester sintió que le invadía una oleada de pavor que le recorrió todo el cuerpo. Le dio una fuerte patada a la puerta con el pie descalzo y el dolor comenzó a extenderse por la planta del pie y la espinilla.

—Contésteme, hijo de puta.

El coronel se mantuvo en silencio, pero la esposa volvía a hablar en voz baja. Esta vez tenía la voz menos dura, más suplicante, pensó Lester; cerró los ojos, se frotó la frente y respiró hondo por la nariz. La ira, un bien preciado que no sabía si podría recuperar cuando volviese a necesitarlo, se le pasó. Y ahora sintió náuseas de tan agotado como estaba, y el remordimiento comenzó a extenderse por su interior como la niebla fría. Se dijo a sí mismo que no era inteligente presionar al coronel para que le diera una respuesta en aquel momento; el orgullo y la virilidad del ex oficial ya se habían puesto suficientemente a prueba tal como estaban las cosas. Las cosas habían tomado un cariz con el que, para mejor o para peor, Lester tenía que enmendar. Era algo parecido a ir en bicicleta muy deprisa sobre el asfalto liso y llegar de repente a una zona de arena; si en esos casos uno se deja llevar por el pánico y aprieta los frenos o da un tirón del manillar, seguro que se cae. Pero si se mantiene la velocidad y la dirección, se dijo Lester, y se dominan los nervios, se logra volver a la carretera ileso.

—Piénselo mientras duerme, coronel. —Lester le puso el seguro a la pistola y luego se agachó para recoger la bala del suelo—. ¿Me oye? Piénselo mientras duerme.

Oyó la voz del muchacho, aguda, llena de preguntas y también de miedo. Y el mismo sonido habría podido salir del cuerpo de Lester, que se sentía de pronto poca cosa e insignificante. Los dedos le temblaban mientras cogía la bala. Aquélla era una sensación que le resultaba familiar, el miedo que siempre seguía al remordimiento,

aunque esta vez no habría detención ni encarcelamiento para los prisioneros. ¿Qué haría por la mañana si el coronel seguía negándose a colaborar? ¿Obligarlo como fuese a hacerlo? ¿Y qué estrategia seguiría si Behrani accedía a venderle de nuevo la casa al condado? ¿Esperar sencillamente a que aquel hombre y su familia desaparecieran? Lester no lo sabía. En aquel momento lo único que podía hacer era confiar en que el coronel accediera a vender la casa. Eso por lo menos significaría cierto progreso. Y luego a Lester tendría que ocurrírsele algo para que Kathy y él se mantuvieran a salvo en el siguiente paso que hubiese que dar.

Esmail dejó de hacer preguntas y Lester echó a andar por el pasillo. Se imaginó a Nate dormido en la cama boca abajo, con la cara vuelta hacia un lado y el culo en pompa. Y a Bethany, que probablemente habría ido a la habitación de sus padres como hacía siempre que tenía un sueño que la asustaba, que la separaba del mundo que tenía por suyo. Probablemente, en aquel momento, estaría acurrucada junto a Carol, y el pequeño cuerpo de su hija empezaría a llenar el espacio vacío que había sido de él.



Han pasado tres horas desde que Burdon profirió aquellas amenazas a través de la puerta. El cuarto de baño se encuentra ahora a oscuras, pero entra una luz suave por el panjare que hay en lo alto de la pared porque ese hombre no ha apagado las luces exteriores situadas por encima de los automóviles en la entrada de coches. Esmail se ha quedado más callado que nunca. Se ha tumbado en la bañera sobre un lecho de toallas, con los pies apoyados en los azulejos por encima del grifo. Yo estoy sentado contra la pared y con el brazo izquierdo apoyado en el borde de porcelana, de manera que la cara me queda a sólo unos centímetros de la de mi hijo, que la tiene vuelta hacia el otro lado y no sé si se ha dormido o no. En el suelo su madre duerme enroscada sobre dos toallas. El aire es fresco y huele un poco a mar y al vómito de Kathy Nicolo. Nadereh da la impresión de tener frío y me gustaría poder taparla con algo, pero todas las toallas las tienen debajo ella o nuestro hijo.

Antes de que Burdon se acercase a nuestra puerta y la atrancara de alguna manera que ignoro, Nadereh, llena de pánico, me pidió en voz baja que le devolviera la casita a la mujer. ¿Qué más da? Ya buscaremos otra. Pero después de la última amenaza de Burdon, Esmail, que ya se hallaba bastante alterado, miró primero a su madre y luego a mí; ya no tenía en los ojos el brillo de la aventura, sino que se habían empañado debido a la presión que el verdadero miedo produce en las entrañas. Extendí la mano hacia él, pero mi hijo apartó el hombro con un movimiento brusco. Se le empañaron los ojos a causa del temor y en farsi, que no conoce tan bien como el inglés, le preguntó a su padre:

—¿Qué vas a hacer, bawbaw?

Durante un terrible momento no encontré palabras que decirle a mi hijo, no pude contestarle porque ningún sonido me salió de los labios. Me quedé a unos centímetros de distancia de Esmail, que tenía la boca parcialmente abierta y que parpadeaba para ahuyentar las lágrimas mientras aguardaba a ver qué ocurriría a continuación. Pero fue Nadi quien actuó con decisión:

—No tengas miedo, Esmail —le dijo mientras pasaba junto a él y se ponía a vaciar el agua de la bañera—. Tu padre es coronel, un genob sarhang. Y ese hombre que se ha apoderado de nuestra casa no es ni siquiera sargento. A tu padre no le costará demasiado encargarse de este asunto.

Le dijo que se lavara la cara y los dientes, que ella le prepararía una cama en la bañera. Esmail se mantuvo en silencio durante unos instantes sin dejar de mirarme.

—Sí, joon-am. Lávate y descansa. He visto muchos hombres como éste; si se encuentran desesperados por algo, son capaces de utilizar la pistola. Pero, en general, siempre se están tirando faroles. ¿Comprendes? Ese hombre no tiene intención de hacer nada de lo que dice.

—Pero bawbaw...

—Shh, shh, tú lávate y usa el retrete; tu madre no mirará. Y descansa. Ya me

encargaré yo de ese hombre.

Esmail empezó a lavarse las manos y la cara en el lavabo y Nadi me rozó al pasar para secar la bañera; posó un instante en mí los ojos, entornados y llorosos, y pensé que lo que sentía era rabia contra mí por haber hecho que acabásemos todos encerrados en aquel cuarto de baño. Pero le temblaban las manos cuando se puso de rodillas y empezó a limpiar la bañera con movimientos bruscos y espasmódicos. Y me acordé del pajarito que Soraya había encontrado una vez bajo un árbol, que trataba de aletear con el ala rota pero no se movía del sitio. Nadi le preparó la cama a nuestro hijo, le indicó que se acostara y no nos dijo ni una palabra más a ninguno de los dos. Apagó la luz y se tendió en el suelo dándome la espalda y sin disculparse por ello. Yo era consciente de que el miedo que mi esposa le tenía al señor Burdon, a lo que pudiera hacernos, era tan grande que no se sentía capaz de hablar sin que ese miedo la traicionase ante nuestro hijo, así que le perdoné aquella grosería. Pero no le perdoné que tuviera miedo.

Había tenido menos miedo mientras Bahman nos llevaba por las calles en llamas de la capital antes del amanecer, por callejones oscuros donde se veían los cubos de basura de los hoteles americanos y franceses, para evitar pasar por los bulevares principales donde estudiantes y bohemios, granjeros y cargars quemaban efigies del sah Pahlevi y de la emperatriz, una ofensa que sólo unos meses antes le habría acarreado a aquellas personas y toda su familia la tortura y la ejecución. En la parte de atrás de la limusina, Nadi llevaba en brazos a nuestro hijito de corta edad, mientras mi hija de diez años iba sentada sobre mis rodillas con la cara apretada contra mi pecho mientras lloraba. Yo la sujetaba sólo con una mano porque en la otra llevaba la pistola del calibre 45 que me había regalado aquel oficial americano. Bahman nos llevó directamente a la pista del aeropuerto de Mehrabad entrando por delante de la garita de vigilancia. Los soldados eran leales y nos hicieron inmediatamente señas con la mano para que pasáramos, pero mantenían los rostros completamente imperturbables, como si empezasen a comprender que ellos iban a ser las principales víctimas. Los motores del reactor ya rugían en la oscuridad; temí por los oídos de mis hijos, sobre todo por los de mi hijo pequeño, mientras subíamos a toda prisa por la escalerilla para entrar en la nave. La mujer y los hijos del copiloto iban envueltos en mantas entre baúles, cajas y el resto del equipaje. Nadi dejó al bebé con la khonoum y a Soraya con los demás niños, y luego bajó detrás de mí otra vez a la pista en medio de la noche. Se oía el estruendo del motor y se notaba el olor a combustible de avión; allí fue donde Bahman nos entregó nuestras pertenencias, que sacó de la limusina, sólo tres baúles y cuatro bultos. Era lo único que nos llevábamos de nuestra vida pasada. Pero Nadi no se quejó por ello. Cogió con ambas manos una pesada maleta y la subió por la escalera hasta el avión; Bahman y yo la seguimos cargando con un baúl, cuya asa de cuero me cortaba la palma de la mano. Incluso entonces Nadi iba vestida con mucho estilo, con un traje de chaqueta de safari de color caqui cuyos bolsillos había llenado con todo lo que había podido coger de nuestro hogar:

pendientes, collares, prendedores, utensilios de cocina pequeños y un puñado de monedas francesas que su padre le había regalado de niña. Me ayudó con los dos baúles que quedaban y una vez dentro del avión, mientras yo levantaba la cortina de lona para entrar en la cabina del piloto, me apretó la mano y luego me acarició la cara con la palma de la suya y con los dedos mientras en aquellos ojos de gavehee se le reflejaba la gratitud.

Pero ¿y si Nadi hubiera sabido entonces, en aquel momento, que el gobierno revolucionario no caería, sino que se haría más fuerte? ¿Que nuestros nombres y los de todos nuestros amigos y conocidos pasarían a formar parte de una lista de condenados a muerte? ¿Que nunca podríamos regresar a nuestro país, con nuestras familias, a las casas donde nacimos? ¿Se habría mostrado agradecida en ese caso? ¿Lo habría hecho aunque sólo fuese durante un solo momento? Porque sólo en esta pequeña casita empezó a aparecer de nuevo la antigua felicidad de Nadi. Se había liberado de la carga que suponía tener que guardar las apariencias pooladar, como le sucedía en las colinas de Berkeley; teníamos nuestra propia colina con un paseo de viuda desde donde podíamos contemplar el mar, nuestra hija se acababa de casar y Esmail salía de casa cada mañana temprano para bajar alegremente montado en el monopatín por la larga cuesta de la calle. Yo ya no me veía obligado a trabajar en la limpieza con toscas manos de cargar y la cabeza y la cara quemadas por el sol. Y mi esposa ya no tenía que mentir en las cenas de los pooladar de Berkeley, mentir sonriendo con descaro mientras les decía a las esposas de otros hombres, cirujanos, abogados e ingenieros: «Mi sarhang ha estado todo el día al sol jugando al tenis y al golf». Y todo ello se debía a que me había convertido en inversor de la propiedad inmobiliaria, en un hombre que quizá fuese capaz de volver a proporcionar desahogo a su familia. ¿Sería por eso por lo que Nadi me había invitado dos veces a compartir su cama?

Pero en este momento, aquí a oscuras, me vuelve la espalda. Si le pongo la punta de los dedos sobre el hombro, mi mujer los retirará, porque sé que está despierta. «Por favor, mi esposo sólo es bueno», le dijo al hombre que nos tiene prisioneros. Quizá Burdon entendiera aquello como un comentario positivo sobre mi carácter, una esposa que trata de revelar sólo el lado bueno de su marido, la parte que quizá más ama. Pero no era eso en absoluto lo que Nadereh quería significar, sino «Por favor, señor, a mi marido ya sólo le quedan buenas intenciones. Ya no es nada. Nada. Y por lo tanto yo tampoco soy nada. Por favor, tenga piedad de nosotros porque ya no somos nada. Heechee. Nada».

Nadi es el cordero que únicamente quiere dormir con el león. Y ahora el indefenso cordero no puede dormir no sólo porque le tenga miedo a este policía alto y delgado, sino también por haberle mentido a su hijo, porque tiene miedo de que el padre de éste no sea capaz de manejar a aquel hombre en su propia casa.

—¿Bawbaw? —me llama mi hijo en voz baja y espesa, pues tiene congestionada la nariz.

—¿Sí, joon-am?

—Quiero volver a vivir en Berkeley. —Noto muy rígidos los músculos del cuello. Cierro los ojos, inspiro profundamente y después dejo escapar el aire muy despacio, pero no siento que aquello me relaje en absoluto. Esmail se da la vuelta en la bañera —. Aquél era un buen sitio, bawbaw.

—¿Por qué lo dices? ¿Qué tenía de bueno?

—Pues porque teníamos ascensor y piscina. A mamanjahn le gustaba sentarse junto a la ventana y contemplar San Francisco. Era bueno, bawbaw. Nadie quería quitárnoslo. Y además todos nuestros amigos siguen allí.

—Yo no tengo amigos allí. Aquellas personas en realidad no son mis amigos.

—Pero celebrabas muchas fiestas con ellos.

—Eso era por tu hermana, joon-am. Era para ayudar a tu hermana a llevar a cabo su hastegar, a encontrar un buen marido. Ahora ya lo ha encontrado y no volveremos allí.

—Pero... ¿adónde iremos, bawbaw?

—No vamos a ninguna parte. —Dejo de hablar y en la oscuridad contemplo el pálido color blanco de la puerta cerrada. Hablo sólo en farsi—. Nos vamos a quedar en esta casita hasta que podamos venderla; y luego tendremos dinero suficiente para ir a muchos sitios, joon-am, para hacer muchas cosas.

—Pero, bawbaw, ese hombre, el policía... Nos ha dicho que nos vayamos.

—No me importa lo que haya dicho. No está en situación de amenazar a nadie, Esmail. Y ya estoy harto de que los malhechores me echen a la fuerza de mi casa.

Esmail no conoce la palabra «malhechor» en farsi, y me pide que se la explique.

—Malhechores son las personas que hacen daño a otras sólo para conseguir las cosas que quieren. Son criminales, Esmail. Mala gente.

Mi hijo se queda callado un buen rato y yo agradezco aquel silencio, aquella paz. Mañana fingiré hacer lo que me exige Lester V. Burdon, y cuando mi familia y yo nos encontremos lejos y a salvo denunciaré a este policía ante sus superiores. Presentaré cargos contra él y lo perderá todo. Y nosotros venderemos la casita obteniendo un beneficio y luego nos iremos a un lugar donde no pueda encontrarnos.

—¿Bawbaw?

—¿Sí? —Esmail se sienta en la bañera. Su mano morena aparece en el borde junto a mi brazo, pero mi hijo no habla—. ¿Qué quieres, Esmail?

—¿Y no estamos nosotros actuando igualmente como malhechores y haciéndole daño a esa mujer al intentar quedarnos con su casa?

Me enrojece la cara inmediatamente.

—No. Nosotros no hemos hecho nada malo. Nada.

—Nakon, Behrani. —Mi esposa levanta la cara del suelo, una sombra pálida en la oscuridad—. Lo que te está diciendo tu hijo es la verdad. Nunca debiste quedarte con la casa de esa muchacha. Tú nos has hecho esto...

—¡Khafesho! ¡Cierra la boca! —Me pongo en pie, pero no tengo espacio para

moverme. Miro al suelo y al interior de la bañera, a las sombras que son mi esposa y mi hijo—. ¿Crees que hago todo esto por mí? Yo podría vivir perfectamente en la calle. Hago esto por ti, Esmail, porque soy tu padre, y tú aceptarás lo que te dé. ¿Crees que esa mujer de ahí fuera está libre de culpa? ¿Esa gendeh que ha venido aquí totalmente borracha? ¿Crees que no hizo nada para contribuir a perder su propia casa? Soy yo quien no ha hecho nada. Simplemente adquirí una propiedad que puede proporcionarle un futuro a mi hijo. ¿Soy yo acaso quien nos ha encerrado a todos en este retrete? ¿Soy yo quien nos ha obligado a abandonar nuestra antigua vida, Nadi? Dintelo. ¿Qué he hecho yo excepto cuidar de la mejor manera posible a mi familia? No pienso en otra cosa. Siempre. Siempre, Nadereh. Sólo en eso. Sólo en vosotros. De modo que cerrad la boca, los dos. Me mostraréis respeto o...

—¿O qué, Behrani? —Mi esposa se pone en pie rápidamente y la oigo respirar de forma entrecortada; le huele el aliento a té rancio y a obgoosht—. ¿Llamarás a la SAVAK? ¿Les dirás que no te mostramos el respeto debido? No nos vengas con esas historias, no son más que mentiras. Quieres esta casa para ti. Para ti. Tú nunca podrías vivir en la calle porque allí nadie te respetaría, Behrani, y tú necesitas que te respete todo el mundo, incluso los desconocidos. Aquí tu uniforme no significa nada y eso te está matando...

—No me hables así cuando eres tú quien se empeñó en que nos gastáramos todo nuestro dinero en impresionar a personas que no conocemos...

—Por Soraya, sí. Por ella.

—Pero tú...

—Pero yo nada. Yo sólo quiero que mis hijos sean felices, Behrani. No me importa nada más.

—Maman, bawbaw, por favor no os peleéis, por favor no hagáis ruido.

Esmail se ha puesto en pie dentro de la bañera; su cuerpo alto sólo es una mancha oscura contra la pared de azulejos, debajo del panjare. Tiene la voz aguda debido al miedo, y eso me hace recordar a mi rafigh Pourat obligado a contemplar a su hijo de pie ante una pared como aquélla; la ira me abandona como el agua sale de una jarra rota.

—Sí, joon-am, tienes razón. No debemos perder la cabeza. Túmbate y descansa.

—No puedo, bawbaw. ¿Qué vas a hacer?

—Shh, habla sólo en farsi —le recuerdo en voz baja—. Y ahora acuéstate.

Me siento en el borde de la bañera mientras mi hijo vuelve a apoyar los pies con cuidado en la pared de los grifos, de los pomos. Detrás de mí Nadereh se sienta en el retrete con la tapa bajada y espira el aire de los pulmones haciendo mucho ruido. Apoya la cara en las manos y tengo la certeza de que todo aquello le ha provocado una de sus jaquecas, pero de momento no me importa.

—¿Bawbaw?

—¿Joon-am?

—¿Tú eras de la SAVAK?

—Por supuesto que no. Tú sabes muy bien que no lo era. Por favor, ni se te ocurra pensarlo.

—Pero conocías a hombres que sí lo eran, ¿verdad?

—Sí, conocí a algunos de aquellos hombres.

—¿Los conociste en el palacio de sah?

—No, hijo mío.

De nuevo veo a Bijan, el sobrino de Pourat, mientras estábamos sentados alrededor del vodka y mastvakhlar, con la luz de la chimenea reflejada en aquellos ojos ebrios, unos ojos tan oscuros e indiferentes como los de un perro.

—¿Te acuerdas del nuevo cuñado de Soraya, bawbaw?

—Sí.

—Me dijo que fue por culpa de la SAVAK por lo que nos expulsaron de nuestro país, porque habían matado a demasiada gente. ¿Es eso cierto?

—No lo sé, Esmail. Ahora descansa. Mañana necesitaremos energía y concentración.

—¿Qué vamos a hacer?

Respiro hondo y permito que la respuesta salga de mí al mismo tiempo que el aire.

—Fingir que ese hombre continúa controlando la situación, eso es lo que vamos a hacer. Dejemos que crea eso y cuando no mire, lo derrotamos.

—¿Cómo?

—Con valor. Intenta asustarnos para que nos vayamos, pero nosotros no nos asustaremos, ¿verdad, joon-am?

—No tengo miedo. Esmail cruza los brazos.

—Bien, bien. Pero, pesaram, hijo mío, mañana quiero que finjas que te encuentras muy asustado. Quiero que hagas todo lo que ese hombre te diga.

—¿Por qué?

No le explico a mi hijo el principal motivo porque temo que tenga alguna ocurrencia juvenil y heroica que induzca a Burdon a cometer una acción precipitada.

—Porque si cree que nos ha asustado, es posible que le parezca que no hay peligro si nos deja solos.

—¿Quieres decir que pretendes que crea que estamos demasiado asustados para intentar algo aunque se vaya?

—Sí, eso es.

—No hay problema, bawbaw-jahn.

Beso a mi hijo en la cabeza. El cabello le huele a mar.

—Buenas noches, hijo mío.

Una vez más me siento en el suelo al lado de la bañera. Esmail guarda silencio durante un rato. Nadereh se acuesta sin hacer ruido sobre las toallas.

—¿Bawbaw?

—Shh, shh. Duérmete. Descansa.

—El cuñado de Soraya me dijo que el sah ordenó a la SAVAK matar a familias enteras, incluso a los niños, sólo porque el padre leía ciertos libros.

—El cuñado de Soraya es estúpido. No sabe nada. Y ahora por favor, duérmete.

—Pero también me dijo...

—Saket bosh, duérmete.

—De acuerdo, bawbaw. Buenas noches.

En la calle la noche está en calma y no sé si la niebla ha desaparecido o no, pero sospecho que no. No entra sonido alguno por el panjare, ni el canto de un pájaro, ni los movimientos de ningún insecto, ni la caída de una rama seca de cualquier pino del bosque que hay enfrente. Ni siquiera se oye el ladrido de algún perro en el pueblo, ni el paso de un automóvil solitario. Así que naturalmente me imagino toda la tierra cubierta por un denso manto de niebla, que esconde, protege y disfraza, que permite que las mentiras vivan sin ser descubiertas. ¿Cómo voy a decirle a mi hijo que yo también he oído docenas de historias parecidas? ¿Cómo voy a decirle que bebía vodka en compañía de un savaki en casa de Pourat? ¿Cómo puedo decirle a Esmail que siento haberle gritado sin que la voz me traicionara y se notase este sofoco que siento en la cara, esta sensación que tengo en la sangre? Porque si fuera yo la única persona encerrada en este retrete, si no estuviesen aquí mi esposa y mi hijo, entonces finalmente recibiría lo que me merezco, pues ha llegado la hora de que el coronel Massoud Amir Behrani se ponga contra la pared en posición de firme y se enfrente a sus acusadores.

Lester entró con el coche en el recinto del aparcamiento que había detrás del Ayuntamiento justo cuando el teniente Álvarez cerraba el Jeep; el teniente llevaba el pelo muy bien peinado hacia atrás y húmedo de la ducha que se había dado después de correr, y la cartera le colgaba junto a la pernera del pantalón pulcramente planchado. Lester aparcó en un lugar no visible, entre dos coches patrulla K-9, y esperó a que Álvarez entrase. Sólo eran las ocho menos cuarto, quince minutos antes de que la oficina de Asuntos Internos abriera, y Lester quería darle tiempo a Álvarez para oír el buzón de voz y recibir el mensaje que le había dejado la noche anterior. Se miró en el espejo retrovisor; él también tenía el pelo mojado con agua del manantial del río Purísima y se había hecho un corte en la barbilla al afeitarse sin espejo en la cabaña de pesca. Se había puesto una pizca de papel higiénico doblado para cortar la pequeña hemorragia, que ahora era una mancha roja y seca en la cara. Tenía los ojos pequeños e inyectados en sangre de no dormir, se había arañado la cara con el seto del jardín trasero cuando se dirigía a la puerta de atrás de la casa y los pantalones que había sacado de la maleta necesitaban un planchado, aunque el polo de manga corta que llevaba podía pasar. De todos modos daba igual. Aquel aspecto un poco desaliñado podía ser de ayuda en la historia que pensaba contar, que era verdad. Mi esposa y yo tenemos problemas graves, teniente. No pude marcharme de casa, señor. Aunque Lester todavía no sabía qué iba a decir del coronel iraní.

Justo antes de amanecer aquella mañana, mientras Kathy y los prisioneros dormían, se había sentado al mostrador de la cocina y había escrito:

Queridísima Kathy:

Sé que todo lo sucedido ha sido muy dramático y malo, pero tal como han ocurrido las cosas ahora ya no tiene remedio. Creo que por fin van a marcharse. Por favor, no les abras la puerta hasta que vuelva. (Y no dejes que se enteren de que no me encuentro en la casa). Tengo que ir a Redwood City. Estaré de vuelta a las nueve. Debes beber mucha agua y zumo.

Hasta entonces,

Les

¡Si necesitas aliviar la vejiga, te recomiendo el patio trasero!

Lester había doblado el papel por la mitad. En el reverso había algo escrito a mano en persa, así que lo tachó y puso el nombre de Kathy en letras mayúsculas. Se



preguntaba si no se habría referido demasiado poco a lo que Kathy había hecho la noche anterior, si las instrucciones de que bebiera mucho no darían la impresión de que él tenía miedo de profundizar más en el tema, cuando la verdad era que deseaba saber más cosas que nunca; quería entrar muy hondo dentro de Kathy hasta que dejase de ser él. Después de la última conversación que había mantenido con el coronel a través de la puerta del cuarto de baño, Lester se había pasado el resto de la noche en un sillón junto a la cama de Kathy. Esta tenía el pelo extendido sobre la almohada y se le veía mejor aspecto a la luz de la lámpara. Las mejillas habían adquirido un poco de color, ya no tenía los labios tan oscuros y lo único que Lester deseaba era besarlos, saborear los dientes y la lengua de aquella mujer, estar dentro de Kathy por completo, todo él.

Pero primero tendría que salir del embrollo con el coronel iraní y su familia, inventarse algo creíble para contarle a Álvarez por la mañana, aunque lo que más le incomodaba era tener que abandonar aquella casa. ¿Y si Kathy despertaba y se dirigía tambaleante al cuarto de baño sin leer la nota y los dejaba salir a todos? ¿Y si los dejaba encerrados pero el coronel se daba cuenta de que Lester ya no se encontraba en la casa? ¿Animaría aquel hombre a su familia para que gritasen pidiendo ayuda? Pero ¿qué alternativa le quedaba? Lester había desobedecido una orden directa de un teniente de Asuntos Internos, y luego le había dejado un mensaje diciendo que iría a su despacho a primera hora de la mañana para explicárselo todo. Si ahora no aparecía, perdería la credibilidad y toda oportunidad de solucionar con palabras el incidente que se había producido con el coronel. Y encima Álvarez, a quien le pagaban para detectar siempre lo peor, podría empeñarse en hablar otra vez con el coronel, de modo que cabía dentro de lo posible que lo llamase o incluso le enviase un coche patrulla.

Primero Lester le había dejado la nota a Kathy en la mesilla, al lado de la taza de té vacía, pero luego lo había pensado mejor y la había metido hasta la mitad en el marco de la puerta, a la altura de los ojos. Había pensado en darle un beso en la cara o en la frente, pero no había querido arriesgarse a despertarla; habían pasado tantas cosas desde la última vez que habían hablado que les habría llevado demasiado tiempo intentar aclararlas antes de que él se marchase. Tras recorrer el pasillo con moqueta, había pegado la oreja a la puerta del cuarto de baño y había oído roncar a una de aquellas personas, un ligero ronquido nasal que le había hecho pensar que podía marcharse.

Se había metido la pistola en la cintura por la parte delantera de los pantalones, la había tapado con la camisa y había salido de la casa para internarse en la oscuridad exterior. Orinó en el bosque que había enfrente. La niebla revoloteaba entre los árboles negros aunque el cielo ya empezaba a clarear. Puso el coche en punto muerto, dejó la puerta del lado del volante abierta y empujó el Toyota hasta colocarlo en el asfalto, donde empezó a rodar cuesta abajo; Lester había saltado al interior y había bajado la cuesta en dirección al mar sin encender el motor para no hacer ruido.

Pero ahora el sol ya se reflejaba en la valla de tela metálica que rodeaba el aparcamiento, y Lester echó una rápida ojeada al reloj. Cinco minutos más y entraría. E iba a tener que decir la verdad. Si mentía obligaría a Álvarez a llamar o incluso a visitar al iraní para recabar más información. Se imaginó a la familia Behrani ya despierta, obligados a orinar unos en presencia de los otros, la madre también, una persona perteneciente a una cultura que exige que las mujeres vayan tapadas de pies a cabeza. Se imaginó al coronel golpeando la puerta dispuesto a hacer lo que debía. Si Kathy seguía dormida y nadie le contestaba, ¿supondría que Lester también estaba dormido y le diría a su familia que tendrían que esperar todos un poco más? ¿O bien al notar el silencio pensaría que la casa se hallaba vacía y se pondría a hacer ruido?

Tenía que haber un modo mejor de proceder, pero en aquel momento a Lester no se le ocurría, lo único que sabía era que en muchas cosas no había obrado como es debido. Pensó en Bethany y en Nate, y decidió que aquel mismo día tendría que encontrar un momento para hablar a solas con ellos. Puede que se los llevase a tomar hamburguesas y batidos de chocolate a algún chiringuito de comida rápida de la playa. También se imaginó a Kathy con ellos, pero luego desechó la idea; sus hijos no estarían preparados para una cosa así durante una buena temporada, y la verdad era que él tampoco lo estaba. Con suerte Kathy podría trasladarse a su casa al atardecer. Y se acordó de lo que había hecho Bethany durante una puesta de sol cuando tenía cuatro años y todos habían ido a pasar el día en la playa. Mientras Carol le daba el pecho a Nate, Bethany se había sentado en la arena al lado de su padre con una toalla de *La guerra de las galaxias* por encima de los hombros. La niña se había vuelto hacia él y le había preguntado de dónde venían los soles nuevos.

—¿Los soles nuevos? ¿A qué te refieres, cariño?

—Al sol nuevo que sale cada mañana, papi.

—Cielito, sólo hay un sol.

—No, papi, porque mira, ahora mismo el océano está apagando ése. ¿Ves? Se está mojando todo. Se mojan todos los soles, papi. ¿No lo sabías?

Lester se había echado a reír y se había puesto a la niña en las rodillas; la había abrazado y le había besado el pelo mojado y manchado de arena hasta que empezaron a entumecerse los labios.

Sonó la bocina de un camión en el tráfico de Broadway, y Lester bajó del Toyota y lo cerró. Había dejado la pistola debajo del asiento del copiloto y pensó que ojalá aquella mañana hubiera sacado la funda del maletero del coche de Kathy. Se preguntó cómo se sentiría ella al despertar. ¿Quedarían convertidas las píldoras y la pistola en la consecuencia anecdótica de una borrachera lejana que no tendría necesidad de recordar nunca más?

Cruzó el aparcamiento en dirección a las puertas de la parte trasera del Ayuntamiento que quedaban a la sombra, y tuvo que entornar los ojos para evitar que le deslumbrase el sol; le dolía un poco la cabeza a la altura de las cejas y notaba las piernas bastante pesadas y lentas. Tenía la boca seca y pensó en sacar un refresco de

alguna de las máquinas que había instaladas un poco más allá de los ascensores. Dejó escapar un profundo suspiro y se dijo a sí mismo que tenía que contar la verdad sobre lo sucedido el lunes por la noche; ni una palabra de lo que había pasado la noche anterior, pero había de confesarlo todo sobre el lunes. Al fin y al cabo tenía un expediente impecable; quizás Álvarez diera el asunto por zanjado con una simple reprimenda verbal.

—Hola, Les.

La voz sonó a su espalda, pero Lester se metió en la sombra del edificio antes de darse la vuelta. Era Doug; salía del coche patrulla, que había dejado con el motor en marcha. El uniforme le quedaba muy justo en los hombros y en el pecho, y los antebrazos se veían increíblemente fuertes. Mascaba chicle, cosa que siempre hacía cuando patrullaba, pero jamás en otro momento. Se había cortado el pelo, lo llevaba más corto aún que Álvarez, y Lester vio que el cuero cabelludo le brillaba al sol justo antes de que Doug se pusiera a la sombra diciendo:

—Pensé que estabas fuera de servicio.

—Me he dejado un libro en la taquilla. ¿Por qué no estás de patrulla?

Doug hizo un gesto negativo con la cabeza y le dijo que tenía que pasar a limpio los informes de dos detenciones que había realizado el día anterior. Miró directamente a Lester a la cara y se puso a masticar el chicle con la boca cerrada, como si mascar chicle fuera algo indecente dadas las circunstancias.

—Barbara fue a visitar a Carol anoche. Se quedó con ella hasta muy tarde.

—¿Ah, sí?

Lester creía saber adónde quería ir a parar Doug, y no le gustaba aquello. Además tenía prisa por entrar en el edificio, por acabar de una vez con la entrevista y volver a coger la autopista en dirección norte.

—Carol pretendía que fuéramos los dos, pero, si quieres que te diga la verdad, Lester, no me apetecía oír como te ponían a parir durante toda la noche. Por cierto, estás hecho una mierda. ¿Has dormido en la cabaña esta noche?

—De momento seguimos allí.

Lester miró por encima de la valla de tela metálica hacia el viejo juzgado que estaba enfrente. La enorme cúpula de metal del mismo llena de vidrieras tenía un aspecto fresco y digno bajo el sol.

—«Seguimos», ¿eh?

—Así es, Doug.

—Escucha, ya sé que hemos hablado del asunto, pero ¿estás realmente convencido de lo que haces? —Realmente convencido. Doug usaba esa clase de lenguaje todo el tiempo, vestigio de los cursillos de fin de semana sobre curación interior a los que asistía con Barbara. Doug le puso una mano en el hombro a Lester, una mano grande, callosa y cálida—. Porque ya sabes que lo vas a echar todo por la borda, ¿verdad, amigo? Todos esos años que habéis compartido, los vas a tirar a la basura. Y lo sabes.

Lester se fijó en el rostro de Doug; a su amigo se le notaba la preocupación en el rostro arrugado y tenía los ojos tan azules, luminosos y serios como siempre. Pero también eran ingenuos. Eso era lo que a Lester siempre le había gustado de Doug, aunque al mismo tiempo le desagradaba.

—Yo no lo veo de ese modo exactamente. —Lester se dio la vuelta para abrir una de las puertas y al mismo tiempo permitió que la mano que Doug le tenía puesta en el hombro resbalara hacia abajo. Notaba en las venas los latidos del corazón y tenía más sed que nunca—. Te agradezco mucho que te preocupes por mí, Doug, pero quiero decirte una cosa: tú patrulla por tu territorio que yo patrullaré por el mío, ¿vale, tío?

Lester se dio la vuelta y entró en el Ayuntamiento, que disponía de aire acondicionado. Tres abogados con traje oscuro se hallaban de pie junto a los ascensores con carteras y papeles. Le echó un rápido vistazo al reloj y decidió no tomarse el refresco. A lo mejor Álvarez le ofrecía un café o un poco de agua. Se quedó de pie esperando, con las manos cruzadas delante y los ojos fijos en las puertas de bronce del ascensor. Se veía reflejado en ellas, más alto que los abogados, pero partido por la línea central justo allí donde se juntaban las puertas. Entonces se oyó la campanilla del ascensor y las puertas comenzaron a abrirse. Y mientras avanzaba hacia el interior del mismo, Lester contempló su propia imagen partiéndose por la mitad y luego desaparecer.

Sólo había lo que se encontraba delante de mí, cosas conocidas aunque no las conocía: un sillón vacío a un lado de la cama, una puerta abierta con el pomo chapado en bronce, como el de todas las puertas de las habitaciones en las que yo había vivido alguna vez, la luz de una lámpara sobre la manta que me cubría por completo, incluso los brazos. La manta parecía de lana y tenía un color tan marrón y rojizo como una berenjena. Yo sentía demasiado calor allí tan tapada, pero no me moví.

Notaba la garganta seca y dolorida, y la cara y la cabeza muy pesadas, aplanadas, como si formaran parte de la almohada que tenía debajo. Sudaba. Tenía sabor a sal en la garganta y esperaba que en cualquier momento entrara mi madre por la puerta para levantarme y acompañarme al autobús de la escuela. Pero yo seguía acostada allí y a veces veía entrar a Nick, que salía del cuarto de baño. Venía desnudo o envuelto en una toalla, con los michelines de la espalda escondidos bajo el tejido de felpa, y luego se vestía en silencio delante del armario para no despertarme; se ponía los calzoncillos y se colocaba el pene; luego se ponía los pantalones del traje y los dejaba desabrochados hasta que encontraba la camisa adecuada. Yo me sentaba en la cama y encendía un cigarrillo, empezaba a fumar y me quedaba mirándolo mientras se ponía el traje, aquel disfraz que no veía el momento de quitarse cada noche en cuanto llegaba a casa; Nick cenaba demasiado y luego fumaba demasiado mientras tocaba el bajo en la sala de ensayos hasta que yo lo obligaba a mirar algún programa de televisión conmigo o a hacer el amor.

Ahora oía voces apagadas que provenían del otro lado de la pared, palabras en un idioma antiguo; eran las voces del coronel y de su esposa. Me incorporé en aquella cama de bronce que les pertenecía y me di cuenta de que llevaba un albornoz que yo no recordaba haberme puesto. Me lo subí hasta ajustármelo alrededor de la garganta a pesar de que estaba bañada en sudor, y de pronto sentí náuseas. Habían bajado la persiana de la ventana, pero quedaba una rendija por la que entraba una luz muy blanca por un lado de aquellas cortinas que yo nunca había colgado. Recordaba unos kiwis partidos en una bandeja de té, y la mujer del coronel arrodillada junto a mí sujetándome la frente.

Aparté bruscamente la manta y la sábana, me senté en la cama y me puse a buscar la ropa. Pero allí sólo había la butaca vacía. Cerré los ojos y respiré profundamente; olía a té. Tenía gran sequedad y un terrible mal sabor de boca y no quería salir de la habitación. Oí que la puerta mosquitera de la entrada principal se abría y se cerraba, y me levanté para cerrar con llave la puerta de la habitación, pero entonces Lester entró y me miró como si no estuviera seguro de que realmente fuera yo. Luego me abrazó y me estrechó contra sí, y noté que tenía el cuello mojado a causa del sudor. Lo rodeé con los brazos y toqué la culata de la pistola que le sobresalía por la parte de atrás de los pantalones. Y entonces recordé el momento en que me había puesto a beber con las manos agua del grifo bajo una luz fluorescente. Lester me abrazaba con fuerza y

me mecía. Yo no podía respirar. Lo empujé para apartarlo y me quedé mirándolo. Tenía los ojos pequeños y enrojecidos, un arañazo en la nariz, un pequeño corte en la barbilla y el bigote torcido, como siempre. Se quedó muy quieto, con los brazos colgando a los lados y la pistola escondida detrás; era como la encarnación de todos los chicos de los que yo me había enamorado, delgado, moreno; era demasiado. Me eché a llorar tapándome la boca con una mano y extendiendo la otra para que no se me acercara. Me senté en la cama y me abandoné al llanto.

Lester se sentó al borde del sillón delante de mí y me puso ambas manos en las rodillas. Las manos eran grandes y tenía los dedos tan largos que me sentí como una niña pequeña, y no sabía si aquella sensación era buena o mala. Luego se levantó y salió de la habitación para volver al cabo de poco con pañuelos de papel. Me limpié los ojos y me soné. No podía mirar a Lester y no deseaba que él me mirase. De forma borrosa me veía los pies en el suelo, sobre la alfombra, el barniz de las uñas medio despintadas.

—Cuéntame lo que pasó, Kathy.

Lester tenía la voz débil, cansada. Yo seguía oyendo el murmullo de los Behrani en otra habitación.

—¿Sabes que has entrado en su casa?

—¿Su casa?

Se volvió a mirar hacia la puerta y luego bajó los ojos hacia la alfombra. Había un papel caído en el suelo y lo cogió, lo desdobló y me lo dio. Me sofoqué mientras lo leía, y sentí un vacío en el estómago.

—¿Están encerrados en el cuarto de baño?

Lester asintió.

Pensé en que la mujer del coronel me había llevado fruta y té, que me había obsequiado con todas sus atenciones mientras me miraba con aquella cara arrugada y hermosa.

—Mierda.

—Sí. —Me cogió la nota de la mano, la dobló varias veces y se la metió en el bolsillo delantero de los vaqueros—. Te estuve esperando en la cabaña, pero como no aparecías decidí ir en tu busca y acabé viniendo aquí. Miré por la ventana y descubrí que mi pistola se encontraba en el mostrador, y como no te veía por ninguna parte supongo que me temí lo peor.

Me miró durante unos segundos y luego desvió los ojos. Me dijo que me había oído gemir, y que entonces había decidido darle una patada a la puerta de atrás y se había apoderado de la pistola; luego me había visto caída en el suelo. Mientras me contaba todo aquello con voz firme, a mí me dio la sensación de que la cabeza me pesaba demasiado para que el cuello pudiera aguantarla.

Ahora Les usaba términos legales para explicarme lo que había hecho: allanamiento de morada, amenazas, asalto a mano armada, secuestro; y todo el lío en que se había metido. Estaba sentado en el sillón con los codos apoyados en los brazos

del mismo, los hombros encorvados y las manos colgando.

—No creí que volvieras —le comenté.

—¿Por qué, Kathy? ¿Por qué pensaste eso?

Se inclinó hacia delante y me puso de nuevo las manos en las rodillas.

—No lo sé.

Le miré los brazos; tenía una vena azul en la cara interna del antebrazo. Le conté lo del día anterior, que había empezado a pensar por primera vez cuánto debía de querer a sus hijos y cómo éstos lo querrían a él, y lo mal que me había sentido al imaginarme aquella escena, pues me parecía que era una intrusa. Y que por eso había hecho una especie de promesa para intentar resolver mis problemas sin joderle la vida a los demás; que había venido aquí en el coche para hablar con la esposa del coronel de mujer a mujer, pero que el marido había llegado a casa y me había obligado a meterme en el coche y a marcharme. Y mientras le contaba estas cosas a Lester volví a enfadarme. No dejaba de mirarle las venas del brazo mientras le ponía al corriente de todo aquello. Daba golpecitos en el suelo con el pie, pero luego dejó de hacerlo.

—¿Por qué te emborrachaste, Kathy?

Se lo conté, pero no recordaba qué había sucedido antes y qué había sucedido después. Estuve a punto de no hablarle de la mujer de la gasolinera, pero luego decidí que era mejor decírselo y Lester me preguntó si ella me había visto bien la cara y si creía que se habría fijado en la matrícula del coche.

—No lo sé.

Nos quedamos callados. Lester se levantó, se sentó en la cama a mi lado y me rodeó los hombros con el brazo. Tenía un fuerte olor corporal y mal aliento a café rancio, y eso, el hecho de que su olor no fuera puro y limpio, hizo que me sintiese un poco mejor. Luego pensé que mis propios dientes estaban cubiertos por una capa de ácido gástrico seco y aparté la cabeza. Se oyeron unos golpes en el pasillo procedentes de la puerta del cuarto de baño. La voz del coronel sonaba apagada, llamaba a Lester «señor» y le pedía que los dejara salir para que su familia pudiera comer.

—Esto es una locura, Les.

—¿Una locura? —Me abrazaba y sentí el calor de su aliento en la oreja—. ¿Y lo de intentar suicidarte, Kathy? ¿Cómo llamamos a eso? —Me soltó y se puso en pie; la pistola le sobresalía del cinturón—. Dime sólo una cosa: ¿fue por beber demasiado en un día verdaderamente malo o de verdad quieres morirte?

El coronel volvió a llamar a la puerta del cuarto de baño. Incliné el rostro otra vez hacia la alfombra persa, hacia todos aquellos tonos de rojo oscuro y granate. Se me hizo un nudo en la garganta.

—Yo sólo...

—¿Sí?

—Sólo quiero que cambien las cosas.

Ahora el coronel comenzó a aporrear la puerta. Parecía que utilizaba el puño para

hacerlo.

—¡Debe usted permitir que tomemos algo de comida inmediatamente!

Lester se acercó a la puerta de un salto.

—¡Comerán cuando hable usted con los funcionarios del condado!

—Sí. —La voz del coronel sonaba baja y apagada detrás de la puerta cerrada, pero oí con claridad las siguientes palabras—: Haré lo que usted diga. Venderemos.

Lester se volvió rápidamente para mirarme y esbozó una sonrisa tan amplia que el bigote se le levantó hasta formar una línea recta y negra por encima de los dientes. Pero yo apenas era capaz de moverme. Me quedé allí sentada sin saber qué era lo que acababa de ganar. Me llevé la mano a los labios y Lester se me acercó y se agachó a mis pies.

—¿Qué te parece el cambio? —Movié la cabeza de un lado al otro en un gesto de impotencia—. Cuando me enteré de lo que habías hecho, me sentí como si me hubieras abandonado. ¿No es raro? ¿Qué dice eso de mí?

Yo no sabía lo que eso decía de Lester, pero sí sabía que me sentí más cerca de él cuando lo dijo. Le cogí la mano y le pasé un dedo por los nudillos y por el anillo de casado.

—No creo que hubiera hecho nada estando sobria, Les. Si eso te sirve de consuelo.

—Me sirve.

El coronel volvió a llamar a la puerta, en esta ocasión con más suavidad.

—No me va a quedar más remedio que seguir mostrándome duro con ellos hasta que se vayan, Kathy. Quizá sería mejor que te marches hasta entonces.

—Me quedaré aquí.

—¿Lo prometes?

Les me miraba a la cara con aquellos ojos oscuros tan afectuosos y llenos de deseo que no supe bien si lo que quería era besarlo o apartarme de él.

Me besó y uno de los pelos del bigote se me metió en la nariz. Me quedé mirando a Lester mientras salía de la habitación y sacaba la pistola al mismo tiempo que caminaba. Miré alrededor buscando mi ropa, pero no la vi por ninguna parte, así que me levanté y me quedé de pie a la puerta. Vi que Lester apoyaba una barra de hierro contra la pared, empujaba la puerta para abrirla y después daba unos pasos atrás con la pistola a un lado. En el suelo había dos corbatas. Les dijo a los Behrani que entraran en la cocina. Cuando salían me subí el albornoz hasta la garganta. Me entraron ganas de volver a entrar en el dormitorio y cerrar la puerta, pero era consciente de que ya me habían visto. Lester caminaba de espaldas delante de ellos y se situó junto al quicio de la puerta, a mi lado, para dejarlos pasar. El coronel iba primero, luego entraron su mujer y el hijo; el iraní miraba directamente hacia delante cuando pasó a mi lado con la barbilla alta, como si estuviera marchando en un desfile militar. Tenía la camisa arrugada y le quedaba una pequeña cantidad de crema de afeitar justo debajo de la mandíbula. Aquello, el hecho de que a pesar de todo se



hubiese afeitado, me impresionó. Y en aquel momento, mientras lo miraba con Lester y la pistola a mi lado, me alegré de que las cosas estuvieran saliendo de aquel modo, de que aquel capullo irascible de Oriente Medio ya fuera casi historia para mí. Pero entonces su esposa me miró fugazmente sin volver siquiera la cabeza y me di cuenta de que la mujer le tenía verdaderamente miedo a Lester y que intentaba averiguar qué papel jugaba yo en todo aquello. Miré al suelo a tiempo para ver los grandes pies morenos del hijo adolescente.

Les me dio un leve codazo en el hombro y me hizo señas con la cabeza para que fuera al cuarto de baño si lo necesitaba, y luego entró tras el muchacho en la cocina. Me encerré en mi antiguo cuarto de baño y oriné procurando hacer el menor ruido posible. La habitación olía a pasta de dientes y a la espuma de afeitar del coronel. Mi ropa se encontraba en el estante de las toallas que había frente a mí pulcramente doblada en un montón: el pantalón corto, la camiseta de Fisherman's Wharf de la hija de mi cliente; sus braguitas y mi sujetador sobresalían un poco por debajo de las otras dos prendas. Las zapatillas Reebok se hallaban una al lado de la otra en el suelo. En la parte de atrás del lavabo estaba el frasco de pastillas vacío. No recordaba ni siquiera haberlo tenido en la mano. Pero al mirarlo no me invadieron los remordimientos que había temido que sentiría. Y tampoco el siniestro impulso de volver a intentarlo. Me sentí agradecida, como si el contenido de aquel frasco le hubiera dado un giro a todo como ninguna otra cosa habría podido hacerlo. Mientras me lavaba la cara y las manos con agua caliente y jabón, me imaginé a mí misma limpiando y devolviéndole la camiseta y las bragas a la niña aquella misma semana. Estábamos a miércoles, sí, a miércoles, el día que me tocaba la casa junto al río Colma, cuando se suponía que yo había de limpiar esa casa. Pero tendría que llamar al propietario a la oficina y posponer el trabajo un día o dos porque tenía que hacer la mudanza. Tenía que hacer la mudanza para volver a mi propia casa.

Cogí una toalla y me sequé la cara a golpecitos; al hacerlo noté el olor a limpio de la tela de gruesa felpa. Yo todavía quería desaparecer, pero no por completo. Tenía un sabor de boca horrible. Apreté el tubo de pasta de dientes, me puse un par de centímetros sobre el dedo índice, que utilicé a modo de cepillo, y me enjuagué la boca seis o siete veces. Luego bebí un poco de agua del grifo. En el estante de las toallas estaban las cosas de afeitar del coronel, pero no había nada perteneciente a su mujer. Ni cepillo, ni peine, ni siquiera una polvera. Me incliné y dejé que el pelo me cayera por la cara. Luego lo eché de golpe hacia atrás y me pasé los dedos por el cuero cabelludo, arreglándome lo mejor que pude, aunque sólo osé mirarme al espejo un segundo.

Me quité el albornoz de la señora Behrani y empecé a vestirme. Estaba un poco mareada del esfuerzo que había hecho para intentar arreglarme el cabello; oí el tintineo de cubiertos en la cocina y la voz de Lester que decía algo sobre una guía telefónica. Hablaba más alto y más rápido de lo acostumbrado, se le notaba más nervioso. Yo sabía que había estado levantado toda la noche y que ahora hacía algo

que podía salir muy mal si alguien llegaba a descubrirlo, algo que nunca habría hecho de no haber sido por mí. Pero luego recordé lo que me había contado de que había puesto cocaína en el cuarto de baño de un hombre que le pegaba a su mujer y me sentí un poco mejor mientras me ponía la camiseta y percibía el tenue olor a grasa de pistola y a vómito. Lester y yo.

Olía a pan tostado. Nunca había tenido el estómago tan vacío. Un dolor propio del hambre me dio la vuelta por detrás, por las costillas. Sentía el cuerpo ligero, casi puro, pero no así la cabeza. Era como si tuviera algodón en los oídos, o más bien en los pensamientos. Un cigarrillo y un poco de té, eso era lo único que necesitaba. Doblé la toalla y volví a dejarla en el estante. Otra vez oí el ruido que hacían los cubiertos al chocar con los platos en la cocina. El coronel se aclaró la garganta y luego comenzó a hablar por teléfono. Noté que el corazón se me aceleraba cuando abrí la puerta lo suficiente para oír cómo aquel hombre daba su nombre completo y mi dirección a quien estuviese al otro extremo de la línea. Asomé la cabeza por la puerta y miré por el pasillo; vi al hijo sentado ante el mostrador, encorvado sobre un tazón de cereales. Distinguí las manos de la madre untando con mantequilla una tostada con tanto cuidado como si se tratase de algo vivo. El coronel se hallaba apoyado en la pared de atrás, cerca de unas macetas de flores, y sujetaba el auricular del teléfono con las dos manos. No alcancé a ver a Lester por ninguna parte, pero me imaginé que debía de encontrarse de pie en la sala de estar con la pistola en la mano. Y cuando salí del cuarto de baño alisándome el pelo hacia atrás con los dedos confié en que no le estuviese apuntando a nadie.

He seguido las órdenes de Burdon y he llevado a cabo la llamada telefónica; ahora me he sentado en un taburete ante el mostrador con mi mujer y mi hijo y bebo un poco de té negro que amarga porque el samovar ha estado encendido toda la noche. Burdon y su gendeh se encuentran sentados en el sofá, a nuestra espalda, comiendo nuestro pan y bebiendo nuestro té. A través de la ventana de la cocina, bajo la escalera del nuevo mirador de viuda, el cielo se ve claro y azul como cuando se vuela a mucha altura y no hay nubes. Del bosque de enfrente llegan las canciones matutinas de los pájaros, y a lo lejos, quizás en el pueblo, se oye ladrar a un perro. A Burdon no le serviría para sus propósitos dispararnos por la espalda mientras estamos aquí sentados, pero tengo la sensación de que mi espalda se encuentra desprotegida, desnuda, y de que no tengo carne que me proteja los huesos. Nadereh ha comido sólo un poco de la tostada que tiene delante y se bebe el té sin ponerse azúcar en la boca. Eso es algo que rara vez hace, y supongo que pretende evitar el ruido que en ocasiones se produce al sorber, cuando pasa el aire entre el azúcar y los dientes. Se ha mostrado muy silenciosa durante toda la mañana, igual de callada que cuando apretaba contra sí a nuestro hijo pequeño en mitad de la noche mientras la limusina a prueba de balas en la que íbamos circulaba por los callejones de la capital. Una vez más me ha dejado a mí la carga de la acción, y le estoy agradecido por ello, aunque a la vez resentido.

Mi hijo ha terminado de comer; se queda sentado y espera a ver qué sucede a continuación. Esta mañana, mientras nos aseábamos por turnos en el lavabo, le he vuelto a decir que no haga nada más que lo que le indique el señor Burdon.

—Sí, bawbaw —me contestó mirándome a los ojos.

Y en la mirada tenía una oscura luz de esperanza que ahora se ha transformado en una carga que llevo a la espalda, porque en realidad no tengo ningún plan. Oigo a Burdon en el sofá conversando en voz baja con Kathy Nicolo. Mientras yo hablaba por teléfono con el mismo burócrata de otras veces, Burdon se mantenía sentado al borde de nuestro sofá con el arma sobre el cojín, a su lado. La voz del funcionario se volvió casi infantil, incapaz de disimular el alivio que sintió al oír que yo estaba dispuesto a venderle de nuevo al condado esta casita. Durante unos instantes sentí también cierto alivio, un deseo de limitarme a seguir las instrucciones que me daba, de ir a Redwood City para firmar los documentos necesarios a cambio de un cheque a mi nombre. Deseo hacer simplemente lo que se me ordena y marcharme. Pero ¿quién me lo ordena? ¿Este policía delgado, débil y enfermo de amor? Y marcharme, ¿adónde? ¿A un hotel que se irá comiendo nuestro dinero antes de que encontremos un nuevo hogar? ¿Y qué encontraremos? ¿Un hogar que luego no podremos vender por el triple de nuestra inversión? Me bebo el té amargo mientras oigo las voces de nuestros captores a mi espalda. Muchos días, cuando me fatigaba trabajando en la basura bajo el sol ardiente o en medio de la fría niebla en compañía del viejo

vietnamita, de los gordos y perezosos panameños, del cerdo de Méndez, de los chinos que fumaban cigarrillos como si fueran aire que hubieran importado de su país de origen, cuando nos desplegábamos al lado de la carretera con nuestros pinchos y las bolsas de plástico de color amarillo chillón en la mano, a veces, decía, pensaba que aquello era en realidad un castigo por la vida regalada que había llevado como oficial de alto rango. Pero esa idea sólo me venía a la cabeza los peores días, cuando la fatiga parecía salir de mi propia sangre. La mayor parte del tiempo creía que Dios me ponía a prueba y que si yo verdaderamente deseaba escapar de aquella vida debía tener paciencia y continuar soportándolo todo hasta que se me presentase la oportunidad. Y esta pareja armada que se encuentra en nuestro hogar no es más que otra prueba, algo que llega cuando el premio se halla ya al alcance de la mano. De nuevo me veo obligado a inclinar la cabeza y esperar.

Un automóvil pasa por delante de la casita e inmediatamente alguien se levanta del sofá. Se oye el suave roce de las cortinas de la ventana al moverse, unos pasos sobre la alfombra que se dirigen al mostrador donde se encuentra el teléfono, a mi izquierda. Es Burdon; la culata del arma le sobresale por la parte delantera de los pantalones. Nos mira a todos y aprieta los botones del auricular. Es quizá veinte años más joven que yo, pero el corazón se me acelera ante la idea de sacarle la pistola de los pantalones. ¿O me he vuelto demasiado lento? Si me lo pregunto, es que ya es demasiado tarde. Respiro tranquilamente, aparto la mirada del señor Burdon y miro a Nadi y a Esmail; éste me mira a su vez, vuelve los ojos hacia el arma de Burdon y luego otra vez hacia mí con la cara inmóvil y los ojos vivos.

Por teléfono Lester V. Burdon se identifica como ayudante del *sheriff* y solicita información sobre si se ha denunciado algún atraco a mano armada que tuviese lugar en San Bruno el día anterior, en una gasolinera de la autopista King's. Guarda silencio durante unos instantes que se hacen muy largos, y no sé si nos mira a nosotros o a su mujer. Vuelve a hablar.

—¿Se ha identificado algún vehículo?

Burdon le da las gracias a su colega y cuelga el teléfono. No se mueve. Lo miro con tranquilidad. Tiene los ojos pequeños y semicerrados a causa de la fatiga. Es evidente que no ha dormido, pero no sé si eso será una ventaja para mí o no.

—Usted y su hijo se vienen conmigo. Vayan a asearse un poco. Tenemos mucho que hacer.

Lester permitió que el coronel y el muchacho fueran a sus respectivas habitaciones de uno en uno para coger ropa limpia y luego les ordenó que entraran juntos en el cuarto de baño para cambiarse. Él se quedó esperando de pie en el pasillo, sumido en la penumbra, sosteniendo la pistola a la altura de la pierna; aunque el arma tenía puesto el seguro, Lester habría preferido que el arma no formara parte de aquella ecuación. Pero ¿cuál era exactamente la ecuación? No estaba seguro. Lo único que sabía de lo sucedido con Kathy en la gasolinera era que tenían la descripción del delincuente y del vehículo, pero no la matrícula del coche, y por otra parte la entrevista con Álvarez había ido mejor de lo que había supuesto. Lester se había sentado en una silla de acero ante el escritorio del teniente y le había contado la mayor parte de la verdad de lo ocurrido el lunes por la noche, que había ido a aquella dirección de Corona en nombre de un amigo y que simplemente le había sugerido al señor Behrani que actuase de modo correcto y se mudase a otro sitio. No le había amenazado de ninguna manera, sólo trataba de actuar como intermediario en una disputa.

—Por desgracia —le había dicho al teniente—, cometí el error de dejarme puesto el uniforme. Ahora sé que fue algo verdaderamente inapropiado.

—Ese hombre asegura que usted lo amenazó con hacer que deporten a su familia.

Lester había sonreído y después había hecho un movimiento negativo con la cabeza.

—Pero yo no pertenezco al Servicio de Inmigración y Nacionalización.

Tal vez a Álvarez le hubiera ido especialmente bien el *footing* aquella mañana o puede que el hecho de ver el pelo mojado de Lester, el corte que tenía en la cara y los pantalones arrugados le hiciesen recordar el mensaje que le había dejado sobre sus problemas familiares. El teniente Álvarez, detrás del escritorio, se había recostado en el sillón tapizado con los codos apoyados en los brazos del mismo y las puntas de los dedos juntas.

—¿Reciben algún tipo de asesoramiento su mujer y usted?

—Sí.

Aquella fue una mentira que Lester no tenía pensada, pero le había salido con tanta naturalidad que incluso había llegado a preguntarse si en realidad no estaría recibiendo ayuda. El teniente se había quedado mirándolo durante cinco largos segundos. Luego se había inclinado hacia delante y había cogido un bolígrafo del escritorio.

—Usted es instructor de agentes en prácticas, agente. No debería ser necesario que nadie le aleccione sobre el reglamento de la policía.

—Sí, señor.

El teniente se había dado unos cuantos golpecitos con el bolígrafo en la palma de la mano y luego se había puesto en pie; Lester había hecho lo propio.

—Considere esto como una simple reprimenda verbal, como una llamada al

orden. Y la próxima vez que le cite en mi despacho, lo quiero a usted en esa silla aunque se le haya muerto un familiar. ¿Entendido?

—Sí, señor.

—Tiene usted un brillante futuro aquí, agente. Le recomiendo encarecidamente que no cague donde come. Buenos días.

Al otro lado de la puerta del cuarto de baño, el coronel hablaba en voz baja en farsi con su hijo adolescente. Pero el chico no decía nada, y Lester se preguntó si tendría miedo. Ciertamente, el coronel no parecía asustado, a juzgar por la voz. ¿Se sentiría resignado con el cariz que habían tomado las cosas? ¿Se habría resignado a devolver la casa sin más? Lester no creía que fuese así. Recordaba muy bien la cara del coronel después de que le apartase el cañón de la pistola de la barbilla: los ojos entornados y los labios apretados en una línea recta. Ahora Lester se limpió el sudor de la frente y trató de respirar profundamente por la nariz, pero el aire no le entraba con suficiente fuerza. Aquello era una locura; Behrani era un hombre demasiado orgulloso para aceptar la derrota con tanta pasividad. ¿Tendría pensado actuar con cautela? ¿Estaría simplemente esperando el momento oportuno hasta que su familia y él se vieran libres de Lester y de la pistola? ¿Y cuándo sería eso? ¿Cuando después de sacar sus cosas de la casita recorrieran cuatro manzanas y llegasen con el remolque a un teléfono público desde donde llamar al teniente Álvarez a Redwood City?

La mujer del coronel fregaba platos sin hacer ruido en una pila llena de agua. Lester percibía el olor del humo del cigarrillo de Kathy, y pensó que no pasaría nada si dejaba a la señora Behrani sola durante un par de minutos. Llamó a Kathy y la oyó levantarse del sofá inmediatamente. No sabía cómo se tomaría lo que tenía intención de decirle, pero empezó por quitarle el cargador a la pistola, sacar las balas de 9 mm y guardarlas en la palma de la mano. Kathy se situó a su lado con el pelo un poco alborotado y expresión taciturna, y Lester le dio un beso rápido en los labios, que sabían a té y a nicotina, y luego le cogió una mano y le puso en ella las balas. Una de éstas cayó en la alfombra y Lester se agachó rápidamente, la recogió y volvió a ponérsela a Kathy en la palma de la mano. Después le dijo en voz baja:

—Tenemos que salir de este apuro. —Kathy lo miró y movió la cabeza con los ojos oscuros empañados y los labios abiertos como si hubiera pensado decir algo y se le hubiera olvidado qué era—. Este capullo no va a dejar correr este asunto, Kath. En cuanto se vaya de aquí le tocará jugar a él.

—¿Qué quieres decir? ¿Que es mejor que le dejemos quedarse con la casa?

Lester vio que a Kathy se le notaban en la yugular los latidos del corazón.

—No, lo que tienes que hacer es venderle la casa tú. Coger el dinero que él le dio al condado y dejarle que haga lo que le dé la gana con esta casita.

—Era de mi padre, Les.

A Kathy le cayó una lágrima del ojo derecho. Lester se la limpió con el dedo y luego cerró los párpados y respiró hondo por la nariz. Estaba a punto de decir que lo sentía, que había perdido los nervios y había metido la pata, pero entonces se abrió la

puerta del cuarto de baño y salieron el coronel y el muchacho. El coronel con pantalones de vestir, camisa blanca y corbata de seda; el muchacho llevaba botas de baloncesto, pantalón corto de surfista de color verde vivo y una camiseta sin mangas. Lester percibió el olor de la colonia del coronel, un aroma dulce y europeo. Kathy y él se quedaron de pie a la entrada del dormitorio del chico y luego Lester les indicó con un gesto de la pistola al iraní y a su hijo que se fueran hacia la cocina. Se dio cuenta de que Kathy, sorbiendo por la nariz y metiéndose las balas en los bolsillos del pantalón, se escondía detrás de él para que no la vieran. Cuando los dos hombres de la familia Behrani llegaron al mostrador de la cocina, de espaldas al pasillo, Lester les pidió que no se movieran de allí. El muchacho era algo más alto que el padre y miró a su madre, que se encontraba junto al fregadero. Lester se apoyó en el marco de la puerta para poder verlos a ellos y a Kathy al mismo tiempo. Esta lo miraba y los ojos se le iban llenando de lágrimas.

—Es culpa mía. Yo no quería meterte en este lío.

Lester pensó que en aquel momento no se encontrarían allí si Kathy se hubiese reunido con él la noche anterior en la cabaña, si hubiera ido allí, borracha o sobria, en lugar de haberse presentado aquí con la pistola. Pero notó que los Behrani aguardaban y pensó que aquél no era el mejor momento; tendrían que hablar más tarde. Le dijo en voz baja a Kathy:

—Ya sé que no era ésa tu intención. Escucha, lo mejor es que aceptes el dinero de ese tipo, así él seguirá teniendo la propiedad. Y luego quizá pueda convencerlo para que todo esto quede entre nosotros.

Kathy se limpió la nariz con el dorso de la mano e hizo un gesto negativo con la cabeza.

—No saldrá bien. Tú no sabes el genio que tiene.

Lester miró al padre y al hijo. Éste había cruzado los brazos sobre el pecho y el coronel tenía una mano apoyada en el mostrador como si estuviera a punto de perder la paciencia. Una oleada de angustia le recorrió el cuerpo a Lester, y la boca se le secó. Kathy tenía razón; aunque Behrani accediera a aquel súbito cambio de planes, no tenían la seguridad de que no fuera a volverse contra ellos para buscar venganza, fuera propietario de la casa o no. Sintió los dedos de Kathy sobre él.

—Tenemos que huir, ¿no es así?

Lester asintió. Pero ¿qué podían hacer? ¿Salir de allí con el coche y ponerse a conducir sin parar? ¿Y en qué coche? ¿En el Toyota o en el coche de Kathy, al que buscaba la policía? ¿O sería mejor dejar allí el coche de Kathy? Porque pondrían bajo vigilancia los aeropuertos. Y lo mismo todas las estaciones de autobuses y trenes. Tendrían que disfrazarse, alquilar un coche bajo nombre falso y dirigirse hacia el norte o hacia el sur en dirección a la frontera. Lester tenía un sabor metálico en la boca, casi no notaba las piernas, andaba desorientado y lo veía todo negro. ¿Cuándo volvería a ver a Bethany y a Nate? ¿Cuándo volvería a abrazarlos? ¿Y a besarlos? Pero ¿qué alternativa le quedaba? ¿Hacer frente a los cargos criminales? ¿La cárcel?

—Es que nos va a hacer falta ese dinero, Kathy.

Ésta miró hacia el pasillo; luego cerró los ojos y movió a ambos lados la cabeza.

—Yo no quería que acabaras metido en mi mierda, Les. De verdad que no.

—Oye —le dijo éste besándola rápidamente en las mejillas y en los labios—. Tu mierda es también mía, es mi mierda. Piensa en algún lugar soleado adónde podamos ir.

Las llaves seguían puestas en el Bonneville de Kathy, y Lester hizo que el coronel y el muchacho se sentasen delante mientras él se instalaba en el asiento trasero. La tapicería se notaba caliente por el sol, y el interior del coche olía ligeramente a gasolina y a humo de cigarrillo. A los pies de Lester había una botellita de ron Bacardí vacía. Le ordenó al coronel que pusiera el coche en marcha y cruzara el césped para llevar el vehículo al jardín trasero de la casa. Behrani dudó unos instantes antes de decidirse a hacerlo. El muchacho miró fugazmente a su padre y luego apartó la vista. Lester se inclinó hacia delante y le colocó el cañón de la pistola en la nuca al iraní. El chico se puso rígido en el asiento del copiloto, y Lester sintió tener que actuar de aquella manera, pero no tanto como para apartar la pistola. Finalmente, el coronel llevó el coche despacio a la parte trasera de la casa. Tenía la calva perlada de sudor. Una gota se reunió con otra y formaron un reguero que se metió en el escaso cabello entrecano y brillante del antiguo oficial.

—Detenga el coche junto al seto y deme las llaves. —A continuación Lester se volvió hacia el hijo, que miraba hacia delante por el parabrisas como si estuvieran viajando por carretera. Las patillas del chico eran unos pelos suaves y aterciopelados—. Esmail..., ¿he pronunciado bien el nombre? —El chico asintió una vez con la cabeza—. Bien. Ahora quiero que me escuches atentamente, Esmail. Anoche hiciste una cosa que me obligó a encerrarte a ti y a toda tu familia en el cuarto de baño, y ahora vamos a ir a dar un paseo a Redwood City y quiero que nos acompañes. Mírame, por favor. —El chico así lo hizo y Lester le apretó más la pistola al coronel en la nuca—. Los hombres aprenden de sus errores, Esmail. Y tú no quieres que la situación empeore, ¿no es así? —Esmail hizo un gesto negativo con la cabeza sin apartar los ojos del dedo que Lester tenía puesto en el gatillo—. Buen chico.

Lester bajó del coche, se metió la pistola en la cintura del pantalón y la ocultó con la camisa. El cielo se veía lleno de bruma gris, pero era tan luminosa que le obligaba a entornar los ojos. Echaron todos a andar, el coronel en primer lugar y luego el muchacho. El interior del Buick de Behrani se veía tan limpio como si acabase de salir del concesionario. Lester se sentó en el asiento trasero, justo detrás de Esmail, que ocupaba el asiento del copiloto; estiró las piernas sobre la alfombra gris. Cuando el iraní puso el motor en marcha, Lester apretó el botón para bajar la ventanilla a fin de que entrase aire; dejó la pistola sobre las piernas y le dijo a Behrani que descendiese por la cuesta y cogiera el bulevar Hillside para ir a dar a El Camino Real



sur.

Lester tenía la boca seca debido al té negro persa que había tomado y a que no había dormido, y le apetecía un refresco de cola, aunque sabía que en aquellos momentos no necesitaba ni el azúcar ni la cafeína; era como si bajase por una montaña rusa. Una fina corriente eléctrica lo recorría desde los pies hasta el cerebro y aquella sensación no cesaría hasta que pisara tierra firme. Pero... ¿dónde sería eso? ¿En México? ¿Se dirigirían hacia el sur pasando por Chula Vista y por los barrios de su juventud hasta el puesto fronterizo donde había trabajado su padre? No, mejor se irían al norte, a Vancouver o a la Columbia Británica, donde había oído decir que había montañas que bordeaban la costa. Kathy y él podrían perderse en ellas, encontrar por allí una cabaña donde alojarse; y pasarían la mañana y la primera parte de la tarde en la cama, se levantarían para ducharse juntos y luego se vestirían para acercarse a alguno de aquellos pueblos de la costa a comer algo caliente. Lester se dio cuenta de que Bethany y Nate quedaban al margen de aquellas imágenes; intentó tragar saliva, pero no consiguió hacerlo. Y de todos modos, ¿sería todo tan fácil? ¿Tendría Estados Unidos tratado de extradición con Canadá? ¿Se verían obligados allí también a vivir escondiéndose continuamente? Lester no lo sabía. Así que tendría que enterarse.

Al llegar al final de la cuesta, Behrani detuvo el coche en el cruce antes de coger la calle principal que atravesaba el centro de Corona. En la acera de enfrente había un coche blanco y negro de la policía aparcado junto al bordillo, y Lester reconoció al joven agente que se encontraba sentado al volante. Se llamaba Cutler. Una noche de la pasada primavera Lester le había proporcionado refuerzo interjurisdiccional para detener a los ocupantes de un Jeep que iba lleno de estudiantes borrachos pertenecientes a una hermandad de la Universidad de San Francisco. Ahora el policía miró fugazmente el Buick del coronel justo cuando torcía a la izquierda para coger hacia Hillside, y Lester volvió la cabeza despacio, sin apartar los ojos del perfil del coronel mientras éste los llevaba hacia las colinas pasando por enormes pinedas en estado puro interrumpidas sólo por los bien cuidados jardines de casas desde cuya planta superior se veía el mar. El cielo seguía gris y eso realzaba el verde de la hierba, que parecía artificial. El iraní conducía con las dos manos puestas en el volante y miraba por el espejo retrovisor cada pocos segundos. Lester se volvió y vio que detrás de ellos bajaban tres o cuatro coches por la pendiente; se recostó en el asiento y le dijo al coronel con voz tranquila y relajada que acelerase un poco. Behrani obedeció al instante. ¿Seguiría haciéndose el sumiso mientras esperaba la ocasión? ¿O sería verdad que Lester lo tenía dominado? ¿Lo bastante dominado como para que guardara silencio después de que todo aquello acabase? Lester sintió que sus esperanzas iban en aumento. Tal vez hubiese un modo de solucionar aquello. Cogió la pistola reglamentaria y se la puso debajo de la pierna.

—Tenemos que hablar, coronel. —Los ojos de Behrani lo miraron rápidamente por el retrovisor, y Lester vio en ellos un miedo nuevo mezclado con dureza, una

dureza que tendría que empezar a ablandar de inmediato—. ¿Cuánto pagó por la casa?

—Cuarenta y cinco mil dólares.

Lester se miró las manos, los dedos largos y delgados, dedos de mujer; sabía que los precios en las subastas eran bajos, pero nunca se hubiese esperado que fuera la tercera parte del valor de la casa, tomó aire y lo soltó. ¿Por qué darle tan buen trato a aquel hijo de puta? ¿Qué había hecho para merecerlo? ¿Por qué no quitarle el dinero y la casa? Pero Lester se daba cuenta de que no se trataba de lo que había hecho el coronel la noche anterior. Se trataba de lo que había hecho Kathy y de lo que había hecho él mismo. Todavía estaban a tiempo de llegar a un trato; todavía no habían empezado a huir.

—La señora Nicolo no está bien. —El coronel volvió de nuevo los ojos hacia el espejo retrovisor; esta vez parecían más suaves, curiosos, aunque probablemente no por Kathy, sino por el rumbo que tomaba la conversación, por el cambio de tono. Aquello era bueno, pensó Lester. Hablar de hombre a hombre—. Ya la vio usted anoche, ¿verdad, coronel?

El muchacho miró a su padre y luego volvió la vista al frente, a la carretera.

—Sí.

—Lo que en realidad necesita es descansar. —Dio la impresión de que Behrani quisiese decir algo, pero se conformó con esperar—. La señora Nicolo ha cambiado de idea.

—¿Y eso qué significa?

Al hablar el coronel volvió a echar una breve mirada por el retrovisor.

—Significa que puede usted quedarse la casa.

Las cejas de Behrani se levantaron de repente a causa de la sorpresa; semejaban dos finas serpientes que hubieran salido de la nada.

—¿La señora no desea que se rescinda la venta?

—Sí y no. Sólo que esta vez quiere que se la incluya a ella en la transacción. Sin que el condado tenga nada que ver, sólo un acuerdo privado.

—No comprendo.

—Entre ustedes dos. Usted coge el cheque que le dé el condado y se lo transfiere a ella. Cuando el condado le devuelva la propiedad a Kathy, ésta le permitirá a usted que se quede con la casa y se tomará unas vacaciones.

Entraban en un pequeño barrio comercial; pasaron por una *boutique* de ropa, un distribuidor de suministros de golf, una tienda de vídeos y una sandwichería. Behrani volvía a tener los ojos fijos en la carretera y el rostro inexpresivo.

—¿Esa mujer está dispuesta a firmar los documentos de venta por esa cantidad? ¿Dejará constancia por escrito de que la casita me pertenece?

—Sí.

Más adelante se encontraba el desvío para el bulevar Skyline y la autovía Junípero Serra. Lester solía coger El Camino Real, pero por la autovía irían más

rápido.

—¿Quedamos de acuerdo, coronel?

Behrani miró por el espejo retrovisor.

—Le daré el dinero a la mujer una vez que los burócratas del condado hayan escriturado la propiedad a mi nombre. Lester tomó aire con el pecho tembloroso y luego lo soltó. Aquello podía llevar días.

—Coja la Skyline, por favor.

El coronel tomó la curva despacio. Aquel hombre acababa de acceder a entregarle a la mujer el cheque que le daría el condado, pero... ¿por qué se le notaba en la voz aquel tono sombrío y cargado de duda? Lester estaba seguro de que se debía a las circunstancias en las que todo aquello tenía lugar. Se trataba del orgullo del coronel. Lester pensó que quizá fuese conveniente pedirle disculpas, explicarle que él, Lester, no sabía bien qué le había pasado a Kathy, pero que ahora comprendía que había reaccionado exageradamente y quería dejar todo aquello atrás, olvidarlo si era posible. Pero hacerlo era como ofrecerle al coronel la garganta desnuda, y además un nuevo temor empezaba a producirle a Lester cierto remusguillo en el estómago; la Oficina de Hacienda se encontraba a sólo cincuenta metros del edificio del Ayuntamiento de Redwood City. No le quedaba más remedio que permitir que el coronel entrara solo y confiar en haberlo convencido lo suficiente con la propuesta que le había hecho como para que firmara los papeles y se marchase sin decirle ni una palabra a nadie. ¿Y el chico? Si lo dejaba ir con su padre, Lester quedaría convertido en una diana solitaria en caso de que Behrani llegase a la conclusión de que era mejor llamar a los lobos que mantener el trato. Y además, ¿qué ganaba aquel hombre cumpliendo el trato? Ya era dueño de la casa. Lo único que iba a recibir a cambio era lo que ya tenía, eso y quitarse de encima a Kathy y a Lester, cosa que también podía conseguir llamando a la policía desde la Oficina de Hacienda, en cuyo caso media docena de ayudantes del *sheriff* se le echarían encima a Lester mientras estaba allí sentado en el Regal del coronel. No, pensó Lester, no era momento de albergar falsas esperanzas; lo que había que hacer era conseguir que regresaran a Corona con el cheque del condado y luego sopesar las cosas. Y también habría que reconsiderar aquel trato; Lester intentaba sacar ventaja de su violenta actuación de la noche anterior, del hecho de que seguía armado y de que obligaba al coronel y a su hijo a obrar en contra de su voluntad aprovechando que éstos no sabían que en realidad no era capaz de hacerles nada. Lo que significaba que Lester tendría que obligar al chico a quedarse en el coche con él una vez que llegasen a Redwood City, tendría que retener al muchacho como si fuese una especie de garantía humana, y este pensamiento le provocó pinchazos en el hombro y en el cuello. Lester hizo una rotación de cabeza, pero tenía los músculos demasiado tensos como para que se le relajasen.

Miró por la ventana. El bulevar Skyline se extendía a lo largo de la cadena de colinas que separaba la bahía del lado de la península que daba al océano. Cuando

Lester empezó a patrullar por aquel territorio le había llamado la atención la distinta vegetación existente a cada lado. La tierra que quedaba al oeste, desde los cerros hasta las playas del pacífico, era húmeda y estaba siempre envuelta en niebla, por lo que en ella crecían densos bosques de roble, pinos de California, madroños y abetos Douglas. Y al sur de la bahía Half Moon, donde cultivaban las tierras hasta la misma orilla del mar, había enormes campos de alcachofas de un verde tan monótono que a Lester le costaba distinguirlos mientras conducía. Allí la hierba era tupida y tosca, pero verde. Sin embargo, en las ciudades que quedaban hacia el este, desde San Bruno hasta Palo Alto, la hierba se veía reseca y amarillenta. Ni siquiera los terrenos de regadío de las fincas de Woodside tenían aquel aspecto tan rico en clorofila que presentaban los del lado oeste. El césped que Lester tenía en Millbrae era demasiado seco y áspero para sentarse encima. Y se ponía amarillo cerca de las raíces. En vez de hierbas altas y siempre verdes, los pueblos del lado de la bahía estaban llenos de matorrales secos de manzanita, piñones y tollones, vida vegetal que crecía bien en suelo erosionado.

Pronto entraron en la autovía; el coronel conducía a velocidad normal. Un camión de dieciocho ruedas comenzó a adelantarles por la izquierda, y Lester veía por la ventana los tapacubos cromados de las ruedas. Cogió la pistola que llevaba entre las rodillas y la colocó en el suelo, junto a los pies. A la izquierda quedaba el lago San Andreas y la reserva de caza y pesca. El gris luminoso del cielo se reflejaba en el agua. Lester cerró los ojos durante un instante, pero luego los abrió con la misma rapidez con que los había cerrado. Seguía oyendo aquel zumbido en el interior de la cabeza que no le resultaba desconocido; notaba los miembros ligeros, como si por ellos circulara vapor en vez de sangre, y todo lo que veía tenía una nitidez nueva: los pequeños puntos de pelusa de la tapicería de los reposacabezas del Buick, el perfil del coronel cuando se volvía para echar una mirada a derecha o a izquierda, el modo como distinguía con facilidad cada una de las pestañas y el pelo del muchacho, tan negro como el de un mexicano y cuyo cuero cabelludo de color rosa, apenas visible entre los tupidos mechones, tenía sólo una suave insinuación de pigmento marrón. Todo ello se debía a la adrenalina, pero también a algo más; la adrenalina había dejado de fluir en ráfagas y ahora lo hacía de modo constante poniendo todo el cuerpo en una especie de alerta molecular. Lester había experimentado aquellas sensaciones desde el nacimiento de sus hijos; y, aunque de otro modo, también lo había experimentado en el trabajo. Y ahora parecía que tenía que ver con el hecho de abandonar a su esposa, con haberse pasado tanto de la raya para hacerlo que Lester era de la opinión de que o bien salía de todo aquello con la bolsa llena de oro, o por el contrario se vería arrastrado río abajo y lo perdería todo. Y no podía decirse que aquélla fuese una sensación del todo mala. A Lester se le ocurrió que así era como los criminales debían de sentirse todo el tiempo.

El sol se había abierto camino entre las nubes y ahora le calentaba la piel a través del vidrio de la ventanilla. Lester tenía sed y le apetecía beberse una botella de agua

mineral fría, pero no podía mandar al coronel ni al chico a una tienda para comprarla, y tampoco quería correr el riesgo que suponía entrar en ella los tres juntos. En el mismo carril que ellos, delante, iba una furgoneta municipal llena de niños chicanos de diez u once años. La mayoría se removían en los asientos riéndose sin parar y gritándose unos a otros. Pero sentado de lado junto a la ventana trasera iba un adolescente que llevaba un casco blanco; tenía la boca abierta, la barbilla llena de baba y no hacía más que mecerse adelante y atrás mientras miraba directamente al Buick, a los tres pasajeros que iban dentro. El coronel se cambió de carril despacio para adelantar al vehículo y el chico empezó a moverse con un ritmo más rápido en el asiento. Siguió al Buick con la mirada hasta que empezó a perderse de vista y la boca del muchacho no fue más que un orificio oscuro y húmedo en medio de la cara.

Después de que Lester se marchase con el coronel y su hijo, me quedé en el dormitorio escuchando a la señora Behrani, que limpiaba la cocina sin hacer ruido. No me gustaba tener que quedarme sola con ella. Yo no sabía qué hacer, y habría preferido que no me hubieran pedido que me quedase. Lester me había dicho que fuera pensando algún sitio soleado adónde pudiéramos ir, pero en lo único en lo que me sentía capaz de pensar era en mi familia, en mi hermano Frank y en mi madre, en la cara que pondrían cuando se enterasen de que no sólo había vendido la casa de mi padre sin decirles nada, sino que encima sólo había conseguido por ella aquel ridículo precio de subasta antes de largarme para gastármelo. Y luego se enterarían de lo peor: de mi borrachera, del asunto de la pistola, de las píldoras, de Lester y de la familia a cuyos miembros éste había retenido como rehenes. Mi hermano me miraría por última vez poniendo los ojos en blanco y luego escribiría mi nombre en la hoja del debe. Y mi madre me maldeciría para siempre. Sentí náuseas al pensarlo, como si algún órgano de mi interior no estuviera bien sujeto. Notaba peso en los bolsillos delanteros del pantalón corto debido a que en ellos se hallaban las balas de la pistola de Lester.

Ayer estaba convencida de que hoy a estas horas Lester habría regresado con su mujer y con sus hijos, que habría vuelto a su vida de siempre en Eureka Fields. Pero en vez de eso había acabado cometiendo una ristra de delitos para poder sentarse a mi lado y vigilarme y velarme mientras yo dormía drogada. Cuando hizo que el coronel metiera mi coche en el jardín de atrás para que no quedara a la vista, me vine al dormitorio, miré por la ventana y vi cómo Lester se inclinaba un poco hacia delante y le ponía al coronel la pistola descargada en la nuca. Lester bajó el primero del coche, se metió la pistola en el pantalón y la tapó con la camisa. Y cuando el coronel bajó del coche y el sol de la mañana le dio en la cara, me gustó comprobar que estaba asustado, me gustó ver que había alguien que lo amedrentaba.

«Tu mierda es la mía». Pero yo nunca quise resolver este problema asustando a una mujer tan dulce como la señora Behrani. ¿Y qué podía hacer yo? ¿Salir y ponerme a vigilarla como si fuera un guardia de prisiones? ¿Cómo podía hacer otra cosa más que ayudar a Lester a sacarnos del lío en el que nos habíamos metido, que en realidad era más mío que suyo?

No se oía nada en la cocina y me imaginé a la señora Behrani corriendo calle abajo hacia el pueblo para buscar a un policía y contárselo todo. Quizá capturasen a Lester en la carretera y pensarán que iba armado, aunque yo sabía que no era así. Solté un débil y largo soprido y salí rápidamente al pasillo. La mujer seguía ante el fregadero de la cocina. Había apilado con orden los platos del desayuno y se limitaba a permanecer allí de pie mirando por la ventana, aunque no había mucho que ver aparte de la escalera de madera que llevaba a la nueva terraza del tejado. Mientras aclaraba los platos o las tazas de café a mí me gustaba mirar por aquella ventana la

parte lateral de mi pequeño jardín y la cuesta que bajaba hasta el pueblo.

La señora Behrani giró la cabeza despacio y me miró. Me dio la impresión de que tardaba un par de segundos en hacerlo. Todavía tenía el cabello un poco aplastado por un lado; me la imaginé durmiendo en el cuarto de baño, en la bañera o en el suelo. Supongo que yo esperaba que se enfrentara a mí de algún modo, pero en vez de eso adoptó una expresión de pena mientras me miraba como si quisiera comprenderme antes de que fuese demasiado tarde. Era casi la misma expresión con la que me miraba mi madre.

—Por favor, su amigo... —La voz le sonaba débil. Miró hacia abajo y se apretó una sien con la mano; luego respiró hondo y me miró otra vez—. ¿Hará él *hacer* daño a mi hijo?

—No, ya no quiere más problemas, señora Behrani. Sólo intenta que todo esto acabe.

Pensé en meterme la mano en el bolsillo, sacar las balas y enseñárselas.

Se quedó de pie, quieta, mirándome, apretándose la cabeza con la mano. Yo estaba a punto de decirle que había decidido venderles la casa, pero aquella mujer tenía los ojos negros casi cerrados, como si estuviera imaginando algo que la asustaba de veras, y yo sabía qué era.

—Él también tiene un hijo, ¿sabe usted? —La señora Behrani asintió una vez y respiró tranquila. Luego cerró los ojos y se apretó la sien hasta que la punta de los dedos se le puso blanca—. ¿Se encuentra bien?

—Migraña. Por favor, tengo...

Pasó junto a mí, y la vi recorrer el pasillo mal iluminado despacio y con cuidado, como una anciana, con una mano delante y con la otra apretándose el lado izquierdo de la cabeza. Dejó la puerta del cuarto de baño un poco abierta, de manera que le veía los pies y la parte inferior de las piernas mientras se arrodillaba en el suelo delante del retrete. Me sentí muy rara, como si fuera cosa del destino que me acercase y le sostuviera la frente mientras aquella mujer vomitaba lo poco que había desayunado. Luego gimió largamente y sorbió por la nariz.

—¿Se encuentra bien?

Levantó la cabeza; tenía la cara de un color grisáceo.

—Tengo que *medicinar*.

En el lavabo se encontraba el frasco que yo había vaciado la noche antes, y me sonrojé al abrir el botiquín pensando, por favor, por favor, que no sea ése precisamente el que necesita ahora. Pero sólo había frascos con aquellas letras como serpientes, y yo no habría sabido cuál era el que necesitaba aunque hubiese sabido leerlos. Cogí el frasco vacío del lavabo y me di la vuelta, pero la señora Behrani ya salía por la puerta.

—Lo siento, señora Behrani, iré en el coche al pueblo y le compraré más ahora mismo. Lo siento muchísimo.

Imaginé que me hacían parar, que me detenían por el incidente de la noche

anterior en la gasolinera y que nunca podría volver para aliviarle aquella agonía a la señora Behrani. La mujer tendría que ir andando o corriendo calle abajo hasta el pueblo, o puede que su hijo tuviese una bicicleta. Pero ¿no sería que la mujer fingía todo aquello para hacerme salir de la casa y así poder llamar a la policía? No, tenía mala cara; caminaba apoyándose con la mano en la pared, y luego entró en el dormitorio; yo también. La observé mientras se sentaba en la cama, abría el cajón de la mesilla de noche y sacaba un frasco de pastillas de las que se venden sólo con receta. Me sentí tan aliviada por no haberle robado lo que necesitaba en aquel momento que casi me puse contenta. Bajó la barbilla mientras intentaba quitar el tapón sin conseguirlo, así que se lo cogí de las manos y lo abrí.

Había media taza de té negro frío cerca de la lámpara, de Lester supuse, y la señora Behrani sacó dos cápsulas del frasco, se las metió en la boca con la palma de la mano y se bebió el té que quedaba. Se apretó con los dedos un lado de la cabeza y cerró los ojos. Vi que tenía las manos un poco temblorosas.

—Debo *por* descansar.

—De acuerdo.

No había nada más que decir ni nada más que hacer. La vi tenderse de espaldas en la cama y subir las rodillas. Se puso un brazo sobre los ojos.

—Por favor. —La voz era casi un susurro—. Cierre para mí *luz* de ventana.

Hice lo que me decía. Me acerqué a la ventana, vi el Bonneville rojo aparcado al sol y corrí las gruesas cortinas. Oí el chasquido del casete y luego la misma música que estaba puesta el día anterior cuando vine para hablar con ella. Le vi el brazo delgado mientras ajustaba el volumen, aunque el otro seguía manteniéndolo puesto sobre los ojos, y me di cuenta de que aquello era algo que había hecho ya demasiadas veces, lo de venir a quedarse a oscuras y tenderse en esta cama con aquella música que al principio me había hecho pensar en los cuentos de hadas que leía de niña; en ellos había serpientes con cabeza de princesa, alfombras que volaban sobre desiertos negros bajo las estrellas y hombres con largas espadas curvas danzando alrededor de un pozo en llamas. Pero luego una mujer empezó a cantar con una voz aguda en el idioma de aquella familia, una mujer que al parecer estaba muy apenada por algo que había perdido. Y de pronto tuve la sensación de encontrarme donde no debía, como si viese morir a un desconocido o a dos personas haciendo el amor.

Salí de mi antiguo dormitorio y de mi antigua casa. Me subí al coche que buscaba la policía, me senté en el asiento del conductor y me puse a fumar. Ya no experimentaba la sensación de tener la cabeza rellena de trapos mojados, pero aún me parecía que todo era demasiado deslumbrante y aterciopelado: el resplandor del sol que daba en el capó, el modo como los arbustos del seto parecían revolotear ligeramente por encima del suelo, el sonido apagado y metálico de la música de la señora Behrani que llegaba desde el interior de la casa. Pero los cigarrillos me producían cierto alivio y la nicotina me daba golpes en el pecho como suelen hacer los bebés con las piernas, de manera que me quedé sentada en el Bonneville, aunque



la tapicería del asiento se notaba demasiado caliente por el sol, y me puse a fumar y a esperar, a esperar a Lester.

Lester le indicó al coronel que torciera a la izquierda por la calle Sycamore. La Oficina de Hacienda del Condado se encontraba en la esquina, a menos de medio minuto a pie del viejo juzgado con cúpula y del Ayuntamiento situado en la acera de enfrente, en Broadway. Se alegró de que no hubiera sitio donde aparcar cerca de la esquina. Empezó a tamborilear con los dedos sobre las rodillas; tenía la boca y la garganta tan secas como el papel. El coronel conducía despacio y examinaba ambos lados de la calle en busca de un hueco donde dejar el coche. La calle se hallaba bordeada de altos árboles de laurel, y Lester agradeció la sombra que proporcionaban. En cuanto salieron de la autovía y torcieron por la calle Woodside, el cielo había perdido ese color gris propio de la costa y se había vuelto de un azul pálido y metálico al tiempo que el sol brillaba con fuerza por todas partes. Ahora hacía tanto sol que la luz le molestaba a Lester en los ojos.

A casi tres manzanas de Broadway una furgoneta amarilla de transporte se apartó del bordillo, y Behrani se apresuró a ocupar el sitio que quedaba libre. Manióbró marcha atrás con cuidado, volviéndose para mirar por encima del hombro a través de la ventanilla trasera. Lester sabía que iba sentado justo en la línea de visión del coronel, pero no se movió del sitio; hacerlo hubiera sido una cortesía, y en aquel momento, precisamente antes de mandar a aquel hombre a hacer lo que tenía que hacer, a Lester no le pareció apropiado mostrarse cortés. Ni considerado. Ni blando en ningún aspecto.

Behrani acabó de aparcar y apagó el motor. Lester cogió la pistola del suelo, sacó algo de calderilla del bolsillo delantero y le pasó al coronel dos monedas de un cuarto de dólar por encima del respaldo del asiento.

—Con esto se pueden pagar treinta minutos en el parquímetro. En la Oficina de Hacienda aguardan a que usted llegue, así que no lo harán esperar.

Lester le echó un vistazo al muchacho, cuyos ojos oscuros y expectantes sólo veían a su padre. Y de nuevo deseó que el muchacho no se hubiese visto envuelto en todo aquello, pero ahora allí estaba y había llegado el momento de utilizarlo.

—Su hijo se queda aquí conmigo, coronel. Y si dentro de media hora no ha vuelto usted, Esmail y yo nos marcharemos. ¿Le ha quedado claro?

Behrani se volvió en el asiento. Tenía los ojos un poco amarillentos en la parte blanca y le caían gotas de sudor por la frente y la barbilla. Miró a su hijo, y ambos cruzaron la mirada durante un instante. Lester se sintió al instante sucio y malo, como si acabara de violar algo precioso. Pero ya no podía echarse atrás; había demasiadas cosas en juego sobre la mesa y ya estaba metido hasta la cintura en su propia mentira.

Behrani miró de nuevo a Lester, y éste advirtió cerca de la sien del iraní un pequeño tic nervioso.

—Pero hemos hecho un trato.

—Eso es, en efecto. Así que consiga el cheque y vuelva al coche cuanto antes,

coronel.

—No. No pienso hacer nada de lo que usted me dice si mi hijo no viene conmigo. Nada.

Lester aspiró aire profunda y prolongadamente y luego lo soltó. Se imaginó a los tres entrando juntos en la Oficina de Hacienda, él con la pistola apenas oculta bajo la camisa mientras se las arreglaba para colocarse cerca del coronel y al mismo tiempo vigilar al chico. Lo más seguro era que por lo menos media docena de hombres de la Oficina del *Sheriff* se hallasen delante del Ayuntamiento, en la acera, pues a aquella hora de la mañana solían hacer una escapada a la panadería situada en la esquina de Broadway y Stockton. ¿Y si alguno de ellos resultaba ser el teniente Álvarez o cualquier otro policía de Asuntos Internos que se encontrase al corriente del caso del iraní y de la denuncia que había puesto contra Lester Burdon? La cara olivácea del coronel permanecía inmóvil como una máscara, pero se notaba mucha fuerza y decisión en aquellos ojos, era evidente que estaba dispuesto a hacer lo que fuese. Entonces se oyó el sonido de unos tacones sobre la acera; era una joven que pasaba, una taquígrafa morena que Lester había visto muchas veces en el juzgado sentada muy erguida ante la mesa tecleando en silencio cada palabra que se dijese en voz alta. Parecía un cuervo negro y brillante posado sobre una rama. Pronto se perdió de vista, y Lester notó los latidos del corazón detrás de los ojos debido al sobresalto. Tenía que procurar mantener el control y el dominio de sí mismo. Mostrarse racional y conservar el mando. El coronel continuaba con los ojos fijos en él. Lo cierto era que Lester estaba convencido de que aquel hombre no iba a abandonar nunca a su hijo de aquella manera. Lester pensó que cada vez que respiraba tenía peor criterio.

Echaron a andar hacia Broadway por la sombra; Lester iba tres pasos detrás de los dos miembros de la familia Behrani. Tanto el padre como el hijo caminaban a paso normal, sin apresurarse demasiado y con la espalda erguida. Pero Lester notaba un peso en el pecho debido a la fatiga, y tenía el cuello y los hombros agarrotados; tenía más sed de la que nunca recordaba haber tenido y cada vez que daba un paso la culata de la pistola le rozaba en la parte inferior de la espalda. A la izquierda quedaba el brillante recinto de hormigón del viejo juzgado coronado por la cúpula, y un poco más allá de los rododendros un vendedor ambulante de perritos calientes instalaba el puesto. Trabajaba bajo una sombrilla amarilla y azul y metía latas de refrescos en una nevera llena de hielo. Lester sentía una gran necesidad de beberse uno, pero toda la zona se hallaba llena de gente. Un grupito de recepcionistas se encontraba apoyado en la tapia de hormigón bebiendo café en tazas de papel y fumando. Abogados y clientes se agrupaban de dos en dos o de tres en tres y conversaban mientras fumaban un cigarrillo. Y algunos agentes de uniforme entraban o salían del edificio con papeles bajo el brazo. Uno de ellos era Brian Gleason, un muchacho robusto y rubio que Lester había instruido hacía un año y medio. Le había parecido un buen tipo, un

muchacho meticoloso, pero cuando Lester le dio el visto bueno había tenido la impresión de que Gleason no duraría mucho en el cuerpo. Tenía el corazón demasiado grande, demasiado inclinado hacia lo positivo, y seguro que no sabría qué hacer con las escenas que tendría que afrontar, escenas de accidentes de tráfico mortales, de esposas apaleadas y niños abandonados, de tiroteos fortuitos, de madres borrachas a las que a veces había que meter a la fuerza en el coche patrulla. Pero ahora Gleason atravesaba el recinto en dirección al carrito del vendedor ambulante, y Lester se dio la vuelta con rapidez mientras sentía un gran sofoco en la cara.

—Muévase, coronel, muévase.

Behrani y su hijo caminaban a buen paso, y a Lester le hizo bien decir aquello, achucharles un poco. Pero ahora iban demasiado deprisa, con lo que se arriesgaban a llamar la atención, y además Lester se veía obligado a correr moviendo mucho los brazos para no quedarse atrás.

—Más despacio.

Behrani se detuvo en la acera. Su hijo anduvo unos cuantos pasos más antes de darse cuenta de que caminaba solo, y luego giró sobre sus talones. Pero el coronel continuaba de espaldas a Lester, que sintió ganas de darle una patada, de empotrarle el pie en aquella camisa blanca ligeramente arrugada y sudada. ¿Quién era aquel hombre para darle la espalda a él? ¿Y para quedarse allí plantado como si esperase a que Lester se decidiera? Se dio cuenta de que empezaba a perder el dominio sobre el coronel, como si la mano con la que lo controlaba se le hubiera entumecido. Lester se arrepintió de haber sacado las balas de la semiautomática.

—¿Agente Burdon? Hola, señor.

Gleason caminaba entre los árboles de la acera con una botella de Coca-Cola abierta en la mano. Lester comprendió que tenía que decirle algo al coronel, algo que sirviera para que él y su hijo se quedasen allí donde estaban, pero ya era demasiado tarde. Se dio la vuelta, de modo que la espalda y la pistola semioculta quedaran hacia la calle, y esbozó una sonrisa falsa y forzada.

—Qué hay, agente.

Gleason también sonreía, y tenía las mejillas sonrojadas. Le ofreció la mano a Lester y éste se la estrechó. El joven policía llevaba el uniforme limpio y recién planchado, la estrella dorada nueva y reluciente. Lester deseó desesperadamente ir también él de uniforme, estar al volante del coche patrulla circulando por la costa con un refresco mientras el viento le daba en la cara, los verdes campos de alcachofas a la derecha, y a la izquierda el Pacífico con toda aquella gama de colores que iban del azul al gris. Gleason le soltó la mano y miró al coronel, que se había dado la vuelta. Lester vio el interrogante que aparecía en la cara juvenil de Gleason, pero no se le ocurrió nada que decir, al menos nada que tuviera sentido.

—¿Tienes que ir al juzgado, Brian?

—Sí, por un caso de violencia doméstica. Fui testigo de ello, el marido le pegaba cuando llegué. —Gleason le echó otra breve mirada al coronel y al muchacho y luego

se volvió de nuevo hacia Lester—. Ya veo que está usted ocupado, señor. Sólo quería decirle que le agradezco de veras todo lo que usted me enseñó. —El joven ayudante del *sheriff* sonrió—. Es curioso, pero sigo oyendo su voz cuando me encuentro de patrulla, ¿sabe? Enseñándome esto o aquello, instruyéndome en el código y aconsejándome cómo hay que dejarse llevar por el instinto. No sé, supongo que era eso lo que quería decirle.

—Te lo agradezco, Brian.

—Bueno... —Gleason miró una vez más al coronel—. Pues le dejo ya. Gracias de nuevo.

Levantó una mano para decir adiós y volvió a pasar entre los árboles en dirección al juzgado y al aparcamiento de automóviles. Lester les indicó con la cabeza a los Behrani que continuaran caminando, y a medida que se metían en el bullicio que a media mañana había habitualmente en aquella zona de Broadway, tenía que esforzarse más para no perder de vista la cabeza medio calva del coronel. Sentía odio por todos y cada uno de los cabellos que le quedaban a aquel hombre, por el pliegue de piel oscura que se le formaba justo por encima del cuello de la camisa blanca, por la manera en que mantenía los hombros echados hacia atrás. Pero lo que Lester odiaba más era cómo se sentía él en aquel momento, con la cara sofocada y ardiendo y la lengua espesa a causa de la vergüenza, pues no se sentía en absoluto merecedor del respeto de aquel joven agente de policía.

Los Behrani empezaron a cruzar Sycamore en dirección a la esquina con Broadway, el muchacho echándole sin parar ojeadas a Lester, éste caminando detrás. La pesadilla le vino a la cabeza de pronto, rápida como el viento, y Lester se vio a sí mismo sentado en el coche patrulla en medio de un solar vacío con la radio estropeada mientras todos los hombres, mujeres y niños a los que se había enfrentado en su vida apretaban la cara contra las ventanillas del coche, esperándole. Aceleró el paso para alcanzar al coronel y a su hijo y les ordenó que cruzaran la calle, pero se tomaron su tiempo antes de hacerlo, especialmente Behrani, como si allí no hubiera nada importante en juego. La gente pasaba junto a ellos: una mujer joven que empujaba un cochecito de bebé, dos jóvenes con camisa y corbata, el pelo corto, a la moda, y la cara bronceada, cada uno con una botella de agua mineral en la mano y ambos riéndose de algo. Lester respiró hondo por la nariz tratando de volver a la realidad y sintió que el sueño se desvanecía en el aire como la bocina de un coche que avanza a gran velocidad.

Al llegar a la acera, el coronel se detuvo y Lester le hundió con fuerza dos dedos en la parte inferior de la espalda; obligó al iraní y a su hijo a entrar rápidamente en el portal de la Oficina de Hacienda del Condado y empujó suavemente al coronel hacia un rincón; las puertas quedaban a la derecha de Lester y a su espalda la acera y la calle iluminada por el sol. El muchacho se encontraba a su lado, como si ahora ellos dos fuesen contra al coronel. La cara de Lester quedaba tan cerca de la del iraní que podía percibir el aliento a té rancio. Simplemente tenía que volver a poner las cosas

en su sitio, dejarle claro a Behrani en qué punto estaban las cosas: que Les Burdon había decidido hacer lo que fuese necesario con tal de llevar las cosas hasta el final. El coronel tenía los brazos flojos en los costados; al principio se le notó cierto sobresalto en los ojos, pero luego se tranquilizó, como si aguardase a que a Lester se le pasara el enfado igual que se espera a que a un niño, al hijo revoltoso de otra persona, se le pase una rabieta. Lester le clavó un dedo en el esternón y lo hizo retroceder medio paso hacia la pared. Apretaba los dientes con tanta fuerza que le dolía la cabeza y sabía que tenía que apartarse del iraní en aquel mismo momento antes de que alguien mostrase interés por lo que ocurría allí; pero era como empeñarse en reprimir un estornudo o un orgasmo una vez que han empezado. Por el ruido de los zapatos advirtió que alguien se había detenido a mirar en la acera, y Lester se dio cuenta de que con lo que hacía no ganaba terreno, sino que lo perdía. Y al percatarse de ello sintió náuseas, y también una súbita debilidad en las piernas, en el estómago y en los brazos. Dio un paso atrás y quiso decir algo para por lo menos dejar que los ánimos se enfriasen antes de entrar, pero entonces notó que alguien le sacaba la pistola reglamentaria del cinturón, y al darse la vuelta vio que Esmail le apuntaba con ella y que retrocedía hacia la luz del sol, hacia la calle, con la otra mano levantada como si se dispusiera a salir huyendo; los hombros desnudos del muchacho se veían suaves y morenos bajo el sol. Una mujer soltó un grito estridente y un hombre de negocios retrocedió como si el chico fuera un incendio que se extendía a sus pies. Lester, que le tenía una mano puesta en la espalda al coronel, se percató de ello justo cuando le cogían por la muñeca, tiraban del brazo hacia abajo y luego se lo retorcían hacia arriba por la espalda. Sintió un fuerte dolor en el hombro. El coronel trató torpemente de cogerle la otra mano a Lester, pero éste la apartó de un tirón sin dejar de mirar con atención al muchacho. Behrani le gritó algo en farsi a su hijo y luego lo hizo en inglés pidiendo ayuda, pidiendo que alguien llamara a la policía. Lester era consciente de que había al menos media docena de personas mirando, pero no los veía, sólo los sentía allí, de pie a cuatro o cinco metros de distancia; oyó que un hombre le pedía a alguien que fuera a llamar por teléfono. Pero Lester siguió mirando al muchacho, le miraba los ojos, que eran más oscuros que los de su padre, más parecidos a los de su madre, elipses profundas y verdaderamente hermosas, pero que ahora se notaban empañados por el miedo y el desconcierto. Al muchacho le temblaban la mano y el brazo, y empezó a mover los labios como si quisiera decir algo pero no pudiera. Miró rápidamente a su padre, que se hallaba detrás de Lester, y luego volvió a mirar hacia atrás. Lester oía correr a alguien por la acera, alguien que quizás entrase en una tienda cercana. Tardaría dos o tres segundos en soltarse de la llave del coronel, pero para entonces el muchacho ya habría huido a la carrera por aquella calle tan congestionada. No apartaba la vista del muchacho, y sabía que tendría que decirle que la pistola estaba descargada y que atraía sobre sí la atención de la gente de un modo peligroso e innecesario. Pero si lo hacía Lester perdería todo el poder una vez que recuperase el arma, y sería imposible obligar a los dos

miembros de la familia Behrani a volver por la calle hasta el lugar donde se encontraba el Buick y a subir al coche para marcharse. Lester trató de ponerse en el lugar del muchacho, trató de transmitir su propia fuerza al cuerpo del chico para que éste reaccionase, pero el coronel le apretó el brazo a Lester con fuerza y lo obligó a inclinarse más hacia delante. Ahora ya quedaba en medio, mitad a la luz del sol y mitad a la sombra del interior. El coronel no paraba de decirle cosas en farsi a su hijo con voz tranquila, esperaba a que pasara aquel momento como si estuviese seguro de que por fin las cosas se habían puesto a su favor. Luego Lester oyó unos pasos que corrían por la acera, el familiar sonido de las pistoleras de la policía al rebotar, y entonces se imaginó que se ponía en el lugar de aquellos policías que corrían desde la panadería y se abrían paso a empujones sin miramientos entre los viandantes para llegar junto a un muchacho moreno que empuñaba una pistola y apuntaba con ella a dos hombres. Ya no quedaba tiempo: Lester le pisó con fuerza el empeine al coronel, lo oyó soltar un gruñido mientras lo empujaba hacia atrás y luego, con el codo que le quedaba libre, golpeó a Behrani dos veces en la sien; y al tiempo que éste caía, se oyó gritar a alguien:

—¡Suelta el arma! ¡Suéltala!

Y Lester se dio la vuelta bruscamente, vio que Esmail, al oír los gritos, se volvía con los ojos muy abiertos y la boca también abierta formando un óvalo oscuro mientras la pistola que sostenía en la mano apuntaba ahora hacia un hombre al que Lester no podía ver. Así que voceó:

—¡Quieto! ¡Espera!

Empezó a moverse para salir del portal, pero al hacerlo oyó un sonido, el estallido de un disparo que le dio al muchacho en lo alto del torso y lo derribó hacia un lado. Los brazos se le balancearon inertes en el aire y la pistola de Lester cayó al suelo produciendo un fuerte estruendo; el segundo disparo tuvo como consecuencia que al chico se le doblaran las piernas y cayera sobre la acera con las piernas dobladas y separadas y un brazo extendido como si quisiera coger algo.

Lester se quedó quieto, incapaz de moverse o de hablar. La sangre se le había helado en las venas, casi no le circulaba y le faltaba aire en los pulmones.

—¡Nakhreh! ¡Nakhreh! —gritaba Behrani mientras pasaba a gatas junto a Lester.

La sangre se iba extendiendo alrededor del hombro y el brazo del muchacho y le corría también por la pierna desnuda. Luego aparecieron los dos ayudantes del *sheriff*, ambos apuntando todavía con el arma a Esmail; ahora también apuntaban al coronel, que lloraba sonoramente mientras le sostenía la cara a su hijo, lo volvía de espaldas y le presionaba con ambas manos la herida que el muchacho tenía en la parte superior del pecho.

—¡Hospital! ¡Llaman al hospital!

La pistola de Lester estaba en el suelo junto a éste como un dedo acusador. Uno de los ayudantes del *sheriff* cruzó por delante de él, colocó el pie sobre el arma y empezó a ponerse unos guantes protectores. El otro había enfundado la suya y

llamaba por radio a una ambulancia o a los bomberos. Los dos agentes eran jóvenes, tendrían alrededor de veinticinco años; el que se hallaba más cerca de Lester era alto y delgado, el otro bajo y de tez clara. Lester no había entrenado a ninguno de los dos, pero se dio cuenta de que no captaban bien todo lo que ocurría a su alrededor, y comprendió que podría escabullirse con facilidad fuera del edificio y desaparecer entre la multitud en aquel mismo momento. Pero el coronel gemía y apretaba la herida de su hijo con tanta fuerza que se le encorvaban los hombros, y además se mecía ligeramente adelante y atrás, con lo que actuaba como una bomba en lugar de como un tapón, y al chico le manaba la sangre de la cadera a chorros intermitentes. El ayudante del *sheriff* que se encontraba cerca de Lester acabó de ponerse el guante, pero en vez de prestar los primeros auxilios al muchacho se agachó para recoger la pistola que tenía a los pies. El ayudante del *sheriff* que avisaba por radio ya había finalizado la llamada y ahora manipulaba con torpeza sus propios guantes protectores. Para Lester todo volvió a ponerse en movimiento cuando vio aquello; se sentía tan liviano y difuso como el humo y el corazón le latía con fuerza en las sienes. Pasó junto al agente y casi lo empuja:

—Maldito seas, el muchacho se está desangrando.

Lester se arrodilló junto a Esmail y le bajó el pantalón corto hasta más abajo del lugar donde se hallaba el agujero de entrada de la bala; luego se arrancó la camisa y le metió parte de la tela en la herida. El coronel no se volvió para mirar lo que Lester hacía, pero dejó de mecerse y se limitó a hacer presión contra la herida lloriqueando, diciéndole a su hijo la misma frase en persa una y otra vez. Tenía la espalda y el hombro tan cerca de Lester que le impedía a éste verle la cara al muchacho, aunque tampoco es que deseara hacerlo. Lester bajó la cabeza y apretó con todas sus fuerzas con las manos, que estaban manchadas de rojo. Los dos agentes habían acabado de ponerse los guantes y empujaban ahora a la gente hacia atrás para dejarles sitio a los sanitarios. Lester oyó las sirenas de los bomberos a sólo cinco o seis manzanas de distancia. Le había bajado los pantalones y los calzoncillos a Esmail casi hasta el pene, y le miró el vello púbico, que no era más que una pequeña mancha negra. Cerró los ojos y siguió presionando con tanta fuerza que empezaron a dolerle las manos.

La sirena tardó unos segundos que parecieron años en atravesar todos los obstáculos; luego cesó y Lester oyó abrirse las puertas y el sonido de las ruedas de la camilla al caer sobre el pavimento. Alguien le tocó en el hombro, y entonces se levantó y se quedó mirando mientras un hombre y una mujer del cuerpo de bomberos se arrodillaban junto al chico. El hombre le quitó la camisa de la herida y luego la volvió a poner; enrolló un torniquete amarillo alrededor del muslo de Esmail al tiempo que la mujer le colocaba una máscara de oxígeno en la cara. El coronel seguía apretando sin dejar de llorar y sin moverse. La mujer le había puesto una mano en el hombro y le decía algo, pero el iraní no daba muestras de oírla. El agente alto se puso detrás de él y luego se agachó, y finalmente Behrani sorbió por la nariz y soltó a su hijo; tenía la boca abierta y los ojos fijos en el muchacho. El agente cogió al coronel



por un brazo y le ayudó a levantarse mientras los sanitarios colocaban a Esmail sobre la camilla, la levantaban, la sacaban rodando hasta la calle y pasaban entre la gente.

El muchacho tenía las piernas extendidas; las suelas de las botas de baloncesto estaban tan gastadas que se veían casi lisas, y rebotaban ligeramente mientras los sanitarios metían la camilla en la ambulancia. El coronel intentó subir también al vehículo, pero el agente alto lo sujetó por los brazos para impedirse, y mientras la furgoneta se alejaba Behrani no dejó de hacer esfuerzos para zafarse e ir hacia delante. La sirena comenzó a sonar de nuevo. El agente que tenía la radio se acercó a Lester y le dijo algo, le preguntó algo, cómo se llamaba, qué había pasado. Sostenía en la mano un bloc y un bolígrafo, le olía mal el aliento y le temblaban la voz y las manos. Lester lo miró; era el que había disparado. Vio el tic nervioso que tenía en los labios mientras aguardaba una respuesta. Lo trataba a él como a un civil, aunque el joven policía no sabía bien qué era Lester, si una víctima o un delincuente. Y Lester tampoco estaba seguro.

Llegaron más ayudantes del *sheriff* abriéndose paso entre la gente con los uniformes de color azul; el primero de ellos era Brian Gleason. Se fijó enseguida en Lester y entonces se detuvo y miró la sangre que manchaba la acera. Había cierto movimiento detrás de él, pues Behrani forcejeaba con el agente tratando de soltarse sin apartar la mirada de Lester:

—¡Ha sido él! ¡Él ha hecho esto! ¡Ha sido él!

El coronel tiraba de los brazos hacia atrás y daba patadas, por lo que Gleason y otro agente se vieron obligados a intervenir y a sujetarle los brazos a la espalda mientras un tercer policía lo esposaba. El coronel seguía esforzándose por marchar tras la ambulancia. Las venas de la frente y de las sienes se le habían abultado a causa del esfuerzo. Miró a Lester y le espetó:

—¡Te mataré! ¡Te mataré!

Los tres agentes sujetaban a Behrani, y luego Gleason se dio la vuelta y miró a Lester. La multitud congregada había aumentado; algunos chicos intentaban abrirse paso y se ponían de pie en los monopatines para mirar por encima de los hombros de todos aquellos abogados y secretarias, de las mujeres que llevaban todavía puesta la sudadera después de asistir a clase de aeróbic, de las personas que iban de compras, de comerciantes varios y vendedoras; todos miraban al coronel, miraban la sangre del muchacho que había en la acera, miraban a los cinco ayudantes del *sheriff* y también a Lester Burdon, el hombre al que el extranjero esposado le decía cosas a gritos y que ahora sentía que aquello era una pesadilla que se había transformado en realidad; no era una casualidad, no era fortuito, sino algo ordenado y lógico, una inevitable expresión de quién era él en realidad. Tenía la garganta llena de polvo, las manos flojas y sudadas, las piernas frágiles. El ayudante del *sheriff* hablaba de nuevo con Lester, le hacía otra pregunta por encima de los gritos del coronel. Pero Lester sólo quería un poco de agua, del agua dulce y fría de la cabaña de pesca.

—¿Qué?

—El nombre, señor. ¿Cómo se llama usted?

Un coche patrulla se detuvo y Gleason y otros dos agentes metieron a empujones al coronel en el asiento de atrás del vehículo; ahora Behrani se expresaba sólo en farsi, un verdadero azote de vocales y consonantes guturales que a Lester le sonaba como si les estuviese echando tina maldición de mil años a todos los presentes, a sus hijos y a los hijos de éstos. Miró hacia la acera, tan oscura y roja en los lugares donde había quedado manchada de sangre, y sintió deseos de ver a Bethany y a Nate, de abrazarlos y de besarlos.

Gleason cerró la puerta del coche patrulla, pero Lester siguió oyendo los gritos apagados del coronel. Se volvió hacia el joven agente de tez clara, que estaba pálida y seguía con el tic en el labio.

Gleason se acercó a él con las manos en las caderas e hizo un gesto con la cabeza en dirección a la sangre que quedaba sobre la acera.

—¿Qué ha pasado?

La gente seguía reunida a su alrededor. Los dos hombres de negocios jóvenes que tomaban agua y café miraban directamente a Lester. Y Gleason también. A Lester le habría gustado desaparecer, elevarse en el aire y salir de allí, salir de todo aquel lío flotando como una nube por encima del valle y de la costa en dirección al Pacífico, disolverse como la lluvia en medio de aquella enorme extensión verde.

Me sentía inquieta. Sudaba dentro del coche a causa del calor, pero el cielo estaba gris y yo sabía que en Corona habría niebla. Sentía el olor del océano. Era el clima al que estaba acostumbrada, así que no era más que un día como cualquier otro, cosa que me provocó una ansiedad aún mayor; lo que en realidad quería hacer era conducir por la carretera de la costa durante horas y no regresar hasta que Les volviese con el cheque. Pero era consciente de que no podría hacer eso con el Bonneville rojo. De todos modos, seguro que tendríamos que dejarlo allí abandonado para siempre, ¿no? ¿Y cómo nos las arreglaríamos para conseguir algo más de tiempo y cobrar ese cheque tan jugoso del condado? ¿Tendríamos que volver a atar a toda la familia Behrani? Y además era miércoles. Los miércoles los bancos cerraban más temprano que los demás días. Si Les no volvía pronto tendríamos que esperar hasta la mañana siguiente y tener a la familia atada toda la noche. Sentí náuseas sólo de considerar aquella idea. Y no hacía más que pensar en Lester huyendo conmigo durante el resto de su vida, y también pensaba en sus hijos. Me encontraba al aire libre, pero apenas podía respirar.

Volví a entrar en la casa. Oí la música persa a bajo volumen. El aire olía a té y a flores. Caminé por el pasillo y noté la presencia de mi padre como si se encontrase allí, de pie con el uniforme *beige* de la lavandería Nicolo, un García y Vega humeante entre los dedos y mirándome igual que siempre con los ojos muy abiertos detrás de las gafas, como si yo fuera un ave extraña a la que todavía estuviera acostumbrándose a ver en su jardín delantero.

Cuando entré en el dormitorio a oscuras, la señora Behrani seguía tumbada en la misma posición en que yo la había dejado. Tenía las manos cruzadas sobre el estómago y la cara se le veía pálida en la penumbra de la habitación. Quería hacer algo por ella, aunque no sabía qué. En el casete la voz de una mujer joven recitaba algo que por fuerza tenía que ser poesía y se oía un fondo de tambores detrás de la voz, además de un coro de hombres que emitían prolongados sonidos guturales. Cuando los ojos se me habituaron a la oscuridad vi que las manos que la señora Behrani tenía puestas sobre el estómago subían y bajaban al ritmo de la respiración. Recordé cómo me examinó las magulladuras del brazo, como si le doliera vérmelas. Recordé también la cara de aquella mujer mientras me lavaba el pie ensangrentado y luego, con los ojos llenos de afecto, me lo ponía sobre una toalla blanca muy suave. Pensé en mojar un paño con agua fría y enjugarle la frente, pero tenía entendido que con eso se podía conseguir que la migraña empeorase. Así que me fui a la cocina y regresé con un vaso de agua helada que dejé en la mesilla de noche junto al casete. Al hacerlo le di un pequeño golpe al vaso con la base de la lámpara y la señora Behrani apretó los ojos con tanta fuerza como si alguien le estuviese gritando al oído. Me quedé de pie tan quieta como pude. Poco a poco se le empezó a suavizar el gesto de la cara; salí de puntillas de la habitación y me marché a la cocina.

La puerta trasera estaba cerrada y en el marco todavía quedaban fragmentos de vidrios rotos. Había un cubo de basura en el rincón; lo llevé hasta la puerta y empecé a quitar los trozos de cristal de la misma. Los pedazos grandes eran fáciles de sacar, pero para los más pequeños tuve que utilizar un cuchillo de untar mantequilla que encontré en el escurridor de platos de la señora Behrani. Me agaché en el suelo y saqué los fragmentos de vidrio del marco de la puerta. A veces el cuchillo arañaba el vidrio y el sonido me producía escalofríos. Me sentía sucia: la piel y el pelo, los dientes, los ojos y la lengua, los pulmones, el estómago y la sangre de las venas, que seguía mezclada con lo que fuera que me había tomado la noche anterior. Pensé en darme una buena ducha caliente, pero caí en la cuenta de que luego tendría que volver a ponerme aquella ropa robada. Y además ya hacía cerca de una hora que Lester se había ido con los dos hombres de la familia Behrani y no quería que me encontrasen en la ducha cuando volvieran.

Pero tenía que hacer algo. Volví a poner el cubo de basura en su sitio y me quedé allí de pie. En la puerta de la nevera había una fotografía sujeta con cinta adhesiva de la hija de los Behrani y de un hombre que supuse era su marido cogidos de la mano delante de un hotel de lujo todo lleno de toldos, columnas de mármol y apliques dorados sobre puertas de cristal. Les daba el sol e iban vestidos con pantalones anchos y polos a juego. El marido llevaba gafas, era bajo y tenía una cámara fotográfica colgada de la muñeca con una correa. La hija de los Behrani era menuda y guapa, en la foto presentaba una sonrisa afectada, aunque en cierto modo también discreta, como si no quisiera hacer demasiado alarde de lo que era consciente que tenía. Y mientras miraba la fotografía me sentí vieja, gastada y barata. Quería que Lester regresara, pero no porque quisiese que se diera prisa en acabar con todo aquello; sencillamente necesitaba ver cómo me miraba con ojos dulces y aquella sonrisa un poco pasmada por debajo del bigote torcido, como si yo fuera la respuesta a todas las preguntas dolorosas que se había estado haciendo durante toda su vida y todavía no acabase de creer que yo fuera suya. Confiaba en que siguiera sintiendo aquello mismo por mí. Esperaba que la pasada noche y el último día no le hubieran hecho cambiar los sentimientos hacia mí.

Sólo quiero a mi hijo.

Me han sentado en una silla mullida en un despacho nuevo y me hacen las mismas preguntas que ya me han hecho hace un rato; yo contesto, pero lo que quiero es ir con mi hijo. Me han quitado las esposas y un inspector corpulento me ofrece una toalla húmeda para las manos, pero yo la rechazo. Los hombres se miran unos a otros porque tienen miedo de ver la sangre de mi hijo. Me examino los dedos manchados de rojo. La piel se me ha puesto tirante allí donde la *khoon* se ha secado, pero no quiero que se seque del todo. Tengo miedo de lavarme las manos.

Me pongo en pie.

—Por favor, tengo que...

El teniente Álvarez entra en la habitación. Uno de los inspectores se levanta del asiento.

—Burdon lo corrobora todo, teniente.

El teniente no mira al inspector, sino que tiene los ojos fijos en mí.

—Señor Behrani, ésta es su denuncia.

Empieza a hablarme de presentar cargos, pero yo sólo veo el movimiento de aquellos labios, el modo como a aquel hombre le aprieta el cuello de la camisa.

—Por favor, quiero ir al hospital. ¿Dónde está el hospital, por favor?

El teniente apunta hacia la ventana grande que da al aparcamiento donde se encuentran los automóviles de los agentes y a las tiendas de la avenida Broadway, a las que da el sol; señala hacia un edificio grande y gris que se ve entre otros muchos edificios. Me dice que allí es adónde tengo que ir y me ofrece una escolta, un ayudante del *sheriff* que me acompañe. No consigo hacer que mis piernas anden lo bastante deprisa. Pronto me encuentro entre la gente, en la acera, y echo a correr. Una mujer se aparta cuando paso a su lado, se le nota en la cara que se ha asustado. Es por la sangre, la *khoon*, que llevo en las manos y en la camisa, mi *peerhan* llena de sangre. Y también porque voy corriendo. Pero yo sólo veo la cara de Esmail mientras sostiene la pesada arma y apunta con ella al hombre que quería robarnos; tiene los ojos ensombrecidos por la pregunta de qué hacer a continuación. Veo la manera en que me mira a mí, a su padre, y le indico: «Sigue apuntándole al corazón, no tengas miedo».

Allí, en la acera de enfrente, hay un letrero grande que reza: URGENCIAS. Cruzo la *khiaboon* corriendo y entonces oigo un automóvil chirriar hasta detenerse. Otro conductor toca la bocina, y luego otro y otro, y me doy la vuelta y los maldigo en mi idioma, insulto a sus madres, a sus abuelas y a sus hermanas llamándolas putas. Me duele la garganta y el sudor se me mete en los ojos y hace que me escuezan. Un Mercedes-Benz pasa muy cerca de mí, casi me roza, y oigo el grito que da el hombre que va dentro, pero no me importa. Escupo a todas estas personas. Escupo a su país y a todas esas pistolas y automóviles y casas suyos.

Por dentro el hospital está fresco, limpio y tranquilo. Una amable recepcionista me mira directamente la sangre de mi hijo y me indica que vaya hacia la zona de urgencias. Los pasillos son anchos y grises y están muy bien iluminados por tubos de neón. El aire huele a vendas de algodón y a productos de limpieza utilizados para el suelo. Y me doy cuenta de que casi no puedo respirar. Sigo los grandes letreros que indican dónde queda la sección de URGENCIAS. Ahora hay mucha gente en los pasillos, algunos en sillas de ruedas que empuja el cónyuge. Otros caminan con ramos de flores y niños pequeños. Ven la sangre en mis manos y en la peerhan e inmediatamente me miran a los ojos. Y hay en el ambiente muchos sonidos, voces y pasos, pero yo oigo sólo mi respiración y veo la cara de mi hijo mientras le aprieto la herida; tenía los ojos abiertos aunque parecía no verme mientras yo le decía que aguantara, que mantuviera los pies en el suelo, que se agarrara con los dedos de los pies al monopatín porque lo que pasaba era que bajaba muy rápido por una larga pendiente y lo único que tenía que hacer era sujetarse. No te sueltes, Esmail-joon. No te sueltes.

Respiro con dificultad mientras hablo con una enfermera alta, más o menos de mi misma edad. Tiene profundas arrugas en la cara y no le importa la sangre de mis manos mientras me conduce hasta el aseo y me pide que me lave. Lo hago sin titubear. Pronto nos hallamos en el ascensor, y mientras subimos hacia donde se encuentra mi Esmail, la mujer, que lleva una tablilla para escribir, me pregunta el nombre de mi hijo, el mío, nuestra dirección. Le digo que vivimos en la calle Bisgrove número 34, en Corona, California. La propiedad todavía es nuestra. A Burdon lo han detenido sus propios compañeros; ha perdido y yo he ganado. La enfermera me pregunta dos veces sobre el seguro médico, pero no le contesto, pues tengo que ver a Esmail. Tengo que verlo bien, tengo que verlo.

Las puertas se abren y camino por el pasillo vacío detrás de la alta enfermera que ya no me presiona con más preguntas, sino que se limita a guiarme. Hay un letrero que dice: CIRUGÍA, una pequeña sala de espera con revistas y sillones tapizados, y una ventana que da a la calle y a los edificios situados más abajo. La enfermera me indica que haga el favor de sentarme y desaparece tras una puerta. Pero no puedo quedarme allí sentado. Y tampoco de pie. Me pongo a pasear arriba y abajo por la sala con el suelo cubierto de moqueta. Veo las revistas, las portadas llenas de colorido con hombres y mujeres famosos, guapos y ricos, y recuerdo mi mano en la del sah Pahlevi; aquel hombre tenía las palmas suaves como la cara de los bebés y en el dedo meñique llevaba un anillo con un rubí tan grande como una uva.

Por nuestros excesos lo perdimos todo.

Me arrodillo debajo de la ventana, me vuelvo hacia el este, inclino la cabeza hacia el suelo, hacia la moqueta que huele a polvo, y me maldigo por haber llorado por la posición que un día tuve y perdí, por el respeto que he perdido entre extraños. Tengo que hacer una nazr a Dios como hizo mi tío Hadi cuando yo era niño y su esposa Shamsi se encontraba enferma en cama; mi tío Hadi le hizo la nazr a Dios de que si

curaba a Shamsi daría miles de tomans a una familia kurda pobre de las que viven en las colinas, y para sellar esa nazr, Hadi iba en coche cada día a la mezquita más grande de Tabriz y les daba de comer a las palomas, y al cabo de sólo cinco días mi tía Shamsi se había curado.

Aprieto las manos contra la moqueta del hospital y cierro con fuerza los ojos: man nazr meekonam, estoy haciendo la nazr de... pero no conozco a ninguna familia pobre a quien darle limosna. Sólo se me ocurre Tran, el viejo vietnamita. Quizá sea él a quien tenga que dársela. De nuevo empiezo a recitar las palabras de nazr, pero cuando pronuncio el nombre de Tran siento que miento al decir dooroogh, y no sé por qué, pero me asusto porque queda muy poco tiempo y debo ser puro en la nazr que ofrezco por mi hijo. No puede haber nada sucio ni oculto en esta plegaria; y ahora, al pensar en lo sucio, en lo kaseef, sé que es a Kathy Nicolo, a esa puta mendiga, a quien tengo que hacer la nazr. Es a ella. Pero no puedo. ¿Cómo voy a darle limosna a una mujer cuyas acciones le han causado la herida a mi hijo? ¿A una mujer que llevé a nuestra casa el arma por la que le dispararon a Esmail? ¿A una mujer que acogimos en nuestro hogar cuando estaba tan mast como cualquier borracho de la calle? ¿A la que le cedimos la cama de nuestro hijo? ¿A la que le preparamos una comida caliente? ¿A la que le ofrecimos nuestra bañera, que profanó en su debilidad antes de que volviéramos a salvarle la vida? ¿Cómo puedo hacerle nazr a una mujer cuyo novio nos ha retenido como rehenes? ¿Cómo puedo darle nada desde el fondo de mi corazón como no sea el mismo veneno que ella nos ha dado a nosotros? Y voy a presentar cargos contra ese Lester V. Burdon. Demandaré a toda la Oficina del *Sheriff* del Condado de San Mateo por lo que ha hecho ese hombre. Y denunciaré a los dos agentes que le dispararon a mi hijo. Haré que les quiten el empleo y la casa... Pero no debo permitir que estos pensamientos ensucien el agua de mi nazr. Lloro al ver de nuevo los ojos de mi hijo mientras yo le apretaba la herida. Eran los mismos ojos de Nadi, y los ojos de Soraya, y los de mi padre; pero esos ojos no me veían a mí, sino que veían otra cosa, algo que yo no alcanzo a vislumbrar. Dios, hago una nazr a esta mujer, Kathy Nicolo, y te prometo que si curas a mi hijo le devolveré la casa de su padre. También le daré todo el dinero que tengo. Por favor, Dios mío, Khoda, hago una nazr por mi único hijo.

—¿Señor?

Te lo suplico.

—¿Señor?

Haré tu voluntad, sea cual sea. Compraré diez kilos de las mejores semillas, buscaré una mezquita americana y les daré de comer a todos los pájaros que haya por allí.

—¿Señor Behmini?

También iré a otros lugares sagrados. Les daré de comer a las palomas delante de las iglesias de los cristianos. Les daré de comer delante de las puertas de los templos de los judíos. Dejaré que los pájaros me cubran y luego volveré con más semillas y

les daré de comer otra vez.

—¿Señor?

Y volveré una y otra vez.

—¿Señor Behmini?

Mi nazr está en tus manos.

Me levanto despacio. Junto a la enfermera hay un hombre. Es bajo y muy moreno. Indio o pakistaní. Pero cuando se presenta y me ofrece la mano habla sin acento de ninguna clase; tiene los ojos negros y va vestido con la ropa verde de los cirujanos y una mascarilla de papel le cuelga por debajo de la garganta. No me suelta la mano y yo sé por qué, y trato de apartarla de la suya, pero es demasiado tarde, aquel hombre ya ha pronunciado las palabras que me golpean como la metralla de una explosión. No hay aire. Ni luz. Ni sonido. Sólo el oscuro vacío de la puerta cerrada de Dios, de su negativa, de su no a mi nazr, de su no a mi hijo, ante quien me conducen ahora mis verdugos, este hombre y esta mujer, ante Esmail, que yace sobre una camilla alta.

Esmail Kamfar Behrani.

Una sábana lo cubre hasta los hombros. Están desnudos, suaves y morenos de los días que ha pasado tomando el sol, y la sábana se ve muy limpia excepto por una mancha de khoon a la altura de la cadera, una rosa maligna en la nieve. El médico me habla con suavidad y me cuenta los detalles de la respuesta de Dios, pero yo sólo veo ahora la cara de mi hijo. Está ligeramente vuelta hacia la pared. Tiene los ojos cerrados y los labios entreabiertos, como cuando duerme con la nariz tapada. La mandíbula se le ve larga y hermosa, y le acaricio el suave vello negro que le crece en las mejillas, cerca de las orejas. Tiene la piel fresca y un tacto que no parece natural. Se nota al mismo tiempo demasiado dura y demasiado blanda, y sé que mi hijo ya no está allí, debajo de mi mano. Se oyen con fuerza los sonidos del pasillo y siento la vibración en la cabeza y en las entrañas. Soy yo, silenciado por la cabeza de mi hijo mientras lo abrazo contra el pecho y el pelo se me mete en la boca; la nariz y los labios me aprietan la garganta y yo ardería gozoso y desnudo mil años envuelto en llamas con tal de devolverle la vida a este niño. Siento una mano en el hombro. Pertenece a uno de mis torturadores, pero no tira de mí ni me empuja, simplemente apoya la mano en mi hombro como si supiera qué es lo que he perdido, a mi hijo, que de bebé anduvo antes de tener un año con aquellas piernecitas tan arqueadas como las de un luchador en el zur khaneh; y que al año y medio me dijo sus primeras palabras por teléfono en Mehrabad: «Salome, bawbaw-joon»; y en París andaba descalzo, con los pies negros a causa de la suciedad de la calle, donde lideraba a los niños franceses en juegos que no conocía; y que tenía una gran facilidad para los juegos de ordenador, que a veces eran tan complicados para mí como los controles de un reactor; y que hacía gala de bondad y buen carácter cuando me despertaba con té en el apartamento pooladar y me decía al amanecer que sentía haberse portado mal, que era consciente de lo mucho que trabajo, que cometió un error...



No puedo respirar. No puedo ver. El sonido vuelve hacia mí, suelta en mi interior el grito que doy al pronunciar el nombre de mi hijo. Beso los ojos cerrados del niño. Las mejillas. Los suaves labios. Siento una mano en la espalda, la de la mujer, que me da palmaditas, pero ella no sabe hasta qué punto le he fallado a este niño; no sabe que lo animé a quedarse quieto con la pistola en la mano, que lo animé a que se quedase en la línea de fuego de sus asesinos. El sonido que brota ahora de mi interior es el de una bestia, un animal débil y primitivo indigno de ser ofrecido en sacrificio. La cara de Esmail queda mojada por las lágrimas y hay que secarlo.

Hay que envolverlo en blanco para el viaje hacia la puerta de Dios.

Y quien tiene que hacerlo es Nadi. Tiene que hacerlo su madre.

Pero ¿cómo voy a decírselo? ¿Cómo voy a decirle que nuestro hijo menor se ha ido antes que nosotros? ¿Cómo le explico a mi Nadi que no he sido capaz de protegerlo? ¿Cómo le explico que yo le ordené apuntar con el arma a Burdon hasta que llegase la policía, esa policía americana que ha abatido a tiros a nuestro hijo?

Tiendo a Esmail en la camilla, bajo la cabeza y me precipito contra la pared sin sentir apenas el impacto, sólo el brusco calor y la confusión del choque. El cirujano me pone la mano en el brazo, pero me quito de encima a este hombre que me ha matado. La enfermera me llama por mi nombre, pero yo ya me he puesto a correr de nuevo.

En el ascensor no puedo tenerme en pie. Y tampoco soy capaz de sentarme. Me lanzo a mí mismo de pared a pared. Tengo sangre en la boca, y ahora comprendo que mi amigo Pourat tuvo la suerte de ahorrarse este tormento, pues cuando le llegó la hora de ver morir a sus hijos lo fusilaron al instante. Pero a mí no se me ha concedido esa cortesía. Y no pienso salvar al hombre que no consiguió salvar a mi hijo.

De nuevo voy corriendo. La calle está llena de personas que caminan por las aceras, se detienen en los escaparates de las tiendas o entran en los edificios de oficinas como si mi hijo no acabara de perecer ahí, en el suelo. En mi misma dirección caminan dos hombres con traje, que van delante de mí y por tanto me dan la espalda; me abro paso hasta ellos, hasta aquella falta de respeto, los empujo a un lado y oigo las palabrotas que dicen, esas palabrotas suaves que usan los caballeros; y en sus voces se nota la estridencia que produce el miedo y la sorpresa de que alguien se atreva a revolver sus tranquilas aguas. Les escupo con el pensamiento. Me voy preparando mentalmente para actuar de forma cuidadosa cuando entre en ese edificio que es el Ayuntamiento, para ver cómo tengo que entrar por las puertas de vidrio caminando por el suelo duro y reluciente hacia los ascensores sin que se me note el menor rastro de sudor ni de lágrimas en el rostro, sin ninguna intención en la mirada, sólo con la expresión impasible de un hombre que tiene asuntos que tratar allí arriba.

Y de pronto ya no me encuentro en el interior de mi mente, sino dentro del Ayuntamiento. Hombres vestidos con traje pasan junto a mí, me miran con curiosidad la cara y ven la sangre que llevo en la peerhan. Subo a un ascensor y aprieto el botón que cierra la puerta. Me dirijo a la planta donde trabajan los inspectores y oficiales de

Asuntos Internos, pues estoy seguro de que allí podré encontrar a Lester V. Burdon, ese amante de putas alto y delgado, el asesino de mi hijo. Quizá lo encuentre mientras lo interrogan sentado en una silla blanda; y seguro que sólo se encargan de interrogarlo sus amigos y colegas.

Las puertas del ascensor son de bronce y en ellas veo reflejada la imagen de un hombre con la cabeza llena de sangre, que le gotea por la frente y las cejas. Las puertas se abren y compruebo que no me encuentro en la planta de los inspectores y tenientes, sino en la de los agentes, los ayudantes del *sheriff*; llevan uniforme azul y están sentados ante los escritorios desde los que llevan sus asuntos. Uno me mira, luego otro, y ambos observan la sangre que llevo en la cara, en la *peerhan*. Me llaman:

—Señor, salga del ascensor. ¿Señor?

Pero mis manos aprietan los botones con rapidez, las puertas se cierran y el ascensor desciende cuando yo quiero que suba, cuando quiero que suba a la planta de los inspectores, hasta donde retienen al colega caído de aquellos hombres. Pero ahora la puerta del ascensor se abre en el vestíbulo, un espacio limpio, espacioso y lleno de hombres y mujeres vestidos con ropa formal para hacer gestiones. Un guarda de seguridad cruza por delante caminando sobre el suelo brillante y se fija en la sangre que llevo en la cara y en la camisa. Me doy la vuelta para volver al ascensor, pero las puertas del mismo ya se han cerrado.

—¿Señor? Quédese ahí.

Una vez más echo a correr. En la calle el sol me da en la cabeza y en la cara. El aire huele a humo de los tubos de escape, a carne asándose en el carrito de un vendedor ambulante; el transporte y la comida caliente siguen su curso como si éste fuera un momento como cualquier otro. Me arden los ojos. Me quedo sin respiración y dejo de correr. Miro hacia atrás una vez, pero no veo a ningún policía. Enfrente del khiaboon, delante de la Oficina de Hacienda del Condado, muchos agentes y hombres ataviados con traje hablan congregados detrás de la cinta amarilla de la Oficina del *Sheriff*. Todos ellos, hombres y mujeres, observan con atención cualquier detalle, hablan entre sí, miran cómo uno de los agentes se inclina hacia delante para examinar la sangre de Esmail. ¿Quiénes son estas personas para quedarse allí presenciando todo esto? ¿Para invadir mi corazón como soldados con las botas sucias? Cruzo en el khiaboon, pero ningún coche me toca la bocina y yo avanzo tranquilamente hacia el otro lado, hasta la parte de atrás del grupo de gente, buscando a los hombres que le dispararon a mi hijo. Veo a uno de ellos de pie a la sombra del edificio de Hacienda hablando con otros dos hombres que llevan trajes mal cortados. Se trata de un ayudante del *sheriff* bastante joven. Cara redonda y blanca. Tiene las manos en las caderas y mira hacia el suelo. Uno de los inspectores le habla y el joven se limita a mantener la mirada baja. Dice que no con la cabeza. Mueve los labios como si quisiera hablar. Sigue negando con la cabeza y le tiembla la mano. Me gustaría verlo muerto en el suelo, aunque no siento deseos de hacerle daño. Sólo a Burdon, a

nuestro captor, y a aquella puta mendiga en cuya compañía continúa Nadi. Y de pronto presiento que mi esposa se encuentra en peligro.

La carretera está iluminada por un sol radiante. Conduzco muy deprisa, tanto que las rayas blancas discontinuas parecen unirse. Respiro con dificultad, de forma superficial. Me tiemblan las manos. Me limpio la khoon del ojo y veo a mi lado el asiento vacío donde iba sentado mi hijo. El estómago se me encoge presa de un llanto que no oigo. El día no había hecho más que comenzar y el aire era fresco, estábamos en el tercer día del Ramadán y cuando desayuné en compañía de Nadi antes del amanecer me comentó que era pronto, pero a la hora del crepúsculo Bahman, mi chofer, se mostraba muy sonriente y antes de que yo subiera al automóvil me dio la noticia, me dijo que yo había tenido un hijo. El capitán Massoud Amir Behrani es padre de un hijo.

Ahora no veo con claridad, pero no importa. Me meto entre la niebla de las colinas en dirección a Corona. Me limpio el ojo y la nariz con la manga. El aire huele a océano, a algas podridas sobre la arena, a sal del mar y a basura. Mis manos guían el automóvil colina arriba y paso junto a las casitas que hay a la izquierda, que son pequeñas pero están recién pintadas; los escalones de la entrada y las aceras se ven bien barridos, y el césped muy corto. Es una calle fea, zesht, y ahora veo el paseo de viuda que se alza en nuestro tejado, una tontería. Parece que el pie y la pierna se me hayan convertido en madera de un árbol muerto, pero el motor responde a mis exigencias haciendo ruido y me lleva a mí y a todo lo que he hecho y he dejado de hacer hasta la entrada para coches de la casa. En la ventana veo moverse las cortinas antes de caer sueltas; bajo ágilmente del automóvil, resbalando por el asiento como si tuviese aceite. Avanzo hasta la puerta principal de mi casa y durante unos instantes me noto los miembros tan pesados como el hierro, pero a continuación me siento ligero como el viento. La puerta se abre con una fuerza que me sorprende porque no recuerdo haberla tocado. Allí está Kathy Nicolo, que, sobresaltada se lleva la mano a la boca. Entre nosotros hay mares de alfombras procedentes de la casa de mi madre; los cruzo y me parece que algún sonido sale de la boca de esa puta mendiga, pero no puedo asegurarlo porque tengo otra vez los miembros pesados como el hierro y las manos clavadas en el cuello y la garganta de la mujer. Me da la impresión de que la miro a la cara desde un lugar situado más arriba; desde allí veo a un hombre y una mujer luchando. La puta tiene la carne cálida y suave, y empiezo a romperle los tendones del cuello uno a uno. El cabello le ha caído sobre un lado de la cara; parpadea con rapidez y emite un sonido desagradable. Se oye un desgarrón húmedo y saca la lengua rosa. Me coge la muñeca con los dedos y desgarrá con las uñas lo que antes fue mi carne. Sale sangre, pero no la suficiente. La levanto del suelo y se pone a patallar y a arrastrar los pies. La zarandeo una vez, dos veces, otra y otra, mientras la cabeza le da sacudidas adelante y atrás. No dejo de apretarle el cuello con fuerza ni sé cuánto tiempo me paso zarandeándola, hasta que por fin las manos de la mujer aflojan el apretón sobre mis muñecas y la casita queda en silencio.

Sólo se oye mi respiración, el choque de la khoon resonando en mis oídos. Dejo a Kathy Nicolo en la alfombra de mi madre. El pelo se le retira de la cara y veo que la tiene del color del azafrán, rojo púrpura; le veo la boca abierta y un surco entre los ojos cerrados, como si se encontrara en mitad de un mal sueño. Mis manos la sueltan; me siento sobre ella durante unos instantes y de nuevo vuelvo a la realidad. El corazón me late con fuerza en el pecho, tengo las manos apoyadas en las piernas y me quedo esperando a ver si oigo el sonido del monopatín de Esmail en la entrada para coches, el ruido que hace cuando se lo pone en las manos para subir los escalones y entrar en casa. Ha estado fuera todo el día en un viaje que no había previsto, y ahora lo llamo para que vuelva. Permanezco allí sentado, sobre el pecho de la mujer muerta, y espero a mi hijo, pero no oigo nada.

Nadi. ¿Dónde está mi Nadi?

Me levanto y la encuentro en la cama, en el dormitorio a oscuras. Tiene la cara tranquila. No se le ven arrugas en la frente, y en la mesilla de la lámpara se encuentra la medicación para el dolor de cabeza. Me siento en la silla que Lester V. Burdon trajo hasta aquí. Recuerdo con claridad cómo velaba a su gendeh, cómo la contemplaba como si fuera una piedra preciosa. Y ahora eso se volverá contra él, y rezo para que el amor que aquel hombre sentía por la mujer fuese aún mayor de lo que yo sabía. En la oscuridad ensombrecida de esta habitación, la cara de Nadi ha perdido treinta años de vida; la migraña ha pasado y se halla sumida en ese sueño profundo que invade a los que han encontrado alivio a su dolor. Es una cara pequeña y con la piel suave de los niños. Tiene los labios oscuros y ya no aprieta la mandíbula con reproche, ya no entorna los ojos de miedo o de pesar. ¿Es posible que emerja de este sueño para enterarse de que ha perdido a su hijo? ¿Es en esta pequeña y penosa casita donde encontrará el definitivo final de lo que en otro tiempo fuimos? Y de nuevo, mientras Bahman, mi esposa y mis hijos esperan en el Mercedes, cuyo maletero lleva equipaje para pasar una semana o un fin de semana junto al mar Caspio, entro en nuestro hogar para buscar algo que me había olvidado, el portafolios, quizás uno de mis pares de zapatos favoritos, o para hacer una llamada en el último minuto a Mehrabad, todas esas cosas que solían ocurrir antes de emprender nuestro safar juntos, nuestro viaje feliz, esos detalles de último momento que sólo se le pueden confiar a un padre y marido, y le tapo con las manos a Nadi la nariz, la boca y los ojos y me obligo disciplinadamente a mantenerme firme mientras ella se debate, me golpea y patalea. Los ojos se me llenan de lágrimas y veo borrosa a mi esposa, pero me digo a mí mismo que aquello sólo es un pequeño sufrimiento que tiene que soportar antes de ser libre para reunirse con nuestro hijo, antes de ser libre para regresar a las flores de Ispahan y a las mezquitas de Qom y a los magníficos hoteles de la antigua Teherán, antes de ser libre para dar dinero a los mendigos del bazar, antes de ser libre para ir a buscar su destino; los brazos le caen a mi esposa a ambos lados y queda en silencio. Le quito las manos de la cara. Veo que tiene las cejas levantadas, como si se encontrase justo en el momento de recibir una respuesta

mucho tiempo esperada. Mantiene la boca abierta y le doy un beso en los labios. La lengua está caliente. Le beso en la nariz, en las mejillas y en los ojos cerrados. «Duerme, Nadereh. Descansa para tu safar. Descansa».

En la casita reina el silencio, como en el desierto. Paso por delante de la habitación de mi hijo. Me cuesta respirar y debo esforzarme para seguir adelante, para entrar en el despacho, quitarme la ropa y abrir la puerta corredera. Descuelgo el uniforme, que nunca me he puesto en este país. Lo saco de la funda de plástico transparente de una tintorería de Bahrain y encuentro que la tela es más gruesa de lo que yo recordaba y huele a la madera de cedro de la percha. Los pantalones se me ajustan a la perfección en las caderas, y a la camisa, que es de algodón, le hace falta un buen planchado. Me quedo de pie sin mirarme en el espejo y me hago en la corbata el nudo Windsor completo que siempre llevaba. Dentro del bolsillo de la chaqueta encuentro los gemelos de oro y el alfiler de corbata que lleva incrustado un león de la dinastía Pahlevi. Doblo una vez las mangas de la camisa y me las sujeto con los gemelos, que llevan grabado mi apellido. Camino hacia la habitación de Nadereh. Saco del cajón del buró los calcetines de vestir, de seda negra y con pequeños diamantes de color verde oscuro cosidos en la parte interna de la pierna. Nadereh yace en la cama detrás de mí, pero ya no es ella; es sólo un vestido o un abrigo que mi esposa se ha olvidado de meter en el equipaje para nuestro safar.

Regreso de nuevo a mi despacho y saco los zapatos del uniforme, negros, brillantes y sin la menor mota de polvo. Me los ato asegurándolos con un nudo doble, me levanto y me pongo la chaqueta, en cuyas hombreras hay pesadas trabillas rojas y doradas. El bolsillo superior delantero está cubierto de cintas, emblemas e insignias. Me abrocho los botones de la guerrera y me pongo en posición de firmes, genob sarhang Behrani, honorable coronel Massoud Amir Behrani.

Cojo papel de la caja que tengo sobre el escritorio, me acerco a la cocina y allí, de pie ante el mostrador, escribo en mi lengua materna:

Soraya-joon:

He hecho todo lo que he podido. No sientas pena por nosotros. Tu madre y yo aguardamos tu regreso. Te amamos más de lo que hemos amado la vida.

Ponle el nombre de tu querido hermano a tu primer hijo.

Bawbaw

Un automóvil pasa por delante de la casita; tengo que apresurarme porque recuerdo las órdenes que dio el teniente Álvarez mientras me marchaba al hospital para que enviaran aquí un coche patrulla. Cuando se trata de matar a tiros a un niño son muy eficientes, pero para rescatar a una mujer a la que mantienen como rehén llegan tarde.

Cojo otra hoja de papel y escribo en inglés que yo, el coronel Massoud Amir Behrani, dejo a mi hija esta casita y todo lo que contiene, así como el automóvil y el dinero que quede en nuestras cuentas. Pongo al pie mi nombre completo y luego firmo el documento.

Con esto debería ser suficiente, pero me preocupan las palabras «y todo lo que contiene», porque no puedo dejarle el cadáver de esta gendeh asesina a mi hija, que seguro que venderá esta casita en cuanto pueda. Cojo el bolígrafo y vuelvo a escribir en farsi al final de la carta:

Soraya-joon, vente a vivir aquí si así lo deseas, pero si decides vender la casa no aceptes menos de cien mil dólares.

Coloco ambos papeles en la puerta del frigorífico y los sujeto con un imán junto a la fotografía de la luna de miel de mi hija y mi yerno. En ella se les ve de pie al sol. Parecen muy felices. Me beso el dedo y lo aprieto sobre el corazón de Soraya.

Tengo demasiado calor con el uniforme. Noto que me cae el sudor por la frente, por el cuello y por debajo de la peerhan. Queda muy poco tiempo. Me pongo en pie sobre la alfombra de mi madre, le paso las manos por debajo de los brazos a Kathy Nicolo y luego la levanto; la arrastro por el suelo hasta la cocina y la saco al jardín trasero de la casa, donde la dejo sobre la hierba. Pesa bastante y el pelo suelto me cae en los brazos. La arrastro por entre los altos arbustos del seto hasta su automóvil. El aire se ha vuelto más fresco, pero los ojos me arden a causa del sudor. Dejo a la mujer en el suelo al lado de la casa y abro la puerta trasera del coche, que huele a humo de cigarrillo; la tela del asiento aún se halla caliente debido al sol que ya se ha puesto. Miro a la gendeh. Tiene la boca abierta y una mano retorcida debajo del cuerpo. Pienso en Jasmeen, mi querida prima. Levanto a pulso a la puta, la subo al asiento y le doblo las rodillas para cerrar la puerta mientras pienso lo que voy a decirle a Jasmeen, que siempre la quise, que Jamfar y yo lloramos mucho por ella. Y abrazaré a Pourat. Le besaré ambos ojos y le diré cuánto lo he echado de menos.

Queda muy poco tiempo. Entro en la casita y saco del armario que hay debajo del fregadero el rollo de cinta adhesiva que usamos para cerrar las cajas de la mudanza. Voy a mi despacho y busco la funda de plástico del uniforme. Luego entro en la oscuridad de la habitación de mi esposa mientras el corazón me late tan fuerte que parece que se me vaya a salir del pecho. Me cae el sudor por la cara y por el cuello, y noto que el uniforme se me ha quedado un poco pequeño por la parte de arriba, por la espalda; se debe a todo el trabajo que he tenido que hacer aquí, a todos esos días que he pasado bajo un calor sofocante en medio del polvo y de la niebla, cuando como soldado de la basura tuve que trabajar con hombres que antes me habrían hecho una reverencia si yo hubiese pasado por delante de ellos. Me siento en la cama. Arranco del rollo un trozo de cinta, y al hacerlo suena como el crujido de la capa de hielo de un lago helado al resquebrajarse, el mismo sonido que yo notaba bajo los pies cuando

iba con mi padre por las montañas del norte. Sujeto con ambas manos la cinta y me inclino para besar a Nadi una vez más. Todavía tiene los labios calientes, pero presiento que si no me doy prisa mi esposa me dejará atrás. Me aplico un extremo de la cinta a la rodilla; me tiemblan las manos como cuando desnudé a mi esposa por primera vez la noche de bodas y nuestro nuevo hogar se encontraba en silencio como éste ahora.

Cojo la funda de plástico y me cubro con ella la cabeza y la cara. Pero hay un pequeño agujero junto a la boca, y para solucionar el problema pongo una doble capa de plástico, por lo que ahora sólo veo lo que hay a mi alrededor de forma borrosa mientras cojo la cinta adhesiva y la aseguro firmemente alrededor de la garganta y el cuello. Al respirar atraigo inmediatamente el plástico hacia el interior de la boca, y lo empujo con la lengua. Me tumbo junto a mi Nadi. Le busco la mano para cogérsela, pero al principio no consigo encontrarla y me pongo muy nervioso; luego la encuentro, pequeña y fría, muy suave debido a las cremas caras, y me tranquilizo. Cierro los ojos y la boca y respiro profundamente por la nariz, pero el plástico se me mete enseguida por los agujeros. De nuevo abro la boca para seguir respirando, pero el plástico también entra por allí, de manera que lo aparto con la lengua y absorbo más aire, todo el que me va a hacer falta, me digo a mí mismo; y lo retengo dentro. El pecho, al estar tan lleno, se me debilita. Noto el hombro de Nadi apretado contra el mío y lamento no haber puesto música en el aparato nuevo. Siento un deseo acuciante de oír la poesía de Dashtestani, el ney y el domback, la atrayente música de la patria. Dejo escapar el aire, cuyo sonido suena como el viento en mis oídos; el plástico se aparta de la nariz y de la boca, pero luego se vuelve a pegar en ellas con la misma insistencia con que el mar cubre las huellas que hay en la arena, y me tapa todos los orificios y conductos. Intento sacar el plástico hacia fuera una vez más, sólo una vez más, pero el océano se eleva con la luna, la presión del pecho aumenta, parece que el corazón y los pulmones me vayan a estallar bajo el peso de una mano invisible y mi cuerpo se debate mientras se hunde en la cama. El plástico se convierte en hierro contra mi cara, los brazos me flotan ingravidos cuando intento arrancar la cinta adhesiva, y los dedos no me obedecen y revolotean inútiles por la garganta y la barbilla. Ya no siento las piernas y hay un sonido terrible en mis oídos, el ensordecedor estruendo de varios aviones F-16 volando bajo; parece que el pecho se me vaya a romper, el abdomen se me levanta, me aprieta..., algo empieza a abrirse y a soltarse, me invade el calor, vodka y fuego, viento caliente de un cielo desierto, y la tierra se abre debajo de mí.

La celda de Lester contenía un lavabo y un retrete de acero inoxidable, un escritorio también de acero y dos literas de hierro empotradas en la pared. Justo encima de cada colchón había una pequeña ventana rectangular cuyo vidrio a prueba de balas estaba tan empañado que Lester sólo veía a su través la luz del día. El suelo medía tres metros de ancho y cuatro de largo; el techo quedaba a diez metros por encima de él y tenía tres vigas de hierro pintadas de blanco, como todo lo demás. Lester estaba sentado al borde de la litera inferior con ambas manos apoyadas en las rodillas. Los párpados le pesaban, le escocían ligeramente los ojos y respiraba entrecortadamente con la boca abierta a causa de la fatiga. Tenía demasiado calor con las dos camisas que le habían dado en la cárcel; se tendió de espaldas en la litera y se quedó mirando fijamente la miriada de agujeros que había en la estructura de acero de la litera superior. En el Ayuntamiento lo habían tenido sin camisa sentado en una silla de respaldo duro, y se había oído a sí mismo contando en voz baja toda la verdad sobre lo ocurrido mientras mentalmente no hacía más que ver al muchacho girando bruscamente a causa del impacto de los disparos con los brazos inertes como cuerdas mientras soltaba la pistola y caía al suelo de lado; un brazo le había quedado extendido, como si señalase algo, igual que hacen los niños pequeños cuando reconocen una cosa pero no saben cómo se llama.

Alguien le había dado un vaso de agua, y Lester se lo bebió de una vez. En la pequeña estancia se encontraban dos ayudantes del *sheriff*, dos inspectores y el teniente Álvarez, que se hallaba de espaldas a la luz de la ventana, por lo que la cara le quedaba en penumbra. Los inspectores le hacían preguntas a Lester sobre la familia Behrani, sobre el encierro a que los había sometido durante toda la noche, sobre el hecho de que Lester les hubiera apuntado con la pistola y hubiese trasladado a la fuerza al hijo y al padre hasta Redwood City. Le hicieron preguntas sobre Kathy. ¿Se encontraba en esa dirección de Corona en aquellos momentos, reteniendo a la señora Behrani en contra de su voluntad? Y Lester contestó con voz casi normal:

—No, aguarda a que regresemos, eso es todo.

Lester se miró las manos y se imaginó a la señora Behrani recibiendo la noticia de que a su hijo le habían pegado un tiro. Luego se imaginó a sí mismo recibiendo la noticia de que le habían disparado a su propio hijo, y se dio cuenta de que pensaría inmediatamente lo peor, en la carita suave de Nate contorsionada y pálida mientras la sangre le manaba del cuerpo a borbotones.

—¿Se encuentra bien el chico?

Uno de los inspectores le informó de que lo estaban operando en el quirófano, y Lester se dio dos vueltas al anillo de boda que llevaba en el dedo. Se había lavado las manos, pero todavía le quedaba sangre seca en los pliegues de las palmas. Pensó en Kathy, en el Bonneville rojo que estaba aparcado en el jardín trasero, en lo que haría ella cuando viese llegar a la casa un coche patrulla. Levantó la vista.



—Me gustaría llamar a mi mujer.

El teniente Álvarez escribía algo en un bloc y se adelantó con tanta rapidez como si alguien acabara de insultarlo.

—Tendrá derecho a hacer dos llamadas cuando se le detenga oficialmente e ingrese en prisión, Burdon.

Lester sintió el impulso de desviar la mirada, pero no lo hizo. Álvarez movió la cabeza de un lado al otro con conmiseración, como si incluso aquello, el hecho de mirarlo a los ojos, fuera pasarse de la raya; les indicó a dos ayudantes del *sheriff* que detuvieran a Lester y lo trasladasen al edificio de enfrente, a las nuevas celdas, que se encontraban a corta distancia a pie. Pero a Lester el camino se le hizo muy largo mientras lo conducían hasta allí esposado y sin camisa, como a un borracho. Llevaba la cabeza agachada y un agente lo sujetaba de cada brazo. Una vez dentro le quitaron las esposas, y entonces Lester les dio todo lo que le pedían: la cartera, las llaves del coche y el anillo de boda. Uno de los agentes que lo habían detenido le indicó que extendiera los brazos y lo cacheó con detenimiento y decisión. El agente encargado de las admisiones era un hombre ancho de hombros, con el pelo rojizo y corto y una pequeña cicatriz en la barbilla. Estaba sentado tras una pared de cristal; metió las llaves y el anillo en un sobre de papel manila, contó el dinero que había en la cartera y luego le indicó a Lester que firmara el recibo en dos apartados diferentes. Lester pensó en Kathy, en qué haría ella cuando viese llegar el coche patrulla y comprendiera que todo había salido de la peor manera posible. Se oyó a sí mismo exigiendo que le permitiesen llamar por teléfono, pero de nuevo tenía la voz apagada, como amortiguada. El agente de admisiones miró directamente a Lester a los ojos, pero no le contestó, sino que se limitó a dejar caer las pertenencias personales de Lester en una caja que éste no veía.

Los ayudantes del *sheriff* se marcharon y los sustituyó uno de los encargados de vigilar las celdas, un chicano bajo con el cuello tan ancho como la mandíbula. Lo acompañó en esta parte del procedimiento que Lester desconocía y lo condujo a una habitación iluminada con luces fluorescentes y sin ventana alguna en la que se encontraba una mujer filipina ataviada con bata blanca de laboratorio. Era menuda, morena y bonita, y tenía el pelo recogido hacia atrás y sujeto con un pasador rojo y granate. Lester deseó haber llevado puesta por lo menos la camisa. La mujer se había colocado unos guantes protectores de color blanco. Frotó con alcohol la parte interior del brazo de Lester y acto seguido le pinchó y le sacó la aguja con rapidez. Le indicó a Lester que se sentara, se apoyó en un mostrador lleno de tarros y bolas de algodón, cogió una tablilla sujetapapeles y le preguntó al carcelero chicano cómo se llamaba Lester.

—Lester Víctor Burdón.

Aquel ayudante del *sheriff* tenía acento del barrio de East Palo Alto. Ahora la linda enfermera comenzó a hacerle preguntas a Lester sobre su historial médico, sobre la evolución de su cuerpo desde la infancia, sobre las relaciones sexuales que

había mantenido desde que se convirtiera en hombre. ¿Alguna vez había dado positivo en la prueba del sida? Miró a Lester directamente a la cara y a éste le dio la impresión de tener algo que ocultar, aunque en realidad no era así. Le respondió que no. Después lo llevaron a otra habitación donde fotografiaban a los detenidos y les tomaban las huellas dactilares. Lo pusieron de pie contra una pared delante de la máquina Edicon y el técnico le dijo que mirara hacia delantera la luz verde que parpadeaba. A Lester le dio la impresión de que lo examinaban por rayos X, de que aquella gráfica informatizada de su cara, aquella fotografía que le tomaban en calidad de detenido, era en realidad él, el verdadero Lester.

El agente chicano lo llamó para que se acercara al Identex; sujetó los dedos de Lester y los hizo girar uno a uno sobre el tampón del ordenador. A Lester le resultó extraño que le cogiesen los dedos de aquella manera, era como si estuvieran ayudándole a vestirse o dándole de comer. Y cuando el chicano acabó y lo condujo por un pasillo muy iluminado, Lester presintió que algo estaba a punto de comenzar, algo que tardaría mucho en terminar. Conocía el procedimiento para conseguir la libertad bajo fianza, y por ello sabía que nunca se concedía por delitos de secuestro. Eso significaba que lo tendrían allí encerrado hasta el momento en que se celebrara el juicio. Y podrían pasar meses. A veces más de un año. Sintió náuseas y de repente la boca se le llenó de una saliva viscosa. Pensó en Carol, y se la imaginó partiendo cebollas en el mostrador de la cocina. Se acordó también de los niños, y se los imaginó a ambos dibujando con lápices de colores tumbados en el suelo de la habitación de Bethany. Y de nuevo vio al hijo del coronel cayendo desplomado sobre la acera mientras la sangre le manaba a borbotones de las dos heridas. Y sintió miedo.

Doblaron una esquina del pasillo y el agente le abrió una puerta a Lester. Se trataba de una habitación pequeña en la que había una mesa y un teléfono, y cuyas paredes de ladrillo estaban recién pintadas de blanco.

—Puede hacer dos llamadas por cuenta del condado, Burdón. Cinco minutos.

La puerta era de vidrio reforzado, y el chicano se quedó al otro lado cruzado de brazos; cada pocos segundos miraba a Lester. Este cogió el auricular, pero no sabía cuál era el número de teléfono del coronel. Llamó a información con la esperanza de que aquella llamada no contase como una de las dos a las que tenía derecho, y luego llamó a la residencia de los Behrani, a un número que le acababan de dar. Notaba la garganta rasposa y seca. Mientras sonaba el teléfono Lester recordó a Kathy tal como la había dejado, de pie en el pasillo de la casa en pantalón corto, con una camiseta de Fisherman's Wharf y el pelo revuelto alrededor de aquella cara que él había besado antes de marcharse. Lo que Lester se había imaginado era que aquella noche irían los dos de viaje hacia el norte en un coche alquilado, quizás un poco aturdidos por haber escapado por los pelos. Y ahora sólo quería oír la voz de Kathy, un poco ronca e insegura. Sólo quería que ella lo llámese por su nombre. Pero el teléfono seguía sonando y nadie lo cogía. Quizás hubiese llegado ya allí algún coche patrulla, aunque Lester no lo creía probable. Quizá Kathy y la mujer del coronel no se hallasen en la

casa, sino fuera. Se las imaginó sentadas en aquel nuevo paseo de viuda, esperando.

El agente dio unos golpes en el vidrio y se señaló con el dedo el reloj de pulsera. Lester dejó que el teléfono sonara unas cuantas veces más y colgó. No había previsto que Kathy no contestara, y ahora se sentía tan excluido de todo como era capaz de imaginar. Durante un segundo fue como si Kathy nunca hubiera existido y no fuera real; lo que habían empezado juntos era un espejismo, una bonita alfombra extendida sobre un agujero en el suelo. Y ahora la alfombra había desaparecido y Lester caía hacia el interior de algo que había estado allí todo el tiempo; y Kathy sólo había aparecido en su vida para conducirlo hasta donde ahora se encontraba. Sintió un frío intenso en las entrañas y la cara se le puso caliente. Miró hacia el perfil oscuro del ayudante del *sheriff* y recordó a Behrani gritando en farsi dentro del coche patrulla mientras las venas se le abultaban en la frente y en el cuello. Quizás el iraní hubiese llamado a su mujer desde el hospital y Kathy se hubiera arriesgado a ir hasta allí con el Bonneville. Sería muy propio de ella. Lester volvió a llamar a información e iba a pedir el número del hospital cuando el ayudante del *sheriff* entró y apretó el botón que cortaba la comunicación.

—Dos llamadas.

—Las dos han sido a información. No me sabía los números.

El ayudante cogió el auricular, lo colgó y le indicó por señas a Lester que volviera a salir al pasillo. Lester sentía un sofoco que le oprimía cada vez más el estómago y tuvo ganas de golpear al ayudante del *sheriff* en la boca.

—Vamos, Burdón.

—Es Burdon. Ayudante del *sheriff* Burdon.

El chicano sonrió mientras parpadeaba tan perezosamente como un lagarto.

—En este lugar más le vale guardar eso en secreto, agente. Y ahora muévase.

Lester volvió a recorrer el pasillo en compañía del ayudante del *sheriff*; respiraba entrecortadamente, le parecía que las paredes blancas de ladrillo eran un cascarón de huevo pulido, sin la menor imperfección por ninguna parte, sin marcas de esposas ni desconchados producidos por el grillete de alguna pierna; tampoco se veían grafitos, ni saliva, ni sangre seca. Aquellas instalaciones se acababan de estrenar. Comenzó a sentir de nuevo que se ponía nervioso, notaba todos los tejidos de su cuerpo tensos y el estómago le ardía a fuego lento.

Luego se encontró en una habitación con otros cuatro o cinco detenidos. Todos esperaban a que les dieran la ropa de la cárcel. El agente le dijo a Lester que tomara asiento en una de las dos hileras de sillas de acero que estaban pegadas a la pared, la una frente a la otra. El chicano le entregó a un agente sentado a un escritorio los papeles de Lester y se marchó sin decir palabra. Enfrente de éste había sentado un muchacho negro de piel oscura, el pelo recién cortado y las iniciales de su novia afeitadas en la cabeza. Llevaba puesta una camiseta sin mangas, tejanos muy grandes y unas zapatillas sin atar. No paraba de hurgarse las uñas y lucía tres anillos de oro en la mano derecha y dos en la izquierda.

Los demás también eran jóvenes, un asiático y un chico blanco que parecían conocerse. El blanco le comentaba en voz baja al asiático algo sobre un muchacho muerto llamado Beef. El asiático tenía la cabeza apoyada en la pared y los ojos medio cerrados como si estuviera sesteando, y llevaba bajo el rabillo del ojo izquierdo una pequeña serpiente tatuada que parecía una lágrima. Lester le echó una rápida mirada al hombre que tenía junto a él. Estaba sentado de lado en la silla y les daba la espalda, muy ancha, a los demás; tenía el cabello oscuro y enmarañado, y cuando vio a Lester desvió la mirada rápidamente. Lester hizo lo mismo y sintió que una oleada de calor se desataba en su interior. El hombre era filipino, un corredor de apuestas de poca monta de Daly City, y Lester no consiguió recordar cómo ni cuándo se habían cruzado sus caminos. Durante unos instantes mantuvo la cara baja, pero luego pensó que con ello podría dar impresión de debilidad, así que volvió a levantar la barbilla y se sentó muy erguido en la silla. Notaba los latidos del corazón en algún lugar dentro de la lengua.

Se abrió la puerta y uno de los ayudantes del *sheriff* destinados a vigilar las celdas llamó al corredor de apuestas con un nombre que a Lester le sonaba; éste notó el olor del filipino al pasar junto a él: a orines, a sudor y a humo de cigarrillo impregnados en tela vaquera vieja. La puerta se cerró tras él, pero ahora era el asiático quien miraba directamente a Lester con ojos oscuros y estrechos como dos ranuras, sin apartar la cabeza de la pared y con los brazos cruzados sobre el pecho. El chico blanco dejó de hablar y también se puso a mirar a Lester, examinándolo de arriba abajo, desde las zapatillas deportivas hasta el pecho desnudo y la cara.

—¿Quieres algo? —le preguntó Lester.

El chico blanco se encogió de hombros y volvió los ojos hacia su amigo. El asiático se quedó mirando a Lester durante unos segundos, sonrió, giró la cabeza un poco y cerró los ojos, aunque mantuvo la sonrisa. El otro chico observó a Lester una vez más y luego se puso a mirar un punto en la pared que quedaba justo a su derecha. Lester echó una ojeada rápida al agente que se encontraba ante el escritorio, un hombre delgado de cincuenta y tantos años que comía un emparedado de pan blanco con manteca de cacahuete y gelatina y leía el *San Francisco Chronicle*. El asiático parecía dormido, tenía los ojos cerrados y las piernas estiradas, pero seguía con aquella sonrisa petrificada que le había dedicado a Lester, y a éste ahora no le resultaba agradable verla. Era como si aquel muchacho le hubiese mirado, hubiera visto la trayectoria de la vida entera de Lester y se sintiese complacido de verlo acabar así.

La puerta volvió a abrirse y el chico blanco se puso en pie, pero el agente encargado de la ropa llamó a Lester pronunciando el nombre a la perfección. Al cabo de poco tiempo, Lester tuvo que quitarse la ropa que había sacado a tirones de la maleta aquella mañana en la cabaña de pesca; se puso la ropa interior de color naranja de la cárcel, unos pantalones de lona naranja, una camiseta naranja y la camisa de lona naranja con las palabras CÁRCEL DEL CONDADO escritas en letras negras en

la espalda. En los pies se puso unos calcetines de color naranja y unas sandalias de goma para la ducha también naranja que producían un suave chasquido al chocar con el talón a cada paso mientras caminaba con otro agente por un pasillo iluminado hacia la zona de detención. Este ayudante del *sheriff* era más bien bajo y olía a colonia Old Spice, que era la que usaba el padre de Lester. El agente iba mascando chicle y leía los papeles de Lester mientras caminaban.

—¿Es usted instructor de agentes en prácticas? ¿Qué ha pasado, tío?

Bajó la carpeta y apretó el paso. No miró a Lester, sino que mantuvo la mirada al frente mientras esperaba la respuesta sin emitir juicio alguno, como si fueran dos viejos amigos que charlaban de cualquier asunto mientras corrían juntos. Lester se notaba las piernas pesadas y rígidas y empezó a respirar con dificultad mientras las sandalias de preso le golpeaban los talones a cada paso como un reproche.

Llegaron a una puerta de acero ancha que había al final del pasillo, y el agente sacó del bolsillo una tarjeta de identidad que llevaba sujeta al cinturón con un cordel de plástico transparente. La insertó en una ranura de la pared, abrió la puerta, la mantuvo abierta para que pasara Lester y entraron en una sala grande con tres pisos de celdas que tenían la puerta cerrada; el techo y las luces fluorescentes quedaban a una altura de cerca de treinta metros. En el centro de la planta baja había una mesa redonda con dos agentes de guardia, y en el rincón del segundo piso una garita de control. El aire olía a pintura fresca y a la instalación nueva de aire acondicionado. Lester oyó el zumbido que producían media docena de radios en las celdas del piso superior. La puerta de cada celda tenía una ventanilla en el centro, y por una de las situadas en la segunda galería se veía la cara de un hombre al que le caía sobre los ojos un mechón de cabello blanco. Lester siguió al ayudante del *sheriff* hasta la mesa, donde un agente hablaba por teléfono y el otro comprobaba nombres en una hoja de recuento de presos. El ayudante del *sheriff* que lo escoltaba dejó caer los papeles de Lester sobre la mesa.

—¿Cuándo fue la última vez que tuvisteis encerrado a un instructor de agentes en prácticas, muchachos?

El ayudante del *sheriff* que hablaba por teléfono interrumpió la conversación, miró a Lester y luego le echó un vistazo al expediente. Ladeó la cabeza una vez, le pasó los papeles a su compañero y luego colgó el teléfono y le dedicó a Lester toda su atención, entornando los ojos como si quisiera formular una pregunta pero no supiera bien por dónde empezar.

—Todavía no he podido comunicarme con mi mujer ni con mi abogado —les comentó Lester.

Se oyó un sonido metálico sordo procedente de una de las galerías superiores.

—¿No ha hecho las dos llamadas?

—No contestó nadie.

—La cena es a las cuatro. Después le dejaremos hablar por teléfono.

—Hogar, dulce hogar.

El ayudante del *sheriff* que lo había acompañado hasta allí dio un par de golpes con los nudillos en la mesa, sonrió y se marchó. La puerta de mecanismo electrónico se había cerrado tras él sin hacer apenas ruido.

Ahora Lester estaba tendido de espaldas en la litera. Oía la débil nota del bajo procedente de la radio de otro preso, pero nada más. Las puertas se habían cerrado, los muros eran muy gruesos. Todo estaba en silencio. Lester tenía hambre y no sabía qué hora era, pero sí que a las cuatro le llevarían comida y que entonces podría hacer la llamada telefónica. Y, desde luego, tendría que llamar a Carol. Se lo explicaría todo como buenamente pudiera, que una cosa había llevado a otra, que últimamente no había sido el mismo y que ahora las cosas se habían complicado. Pero nada de eso era cierto; no recordaba la última vez que se había sentido tan vivo, nunca había sido más como él era en realidad que en los últimos días haciendo el amor con Kathy en el suelo junto al río Purísima, corriéndose dentro de aquella hermosa boca e incluso poniéndole la pistola al coronel debajo de la barbilla. Pero a Carol no pensaba decirle nada de esto. Le pediría que llamara al abogado, que le indicase que pospusiera los documentos para la disolución del matrimonio el tiempo suficiente para buscarle un abogado criminalista. ¡Un abogado criminalista! Le pediría a Carol que le dejase hablar con Nate y con Bethany, y le diría a su hija que ya la vería en las horas de visita y que entonces se lo explicaría todo, que se encontraba en aquel lugar porque había hecho una cosa que estaba mal y que los que lo habían encerrado allí tenían razón. Se imaginó la cara de la niña, que se parecía más a él que a Carol, mientras los ojos se le llenaban de lágrimas. Y entonces él le diría: «No, no, no te preocupes. Todo saldrá bien».

Lester cerró los ojos y notó que el sueño lo invadía; no podía mover los brazos y las piernas debido al cansancio. Se sentía pesado y tenía calor, y volvió a abrir los ojos; sabía que los disparos que había recibido el hijo del coronel añadirían una década o más a cualquier condena. Y aunque lo hallasen culpable de delitos menores, aunque lo acusasen de cosas menos graves, su vida como agente de la ley había acabado. Deseaba ver a Kathy. Los coches patrulla ya habrían llegado a la casa de Corona, hombres de azul avanzando hacia Kathy, sacándola de su casa. Y lo más probable era que la acusaran de los mismos cargos que a él. Pero no había contestado al teléfono, así que quizá ya se hubiese marchado. Puede que hubiera dejado a la señora Behrani en el hospital y luego hubiese seguido su camino en el coche. Pero confiaba en que no fuera así. Confiaba en que por lo menos lo esperase en alguna parte. Deseaba tanto verla en aquel momento. Quería estirarse a su lado, apoyar la cabeza en el pecho desnudo de Kathy, oler aquella piel suave y aceitunada, oír los latidos de su melancólico corazón. Quería penetrarla hasta el fondo y decirle que no se preocupara, que no se preocupara por nada.

Lester volvió a cerrar los ojos, y al hacerlo vio de nuevo la cara del hijo del coronel de pie al sol apuntándole con la pistola, con los ojos oscuros húmedos a causa del miedo y una mano levantada como si estuviera a punto de echarse a correr, cosa que Lester juraría que el muchacho habría hecho de haber sabido la verdad, que la

pistola estaba descargada. Pero Lester le había negado la verdad para salvarse a sí mismo; se había dejado dominar por el miedo y ahora lo más que podía hacer era imaginar que las cosas podrían haber sido distintas si el chico hubiese soltado la pistola y hubiese huido entre la gente moviendo los brazos delgados, con el pelo espeso y negro flotando al viento mientras la gente se apartaba para dejarle paso y Lester se soltaba del coronel sólo para mirar, para mirar a aquel chico que huía hacia un lugar mejor. Y volvió a pensar en los hombres que le habían disparado a Esmail, que también eran prácticamente unos niños y que se habían dejado dominar por el miedo.

Después de un rato que se le hizo muy largo, Lester tuvo la sensación de que su cuerpo empezaba a formar parte de la litera. Respiraba ruidosamente por la nariz y mientras el sueño empezaba a adueñarse de él elevó una oración por Esmail, para que se recuperase por completo. Y se vio a sí mismo abrazando y besando a Bethany y a Nate. Luego se encontró en una barca en medio de un río; Carol y Kathy se hallaban tumbadas a su lado y había nubes de tormenta en el cielo. Como no se podía hacer nada al respecto, Lester cerró los ojos y puso un brazo debajo de la cabeza de cada mujer. En el cielo, hacia el este, se oyó un estruendo. El aire empezó a sentirse más fresco. Al respirar le olió a escamas de peces, a perfume y a madera húmeda. Una de las mujeres emitió un gemido, como si se hallase en mitad de una pesadilla, pero Lester se acomodó más en el fondo de la barca y esperó, esperó a que el río los llevase allí donde fuera, a la inevitable consecuencia de todo lo que había hecho y había dejado de hacer; ahora el aire era más fresco, casi frío, y la barca empezó a balancearse.



El cielo estaba negro y se volvió azul justo antes de que una franja de vivo color coral se abriera en el horizonte como una hendidura. Al final del aparcamiento, al otro lado de una valla alta de madera, había un jardín con enebros. La hierba era tupida y corta, y se veían un cajón de arena, un columpio y una estructura de barras para juegos infantiles, todo ello hecho de una madera oscura muy bonita, probablemente secuoya o quizá cedro. La casa era de estuco *beige*, las tejas de color siena, y había una terraza amplia y baja a poca altura sobre el suelo y cuatro sillas de plástico blanco alrededor de una mesa con sombrilla. Y al lado una piscinita de plástico cubierta de ballenas azules muy sonrientes que echaban chorros de agua. Yo lo miraba todo desde el otro lado de la valla, dos pisos más arriba, y cada vez que tragaba notaba como si tuviese un anzuelo en la garganta.

A las siete un enfermero me trajo zumo de naranja, café y un cuenco de sopa de sémola de trigo, pero ni siquiera la probé. Poco después se abrió la puerta trasera de la casa y un niño de pelo castaño bajó corriendo de la terraza hasta el cajón de arena. Yo lo veía todo borroso, por lo que me limpié los ojos. El niño metió las manos en la arena y luego las levantó por encima de la cabeza y se las puso en el pelo. Su madre dejó una taza de café o de té sobre la mesa de la sombrilla; era pelirroja, y en el pelo, que tenía muy largo, se reflejaba el sol. Llevaba pantalón corto y una camiseta suelta, y cuando bajó de la terraza y se agachó ante el cajón de arena le vi los músculos de los muslos. Se echó a reír y le sacudió la arena del pelo a su hijo; luego regresó a la mesa donde había dejado el café, se sentó y se puso a leer. El niño estaba sentado de espaldas a la valla y al hospital situado enfrente; el cabello le sobresalía formando rizos por detrás de las orejas. Me quedé mirando la minúscula camiseta a rayas azules y amarillas que llevaba puesta, los brazos y las manos, muy pequeños, y pensé que la cabeza se le veía muy grande en relación con los hombros. Cada vez que tragaba sentía como si unos dedos me aplastasen la nuez otra vez. Y tragué más de lo necesario mientras me imaginaba a aquel niño de corta edad que jugaba en el jardín creciendo y convirtiéndose en otro mayor con tejanos y una bicicleta roja, luego en un adolescente con monopatín o un coche desvencijado, y tragué saliva dos veces más antes de verlo finalmente convertido en un hombre, en un joven alto con mujer e hijo. Llegaría en coche a aquella casa para visitar a sus padres. Pero yo no era capaz de retener aquellas imágenes, y en cambio veía constantemente al hijo de la señora Behrani tal como lo había mirado por última vez, bajando de mi coche a la luz del sol y echándole ojeadas a Lester como yo había visto hacer a alumnos de secundaria cuando esperan instrucciones de sus entrenadores.

El niño levantó un camión de juguete en el aire por encima de la cabeza y lo dejó caer sobre algún objeto metálico que yo no alcanzaba a ver. La madre alzó la vista al oír el ruido, pero luego siguió leyendo el periódico. La puerta que había a mi espalda se abrió y el ayudante del *sheriff* asomó la cabeza y me vio sentada junto a la ventana

con el camisón del hospital. Me miró como si tratase de adivinar qué haría yo además de estar allí sentada y luego cerró la puerta.

El día anterior, en otro hospital, al despertarme había visto a Lester a los pies de la cama. Yo tenía la garganta inflamada y tan seca que me daba la impresión de tenerla hecha pedazos. Lester llevaba el uniforme limpio, el pelo oscuro quizá demasiado corto y se había afeitado el bigote. Yo quería que se acercase más a mí. Había tratado de hablar, pero una enfermera me había puesto los dedos en la muñeca y me había indicado que permaneciese en silencio. Era una mujer vieja y delgada. Volví a mirar a Lester y me di cuenta de que no era él. Aquel hombre era más joven. Llevaba el pelo negro casi rapado y no tenía los ojos castaños, sino azules. Traté de sentarme, pero la enfermera me había puesto una mano en el hombro para impedírmelo; luego me enseñó un botón, lo apretó y la cama me levantó hacia delante. La enfermera salió de la habitación. El ayudante del *sheriff* había dado la vuelta y se había situado al lado de la cama. Detrás de él había otro agente sentado en el sillón, un hombre mayor con el pelo de color arena y la cara bronceada y arrugada. Llevaba un papel en la mano. Se puso en pie, se presentó a sí mismo e hizo lo propio con el otro ayudante del *sheriff*; luego había abierto el papel y me había leído los cargos de los que se me acusaba: secuestro con agravantes, captura de rehenes y amenazas a mano armada.

El joven ayudante del *sheriff* se había inclinado hacia delante para decirme algo. Yo tenía la nariz tapada, pero olí la loción de afeitar.

—Sabemos que en este momento no puede hablar, señora Lazaro. ¿Quiere que llamemos a su abogado?

Recordé el chirrido de ruedas al llegar el vehículo en la entrada de mi jardín, y luego la puerta delantera del coche abriéndose bruscamente. Yo esperaba ver salir a Lester en primer lugar, pero cuando vi al coronel, cuando le vi la cabeza calva a contraluz en el jardín, comprendí que aquel hombre iba solo y me quedé paralizada. De repente sentí que me ponía las manos alrededor del cuello mientras me zarandeaba; el pelo me caía sobre la cara, no podía respirar y la oscuridad se iba adueñando de mi cabeza mientras oía un zumbido.

Le hice un gesto afirmativo con la cabeza al ayudante del *sheriff*. Me entregó un bloc de notas pequeño y escribí el nombre y el número de teléfono de Connie Walsh. Luego escribí: «¿Y Behrani? ¿De qué se le acusa a él?».

El joven ayudante del *sheriff* leyó la nota y luego se la enseñó a su compañero de más edad, que me miró directamente con una expresión en los ojos verdes que me hizo bajar la vista y fijarla en los brazos llenos de espeso vello.

—El señor Behrani ha fallecido.

Yo me hallaba acostada y ellos de pie, y de repente la habitación se quedó tan callada y quieta que me sentí demasiado lejana, demasiado ausente para ver y oír lo que iba a venir a continuación. Le cogí el bloc al joven agente y escribí: «¿Qué?». Quería preguntar por Lester. ¿Por qué no había vuelto? Luego pensé que si a mí me

acusaban de secuestro, a él tendrían que haberlo acusado de lo mismo, pero como no estaba segura decidí no escribir nada más. De todos modos no me contestaron. El agente de más edad parecía estar al mando. Se apartó de la cama y me dijo que le preguntara a mi abogado qué había sucedido. Luego el más joven llamó al despacho de Connie Walsh, le explicó dónde me encontraba yo y de qué se me acusaba. Volví a oír la serie de delitos; aceptaba lo de las amenazas con arma de fuego, suponiendo que se refiriesen a lo sucedido en la gasolinera cuando saqué del bolso la pistola de Lester, pero me costaba entender que me acusasen de secuestro y de coger rehenes. El ayudante del *sheriff* de más edad sostuvo la puerta abierta para que pasara el más joven y ambos se marcharon.

Había otra cama en la habitación, pero se encontraba vacía y sin sábanas, sólo tenía una funda de plástico sobre el colchón. Un televisor colgaba de la pared en un rincón, cerca del techo, y la pantalla oscura parecía observarme. El coronel había muerto. En la mesa auxiliar había una jarra y una pila de vasos de plástico. Cogí uno, eché en él un poco de agua y bebí, y cada trago fue como si me pasara por la garganta un erizo de mar. La persiana estaba bajada y podía oír los sonidos del tráfico cercano. Me situé junto a la cama. Llevaba puesto un camisón de hospital abierto por la espalda y no tenía nada debajo. Me acerqué a la ventana, pero me temblaban las piernas. Abrí la persiana. Tres metros más abajo se veía un tejado lleno de grandes aparatos de aire acondicionado o de calefacción. Y enfrente continuaba el edificio y había más ventanas. A través de una de ellas me llegaba el parpadeo de la pantalla de un televisor en color. No alcanzaba a ver el cielo, pero se notaba que el día estaba nublado. Me pregunté si sería por la mañana o por la tarde. Tenía el cuello rígido y apenas podía mirar hacia abajo o girar la cabeza a la derecha y a la izquierda. Recordé haber visto los dientes amarillentos del coronel muy apretados, los agujeros de la nariz muy abiertos, y también que me habían levantado del suelo. Volví a la cama y me acosté, pero de pronto se me ocurrió que aquél era un lugar peligroso, como si la cama estuviera a cien metros del suelo, de forma que si me daba la vuelta demasiado deprisa o alargaba el brazo para coger agua, la cama se inclinaría y caería contra las rocas que había debajo; si Behrani había muerto yo estaba segura de que Lester lo había matado.

Los ayudantes del *sheriff* volvieron antes de una hora, me dijeron que se consideraba que existía cierto riesgo de que me fugase y que iban a trasladarme al Hospital del Condado de San Mateo. El agente de más edad hizo el recorrido conmigo en la parte de atrás de la ambulancia. Iba sentado frente a la camilla, mascaba chicle y observaba con curiosidad todo el material médico. A veces me miraba a los ojos. El cielo se fue oscureciendo mientras me traían aquí, y cuando llegamos al ascensor una mujer mayor con demasiado colorete en las mejillas nos sostuvo las puertas abiertas, me sonrió y dijo:

—Va a estar de primera aquí, querida. Ya lo verá.

Tenía una mancha de carmín en los dientes, que eran perfectos y postizos, y me

esforcé por creerla.

El agente de más edad se quedó en mi habitación hasta que se marchó la enfermera, y luego se situó al lado de la cama y me miró como si esperase que yo contestara alguna pregunta que no había llegado a hacerme. Tragué saliva y tuve que cerrar los ojos durante unos instantes. Cuando volví a abrirlos el ayudante del *sheriff* hacía con la cabeza un gesto negativo, como si lo hubiera decepcionado.

—Les Burdon y yo fuimos compañeros antes de que nos separasen para patrullar individualmente. Tenía madera de *sheriff*, pero ahora es un hombre acabado, supongo que usted ya se da cuenta. Lo han detenido y se encuentra en prisión cautelar, pero eso no durará mucho. Antes o después se lo echarán a los perros. —Se apartó de la cama y se dirigió a la puerta—. Habrá siempre un agente apostado a la puerta de esta habitación hasta que le den a usted el alta y pueda marcharse del hospital. Luego irá usted derecha a la cárcel de Redwood City. Hágase a la idea.

Se marchó. Levanté los ojos hacia los rectángulos blancos del techo, hacia las luces fluorescentes. Cerré los ojos, tragué lo que me pareció era una docena de chinchetas y deseé que aquel ayudante del *sheriff* de pelo color arena, casado y antiguo amigo de Lester hubiese pasado por lo mismo que yo, que hubiera notado los dedos del coronel rompiéndole la nuez como si fuera de cartón, que hubiera estado en la cabaña de pesca cuando Lester se puso el uniforme, que hubiese llevado a éste en el coche a hablar con el coronel, que hubiese dormido en la casa y al despertarse se hubiera encontrado con que toda la familia se hallaba encerrada en el cuarto de baño, que hubiera estado en el dormitorio de la casa que había heredado de su padre mientras Lester le metía la pistola en la nuca al coronel en el coche. Yo no había pedido ninguna de esas cosas. No había pedido ninguna de ellas.

Un médico y una enfermera entraron en la habitación. La enfermera era más joven que yo. Sonrió y me presentó al médico, un hombre bajo de cabello plateado y gafas gruesas que hacían que los ojos parecieran muy pequeños, quien se puso a leer la tablilla que había colgada a los pies de la cama y luego se me acercó y me palpó la garganta con dedos cálidos. Los ojos empezaron a llenarse de lágrimas y debí de quejarme, porque la enfermera me sujetó la mano y yo la mantuve cogida mientras el médico me miraba la garganta con una linterna diminuta; luego me dio unas palmaditas en el hombro y me dijo que el tejido blando iba curando bien, y que era mejor que no pronunciase ni una palabra durante por lo menos dos semanas. Luego se marcharon, las dos batas blancas desaparecieron por la puerta y entonces me di cuenta de que se me había pasado el enfado. Puede que no me mereciera los reproches de aquel ayudante del *sheriff* por algo que yo nunca había hecho, pero ahora me parecía que menos aún merecía el afecto que aquella enfermera acababa de mostrarme al sostenerme la mano como si yo fuera una víctima más en todo aquello. Porque yo sabía que tampoco era cierto. Sabía que ninguna de aquellas dos imágenes sobre mí era cierta.

Se abrió la puerta y una mujer chicana, muy rolliza, me trajo la cena en una

bandeja: un vaso de agua, un cuenco de caldo amarillo muy claro y un plato de natillas. Me sonrió y entonces vi que llevaba una funda de oro en un diente. Salió de la habitación y acto seguido entró Connie Walsh. Llevaba el pelo oscuro más corto que la última vez que la había visto, muy corto por los lados, y eso le endurecía un poco las agradables facciones y hacía que pareciese mayor. Calzaba zapatillas deportivas de correr recién estrenadas. Intenté sonreír, pero me notaba la cara rara, los labios gruesos y torcidos, y me resultaba imposible mirar directamente a la abogada.

No dijo nada, se limitó a quedarse allí de pie y sentí que me observaba. Me puso una mano en el hombro, me acercó más la bandeja de la comida y me preguntó si estaba en condiciones de incorporarme. Apreté el botón, y una vez que estuve sentada le dirigí una breve mirada a la abogada, a aquellos ojos oscuros que me miraban a su vez con preocupación. Me acordé de la señora Behrani, de cómo ella también me había mirado de aquel modo, y me dio la impresión de estar con una vieja amiga a la que iba a abandonar, si es que no la había abandonado ya.

Connie Walsh me alcanzó la cuchara.

—¿De qué le han puesto a usted al corriente?

Moví negativamente la cabeza y me señalé la garganta. Connie se disculpó haciendo un gesto con la mano, abrió la cartera que tenía sobre las piernas y me entregó un bloc de papel amarillo y un bolígrafo. Aparté a un lado la bandeja de la cena y escribí en el papel: «Me han dicho que el señor Behrani ha muerto. ¿Dónde está Lester?».

La abogada lo leyó antes de que yo acabase de girar el papel hacia ella, y se quedó mirándome durante unos instantes con los labios ligeramente fruncidos. A continuación escribí: «¿Qué ha pasado?».

Cogió el bolígrafo y el bloc y se puso a escribir, pero luego se detuvo y movió la cabeza con pesar por lo que acababa de hacer. Sonreí, y Connie también sonrió un poco.

—¿El señor Burdon es su novio?

Asentí mientras pensaba que ojalá pudiera oír mi propia voz diciendo que sí.

—Se encuentra en la cárcel de Redwood City. —La miré y esperé a que siguiera hablando. Connie dirigió la mirada hacia la bandeja de la cena—. Mataron al muchacho. —Noté que toda la cara se me congestionaba, que el aire me pasaba con dificultad por la garganta—. Bueno, al parecer se había apoderado de la pistola del señor Burdon y lo apuntaba con ella en una calle muy transitada. —La voz de Connie Walsh sonaba tranquila y controlada, pero me miraba como si no hubiera hecho más que empezar—. Y unos agentes de policía lo vieron y le dispararon.

Aquel chico alto que por la mañana caminaba tan erguido por el pasillo con el pelo negro todavía revuelto de dormir. Cogí el papel y el bolígrafo y sentí los dedos calientes e hinchados mientras escribía: «Creí que era el señor Behrani quien había muerto. El coronel».

Connie Walsh me miró como si hubiera estado esperando a que la conversación

llegase a este punto y ahora que así era no se sintiese preparada para ello. Se echó un poco hacia atrás y puso las manos en las rodillas. Le indiqué con un gesto de la cabeza que siguiera hablando, pero antes de que empezara a hacerlo yo ya no era capaz de mirarla directamente a la cara. Me concentré en sus manos, en los nudillos, que eran bastante más anchos que los dedos, largos y finos. Llevaba las uñas cortas, algunas con pequeñas roturas, y durante un instante me la imaginé de rodillas después del trabajo cavando en el jardín; pero Connie ya había empezado a contármelo todo con las manos juntas y los dedos entrelazados. Al señor y a la señora Behrani los habían hallado muertos tendidos en la cama de mi antiguo dormitorio. La voz de Connie Walsh me contaba que los inspectores habían reconstruido la escena.

—Y quieren hablar con usted, Kathy.

La miré, pero era como ver a alguien por el otro extremo de un telescopio. Ahora la abogada ya no hablaba, sino que parecía esperar a que yo intentase decir o escribir algo. Pero yo la veía demasiado lejana como para poder interpretar la expresión que tenía en la cara, que no era más que un óvalo de carne que me pedía que se lo escribiera todo, que escribiera todo lo que me había hecho el coronel y cuándo lo había hecho, que escribiera hasta qué punto había tenido yo que ver en el secuestro de aquella familia, en mantenerlos encerrados en contra de su voluntad.

—Escríbame todo, Kathy. Escríbame la verdad.

Aquella palabra era como un murciélago negro que revoloteaba entre las dos. Me miré las manos, los callos que me habían salido a base de trabajar limpiando casas. Volví a ver mentalmente a la señora Behrani de pie en la cocina apretándose la sien con una mano. Pensé en el dolor de cabeza que la mujer debía de tener en aquel momento y deseé que no hubiera sido ésa la última sensación que había experimentado antes de morir. A Connie Walsh ahora se le había relajado la voz mientras se levantaba y me decía que llegaba tarde a una cita, pero que volvería al día siguiente para leer los hechos. Así fue como se refirió a lo que yo tenía que escribir. Me dio unos golpecitos en la mano y se fue.

Tragué una cucharada de caldo que pareció aliviarme la garganta, pero ya no tomé más. Me imaginé a los Behrani tendidos en la mesa de la funeraria: al coronel, a su sufrida esposa y a su leal hijo. Se me encogió el estómago y me incorporé enseguida al tiempo que se me llenaba la boca de saliva. El bloc y el bolígrafo que me había dado Connie Walsh cayeron al suelo y allí los dejé; me acerqué a una silla que había junto a la ventana y me senté. Respiré larga y profundamente por la nariz y por la boca hasta que se me pasaron las ganas de vomitar. Fuera, debajo de la ventana, se veía el aparcamiento, débilmente iluminado por unas cuantas farolas, y por el rincón más alejado del mismo se veían pasar coches por la carretera, faros delanteros y pilotos rojos traseros. En el pasillo, a través de la puerta de mi habitación, se oía a veces el suave chirrido de las suelas de los zapatos de las enfermeras al pasar, el rodar metálico de las ruedas de algún carrito de comida o de alguna camilla, las charlas y las risas de tres mujeres en el puesto de enfermeras, la

voz femenina que llamaba por megafonía a un médico para que acudiera a la UCI, luego más charlas, la puerta de un ascensor que se abría y se cerraba, la cisterna del retrete de una habitación no lejos de la mía, alguien que tarareaba, el ruido de una mopa húmeda contra el suelo, una voz masculina que entonaba una melodía irreconocible. Vi mi propia imagen reflejada en la ventana: una cara pequeña y demacrada y el pelo aplastado en la parte de atrás. Parecía una niña enferma. Y además me sentía sucia. Tenía la garganta seca y me resultaba más difícil que nunca tragar, pero no me importaba. Cerré los ojos y traté de concentrarme en los hechos que había de escribir para Connie Walsh. Pero no podía dejar de pensar en Lester, que se hallaba en prisión cautelar y que estaría solo, sentado en alguna celda, separado del resto de los presos porque era policía, un hombre al que ellos nunca llegarán a entender, un hombre que había evitado dispararle a un chico filipino, la clase de hombre que había arriesgado su trabajo para intentar que yo recuperase mi casa.

El ruido de la fregona y el tarareo se habían alejado un poco por el pasillo, y oí carraspear al ayudante del *sheriff* que se encontraba de guardia ante la puerta mientras pasaba las páginas de alguna revista o periódico. Me levanté y apagué el interruptor de la luz situado junto a la puerta. En la pared, por encima de la cama, se hallaba el botón para llamar a las enfermeras, que tenía un resplandor blanco. Regresé a la silla, junto a la ventana, y me senté, pero la tapicería de vinilo se me pegaba a la parte de atrás de las piernas. Me acordé de la señora Behrani cuando me llevó té y kiwis a la habitación de su hijo, recordé aquellos ojos castaños llenos de compasión mientras me miraba los brazos amoratados como si el único motivo por el que yo me había presentado ante su puerta borracha y con la pistola de Lester en la mano fuera que había sido su marido quien me había hecho aquello.

Pero en realidad el motivo era todo lo que me había sucedido: era haber hablado por teléfono con mi hermano Frank y haber tenido que escuchar el tono paternalista de siempre; era el chico mexicano que me sacaba la lengua sin quitarme la vista de la entrepierna, como si fuera algo que ya hubiera contemplado cien veces antes; era el hecho de llevar puesta ropa robada; era el sol cegador después de haberme emborrachado con Lester la noche anterior; era que tenía la boca seca y la sensación, producto de la resaca, de que Lester ya se había hartado de mí e iba a regresar con su mujer; era el ir conduciendo por aquel vecindario de casas de una planta bajo un calor sofocante buscando lo que en el fondo albergaba la esperanza de no encontrar..., eran todas esas cosas juntas y ninguna de ellas; era Lester saliendo de mí en la cabaña de pesca y corriéndose fuera lo que me había hecho suponer que sus sentimientos hacia mí habían cambiado; era el hecho de que yo hubiera permitido que Lester acabase lo que ambos habíamos empezado, de que hubiera permitido que ocurriese todo aquello para de ese modo poder posponer el momento de enfrentarme a mi madre y a mi hermano y darles la noticia de que la casa de papá se me había escapado de las manos. Había deseado que Lester hiciera cualquier cosa con tal de poder retrasar aquel momento de reproches.

Miré hacia el aparcamiento vacío, a la valla de madera que quedaba en la sombra y a los árboles negros que había detrás, y durante un buen rato traté de convencerme a mí misma de que había sido el coronel quien nos había acarreado todas aquellas desgracias. Era porque aquel hombre no había hecho lo que debía con la casa de mi padre. Habían sido su avaricia y su orgullo los culpables. Lo recordé en el nuevo mirador del tejado en compañía de su mujer, su hija y sus amigos, vestido con aquel traje caro y una copa de champán en la mano; recordé las macetas en los rincones, en la barandilla y en el suelo, recordé al coronel riéndose de algo que había dicho una de aquellas mujeres gordas y ricas y el modo como me miró con los ojos entornados, con todos los músculos tensos y quietos y con una concentración que me dio miedo, cuando pasé en coche por delante de la casa.

Se abrió la puerta a mi espalda y la luz del pasillo penetró en la habitación. No me di la vuelta, pero vi reflejada en la ventana la silueta del ayudante del *sheriff*, el pelo corto, las mangas cortas y anchas y el cinturón de la pistola. Miró primero hacia la silla, luego a la cama y de nuevo a la silla antes de volver a salir al pasillo y dejar que la pesada puerta se cerrase sola. Yo sentía la garganta como si fuera de piedra, y cada vez que tragaba se me saltaban las lágrimas a causa del dolor, pero no quise levantarme para beber un poco de agua o de caldo.

Me había quedado dormida en la silla junto a la ventana. Cuando abrí los ojos la oscuridad se desvanecía; me quedé contemplando la luz que venía del este y se extendía sobre la casa de estuco y el jardín que había enfrente. No podía apartar la vista de allí. Ahora la madre del niño bebía café y leía el periódico en el porche. Se había inclinado hacia delante para leer y llevaba todo el pelo recogido sobre un hombro. Me pregunté cómo sería su marido. ¿Se portaría bien con ella? ¿Habría deseado aquel hijo cuando su mujer se quedó embarazada? ¿Harían el amor por la mañana temprano antes de que el niño se despertase? La garganta me dolía más que nunca. Entré en el cuarto de baño y al salir, mientras todavía sonaba la cisterna, vi que un médico nuevo y el ayudante del *sheriff* me esperaban a los pies de la cama. El médico era alto. Se presentó y luego me hizo sentar en la cama. Me examinó la garganta con la linterna, me puso los dedos en las glándulas linfáticas y me indicó que no hablara en los próximos diez o quince días. Los ojos del ayudante del *sheriff* tenían una luz que me recordó a mi hermano: parecía fascinado por los problemas de los demás, contento de verse libre de aquello. El médico escribió algo en la tablilla y luego se marchó. El ayudante del *sheriff* me dio la ropa que yo llevaba al llegar: el pantalón corto, la camiseta de Fisherman's Wharf y las braguitas amarillas de la niña que me iban demasiado pequeñas. Me dijo que iban a llevarme a Redwood City para meterme en la cárcel y luego salió de la habitación. Me cambié junto a la ventana sin dejar de mirar al niño y a su madre. Las bragas seguían apretándome las caderas, y mientras me ponía la camiseta y los pantalones la criatura se levantó con los brazos extendidos a los lados. Saltó del cajón de arena y anduvo por el césped. Subió a la terraza, se detuvo delante de su madre y extendió las manos metiendo un poco la



barbilla hacia dentro y sacando la tripa. La madre le sonrió. Le limpió la arena de las manos y se lo sentó en el regazo. El niño apoyó la espalda en los pechos de la mujer; las zapatillas apenas le llegaban a las rodillas de la madre. La puerta se abrió a mi espalda, pero no me di la vuelta. Me olió a chicle de menta mientras el ayudante del *sheriff* me decía que lo sentía mucho, pero que tenía que seguir el procedimiento habitual en aquellos casos; me cogió las muñecas y les puso alrededor el frío metal de las esposas, que luego cerró. Noté el pulso contra ellas. Ya no podía verle la cara al niño, y en las horas y en los días siguientes me acordaría de él igual que los sueños importantes vienen siempre a la cabeza durante el día, un día que empieza a las seis y media, cuando la puerta de la celda se abre automáticamente, salgo a la segunda galería y desfilo hacia abajo con otras mujeres, negras, blancas, chicanas, todas vestidas con pantalones, camisetas sin mangas y camisas de color naranja de la Cárcel del Condado de San Mateo. Somos más de cincuenta.

En la galería de la planta baja nos sentamos a unas mesas y comemos tostadas y cereales fríos o huevos revueltos y salchichas. Hay dos aparatos de televisión sujetos a la pared y sintonizados en programas de noticias; la presentadora es guapa y famosa. En medio de la sala hay un escritorio de control con cuatro agentes femeninos, y en los días despejados el patio de recreo queda abierto, aunque no se puede decir que sea un patio, sino más bien un terrado plano con gimnasio y aparatos para levantar pesas colocados en el centro, aparatos que nadie usa. Una mañana una joven negra se subió a lo alto de la barra de hacer flexiones, se sentó allí y se fumó dos cigarrillos. Alrededor del patio que se encuentra en el terrado hay una valla muy alta coronada de alambre de espinos, y todo queda a cuatro pisos de altura sobre las calles de Redwood City. Desde allí se puede ver la cúpula del viejo juzgado y parte del edificio del Ayuntamiento donde Lester trabajaba. Pero, naturalmente, ahora Lester se encuentra aquí conmigo en algún lugar situado debajo de nosotras, en el ala de los hombres, los ladrones de coches, los violadores y los asesinos.

Después de desayunar, la mayor parte de las mujeres de la galería inferior se quedan sentadas a las mesas fumando y hablando. Hay teléfonos públicos en la pared que siempre están ocupados, pues las mujeres llaman a sus hijos, a sus maridos o a sus novios a cobro revertido, y tienen la mirada ausente mientras hablan, gritan o lloran por teléfono. Algunas incluso ríen. Pero yo no. Yo tampoco fumo. Mi garganta no lo tolera, pues cuando pasa el humo es como si me echaran sal en un arañazo en carne viva.

Hay una negra llamada Jolene que fuma un paquete tras otro de Marlboro *Lights*. Tiene la voz tan profunda como un hombre. Es baja, con caderas de muchacho y poco pecho, y tiene los puños grandes y de aspecto fuerte; nunca para de hablar, e incluso las mujeres corpulentas parecen pequeñas a su lado. Durante la primera semana aquí, una tarde, antes de encerrarnos para limpiar después de comer, me dio unos golpecitos en el hombro y me dijo en voz muy alta y dedicado a las presentes:

—¿Tú por qué estás aquí, tía?

Me había sentado a una mesa en compañía de dos mexicanas que se pasaban toda la comida hablando en español. A nuestro alrededor había tres o cuatro negras de pie, y justo detrás de mí Jolene esperaba que yo le respondiese. Al principio no entendí bien la pregunta, aunque de todas maneras no podía contestarle porque me resultaba imposible hablar. Me señalé la garganta con un dedo e hice un gesto negativo con la cabeza.

—¿No puedes hablar?

Asentí con la cabeza.

—¿Sorda?

De nuevo negué con la cabeza. Una de las mujeres que se encontraban detrás de Jolene sonrió y vi que tenía los dientes estropeados.

—Así que eres muda.

La de los dientes estropeados se echó a reír. Unas cuantas más sonrieron. Una de las ayudantes del *sheriff* del panel de control nos llamó a todas y nos dijo que nos dirigiéramos a las celdas para encerrarnos allí. Le contesté que sí con la cabeza a Jolene, que sonreía como si yo acabara de mostrarle algo que había querido conocer desde hacía tiempo.

—¿Quieres decir que Dios se recuesta en la silla con el mando a distancia y te quita el sonido para que te jodas?

Las amigas de Jolene se echaron a reír, y yo sonreí. Y aquella misma tarde después de la cena, mientras nos hallábamos sentadas a las mesas delante de los dos televisores sintonizados en canales distintos esperando a que nos tocara ir al economato o a la lavandería para el cambio de turno, Jolene me gritó desde la otra punta de la sala:

—¡Eh, Mando a Distancia! ¡Quítales el volumen a esos jodidos televisores!

Se echó a reír más fuerte que las otras mujeres que la rodeaban, y a partir de entonces si alguna mujer quería que yo le pasara la sal o deseaba darle a otra un mechero o un cigarrillo, me decía en voz alta:

—Mándame la sal, Mando a Distancia.

O:

—Mando a Distancia, pásale esto a Big April.

Después de las dos primeras semanas, un día, cuando me hallaba a solas en la celda, intenté volver a hablar, y para ello pronuncié el nombre de los objetos que tenía delante: «Suelo. Pared. Retrete. Lavabo». La garganta no me dolía demasiado, no más que cuando se tiene alergia, aunque la voz quizá me sonase un poco más grave que antes. Pero en la galería inferior y en el patio de recreo decidí permanecer callada y dejaba que las presas me llamaran por mi nuevo nombre.

Estas primeras semanas Connie ha venido a verme tres veces, una de ellas en compañía de dos inspectores que me llevaron a una habitación y me hicieron escribir cómo el coronel había intentado estrangularme antes de descansar eternamente. Los abogados y los visitantes tienen que ir a la sala de visitas de la segunda galería, una

sala con cabinas que tiene un vidrio grueso que nos separa de las personas que vienen a vernos. Hasta que pude volver a hablar, Connie se comunicaba conmigo por el teléfono y yo le escribía las respuestas así como las preguntas que deseaba hacerle y se las enseñaba a través del vidrio. Ahora que he recuperado la voz me inclino hacia delante y le hablo en voz baja por el teléfono para que ninguna de las otras internas que se hallan por allí con visitas se den cuenta de que puedo hablar.

Y cada vez Connie me pide que le explique los hechos. Yo le cuento lo que hice y deseo que esas cosas no tengan demasiada importancia, porque tiene planeado basar mi defensa en el hecho de que me encontraba indefensa, que había intentado suicidarme y que me encontraba bajo los efectos de las drogas cuando Lester encerró a los Behrani en el cuarto de baño. También va a basarse en el hecho de que yo me hallaba enferma, me sentía muy débil físicamente y no estaba en mi sano juicio cuando al día siguiente Lester obligó al coronel y al muchacho a ir a Redwood City. Quiere alegar que yo no soy como aseguran quienes me acusan, aunque admite que no va a resultar fácil probar todo eso porque mis mejores testigos ya no están entre nosotros. Esa es la expresión que utiliza: «Ya no están entre nosotros». Aunque a mí eso no me parece verdad.

Connie me consiguió algo de dinero para comprarme revistas en el economato, pero durante las horas que paso encerrada después de las comidas me siento en la litera y no soy capaz ni de hojearlas. En cambio no hago más que ver a la señora Behrani, aquella cara arrugada, los profundos ojos castaños, el modo como me miraba de mujer a mujer cuando me preguntó si Lester podría hacerle daño a su hijo, al muchacho que siento revolotear por los rincones de mi celda como una presencia joven y educada. Y también veo al padre, y lo veo de un modo como nunca lo había visto en vida, con la cabeza calva vuelta hacia mí y la cara inexpresiva, como si nada de lo que le hice le importase ahora. Pero los ojos son dos estrellas oscuras llenas de dolor.

A veces me siento con la espalda apoyada contra la pared del patio de recreo con el sol dándome de cara. Oigo los aparatos de televisión dentro de la sala, las conversaciones de las otras mujeres, algunas toses. Miro más allá de la valla de tela metálica que hay al borde del patio y el alambre de espinos me parece demasiado reluciente. Me muero de ganas de ver a Lester, de acostarme a su lado en la calurosa buhardilla de la cabaña, de besarle el bigote torcido y abrazarle la espalda estrecha. Recuerdo a su ex compañero asegurándome que lo van a echar a los perros y sólo me queda la esperanza de que el agente se equivoque, de que los guardianes se ocupen de cuidar como es debido a uno de los suyos, aunque creo que me engaño a mí misma al creer eso. No me permito pensar en sus hijos ni en su mujer, y si alguna vez me acuerdo de mi casa es sólo con el convencimiento de que soy yo quien debió morir en ella y nadie más. Y considero cuánto mejor habría sido que el señor Behrani no me hubiera salvado al quitarme de las manos la pistola de Lester, y que la señora Behrani no me hubiera salvado al hacerme vomitar aquellas píldoras.

Hoy Jolene se me acerca, con un cigarrillo humeante entre los labios y entorna los ojos como un hombre.

—La zorra de la sala de visitas me ha enviado a buscarte. Tienes visita.

Me sorprende tanto que estoy a punto de preguntarle en voz alta de quién se trata. Pero en lugar de hacerlo mantengo la mirada fija en Jolene y aguardo a que diga algo más.

—Así es, Mando a Distancia, alguien quiere hablar contigo por señas.

Había visto a Connie hacía sólo dos días. Todavía trata de adelantar la fecha de la vista preliminar. Le dije que no deseaba que se esforzase por demostrar que yo no tenía la culpa de lo que Lester había hecho.

—Pero usted no tuvo la culpa, Kathy. No nos estamos inventando nada.

Connie me miró a través del vidrio con el teléfono apretado contra la oreja. Le vi las marcas rojas de la nariz causadas por unas gafas de ver de cerca o de sol. Se notaba que estaba cansada, con los labios entreabiertos, dispuesta a discutir cualquier cosa que yo dijese. Los demás cubículos se encontraban vacíos, pero a pesar de todo yo hablaba en voz baja por el teléfono.

—Lo negaré. Diré que estaba sobria y que no me tomé ninguna pastilla.

Connie Walsh movió la cabeza de un lado al otro y apretó los labios.

—Entonces, ¿en qué quiere que basemos la defensa, Kathy?

—No tengo defensa. Una familia entera ha muerto.

Empecé a notar que se me hacía un nudo en la garganta y volví la cara. Colgué el teléfono, me marché de la sala de visitas y regresé a la galería donde sabía que no lloraría y donde me sentiría aliviada por no tener voz.

Ahora subo los escalones de hormigón hacia la segunda galería pensando que se trata de Connie, que ya no me quiere como cliente y habrá enviado a un abogado nuevo, uno de oficio asignado por el estado. Una ayudante del *sheriff* rubia me abre la puerta. Quienquiera que haya venido está sentado y no me encuentro lo bastante cerca para ver de quién se trata por encima del vidrio de los cubículos, uno de los cuales se halla ocupado por una chicana cuyo novio o marido sujeta al otro lado el teléfono junto a la oreja de una niña pequeña. Luego, unos cuantos cubículos más allá, veo que mi hermano Frank se pone en pie al otro lado del vidrio. Lleva un polo color amarillo plátano, tiene el pelo peinado hacia atrás con fijador, del cuello le cuelga una cadena delgada de oro y luce un reloj también de oro en la muñeca. Ha engordado, la curva del vientre hace que el cinturón le apriete un poco. Tiene las manos puestas en las caderas y mira entornando los ojos hacia la parte interior del vidrio, pero no me ve. Finalmente me ve y abre los labios y se le empañan los ojos, por lo que a mí me entran ganas de dar media vuelta y regresar a la galería. Yo no le he enviado ninguna carta, no he hecho ni una sola llamada telefónica; supongo que esperaba que llegara el Día del Trabajo, que mi madre y mis tías pasaran en coche por delante de la casa vacía y comprendieran que Frank estaba en lo cierto, que yo me había ido de viaje y que tardaría mucho tiempo en volver.

Empiezo a ver borroso a Frank a causa de las lágrimas. Me limpio los ojos, entro en la cabina donde se encuentra el teléfono y allí se halla mi madre sentada en la silla mirándome como si yo fuera una visión por la que hubiera estado rezando, aunque a la vez la temiese. Va muy maquillada, el colorete rosa resulta demasiado fuerte, se lo ha puesto demasiado arriba en las mejillas y el carmín de los labios es demasiado rojo. Lleva puestas las perlas y un vestido estampado de flores moradas y azules. Y acaba de ir a la peluquería. Desde donde me encuentro de pie conteniendo la respiración, le veo el cuero cabelludo entre el cabello cada vez más ralo. En la garganta tiene arrugas de anciana.

Frank levanta el teléfono y empieza a decir algo, pero se interrumpe y aguarda a que yo coja el mío. Me quedo de pie y me pongo en la oreja el teléfono, liviano como la madera de una balsa.

—¿Por qué no nos has llamado, Kath?

Miro a mi madre, que me mira a su vez a través del vidrio con los ojos ligeramente enrojecidos. Trago saliva, me señalo la garganta y estoy a punto de decir que en su momento no podía llamar, pero Frank me interrumpe.

—¿No puedes hablar?

No contesto, pero siento que vuelvo a caer en la mentira como si se tratase de un baño templado. Mi madre se vuelve y le pide el teléfono.

—K., ¿te encuentras bien? Tus tías y yo pasamos ayer en coche por la casa y vimos la cinta de la policía y los precintos en las puertas y las ventanas. ¿Por qué no puedes hablar? Franky ha llegado en avión esta mañana. Hemos tardado todo el día en encontrarte. Nadie quería decirnos nada. K., cielo, ¿estás bien?

Mi madre miraba a través del cristal con los ojos entornados, como si yo fuera un fantasma a punto de desvanecerme en cualquier momento. Y en realidad así era como me sentía, muerta para ellos, nada más que una voz desde el otro mundo; empecé a sentirme extrañamente a gusto allí, me sentía a salvo al estar fuera de su alcance en todos los aspectos.

A mi madre empieza a temblarle el labio inferior. Me mira a los ojos, luego la ropa de interna de color naranja y después otra vez a los ojos. Me entran ganas de ponerme en pie y enseñarle todo el traje, cada una de las prendas, hasta la ropa interior naranja que es tan grande y floja como la de un hombre. Me acerco al cristal y digo por el teléfono:

—Estoy bien, madre.

Nunca la he llamado así, sólo mamá o mami, pero me gusta el sonido de la palabra «madre», la dignidad que parece proporcionarle a ella, tan apenada.

—¿Qué ha pasado, K.?

Se echa a llorar. Franky le pone una mano en el hombro y le da el pañuelo con sus iniciales bordadas. Le observo la cara a mi hermano a través del cristal, pero él no me mira. Mantiene los ojos fijos en el mostrador y parece que se disponga a mirar al vacío, como si fuera a situar aquel momento en otra parte; pero también se le nota la

pena en la cara, y durante unos instantes me pregunto qué será de Jeannie y los niños. ¿Va todo bien por casa? Se ve que he hecho esta pregunta por el teléfono, porque mi madre se ha puesto muy derecha al instante.

—Pues claro que no están bien, se encuentran preocupadísimos por ti. ¿Qué has hecho, K.? ¿Por qué te han metido aquí?

Me sigue pareciendo que va a echarse a llorar en cualquier momento, pero ahora tiene cierta expresión de dureza en el rostro. Se limpia el rímel con unos golpecitos suaves y aprieta los labios preparándose para lo que voy a decirle. Espera que le cuente los hechos, pero la última pregunta me resuena todavía, un montón de palabras que no para de darme vueltas dentro de la cabeza. Ha estado entonando la misma canción durante años y años: ¿Qué has hecho? ¿Por qué estás aquí? Mi madre habla de nuevo por el teléfono y me pregunta por la casa de papá, por el precinto de la policía que hay en la puerta, por el paseo de viuda del tejado para cuya construcción Frank nunca ha dado permiso.

—¿No puedes hablar, K.? ¿Te pasa algo con la voz? ¿Tiene Nick algo que ver en esto?

Franky me mira a través del vidrio. Se encoge de hombros para indicarme que no estaba seguro de si tenía que contarle aquello a mi madre o no, pero que lo había hecho. Observé a mi madre, que me miraba expectante, siempre esperando. Esa última pregunta parece de lo más ridícula e ingenua.

—Nick me dejó hace tiempo, mamá.

—Pero ¿por qué?

—No tengo ni idea de por qué. ¿Por qué no vas a buscarlo y se lo preguntas tú?

Ahora a mi madre se le endurece la mirada. La pregunta habría podido sonar diferente viniendo de otra persona, más suave, como si el hombre que me había abandonado no hubiera sabido apreciar mis cualidades. Pero viniendo de ella era como un verdadero interrogatorio: ¿Qué has hecho esta vez, Kathy? ¿Cómo has podido dejarlo marchar?

Ahora parece desorientada, con los labios demasiado pintados de rojo y separados, la frente fruncida. Mueve la cabeza como hacen las personas duras de oído. Un segundo antes yo tenía ganas de golpearla en la cabeza contándole la verdad, contándole los delitos de los que se me acusa, hablándole de los Behrani, restregándose todo por la cara. Pero ahora me parece una mujer tan vulnerable, tan patética con aquellas perlas, el vestido y el maquillaje para tratar de causarles buena impresión a los carceleros, que no puedo decirle nada más. Hago un gesto negativo con la cabeza y me señalo la garganta.

—Me han operado. Y no me conviene hablar demasiado. Llama a este número.

Mientras sujeto el teléfono con el hombro escribo el número de Connie Walsh en el taco de papel de notas que dejan en cada cubículo por si nos hace falta apuntar algo; luego pongo el papel contra el cristal. Mi madre guarda silencio al otro lado, cosa que debería resultarme ya familiar, que se quede callada mientras le oculto la

verdad. Frank anota el número de teléfono en la memoria de su reloj. Miro los ojos de mi madre, tan oscuros como siempre, con venitas diminutas en la parte blanca; ahora no son fríos ni duros, aunque tampoco afectuosos. Debajo de los ojos tiene unas bolsas que el maquillaje no logra disimular. Levanta la barbilla y aprieta los labios, y yo me siento como el cazador que tiene a un ciervo viejo a tiro y decide bajar el arco. Y esta muralla que es el vidrio de seguridad que hay entre nosotras no me parece una mala cosa, sino algo natural, inevitable. Mi madre me sostiene la mirada más tiempo de lo que recuerdo que haya hecho nunca. Yo soy capaz de mirarla días enteros. Luego parpadea, se levanta rápidamente y da media vuelta para marcharse como si yo ya me hubiera ido. Le digo adiós con la mano a Franky, pero mi hermano ya está colgando el teléfono y no espero a que levante la mirada.

Paso junto a los cubículos y salgo a la segunda galería. Oigo los televisores, las charlas y la risa ronca de Jolene y de Big April, una mujer obesa cuyas papadas le llegan hasta la hendidura de los senos. Me detengo en la escalera y veo como Jolene le coge dinero a Big April, un montoncito de papel de cuaderno. El aire se nota cargado de humo de cigarrillos y la luz del sol que entra por la puerta abierta del patio de recreo hace que el ambiente parezca aún más cargado de lo que está, más azulado, mientras una ancha franja de humo flota sobre todas las cabezas. Pienso en Lester, en el Toyota familiar alejándose del letrero de neón del motel El Rancho y desapareciendo en la niebla. Noto un calor entre las piernas y quiero sentir a Lester dentro de mí otra vez, pero estoy segura de que nunca volveré a tenerlo.

Detrás de mí la ayudante del *sheriff* me dice que me mueva, que no me entretenga en la escalera. Jolene levanta la vista y se ríe.

—Baja aquí, Mando a Distancia.

Le sonrío y asiento con la cabeza, como si acabara de decirme algo que yo nunca había conseguido entender antes, pero que por fin entiendo.

Desciendo por la escalera con los ojos fijos en la nube de humo mientras camino bajo ella, este techo de humo que hacemos nosotras mismas. Y lo noto encima de mí mientras paso junto a las mujeres que hablan por teléfono, junto a otras mujeres sentadas a las mesas, todas fumando, echando al aire chorros de humo, y me detengo junto a Jolene. Esta deja de negociar y me mira, una mirada expectante, aunque nunca me ha oído hablar, y le indico con la cabeza el paquete de Marlboro *Lights*. Al principio no parece entender lo que quiero, pero luego sonrío y me llevo dos dedos a los labios.

## Agradecimientos

Agradezco al capitán John Wells, de la Oficina del *Sheriff* del Condado de San Mateo, los desinteresados consejos técnicos que me dio. Me siento en deuda con mi viejo amigo Kourosch Zomorodian, quien durante dos años fue mi profesor de lengua farsi en Austin, Texas, todos los viernes por la noche ante unas jarras de cerveza Lone Star. Mi gratitud, asimismo, para Ali Farasat por remediar mis lagunas en cultura persa. Gracias también a Philip Spitzer, mi agente, por su confianza y determinación.

Para terminar, mi más sincero agradecimiento a Alane Salierno Madson, mi diligente y genial editor.





Andre Dubus III nacido en 1953 en Oceanside, California, hijo del escritor André Dubus, empezó a escribir ficción a los 22 años tan sólo unos meses después de graduarse de la Universidad de Texas en Austin con una licenciatura en Sociología.

Debido a que él prefería escribir en la mañana, al pasar de «el mundo de los sueños al mundo del ensueño», como el escritor irlandés Edna O'Brien dice, tomó principalmente trabajos nocturnos: camarero, limpiador de oficinas, y por seis meses trabajó como asistente de un investigador privado. Con los años también ha trabajado como carpintero autónomo y profesor de escritura de la universidad.

Su primera obra, una recopilación de relatos, fue publicada en 1989. En 1993 vio la luz su primera novela *Bluesman* y la segunda, *Casa de arena y niebla* ha sido publicada en más de 20 países, traducida a 22 lenguas y se ha convertido en un *bestseller* internacional, fue un finalista para el Premio Nacional del Libro y su adaptación cinematográfica fue nominada a un Premio de la Academia.